Los recuerdos del olvido

Silvia Ibáñez Cambra

Click
EDICIONES

Índice

Portada
Portadilla
Prólogo
Primera parte. Lágrimas
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16

Segunda parte. Infiernos
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7

8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
Tercera parte. Engendros
1
2
3
4
5
6
7
8
9
Biografía
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

LOS RECUERDOS DEL OLVIDO

Silvia Ibáñez Cambra

Click
EDICIONES

Hay quien piensa que los escritores somos unos locos con demasiada imaginación y tiempo libre. Tal vez tengan razón. Pero solo tal vez. Si no hubiera quienes contasen historias, ¿quién nos entretendría? Si no hubiera quienes explicasen el amor y el odio, ¿quién lo haría? El fin de los escritores es entretener al mundo con historias y personajes, unos a los que se coge cariño y otros a los que se odia.

Pero ¿qué ocurre si no están solo para eso? ¿Y si lo que hacen es descubrir vidas pasadas y secretos que solo recuerda el olvido? Tal vez, si un escritor se atreve a ello, no salga con vida.

No salí con vida. Porque mi vida era escribir y ya no puedo hacerlo.

Primera parte

Lágrimas

1
1950. Bienvenidos a la librería

—Podéis marcharos ya.

Esas eran mis palabras preferidas todos los días, cuando acababa la clase y podía dedicarme a lo que verdaderamente quería: escribir. A regañadientes, los alumnos abandonaban la sala en la que me dedicaba a enseñarles a escribir, como decía mi jefe y editor Pablo Biel. «Qué tontería —pensaba cada vez que esa frase acudía a mi mente después de interminables y aburridas tardes en la planta superior del edificio de la editorial—. O se sabe escribir o no se sabe. Yo puedo corregir la ortografía o la gramática, pero no puedo enseñar a escribir a nadie.» Eso era lo que me repetía a mí mismo una y otra vez, y era cierto. Ni a mí ni a ningún escritor se le podía enseñar a escribir.

Los alumnos se despedían uno tras otro al pasar frente a mi mesa y yo los miraba de reojo deseando que salieran del aula y me dejaran solo con mis pensamientos. Unos pensamientos que me llevaban siempre a ella.

Quería olvidarme de ella, pero no podía. Nos habíamos conocido de niños. Aunque a mí me dolía verla, era incapaz de renunciar a pasar aunque fuera unos segundos a su lado. Llevaba mucho tiempo preguntándome por qué me había abandonado. Y en medio de mis repetitivos y angustiados pensamientos, mientras el cielo se tornaba gris perla, Pablo irrumpió en el aula haciendo que la puerta rebotase contra la pared.

—¿Qué tal ha ido la clase? —preguntó con unos labios escondidos tras un espeso bigote que siempre llevaba manchado de aceite.

—Bien —dije sin ganas.

Me levanté de la silla y cogí el abrigo que reposaba en su respaldo para ponérmelo.

—No tan deprisa, tienes un nuevo alumno.

—¿Otro? —pregunté.

—Sí, otro.

Al lado del enorme cuerpo de Pablo, quedaba medio escondido un chaval que debía tener unos doce o trece años, por lo que apenas me había dado cuenta de su presencia. Tenía el pelo negro y un flequillo sudado que le cubría parte de los ojos negros. Me observó seriamente al escuchar mi comentario.

—¿Eres tú el nuevo alumno? —pregunté sentándome en la silla, siendo consciente de que todavía quedaba un rato para encerrarme en mi piso a escribir las entregas de mi siguiente novela negra.

—Sí.

Lo observé durante unos segundos y vi que no apartaba sus ojos de los míos. Eso me hizo sentir un cosquilleo en el estómago y mostré una leve sonrisa.

—Anda, pasa y siéntate en esa mesa —dije, señalando la mesa más cercana a la mía.

—Bueno, pues si todo va bien, os dejo a solas.

Asentí sin que llegase a verme. Él cerró la puerta haciendo un gran ruido. El alumno se sentó frente a mí sin apartar los ojos y habló antes de que yo lo hiciera.

—¿De verdad eres tú Iván de Luarte?

—Eso sobre las portadas de mis novelas. Me llamo Iván Sebastián.

—¡Ahhh!, qué cosas. ¿Por qué firmas con otro apellido?

—Yo no firmo con otro apellido; el señor Biel pensó que sería más llamativo.

—Creo que tiene razón —dijo sin pensarlo dos veces, con la arrogancia que solo puede tener un joven al que no le han enseñado modales.

Reí.

—¿Por qué te has apuntado a esta clase de escritura?

—Porque quiero que me enseñe a escribir.

—¿No has ido al colegio?

Puso los ojos en blanco.

—Claro que he ido al colegio.

—Entonces ya sabes escribir.

—No es eso a lo que me refiero, y lo sabe.

—Quieres que te enseñe a escribir novelas.

—Sí.

—No puedo.

Su rostro sonriente se tornó serio y desencajado de pronto.

—¿Por qué no?, si le está enseñando a un montón de gente.

Suspiré.

—Nadie puede enseñar a escribir a nadie: o lo sabes o no lo sabes hacer.

Se tomó unos instantes para formular su pregunta.

—¿Y cómo sé si valgo para ser escritor?

Me eché hacia atrás en la silla.

—¿Has escrito algo ya?

Asintió sin mucho entusiasmo.

—¿Lo has traído?

Negó.

—¿Cuándo empiezas tus clases?

—Mañana.

—Bien, pues mañana ven con algo de lo que hayas escrito hasta ahora. Ven, digamos, media hora antes de la clase. Lo leeré y te diré si creo que puedes escribir o no.

—Vale, pero, aparte de eso, ¿puede decirme cómo tengo que comenzar a escribir?

Lo observé de reojo.

—No entiendo tu pregunta. Comienzas poniendo la primera letra hasta que tienes una palabra entera y una frase…, eso ya lo sabes.

—Sí, pero cómo empiezo una investigación para tener datos reales para una novela.

—Te contradices. Una novela, a no ser que sea histórica, y no creo que sea tu caso, no suele tener datos reales. La historia y los personajes son inventados por tu mente.

—Vale, pero ¿cómo inicio una investigación?

Fruncí el ceño. Había algo que no me estaba contando.

—¿Qué o a quién quieres investigar?

—A nada ni a nadie.

—Entonces no te responderé, porque no puedo, no soy guardia civil para investigar crímenes.

Había algo que me inquietaba en ese chico. ¿Qué querría investigar con tanto ímpetu?

En esa ocasión suspiró, al mismo tiempo que comenzaba a llover con fuerza. «Fantástico», pensé. Miré el reloj y me di cuenta de que, si no me estuviera entreteniendo, estaría en ese instante en mi casa tranquilamente escribiendo en lugar de llegar empapado en el septiembre más lluvioso que recuerdo.

—He encontrado algo en una habitación de mi casa. Me gustaría que me ayudase a investigar, tal como lo hacen los personajes en sus libros.

—¿Qué es lo que has encontrado y por qué te intriga tanto?

—Me intriga porque estaba oculto tras una puerta falsa y no tengo ni idea de cómo investigar sobre lo que he encontrado.

Me critiqué a mí mismo por sentir que un niño, que seguramente mentía, estaba despertando en mí cierto desconcierto sobre lo que podía ocultar una puerta falsa de una casa que no conocía.

—Ven mañana a mi casa un par de horas antes de la clase y trae lo que tengas que enseñarme.

—¿De verdad? —dijo sonriendo.

—No, de mentira.

Se quedó callado.

—Sí, de verdad.

Anoté mi dirección en un papel y le advertí que fuese puntual, pues no me gustaba que la gente se retrasase, y con las ropas de señorito que llevaba estaba seguro de que estaba acostumbrado a hacer lo que le diera la gana.

—¿Cuántos años tienes? —pregunté.

—¿Y usted?

Reí de nuevo; era descarado, me gustaba.

—Veintitrés.

—Quince. ¿Sabe? Antes mi padre era granjero, pero pobre; después hizo no se qué negocio y ahora vivimos en una casa enorme. Desde siempre, que yo recuerde, pero antes mis padres eran muy pobres.

Llegados a ese punto, no tenía ganas de que comenzara a contarme esa historia sobre su pasado de granjero.

—Mañana en mi casa a las cuatro, no llegues tarde.

—Que no.

Cerré la puerta de la editorial con tres vueltas de llave y comencé mi camino bajo el agua dejando al nuevo pupilo en la puerta de la editorial viendo cómo me alejaba.

Ese chico me recordaba en parte a mí cuando era pequeño. Cuando las tardes soleadas de verano las pasaba con mis mejores amigos: Guillermo, y ella, Coraline.

Cada vez llovía con más intensidad y cada vez estaba más empapado. De pequeño solía resfriarme frecuentemente, lo que me hacía estar con un pie en la tumba mes sí y mes no, así que, pensando en mi infancia, decidí que sería mejor dejarme caer por la librería de mi viejo amigo y padre de Guillermo, Germán Tolosa. La librería seguía igual desde el día en que la conocí, con el escaparate estrecho de madera y vidrio mostrando siempre alguna novedad interesante. Entré mientras la lluvia ya había logrado crear enromes charcos y barro con el que jugaban los niños escapando de los brazos de sus madres. Las campanitas de la puerta tintinearon. La oscuridad que reinaba en la calle por la lluvia, en contraste con las bombillas de baja potencia de la librería, hacía que se dibujasen sombras en cada rincón mientras daba la impresión de que estábamos dentro de un barco en plena tormenta. Germán salió de la trastienda y se le iluminó el rostro al verme.

—Hijo, ¿cómo estás? Hacía varias semanas que no te veía por aquí. Ven, pasa a la trastienda, se está más caliente, y acabo de hacer café.

Si en algo destacaba Germán, además de en ser un excelente librero capaz de conseguir un ejemplar de la primera edición del libro más extraño que se pudiese imaginar, era en el arte que tenía para la cocina y también para el café, lo que hacía que llevase más de treinta años de simpática disputa con Severino, dueño del café del portal contiguo.

—Gracias —ofrecí mientras me sentaba al lado de la estufa de leña que rugía.

—No hay de qué —respondió con una sonrisa que nunca le abandonaba del todo, y me sirvió una enorme taza de café caliente.

Se sentó a mi lado y tardamos unos segundos en entablar conversación.

—Hoy han venido a verme.

—¿Quién? —pregunté, sabiendo de quién se trataba.

—Mi hijo.

—Ah.

Me observó mientras hundía la mirada en la taza.

—Seguís sin ser grandes amigos como antes, ¿verdad?

—Sí, bueno, son cosas que pasan —respondí con un suspiro.

—Sé que no debería entrometerme, pero no logro alcanzar a entender por qué apenas os habláis; de pequeños siempre andabais juntos. ¿No os da pena cuando recordáis los viejos tiempos?

—Bueno, a mí sí, a él no sé. Además, sabes tan bien como yo que desde que se hizo guardia civil no es el que era siempre.

Como no quería seguir la conversación, me preguntó por mi siguiente novela.

—Bien, dentro de un mes la acabaré y saldrá a la venta.

Lanzó una risa ahogada al aire.

—Ese rufián que tienes por editor se pone las botas con tus novelas mientras que a ti te llega una miseria. Es una vergüenza, deberías mandarlo a la mierda.

Alcé los brazos.

—Es el único que me publica.

—¡Bah! Tonterías, ahora tienes éxito, te publicaría cualquiera; yo mismo puedo apañarte una reunión con un editor amigo mío.

—Te agradezco la oferta, pero de momento me quedo donde estoy.

—A veces pareces tonto.

Reí.

—Más que solo a veces, creo yo. Además, Sandra opina lo mismo.

Compartimos una agradable conversación hasta que el cielo comenzó a dejar paso al sol, que lucía sin ganas ya casi cuando se hacía de noche, y me despedí de él.

—Pásate más a menudo por aquí, ya que mi hijo no se acuerda de que tiene padre —se lamentó.

Tenía razón, debería pasarme más a menudo por su tienda; me traía buenos recuerdos, y a él le debía mucho.

2

Nunca podré olvidar los días que pasé en la librería del señor Tolosa. Un magnífico hombre, mejor amigo y el padre que no encontraba en mi casa. Yo contaba con cinco años cuando me escapaba de la ignorancia que habitaba en mis padres y mi abuela, que vivía con nosotros en casa, y me refugiaba en su librería, escondida en los bajos de un edificio que olían a viejo antes de llegar a entrar en la Gran Vía, donde se situaba y pasaba desapercibida para los que no sabían que estaba allí. Me encantaba observar su humilde librería desde la acera y ver el escaparate lleno de las novedades que parecían estar esperándome. Lo que nunca olvidaré es el primer día que entré en la tienda.

Había aprendido a leer en la escuela antes que cualquiera de mis compañeros, por lo que me rehuyeron, cosa que yo agradecí, pues no me gustaba la compañía de los demás niños del colegio. Regresaba a casa como de costumbre y por el mismo camino de siempre. No sé qué cambiaría aquel día en mi camino de vuelta a casa que me hizo fijarme en el estrecho escaparate de una tienda que parecía llevar esperándome mil años en los bajos de un edificio. En ese instante, lo que me llamó la atención de aquel escaparate fueron unas tiras cómicas de colores llamativos que no había visto nunca. Crucé la calle cuando pasó el tranvía y me planté frente a la tienda como un botarate, con la boca abierta, los calcetines caídos y el libro de la escuela bajo el brazo, a mirar los colores y los diálogos de las viñetas, sin darme cuenta de que el tendero me observaba

con cara de pena desde el interior. No sé cuánto tiempo estaría ahí plantado, ni sé cuánto tiempo me observó el librero hasta que salió a la calle y me llamó sacándome de mi ensoñación.

—Hola, chaval.

Lo observé pensando que iba a echarme del escaparate al darse cuenta de que no tenía dinero para pagar nada de lo que su magnífica tienda podía ofrecerme.

—Ya me marchaba, solo miraba, señor, disculpe.

—Pero ¿qué dices? ¿Cómo vas a marcharte sin entrar a leer esas tiras? Llevas más de diez minutos con la vista fija en ellas. Anda, entra —dijo ofreciendo una sonrisa.

—Gracias, señor, pero no tengo dinero; mejor me marcho y le dejo trabajar, no quiero interrumpirle.

—¿Interrumpir qué? ¿El aburrimiento de llevar más de una hora sin un solo cliente? Anda, pasa, que no te voy a cobrar, no tengas tanto miedo, hijo mío. Pasa, pasa.

A regañadientes y con algo de miedo, traspasé la puerta de madera y cristal de la librería.

Lo primero que percibí de ese nuevo mundo que me acompañaría el resto de mi existencia fue el olor a polvo y a páginas nuevas y viejas. El librero me puso las manos en los hombros y me condujo hasta el escaparate. Allí alargó la mano, sacó el libreto con las tiras cómicas y me las tendió.

—Ahí al fondo tienes una silla y una mesa. Puedes leerlo, ese y los que quieras.

Al darse cuenta de la cara de incredulidad que mi rostro le mostraba, me empujó hacia la mesa, donde me senté con aquellos maravillosos dibujos entre las manos. El librero se alejó sonriente y me quedé a solas con aquel tesoro, dispuesto a descubrir cuanto escondían sus letras.

A continuación, lo que recuerdo no es más que mis ojos atendiendo a unos perfectos trazos sobre el papel haciendo rostros de niños que jugaban entre ellos en una calleja de tierra con algún edificio a su alrededor mientras uno de ellos contaba aventuras en tierras lejanas sobre tesoros y piratas. Eso y el dulce olor de la tinta recién impresa del que no pude olvidarme nunca, o no quise hacerlo, que acabó por mezclarse con el olor a cacao con azúcar y leche que el librero me trajo en una bandeja vieja. La dejó sobre la mesa y yo observé la taza, todavía más incrédulo.

—Seguro que tienes hambre. Anda, tómatelo.

Recordaba haber olido en alguna ocasión el cacao, pero nunca lo había llegado a probar, ya que, según decían mis padres, no podían permitirse el lujo de comprarlo, además de que desayunar un vaso de leche fría haría a mi organismo un cuerpo más fuerte y con mejor aguante. Lo que mis padres no sabían era que la mayoría de los días acababa vomitando ese vaso de leche de camino al colegio, pues me caía como una patada al estómago.

De nuevo me dejó a solas y yo corrí a coger el vaso. El primer sorbo me supo a cielo; el segundo, a pecado, y el tercero, a condena en el infierno. En el colegio nos daba clases un cura octogenario retirado que se aburría en su casa y al que habían readmitido en el arte de educar a un montón de pupilos ineptos y desganados en aprender, por pena, según se rumoreaba en la escuela. Don Eusebio, así se llamaba, nos repetía como unas diez veces al día que todo lo que a la boca o al cuerpo le supiera bueno era cosa del demonio y del pecado, y que si no rechazábamos esos placeres desde el primer momento, nos condenaríamos al averno, a arder siempre en el fuego azul de azufre mientras el demonio nos pinchaba el trasero con una horca, cosa que yo creía a pies juntillas y por lo que pensaba que vomitar la leche fría de mi madre me abría la puerta del cielo, pero

aquel cacao era demasiado bueno como para no sucumbir al diablo, al demonio, a Satanás o a todo lo que hiciera falta sucumbir con tal de beberlo.

—Vaya, sí que te ha gustado. ¿Otro?

—No quiero abusar, señor, muchas gracias, nunca había probado algo tan bueno, pero creo que voy a tener que ir al Pilar a rezarle a la Virgen y al niño Jesús como diez padrenuestros y veinte avemarías para que me perdone.

—¿Para que te perdone, por qué? —preguntó con los ojos entornados.

—Por el pecado.

—¿Qué pecado?

—El de los placeres de la boca, como nos dice el padre Eusebio: no quiero arder en el infierno.

Estalló en carcajadas, para mi incredulidad.

—Tienes un cura por maestro, ¿eh? No le hagas ni puñetero caso; esos solo saben mentir a base de bien, y luego son ellos los mayores pecadores de todos, si lo sabré yo. Solo conozco a uno bueno, se llama Juan y tiene de santo lo que yo. Anda, que voy a prepararte otro tazón, y ya verás qué bien te quedas.

Sin darme lugar a responder, desapareció en la trastienda, justo en el momento en el que un chico, algo mayor que yo y sin ropas con zurcido sobre zurcido como las mías, entró y se quedó mirándome con la boca llena de cacao.

—¿Guillermo, eres tú? —preguntó el librero.

—Sí.

—Vale, ahora te saco la merienda a ti también.

Sin quitarnos los ojos de encima, se sentó en la silla contigua a la mía sin que cruzáramos palabra alguna. Minutos después, su padre

hizo acto de presencia con una jarra y dos tazas. Se sentó con nosotros en una tercera silla que sacó de la trastienda.

—Bueno, ¿cómo te ha ido el día en la escuela, hijo?

Se encogió de hombros.

—Bien. Como todos los días.

Al ver que me observaba de reojo, el señor Tolosa intervino.

—Este chico llegará lejos, hijo, le gustan mucho las letras.

—Pues yo creo que no llegará a nada a base de letras; son aburridas.

—No digas eso —dije sin saber de dónde había sacado las fuerzas para responder a un chico que me sacaba media cabeza.

—Anda, si habla —me cortó.

—Bueno —se apresuró Tolosa—. ¿Por qué no bebéis el cacao y después os ponéis a jugar a algo?

Yo agarré mi taza para llevármela a la boca, dispuesto a bebérmelo sin pensar ya en las divinas consecuencias de saborear el cacao.

—No tengo ganas de jugar con él —dijo imperativo.

—¿Por qué?

—Porque va a venir ahora Coraline y voy a jugar con ella.

—Podéis jugar los tres, no digas tonterías.

—No pasa nada —intervine limpiándome la boca con la manga—. En el colegio pasa igual, nadie quiere jugar conmigo, ni yo con ellos. Además, debería irme ya a casa, empieza a ser algo tarde y no quiero que se enfaden mis padres.

Me puse en pie y me aproximé a Tolosa mostrándole mi mano.

—Muchas gracias por dejarme leer las tiras, me han gustado mucho.

Me estrechó la mano.

—No me las des, pero hazme un favor.

—Lo que usted quiera.

—Quiero que le pidas permiso a tus padres para que puedas venir aquí después de las clases para que leas lo que te apetezca.

No podía creer lo que decía. En mi estúpida y pequeña existencia, nadie había sido nunca tan amable conmigo, y me eché a llorar.

Unos diez minutos después, cuando ya me había calmado, salí de la tienda, prometiéndole que al día siguiente y todos los que vinieran después iría a visitarlo. Por supuesto, a mis padres no les diría eso, pues sabía muy bien que por respuesta sacaría un bofetón o dos y me iría a la cama sin cenar la sopa rancia que hacía mi madre cada día. Así que les diría que el padre Eusebio me había dicho que no iría mal que estuviera un rato más por las tardes en el colegio para adelantar las lecciones que llevaba atrasadas.

Subí las escaleras llenas de socavones hasta la segunda planta y giré a la izquierda para llegar a casa. Antes de entrar, pude escuchar como mi abuela moribunda llamaba a mi madre a gritos para que le llevase agua a la cama, que se había convertido en su lugar de reposo desde que yo nací, según contaba mi madre, no sé si por contarlo así o para echarme las culpas de haber nacido exactamente cuando ella cayó enferma. Vi a mi madre salir de la cocina con un vaso de agua en la mano y desaparecer en las sombras del pasillo que llegaban a su habitación. Dejé el libro de la escuela en el cajón del escritorio de mi mesa y me dejé caer en el raído sofá de la sala de estar, lleno de estampitas de la Virgen y de crucifijos, tal como había pedido mi abuela. Mi madre suspiró al entrar en la salita y se sentó a mi lado.

—¿Qué horas son estas de llegar? ¿Dónde has estado?

—En la escuela. El padre Eusebio me ha dicho que me quedara un rato para avanzar en las lecciones, y me ha pedido que os diga que

sería bueno para mí que me quedara todos los días tras las clases con él para repasar.

Se encogió de hombros.

—Para la utilidad que tienes en casa, quédate. Vete a tu cuarto y ponte a estudiar, a mirar el techo o lo que hagas allí.

De un salto me puse de pie y me marché. Al menos se había creído lo de las clases, así podría ir a la librería y pasar la tarde ocupado en leer en lugar de escuchar los gritos agónicos de mi abuela hora tras hora. El médico la había visitado hacía dos días en casa y la había sedado para que pudiera descansar durante unas horas. Después, en un ceremonioso ritual de pena y tristeza, llevó a mi madre al salón y le dijo que se moría. Ella se echó a llorar, pero cuando se fue la vi sonreír y eso me hizo preguntarme si estaba esperando a que mi abuela muriera para ser feliz.

Entré en mi cuarto y saqué de debajo de la cama, enterrado en borra y polvo, un cuento que había rescatado no hacía mucho de una librería que había ardido durante la noche, un par de calles más abajo del colegio. Después de salir de clase, me había dejado caer a ver cómo había quedado el edificio y vi por casualidad un tomo en el que ponía *Alicia en el país de las maravillas,* y como no había nadie a mi alrededor y no pensaba que se dieran cuenta, me lo puse bajo el brazo y lo llevé a casa. Allí, en mi habitación, por la noche, alumbrándome con una vela que había cogido del armario de la cocina y que mi madre estuvo buscando durante un mes, leí aquel maravilloso relato en el que los conejos tenían relojes y hablaban. Fue al cerrar el libro, tras haberlo devorado en un puñado de días, cuando me di cuenta de cuánto podían ofrecerme los libros, y más concretamente los cuentos. Desde aquel día, cuando podía, iba a la biblioteca de Zaragoza y pasaba el rato leyendo los escasos cuentos con los que contaba, aunque lo que quería era tenerlos en mi casa

bajo mi cama y no tomarlos prestados cuando alguien no los estaba leyendo. Pero eso tendría que esperar.

Mi madre se ganaba la vida fregando portales de los grandes bloques de viviendas de los bien situados y adinerados de la ciudad, que solían escupirnos a la cara. Sus jornadas iban de seis de la mañana a diez de la noche, excepto los martes, que libraba. Apenas tenía tiempo para respirar. Esa vida la había llevado a ser cada vez más escurridiza y a no preocuparse de absolutamente nada ni nadie, y eso me incluía a mí. Guardo algún buen recuerdo de ella, de cuando era más pequeño. Recuerdo que me cogía de la mano los domingos cuando íbamos a misa y que en alguna ocasión me compró trigo para que lo lanzara a las palomas en la plaza del Pilar. Con el tiempo me di cuenta de que me gustaba agarrarme a esos recuerdos porque eran los únicos buenos que conservaba de mi madre, pero ahora sé que si solo tenía esos dos era porque no es una buena madre, y me empeñé en deshacerme de ellos, aunque no lo conseguí. Y después de esos buenos recuerdos estaban los malos, todos los demás.

Mi padre solía trabajar en las minas de sal de Remolinos. Iba todos los días en una especie de carromato viejo de uno de los trabajadores, que les cobraba un real al mes por el transporte a cada uno de ellos. Llegaba a casa enfadado y con todo el cuerpo dolorido, lo que nos recordaba tanto a mi madre como a mí cada cinco minutos, mientras decía que no le servíamos para nada, aparte de mantener dos bocas además de la suya para alimentar.

—Cualquier día de estos me marcho y os dejo aquí a los dos para que aprendáis a ganaros la vida. En qué mala hora me casaría y traería un hijo al mundo.

Nunca lo hizo, no sé si por pereza o porque no pensaba lo que decía y simplemente estaba harto de trabajar en la mina.

Mi abuela me contó en una ocasión, entre tos y mocos que goteaban de su nariz, que mi madre conoció a mi padre en un recital popular en la calle y que de no ser por mí nunca se habrían vuelto a ver las caras. Un grupo irlandés de danza y artes escénicas estaba de gira por España y, a pesar de que Zaragoza no estaba en su programa, decidieron que la noche que debían pasar en la ciudad para ir a Barcelona podían aprovecharla. Su sorpresa llegó cuando vieron que la plaza de España, donde habían anunciado su actuación, se abarrotó, sin contar con la gente que observaba sin pagar desde ventanas y balcones. Después de ver un montón de máscaras brillantes y saltos imposibles, la función se acabó sin que mi madre se percatara de que un hombre, en lugar de a la función, la había observado a ella. Mientras recogía la chaqueta que había llevado con ella, el hombre se le acercó y le ofreció tomar un café. Ella, con la cara roja de vergüenza, aceptó por no ser descortés, más que por ganas, y le acompañó. Entraron en un café que se llamaba *El Tendedero* y se sentaron en una mesa del fondo, donde la engatusó con historias de marineros y piratas en las que él mismo era el protagonista, y mentira tras mentira se la llevó a su destartalada pensión de tres al cuarto. Con ratones y grandes goteras, a través de las que se podía ver el cielo de la noche, la metió en la cama y me engendraron sin saberlo. Cuando mi madre iba a marcharse, pensó que tal vez a él le gustaría acompañarla a casa, pero le dijo que no podía, que al día siguiente tenía que trabajar y levantarse temprano.

Mi madre no le contó nada a mi abuela hasta que se dio cuenta de que estaba embarazada. Mi abuela le dio de bofetadas y le dijo que había traído la desgracia a casa, que ellas podían ir subsistiendo con lo que ganaban las dos, pero que no podían mantener una tercera boca y que más valía que consiguiera que el padre asumiera

su responsabilidad, porque si no, la echaría de casa como a los perros sarnosos. Mi madre, asustada, salió al encuentro del mentiroso marinero. Lo encontró en los brazos de la que apenas era una niña. Le explicó lo que pasaba y, como era de esperar, él le dijo que ella sabría de quién era el hijo que llevaba dentro. Eso la enfureció todavía más y le gritó que como no asumiera su responsabilidad iría puerta por puerta por todas las casas de Zaragoza para que se enterara todo el mundo de la clase de personaje que era, y que lo encerraría en la pensión y le prendería fuego. Al ver la ira de mi madre, no sé qué le hizo cambiar, tal vez creyese lo de encerrarlo vivo y prenderle fuego, pero echó a la joven y le pidió que se calmara. Al parecer, él era católico y no aceptaba tener un hijo fuera del matrimonio, pero, como mi madre había comprobado, sí podía beneficiarse a toda hembra que se moviera cerca de él.

Finalmente, llegaron al acuerdo de que se casarían y se iría a vivir con ella y con su madre al piso en el que vivían en la andrajosa y sucia calle Princesa, cerca de la Puerta del Carmen. Así pues, se casaron en una breve ceremonia en la iglesia de Nuestra Señora del Portillo, a la que acudieron la novia, vestida de negro y con una barriga que quería empezar a cobrar protagonismo sobre el resto de sus escuálidas carnes, el novio acompañado de una pandilla de rufianes que tenía por amigos, y mi abuela, que los observaba con asco.

Mi madre creía que la vida de casados podría transformar a aquel hombre y hacerlo más bueno, pero lo único que consiguió fue meterlo en casa, darle de comer y que la metiera al dormitorio tanto si ella quería como si no. Ocho meses después de la boda, nacía yo, ochomesino y feo a rabiar, según me contaron, y con pelo en todo el cuerpo, que acabó cayéndose a los dos días. Mi madre se negó a

darme el pecho diciendo que por mi culpa estaba llevando la vida que llevaba y que antes de que ocurriera el accidente todo era más sencillo y mejor. Tuvo que dejar su trabajo de sirvienta en la vivienda de un médico para dedicarse a fregar portales durante muchas más horas a la semana para salir adelante. Y, mientras, a mí me daba de comer una vecina amiga de mi abuela a la que le daba pena.

—Pobre chico, que no lo quiere ni su madre, menos mal que te tiene a ti.

—Pues sí, pobrecillo mi nieto. Su padre es un vago y un charlatán que cautivó a mi hija a base de mentiras, pero ahora eso da igual, él está aquí y punto. Lo que me da miedo es cuando yo me muera, el cómo lo traten, pues bien no será. Pobrecito, estoy pensando en pedirle al padre Anselmo que lo cuide en su iglesia y lo haga monaguillo cuando yo me reúna con el Todopoderoso. No sé qué hacer, no sé qué hacer para que pueda tener un futuro.

Nunca recuerdo que mi madre, y mucho menos mi padre, me llegasen a prestar mucha atención. Nunca me dejaban entrar en el cuarto de mi abuela por miedo a que también enfermase, aunque el médico había dicho que la muerte no se contagia, al menos de esa manera. Recuerdo que mi abuela me contaba cuentos de pequeño con los que me quedaba dormido cuando mis padres no estaban en casa, y me decía que sí podía entrar en su habitación. Y también me decía que esos cuentos eran los que su abuela y su madre le contaban a ella cuando era niña para que durmiera tranquila y tuviera sueños bonitos. Me los contaba de memoria porque ella nunca aprendió a leer y escribir, y me insistía para que yo aprendiese.

—Si tu madre te dice que no hace falta que aprendas, no le hagas caso: aprende a leer y aprende los números, y apréndelos bien, ese es el primer paso para que no lleves la vida que ha llevado ella.

Yo no entendía lo que me quería decir con aquellas palabras, pero ahora sé muy bien a qué se refería.

Y así, día tras día, mi madre llegaba a casa cuando yo estaba durmiendo, y mi padre todavía más tarde, por lo que apenas los veía. Esto acabó porque se me hiciera extraño el día que los veía en casa, por la razón de que era festivo, hasta el punto de que no sabía de qué hablar con ellos o qué responderles, lo que les hacía pensar en un posible retraso mental.

—Lo que faltaba ya —decía mi madre, mientras mi padre asentía sin darle mucha importancia, ya que le daba igual cómo fuera yo o qué sería de mí en la vida.

Mi abuela me dijo en una ocasión que dejé de llorar cuando tenía cuatro años, ya que había aprendido que era inútil, algo que no había visto aprender tan rápido a ningún otro niño, y me repetía que no hiciera caso a lo que mis padres pudieran decir sobre mi mente, que era listo y que, si sabía aprovecharme de eso, podría vivir bien.

3

Saludé a la vieja casera, la señora Begoña, que siempre andaba, ya fuera verano o invierno, cubierta con un viejo chal descolorido lleno de flores de lana que se descosían. Subí las escaleras de madera, que crujían a cada paso, y llegué al piso que había convertido en mi hogar. Todos los días, al entrar, me decía que tenía que limpiar de polvo los libros que se acumulaban en la librería, que ocupaba toda la pared derecha del salón, pero nunca encontraba tiempo para hacerlo. Mis novelas, cuyas letras apretujaban sus páginas, reposaban sobre la mesa, frente a la estufa de leña. Dejé la carpeta con los escritos de los aspirantes a escritores sobre la mesa alta oculta entre las revistas de catálogos de la editorial que me mandaban a casa mensualmente y me acerqué a la estufa para encenderla. No me molesté en limpiar las cenizas del día anterior. La encendí y una gran humareda inundó la casa. Tuve que correr a abrir la ventana. El aire frío pronto se apoderó del ambiente y se llevó el humo consigo, justo cuando llamaron a la puerta. No esperaba visitas. En realidad, nunca las esperaba. Me dirigí a la puerta y la abrí de golpe. Me arrepentí de haber abierto de esa manera en el mismo instante de verla.

—Coraline, pasa.

Entre los brazos llevaba el escurridizo felino que yo tenía por mascota, un gato negro como el carbón al que Coraline bautizó años atrás como *Abi*, a pesar de ser gato y no gata.

—Estaba en el portal, mojado.

—Gracias por subirlo. —Entró, cerré la puerta y suspiré para mí, como siempre hacía cuando la veía—. Y tú deberías haberte cogido un paraguas al salir de casa.

—Cuando he salido estaba despejado —respondió dejando a Abi en el suelo y sentándose frente a la estufa, momento que aproveché para meter leña.

—¿Quieres tomar algo caliente?

—No, no hace falta, pero Abi está hambriento.

—Ah.

Siempre que estaba en su presencia era como si todo lo demás desapareciese, y no sabía si para ella supondría algo parecido. Fui a la cocina y puse leche tibia en el plato de Abi. Regresé al lado de Coraline.

—¿Necesitas alguna cosa? —pregunté.

—¿Necesito necesitar algo para venir a verte?

Negué con la cabeza lentamente.

—Pues eso. He venido a verte, nada más.

Suspiré, esta vez para que me escuchase.

—Estoy cansado de esto, Coraline. No puedes abandonarme y después hacer como si no estuviéramos casados tratándome como a un amigo.

—Deberías olvidarte de lo que ocurrió —respondió mientras observaba sus ojos castaños y su pelo negro.

—No puedo. Ni tú tampoco. —Me puse en pie y fui a coger la cartera con los relatos. Me senté en el sofá y los saqué fingiendo que los ojeaba. Se levantó y se sentó conmigo sacando otro puñado de relatos de la cartera.

—¿Son nuevos?

—Sí —dije secamente, mientras sentía que se quedaba observándome dolida por mi respuesta. No podía evitar responderle

así.

Tras fingir que leía durante unos minutos, metió las páginas en la cartera y fue directa a la puerta sin decirme nada. Me levanté y fui tras ella. La sujeté del brazo justo cuando abría y cerré sin dejarla salir.

—Si no quieres que venga, dímelo, y dejaremos de parecer dos críos.

La aprisioné entre mi cuerpo y la pared.

—No es que no quiera que vengas —dije mientras pasaba los dedos por su pelo—. Es que no quiero que te vayas.

Me incliné sobre ella y le di un beso que me devolvió para alejarse un momento después.

—No —dijo.

—¿Por qué? Siempre serás mi mujer, por lejos que te marches.

Me apartó a un lado y salió por la puerta, dejándome solo y con la sensación de haber besado a un fantasma que nunca hubiera estado conmigo en casa. Abi apoyó las patas en mi pierna y se estiró. Lo cogí y lo senté a mi lado en el sofá, donde pronto se quedó dormido, mientras yo corregía faltas de ortografía y anotaba otros posibles finales y personajes para añadir a los relatos. Se me habían ido las ganas de ponerme a escribir.

4

Hacía más de un año que había ocurrido y no podía olvidarlo ni olvidarme de ella. Llevábamos casados cuatro años. Hacía bastante tiempo que parecía que sus sentimientos se habían congelado. Yo creía que era porque ella esperaba más. Coraline había crecido sin madre, pero con un padre que la adoraba y le concedía todos los caprichos que se podía permitir. Con mi sueldo de escritor había lo suficiente para poder comer, pagar las facturas y darnos algún capricho de vez en cuando, pero no para mucho más. Algún vestido nuevo con zapatos a juego y basta. Coraline lo sabía cuando nos casamos y me dijo que no le importaba. En un principio así parecía, pero después comencé a pensar que no. No le daba igual. No era exageradamente caprichosa, pero si algo le gustaba, quería comprárselo, aunque mi sueldo no daba de sí como para mantener tres bocas. Era cierto que mis libros se vendían bien, pero el porcentaje que me quedaba era prácticamente ridículo.

—Deberías cambiar de editorial. Son unos timadores.

—Da para comer y poder pagar el piso en el que vivimos.

—Sí, en el que vivimos los tres. Se nos queda pequeño. ¿No te das cuenta?

Nunca pensé que le molestase tanto que fuera el tutor de mi hermana, pero eso era un hecho y no había marcha atrás. Si no quería entender eso, era su problema: Sandra venía en el lote conmigo.

Cuando nos casamos, nos fuimos de luna de miel a la costa de Valencia y pasamos cuatro días perfectos en los que todo fueron cenas con velas y hacer el amor una y otra vez con la luna por testigo. Después, todo fue bien durante los dos primeros años en los que compartíamos el piso con mi hermana y un gato. Coraline no había hecho las tareas del hogar en su vida, pues en su casa había sido su padre el que se encargaba de todo, así que de eso nos ocupábamos Sandra y yo.

—¿Por qué no es capaz de echar una mano? —decía ella—. Es una vaga estúpida.

—Oye, que es mi mujer —replicaba.

—Es igual, es lo que es.

Finalmente, acabó acostumbrándose. Coraline cocinaba de vez en cuando, pero también dejó de hacerlo. Me esperaba en casa cuando regresaba de dar las clases en la editorial y cenábamos los dos solos la mayor parte de los días. Sandra o había cenado ya o se las ingeniaba para estar fuera de casa hasta tarde y regresar cuando ya estábamos dormidos. No tragaba a Coraline, y en el fondo podía entender su punto de vista.

Las estaciones transcurrían con una vida tranquila y simple. En otoño, cuando el calor sofocante dejaba salir a la gente a la calle, solíamos irnos a pasear por la ribera del Ebro. En invierno íbamos a los cafés o al cinematógrafo. En primavera y los primeros días del verano solíamos hacer alguna excursión al campo y pasábamos el día bajo los pinos comiendo bocadillos. Aparte de eso, iba de la editorial a la librería a ver a mi viejo amigo Germán y de vez en cuando hacía alguna visita al padre Juan, el director del orfanato en el que nos criamos durante algún tiempo. Pasaba un rato con él y regresaba a casa con mi mujer y mi hermana en las ocasiones en las

que estaba en casa, normalmente cuando hacía mucho frío o llovía y no sabía dónde meterse.

Recuerdo una ocasión en concreto en la que nos íbamos a marchar un fin de semana a Barcelona y Sandra se puso muy enferma. Se había levantado el día anterior al viaje con una fortísima tos que le arrancaba flemas rojas. Estuvo haciendo vahos en la cocina, pero no sirvieron de nada; seguía tosiendo. Pedí a Coraline que fuese a buscar al doctor que vivía a cinco manzanas de nuestra casa. Mientras estuvo fuera, creí que Sandra se moría. Le costaba respirar, y los labios se le estaban poniendo azules. Sudaba como nunca la había visto, y la frente le ardía. En un intento de acercarse al lavabo para mojarse con agua fresca, se cayó al suelo. Cuando fui a ponerla en pie, una línea de sangre le brotaba de la nariz y la boca. Nunca había estado tan asustado. La limpié con una toalla y la abracé mientras intentaba agarrarse sin fuerza a mi brazo. Cada vez le costaba más respirar. Cuando llegó el médico, apenas tenía fuerzas para mirarlo. El doctor me hizo salir y se quedó solo con ella en el baño. Me quedé esperando fuera, con la ropa llena de sangre, dando vueltas por la habitación como un animal enjaulado.

—No te preocupes, se pondrá bien —me dijo Coraline mirándome con ojos tristes.

Yo asentí y me senté a su lado en el sofá.

Media hora después, el médico abrió la puerta. Sandra seguía tumbada en el suelo completamente blanca.

—Iván, ayúdame a llevarla a la cama. Necesita calor y humedad.

—¿Qué le pasa? —pregunté mientras me acercaba. La cogí en brazos y la llevé a su cuarto.

—Tiene una infección en los pulmones.

—Pero ayer estaba bien.

—Sí, suele ocurrir en estos casos. Le he puesto una inyección para dormir y otra para que luche contra la infección y le baje la fiebre; está ardiendo la pobre niña.

La metí en la cama y la tapé hasta la nariz. Parecía estar tranquila. Corrí a su armario y le puse otras dos mantas encima.

—Vamos, hay que dejarla descansar.

Una vez que nos sentamos en el salón, el doctor Martín me miró con cautela, intentando encontrar las palabras acertadas.

—No puedo decir si saldrá adelante. Tiene fiebre alta, y no es una chica fuerte precisamente. Solo queda esperar. Esta noche volveré para verla y ponerle otra inyección. Si se despierta, que beba agua tibia, pero que no coma nada: la medicación la haría vomitar, y en su estado… —Se quedó en silencio, sin acabar la frase. A mí me temblaba el pulso—. Lo siento, Iván. Ojalá pudiera decirte otra cosa, pero solo cabe esperar que los días pasen para ver si se recupera o no.

—O no —dije para mí.

—Me marcho, regresaré a eso de las ocho.

—Gracias por todo —ofrecí sin ningún ánimo.

Cerró la puerta y nos quedamos solos. Me daba miedo entrar en la habitación de mi hermana, y como un cobarde me quedé llorando, pensando que se podía marchar, mientras Coraline me cogía la mano sin ofrecerme una palabra de aliento. Las manecillas del reloj giraban pesadamente y las horas no acababan nunca. A las tres de la tarde, pensando que la anestesia tal vez hubiese comenzado a pasarse, llamé a su puerta. No obtuve respuesta. Giré el pomo y la empujé suavemente, evitando hacer ruido. Sentí un alivio inmenso al ver que las mantas se elevaban lentamente con su respiración. Me acerqué a ella y me senté a su lado. Le toqué la frente. Seguía caliente, aunque no tanto. Entreabrió los ojos sin llegar a mirarme.

—¿Mamá? —preguntó.

Sentí una tristeza por dentro que hacía tiempo que pensaba que se me había curado.

—Soy Iván.

—¿Iván? —dijo alargando su mano en busca de la mía.

—Estoy aquí —respondí con un hilo de voz mientras la apretaba con fuerza.

—Me voy a morir, lo sé.

—No digas tonterías.

—No son tonterías, Iván; la he visto a los pies de mi cama, con sus ojos oscuros. Era ella, estoy segura, ha venido a buscarme para llevarme con ella —apenas le salía la voz.

—Pues yo no voy a dejar que se te lleve. No nos quiso mientras estuvo viva, pues ahora que nos deje en paz.

Pensaba que me estaba volviendo loco al hablar de un fantasma como si existiera realmente. Lo que sí estaba decidido a hacer era que mi hermana siguiese viva muchos años más que yo. Me quedé a su lado. Sudaba, y a la vez su pequeño cuerpo se estremecía en escalofríos. La respiración se le cortaba durante varios segundos, la recobraba de golpe. Estaba muerto de miedo. No sé cuánto tiempo transcurriría desde que acudí al lado de mi hermana hasta que Coraline me vino a avisar de que tenía que comer algo.

—No tengo hambre.

—Debes comer; venga, ven conmigo.

Salí con ella y me senté a la mesa de la cocina, donde había dispuesto dos cubiertos y dos platos con una especie de guiso de patatas y carne. Me sirvió un poco. Solo el olor me produjo náuseas.

—Vamos, come.

Como pude, arrastré una cucharada de aquella comida pastosa y tragué sin apenas sentir el sabor.

—Creo que debería hablar con la vecina, Eugenia.

—¿Para qué? —pregunté.

—Para que cuide a Sandra mientras estamos fuera.

Me quedé helado.

—No puede quedarse sola mientras nos vamos el fin de semana.

Dejé la cuchara de golpe en el plato. No podía creer lo que estaba escuchando.

—Eugenia ha cuidado de sus hijos y de sus nietos, nadie mejor para…

—¡Cállate! —corté de golpe—. ¿Eres consciente de lo que estás diciendo? Mi hermana está medio muerta, tumbada en la cama… ¿y tú solo piensas en irte de viaje? ¿Eres consciente? Contéstame. —Me había puesto en pie sin darme cuenta.

—Vamos, los médicos son muy exagerados, estará bien en un par de días.

—No quiero seguir escuchándote.

Nunca me hubiera podido imaginar eso de ella. No parecía la Coraline que yo había conocido hacía más de quince años en la librería de Germán. Tomé un cazo y calenté agua en el fuego para Sandra mientras me mordía los labios de rabia. Sentí como me abrazaba por detrás y me zafé de sus brazos yéndome a un lado.

—Lo siento —dijo.

No respondí. Volvió a repetirlo y tampoco obtuvo respuesta. Si hubiera abierto la boca, no hubiera salido voz alguna. Cuando el agua comenzaba a estar en su punto justo, llené un vaso y fui con Sandra. Le sostuve la cabeza mientras bebía pequeños sorbos y la dejé reposar sobre la almohada.

Pasé toda la tarde a su lado, como si estuviera despidiéndome de ella. Escuché que llamaban a la puerta y salí corriendo. Coraline

había abierto al doctor, que había venido a la hora prevista. Entramos en la habitación.

—¿Cómo te encuentras?

—Mareada, y con ganas de vomitar.

El médico sonrió y me miró.

—Eso es buena señal.

Suspiré y quise dar gracias a algo sin saber a qué. Le tomó el pulso y controló su respiración. Le dio de beber agua, le puso otra inyección y me empujó fuera de la habitación.

—Se pondrá bien. Tengo que admitir que no las tenía todas sobre Sandra; es una niña de cuerpo pequeño y débil. Además está delgada, y las infecciones siempre las combate mejor un cuerpo relleno, con reservas: tienen más aguante. Por eso dudaba de la recuperación de Sandra de la infección de caballo que ha cogido, pero creo que esta vez hemos ganado a la madre naturaleza.

Asentí sin fuerzas.

—Gracias.

—No me las des. Y tú deberías salir a tomar el aire, pareces un cadáver.

Asentí de nuevo y cuando se hubo marchado, evitando la mirada de Coraline, salí a refrescarme a la calle. Estuve media noche caminando por los callejones de la ciudad, ocultándome de la escasa gente que deambulaba por la calle a esas horas, intentando encajar las palabras de Coraline. Y me convencí a mí mismo de que tenía demasiadas ganas de que nos fuésemos de viaje como para dejar que el viento se llevase la oportunidad de hacerlo.

5

Aquel anochecer de 1950 salí de casa a las nueve de la noche dispuesto a cenar en el bar de Leopoldo, hermanastro de Germán y amigo mío desde que el librero me lo presentó cuando tenía cinco años. El tiempo se negaba a hacer acto de presencia en su piel, pues seguía igual que hacía veinticinco años, cuando le había conocido. Me gustaba el bar. Estaba recubierto de baldosines azul oscuro, y el suelo con baldosas más claras. En el centro de la pared del fondo, tras la barra, se encontraba un viejo aparato que atraía toda la mugre del bar.

—Alabados sean los ojos. Ya ni te recordaba —saludó mientras me sentaba a la barra.

—Eso será porque no puedes acordarte de todos los clientes que tienes.

—Sí, pero no todos son tan buenos como tú. ¿Cena?

—Eso es.

Encendió el fuego y comenzó a sacar los ingredientes de su plato estrella.

—Antes ha pasado por aquí Guillermo —dijo sin mirarme directamente y como quien no quiere la cosa.

—Hace mucho que no lo veo —respondí esperando que captara la indirecta.

—Sí, eso me ha dicho, que casi no os veis desde que lo destinaron a Calatayud.

—Entre eso y que yo estoy muy ocupado últimamente, no hay forma.

—Ya, el trabajo de escritor es muy exigente.

—Más de lo que puedas imaginar, y si a eso le añades que tengo que dar clase a un montón de botarates aficionados a la lectura que no saben hacer ni la o con un canuto, ni te cuento.

Rio.

—Tú y tu humor de escritor.

—A él le debo poder vivir de mi oficio.

—*Et voilà!* La cena está servida.

—Gracias, huele de maravilla.

—Estás más delgado —dijo apoyando un brazo en la barra—. Cómo se nota que hace tiempo que no comes bien. ¿Y tu hermana? Seguro que ella te prepara unos platos deliciosos que no te molestas en probar siquiera.

—Está ocupada últimamente, no sé en qué. No me lo cuenta, pero llega cansada y no quiero que se dedique a cocinar; yo le hago la cena a ella. Tengo otras cosas que hacer en lugar de preocuparme de comer.

—Eso ya lo has dicho. Pero te conozco tan bien como el librero. ¿Qué te ronda por la cabeza? ¿Has tenido algún problema con Guillermo y por eso no os lleváis como antes? Sé que erais uña y carne de críos, pero también me ha dicho Germán que se ha vuelto un tanto raro desde que se ha hecho de los verdes.

—No, no tengo ningún problema con él.

—Ah.

Silencio.

—¿Y con Coraline?

Dejé los cubiertos y lo observé.

—¿A qué viene eso?

—A que no soy tonto. Nos has contado a todos que ya no la quieres, pero no nos engañas a ninguno. Nunca me gustó esa niña, esa arrogancia que tenía siempre encima… No digo que fuese mala chica, pero mira lo que te hizo a ti.

—¿Vas a seguir diciendo tonterías o vas dejarme cenar sin que se me atragante?

6

Había adquirido mi piso hacía cinco años, después de haber ahorrado cuanto me había sido posible de las ventas de mis novelas y con mis primeros trabajos en el mundo editorial, pegado a una escoba. Había trabajado para la editorial desde antes de cumplir los once años, pensando ya en liberarme de los tíos que nos habían adoptado a Sandra y a mí. El trabajo me lo había buscado yo solo yendo a la única editorial no de prensa que conocía en Zaragoza, aunque fuera un disgusto para Germán.

—Pero, hijo mío, cómo no me has dicho que querías trabajar; yo te empleo en la tienda, y listo —me había dicho.

No quería causarle más problemas. Me personé en la puerta de la editorial y llamé al corroído timbre. Me abrió el que reconocí como el gran Gustavo Rodríguez, un escritor de dudoso gusto que años después, tras su décima novela publicada y única que le fue reconocida, conseguiría bastante fama. Había logrado que los periódicos se hicieran eco de ella, usando a saber qué artes. Él siempre dijo que todo se debía a su innato talento para las letras, aunque por otro lado se decía que había pedido a una gitana que le ayudase a vender su alma al diablo para conseguir la fama con uno de sus libros. Y el diablo debía de tener prisa, pues un año después de su escasa fama murió borracho de aguardiente.

—¿Quién eres tú? —preguntó al verme en la puerta.

—Iván.

—¿Y qué quieres?

—Hablar con quien me pueda dar un empleo.

—Pues vete a la puerta de alguna iglesia, porque aquí trabajo para un niño no hay. Anda, quita de en medio, que me están esperando para dar una conferencia rodeado de eruditos que no me llegan a la suela de las alpargatas. Fuera.

Sin darme opción a apartarme, me echó a un lado y caí al suelo. Mientras se marchaba a paso ligero y silbando, me levanté y entré. Podía oler el papel y la tinta nada más atravesar la puerta; era fantástico. Cerré tras de mí y seguí el corredor, rodeado de puertas sin indicación de lo que había tras cada una de ellas, salvo en la que encontré lo que buscaba: «Jefe editor».

Llamé a la puerta y esperé. Nada. Llamé de nuevo con más fuerza.

—Paaase.

Respiré hondo y entré. Su mirada hablaba por sí misma sobre lo que pensaba de mí.

—Buenos días, señor.

—Buenos días, renacuajo. ¿Qué quieres?

—Trabajar.

Se quedó mudo.

—Vaya —dijo dejando las gafas a un lado de unos folios que revisaba otro—. Normalmente los chavales como tú solo quieren algún libro gratis.

—Yo quiero trabajar para poder comprarme libros y no aprovecharme del señor Tolosa.

Me miró con cara de no entender nada, sonrió y se echó atrás en la silla.

—¿Y qué sabes hacer? —preguntó.

—Leer.

—Ya, bueno, ¿y qué más?

—¿Qué quiere que sepa hacer?

—Eso sí que no me lo habían dicho nunca. Pero tienes que decirme tú qué sabes hacer además de leer.

—Escribir.

—¿Más?

—Limpiar. Mi madre me enseñó a limpiar.

—Bueno, eso ya es algo. ¿Qué sabes limpiar?

—Los muebles, el suelo, el baño…

—¡Hummm! ¿Cómo te llamas?

—Iván.

—Iván. Bien, Iván, y ¿qué salario quieres?

—Lo que me pague.

—¿Sabes, Iván?, me gusta tu forma de ver las cosas. Ya lo creo. ¿Cuántos años tienes?

—Diez, pero cumplo once dentro de tres semanas.

—Bien, señor Iván de diez años, ¿tienes algo que hacer ahora?

—No.

—Puedes empezar ahora en período de prueba, y si lo superas, te haremos fijo. Y puedes darte con un canto en los dientes, que, en estos tiempos, y atravesando una guerra, ganarse el pan está pero que muy mal.

—¡Bien! —No pude reprimir mi alegría.

—Hala, ve tres puertas más adelante en el pasillo y pregunta por Herminia, la mujer de la limpieza, y dile que eres su ayudante en prácticas.

Salí de allí más contento que unas pascuas y corrí a buscar a Herminia. Estaba sentada en una silla que no parecía demasiado cómoda, mirando por la ventana a los gorriones.

—Mira qué niño tan guapo. ¿Te has perdido? ¿Estás buscando algún aula?

—¿Es usted Herminia?

—La misma.

—Soy su nuevo ayudante.

—¿Ah, sí? —preguntó.

—Sí.

—Vaya, nunca había tenido un ayudante.

—Pues ahora tiene uno.

En las semanas que prosiguieron me dediqué a escobar, limpiar ventanas subido a sillas, y quitar el polvo de los muebles y mesas de la escuela de escritura que no sabía que había allí. Los alumnos que estaban matriculados me miraban con desprecio mientras entraban en las clases. Vestidos con ropas que estaba seguro que a mí no me estaría permitido ni tan siquiera entrar a ver en una tienda, y no hablar ya de tocarla, me observaban desde su posición distinguida en la podrida sociedad zaragozana. En más de una ocasión, alguno de ellos me había pedido que le limpiase los zapatos y lo había tenido que hacer, pero no me importaba, porque cada semana de trabajo me pagaban y podía comprar libros y ahorrar para el día que me fuera de casa de mis tíos. Germán no permitiría que le pagase nada, así que mi particular forma de pagar los libros era llevándole a la tienda delicados pasteles que eran demasiado caros, pero que podía comprar aunque me gastara el sueldo de una semana en una tarta no demasiado grande.

—Esto es mucho, Iván, no deberías hacerlo, estás todos los días trabajando para esto, y eso sin contar el trabajo que te mandan tus tíos por las mañanas.

—Es mi dinero y puedo gastarlo como quiera —replicaba yo—. No voy a llevarlo a casa para que lo encuentre mi tío y se lo gaste en cerveza, o mi tía en onzas de chocolate que esconde y solo se come ella. No, el dinero que gano que sea para nosotros.

Germán era el encargado de guardar en su tienda el dinero que iba ahorrando, ya que era demasiado pequeño como para abrir una cuenta en el banco.

Alguna tarde que tenía libre solía compartirla con mis dos mejores amigos, Guillermo y Coraline, una amiga de Guillermo que vivía en su bloque. Su nombre en español era Carolina, pero como su madre era francesa, la llamaba Coraline, a pesar de la voluntad de su señor esposo de llamarla en castellano, al que no solía hacer el menor caso; eran como el arre y el so. El padre de Coraline resultó ser un hombre encantador. Siempre que iba a su casa, me invitaba a comer chocolate con churros.

—Come, hijo, que estás muy delgado.

Y creo que fue gracias a eso por lo que crecí y pegué el estirón que todos habían dado y yo no. Coraline me contó que su padre era dueño de una serie de estancos de tabaco a lo largo y ancho de España, que había conocido a su madre en una visita que hizo al país galo años atrás y se enamoró de ella después de verla actuar en el Ballet de la Ópera de París. La había conquistado a base de promesas, vestidos de seda y dulces que ella también podía comprar con el salario de su rango de *étoile* del *ballet*. Y de no ser por un tobillo que le estaba causando demasiados problemas en los últimos años, seguramente le hubiese dicho que no. Él lo sabía, pero pecaba de bueno y a veces de tonto. No sabía si ella lo quería a él, pero él sí la quería a ella, y así fue durante toda su vida. La madre de Coraline murió cuando ella era pequeña y no la recordaba. Su padre le dijo que había muerto por un virus, pero las malas lenguas decían que la había encontrado en la cama con otro hombre, que había matado a los dos y los había descuartizado y enterrado por la ciudad para que sirvieran de abono a árboles y arbustos.

No recuerdo exactamente el momento en el que me enamoré de Coraline, y tampoco creo que eso importe.

Durante mis años de escuela, y desde el primer día que entré en la librería de Germán, todas las tardes que pude las pasé en la librería, y los sábados y domingos también, siempre que Pablo no me mandase limpiar alguna cosa que llevaba años sin tocarse y tuviera que hacer más horas que el reloj. Siempre recordaré la tarde siguiente a mi primera intrusión en la librería; fue como un rayo después de rezar el padrenuestro. Allí me estaba esperando el señor Tolosa, como si estuviera seguro de que iba a aceptar su invitación. Respiré hondo antes de entrar para recuperar el aliento y abrí la puerta. Encontré a Germán sentado en el mostrador de la entrada, leyendo un ejemplar del *Heraldo de Aragón.*

—¡Hola! —saludé.

—Bienvenido de nuevo, amigo mío. Anda, pasa ahí, a la mesa de ayer. ¿Cacao? —Lo miré sin saber si debía aceptar o no, pues no sabía hasta qué punto el librero podía permitirse invitar a alguien a una taza de cacao—. Sí, claro que sí, ahora lo saco, y mientras, elige el libro que tú quieras.

Me dejó envuelto en la magia del papel y las letras. Observé la librería con más calma y me di cuenta de que las estanterías llegaban hasta el techo. Pensé que si los libros pudieran desafiar a la gravedad, también habría una estantería en el techo con libros colgantes. Leí el cartel que anunciaba «relatos infantiles» y me fui directo a él. Libros con lomos de colores a cientos parecían gritar mi nombre, o tal vez era demasiado tentador pensar que eso era así como para dejar de hacerlo. Deslicé los dedos sobre los lomos con letras escarlatas y azules anunciando el título tal como había visto hacer a la gente que buscaba un libro entre los cientos de tomos de una librería cualquiera. Mis dedos se pararon en uno titulado *El*

principito. Intrigado por el título, pensé que en él se describirían los lujos con los que debía despertarse y acostarse cada día el príncipe heredero de algún lugar tan lejano que debía salirse hasta de los mapas. Me senté con el libro en la misma silla del día anterior, que se acabaría convirtiendo en la que siempre usaría, y comencé a leer.

De mi ensimismamiento lector solo me sacó el olor a cacao.

—Lee, lee; además has elegido muy buen libro.

—Sí, pero no es como parece que vaya a ser al leer el título.

—Ah, amigo, acabas de descubrir la primera norma de la literatura para los lectores. —Lo miré sin comprender—. Nunca hay que juzgar un libro por el título. Un título puede tener de una a unas diez palabras como mucho. ¿Crees que con diez palabras se puede tener un resumen certero de un libro de doscientas páginas?

Negué con la cabeza.

—Pues eso, anda, bebe y lee.

Durante las siguientes horas, leí y me empapé del magistral relato y de la prosa de aquel magnífico libro que hacía ensombrecer al conejo blanco y a Alicia. Y me di cuenta de que, ni viviendo cien años, podría leer todo lo que quería. Cerré el libro cuando era de noche. Germán estaba tras el mostrador atendiendo a un cliente con un sombrero negro y un pañuelo blanco en el bolsillo.

—Que pase una buena noche —le dijo.

—Igualmente.

El hombre salió mientras yo devolvía el libro a su hueco.

—Vaya, sí que te ha gustado, ¿eh?

—Sí señor, muchas gracias por haberme dejado leerlo.

—Que no me des las gracias, Iván, no te preocupes. Anda, que es tarde, vete a casa.

Asentí, sonreí y me dirigí a la puerta de salida.

—Por cierto, ha dicho Guillermo que si mañana le haces caso, puedes jugar con él y con su amiga Coraline.

—¿Si le hago caso?

—Sí, han venido a la tienda poco después que tú, pero estabas tan metido en la lectura que no te has enterado cuando te ha llamado.

—Pues dígale que perdone, y si mañana quiere, jugaré con él y con Carolina.

—*Coraline*: su madre es francesa.

—Ah, vale, ¡hasta mañana!

—Adiós.

Salí a la calle y el viento fresco me despejó la cara. Tenía la sensación de tenerla acartonada. Subí las escaleras de mi edificio de dos en dos y entré en casa sin pensar en lo que me pudieran decir mis padres por haber llegado tan tarde. Miré el reloj y comprobé que eran las diez y cuarto de la noche. Un trozo de pan me esperaba en la cocina a modo de cena. Entré en el salón. No había nadie. Sin darle demasiada importancia, cogí el trozo de pan y con él me fui a mi cuarto, saqué a Alicia de debajo del colchón y contemplé una vez más sus fantásticos dibujos. No sé cuánto tiempo debí estar en casa solo, sin darme cuenta de que las horas transcurrían mientras observaba el fino trazo de los dibujos y las letras de la historia, cuando escuché la puerta de entrada abrirse de golpe y a mis padres gritar.

—Está en casa —fue lo que escuché decir.

El pánico se apoderó de mis músculos y me quedé paralizado. Se abrió la puerta de mi cuarto de golpe y apenas un segundo después mi padre me había cogido del brazo y me zarandeaba en el aire.

—¡Maldito crío! ¿Dónde te habías metido?

Me dejó caer al suelo de golpe y me di con la esquina de la mesita, lo que hizo que la ceja comenzara a sangrarme.

—¡No te pongas así, que lo vas a matar! —dijo mi madre.

—Pues no perderíamos mucho.

Mientras hablaban, me pegaba patadas en el estómago, que yo recibía poniendo las manos delante. Me metí debajo de la cama para guarecerme de la lluvia de golpes, pero mi padre arrastró la cama y me dejó de nuevo al descubierto. Me puso en pie sujetándome del brazo y comenzó a preguntarme dónde había estado hasta esas horas. Yo no entendía el porqué de tanto alboroto; nunca se habían preocupado, y menos de dónde me metía o dónde dejaba de meterme.

—He estado en la escuela —dije sin saber de dónde saqué las fuerzas para hacerlo.

—¿Qué has dicho?

—He estado en la escuela.

—¡Oh! —intervino mi madre. Los golpes cesaron.

—¿Oh?

—Ayer me lo dijo, no lo recordaba.

—¡Ayer te lo dijo! Después de haber estado toda la tarde pensando si le habría pasado algo. ¡Mujer estúpida!

A continuación, la sacó del cuarto y la llevó a rastras a su dormitorio. Escuchaba los golpes y a mi madre gritar que lo sentía, que no volvería a ocurrir, que la perdonara y que dejara de darle golpes, momento que aproveché para salir pitando a la calle, donde nada tan malo como lo que acababa de ocurrir podía pasarme. Sin saber muy bien por qué, mis pies me guiaron directo a la librería de Germán. Se encontraba a oscuras y con la puerta bien cerrada. No sé por qué lo hice, pero agarrándome del pomo, comencé a llamar al señor Tolosa y a darle patadas a la puerta de madera con todas mis

fuerzas. Quería entrar en la librería y salir de mi mundo y de mi casa. Mientras lloraba y salpicaba la puerta con gotas de sangre que me chorreaba por la cara, me fui cansando y me acurruqué, cuando ya no me quedaban lágrimas, en el peldaño de entrada a la tienda con las piernas recogidas. Veía pasar a la poca gente que iba por la calle a esas horas de la madrugada y que me miraban de reojo, hasta que dejé de hacerles caso a medida que el dolor de la ceja iba a más y la boca me sabía a sangre.

—Pero, chico, ¿qué haces ahí? ¿Qué te ha pasado?

Alcé la vista para reconocer a dos miembros de la Benemérita. Pensé que si mi padre se había enfurecido de tal manera por no haber ido a casa aquella tarde, si me llevaban ellos a casa y comenzaban a preguntarle por mis heridas, me pegaría otra paliza mucho peor que la que acababa de recibir.

—Vamos, chico, contesta —dijo el segundo de ellos con una voz más suave.

Estaba aterrado pensando en lo que me haría mi padre si aparecía en casa acompañado por los dos uniformados. Las palabras se negaban a salir de mi garganta. Lo único que se me ocurría era echarme a correr de nuevo y esconderme, si hacía falta, en un cubo de basura.

—¡Ay, Iván, hijo mío! ¿Pero dónde te has metido? Tu madre está preocupadísima y me ha pedido que te buscara. ¿Cómo se te ocurre escaparte para tener una pelea con los compañeros de clase?

Germán había aparecido como el ángel de la guarda del que tanto hablaba mi madre, pero al que nunca había visto, al menos hasta ese instante. Guardé silencio.

—¿Conoce usted a este chico? —preguntó uno de los guardias.

—Sí, señores —comenzó con cara de angustia—. Es el hijo de mi vecina, la pobre Almudena, que no puede hacerse con él. Es que su

padre murió hace unas semanas y lo lleva muy mal el pobre chavalín, que no lo supera y no hace más que meterse en líos con los compañeros de escuela. Ahí lo ve usted, lleno de sangre y de lágrimas de rabia por no tener a su padre, y nosotros toda la tarde buscándolo. Ya verás qué regañina te echa tu pobre madre, que la he dejado llorando en casa pensando que te habían matado de algún golpe. Anda, ven, que te limpio y te curo para que tu madre no se asuste y te llevo a casa, pero tienes que entender que esto no lo puedes repetir, hijo mío, que no hay que preocupar a los señores guardias.

Me tendió la mano y la cogí sin abrir la boca. Me cogió en brazos y me abracé a sus hombros, agarrándome a él con todas mis fuerzas.

—Ande, y cuídelo bien al pobre, que yo también sé lo que es crecer sin padre —dijo uno de los hombres.

—Sí, señores, y muchas gracias por su atención al chico, que con lo loco que está el mundo podría haber caído en manos de cualquier desgraciado o de algún sacamantecas. Tengan ustedes buenas noches.

Se dio media vuelta. Yo cerré los ojos con fuerza, agarrándome a él para no ver nada ni a nadie.

—Hijo mío, ¿qué te ha pasado? ¿Quién te ha hecho esta atrocidad?

No pude sino echarme a llorar. Entramos en su casa y me metió en el baño mientras Guillermo miraba desde la puerta en silencio. Me limpió la cara y las rodillas de sangre, me cosió la ceja hinchada, que ya no sentía en mi cuerpo, y me dio una pastilla. A continuación le dijo a Guillermo que trajese alguna ropa de su armario de cuando había tenido mi edad. Un minuto después apareció con una camisa y un pantalón. Germán me vistió en silencio y pidió a Guillermo que

me llevase a la cocina y me diera algo de comer mientras él lavaba mi ropa ensangrentada en la bañera. Encendió el fuego y calentó leche en un cazo que parecía más viejo que la librería. Lo echó en un vaso en el que anteriormente había volcado un montón de cacao y azúcar y me lo puso delante. Lo cogí y sorbí con cuidado. El labio escocía.

—¿Quién te ha hecho eso? —preguntó, sentándose a mi lado.

—No puedo decirlo, sería peor.

—Pues no me lo digas, solo mueve la cabeza para decir sí o no. ¿Ha sido en la calle?

Negué.

—¿En tu casa?

Asentí.

—¿Alguno de tus padres?

Asentí de nuevo.

—¿Tu padre?

No hice gesto alguno, y eso aclaró la respuesta.

—Deberíamos matarlo —añadió.

Negué.

—Bueno, mañana tu ropa estará seca. Esta noche te quedas aquí.

Poco después de haberme tomado la pastilla que me ofreció para el dolor, me llevó a la cama, en la que dormí con Guillermo aquella noche.

* * *

Aparte de los dulces que solía comprar para degustar en la trastienda de la librería, procuraba ahorrar todo lo que podía, aunque no fuera mucho, para poder marcharme de casa lo antes posible. Así pues, cuando cumplí quince años, por fin pude abrir mi

propia cuenta en el banco y metí en él todo el dinero que Germán me había estado guardando. Para mi sorpresa, cuando conté el dinero me di cuenta de que había más de lo que esperaba. Fui al banco creyéndome el rey que no era, cosa que descubrí al ver la mirada de desprecio de los banqueros, que remolonearon durante más de media hora a pesar de no haber nadie en la sucursal, porque nadie quería perder el tiempo conmigo. Finalmente, conseguí que me abrieran una cuenta y me marché de allí. También fue cuando cumplí los quince años, probablemente por pasar los días limpiando en una editorial y leyendo y ayudando al señor Tolosa en su librería, cuando me picó el gusanillo de la escritura. O tal vez también influyera el hecho de ver a los escritores de la editorial con sus trajes nuevos y relojes de pulsera de ultimísima generación para que quisiera dejar de limpiar la porquería de otros y ser como ellos. Al principio lo concebí como una idea estúpida y la deseché desde el primer instante. Sin embargo, al día siguiente, al ver los halagos que se dedicaban entre ellos cuando discutían sobre novelas de las que estaba seguro que no habrían pasado del primer capítulo por lo erróneo de sus ideas y las conclusiones sacadas de estas, empecé a planteármelo con más seriedad. Pensé que probando a plasmar en el papel las historias que me acechaban cada noche al intentar conciliar el sueño conseguiría, en primer lugar, sacármelas de la cabeza, además de aspirar a un futuro sin que la lejía se comiera el bajo de mis pantalones al salpicarme cuando fregaba.

Durante el siguiente mes, después de mi trabajo en la editorial y antes de regresar a casa de mis tíos, me dediqué a escribir en la trastienda de la librería con una máquina que me había prestado Germán. Él mismo me enseñó mecanografía, y aunque al principio me costó hacerme con las teclas, después no me suponía ningún esfuerzo encontrar la adecuada. Así pues, en un mes, había escrito

una novela de ladrones a lo Robin Hood, con damas que metían la pata y debían ser rescatadas y liberadas de la tiranía de sus padres, que pretendían desposarlas con déspotas. Cuando leí la historia después de tenerla escrita, con la tinta todavía sin secar sobre el papel, me pareció una auténtica porquería y no dejé que Germán la leyese.

—No digas eso, hombre, si uno siempre es su peor crítico. Déjame que la lea.

—No, no pierdas el tiempo, no sé en qué estaría pensando cuando me puse a escribir. Está claro que lo mío es el amoniaco y la escoba. Además, no está tan mal: dentro de no mucho podré comprarme una casa y salir de la de mis tíos, llevándome a mi hermana conmigo.

Arrugué las hojas una por una y las lancé a la papelera casi esperando que desaparecieran por sí mismas. Algo parecido ocurrió al día siguiente. Cuando fui a la librería, vi que los folios no estaban en la papelera y pensé que Tolosa habría sacado la basura la noche anterior, pero al llegar a la editorial comprobé que no había sido así. Entré en el cuarto de las escobas y fregonas y me dispuse a vaciar una botella de lejía en el cubo de fregar para ir derecho a los baños cuando Biel se presentó de pronto en la puerta.

—Hijo, la próxima vez que escribas algo, haz el favor de usar papel en condiciones y no arrugado.

—¿Qué? —pregunté atónito.

—No sabía que te gustara escribir. Voy a pasar tu historia por encima de todas las que tengo pendientes y la leeré personalmente, a ver qué tal se te da lo de las letras.

—Germán —pensé en voz alta.

—¿Germán?

—No, nada, estaba pensando.

—Ah, bueno, hoy no tengo reuniones, pásate por mi despacho cuando acabes tus faenas y te daré el veredicto. Pero espero que si te digo que no, no te eches a llorar.

Reí.

—Créame cuando le digo que en este mundo pocas cosas me pueden hacer llorar ya.

Se encogió de hombros y se marchó. Aquella mañana la pasé en Babia. Mientras barría, no vi pasar el tiempo ni a los alumnos, que cada vez se apuntaban más jóvenes a aprender a escribir. Mientras tanto, intentaba imaginar lo que podía parecerle al señor Biel el relato que a mí me había resultado tan sumamente inútil, aburrido y mal encarrilado. Las horas transcurrieron como por arte de magia, sin que me diese cuenta. A las dos en punto de la tarde, recogí los utensilios de limpieza y decidí ir a ver a Biel, aunque me tomara por tonto de remate, pero fue él el que vino a mí.

—¿Ya te marchabas? —Asentí—. Ven a mi despacho. Ya me parecía a mí que no tendrías valor para recibir una crítica.

Sin esperar respuesta, se marchó pasillo adelante mientras yo arrastraba los pies tras él como si llevara una losa en la espalda. Entramos y me pidió que cerrase la puerta.

—Bueno —dijo sentándose de golpe en su silla e indicándome con la mirada que me sentase frente a él —, ya he leído la historia.

Las manos me temblaban. Fui incapaz de sostenerle la mirada.

—Siento que haya perdido el tiempo, pero yo no he traído la historia para que la leyese…

—Me da igual quién haya traído la historia, como si ha sido el Espíritu Santo. Creo que con un par de arreglos quedará acertada para el público.

—¿Eh? —pregunté. El sudor recorría mi frente; me sequé con la manga de la camisa.

—No sabía que tenías aspiraciones literarias. Nunca podré olvidar el día que entraste aquí a pedir trabajo. Abultabas menos que una pulga, pero tenías la decisión de un adulto. Querías trabajo y te marchaste con trabajo. En fin… Bueno, al grano, que si estás dispuesto a hacer algún cambio, lo tendrás en los escaparates de las librerías en un par de meses. ¿Qué me dices?

7

Me desperté cuando el sol ya había salido hacía un buen rato y las nubes de la noche anterior habían desaparecido del cielo. Las copas de vino a las que me había invitado Leopoldo después de la cena, al cerrar el bar, me estaban pasando factura. Entré en la cocina y preparé café, que acompañé con unas pastillas de las que no recordaba el nombre. Abi no tardó en pedir su desayuno. Le puse leche tibia en el plato y con la taza en la mano me senté en el sofá, frente a una mesa llena de papeles con anotaciones sueltas. Alcancé mi cartera con los relatos. El primero era de Alberto Mohadín, un chico con muchas ganas, pero sin ningún talento. Sus relatos se concentraban en descripciones interminables del cielo, las casas, las calles y las personas, sin que ocurriese nada más. Ni había personajes ni había historia ni había nada, solo descripciones que me aburrían soberanamente por muy bien escritas que estuvieran. Corregí las faltas de ortografía y lo dejé de nuevo en la cartera para coger el siguiente. Este era de Rosa Benito, buena chica, pero muy ingenua. Aun así, una narradora excepcional. Si no cesaba en su empeño de escribir, se convertiría en una de las grandes escritoras, aunque tuviera que publicar con seudónimo masculino, tal como le había aconsejado Pablo.

—En este mundo, las mujeres escritoras no venden. Cuando te llegue la hora de publicar, deberás hacerlo con nombre ficticio de hombre. Buscaremos alguno con gancho, como Justiniano Garcés o Federico de las Auroras, pero no podrás hacer apariciones públicas

ni firmas de manuscritos. Trataremos de encontrar a un hombre que se haga pasar por ti.

No me gustaba que fuese así, pero tenía razón: poca gente compraría sus relatos si veían que estaban firmados por una mujer. Tacharían sus novelas de porquería romanticona sin siquiera haber leído el título; solo el nombre de fémina ya les daría pie a prejuzgarlo todo. Era una pena, pero el mundo funcionaba así, y yo no podía hacer nada por cambiarlo. En medio de mis pensamientos, y con Abi saltando a mis rodillas para reclamar mi atención y mis caricias, un puño resonó contra la puerta. Parecía que quien fuera tenía prisa. «Sandra», pensé. Solía olvidarse las llaves con demasiada frecuencia. Dejé a Abi sobre el sofá y me dirigí a la puerta. Al abrir me encontré con una cara sonriente y sudada con el flequillo pegado a la frente.

—¿Qué haces aquí? Es muy temprano.

—No tanto —dijo el nuevo alumno de la academia de escritores mientras le daba la espalda para regresar al sofá.

Me senté y él se quedó de pie, en medio de la sala.

—Cierra la puerta —ordené.

Rápido, se volvió y dio un portazo.

—Perdón —se disculpó.

—Perdonado —respondí.

En la mano tenía una cartera pequeña que sujetaba con el recelo con el que se custodia un tesoro.

—¿Qué has venido a enseñarme? —pregunté sorbiendo mi café y encendiendo un cigarro.

—Bueno —se sentó a mi lado en el sofá, con lo que despachó a Abi, que salió zumbando pasillo adelante—, esto.

Me tendió la pequeña cartera que había traído consigo.

—Es lo que encontré tras la puerta falsa de la pared de casa. Cuando pregunté a mis padres si sabían que existía una puerta oculta, me dijeron que no. Cogí todos los escritos y fotografías que encontré, pensando que tal vez los tirarían directamente, pero no se molestaron en mirar la habitación. Mi padre se dedicó a seguir con su *Heraldo de Aragón,* y mi madre a seguir bebiendo el té indio que se hace traer una vez cada seis meses.

Abrí la cartera y saqué lo que había en ella: viejas fotografías descoloridas y cartas que parecían haber aguantado las gotas de la lluvia, al menos, alguna de ellas.

—¿Puedo quedármelas para examinarlas a fondo y ver qué saco? —Me miró con recelo, sin saber si debía dejármelas o no—. Hacemos una cosa: te doy algún objeto de mi casa como fianza, y cuando ya no los necesite, te devuelvo las cartas y los retratos y tú me devuelves lo que te lleves.

Sin responder, comenzó a mirar a su alrededor, buscando algo que llevarse con valor para mí. En ese momento, apareció Abi de nuevo en el salón. Lo observó, sonrió y me miró.

—Ni hablar. Mi gato no es un objeto.

—¿Por qué no? Es perfecto, así me aseguro de que lo devolverás todo.

—Puedes llevarte cuanto has traído; mi gato se queda aquí —dije tendiéndole todo.

—Vale, vale, está bien, pues me llevo eso de ahí.

—¿El qué? —pregunté sin saber a qué se refería.

—Tu colección de novelas. ¿Son primeras ediciones, verdad? —dijo poniéndose en pie y dirigiéndose a la estantería del fondo.

—Primera y única edición. Y no tengo más ejemplares, así que más vale que no los pierdas ni estropees ninguno. Por cada libro que

no me devuelvas o me devuelvas estropeado, romperé una de las cartas.

Enarcó las cejas y asintió.

—Está bien.

Cogió los veinte ejemplares que constituían mi colección completa y se dirigió a la puerta.

—Nos vemos esta tarde en clase.

—Estupendo —dije con una sonrisa fingida.

Nada más marcharse de allí, Abi se sentó a mi lado.

—Ingenuo idiota —pensé.

Guardaba los relatos originales de mis novelas en un cajón de la mesilla del dormitorio. Había seis ediciones de todas y cada una de las novelas que se había llevado. En caso de perder algún ejemplar, la editorial me lo proporcionaría gratis. Ventajas de ser el autor. Había venido con intención de chantajearme, y lo que había conseguido era hacer el ridículo y tragarse un embuste. Una de las ventajas de dedicarse a la escritura es cultivar una mente mentirosa y activa para crear y soltar un bulo perfectamente real en menos de dos segundos. Cogí su cartera. Me senté a la mesa y en primer lugar comencé a observar las fotografías con calma para empaparme de los detalles. En la primera de ellas, en tono sepia, podía apreciarse una casa señorial al fondo de un jardín cercado. La fotografía estaba tomada desde fuera de la verja cerrada que protegía el edificio. En la puerta de hierro que la custodiaba, se podía leer el nombre de la casa, letras forjadas en hierro sobre madera: «Parcela Celestial».

Aunque el tamaño de la casa distaba mucho de ser una parcela. Debía ser la residencia de mi joven alumno. En la fotografía podía apreciarse, si uno se fijaba bien, que las persianas estaban levantadas y las hojas abiertas, lo que daba lugar a pensar que fue tomada en primavera o en verano, aunque no se veían personas

cuyos atuendos pudieran dar alguna pista más. Giré la fotografía y leí: «Mansión Parcela Celestial, 1925».

Dejé la fotografía a la cola de las que me había traído y examiné la siguiente. En ella se mostraba el jardín de la casa. Tenía tal cantidad de flores que me pareció percibir su olor. Se veía a una mujer atractiva y bien vestida que protegía su cabeza del sol con una sombrilla blanca acabada en una puntilla a juego con su vestido. Con las manos enguantadas, tomaba algo de una taza que se había quedado congelado para siempre en el tiempo. Mientras tanto, observaba a dos niños que jugaban a unos metros de ella. Uno iba bien vestido, con unos pantalones cortos y una camisa de manga corta blanca. Estaba sentado en el suelo de perfil y tenía el pelo rubio, igual que la señora que los miraba. El otro niño estaba en pie, junto al anterior. Vestía unos pantalones cortos, sostenidos por unos tirantes raídos y una camisa de manga larga que seguramente le serviría tanto para el verano como para el invierno. No eran de la misma clase social, estaba claro; era, como solía decirse, su compañero de juegos. Cuando fui a dejar la fotografía a un lado para pasar a la siguiente, me di cuenta de que una cara se asomaba tímidamente a través de una ventana a medio abrir. Pero el rostro le quedaba tapado por la cortina de ganchillo que en ese momento alzaba el vuelo por alguna corriente de aire. Una criada. Una de las muchas criadas que harían falta para mantener una casa de tamaña superficie en condiciones. La giré y, efectivamente, eran madre e hijo y compañero de juegos, pues su nombre ni siquiera aparecía escrito: «Matilde de León, Ángel de León, verano de 1922».

Ahora sabía que la familia que había habitado la casa anteriormente tenía un hijo: Ángel, y que la señora de la casa se llamaba Matilde, además de conocer su apellido, lo cual podría ayudarme bastante.

Coloqué la fotografía, al igual que la anterior, al final de todas las que me había llevado, y observé la siguiente. Aquella no era una más. Se adivinaba un hombre joven, de unos veinte o veinticinco años, engalanado con un traje que mostraba con claridad su posición en la sociedad zaragozana. Se podía apreciar especialmente al contrastarlo con una serie de hombres y mujeres, también presentes en la imagen, vestidos con ropas viejas y llenas de cosidos y telas de diferentes colores y clases que pretendían tapar los agujeros propios del desgaste de quien solo tiene un pantalón o un vestido viejo para todo el año. La fotografía se había tomado a las puertas de una fábrica. A un lado de la entrada principal, se podía distinguir a quien no podía ser otro que el dueño, junto a uno de los empleados. Mostraba una sonrisa forzada para agradar al ser que le pagaba una limosna para comer una vez por semana. Encima de la puerta, y a mitad de fachada, se podía leer: «Vidrios León. Casa fundada en el 1900».

Le di la vuelta y pude leer el nombre del dueño de la fábrica: Rafael de León. También se apuntaba que esa fotografía se había tomado diez años después de su apertura, el día en que el *Heraldo de Aragón* envió a un reportero para hacer un trabajo sobre la fábrica, que mostró a toda la ciudad, o tal vez a toda España, el 17 de abril de 1910. Lo que suponía que el reportaje se publicaría en el periódico al día siguiente.

Otra de las fotografías mostraba al hijo, Ángel de León, sonriente, a la edad de catorce años, en el salón de su casa. La siguiente imagen también era del hijo. Aparecía sonriente frente a la fachada de la fábrica, junto a su padre. En esa fecha, Ángel debía de contar unos quince años, y la cara que mostraba no dejaba ver un especial interés por estar situado al lado de su padre, que le pasaba la mano

sobre el hombro y sonreía enérgico a la cámara mientras mostraba al mundo que cada vez era más gordo, más viejo y más poderoso.

Dejé la fotografía a la cola y continué con una que parecía no encajar con las que había visto hasta el momento. En ella aparecía una chica de unos dieciséis o diecisiete años. Sonreía a una cámara que la inmortalizó. Tenía el pelo moreno y largo por debajo de los hombros, que no se había molestado en recoger en un moño. Sus rasgos eran finos y se apreciaban unos ojos oscuros. Me recordaban a Coraline. La chica estaba situada frente a un escaparate de una de las zapaterías de Zaragoza que tanto auge, según había escuchado de niño, habían tenido entre la primera y la segunda década del siglo. El escaparate era pequeño y de cristales cuadrados, recortados por traveseros de madera blanca que lo hacían parecer una de esas casas inglesas que se veían en los cinematógrafos. Se podía distinguir un diminuto escaparate y lo que me pareció un puñado de zapatos expuestos en él. El nombre de la zapatería estaba escrito en letras negras sobre una madera blanca. «Zapatos Italianos.» Había pasado delante de esa zapatería mil veces de niño, cuando iba a pescar al río, solo que los cristales estaban sucios y el cartel de la puerta desgastado y a medio colgar. Giré la fotografía y leí:

Espero que esta fotografía te ayude en los días que no nos vemos, pues sé que se hacen eternos. Cuídala bien y no la pierdas. Mi padre anda loco buscándola por todos los lugares de casa y en la zapatería. Después, cuando estemos al fin juntos, la dejaré en un cajón para que la encuentre.
Con todo mi amor,

Lena

Mantuve la vista fija en esa joven que a cada segundo se parecía más a Coraline, y comencé a sentir esa presión en la garganta que notaba cada vez que me acordaba de ella. De inmediato dejé la fotografía a un lado y cogí la siguiente. No se veía más que la casa de la familia De León en una celebración en el jardín, pero no fui capaz de reconocer ni al padre ni a la madre ni al hijo. Y las restantes tres fotografías eran como la última, de una celebración que ya quedaba olvidada para todos, excepto para el papel de la propia fotografía, que se había quedado con ese instante para la eternidad, congelado en el tiempo, como si lo que se mostraba en ella le perteneciera para siempre y guardara celosamente un secreto.

Terminada la revisión de las fotos que el nuevo alumno me había traído, las dejé a un lado y cogí el primero de los folios que había dejado reposar sobre la mesa:

Lena:
Cada día que paso sin verte…

En ese instante escuché como alguien forcejeaba con la cerradura de la puerta de entrada. Unos segundos después, la puerta se abrió. Mi hermana llegaba por fin a casa.

—Alabados los ojos…

—No seas pesado.

—Ayer no dormiste en casa, ni te molestaste en dejar una nota o hacer una llamada.

—El teléfono es muy caro como para andar haciendo llamadas a lo tonto.

—Ya, y el papel y la tinta también son caros.

—Oye, ya tengo edad para decidir si duermo en casa o no.

—¿Tú crees? Porque, si tan responsable fueras como para tomar esas decisiones, sabrías que lo correcto es dejar una nota para no preocuparme. ¿Dónde has dormido? ¿Con ese novio tuyo?

—No me gusta cuando hablas así de él. Además, no sé por qué te molesta tanto. Tengo la misma edad que tú cuando te casaste con Coraline y te hiciste mi tutor.

—¿Y cómo quieres que hable de él? Se aprovecha de ti, eres una niña.

—Con un poco más de respeto —dijo mientras se sentaba a mi lado en el sofá.

Siempre discutíamos, pero rara vez nos enfadábamos de verdad.

—Ya… ¿Por qué será que no me sale hablar del tragaldabas ese con respeto?

Me clavó los ojos.

—Que tú no puedas estar con Coraline no quiere decir que el resto no podamos estar con quien queramos.

Sentí como si me clavara una puñalada, y en su rostro vi que se había arrepentido de lo que había dicho nada más salir las palabras por su boca.

—Perdóname, no quería decirlo así…

—No pasa nada, tampoco es un secreto militar.

Sin levantar la cabeza, alargó la mano hasta el puñado de fotografías que reposaban sobre la mesa. Las ojeó sin darles demasiada importancia, salvo a una.

—Se parece a Coraline.

—Sí —respondí, mostrando una media sonrisa que mostraba más mi tristeza que otra cosa.

—¿Quién es?

—Se llama Lena, es lo único que sé…, y porque lo pone en la parte de atrás.

—¿De dónde las has sacado?

—Me las ha dado un alumno.

Me observó con cara de no entender y procedí a explicárselo.

—Ha encontrado una habitación oculta en su casa, o eso me ha contado, en la que las ha hallado, y me las ha traído para que investigue.

—¿Para que investigues? No me digas que ahora eres detective privado. ¿No te da para mantenernos a los dos con el dinero que ganas? Porque puedo irme a vivir…

—¡Chis!, ni lo termines de decir. El problema es que no quiere entender que las historias de mis libros son todo inventos y cree que puedo investigar quién vivió en su casa antes que él. Será que sus padres no lo saben o no se lo quieren decir, pero no sé por qué tiene tanto interés. ¿Qué más dará de quién haya sido la casa antes?

—¿Te va a pagar por ello?

—Sí, con su bendita compañía en la escuela, porque con otra cosa no creo.

—¿No es rico? Esta casa solo la puede mantener y comprar alguien que tenga mucho dinero.

—Sí, pero sus padres no están al tanto de nada. Además, no pienso indagar mucho. Si le hago caso es porque el editor lo tiene por un alumno nuevo que pagará las cuotas a tiempo y no quiero que vaya a darle quejas de mí. Me lo quitaré de encima tan pronto como pueda.

—Ah.

A continuación dejó las fotografías en la mesa y alargó el brazo para alcanzar mi pitillera y encenderse un cigarrillo, que atiné a coger de entre sus labios y llevarlo a los míos.

—¿Por qué tú puedes fumar y yo no? Que seas también mi tutor no quiere decir que no puedas comportarte como un hermano

mayor y dejarme un poco de libertad.

—Porque el escritor soy yo, y este, junto con el café, son los dos mejores vicios que alguien de mi gremio puede tener.

—Y si esos son dos de los mejores, ¿cuáles serían los malos?

—Pues mira, así de pronto…, las prostitutas.

—Vale, no quiero seguir oyéndote.

Se levantó del sofá y se metió en la cocina para preparar la comida. Me ofrecí a ayudarla, pero no consintió.

—Ve a fumar o a hacer lo que te plazca, que la cocina es mi territorio: la última vez carbonizaste un pollo entero.

—Eso solo pasó una vez.

—Y con una es suficiente. Tira, fuera, largo, adiós.

En los años que llevaba de convivencia con ella, había descubierto que en los temas culinarios, así como en el orden de la casa, era mejor no meterme con su *modus operandi*. Pero tenía que cumplir la condición de no tocar una salita que tenía al fondo del piso, donde me encerraba cuando la apreciada inspiración tenía a bien dejarse caer por mi cabeza, cosa que solía ocurrir cuando llevaba una o dos copas de vino en el estómago, unos diez cigarrillos y dos horas sentado frente a la máquina de escribir y me preguntaba por qué no podía sentarme sin más y comenzar a pulsar una tecla tras otra sin tener que pegarme dos horas sin nada que escribir.

No sabría decir exactamente cuánto tiempo llevaba sentado intentando escribir el final de la siguiente novela cuando me pareció que llamaban a la puerta. Hice caso omiso, pues habría de ser Sandra quien abriese. Escuché unos pasos rápidos por el pasillo, los inconfundibles pasos de Guillermo Tolosa, rápidos y pesados, andando como si el mundo fuera a acabarse de un instante a otro. Sin esperar respuesta tras llamar a la puerta, la abrió.

—Buenos días a ti también —dije cuando cerró la puerta y se tumbó en una especie de sofá raído que tenía en la sala.

—Sí, buenos días. ¿Cómo te va? Hacía mucho que no hablábamos. Tengo unos días libres y he decidido venir a Zaragoza a ver a los amigos y a mi padre.

—Pues me va como siempre, escribiendo, dando clases… ¿Y a ti? —pregunté por cortesía. Encogió los hombros—. ¿Cómo te va en Calatayud?

—Bien, cada vez me gusta más mi trabajo. Estoy esperando que me concedan un traslado aquí.

—Me alegra de que te guste lo que haces —dije.

—Sí, la verdad es que es increíble la clase de cosas que puedes conseguir con un poco de autoridad. Si te lo contara, no te lo podrías creer.

Carraspeé al tiempo que saqué la última hoja de la máquina de escribir y la coloqué en el montón. Las ordené y las metí en la cartera para llevárselas al señor Biel en un par de horas, cuando fuera a la editorial a dar las clases.

—¿Y a qué debo el placer de tu visita?

—¿No puedo hacerte una visita sin más?

—Claro que puedes.

Mantuvimos la mirada fija el uno en el otro durante tal vez medio minuto y al final habló.

—Está bien. Necesito que me hagas una reserva a tu nombre en el Gran Café de París. Ya sabes lo idiotas que son, solo les dan mesa a quien les parece.

—¿A quién vas a llevar a cenar?

—A una preciosidad.

—¿No estará casada?

—Eso solo me pasó una vez.

—Y menos mal, porque su marido te dejó la cara hecha un cuadro…

—Es una belleza de chica.

—Normal —intervine—. Todas las chicas con las que quedas se parecen a Coraline.

Silencio.

—Deberías quitártela de la cabeza.

—Está fuera de mi cabeza desde hace mucho tiempo —añadí—. Ya lo sabes, no la quiero.

—Está bien —dijo levantando las manos—. No seré yo quien diga lo contrario.

Rio para sí mismo. Su compañía me inquietaba; habíamos sido buenos amigos, pero su comportamiento dejaba cada vez más que desear.

—La comida está lista —gritó Sandra desde la cocina.

—¿Te quedas a comer? —pregunté por amabilidad.

—Ah, bueno, pues, mira, voy a aceptar tu invitación —dijo dibujando una sonrisa.

Salimos de la salita y nos dirigimos a la cocina, donde Sandra ya había dispuesto la mesa en ceremonioso orden. Nos sentamos mientras mi hermana seguía en pie dándole vueltas a algo que humeaba en una sopera.

—¿Siempre pones la mesa así de bien? —soltó de pronto.

—Sí.

—No me lo creo…

—Pues no te lo creas —dijo impasible, mientras seguía dándole vueltas a algo que cada vez olía mejor. Cuando hice un amago de ponerme en pie para ayudarla, alargó la mano a modo de «ni se te ocurra». Volví a sentarme.

—Podrías venir a mi casa. Así, al menos una vez en su historia, desde que yo vivo allí, tendría buenas vistas.

Sandra lanzó una medio risita al aire y se volvió para observarlo con sus ojos profundamente azules y desafiantes.

—Si voy, ya no será la primera vez que la mesa está puesta como debe de ponerse, sino que será la primera vez que haya una mujer en tu piso desde que vives en él.

Intenté tragarme una sonrisa que en realidad no quería ocultar. Guillermo me hizo un gesto indicando que le habían clavado algo en el corazón.

—Me partes en dos cada vez que dices alguna cosa como esa, Sandra; en serio, no te pega nada, eres una chica joven, guapa, atractiva…

—Oye, que estoy delante —intervine mientras me hacía un gesto con la mano, indicando que no había acabado.

—… lista, encantadora y jovial. No sé por qué pierdes el tiempo viviendo con tu hermano. Deberías…

—Irme a vivir con mi novio —cortó—. Sí, tienes razón, soy lista y guapa, y creo que lo bastante mayor como para tomar mis decisiones y marcharme a vivir con Daniel.

—Siéntate a la mesa y deja de decir tonterías —intenté concluir.

—Pero es cierto. —Cogió la sopera, la acercó a la mesa y se quedó en pie, sin separarse de las asas—. Me lo ha pedido varias veces, no sé por qué no me dejas que me marche —se enfrentó a mí.

—Porque eres una cría y no sabrás lo que de verdad quieres ni quién te conviene hasta dentro de unos cuantos años. Mientras tanto, aquí estoy yo, como tu tutor legal, para decir lo que puedes o no puedes hacer.

—Pero… —quiso replicar, si bien para entonces las lágrimas ya se le escapaban de los ojos y no le salían las palabras. Se marchó a paso ligero y dio un portazo en su habitación. No costaba trabajo imaginarla tumbada en la cama llorando.

Nos quedamos los dos, frente a la sopera humeante, que ya no parecía oler tan bien, en silencio como dos tontos durante un largo rato.

—Siento que haya acabado así la conversación, Iván, no era mi intención.

—No te preocupes, ya se le pasará. Hemos tenido esta discusión más de una vez, y mucho me temo que esta no va a ser la última. Esta es la parte mala de cuidar de tu hermana pequeña, que ella sabe que no eres su padre, sino su hermano, y cree que por eso no debe obedecerte. No se da cuenta de que yo lo veo desde otra perspectiva, la perspectiva que usaría un padre. Ese personaje con el que sale no le conviene, es un vago, un lameculos y un borrachín que se cree más que nadie con esos aires de lírico perturbado que lleva. Menuda discusión tuvimos hace tres días por lo mismo…

* * *

—Ha estado toda la tarde escribiendo poesía en su habitación, y, si no puede escribir cuando le llega la inspiración, se pone muy nervioso y tiene que dejar lo que sea que esté haciendo para ponerse a escribir sus poemas, que, por cierto, son preciosos —me había dicho hacía unos días—. Es escritor, como tú; no sé por qué según tú es un charlatán, cuando tiene tu mismo oficio.

—Pues precisamente porque lo llama *oficio* cuando no lo es. Es un *chandro*, un vago que no tiene ganas de nada más que de tocarse las narices y deja los años pasar sin tener oficio ni beneficio,

esperando su gran oportunidad en el mundo de las letras cuando es un mediocre viviendo a costa de su padre.

—No es cierto, lo que escribe está muy bien.

—La poesía es el escape del que no es capaz de escribir novela —dije.

—¡Eso no es cierto!

Yo mismo no estaba muy convencido de mis propias palabras, pues había poesía y poesía, igual que hay novelas y novelas, pero la poesía que escribía el noviete que se había echado Sandra alcanzaba tales niveles de obscenidad que rozaba lo desagradable e indecente. Llegados a este punto, ella me decía que el problema era mío, que era un cerrado de mente, pero realmente era que lo que yo decía era cierto, y ella lo sabía, aunque no quería admitirlo en voz alta, al menos delante de mí.

—Podrías echarle una mano…, que para eso eres escritor reconocido y publicado y profesor de escritura.

—No pienso echarle una mano a ese indeseable, que se la eche su puñetero padre.

—¡El señor Rioja es un hombre encantador! Si lo conocieras, no pensarías esas tonterías.

—Sí, Sandra, no llevo otra cosa en la cabeza que tener una comida o una cena con su gran majestad y muy señor mío don Joaquín de la Rioja Buenaventura. Con ese nombre parece que vaya a echarle las cartas a cualquiera.

—Pues no estaría tan mal —dijo.

—Ni lo pienses.

Y así, una vez más, llorando, se encerró en su dormitorio para no dejarse ver por casa, dejando notas con excusas del tipo «tengo que salir a hacer un recado» y regresando tan tarde que yo me había quedado dormido esperándola en el sofá. Una noche no apareció. Se

había quedado a dormir en su casa para llevarme la contraría. Yo había preferido no decir nada al respecto a su regreso. No quería provocar que se volviera a marchar, aunque desde esa vez había repetido sus ausencias nocturnas a mi pesar.

* * *

—Venga, vamos a comer —dijo Guillermo.

Después de servirnos dos platos de lo que resultó ser un cocido madrileño, nos pusimos a jugar a las cartas hasta que se hizo hora de ir a la editorial a dar mis clases.

—No te olvides de hacerme la reserva.

—Sí, ahora me paso por allí, me pilla de camino.

Guillermo se marchó y yo me encaminé al café de Toulus, sito en el paseo de la Independencia. Biel tenía a bien, ya que se decía que era pariente del dueño, hacer que todos sus escritores tuvieran una cuenta abierta como preferente, lo que hacía que todos y cada uno de ellos pudieran cenar en el prestigioso restaurante siempre que quisieran, habiendo avisado con al menos cuatro horas de antelación.

Según se contaba o se rumoreaba, la leyenda sobre la forma en que se conocieron Toulus, dueño del bar de su mismo nombre, y Pablo Biel era curiosa, como un cuento. Biel tenía la costumbre de viajar a París al menos una vez al año, y cuando su trabajo en la editorial se lo permitía o exigía, al menos otra más. Biel había tomado un tren que le llevaría a Barcelona, y allí debía tomar otro hasta París. Siempre que visitaba la capital de Europa, según la llamaba él, se hospedaba en el hotel en el que Coco Chanel tenía la costumbre de reservar habitación. En alguna ocasión habían dormido pared con pared y había llegado a desayunar con ella en el

restaurante, besar su mano y sostener una puerta para cederle el paso.

Solía acudir a una reunión de libreros y editores a la que, sin estar invitado, finalmente le permitían entrar. Mientras se paseaba por las carpas observando a los editores franceses, alemanes e ingleses, de pronto se escuchó un gran alboroto al fondo del pasillo de carpas. Todos se asomaron corriendo a ver qué ocurría. Uno de los editores, con un bigote extravagante, agarraba por el cuello a un chico de unos quince años que intentaba zafarse de las garras de su opresor. El hombre, que debía estar blasfemando en francés, no tenía ningún cuidado con ese chico menudo al que a Biel le había parecido escuchar algo en español. Como el resto, se acercó a ver qué estaba ocurriendo.

—¡Este ladrón me iba a robar un libro! Ahí lo tiene, escondido en el bolsillo, ni más ni menos que *Oliver Twist.* Ladrón como tú, granuja —añadió en francés.

—*Oliver Twist* no era un ladrón; lo eran los chicos que lo sacaron de la calle, y el judío que les enseñaba a robar. A ver si aprende a leer y no mete la pata hasta el fondo —respondió el chico, que parecía haber encogido por momentos desde que había caído en las garras de aquel hombre.

Biel, que no tenía un pelo de tonto, descubrió que muy en el fondo de cada frase se escondía un acento gallego imposible de ocultar del todo, y se puso manos a la obra.

—¡Oooiga, usteeeed! ¡Suelte a mi pupilo *ipso facto*!

—*Excusez-moi?* —dijo el hombre. En un excelente francés, Biel respondió:

—Disculpe a mi ahijado, por favor, señor: lleva perdido meses aquí, en París, la capital de Europa. Su madre era una viva la Virgen. Se quedó embarazada en España de un italiano canalla que la

engatusó para vivir con ella en la *ville de l'amour*, y la pobre mujer, sin dos dedos de frente ni consciencia, embriagada de los perfumes baratos con los que acostumbraba a bañarse el romano, vino con él, pagándole el billete de viaje y la estancia con su dinero, no vaya a creer que ese canalla puso un real de su bolsillo. Pues bien, como le estaba contando, aquí, embarazada y sin un céntimo, se quedó mi pobre hermana. Trabajaba en una lavandería doce o catorce horas al día y apenas ganaba para pagar una pensión mugrienta y darle de comer a este pobre desgarbado hijo de la miseria, la mentira y la traición. Le escribí varias veces a su casa. Le dije que podía venir a buscarlo, pero siempre evadía la respuesta y me contaba cualquier cosa sin relación con el tema de venir a España bajo mi protección. La última de sus cartas que llegó a mis manos fue para advertirme que estaba enferma de los estómagos y las tripas y que no le quedaba mucho tiempo de vida, que por favor la perdonara y cuidase de mi sobrino, que ya no le quedaba nada ni nadie en el mundo salvo yo, y aquí me tiene, pateándome París entero, tras la pista que me dio la casera de mi pobre y difunta hermana, y desde luego he comprobado que no ha ido por buen camino desde que ella murió, en gloria esté, por el amor de Dios y nuestro señor Jesucristo. —Se santiguó teatralmente—. Hasta que lo he encontrado aquí, robando. Anda, hijo mío, devuelve el libro y pídele disculpas a este amabilísimo señor.

Con miradas duras y frías, las gentes congregadas a la captura del ladrón en vivo, un espectáculo en sí mismo mejor que asistir al Ballet de la Ópera de París, se fueron dispersando al ver que el rostro del vendedor se hacía ligeramente más tierno, aunque no del todo, al escuchar la historia de aquel hombre, que todavía no estaba muy seguro de si creérsela o no. Una vez que se quedaron solos, se

disculpó de nuevo, y el granuja le devolvió el libro que escondía en el bolsillo.

—Vamos, hijo, discúlpate con este señor tan amable y comprensivo.

—Lo siento —dijo a regañadientes, mirando al suelo.

—Deberías agradecérselo con un poco más de brío. Este señor es un buen hombre; cualquier otra persona hubiera hecho caso omiso al relato de tu situación y habría llamado a algún gendarme para que te llevase a los calabozos y te diera una buena lección.

—Oh, no, no, por favor, márchense y haremos como que no ha pasado nada, ¿le parece? Tiene que ser horrible haber pasado tantas miserias y llevar días o quién sabe cuánto tiempo vagando por las calles —se lamentó el librero sin apartar la mirada de la cara de Pablo, esperando una respuesta.

—Meses, mi señor, más de cinco meses. De nuevo le agradezco su comprensión, y no dude que recomendaré su puesto de libros a todo el mundo que merezca ser atendido por un caballero de su categoría.

La gente se había dispersado ya, y el librero volvió a la carpa que tenía asignada. Aquel joven con nariz redonda y pelo negro y sucio, que parecía no tener idea de lo que significaba la palabra *cepillo*, se quedó mirando a Biel sin saber si agradecérselo o echarse a correr, pensando que querría algo para compensarle por haberlo librado de los calabozos.

—Anda, sígueme y cuéntame tu historia. ¿Por qué robas? —comenzó una vez que se pusieron a caminar a paso de paseante para no levantar más sospechas, mientras saludaba con una sonrisa y una leve inclinación de cabeza a cuantos acababan de presenciar la escena.

—No se ha equivocado mucho, la verdad. Mis padres vinieron aquí en busca de un futuro mejor. Mi padre murió de tisis cuando estaba ya erradicada, o eso dijeron, y mi madre está enferma de las piernas. Yo no encuentro trabajo por ningún sitio.

Biel suspiró.

—Bien, ahora empieza otra vez y no me mientas.

—No miento…

—Si no me dices de dónde has salido, cómo te llamas y por qué andas robando, te juro que soy yo el que te denuncio por haberte hecho pasar por mi sobrino.

—Vale, vale, no se ponga así. Llevo viviendo con un compañero de pensión desde hace unos años. Tenía dieciséis cuando mi padre murió. A mi madre no la conocí; mi padre siempre me contó que murió al darme a luz. Y mi trabajo de barrendero no me da para más. Tengo que robar para poder comer, y los libros se venden bien.

—¿Sabes hablar español, verdad?

—¿Cómo lo sabe?

—Porque tienes un ligero acento gallego.

—Eso es casi imposible de distinguir.

—Pues yo lo he hecho. Dime, ¿quieres venirte a España conmigo? Tengo un trabajo para ti.

—¿Está loco?

—¿Por qué iba a estarlo?

—Porque me está ofreciendo un trabajo en un país que no conozco, salvo por las historias que me contaba mi madre.

—¿Qué me dices, te gusta la idea?

Sin saber cómo lo había conseguido, Biel se lo trajo a España. En un primer momento lo metió en su casa y le dio un dormitorio propio y un baño que no debía compartir con veinte personas más. Después, pasada una semana, le llevó de visita a la editorial y se la

mostró de arriba abajo literalmente, empezando por los sótanos, donde se ubicaban todas las máquinas para la edición de libros y toneladas de papel arrinconadas y apelotonadas en una sala que siempre olía a rancio y a tabaco, para disgusto de Biel.

—¡Están locos! ¿Quién demonios se pone a fumar en una sala minúscula llena de papel? ¡Es de locos, si es que están locos! —solía decir.

Tras enseñarle las máquinas para la impresión, prosiguió enseñándole las dependencias que había en la planta baja del edificio, lugar en el que se encontraban los despachos de todos los autores que publicaban en la editorial. Aunque lo de *despachos* era entre comillas, pues allí no llevaban a cabo ninguna actividad administrativa. Cada autor tenía su cuarto con su mesa, su escritorio y su máquina de escribir, folios, carretes de tinta, una planta y un pequeño hornillo de gas para hacer café, además de un cajón del escritorio con cigarrillos con un toque de canela, pues raro era el escritor que no era adicto al café y al tabaco. En mi caso, me llevaba el mío propio, pues ese toque dulzón a canela me daba ganas de vomitar.

—Deberías fumarte tres o cuatro cigarrillos de esos de canela seguidos —decía Sandra—, así te entraría una indigestión y dejarías de fumar.

—Mira quién habló que la casa honró —respondía yo.

Después de presentarle a los escasos escritores que decidían escribir en la editorial en lugar de hacerlo en su casa, como yo mismo hacía, le enseñó su despacho. Era más grande que los demás y con mucha más luz. Tenía una cristalera que le quedaba a la espalda y un escritorio enorme de madera negra que debía ser de ébano o una imitación increíblemente buena, aunque conociendo a Biel, que lo hacía todo a lo grande, dudo que fuese de imitación.

Tenía dos estanterías enormes que cubrían los dos lados de la pared a izquierda y derecha, repleta de los libros que había colocado él mismo en la estantería que quedaba a la izquierda, que había dividido en dos partes: la de los libros que habían sido éxitos, donde también se encontraban los míos, y los que nunca debió publicar. Y en la estantería de la derecha tenía los libros de otras editoriales que le hubiera gustado poder editar él mismo.

Ya en el piso de arriba, le enseñó las aulas. La de poesía romántica y picante, la de terror y miedo y otra más en la que se enseñaba a escribir poesía que, sin saberla clasificar, no encajaba en ninguna de las anteriores. Las de teatro, fuera cual fuera el género, y, al final del corredor, las de novela, dividida en secciones: romántica, humor, drama, terror, ciencia ficción y, por último, la que yo enseñaba sin demasiadas ganas, guardia civil. Todas y cada una de las aulas tenían un encerado que requería de una limpieza urgente de tiza atascada tras años y años. Pero al chico no le hacía ninguna gracia eso de la escritura y la lectura, como solía decirle a Pablo. Así que Biel, en un principio, tomó la decisión de tenerlo de correveidile, al servicio de los técnicos que se ocupaban de mantener en buen estado las máquinas de impresión y de la misma edición de los libros. Les traía los aceites para engrasar y los paquetes y paquetes de cintas de tinta gigantes para cambiar los que se quedaban vacíos y solo marcaban palabras borradas en hojas de un blanco virginal.

Además de eso, se ocupó de limpiar las pizarras. Se puso un día a hacerlo sin que nadie se lo pidiera, después de haber cubierto las mesas y escritorios con folios para que aguantaran toda la semana. El problema fue el material con el que lo hizo, pues un paño mojado era más que suficiente para limpiar la tiza incrustada, pero comenzó a darle ungüentos que había adquirido en una droguería que, según

le había dicho el dependiente, no había cosa que no pudieran limpiar. El caso es que también hacían de repelente, y, por tanto, repelían la tiza. No se llegaba ni a marcar en la pizarra, simplemente, resbalaba.

En un primer momento, Biel puso el grito en el cielo, como nos hubiera pasado a cualquiera, pero era hombre de buen fondo, mejor que el de muchos. Se le pasó pronto y dijo que ya las repondría poco a poco, cada mes una nueva, pero al comprobar cómo habían subido de precio, resolvió que con una bastaba; total, nadie las necesitaba realmente. Después de aquello, decidió que la especie de hijo adoptivo que tenía metido en casa sin dar un palo útil al agua tendría más oficio y beneficio en el bar de su hermano, sito en el paseo de la Independencia. Lo llevó allí una madrugada en la que todavía no estaban puestas ni las calles y se lo presentó a su hermano.

—Así que este es el francés que has adoptado.

—No, lo que es adoptado es lo de francés, que es más gallego que el marisco. Ya te conté que lo había descubierto por eso, por el ligero acento que le había escuchado al acabar las frases.

—Tú y tu oído para los acentos. A ver —dijo mirando al chico—, ¿qué sabes hacer?

Se encogió de hombros. Javier, el hermano de Biel, miró a este.

—Es que es muy recatado y vergonzoso.

—Pues para camarero no sirve.

—No te confundas —continuó como si el chico no estuviera presente, y tal vez tuviera razón, pues hacía ya unos minutos que estaba más atento mirando el escote de la cocinera que iba y venía de la cocina que de la conversación que estaban teniendo sobre él—, que el chico es discreto, pero se mueve con mucha ligereza.

Javier suspiró.

—Más vale que esto salga bien.

—Que sí, hombre, que sí, ya lo verás —dijo mientras dudaba de sus propias palabras. En ese instante se volvió para hablar con el chico, pero como solo pensaba en cien posturas distintas con las que hacer el amor con la musa que iba a tener por compañera de cocina y no le hacía el menor caso, le tuvo que dar con el periódico en la cabeza para sacarlo del ensimismamiento.

—¿Qué?

—Que tu trabajo va a ser el de escobar el suelo y limpiar las mesas, no el de mirar así a mis empleadas. Te advierto que como una sola se me queje, llamo a la Guardia Civil, que yo no tengo necesidad de que Pablo vaya por ahí salvando vidas de desgraciados como tú —intervino Javier, que no estaba nada convencido de que el chico durase allí más de un par de horas.

Se equivocó. Tal vez lo hiciera solo por poder ver el movimiento de las nalgas firmes de esa chica que debía de tener más o menos la misma edad que él, pero no se marchó de allí, ni el primer día, ni la primera semana, ni el primer mes. Primero se dedicaba a limpiar, y después, al comprobar que con la presencia del chico en el bar se había conseguido que la clientela de féminas aumentase considerablemente, Javier lo puso a servir las mesas, cosa que el chaval aprovechó para poner celosa a Carmen, la camarera. Aunque solo había hablado un par de veces con ella, hasta ese instante Carmen no le había hecho demasiado caso. En cuanto se dio cuenta de que las chicas, tanto jóvenes como algo más mayores que ella, iban al bar solo para verle, se puso en guardia y comenzó a dirigirle la palabra. Primero fue un «hola», y después un «qué tal estás», y así, poco a poco, se fueron conociendo, hasta un día que Javier los pilló en la trastienda entre los sacos de café traídos de la India, en una postura imposible y en pelota picada. Este, al ver la cara de

susto de los dos, no pudo sino echarse a reír y decirles que aquel no era lugar. Salieron los dos cinco minutos después con la cabeza gacha para esquivar la mirada de Javier. Pasaron el resto del día sin mirarse.

Lo que el francés de adopción no supo hasta un tiempo después era que por los más íntimos lugares de Carmen habían desfilado ya al menos dos docenas de marineros y militares y que le llevaba muchos momentos de lujuria de ventaja. Comenzó a pensar si no sería para ella más que un pasatiempo. Por eso llegó el día en que le preguntó si aceptaba casarse con ella. La chica se echó a llorar y le dijo que sí, en medio del bar y de los aplausos de los presentes, excepto de las señoritas que iban al bar a jugar a la caza del camarero.

Poco después de la boda, Javier sufrió un mareo en el bar del que ya no despertó. Entonces, Biel le propuso hacerse cargo del bar. Lo primero que hizo fue cambiarle el nombre por el de *Toulouse*, tal como se hacía llamar él. Poco después comenzó a correr el rumor por la editorial de que Biel sabía perfectamente que ese chico era en realidad su hijo, fruto de una aventura con una gallega en uno de sus viajes a la capital francesa, y que por eso repetía sus visitas a Francia con la excusa de visitar la feria del libro, que iba en realidad a verlo y que la última vez había vuelto con él porque verdaderamente su madre había muerto. Cuál de las dos versiones era cierta, nunca lo sabremos.

8

El bar no había cambiado en exceso desde que Toulouse había tomado las riendas, salvo por la clientela, que cada vez era más estirada, lo que le había concedido al local la categoría de *restaurant*, una distinción para los señoritos y señoritas acaudalados de la ciudad. En otras palabras, que había pasado de ser un bar de mala muerte a, una vez que hubo corrido la noticia de que ahora lo dirigía un francés, ser un restaurante para la clase alta, a pesar de que las sillas, las mesas y el menú seguían siendo los mismos. Habían comenzado a correr rumores de que era un chef descendiente de los cocineros de Luis XVI y María Antonieta, que había tenido un grandísimo éxito en París y que, cansado de ver siempre a la misma gente, había venido a satisfacer los paladares hambrientos de nuevos sabores de la élite de Zaragoza. Toulouse se partía de risa cuando salía el tema, pero los clientes pagaban bien, y Carmen evitaba tener que trabajar.

—Alabados sean los ojos. El ilustre Iván Sebastián se digna a poner sus pies en este lugar taciturno —saludó.

—¿Ya has acabado? —dije, acercándome a la barra y tomando asiento.

—¿Un café?

—Cómo no.

Me sirvió un exquisito café italiano, pero a mí me seguía gustando más el café de Felipe.

—¿Puedes hacerme una reserva para esta noche? Es para dos personas…

—Para ti, claro que sí.

—No es para mí, es para un amigo. Si puedes hacerme el favor…

—Si es para un amigo de Iván Sebastián, por supuesto.

—Gracias.

—¿Hago la reserva a tu nombre?

—Sí —respondí mientras anotaba mi nombre en una lista.

—¿Qué te parece esa mesa de allí? No está muy cerca de la ventana, no está en el centro del bar, es un lugar discreto, lejos de la puerta de la cocina…

—Es perfecto —acorté—. Gracias de nuevo.

Cuando saqué la cartera para pagarle, me indicó con la mano que invitaba la casa y me despachó con viento fresco.

—No vayas a llegar tarde a tus clases, que sé qué horario tienes.

Reí.

—Sí, sí, claro, tú ríete.

Salí muy animado. Me gustaba el humor que tenía. Siempre estaba contento e irradiaba una felicidad contagiosa, aunque a mí no me duraba más que hasta la esquina del paseo. Subí los enormes escalones de la editorial y esquivé a los escritores que encontré por los pasillos alardeando ante sus alumnos de la siguiente novela que publicarían, mientas se les caía la baba y escuchaban halagos de quienes no eran capaces de distinguir qué estaba bien escrito y qué no. Me miraban con recelo cada vez que me veían, y yo sabía que en el fondo, tapado con capas y capas de una estupidez y una traición hechas de palabras de buen quedar y falsa admiración, me odiaban, con el odio de la envidia de quien ve en el otro lo que quiere para sí mismo. Pero yo no tenía la culpa de que ellos no escribiesen algo que gustase tanto a los lectores como lo que escribía yo. Y en ese

instante, al entrar en mi aula y observar las frentes pálidas y sudorosas de los alumnos, incluida la del nuevo, y ver en la pizarra escrito el día de la semana, viernes, recordé que al día siguiente me tocaba ir al orfanato en el que me había criado junto a mi hermana durante más años de los que habría querido, por bien que nos tratasen. Respiré hondo, eché un vistazo por encima a los pupilos, que me observaban desde sus asientos, sonreí sin ganas y me senté, dejando estrepitosamente mi carpeta sobre la mesa.

—Bien, ¿por dónde íbamos ayer?

Me quedé observando sus caras mientras rebuscaban entre sus folios y cuadernos.

—En la clasificación de las obras literarias —respondió alguien unos segundos después.

Tomé aire.

—De acuerdo —me puse en pie y tomé una tiza. Mi idea sobre la clasificación de las obras literarias se distanciaba ligeramente de la clasificación habitual—. Anotad —comencé—. Primero, empezando por abajo, están las obras literarias que son como el pan mojado, no comestibles. Segundo, las obras que están dentro de la categoría del pan sin sal: si te lo comes, bien, y si no, también, no saben a nada. Tercero, los libros que entran a formar parte de las galletas de dieta que se están haciendo tan populares para perder peso, que no llevan azúcar, llenan, pero no son gran cosa. Cuarto, los bollos, que están buenos, pero con miel o chocolate dentro estarían mejor, y por último, quinto, ¿conocéis esa pastelería que queda en la esquina de la calle, que tiene tartas de chocolate con nata y nueces? Es la categoría más alta, la literatura sublime, la perfecta, aquellos libros cuyas palabras son las exactas en cada frase, los que logran unos párrafos perfectos, una historia perfecta y una descripción perfecta de los ambientes, de los lugares y de los personajes.

Estaban absortos. No sabían si lo decía en serio o les estaba tomando el pelo.

—¿Alguna pregunta?

Una chica de unos quince años y realmente atractiva alzó la mano.

—¿Sí?

—¿Está loco?

—No, en absoluto, vamos, pensarlo un minuto. ¿Nunca habéis leído un libro que os haya aburrido soberanamente?

Todos asintieron.

—¿Y en qué categoría entraría ese?

Tras unos segundos, el nuevo alumno respondió.

—¿Pan mojado?

—Eso es, ya le habéis cogido el truco. ¿Y en qué categoría incluiríais vuestro libro favorito?

—En el de las tartas con nata, chocolate y nueces.

A todos se les hacía la boca agua al pensar en una tarta como aquella.

—Bien, pues ya habéis aprendido una cosa más. Ahora empezad a escribir sobre los relatos que dejasteis ayer a medias.

Agacharon la cabeza y, sacando las plumas de sus carteras, comenzaron a arañar el papel mientras yo me dedicaba a teclear en la máquina mi siguiente novela.

Como siempre me ocurría cuando escribía una escena o describía a un personaje, me quedaba ensimismado sin darme cuenta de que el tiempo corría.

—Señor, ya se ha acabado la clase. La mayoría hemos terminado de escribir nuestro relato —dijo un alumno.

—Está bien —dije levantando la vista—, salid de la clase y dejad los escritos sobre mi mesa; en cuanto los tenga corregidos, os los

devolveré.

Lentamente comenzó el desfile de alumnos. Llevaban una sonrisa empalagosa y deseaban obtener un trato de favor del profesor para conseguir que su relato se editara en alguna revista de cuentos. Pero eso no dependía de mí. Cuando creí que todos habían salido del aula, me levanté, saqué la última hoja de la máquina de escribir y la metí en la cartera dispuesto a marcharme. De repente, una voz sonó.

—Oiga, se me ha ocurrido una cosa.

Me dio tal susto que estuvo a punto de caerme redondo al suelo.

—¿Qué haces ahí tan quieto y silencioso? Casi me da un infarto.

—No quería asustarle. Quería decirle: ¿por qué no viene a mi casa y le echa un vistazo al cuarto oculto donde encontré todo lo que le di ayer? A lo mejor usted ve algo que a mí se me ha pasado por alto.

—No creo que sea buena idea —dije, negando con la cabeza—. Además, no creo que a tus padres les haga mucha gracia que vaya a fisgonear a su casa.

—No, si no están, llegarán por la noche. Iban a visitar a no sé quién no sé dónde, y, siempre que lo hacen, llegan bien entrada la noche, no hay peligro.

—Igualmente, no. No me parece correcto. Venga, andando —dije señalando la puerta y apagando las luces. Cerré el aula y nos encaminamos por el pasillo.

—Vengaaa —insistió alargando la *a* y poniendo cara de pena.

—No.

—Por favor.

—No.

—Síííí —replicó alargando de nuevo la vocal.

—No.

—No me callaré hasta que diga que sí.

—Bien, pues tú mismo.

Antes o después debía callarse.

Hasta ese instante en mi vida no tenía la menor idea de hasta dónde podía llegar la insistencia de un chico rico al que seguramente nunca se le había negado nada. Atravesamos paseos, calles y callejuelas mientras me seguía como un perro repitiendo siempre la misma frase: «Ven a mi casa». Abrí el portal y ahí seguía, intenté cerrar la puerta en sus narices, pero se coló agachándose, subí las escaleras y también se coló en mi casa. Mi hermana estaba en la cocina haciendo la cena. Al escuchar una voz desconocida, salió y se quedó mirándonos alternativamente a los dos.

—¿Está bien de la cabeza? —me preguntó mientras lo observaba.

Se calló un instante y la observó.

—Claro que estoy bien de la cabeza.

Seguidamente, continuó. Diez minutos después, mientras yo estaba sentado en la mesa intentando corregir los escritos y mi hermana hacía todo el ruido posible en la cocina, seguía sin callarse. Un tremendo sonido de cacerolas estampándose contra el fregadero seguido de un silencio inundó la casa. De nuevo Sandra hizo su aparición.

—¡Por Dios! ¡Ve a su casa y que se calle de una vez!

Víctor dirigió rápidamente su sonrisa hacia mí. Lo observé con cara de malas pulgas.

—Si voy, ¿me dejarás en paz?

—¡Claro!

—Pues en marcha.

—¡Gracias!

—¿Gracias? Casi me vuelves idiota, venga, andando —añadí mientras le daba un pequeño empujón de camino a las escaleras.

—Buenas tardes, o casi noches, señor de Luarte —saludó el portero.

—Buenas noches. ¿Cómo lleva su rodilla? —dije.

—Bueno, ahí anda; menos mal que no tengo que andar subiendo y bajando las escaleras para repartir el correo, lo hace el cartero, que si no, iba a ir apañado…

—Ya sabe, a cuidarse y a estar sentado siempre que pueda.

—Eso intento. ¿Y quién es este señorito tan bien vestido y al que nunca había visto en este lugar? —señaló cariñosamente mientras observaba atento y sonriente al alumno.

—Hola, soy Víctor. Encantado de conocerle —corrió a decir, tendiéndole la mano.

—Igualmente, muchacho. Soy el portero del edificio; si alguna vez quieres ver a tu amigo el escritor, no tienes más que decírmelo y yo te diré si el señor de Luarte está o no está en casa.

Mientras hablaba, yo negaba efusivamente con la cabeza y los brazos, pero no me vio.

—Muy bien, señor, gracias.

Guillermo levantó la vista.

—¿Le ocurre algo señor? Se ha puesto blanco.

—No, nada en absoluto, que tengo calor. Anda, vamos a la calle a que nos dé el aire.

—¿Pero cómo va a tener calor con el frío que hace ahí fuera? Ni los maderos viejos y secos dan de sí para calentar suficiente.

Lo había dicho sin pensar, pero ciertamente el aire frío me sentó bien. Mientras caminábamos a casa de Víctor no paró de hablar, aunque al menos no se dedicó a repetir la misma frase una y otra vez. Las calles de Zaragoza, en un mes de septiembre de un frío y temprano otoño, hacían que a las siete de la tarde no mereciese la pena gastar luz y madera para mantener los locales sin clientela.

Atravesamos calles y avenidas. Llegamos a una zona alejada del ruido de la plebe, donde se asentaba la mayor parte de la población de niños vagabundos y pies descalzos que mendigaban a las puertas de la basílica del Pilar. La gente esperaba que los curas los espantaran con escobas de paja basta y llena de pulgas o con un cubo de agua helada, a ver si con suerte cogían una neumonía y Dios Padre los reclamaba para sí en un rinconcito del cielo. O, con algo menos de suerte, iban a parar al infierno. Al menos allí estarían calientes. Reclamaban que pagasen su culpa por engañar a los señoritos de la ciudad haciéndose pasar por tullidos a fin de conseguir varias perras en vez de una.

Pasando delante del Pilar, y atravesando un par de avenidas lo suficientemente cuidadas, con sus árboles y arbustos, se anunciaba la entrada al barrio residencial de los bien favorecidos. La mayoría de sus habitantes eran herederos casados con herederas de grandes fortunas, a cual mayor, y, entre palacete con jardín y mansión con torreones, de vez en cuando se veía alguna tapia inexpugnable. Esas, según me contó Víctor, eran las casas de los hijos que no habían heredado el saber y perseverancia de sus padres y habían llevado las empresas familiares, ya fueran textiles o de nuevos avances, al desastre y, por ende, a la ruina.

—Fíjate —dijo avanzando unos pasos delante de mí para quedarse apoyado en una verja.

Yo hice lo mismo; como dos niños que miran un lugar aunque saben que no deben hacerlo.

—Me dijo mi padre que ahí vivía una de las familias más ricas del barrio, y que de la noche a la mañana lo perdieron todo.

—¿Y dónde están ahora? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Creo que pidiendo por las calles, pero no sé, no estoy seguro.

Continuamos nuestro camino en dirección a la casa de Víctor.

—¿A qué se dedica tu padre?

—Pues no lo sé muy bien, nunca me lo han dicho ninguno de los dos; en realidad, creo que a nada.

—¿A nada? Una casa como esta no se mantiene con nada —sentencié.

—Ya, bueno, mi madre se dedica a levantarse tarde y a darse baños de espuma y jabones de flores. Después se peina, se pinta la cara con unos polvos raros y se dedica a escuchar la radio o a leer en el salón. Le gusta mucho leer, tiene tus libros, ¿sabes? —dijo esto último con una sonrisa en los labios. Me hizo sentir como una conquista, un trofeo que llevaba a su casa para dejarlo colgado en una estantería.

—¿Y tu padre?

—Mi padre, pues…, no sé… Se levanta, se viste y se va a montar a caballo. Y luego viene a casa, come… ¿Sabes lo que sí es raro?: que mi madre muchas veces se pone a ayudar a las doncellas. A veces se va con ellas al sótano, donde están las cocinas, y se pone a cocinar con ellas o las ayuda a cambiar sábanas o a limpiar el polvo. Una vez se lo conté a mis compañeros de la escuela y me dijeron que era un mentiroso, que las señoras finas y con dinero no hacen esas cosas, así que no les conté nada más.

—¿Había más que contar?

—Bueno, mi padre suele ayudar al jardinero; se llama Enrique y es muy gracioso: a veces se disfraza de payaso con una nariz roja que tiene y hace tonterías. Su hijo me cae muy bien, y su hija también, pero no los veo muy a menudo. Y cuando vienen es para ayudar a su padre en el jardín. Cuando éramos más pequeños jugábamos más —respiró profundamente—. Bueno, a lo que iba, mi padre, para el verano, tiene su propio huerto detrás de casa y lo

cultiva él solo. Y para el invierno cuida de un invernadero que está lleno de plantas con flores. A mi madre le encantan las flores, pero no cuida una sana, todas se le mueren; se le da mejor la cocina. A veces se van los dos por la noche con unos paquetes y cestas enormes. Alguna vez he estado a punto de seguirlos, pero nunca me he atrevido.

—¿Se escapan por las noches con cestas en las manos?

—Sí.

—¿Y no les has preguntado adónde van?

—Sí, una vez, hace años. Y me dijeron que hay gente que no tiene tanta suerte como nosotros y que también tienen derecho a comer. Pero yo no entendí nada.

Tenía razón el chaval. Aquel no era el comportamiento normal de personas adineradas.

—¿No me dijiste que antes eran granjeros?

—Sí, eso te dije, y eso fue lo que me contaron ellos cierta vez, cuando les pregunté por qué había niños y madres que pedían en las calles y dormían en las aceras y por qué nosotros teníamos una casa tan grande con tantas habitaciones vacías, que podíamos dejárselas para que vivieran como seres humanos. Entonces mi padre me pidió que me sentara a su lado junto a la chimenea. Me contó que hacía tiempo cuidaba de una granja con mi madre y que habían hecho fortuna con mucho esfuerzo y trabajo. Que el destino les había entregado ese dinero para que a mí no me faltara nada y que necesitaban repartir una parte entre los que menos tenían. No sé, supongo que les dará pena acordarse de todo lo que tuvieron que trabajar y por eso mi madre trabaja en la cocina y mi padre en el huerto o en el jardín. Pero no me respondió a lo de las habitaciones vacías. Vamos a entrar.

Alcé la vista un segundo y observé. No era una de las casas más grandes, pero era enorme, especialmente si se comparaba con mi piso de dos habitaciones y media. Abrió la verja y me invitó a pasar.

—¿Cómo se llaman tus padres?

—Mi padre, Arturo, y mi madre, Ángeles.

—¿Y dónde está esa granja?

—Yendo a Huesca. En Graus. Fui una vez de pequeño, pero no me acuerdo de nada. La llamaban la *Cuatro Estaciones*, la granja, digo, y todos en el pueblo la conocían. Era la única que tenía también habitaciones en alquiler donde se hospedaba la gente.

—En Graus, ¿eh? —murmuré para mí. Algo no cuadraba en la historia que me había contado. ¿Unos granjeros haciendo fortuna a base de vacas? Ni en la peor de las novelas.

Subimos las escaleras del porche que dejaban al pie de la puerta de entrada. La abrió y entramos. Como era de esperar, lujo por cada rincón. Las paredes estaban enteladas con tonos claros y flores estampadas. Lámparas de aceite a modo de adorno cubrían las paredes y trepaban por las escaleras a la par que cuadros antiguos reflejaban rostros que ni el tiempo recordaba. El suelo estaba cubierto de elegantes alfombras con dibujos simétricos y plantas por los rincones.

—Vamos, sube, está arriba.

Le seguí escaleras arriba mientras horripilantes caras me observaban tras una fina capa de polvo.

—Sí, a mí también me dan miedo —dijo de pronto.

—No me dan miedo —respondí ofendido.

—No, qué va.

Llegamos a la primera planta y me condujo hasta la segunda puerta de un largo y amplio pasillo con una ventana al fondo por la que se colaba la luz del sol y lo iluminaba por completo. Abrió.

Estaba claro que aquel era su cuarto. Tenía libros escolares y cuadernos finos para ejercicios apilados en una mesa con un tintero al lado, y una estantería repleta de libros que para mí me hubiera gustado tener a su edad mientras me criaban mis odiados tíos.

—¿Esta es la habitación?

—No, está detrás del armario. Ayúdame a moverlo.

Me acerqué a él. No pesaba demasiado y lo corrimos a un lado sin demasiada dificultad. Y ahí estaba. Una puerta tras la que se ocultaba una habitación.

—¿A que es de novela?

—Sí —admití sin mucho ímpetu—. ¿Cómo la descubriste? Con el armario ni se ve ni se sospecha.

—Jugando a las canicas, se me coló una debajo del armario y lo moví para sacarla.

—¿Quince años y juegas a las canicas? —me tomé la revancha de los cuadros.

—Sí, ¿qué pasa?

—No, nada.

—Vamos, abre la puerta.

Respiré hondo y di un paso al frente. La puerta se camuflaba bastante bien dentro de la pared, era del mismo color, y el pomo no era más que un trozo de madera mal puesto que tenía aspecto de ir a caerse al suelo de un momento a otro.

Polvo. Era lo primero que se respiraba al abrir la puerta. Intenté buscar un interruptor, pero no lo encontré. Para cuando quise abrir la boca, Víctor ya traía una vela blanca encendida.

—Gracias.

—De nada.

Me adentré despacio. Era un habitáculo redondo. Estaba rodeado de una especie de repisas de madera bajas y anchas construidas a la

par que el lugar, con una serie de almohadas puestas sobre ellas. No había ventanas. En el centro había una pequeña mesa de madera redonda junto a una silla. Me acerqué a las almohadas de color verde oscuro; estaban llenas de polvo. A continuación dejé la vela apoyada en la mesa y observé.

—¿Dónde encontraste las fotografías y las cartas?

—Ahí, encima de la mesa.

Me acerqué a las almohadas, que levantaron cortinas de polvo en el instante en el que las cogí para ver si había alguna cosa más debajo. Nada.

—Esta habitación es pequeña, y seguro que ya la has mirado cien veces en busca de algo más. ¿Por qué me has hecho venir?

—Podemos subir al ático: hay muebles viejos ahí guardados.

—¿Por qué me has hecho venir? Responde, o me largo ahora mismo. Aquí no hay nada que yo pueda descubrir.

Suspiró.

—Porque mis amigos te querían conocer.

—¿Qué amigos?

Se asomaron los dos. Un chico y una chica. Los hijos del jardinero.

—Pensaba que igual te apetecía merendar con nosotros.

No me lo podía creer. Un criajo me había engañado como al tonto más tonto del mundo para que merendara con sus amigos.

—No voy a merendar con vosotros, tengo otras cosas que hacer.

—¿Como qué? —preguntó la chica.

—Como corregir un montón de estúpidos relatos de alumnos que no llegarán a ninguna parte porque no tienen ninguna vocación por la escritura ni la tendrán nunca.

Se quedaron los tres mirándome como pasmados, sin entender nada de lo que les había dicho.

—Venga, quédese, le prometo que no le aburriremos mucho —dijo el chico.

En cierto modo me recordaban a mí cuando era pequeño e intentaba cuidar de mi hermana.

—Vamos, hombre, ya que has venido hasta aquí… —añadió Víctor.

Suspiré y resoplé. Quería irme a casa, pero la frase que Víctor había pronunciado hacía unos minutos con tal de retenerme allí me dio otra idea.

—Me quedo, siempre y cuando pueda subir al desván a mirar entre los muebles viejos de la familia.

—¡Claro! Ya vamos nosotros a preparar la merienda. Tienes que subir por las escaleras hasta arriba del todo. Ahí está el ático.

—Muchas gracias, nunca lo hubiera podido encontrar solo.

—¿No? ¿Por qué? Es un ático, siempre están en la parte de arriba.

Le miré con cara de monja desfallecida.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada, nada.

Me quedé solo en la habitación mientras escuchaba los pasos alejarse escaleras abajo. Había ciertos aspectos que se me escapaban, pero fue eso mismo lo que provocó que algo dentro de mí me animara a descubrir quiénes habían sido los habitantes de esa vieja casa. Y, sobre todo, quiénes eran los nuevos y qué relación tenían con los viejos.

Subí las escaleras, que parecían ascender a la oscuridad más profunda, y me sumergí en ella hasta que choqué contra una puerta. Busqué el pomo, lo giré y entré. Por las láminas de las viejas ventanas entraban pequeñas líneas de luz que dejaban entrever una maraña de muebles y armarios almacenados a perpetuidad mientras se pudrían en un desván lleno de polvo y arañas. Busqué un interruptor; esta vez sí lo encontré. Dos bombillas parpadearon en el

techo. Segundos después, una explotó y la otra se iluminó relampagueante, como si agonizara. Había decenas de muebles diferentes. Armarios grandes, medianos y pequeños. Escritorios sacados de otras épocas que muchos anticuarios hubiesen querido para sí. Jarrones que todavía guardaban dentro flores secas. Mesitas de noche con cajones a medio abrir que mostraban panfletos del bando nacional fechados durante la Guerra Civil. Incluso camas con unos cabeceros con angelitos tallados que querían huir. Cortinas enrolladas, alfombras… El ático parecía el bazar de un anticuario.

En primer lugar, abrí los armarios. Tenía curiosidad por saber si había ropa dentro de ellos o no, y así fue. Vestidos pasados de moda y de época. Después me dediqué a abrir los cajones de las mesillas en busca de algún libro publicado hacía años o cualquier cosa que pudiera ser de interés. Después de abrir la docena y media de mesitas de noche que encontré sin dar con nada interesante, pasé a los escritorios. En ellos encontré hojas de papel, tanto escritas como sin escribir. Las escritas mostraban una caligrafía de escolar primerizo y algunos ejercicios de matemáticas con sumas y restas. En el momento que presionaba el papel demasiado, se deshacía en polvo. Y así pasé de secreter en secreter. El último de ellos era de madera de pino pintada en blanco. Abrí los pequeños cajones. Todos estaban vacíos: ni una pluma antigua, como había encontrado en los otros, ni un folio en blanco. Nada. Parecía que estaba por estrenar. Alargué la mano hacia el fondo, intentando descubrir el lugar oculto que solían tener. Me pareció tocar una hendidura en la madera e intenté clavar las uñas en ella para arrastrar la madera sin éxito. Moví el escritorio para que le diese la escasa luz que había. Fue inútil, así que lo tumbé con cuidado en el suelo. La hendidura era precisamente la ranura que mostraba dónde estaba el hueco secreto, pero estaba pegada con algo. Me puse en pie y busqué algo

alargado con que poder quitar el pegamento y abrirlo. Si alguien se había tomado tantas molestias en esconder algo, tal vez merecía la pena. Me puse en pie y me dirigí al fondo del desván, donde parecía que había unos palos puestos de pie apoyados en la pared. Eran escobas de deshollinar chimeneas. Cogí una de las púas y tiré de ella con fuerza. Al tercer intento cedió. Volví junto al secreter y comencé a rascar sobre el pegamento, que no tardó en soltarse de la madera. Empujé la tapa despacio.

Dos llaves unidas por una arandela de metal era lo que se escondía detrás de la madera blanca. Una era una llave de puerta. La otra parecía la llave de algún cajón.

—¿Qué haces ahí? ¿Has encontrado algo?

De nuevo, Víctor me sacó de mis pensamientos.

—Sí, dos llaves. ¿Tienes idea de dónde pueden ser?

Se acercó a mí y las cogió. Coloqué el escritorio de pie.

—La grande no tengo ni idea de qué puerta puede ser, pero de la pequeña creo que sí la tengo. Puede que sea de ese mueble que hay a la entrada del ático. La llave es muy grande, y la cerraja de ese mueble también. Llevo tiempo intentando encontrar la llave para abrirlo.

—En la entrada no hay ningún mueble cerrado, ya los he mirado todos.

—Pues no habrás visto el de detrás de la puerta. —Efectivamente, cerró la puerta y ahí estaba. Un mueble de madera oscura del mismo tamaño que el cuerpo de Víctor—. Vaya detective estás tú hecho…

—No soy detective —dije acercándome a él—. Soy escritor. Además, he encontrado las llaves, ¿no?

—Sí, bueno, eso sí es cierto.

—Venga ya, tú no las habrías encontrado en la vida —repliqué. Parecíamos dos niños pequeños jugando a ver quién podía más.

—Puede.

—¿Puede? —Introdujo la llave en la cerradura y giró.

—Tenías razón, era de aquí.

—Ábrelo —dije.

El mueble había servido durante años para guardar licores. Dos botellas de *whisky,* una vacía y la otra en las últimas, y tres de vino tinto, una abierta y las otras cerradas. Víctor quitó el corcho de la empezada y un olor a vinagre que hubiera despertado a los muertos inundó el lugar.

—¡Puaf! —se quejó, y la volvió a dejar en su sitio—. Pues vaya lo que había aquí dentro.

Comenzó a cerrar el armario y le pedí que esperase. Había un cajón en la parte inferior. Tiré de la anilla y se abrió. Había unas hojas escritas y selladas. Un parte de defunción. Leí:

> La defunción de Ángel de León se fecha el día 21 de noviembre de 1935. La causa de la misma es el suicidio.
>
> D. E. P.
>
> CERTIFICA EL DOCTOR JUAN JOSÉ RAMÍREZ

—¿O sea, que el hombre que salía en las fotos está muerto? —preguntó de pronto.

—Sí, Víctor, está muerto.

Dejé el papel a un lado y cogí una de las otras hojas. Tras echar un vistazo rápido, vi que se trataba de las escrituras de un piso situado en la misma ciudad a nombre de Matilde de León, comprado el 30 de julio de 1935. Exactamente en la calle Rufas, número 3,

cuarta planta, izquierda. Una calle nada apropiada para alguien de su categoría. El piso había sido comprado hacía quince años. Me quedé pensativo durante unos instantes. ¿Por qué gente tan adinerada iba a comprar un piso en una calle minúscula sin vistas a jardines ni patios? No tenía sentido.

—Oye, Víctor, ¿tienen tus padres alguna otra casa, un piso o algo así?

Se encogió de hombros.

—No. Solo esta casa.

Asentí y continué intentando hacerme una composición de lugar. ¿Y si Matilde vivía ahora en ese piso? Tal vez con algo de suerte me contarían algo de su vida anterior en la casa y lo que pudo ocurrirle a su hijo. Víctor aguardó todo lo que pudo sin hablar y unos segundos después volvió a llamar mi atención.

—Bueno, ¿qué?, ¿vienes a merendar?

—¿Puedo quedarme estos dos papeles?

—Claro, yo no los quiero para nada.

Las llaves también me las quedé. Bajamos las escaleras y me condujo a una salita en la primera planta al final del pasillo. Abrió la puerta de golpe mientras en el exterior caía una tromba de agua como no recordaba. La salita era pequeña y acogedora. Habían encendido la chimenea y se agradecía el calor del hogar. En el centro había una mesita pequeña con panes, bollos y leche, con cuatro sillas a su alrededor, dos de ellas ocupadas por un niño y una niña. Me observaban serios, como si tuviesen miedo.

—Amigos, vamos a merendar con Iván de Luarte. Bueno, en realidad, Iván Sebastián.

Ambos hermanos asintieron lentamente a modo de saludo.

—Podéis hablar, que no se come a nadie.

Le lancé una mirada de soslayo.

—Hola —dijo ella esbozando una media sonrisa que no se atrevía a salir del todo.

—Encantado de compartir esta merienda con los tres.

En ese instante me percaté de que la chica llevaba una de mis novelas en la mano e intentaba esconderla entre la tela de su falda. Me senté y Víctor me imitó, ocupando la única silla libre que quedaba en la mesa.

—¿Cómo os llamáis? —les pregunté para que dejasen de temblar.

—Yo, Jorge.

—Encantado de conocerte, Jorge.

—Gracias, señor.

La respuesta me sorprendió.

—De nada —añadí para que no se sintiera fuera de lugar. La chica continuaba callada y con la mirada perdida en el suelo.

—¿Y tú? ¿Cómo te llamas, señorita? —me observó levemente con una pequeña sonrisa y volvió a agachar la mirada.

—Cristina —dijo en un susurro.

—Pues encantado de conoceros a los dos.

—¿Merendamos o qué? Tengo un hambre que me voy a caer al suelo.

Víctor se levantó, cogió la jarra de leche y comenzó a llenar los vasos sin mucha habilidad.

—La estás tirando toda, tonto —habló por fin Cristina.

—No pasa nada, luego la limpio.

En ese instante, Cristina puso una magdalena delante de cada vaso.

—¿Cuándo va a publicar su próxima novela? —preguntó Jorge.

—Pronto, dentro de dos semanas.

—Qué bien —añadió Cristina.

Aguardé unos segundos observando a los tres beberse la leche de un trago.

—¿Qué os parece si os regalo una a cada uno de vosotros?

—¿De verdad puede hacer eso?

—Claro que puede, es el autor, ¿cómo no va a poder? —corrió a decir Víctor, con la boca llena de migas.

—Sí, puedo y lo haré. Y si la señorita me deja el libro que está intentando esconder desde que he entrado, se lo puedo dedicar. Si quiere, claro.

Por fin, rompió. Sonrió y saltó de la silla para ofrecerme el viejo libro. Lo debía de haber leído por lo menos cien veces: las tapas estaban ajadas, y algunas de las hojas del interior estaban sueltas. Saqué la pluma del bolsillo interno de mi abrigo y procedí. Todos observaban cómo escribía. Me sentí ligeramente acorralado. Nunca habría imaginado que tres niños juntos podían dar tanto miedo cuando no estaban sentados en pupitres esperando mis palabras.

—Ya está. Léela a ver qué te parece.

Abrió la portada y leyó para sí.

—Pero léelo en voz alta —gritó Jorge.

—No tiene por qué hacerlo si no quiere —dije.

—Es tonta, está enamorada de ti.

—Eso no es verdad, Jorge. Retíralo.

—No.

—¡Retíralo!

Dejó el libro sobre la mesa y se lanzó a él. Lo arrojó al suelo y comenzó a darle bofetones.

—¡Pelea! ¡Pelea! —gritó Víctor.

Me incorporé y levanté en el aire a Cristina. Jorge se puso en pie y se lanzó sobre ella. Lo agarré del brazo para que no le hiciera daño.

—¡Eres tonta! ¡Y una estúpida! ¡Te odio!

—Eso lo dices porque me ha firmado el libro a mí en vez de a ti.

—¡Basta ya! —Cómo me recordaba aquello a las discusiones con mi hermana—. ¿Os parece normal? Tú no te metas con ella, y tú no le pegues.

Hubo un largo silencio, al que muy oportunamente, como comenzaba a ser costumbre, Víctor puso fin.

—¡Que se apaga el fuego…, y con el frío que hace…! —Se lanzó a la chimenea y metió dos medios troncos.

El fuego se avivó rápidamente. Miré el reloj de oro apoyado sobre la chimenea.

—Tengo que irme, chicos. Es muy tarde. Y tus padres deben estar a punto de volver.

Observó el reloj.

—Es verdad, es muy tarde.

—Y sigue lloviendo, qué bien —dije.

—No te preocupes, te dejaré un paraguas.

Salí por la puerta trasera. Víctor se había empeñado en enseñarme el coche que sus padres habían adquirido a la par que la casa. El chófer, un hombre mayor, de pelo canoso y bigote espeso y bien afeitado, estaba limpiando el coche con un cubo de agua y jabón.

—Hola, Juan Carlos —saludó Víctor.

—Buenas tardes, señorito. ¿Cómo le va el día?

—Bien. Mire, él es Iván de Luarte, escritor y amigo mío.

—Oh, encantado, señor De Luarte. Disculpe que no le ofrezca mi mano, se mancharía usted.

—No se preocupe.

—¿Sabes? Juan Carlos lleva viviendo en esta casa más años que mis padres. ¿Verdad que sí?

—Así es, señorito.

Escuchamos un ruido en la casa.

—Creo que acaban de llegar sus padres, señorito.

—Sí, yo creo que también. Me voy, o saldrán a buscarme. Adiós.

—Adiós, señorito.

—Hasta mañana, Víctor —respondí.

—Buenas tardes, señor —me despedí.

—Buenas tardes.

Me indicó la puerta, medio escondida entre la hiedra, y salí a la calle. Saqué de mi bolsillo las hojas que me había llevado de la casa de Víctor y reparé en lo que me había dicho: Juan Carlos llevaba años trabajando en esa casa cuando ellos la adquirieron. Tal vez supiera algo. Regresé a la casa y llamé a la pequeña puerta por la que acababa de salir. Poco después el chófer me abrió.

—¿Se ha olvidado algo?

—En realidad, me gustaría hablar con usted.

—Bien, señor, usted dirá.

—¿Trabajó aquí para la familia De León?

Dudó un instante.

—Así es.

—¿Qué podría contarme de ellos?

Negó con la cabeza.

—Nada. Es mejor no remover nada.

Empujó la puerta para cerrarla, pero lo detuve y entré.

—Por favor.

Se quedó observándome un buen rato y después accedió encogiendo los hombros.

—Total, qué más da. Han pasado tantos años que no creo que a nadie le importe. Vamos, metámonos en el coche, de lo contrario la lluvia nos empapará.

Entramos. Me acomodé en el asiento del copiloto.

—Han pasado muchos años y solo recuerdo algunas cosas. Comencé a trabajar como conductor para los señores De León al poco tiempo de su regreso de su luna de miel. La señora era muy agradable, pero era mejor no cruzarse con Rafael de León cuando había tenido un mal día. Yo sabía que la señora Matilde debía tener un amante. Solía llevarla con frecuencia a una dirección en concreto y me pedía que la recogiese al cabo de dos o tres horas. No sé con quién se vería, pero teniendo en cuenta la actitud de su marido, que no parecía preocuparse por nadie que no fuera él mismo, era fácil imaginar que las visitas que realizaba eran para verse con algún amante.

—¿Recuerda la dirección?

—Me temo que no. Soy viejo, y hace demasiados años de eso para poder recordarlo. Las cosas se me olvidan. Los médicos dicen que tengo una enfermedad que me matará poco a poco, que lo olvidaré todo. Me dan cuatro o cinco años antes de que la mente se me quede en blanco. Alzhéimer dicen que es lo que tengo. Quién sabe, quizás tengan razón. Es cierto que hay días en los que me cuesta recordar hasta mi nombre. Recuerdo a Ángel. Se suicidó. No sé por qué lo haría. Era un buen chico y tenía un gran futuro al mando de la fábrica de su padre. Aunque creo recordar que tuvieron alguna discusión y se marchó de casa un tiempo. Después regresó. Cuando eso ocurrió, cuando se marchó de casa, yo solía llevar a Matilde a una dirección en la parte antigua de la ciudad. Tal vez su hijo viviera allí.

—¿Podría ser la calle Rufas? ¿Cree que tal vez Matilde mantuviera allí encuentros con ese amante?

Encogió los hombros.

—Puede ser, ya le digo que no puedo recordarlo con claridad. Llevé a todos los miembros de la familia De León durante años a muchos sitios diferentes. Lo que sí le aseguro es que Ángel volvió, y después, no mucho después, se ahorcó. Pobre chico. Después de aquello solo recuerdo que la señora nos despidió.

—Pero siguió trabajando aquí.

—Sí, seguí trabajando aquí, pero no recuerdo cómo lo hice. Lo siento, pero esta ha sido siempre mi casa.

—No importa. Ha hecho más de lo que debía. Muchas gracias.

—No se merecen.

Cuando bajé del coche, seguía diluviando en la calle. En lugar de ir a mi casa directamente, me dejé llevar al paseo de la Independencia para ver con quién había quedado Guillermo. Una belleza, seguramente, como solía ocurrir. La luz del restaurante se veía desde la entrada al paseo. Con la que estaba cayendo, no había nadie en la calle. Me acerqué al ventanal y, cubriéndome con el paraguas para que no me viera, miré al interior. Me quedé de piedra. Desde luego era una belleza: Coraline. Hablaban entre ellos despreocupadamente, como si no existiera nadie más en el mundo. Toulouse se acercó a la mesa con una botella de vino. Me había usado para quedar con ella. Me marché de allí sin pensarlo dos veces. El paraguas que me había dejado Víctor me había servido los primeros minutos, pero llegué a casa empapado. Sandra, para mi sorpresa, estaba allí. No se había ido a dormir a casa de ese novio suyo. Dormitaba en el sofá con uno de mis libros. Al escuchar la puerta, se despertó.

—¿Dónde estabas? Para que luego me digas a mí que te avise cuando no vaya a venir a casa. Hay que ver la cara tan dura que tienes, ¿sabes?

La ignoré y fui directo a mi cuarto. Guillermo había quedado con Coraline y había acudido a mí para que le organizase un encuentro. No podía creerlo. Seguía escuchando la voz de Sandra, que intentaba decirme algo. No quería escucharla. No quería escuchar a nadie. Quería meterme en la cama y no despertarme más.

9

No hubo suerte. Al día siguiente desperté. Me incorporé en la cama. Temblaba y estaba mareado. También sentía el estómago revuelto. Cogí el reloj de la mesita de noche y lo miré. Eran las seis de la mañana. Todavía faltaba una hora para que saliera el sol y unas cuatro o cinco para que Sandra se despertara. Me envolví con una manta y fui al baño. Me lavé la cara y estornudé un par de veces.

—Estupendo —pensé.

Fui directo a la cocina, encendí el fuego y puse agua a calentar para el café. Mientras la cocina se calentaba lentamente, cogí uno de los libros pendientes de leer que Pablo Biel había escogido para mí de su biblioteca. Solo había estado en su casa un par de veces y las dos me pareció haber entrado en un museo de libros. Cogí el tomo de un tal Jorge Esperanza con título impronunciable y comencé a leer hasta que el olor a café me sacó de la historia. Me serví una taza, seguí leyendo hasta que se acabó, me serví otra y lo dejé por imposible. El libro no me atraía lo más mínimo. Lo metí directamente en la cartera para devolvérselo el lunes siguiente. Entré en mi cuarto, me vestí y dejé una nota para Sandra:

Me voy al orfanato. Vendré tarde.

La dejé sobre la mesa de la cocina, cogí el abrigo y la bufanda y salí al invierno temprano de aquel año. Antes de salir de casa guardé

en el bolsillo las dos llaves que me había llevado de casa de Víctor el día anterior. Normalmente iba al orfanato a eso de las diez, cuando los chicos ya estaban levantados y desayunados, pero aquel día pensaba hacer otra visita antes de aparecer por allí. Atravesé la calle del Coso, donde había decenas de puestos sobre las aceras. Los dependientes intentaban vender flores o calcetines. Atravesé cuatro o cinco calles peatonales llenas de gatos callejeros y de ropas tendidas en las ventanas y llegué a la calle Rufas número 3. La calle en sí misma dejaba bastante que desear. Los edificios eran tan antiguos como la ciudad. Las fachadas estaban negras del paso del tiempo, y las lluvias de aquel invierno no ayudaban a la pintura de los edificios. Raro era que no hubiese ninguna ventana rota. A un portal incluso le faltaba la puerta. En el otro extremo de la calle, alguien tiraba un montón de desperdicios a un enorme contenedor de basura. Acto seguido, media docena de gatos se metió en el cubo a devorar los restos. Me planté ante el prácticamente desaparecido número tres del portal. Bajo el metal con el número había una puerta de madera medio podrida y carcomida que bailaba con las corrientes de aire, que la arrojaban contra los adoquines allá donde ya no había ni cemento.

—Una pena lo de estos bloques de viviendas —dijo de pronto una voz tras de mí. Me volví. Un vagabundo con barbas blancas y sucias me observaba mientras sostenía una especie de carromato con algo que parecían mantas igual de sucias que sus barbas.

—¿Ha vivido usted aquí?

—Oh, sigo haciéndolo. Claro que sin luz y sin agua. Pero no hay tantas ratas ni hace tanto viento como en la calle. Se está mejor con un techo sobre la cabeza.

En cierto modo, me recordaba a mi padre.

—Claro.

—¿Estás buscando a alguien?

Encogí los hombros.

—No estoy seguro.

—¿Cuánto dinero llevas encima?

Lo observé en silencio mientras me hurgaba en los bolsillos y saqué cinco reales.

—Oh, válgame el cielo —dijo el mendigo, acercándose a las monedas como si de un tesoro se tratase. Tal vez para él lo fuera.

—Ni me acuerdo de cuánto tiempo hace que no veo un real.

Me observó mientras mostraba sus dientes negros entre una sonrisa que exhibía a medias.

—¿Qué me cuenta?

—¿Qué me va a dar?

—Depende de lo que me cuente.

—¡Humm! Me parece justo. Yo vivía aquí mismo, en el edificio tres, con mi hijo. Ahora ya no sé dónde está. Eran pisos no muy grandes, pero sobraba para vivir. Yo trabajaba en una fábrica de maderas que se quemó y me echaron a la calle. No encontré trabajo, pero pude conservar el piso en la primera planta.

—¿Desde qué año vivió usted aquí?

—Desde el 33.

—¿Conoce a alguien que viva en el piso izquierdo de la cuarta planta?

Comenzó a reírse.

—Ese piso está maldito. Se escuchan ruidos extraños que vienen de su interior. Por eso la mayoría de la gente se marchó de aquí. El edificio está prácticamente abandonado. Solo vivimos yo y una mujer anciana: doña Jimena. Pero ella vive aquí desde hace apenas un par de años. No podrá contarle nada que yo no le haya dicho.

—Ha sido de gran ayuda, señor.

Le tendí las monedas y se marchó cantando. No había nadie viviendo en el piso en el que pensaba encontrar a Matilde y Rafael.

Me acerqué a la puerta de entrada. No necesitó más que un ligero empujón para abrir. Las escaleras quedaban justo enfrente de mí, apenas a tres pasos. Había un estrecho pasillo en la parte izquierda que conducía a los dos únicos pisos habitados. Me apoyé con cuidado en la barandilla de hierro de la escalera y tembló bajo mi mano. Pensé que sería mejor no tocarla. Olía a humedad y a moho. Las escaleras de cemento estaban llenas de arañas que habían anidado donde nadie se atrevía a pisar. Encontré un interruptor y lo giré. Por supuesto, nada. Seguí subiendo e ignoré los ruidos que hacían las ratas al correr de un lado al otro de los pasillos de la segunda y tercera planta. Llegué a la cuarta. La luz entraba por las ventanas de cristales rotos. Giré a la izquierda y vi la puerta que daba al piso en el que quería entrar. No sabía qué iba a encontrarme allí, pero aunque no fuera nada, quería verlo. Cogí el pomo y lo giré. Estaba cerrado. El chillido de una rata a mi espalda hizo que me volviera un instante. La vi salir corriendo por el oscuro pasillo, apenas iluminado por unas líneas de luz. Busqué las llaves en el bolsillo e introduje la que quedaba por probar en la cerradura oxidada. La giré. Tras varios intentos, escuché cómo el hierro viejo y corroído cedía y la puerta se abrió.

A causa de las ventanas rotas había buena luz en la habitación. Seguí por el pasillo hasta llegar a otro cuarto, una estancia de unos treinta metros cuadrados. La sala de estar. Los muebles estaban sucios por el paso del tiempo y el aire que se colaba por las cristaleras rotas, pero habían quedado como muestra de que una vez allí hubo vida. La mesa de madera oscura, sin llegar a ser negra, estaba acompañada de cuatro sillas tapizadas en color blanco, un armario de pared con algunos libros que acumulaban polvo y un

mueble licorera. En el centro de la habitación había manchas oscuras, que pensé que tal vez fueran de sangre. Seguí el pasillo, lleno de telarañas que bajaban desde el techo hasta media pared, y comencé a abrir las habitaciones. La primera era la cocina, no muy grande. Parte de las baldosas habían caído al suelo por la humedad. El horno de cocinar, cubierto de polvo, seguía imperante pegado a la pared. Tras la segunda puerta descubrí un dormitorio con el suelo de listones de madera envejecida. Una lámpara pendía del techo y se balanceó ligeramente al dar un paso hacia el interior de la habitación. Una cama de matrimonio desprovista de sábanas y llena de manchas negras en el colchón ocupaba la mayor parte de la estancia. Al ver la mesita de noche me dirigí a ella. Al abrir el cajón, encontré unas gafas y un libro abierto. Era un ejemplar de *Madame Bovary*. Me dirigí al armario de pared. En él había ropa cubierta de polvo, vestidos y prendas de hombre, y dos pares de zapatos. Había una tela blanca enrollada al fondo del armario. La cogí y vi que era un vestido. Estaba lleno de manchas que parecían de sangre. Lo dejé en su sitio y cerré el armario. Salí de allí y me dirigí a la siguiente habitación. Giré el pomo y empujé con el peso de todo mi cuerpo. No pude abrirla, estaba cerrada con llave. Me dirigí a la última puerta que quedaba. Como esperaba, era el baño. Regresé a la habitación principal y me senté en una de las sillas, que levantó una cortina de polvo en cuanto la moví. Intentaba encontrar sentido a las cosas que había en ese piso a nombre de Matilde, pero no lo encontraba. En ese momento, la vista me llevó hasta la licorera y recordé lo que había encontrado en casa de Víctor. Me levanté y me dirigí a ella. La abrí y encontré una serie de botellas de licor que preferí no abrir y un cajón. Tiré de la anilla y encontré dos papeles con unos dedos marcados en tinta de sangre. Eran otros dos partes de defunción. Leí.

La defunción de Ángel de León se fecha el día 19 de noviembre de 1935.

D. E. P.

CERTIFICA EL DOCTOR MIGUEL ÁNGEL CABALLÉS.

La defunción de Lena Francés se fecha el día 19 de noviembre de 1935.

D. E. P.

CERTIFICA EL DOCTOR MIGUEL ÁNGEL CABALLÉS.

—¿Qué? —pregunté en voz alta.

No entendía nada. ¿Una misma persona con dos partes de defunción con tres días de diferencia entre sí? No podía ser. Lena, la chica de la fotografía y a la que iban dirigidas las cartas, también estaba muerta. ¿Qué se ocultaba tras esos partes de defunción? ¿Qué relación existía entre la familia De León y la familia de Víctor, unos simples granjeros que habían hecho fortuna? No entendía nada. Y ahora sentía mayor curiosidad por conocer el pasado de los padres de Víctor que por aquella familia rica y desaparecida. Estaba decidido. Iría a buscar respuestas a la granja de los padres de Víctor. Me encaminé a la salida, pero algo hizo que me detuviese al pasar delante de la puerta del salón. Había alguien allí. Alguien había entrado después de mí. Alguien me había visto entrar y me había seguido. Seguramente, para robar. No podía verle el rostro, estaba envuelto en sombras. Notaba sus ojos acuchillarme desde la oscuridad, su figura firme dirigida hacia mí, decidiendo cuándo atacar. Sentí como las piernas me temblaban y una gota de sudor frío resbalarse por mi espalda. Corrí. Salí de aquel edificio, que ya no me parecía que oliera a humedad sino a muerte, y tomé la dirección

contraria para llegar al orfanato, que se ubicaba en la otra parte de la ciudad. Al salir del edificio, respiré tan profundamente como pude y no me detuve a mirar atrás. Tomé el tranvía de la línea 2. Subió la calle del Coso y siguió por el paseo de la Independencia, para perderse al final de Fernando el Católico. Me bajé en una parada frente a un bar en el que servían unos desayunos de rey. En otra ocasión habría entrado a comer algo, pero tenía el estómago cerrado. Seguí subiendo por la calle hasta llegar al viejo edificio del orfanato. En el cartel de la puerta se anunciaba el lugar: «Orfanato Camino del Señor».

El orfanato en el que me crie durante unos seis meses, y en el que habría preferido seguir criándome en lugar de ser acogido por unos tíos de los que ni siquiera conocía su existencia, estaba dirigido por el padre Juan, una de las mejores personas que pude haber conocido. Entré. El vestíbulo principal estaba desierto. Miré el reloj de bolsillo y comprobé que era más tarde de lo normal y probablemente estarían en misa. Me dirigí a la sala de juegos, que siempre me traía buenos recuerdos. Allí solía encontrarme con Sandra cuando vivíamos en el orfanato. Las habitaciones de los chicos estaban separadas de las de las chicas, y ese era el punto de encuentro de todos nosotros. La sala de juegos no había cambiado con el tiempo más que en unos cuantos detalles: alguna silla de mimbre que se había roto y habían sustituido por otra. Los coches y trenes de madera pintados seguían siendo los mismos con los que yo había jugado de pequeño. Y los cuentos que había en las estanterías seguían siendo los mismos que tantas veces había leído para mí en silencio o en voz alta para Sandra, mientras ella se entretenía observando los dibujos. A la vez que vagabundeaba por recuerdos perdidos entre aquellas cuatro paredes, el estrépito de decenas de niños entrando en la sala de juegos me trajo de vuelta al

mundo. Me rodearon, alargando los brazos para que los cogiera en alto; en lugar de hacerlo, me senté en el suelo, como siempre hacía. Uno de ellos escogió un libro de la estantería y me lo dio para que lo leyese. Mientras lo elegía, ponían las sillas en fila delante de mí y se acomodaban para disfrutar de la historia. Javier me entregó el libro de *Pedro y el lobo.*

—Igual de elegante que siempre.

Alcé la vista.

—Buenos días, padre Juan. Me alegro de verte.

—Lo mismo digo, hijo mío. ¿Te apetece tomar alguna cosa?

—No, gracias. Luego pasaré a verte a tu despacho.

—Me parece estupendo.

Cerró las puertas y nos quedamos a solas. Comencé a leer. A los pequeños les encantó que cambiase la voz según el personaje que hablaba en cada momento. Crearon un gran jolgorio entre todos e intentaron imitar las voces. Cuando el cuento acabó, algunos de ellos estaban dormidos sobre las sillas. Los despertamos y los acompañamos al comedor, donde se acomodaron, dieron las gracias por la comida y atacaron sus platos. En ese momento, me escabullí y me dirigí escaleras arriba al despacho del padre Juan. Llamé a la puerta.

—Entre.

Abrí. Lo encontré sentado en su mesa mientras instruía a un chiquillo sentado frente a él que apenas tendría cinco años.

—Mira, este chico fue uno de nuestros alumnos en esta escuela de niños. Ahora es famoso. No tengas miedo, puedes ir a comer. La hermana María te acompañará.

A continuación tiró de la cuerda unida a una pequeña campana. La hermana se presentó unos segundos después.

—Vamos, ven conmigo, pequeño.

El niño saltó de la silla y cogió la mano que María le ofreció.

—Bueno, tu turno. Siéntate. Iván.

—Me alegro de verte. La semana pasada me dijo una de las hermanas que estabas haciéndote unas pruebas médicas.

—Así es.

Silencio.

—¿Y bien?

Carraspeó antes de hablar.

—Me han encontrado un cáncer en los huesos.

Me quedé sin habla.

—Está muy avanzado y no se podrá tratar ni operar, así que…

—Así que solo…, solo te queda esperar. ¿No van a hacer nada?

—No pueden hacer nada —dijo sereno. A mí me empezaba a temblar el pulso. Comencé a negar con la cabeza, sin poder hacer nada más.

—No puedo creerlo.

—El Señor, que me llama para que vaya a su lado.

—Pues yo creo que eres mucho más útil aquí.

—Venga, hombre, no dramatices; a todos nos llega nuestra hora. A mí me han avisado con un par de meses de antelación. Así puedo despedirme. ¿Y sabes? Esta noche quiero que vengas a cenar a mi casa.

—¿Para celebrar que Dios te llama?

—Para celebrar que tengo la oportunidad de despedirme.

10

Salí de allí sin ganas de nada. Una de las personas más influyentes en mi vida se moría. No cogí el tranvía para volver, me apetecía caminar. El viento comenzó a soplar fuerte mientras hacía que la tierra me arañara en la cara. Parecía que Dios se estaba burlando de mí. Caminé durante casi una hora peleando contra el viento. Las nubes comenzaron a cubrir el cielo, a teñirlo de negro y a gotear lentamente. Me sentía enfadado. Enfadado con el cáncer y con Juan. ¿Cómo podía alegrarse de morir en apenas dos meses? A la vez que el enfado crecía, también lo hacía la tristeza. No sabía qué pensar; simplemente no quería que muriese, necesitaba que siguiera conmigo. Tras un par de horas dando vueltas bajo el viento y el agua sin saber hacia dónde dirigirme, mis piernas me condujeron a la vieja librería de mi padre adoptivo.

Vi la tienda iluminada desde el otro lado de la calle y me acerqué. Iba directo a la puerta, pero me detuve al ver que Germán estaba atendiendo a un hombre de unos cuarenta años y lo observé desde el escaparate. Lo vi mayor que nunca. Su pelo había encanecido en poco tiempo, y las arrugas parecían haberse estancado en su rostro. Atendió a su cliente tan servicial como siempre. Mi enfado se desvaneció ligeramente. No quería que Juan muriese, pero sería mucho peor si fuera Germán quien estuviese en su lugar. Un instante después maldije mi pensamiento: ninguno de los dos se lo merecía. El hombre salió al tiempo que yo me introducía en la tienda.

—Iván. Cómo me alegro de verte, hijo. Pero si estás empapado… Anda, pasa, siéntate frente a la estufa y caliéntate. Espero que no cojas un resfriado. ¿A quién se le ocurre salir sin paraguas con este tiempo del demonio?

—El padre Juan va a morir.

Vi como se le helaba el rostro. Al fin y al cabo, eran amigos de siempre.

—Pero ¿qué me estás contando, Iván? Anda, pasa.

Entré en la salita y me acomodé en un butacón junto a la chimenea. Mi cuerpo agradeció de inmediato el calor del fuego. Germán corrió a prepararme un café. Esperó a que el agua hirviera para regresar a mi lado y ponerse al día de la enfermedad del padre Juan. Sirvió dos tazas. Observándome, me exigió una respuesta.

—He ido al orfanato, como todos los sábados, y me ha dicho que le han detectado un cáncer de huesos. Todavía no puedo creerlo.

Dejó reposar la espalda de golpe en su asiento.

—¿Desde cuándo lo sabe?

—Desde hace una semana.

—Dios santo. ¿Por qué no me lo ha dicho?

—Según él, es algo bueno, porque así dispone de tiempo para despedirse. Esta noche me ha invitado a cenar. Deberías venir conmigo.

—No creo que sea buena idea.

—Pues yo creo que es la mejor idea que he tenido desde hace varios años, la segunda mejor desde que decidí pedir la tutoría de Sandra.

—No me convence.

Estuvimos en silencio durante un largo rato. Ninguno de los dos sabíamos cómo comenzar a hablar de otra cosa que no fuera de

enfermedades que se llevan amigos a la tumba. Finalmente, me decidí a contarle que me marchaba de viaje a Graus.

—¿A Graus? ¿Por qué? ¿Qué se te ha perdido en Graus?

—Una granja —respondí. Me observó perplejo.

—¿Y qué tal si me lo cuentas desde el principio?

Comencé a relatarle cómo de la noche a la mañana un niño de doce años había desbaratado mi tranquila e insulsa existencia. Cómo se había apuntado a las clases para que le ayudara a descubrir quiénes eran las personas que habían vivido con anterioridad en su casa, y en especial quiénes eran las personas que aparecían en las fotografías. Y le conté cómo al descubrir aquellos partes de defunción, dos de la misma persona, estaba intrigado hasta el punto de querer marcharme a Graus y donde hiciese falta para conocer la verdad: cuándo murió verdaderamente Ángel de León, por qué, y por qué su familia había desaparecido del mapa.

—Un momento, recuérdame la dirección de la casa de ese muchacho.

—Avenida de Santiguaba. El barrio de los ricos.

—Ya, ya, y ¿cómo has dicho que se llamaba la familia?

—De León.

—Ya decía yo que me sonaban.

Puso la cara de cuando rebuscaba en el fondo de su memoria, con las cejas arrugadas y la mano sujetándose la frente sudorosa.

—¡Pues claro! —dijo mientras se ponía en pie de un brinco.

—¿Qué ocurre?

—Ven conmigo al archivo de los periódicos.

El archivo de los periódicos era como Germán llamaba a un cuarto escondido tras una puerta camuflada en la trastienda por estanterías repletas de libros. Allí guardaba los libros que no se podían encontrar en ninguna parte, panfletos de su amada República y pilas

y pilas de periódicos ordenados por fecha. Le ayudé a quitar los libros y quitar las estanterías. Cogió una llave y abrió la puerta. Las bisagras chirriaron con fuerza; hacía mucho que nadie entraba allí. Alargó la mano y le dio al interruptor. Montañas de papeles y libros cubiertos con una capa de polvo amarillento se abrían ante nosotros. El lugar no era grande. En una esquina había un somier y un colchón medio rotos también con papeles y libros encima.

—¿Hace cuánto tiempo que no entras en este cuarto? —pregunté.

—Ni me acuerdo. Aunque, ahora que lo dices, creo que fue allá por el cuarenta, cuando me traje a una moza a hacer cosas que estoy seguro que todavía no sabes ni que se pueden hacer.

—Vale, vale, puedes ahorrártelo.

—Bah, me vas a venir ahora con que te asusta hablar del tema. ¿Hace cuánto que no echas una cana al aire?

—Desde que mi mujer se largó. —Agachó la cabeza—. Lo siento —dije—, no quería decirlo así.

—No, Iván, el que lo siente soy yo. Anda, vamos dentro.

Agradecí que dejase el tema, no tenía ganas de decirle que había visto a su hijo cenando con mi mujer.

—Lo malo es que no recuerdo muy bien en qué fecha salió la noticia.

—¿Qué noticia?

—No temas, amigo, en cuanto la veas sabrás que es la que buscas. Creo que empezaré por los periódicos de 1920 y seguiré hasta 1935. Tú sigue a partir de ese año.

—Germán, ¿puedes explicarme qué estamos haciendo?

—Periodismo de investigación. Venga, a empezar, que, si no empezamos ya, nos pueden dar las uvas.

Me señaló un montón de periódicos impregnados de polvo. Comencé por el primero. Pasé una hoja tras otra, y otra, y otra.

Cuanto encontraba eran apariciones de la Virgen María aquí y allá; crónicas de una guerra de la que me había librado gracias a que por aquellos años vivía mi más tierna infancia, aunque es cierto que sufrí sus resultados; linchamientos a gitanos y republicanos por una u otra causa; asesinatos de personas que más tarde aparecían flotando en el Ebro; inauguraciones de pantanos, escuelas o iglesias; rehabilitaciones de ermitas en toda Huesca y peregrinaciones masivas para ver al apóstol Santiago; curas milagrosas a las puertas del Pilar y sandeces por el estilo. Ninguna me llamaba la atención. Cuando miré el reloj, habían pasado cuatro horas desde que había llegado. La ropa estaba completamente seca, y el estómago pedía combustible. Alcé la vista y observé a Germán leyendo noticias con sus gafas caídas, sonriendo.

—Creo que voy a ir al bar de tu hermano a por un par de bocadillos. Ahora vuelvo.

—Muy bien, hijo, el mío de longaniza con cebolla caramelizada, y ya de paso que te dé una botella de vino de la Rioja: te quitará el resfriado de encima.

—No estoy resfriado del todo, es solo un poco…

—Mañana por la mañana lo estarás del todo, a no ser que te tomes el vino. Anda, ve, que yo sigo investigando.

Salí de la tienda. Había dejado de llover y corría un viento frío y húmedo que en realidad agradecí sentir en la cara. Pasé por delante de dos portales y llegué al bar de Leopoldo.

—Su majestad ha llegado —saludó.

—También me alegro de verte.

—¿Y qué cuentas?

—No mucho. —Me senté en la banqueta frente a él—. Estoy en la librería con Germán, he venido a por un par de bocadillos.

—No me lo digas —interrumpió—: el suyo, de longaniza con cebolla caramelizada, y el tuyo, de butifarra.

—Eres un genio.

—Lo sé. ¡Uno de *longa* y otro de *buti*! —dijo, pegando un golpe al ventanuco que unía la barra a la cocina.

—¡Marchando!

Se apoyó en la barra mientras los bocadillos llegaban.

—¿Y qué me cuentas de tu vida? ¿Cómo llevas lo de la parienta?

Me encogí de hombros. No tenía la más mínima gana de hablar del tema.

—Lo llevo, lo dejo pasar. Intento no pensar mucho en el tema.

—Ya, te entiendo. A mí también me dejó.

Fruncí el ceño.

—Eres viudo —respondí.

—Pues eso, también me dejó. Pero hace ya tantos años que ni me acuerdo. Ahora, que la cocinera es una bendita —se acercó a mí, me hizo un gesto para que me acercase a él y en un susurro siguió—, tú ya me entiendes. La necesidad es la necesidad, y uno no es un jovenzuelo, pero tampoco hace falta apagar el fuego en soledad. Y la Jimena es mucha Jimena para lo poco marido que es su marido, ¿eh? —dijo, dándome un codazo y sonriendo.

Yo asentí y me coloqué de nuevo en mi sitio.

—Anda, que te vas a llevar una botella de vino de la Rioja. Sé que a mi hermano le vuelve loco, y a ti, con esa cara de susto que tienes, no te irá nada mal.

—¡Bocadillos listos!

Leopoldo cogió los dos bocadillos, los envolvió y me dio la botella.

—Que os aproveche.

—Gracias.

Salí del bar y regresé a la librería. Nada más escuchar la puerta, Germán salió disparado con un periódico en la mano.

—¡Lo encontré! Cierra la puerta y pon el cartel de cerrado, que ya es hora de comer, y ven aquí.

Hice lo que me mandó, dejé los bocadillos y el vino sobre la mesa de la salita y entré en el pequeño cuarto. Apoyado sobre la mesa de trabajo que había en medio de la sala, Germán leía algo.

—Escucha. —Procedió a leer la noticia.

La mansión de los crímenes

15 de abril de 1923. Aguadero Pescador

La casa de la adinerada familia De León, conocida por su fábrica de vidrios, situada a las afueras de la ciudad, se ha visto sumida esta mañana en la más horrible de las estampas. Las lluvias torrenciales caídas en los últimos tres días han hecho que los jardines del barrio se inundaran, y la casa del señor De León no fue una excepción.

La lluvia ha levantado jardines enteros, y en la ya nombrada mansión han aparecido restos humanos sembrados por el jardín. Según el forense, con el que ha contactado esta redacción, por su pequeño tamaño dan lugar a pensar que se trata de niños, aunque no nos ha facilitado ningún detalle más al cierre de esta edición.

—Espera, ¿qué es eso que acabas de leer?

—Exactamente lo que has oído. Una mañana, la ciudad entera se levantó conmocionada por la noticia del periódico. En la mansión del dueño de la fábrica de vidrios, que a tantas bocas alimentaba, aparecieron esqueletos y restos putrefactos, y todo apuntaba a que eran de niños. Recuerdo que se hablaba de que había decenas de

huesos en el jardín. Al día siguiente, todos estábamos esperando por el periódico para ver qué nuevas noticias traía, pero no había ninguna. Ni al día siguiente, ni al siguiente. Y recuerdo que unas semanas más tarde corrió la voz de que habían levantado la casa sobre un antiguo camposanto para niños. ¡Tonterías!

—Bueno, y si no era lo del camposanto, ¿qué otra explicación podría tener?

—No lo sé. Pero esa no me la creo. A ver, esos bocadillos.

Mientras descorchaba la botella de vino con una vieja navaja que parecía haber perdido el filo hacía más de diez años, Germán cortaba los bocadillos por la mitad y preparaba la mesa de la trastienda con un mantel y dos copas. Nos sentamos el uno frente al otro y comenzamos a comer, dejando que las migas cayeran sobre la mesa y el suelo.

—¿En qué piensas? —preguntó.

En realidad, pensaba en su hijo y Coraline. La imagen de ver a los dos juntos mientras él sujetaba su mano no dejaba de perseguirme. ¿Dónde habían quedado los años de juegos después del colegio?

Tras degustar los bocadillos, el vino y la compañía de Germán, me despedí de él haciéndole prometer que vendría a cenar conmigo a casa de Juan aquella noche. A regañadientes, aceptó.

El viento parecía soplar con menos fuerza, y la lluvia se había acabado. Las calles embarradas se habían convertido para los niños en un pequeño campo de batalla en el que se lanzaban bolas de barro como munición. Tomé el tranvía frente a la sucursal del Banco de España, camino a la estación de trenes. La cabina del tranvía estaba a reventar, llena de niños gritando y pataleando. Una hija cuidaba de que a su anciana madre no se le cayera la baba al vestido negro, que delataba su viudedad, mientras la vieja permanecía perdida en su mundo. El trayecto se me hizo eterno.

Agradecí el aire frío cuando salté a la calle vacía. Me dirigí directamente a la estación.

La estación pedía a gritos una mano de pintura, y el suelo, donde se acumulaban la tierra y las hojas caídas de los árboles desde el otoño, una barrida urgente. Un hombre parecía estar tapando con cemento un agujero en la pared al fondo de la estación. Las persianas de los escaparates permanecían cerradas, aunque había transcurrido un buen rato desde el horario de apertura. Me aproximé a la primera puerta y llamé sobre el cristal. Podía ver cómo la sombra de alguien se movía en el interior. Volví a insistir. Un segundo después, la persiana se levantó de golpe. Un tipo de unos sesenta años, a quien le faltaba el ojo derecho y cuyo rostro estaba cubierto de algo que podían ser cicatrices o arrugas, me sostuvo la mirada con su ojo sano.

—Pero bueno, ¿es que ya no puede un hombre ni comer tranquilo?

Se había puesto una servilleta a modo de babero para no manchar el uniforme. Y había acertado, pues la servilleta estaba llena de migas y de aceite. El aliento se colaba por la rendija que habían dejado bajo el cristal para pasar los billetes. Olía a ajo y a boca enferma. Sentí una arcada.

—Perdone, es que llevo un rato esperando y tengo un poco de prisa.

Torció los labios.

—Pues no sé a qué vienen. No hay trenes hasta mañana.

Respiré hondo.

—Necesito un billete para Graus.

—Ya, en Huesca. Vamos a ver.

Durante lo que me pareció una eternidad, se dedicó a repasar una y otra vez las hojas de un gigantesco cuaderno en el que supuse que

tendría anotados horarios, días y estaciones.

—Pues tienes uno en un par de días. A las once de la mañana. Llegará a su destino unas dos o tres horas después.

—Bien, deme un billete.

—¿No quiere otro para la vuelta?

—No sé cuánto tiempo me va a llevar el asunto que tengo que resolver allí.

—Ah, un asunto —dijo guiñándome el ojo que le quedaba—, su señora se ha enterado de que tiene un lío y se marcha con ese lío, ¿eh?

No podía dar crédito a lo que acababa de escuchar, pero por temor a que alargase la conversación asentí.

—Sí, en qué hora se me ocurriría.

—No se preocupe usted, que lo mismo me pasó a mí más o menos a su edad y aquí sigo. Pero ándese con ojo, y nunca mejor dicho. Esto de aquí —dijo señalándose el hueco del ojo y acercándose a la ventanilla para que pudiera verlo sin problema— me lo hizo el hermano de mi antigua señora. Su mujer no tendrá hermanos, ¿no?

—No, no tiene, por suerte.

—Y que lo diga. Tenga, el billete, y llegue con tiempo de sobra a la estación.

—Los trenes van siempre tarde.

—Ya, bueno, por si acaso.

Soltó el cable de la persiana y desapareció. Di media vuelta para marcharme, choqué contra algo y al verle la cara me asusté. El hombre que había rellenado con cemento el agujero de la pared sonreía. Parecía haberse escapado de un manicomio. El poco pelo que le quedaba lo tenía largo y sucio. Sus ojos azules claros

taladraban los míos, y los huecos de sus dientes olían a acetona. En aquella estación todo iba a juego.

—De viaje, ¿eh? —preguntó con una voz ronca.

—Sí, así es —dije echándome hacia atrás.

—Que disfrute.

—Muy amable.

Salí pitando. Cuando fui a cerrar la puerta, vi como los dos hombres me miraban y se reían. Me sentí como un idiota.

Antes de regresar a casa tenía que pasarme por la editorial y dejarme caer por el despacho de Pablo, como quien no quiere la cosa, y decirle que iba a ausentarme unos días. Recorrí el pasillo de puertas cerradas y me planté ante la puerta del jefe editor. Llamé con el puño suavemente.

—¡Entre! —Abrí la puerta y pasé—. ¡Hombre! Mira a quién tenemos aquí: el hijo pródigo. Venga, siéntate y fúmate un purito con aroma a café conmigo, ¿eh?

—Claro.

Me senté y acepté el cigarro que me ofreció. Encendió el suyo y me pasó la caja de cerillas. El humo no tardó en inundar la estancia.

—Bueno, ¿has venido a traerme tu último libro, verdad? ¿Dónde está?

No me acordaba de que debía entregárselo aquel día y lo había dejado sobre la mesa de mi cuarto, en casa.

—Sí, lo tengo listo, pensaba traértelo luego, pero ha surgido algo y tenía que pedirte unos días de permiso.

Su expresión lo dijo todo.

—No. Es imposible.

—Vamos, Pablo, sabes que si no fuera estrictamente necesario no te lo pediría. Llevo toda la vida trabajando para ti y nunca te he pedido ni un solo día libre. Ahora los necesito.

—No puedes irte. Los alumnos han pagado un dineral para que les impartas clase, para que un escritor famoso les dé clase. Los padres se enfurecerán y me tendré que tragar yo las quejas, puede que hasta los borren de las clases y quieran que les devolvamos el dinero. ¡Eso sería la hecatombe para la editorial y para ti! Hemos crecido poco a poco gracias a las generosas aportaciones de los padres pudientes. ¿Te crees que el material para editar los libros que publicamos nos lo regalan o nos lo fían? ¡Se paga gracias a ese dinero! El papel, la tinta, las máquinas de impresión. ¡Son carísimas las máquinas de impresión! Y el papel de buena calidad para los libros, también. Y los dibujantes de las portadas. Lo siento, pero no puedo darte ni un día libre.

—Diles que estoy enfermo. O mejor, yo mismo les diré que estoy enfermo. Les enviaré una carta a todos ellos, tengo sus direcciones. No serán muchos días.

Me puse en pie y me dispuse a marcharme.

—Espera —dijo cogiéndome del brazo—. ¿Para qué quieres los días libres? ¿Para ver a alguna chica? Sé que aún andas mal con lo de Coraline.

Me enfadé. ¿Por qué tenía que estar todo el mundo recordándome a Coraline?

—No, no es ni por Coraline ni por ninguna otra mujer en el mundo —grité—. Necesito irme unos días fuera porque estoy investigando algo y tengo que ir a un sitio. No te preocupes. Nadie se quejará porque me haya puesto enfermo. A mi regreso daré el doble de clases si hace falta. Ni ellos ni tú perderéis vuestro dinero.

Salí al pasillo con pasos rápidos. Pablo me siguió. Cuando me alcanzó, ya había recorrido media calle y a él le faltaba el aliento. Me llamó y pidió que le esperase.

—Mi mujer siempre me dice que debería hacer ejercicio —dijo entrecortadamente—. Y el médico también. ¿Qué es eso que tienes que investigar? ¿Algo para una novela?

Tardé unos segundos en responder.

—Algo así.

—¿Te estás metiendo en algún lío?

—No, no es nada importante.

—Bien, sentiría haber recibido otra respuesta. Tú y yo no hablamos mucho, pero…

No terminó la frase. Me abrazó y se marchó. Entonces no lo sabía, pero me estaba metiendo en un lío mucho mayor del que habría podido imaginar.

Llegué a casa cuando el sol comenzaba a esconderse tras los edificios nuevos, que parecían tener por objetivo el mismísimo cielo. Me sorprendió no ver a Juncos, el portero, en el portal de la entrada, y me topé con la casera.

—Buenos días tenga usted —saludó.

—¿Cómo le va la vida?

—Bah, no me quejo.

—¿Le ha pasado algo a Juncos?

—Oh, ya lo creo. Pobrecillo. Lo he encontrado a los pies de la escalera. Gemía y pedía a gritos que lo ayudara: se le han roto las dos piernas. He avisado a los vecinos y lo han llevado al hospital. Luego me llevará mi hija a verlo.

—Pues sí que ha sido mala pata. También iré a verlo mañana, se porta muy bien con todos nosotros, eso es cierto.

—Es un buen hombre. ¿Por qué le tocarán siempre las desgracias a quien menos se lo merece?

—Buenas noches —cerré el diálogo; no tenía ganas de meterme en una de sus conversaciones interminables.

Subí las escaleras hasta el piso y busqué la llave en mi bolsillo. Cuando la introduje en la cerradura, se abrió la puerta desde dentro. Sandra estaba llorando. Se lanzó hacia mí y me abrazó.

—Eh, tranquila.

Entramos en casa y cerré la puerta. No se despegaba de mí. En un principio pensé que se trataba de Juncos. Hacía algunos años, cuando había adquirido ese piso y yo tenía que trabajar, solía pasar las tardes en su portería. Pero cuando alcé la vista, vi que estaba la casa revuelta, con todo tirado en el suelo, incluidos mis libros. La sostuve por los brazos mientras no dejaba de llorar.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

No acertaba a hablar.

—Cuéntame qué ha pasado aquí.

—Ha entrado, llevaba algo afilado, un cuchillo o algo así, no entiendo nada.

—¿Qué ha entrado? ¿Quién ha entrado?

La sostuve, apretándola demasiado.

—¡No lo sé! Una mujer, pero no le he visto la cara, la tenía cubierta. Se ha llevado las cartas.

—¿Qué cartas?

—¡No lo sé! Esas que te entregó ese niño de tu escuela. Me ha preguntado por ellas y le he dicho que no sabía dónde estaban. Me ha encerrado en la cocina. He empezado a escuchar ruidos, estaba tirando todo por el suelo hasta que las ha encontrado en el cajón de la mesa. Y después la he escuchado irse. Me he quedado en la cocina un rato sin atreverme a moverme y después he salido dándole patadas a la puerta y he visto que estaba todo tirado y que faltaban las cartas.

Volvió a abrazarme.

—Tranquila, ya ha pasado todo.

—Menos mal.

—Venga, lávate la cara, después te encontrarás mejor. Yo voy a recoger todo esto. Prepárate para salir, vamos a cenar a casa del padre Juan.

Se metió en el baño. Rebusqué entre las cosas tiradas para ver si se habían llevado algo más. No faltaba nada de valor ni dinero. Solamente las cartas y las fotografías. Habían revuelto toda la casa, salvo la cocina, donde habían encerrado a Sandra, y el baño. La sala que yo tenía por biblioteca estaba destrozada, todos los libros tirados y abiertos, unos encima de otros, amontonados, y hojas arrancadas. Me sentí derrotado y asustado.

Me senté en el sofá y observé todos los libros y los trabajos de los alumnos tirados por el suelo. Solo podía haber sido una persona. Matilde. ¿Quién si no? ¿Cómo sabía que yo tenía sus cartas? ¿Mantenía alguna relación con la familia de Víctor? Tenía que ser así. No cabía otra posibilidad. ¿Por qué me había engañado Víctor? ¿Para qué querría hacerlo? ¿Qué se traía entre manos? ¿Qué ocultaba? Antes de marcharme debía hablar con él. Comencé a recoger los libros esparcidos por el suelo y a pensar. Sería buena idea que, mientras estuviese fuera, Sandra se quedara en casa de algún conocido, a ser posible que no fuese su novio.

Tardé una hora en dejar todo más o menos en el lugar que ocupaba antes del asedio a mi casa. Sandra estaba tardando mucho. Me acerqué a la puerta y llamé.

—Sandra, ¿estás bien? —Abrió la puerta.

—Sí, es que me he entretenido. Y estaba recordando…, espera un momento.

Salió al pasillo que daba acceso a las habitaciones y regresó unos segundos después con una hoja en la mano. Me la tendió y pude comprobar que era una de las cartas que Matilde había ido a buscar.

—Me la llevé a mi cuarto para acabar de leerla y la guardé bajo el colchón para que tú no te enfadases por haberla cogido.

—Gracias —suspiré—. Venga, vístete, nos vamos.

11

La noche estaba muy oscura, sin luna. Las escasas farolas que funcionaban parpadeaban a nuestro paso creando sombras extrañas. Ratas y gatos peleaban en los cubos de basura para llevarse el bocado de los restos de comida más grande. No había ni un alma en la calle.

Había quedado con Germán en la esquina de la calle que daba a la casa de Juan. Allí nos encontramos. Sandra intentó sonreír, pero se palpaba en el ambiente que algo no iba bien.

—Sandra, ¿qué te pasa? Estás…, parece como si hubieses llorado.

—Tengo que contaros algo a los dos, a ti y a Juan. En la cena.

Caminamos en silencio hasta la puerta. No era una casa con lujos, pero su sueldo de cura le había permitido comprarse una de tamaño considerable en un buen barrio. Llamé al timbre y, sin haber esperado mucho, se abrió la puerta.

—Pero qué ven mis ojos. Esto es una sorpresa. Vamos, pasad —dijo sonriéndonos.

Lo primero que sentimos fue el calor del fuego. No recordaba la última vez que lo había visitado; me había olvidado de la particular decoración que adornaba la casa. Figuritas de la Virgen María y del niño Jesús por donde quiera que se mirase. Olor a incienso y velas blancas. Nos hizo pasar al salón comedor y nos acomodamos en unos enormes butacones frente al fuego. Sandra tenía la mente en otra parte. Juan procedió a darnos un vaso a cada uno. Empezó a

llenarlos de *whisky*, hasta que llegó al de mi hermana y le sirvió un zumo de naranja.

—¿No puedo echarme un traguito del tuyo? —me preguntó.

—Eres muy joven para beber.

—Claro, se me había olvidado.

—Bueno, chicos, no discutáis, que me recordáis demasiado el tiempo que pasasteis en el orfanato. ¿Os acordáis de aquella vez en la que la monja Agustina encontró a Sandra en la cama de Iván? Casi le da un infarto y la castigó a rezar veinte avemarías.

Reí al recordarlo. Sandra estaba sumergida en su mente, seguramente rememorando la escena una y otra vez y pensando en si habría podido hacer las cosas de otra manera.

—Bueno, ¿qué ocurre aquí? Ni que se hubiera muerto alguien —la broma no tuvo gracia.

—Necesito pedirte un favor, aunque no sea el mejor momento, Juan.

—Tú dirás —dijo, bebiendo un sorbo de *whisky*.

Observé a Sandra. Tenía la mirada perdida en las llamas, en otro mundo, y no había probado el zumo.

—Tengo que salir de Zaragoza y voy a necesitar que te quedes con Sandra unos días. Si te es posible, si no, ya me las apañaré.

—Puede quedarse conmigo —corrió a decir Germán.

—Oh, no, no hay ningún problema con que se quede conmigo —añadió Juan.

—He pensado en ti porque tu casa es más grande, no porque tenga preferencias —dije mirando a Germán.

—Lo sé. Y ahora permíteme que te pregunte por ese viaje tan repentino.

Tomé aire y procedí a revelarles la razón que me había hecho comprar el billete y por qué necesitaba que Sandra no se quedase

sola en casa.

—¿Han entrado en tu casa y han amenazado a Sandra? —se escandalizó Germán.

—Así es.

—¿Y te marchas, aun sabiendo que esas cartas pueden estar relacionadas con lo que sea que pretendes encontrar en Graus? Estás loco.

—No exageres. No creo que esa mujer fuera verdaderamente con intención de hacer daño a nadie.

—No estoy tan seguro de tu afirmación.

—Vamos, Germán, cálmate. Iván ha crecido y tiene la cabeza bien puesta para llevar las riendas de cualquier asunto. Sandra estará bien cuidada. Si te apetece, puedes venir conmigo al orfanato y ayudarme con las clases. Siempre has sido una chica muy aplicada.

—Claro —dijo ella, saliendo de su ensimismamiento por primera vez desde que habíamos llegado, hacía ya más de una hora.

—Y tú, Iván, por si acaso, acompáñame. Voy a darte algo que quiero que lleves durante todo el viaje.

—¿Una estampita de la Virgen? Eso no le ayudará —intervino Germán.

—Sí, si es un vampiro —bromeó Juan.

Salimos de la habitación y sentimos el descenso de la temperatura de una manera violenta. Su casa, con suelos, paredes y techos altos de madera, me producía escalofríos. Me condujo hasta el fondo del pasillo principal y nos detuvimos ante un enorme mueble de madera negra. Rebuscó en su interior y sacó una cadena con tres pequeñas llaves. Introdujo una de ellas en la cerradura y la giró. Extrajo una caja de metal y la abrió. Un revólver estaba situado en el centro de la caja, y unas balas giraban de un lado a otro. Las metió en el cargador e introdujo otro puñado en el bolsillo de mi abrigo.

—Quiero que te lo lleves.

—No sabría cómo usarlo.

—Oh, bueno, es muy sencillo. Apuntas y presionas gatillo.

Alargué la mano y lo sopesé. Nunca había tenido un arma en mis manos.

—Si te ves en la obligación de usarla, sujétala con fuerza.

La dejé en la caja para recogerla al marcharme. Poco después, Juan nos invitó a pasar al comedor, donde su criada había dispuesto una magnífica mesa para nosotros. Había sacado los cubiertos de plata y la vajilla de cristal. Éramos sus invitados de honor. Había dispuesto platos para él, para mi hermana Sandra y para mí, pero no contaba con Germán, al que yo había invitado. Fue al armario y le preparó su vajilla. La cena consistía en arroz con conejo asado que preparaba él mismo, ensalada de cebolla y olivas que le hacía llegar un primo suyo de Jaén, y de postre flan con galletas y caramelo. Una de las mejores comidas que había hecho en los últimos tiempos. Había colocado velas a lo largo de la mesa para paliar la insuficiente luz que daba la lámpara de araña que pendía sobre nuestras cabezas, cuyos cristales vibraban cada vez que hablábamos al retumbar el eco en una casa con muebles suficientes para vivir pero escasos para su gran tamaño. La cena transcurrió sin que Juan revelara mucha información sobre el problema de salud que lo iba a llevar a la tumba veinte años antes de la cuenta; no sé si lo hizo por Sandra o porque quería disfrutar de una velada como solíamos hacer cuando mi hermana y yo éramos unos niños. Recordamos viejos tiempos en el orfanato y no faltaron las risas. Germán relató de manera novelesca mi primera visita a la librería y el día que me limpió la cara y me curó las heridas de la paliza de mi tío. Sandra pasó la mayor parte de la noche mirando su plato y moviendo el arroz de un lado a otro sin apenas comer.

—¿No te gusta? —preguntó Juan—. De pequeña te encantaba mi arroz con conejo asado.

Sandra salió de su ensimismamiento y dejó caer el tenedor sobre el mantel.

—No es eso, está bueno, me sigue gustando como antes, es que…

—Ya, que no sabes cómo afrontar el golpe de hoy —cortó Germán —. No te preocupes, es normal.

La cena acabó a las doce de la noche. Juan nos ofreció su coche, pero los tres declinamos su oferta.

—Creo que a la señorita le irá bien dar un paseo de vuelta casa — explicó Germán.

—Vendré a dejarla pasado mañana sobre las nueve. ¿Te parece bien?

—Mejor llévala al orfanato, a esas horas estaré allí.

Caminamos lentamente entre la niebla que se había formado durante el transcurso de la cena. Sandra se apoyó en mí, como hacía años que no hacía. Germán se empeñó en acompañarnos hasta la puerta de casa y nos despidió en el rellano.

—Ten cuidado por esas tierras, ¿eh? Nunca se sabe.

—Lo tendré.

Mi hermana fue directa a su cuarto. Cuando entré para interesarme por ella, la encontré tapada hasta las cejas y sin moverse. Cuando me di media vuelta, me llamó.

—¿Por qué tienes que irte? Quédate.

—Volveré pronto.

Por la escasa luz que entraba de la calle pude ver que asentía y volvía a taparse. Cerré la puerta y me fui a mi cuarto. Me senté en la cama y comencé a desnudarme con intención de acostarme. Cuando estaba a punto de hacerlo, me di cuenta de que no tenía el más

mínimo sueño. Me puse el albornoz que tenía a los pies de la cama, entré a la cocina y me dispuse a hacer café. Mientras el fuego calentaba la cafetera fui a buscar los escritos de los alumnos y, con la pluma en la mano, comencé a leerlos. El autor del primero era un chico que, a primera vista, me dio la sensación de que no tenía luz en el cerebro, pero había resultado ser el más prometedor de toda la clase y seguramente de toda la editorial. Sus historias tenían unos personajes perfectamente logrados, unas escenas igualmente bien construidas y frases que daban qué pensar. Ese chico llegaría lejos, no como el firmante del siguiente relato, Víctor Rosas, el niño que me había engañado como un tonto y había provocado que Matilde se hubiese colado en mi casa apuntando a Sandra con un arma. Me resultaba casi imposible pensar lo que había conseguido. Al día siguiente iría a su casa y hablaría con él para que me explicase su juego. En ese instante, más que nunca, sentí el deseo de descubrir algo sobre las familias Rosas y De León y lo que fuera que hubiese entre ellos.

Tras beberme dos tazas de un café tan cargado que hizo que me temblara el pulso, terminé de corregir los textos y, por fin, empecé a notar algo de sueño. Me metí en la cama a las tres y media de la mañana, esperando que el siguiente fuese otro día mejor que el que acababa de terminar y, al menos, conseguir algunas respuestas de Víctor. Dejé la taza en el fregadero, apagué la luz y me encaminé a mi cuarto. Escuché un ruido que venía desde la puerta de entrada. Había alguien al otro lado. Rápidamente me dirigí a mi habitación, donde había dejado el arma que Juan me había prestado para el viaje. Sosteniéndola con el pulso tembloroso, me acerqué lentamente a la puerta sin encender la luz. El ruido seguía. Me coloqué frente a la puerta y apoyé la mano sobre el pomo. Estaba temblando. ¿De verdad iba a poder disparar? Tragué saliva y abrí de

golpe. Apenas había una línea de luz en el pasillo, proveniente de la ventana del fondo. No había nadie en el exterior. Avancé un paso para asomarme mientras intentaba calmar mi respiración y sentí cómo pisaba algo blando al tiempo que escuchaba un maullido. ¡Abi! Él era el responsable del ruido, había arañado la puerta, intentando entrar en casa.

—Gato estúpido —me quejé.

Lo cogí en alto, lo metí en casa y di tres vueltas al pestillo.

Tuve un sueño tranquilo y profundo gracias al *whisky* y a pesar del café. Me desperté a las ocho de la mañana con una ligera pesadez en la cabeza. Me incorporé y encontré a Abi a los pies de la cama. Me observaba y ronroneaba mientras entrecerraba los ojos. Me vestí y fui a la habitación de Sandra. Estaba haciendo su cama.

—¿Ya estás levantada?

—Sí.

Estaba triste.

—Necesito que mañana me hagas un favor.

—¿Cuál?

—Necesito que le lleves a Biel mi siguiente novela.

—¿A la editorial?

—Sí.

—Está bien. No hay problema.

—Gracias.

Guardamos silencio durante unos instantes.

—Escucha, voy a ir al hospital a ver a Juncos. ¡Pobre hombre!, y después tengo que hacer un par de cosas más. ¿Por qué no vas mientras a la librería de Germán?

—¿Crees que vendrá otra vez?

Encogí los hombros.

—Es imposible que pueda saberlo, pero, por si acaso, no quiero que te quedes sola.

Asintió.

Desayunamos en silencio mientras Abi descansaba sobre las piernas de Sandra, que le ofrecía trocitos de galleta. Me aseguré de que todas las ventanas quedasen bien cerradas mientras estábamos fuera de casa y cerré la puerta con llave. Salimos a la calle y comprobamos que hacía un buen día de sol, sin viento y sin nubes que amenazaran con cubrirlo. No hablamos durante el camino. Ella iba mirando al suelo o a los ladrillos de las paredes mientras yo la observaba de refilón, intentando sin éxito encontrar alguna palabra que decirle. Llegamos a la librería. Hacía tiempo que no veía tanta gente en su interior. Germán iba de un lado a otro ayudando a los clientes a encontrar los libros por los que preguntaban. Me hizo gracia ver que uno de ellos se interesó por el último ejemplar de la serie de novelas cortas de Iván de Luarte.

—Pareja, qué sorpresa veros aquí a los dos —saludó Germán—. Vamos, pasad dentro.

—En realidad, tengo que irme a hacer unas cosas, me van a llevar un rato y me preguntaba si puede quedarse aquí mientras tanto.

—Claro que puede, Iván. Anda vete, que la cuidaré bien.

Cuando salí, Sandra se acercó a uno de los clientes con intención de ayudarle. Siempre le había gustado echarle una mano a Germán.

Mis labores de aquella mañana de domingo se dividían en dos. Primera, ir a hablar con el gracioso de Víctor y pedirle explicaciones. Segunda, ir a ver al pobre Juncos al hospital. De pronto me di cuenta de que no había comido nada y que estaba hambriento. Antes de coger el tranvía que me llevara al barrio de Víctor, me dejé caer en un bar donde servían buenos almuerzos y me comí un cocido espeso que sabía incluso mejor de lo que olía. Cuando

terminé, pasé frente a una pastelería y pensé que tal vez a Sandra le apetecería un pastel de chocolate y almendra. Le encantaban. Aunque siempre le decía que eran demasiado caros para darnos el capricho, pensé que sería buena idea para animarla. Entré en la tienda y me puse a la cola. Una media hora después, me sirvió la dependienta. Era una mujer con unos ojos fantasmagóricos que, por su aspecto, se diría que se zampaba todas las sobras de la pastelería. Me sirvió el pastel. Era tan caro que habría preferido que me sacaran un ojo a pagarlo. Con el pastel envuelto en un papel marrón decorado con un lazo rojo, salí de la tienda y tomé el primer tranvía que pasó en dirección a la casa de Víctor. Observé tras los cristales de la ventana el perfecto día de otoño que invitaba a pasear tras unos meses de lluvia que parecían no acabarse nunca. Intenté convencerme de que no pasaba nada por dejar a Sandra al cuidado de Juan durante unos días y que seguramente no serían más de dos o tres. Me bajé a la entrada del barrio donde los trajes que no fueran a juego con unos gemelos de oro no eran bien recibidos y donde el tranvía, por supuesto, no llegaba. Bien era cierto que los residentes en aquel lugar nunca se verían en la necesidad de hacer uso del transporte público. Avancé por las calles dando un paseo, dejando que el sol me diese en la cara. Me guie como pude en aquel laberinto de avenidas, que a mis ojos inexpertos me parecieron todas iguales. Cuando empezaba a pensar que me había perdido, comencé a escuchar unas voces procedentes de un lugar cercano al que parecía acudir la gente del barrio. Por curiosidad, y al no tener nada mejor que hacer, seguí el camino de los vecinos que corrían escandalizados con intención de saber lo que ocurría. Y allí estaba, en plena calle: un coche aparcado en la puerta de la casa de Víctor.

—¿Qué habrá pasado para que hayan tenido que avisar a la Benemérita? —comentaba un hombre con una chistera pasada de

moda a sus convecinos.

—No tengo la menor idea, pero sí es cierto que la noche pasada mi señora escuchó unos ruidos extraños que venían de esta zona de la calle. No le hice caso, pues siempre está leyendo y tiene la cabeza hueca de tanta novela negra. A ese escritor, De Luarte, deberían encarcelarlo por escribir esas sandeces y atontar todavía más el escaso cerebro de las mujeres.

—Bueno —respondió otro del corrillo—, mientras te siga funcionando bien en la cama, no hay problema.

Como era de esperar, todos rieron la gracia.

—Cada vez menos, pero no hay problema, tengo una putita preciosa y nada barata a la que voy a visitar de vez en cuando en un piso del paseo Ruiseñores.

—Vaya, qué callado te lo tenías. ¿Cómo es?

—Tiene dieciséis. Puedes imaginártelo.

Me daban náuseas. Dieciséis era la edad de Sandra. No podía imaginármela en brazos de un personaje de ese calibre. Decidí desentenderme de la conversación, que seguramente sería la mayor de las preocupaciones de todos ellos, y me dirigí a otra zona sin dejar de observar la casa. Había un par de guardias custodiando la entrada, y no dejaban entrar ni salir a nadie. Estaba claro que no podría hablar con Víctor.

—¡Chis!

Alguien a mi espalda lanzó ese sonido. Me volví, pero no vi a nadie.

—¡Chis! —De nuevo y más fuerte.

Me volví otra vez y caminé hacia los arbustos, que hacían de verja de la casa vecina. Era Víctor. Me hacía gestos para que me acercase.

—Ven, por aquí detrás —dijo en un susurro.

Caminamos medio agachados para que no nos viese nadie y me condujo al final de la calle, donde habían construido un inmenso parque lleno de toboganes para los niños de padres pudientes. Nos sentamos en un banco.

—¿Qué ha ocurrido?

Víctor tenía sobrealiento.

—Te he visto entre la gente y he salido por la parte trasera de casa, procurando que no me viera nadie. —Se acercó a mí y susurró —: Alguien entró anoche en mi casa. —No sabía qué pensar, si me estaba mintiendo otra vez o era por disimular, aunque la presencia de la Guardia Civil era una realidad—. Un ruido me despertó por la noche. Entonces pude ver que había una luz de quinqué en el cuarto oculto de mi dormitorio. El armario estaba corrido a un lado y la puerta abierta. Pensé que sería mi madre o mi padre, así que me levanté de la cama y me acerqué. Casi me meé encima cuando vi que no era ninguno de los dos.

Se quedó callado para darle más vida a la historia.

—Bueno ¿y después qué? —pregunté ansioso.

—Le vi la cara. La llevaba cubierta con una especie de sombrero de viuda, de esos que llevan algo parecido a un visillo negro que te impide ver un rostro como es debido. Vestía un vestido largo blanco y un abrigo de hombre. Tampoco es que me entretuviera para verle bien la cara. Grité y salí corriendo de mi cuarto, en dirección al de mis padres. Me volví un segundo y vi como abandonaba mi habitación e intentaba escaparse escaleras abajo. Entonces me volví otra vez para seguir corriendo y choqué con mi padre. Me pegué un susto de muerte. Mi madre encendió la luz del pasillo y me preguntó qué me ocurría. Le dije lo que había pasado. Mi padre nos dijo que nos encerrásemos con llave en su cuarto y no se nos ocurriera salir hasta que oyéramos su voz tras la puerta. Eso fue lo que hicimos.

Apenas tardó cinco minutos. Llamó diciendo que era él y que había avisado a la Guardia Civil, que estaban en camino. Alguien había entrado rompiendo un cristal de las cocinas. Poco después aparecieron los del tricornio y les contamos lo que había sucedido. Dejaron a un par de agentes haciendo guardia por los alrededores y nos dijeron que vendrían por la mañana, con más luz y más guardias, a revisar la casa y lo ocurrido. Y ahí están. Mi padre dice que no los quiere ni ver, pero no quedó más remedio que pedirles que velaran por nuestra seguridad.

—Ya.

—Y tú ¿por qué has venido? —preguntó tras el flequillo negro que cubría sus ojos.

—Venía a decirte que también entró alguien ayer en mi casa. Una mujer. Y creo que es la misma persona que entró en la tuya. Se llevó las cartas y las fotografías que me trajiste.

—¿Todas? —preguntó con desilusión.

—Menos una que mi hermana tenía guardada. Creo que sé quién fue.

—¿Quién? Dímelo.

—Dime que no abrirás la boca. Quiero hacer ciertas averiguaciones. —Por supuesto, no le dije que él entraba en esas averiguaciones—. Matilde.

—Matilde. ¿Y se puede saber quién es Matilde?

—Pareces tonto, de verdad —me salió del alma—. ¿No viste las fotos que me diste?

—Sí, pero no me acuerdo muy bien.

—Matilde era la antigua señora de la casa.

Frunció el ceño. En ese momento recordé a la persona que vi en el piso de la calle Rufas. No era un ladrón, era ella, Matilde. Estaba seguro de que me había estado siguiendo.

—¿Y para qué iba a volver ahora, si hace tantos años que no vive en ella?

—Tal vez quería recuperar algo. Escucha, voy a faltar unos días al trabajo y quiero que tengas cuidado, ¿de acuerdo? No estaría mal que tus padres se hicieran con un buen par de canes para que cuidaran de la casa por la noche, y algún vigilante.

—Me encantan los perros —dijo sonriendo.

—Venga, te acompaño a casa, y, por favor, lo digo en serio, ándate con ojo.

—Lo que tengo claro es que en ese cuarto no duermo más.

Cuando regresamos a casa, la Guardia Civil se había ocupado de ahuyentar a los curiosos. Al fondo del jardín había un hombre que, pensé, debía ser el jardinero. Jorge y Cristina estaban con él. Al vernos, los dos corrieron hacia nosotros.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó Jorge.

—He venido a veros —dije, consiguiendo que Cristina se pusiera roja—. Pero tengo que marcharme ya. Tengo que hacer unas cuantas cosas antes de irme.

—¿Se va? ¿Adónde?

Cristina lo preguntó de golpe, avergonzándose un segundo después.

—Cristina está enamorada —se burló Jorge, hablando como si entonase una canción.

—No es verdad —replicó ella mientras lo empujaba.

—Déjala tranquila —la defendió Víctor.

—Me voy unos días fuera de la ciudad, pero regresaré lo antes posible. No tardaré en volver más de un par de días. Y os traeré algo bonito a todos. ¿Qué os parece?

—Bah, yo no quiero nada. —Jorge se marchó con las manos en los bolsillos.

—No le haga caso, Iván, está muy raro desde hace unos días.

—Es porque una chica le dio calabazas —dijo Cristina con intención de que la escuchase Jorge, que negó con la cabeza y no se molestó en responder.

—¿Qué es eso que llevas ahí? Huele a chocolate.

—Es chocolate.

—Ah.

Se quedó mirándolo.

—¿Te apetece?

Sin apartar la vista del envoltorio, negó.

—No, seguro que lo ha comprado para su novia. Que les aproveche a los dos.

—Cristina —dije, sujetándola del brazo para que no se marchase —. No tengo novia.

Intentó disimular, pero se le iluminó la cara.

—Anda, toma, para ti y para quien tú quieras —le tendí el pastel —. Yo tengo que irme.

—¿No se queda a tomar un trocito?

—Otro día traeré otro pastel y nos lo comeremos todos juntos. ¿Qué te parece?

—Me parece estupendo.

—Bueno, adiós —cortó Víctor de pronto, deseoso de hincarle el diente al pastel.

—Adiós.

Salí de aquel barrio. Me ponía los pelos de punta escuchar tanto gorrión y ver todos los setos tan perfectamente podados en las perfectas casas de un barrio perfecto. No era mi ambiente. Ni siquiera guardaba mis novelas en orden. Tomé un tranvía que me dejó en el centro de la ciudad y cogí otro en dirección al hospital.

Tras veinte minutos de viaje, llegué. Entré por la puerta principal y me dirigí al mostrador de información. Una enfermera con la cofia mal puesta y con veinte kilos de más comía rosquillas impregnadas de azúcar de una fuente de cristal sin ningún pudor de que la viesen.

—¿Qué desea? —preguntó, mostrando la masa que llevaba en la boca. Estuve tentado de decirle que su gesto no era de buena educación y que no le irían mal unas clases sobre higiene personal, pues los sobacos le apestaban a cebolla pasada.

—Busco al señor Juncos. Ingresó ayer.

—A ver…

Mientras la enfermera masticaba con la boca abierta, intenté contener la respiración. Cogió una carpeta cuya portada rezaba «ingresos por fechas» y buscó en su interior.

—Ah, sí, aquí está. ¿Quién es usted?

—Su hijo.

—Bien, está en la 102.

—Gracias.

Colocó la carpeta a un lado y se llevó otra rosquilla a la boca.

—Teresa, ven a comer rosquillas o me las zampo yo todas —dijo mientras yo aprovechaba para salir de allí.

Subí las escaleras hasta una planta más arriba. Llamé a la puerta; una chica de dieciocho o diecinueve años me abrió. Una belleza. Era la primera vez desde que Coraline me había dejado que una chica me llamaba la atención.

—Perdone, señorita, estoy buscando a Juncos.

—Pase, es mi padre.

Juncos parecía un hilo negro en medio de sábanas blancas. Permanecía con la cabeza apoyada en la almohada y miraba hacia la

puerta mientras la que debía ser su señora le sujetaba la mano con fuerza. Tenía las dos piernas vendadas y en alto.

—Iván —dijo sonriendo.

—Pero ¿qué te ha pasado, hombre de Dios? —dije, acercándome a él y sentándome en la única silla que quedaba libre.

—Nosotras nos vamos a tomar algo que nos despeje la cabeza —apuntó la mujer de Juncos—. ¿Os traemos un aperitivo?

—No, muchas gracias, señora —dije—. Juncos negó con la cabeza.

Las dos mujeres nos dejaron a solas. Observé los dos pies que se habían quedado fuera del vendaje blanco. Estaban azules.

—¿Qué te ha pasado?

Carraspeó.

—A mi mujer y a mi hija les he dicho que me caí por las escaleras.

Guardé silencio, invitándole a continuar.

—Me empujaron —confesó—. Alguien quiso colarse en el edificio; yo traté de impedirlo, pero no pude. Me empujó y me rompí las piernas. Mis huesos ya no son los de antes y no pudieron aguantar el golpe.

—¿Quién era?

—No lo sé, apenas pude verle. Creo que era una mujer, pero llevaba abrigo de hombre. Pero tal vez fuera un hombre, sabes que soy algo corto de vista, y los años no ayudan. Volvió a salir del edificio no mucho tiempo después: saltó por encima de mí, cubriéndose la cara con la mano. —Me estremecí al escucharlo—. Por favor, no lo comentes con nadie, Iván; te lo cuento porque te conozco desde hace tiempo y sé que se puede confiar en ti. Me despedirían, y no puedo permitirme ese lujo. ¿Sabes si ha ocurrido algo en el edificio? ¿Le han robado a alguien?

—No te preocupes, yo no he oído nada, y Sandra, que se entera de todo porque se lo cuenta la Plumas, ya sabes, la vecina de al lado, no me ha dicho nada.

Suspiró de una forma que me pareció un lamento.

—Gracias a Dios. Si me quedase sin trabajo, no sé qué sería de mi mujer y de mi hija.

—Si eso ocurriera, yo mismo te buscaría trabajo.

—Eres muy amable —dijo mostrando una leve sonrisa—. ¿Y Sandra? ¿Cómo está? Cuando era niña hablaba más conmigo, ahora apenas me saluda. No es que se lo eche en cara, es solo que me gustaría que tuviese la misma confianza de antes.

—Pues está bien, y algo atontada con un novio que tiene. A mí no me gusta, pero qué le voy a hacer. No puedo prohibir que se vean. Encontrarían la forma.

Rio.

—Eres un buen hermano.

No respondí.

Pasé un par de horas con él y con las dos mujeres que eran su vida, como él se encargó de dejar claro en varias ocasiones. La mujer de Juncos, Carmela, trabajaba en una lavandería partiéndose la espalda e ignorando en la medida de lo posible los lumbagos que la dejaban en la misma posición durante un buen rato con un cesto de ropa en la mano, hasta que alguna de sus compañeras se daba cuenta, la ayudaba a sentarse y hacía su trabajo por ella.

—Muchas gracias, si se enterase el dueño…

—A ese montón de estiércol que le den mucho por ahí abajo, ya sabes. Además, se rumorea que es lo que le va, que le den por detrás.

—Oh, por favor, no deberías chismorrear sobre los asuntos privados de cada cual.

—Bueno, ahora ya sabemos por qué está la mitad del tiempo con trastornos intestinales y diarreas.

—No me hagas reír, por Dios, que me duele mucho la espalda.

Ana, la hija, trabajaba de costurera en la calle San Miguel. No se llevaba mal del todo con su jefa, pero le pagaba menos que al resto porque había sido la última en incorporarse, a pesar de ser la que mejor sabía hacer su trabajo y a la que más requerían las clientas de la tienda. Llevaba un año esperando a que la ascendieran, como se le había prometido, pero a la dueña le resultaba más útil cosiendo los bajos de los vestidos que haciéndolos.

Salí del hospital y me fui directo a la librería de Germán. Acababa de cerrar por dentro. Llamé a la puerta y me abrió Sandra.

—¿Qué tal ha ido? —pregunté.

—Muy bien, me gusta echar una mano aquí.

—Ya lo creo que ha ido bien. Esta hermana tuya es una joya; si me la prestaras de vez en cuando un par de horas… No había vendido tanto desde el 22.

—No exageres —dijo sonrojada.

—No exagero, tú misma lo has visto. Y ahora, hablando en serio, ¿cómo verías lo de trabajar aquí? De momento no te podría pagar mucho, pero, si las ventas son como las de hoy, pronto ganarías casi como un ministro. Eso sí, tendrías que trabajar el triple que ellos. ¿Qué me dices, Iván? ¿Te gusta la idea?

Aquel comentario me recordó que cierta vez también me ofreció trabajar en su tienda en vez de hacerlo para Pablo y rechacé la oferta.

—A mí me parece estupendo, pero la última palabra la tiene ella.

Los dos nos quedamos mirándola.

—Te lo agradezco mucho, Germán, de verdad, pero mi novio, Daniel…

—Tiene dinero y cuando te cases con él no tendrás que trabajar —corté, enfadado con su credulidad a esas nulas palabras—. Es mentira, Sandra, nunca se casará contigo. Lo hará con alguien que tenga la misma posición social que él. En todo caso, serás su amante. ¿Es eso lo que quieres?

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo —dijo herida.

—No, eres tú quien no sabe lo que dice. Desde mañana empezarás a trabajar aquí y se acabó.

—No vendré.

—Sí vendrás, o te echaré de casa. —El rostro de Sandra se descompuso—. ¿Qué estás pensando?, ¿irte con él a su casa, verdad? No eres más que un entretenimiento para él.

—Deja de decir tonterías. Nada de lo que dices es cierto. No te atreverás a echarme de casa.

—Tú misma. Andando —terminé señalando la puerta de la entrada.

Salió y me quedé un segundo a solas con Germán.

—Oye, ¿no lo habrás dicho en serio? —me preguntó.

—Cómo voy a decirlo en serio, claro que no. Lo que quiero es que espabile y que no aparezca un día diciendo que está preñada de ese malnacido.

—Es una chica lista, no creo que tengas de qué preocuparte.

—Más vale.

Como era de esperar, durante el camino de vuelta no cruzamos palabra alguna, no por el incidente del día anterior, sino por haber hablado de ese novio suyo que tan ciega la tenía. Caminó hasta casa dos pasos delante de mí y subió las escaleras de la misma forma. Una vez que llegamos al rellano, no le quedó otro remedio que esperar a que yo abriese la puerta. Metí la llave en la cerradura, la

giré y abrí. Esperé a que entrase ella primero. La vi dirigirse a su cuarto con las lágrimas escapando de sus ojos.

—¿Qué te pasa ahora? —pregunté. Empezaba a cansarme de estar siempre igual.

—Que estoy harta de ti —se volvió hacia mí y me gritó con rabia —: ¡Estoy harta de que siempre critiques lo que hago o con quién salgo! Me tratas igual que a una cría, pero ¿sabes una cosa?: ¡no soy tu hija, y nunca lo he sido! Ojalá nuestros padres siguieran vivos y así no tendrías que estar todo el día criticando lo que hago. ¡Ojalá no viviese contigo!

Aquello me dolió. Respiré hondo antes de contestar. Si no lo hubiese hecho, la habría abofeteado.

—Eres una niña, aunque te empeñes en decir que no. Nuestros padres no querían nada ni a nadie, y eso nos incluye a los dos. Yo fui el primer accidente de sus vidas, y tú, el segundo. Eras demasiado pequeña para acordarte, pero yo sí lo recuerdo. No nos querían, ni a ti ni a mí, y si crees que hubieras llevado una vida mejor con ellos que conmigo, estás equivocada de medio a medio. Y, por otro lado, ese tipo solo quiere aprovechase de ti. ¿Es eso lo que te ha prometido, una vida sin trabajar? ¿Y tú lo crees? Para él no eres más que un entretenimiento, una chica con la que pasar el rato mientras sus padres planean un casamiento con otra chica que se supone de buena posición social. Tú no encajas en sus planes. Se reirá de ti, te tratará como basura, como si fueses su puta, y acabarás a los cuarenta años sin oficio ni beneficio. Mañana comenzarás a trabajar con Germán, sin protestar. Seguirás aquí, bajo mi tutela, hasta que tengas edad de saber lo que te conviene, y sabes que todavía queda un tiempo para que llegue ese momento. Después, podrás tirar tu vida por la ventana si así lo deseas, y será

bajo tu conciencia. No podré hacer nada contra eso, pero no seré yo quien te empuje a hacerlo.

Las lágrimas le resbalaron por el rostro, que cambió su color natural por el rojo, al tiempo que apretaba los puños con fuerza.

—Que a ti te abandonara Coraline no significa que a mí me tenga que pasar lo mismo. Yo no soy tú. Sé elegir, y ¿sabes?, si tratabas a Coraline igual que a mí, no me extraña que se marchase y te dejase tirado. No vales nada, solo piensas en ti.

Sentía que me acababa de apuñalar en el centro del estómago.

—¿Solo pienso en mí? Me habría resultado todo mucho más fácil si te hubiera dejado en el orfanato y hubiera comenzado a vivir la vida como me apetecía, pero no lo hice. Cuando tuve edad suficiente, luché por tu tutoría, porque crecieras junto a alguien que actuara de la manera más parecida a un padre, para que no tuvieras que compartir habitación con chicas piojosas y comer todos los días lo mismo. Puedes llamarme lo que quieras, pero sabes que no soy un egoísta.

—Pues ojalá me hubieras dejado allí. Me las habría apañado —dijo, intentando mantener la compostura.

—Sí, claro, trabajando en un burdel.

—¿Eso crees? ¿Que solo sirvo para trabajar en un burdel?

—No he dicho eso, y lo sabes.

—Te odio. Te odio con todas mis fuerzas. Ojalá no regreses nunca de Graus.

Dio media vuelta y se encerró en su cuarto. La escuché llorar. No sabía si por saber que era cierto lo que le acababa de decir o por lo contrario, porque estaba convencida de sus propias palabras. Aun así, estaba enfadado con ella, no tenía derecho a decirme lo que me había dicho. Entré en la cocina y rebusqué en los armarios. Necesitaba encontrar algo de comida con la que entretenerme para

no comenzar a recrear una y otra vez sus palabras en mi mente. En una palangana encontré chorizo, morcilla y panceta, huevos y pan envuelto en otro paño ligeramente humedecido. En el capazo de la compra, bajo el fregadero, había patatas, cebollas y zanahorias. Puse un poco de mantequilla a calentar y empecé a picar el resto de los ingredientes. Cuando comenzó a chisporrotear, metí todo dentro y tapé la sartén. Esperé a que Sandra saliera de su cuarto para comer. No lo hizo. Comí solo. Un rato después cogí el manuscrito y salí en dirección a la editorial. Lo metí en el buzón y regresé a casa. Fui a la cocina para comprobar si Sandra había salido a comer algo. Nada. Fui a su cuarto y abrí la puerta.

—Sal —dijo.

—Solo quería ver si estabas en casa.

—¿Y dónde voy a ir? —dijo de nuevo con rabia.

—No sé, a casa de tu novio. ¿No tenías tantas ganas de irte con él? Pues no sé a qué estás esperando. Vamos, ve a su casa y dile que te has ido de aquí porque no soportas a tu tutor, a ver qué te dice. Igual hasta te regala un diamante.

Cerré de un portazo. Sandra seguía con lo suyo. Yo también. Me había hecho daño recordándome a Coraline. Ella sabía mejor que nadie que se había marchado sin más de un día para otro. Había sido mezquina y retorcida. Me senté en la salita de estar con Abi a mi lado y me pasé toda la tarde leyendo viejas novelas que habían dado algo de luz a mi infancia y escuchando seriales en la radio. Esperaba verla salir de su cuarto, pero no lo hizo ni para ir al baño. Si hubiera tenido razón, habría sido un modelo de perseverancia. A la hora de cenar me serví otro plato con lo que había sobrado. Después de recoger la cocina, sin dejarle nada preparado, como solía hacer, me senté frente a la máquina de escribir, café y cigarrillo en mano. Releí las últimas páginas de la nueva entrega y decidí que

era hora de incluir un nuevo personaje en la monótona vida del inspector Santiago Santos Ramos. Se me ocurrió que podía conocer a una amiga. De esa forma, la historia se animaría y tal vez consiguiera un puñado de lectores más.

A las cuatro de la mañana, el tictac del reloj que tenía sobre el escritorio dejó de sonar. Le di cuerda y pensé que por ese día ya había escrito suficiente. Guardé las hojas en el cajón y me fui a dormir. Caí en un profundo sueño.

12

El despertador sonó a las nueve en punto de la mañana. Cuando abría la puerta de mi cuarto solía oler a café. Aquella vez, no. Me fui directo al baño y me lavé la cara con agua fría para despejarme. Al pasar frente a la habitación de Sandra, dudé, no sabía si llamar o no. Finalmente, entré sin hacerlo. Su cama estaba hecha y la ventana abierta para ventilar. Cuando la cerré, Abi saltó corriendo sobre su cama y se quedó acurrucado. Supuse que Sandra se habría marchado a la librería. Preparé café y pasé un par de rebanadas de pan por la sartén para que se tostaran, las engullí y me dispuse a preparar la maleta con lo estrictamente indispensable. Metí calcetines, el par de jerséis que tenía y tres calzoncillos de lana gorda que Germán le había comprado a un vendedor ambulante hacía tiempo y que todavía no había estrenado.

—Si algún día vas donde haga frío, mejor tener los cataplines abrigados para que no se congelen y se caigan al suelo —me había dicho cuando me los dio.

Nunca pensé que habría de llegar a usarlos. Metí el albornoz también, por si me hacía falta. Cogí el billete de tren. Antes de salir me aseguré de dejar todas las ventanas bien cerradas y comida y agua para Abi. Cuando me dirigí a la puerta para marcharme, alguien llamó con los nudillos. No esperaba a nadie, y mucho me temía que fuera algún repartidor de biblias a domicilio. Abrí. Era la última persona a la que pensaba encontrarme.

—Veo que llego justo a tiempo —se presentó Coraline.

Estaba igual de guapa que siempre, con el pelo castaño y rizado, y aquellos ojos verdes que me hacían daño solo con mirarlos.

—¿Qué quieres? —pregunté lo más fríamente que pude.

—Me han dicho que te marchas a Graus.

—Sí, ¿quién te lo ha dicho?

—Eso es lo de menos.

Entró y cerró la puerta. Se quedó apoyada en ella. Silencio.

—¿Qué quieres? Tengo que irme.

Tomó aire lentamente.

—Solo quería ver cómo te encuentras.

—¿Qué tal con Guillermo? Al menos podrías haberme dicho que me dejabas por él.

Negó con la cabeza.

—No te dejé por él. Te dejé porque dejé de sentir lo que sentía por ti.

—Sí, o lo que sentías por mi escaso bolsillo. ¿Pensabas que iba a tener más fondo?

Ignoró la pregunta.

—¿Cómo sabes que estoy con él?

—¿No lo sabes? Yo mismo os organicé un encuentro. Cortesía de Guillermo para ti.

—No te entiendo.

—Ni falta que hace. Fuera de mi casa.

La eché a un lado y abrí la puerta.

—Oye, quería que supieses que aunque no estemos juntos…

—¿Puedo contar contigo? Ya conozco el discurso. No quiero nada tuyo. No tienes nada que necesite. Fuera de mi casa, no vuelvas a venir, ¿te queda claro?

La empujé fuera, salí y cerré con llave. La dejé allí, en el rellano, sin darle opción a replicar. Si hubiera estado un minuto más frente a

ella, no habría podido reprimir las lágrimas. Todavía me dolía verla.

Bajé las escaleras y tomé el tranvía camino a la estación. A las diez y media compartía banco frente a las vías con una madre y un niño que no dejaban de discutir. Las manecillas parecían ir hacia atrás en la esfera del reloj. Dos mujeres, aparentemente una madre y su hija, llegaron a la estación y se sentaron a mi lado. Esperé un par de minutos y me acerqué a un puesto de periódicos que había en la estación. Compré uno y comencé a ojearlo. Doblé el periódico y lo guardé en el bolsillo externo de la maleta. Para sorpresa de todos, el tren llegaba con tiempo de sobra y tuvimos tiempo de acomodarnos antes de que comenzara a traquetear. La madre y la hija que habían subido minutos antes que yo se sentaron en los asientos de enfrente y continuaron su parloteo. El tren arrancó con un fuerte tirón. Retomé el periódico, volví a echar una ojeada al resto de las noticias y contemplé el paisaje y las casas que se veían a lo lejos. Poco después me quedé dormido.

Tuve un sueño calmado, lleno de parajes blancos. Tal vez el traqueteo del tren me hiciese pensar que me estaban meciendo. Sentí como una mano se apoyaba en mi brazo y trataba de despertarme. Abrí los ojos lentamente y vi a la chica que había estado sentada delante de mí, sonriéndome.

—Disculpe que lo despierte, pero se está resbalando del asiento y acabará cayendo al suelo.

Tenía razón. Me incorporé y me senté.

—Gracias por avisarme.

—Faltaría más.

—Oh, ya se ha despertado el caballero —dijo la madre, haciendo su aparición como en una de las películas que proyectaban en los cines.

—Bueno, lo he despertado yo —respondió la hija, mientras su madre se sentaba a su lado.

—Ha tenido la amabilidad de evitar que me cayese de culo al suelo del vagón.

Ambas sonrieron.

—Me llamo Iván Sebastián —me presenté alargando la mano hacia ellas.

—Yo me llamo Mónica.

—Y yo Ignacia.

—¿Se marcha muy lejos? —preguntó Mónica.

—Hija, no es de buena educación…

—No importa —corté—, en realidad se agradece la conversación. Voy camino de Graus. Regresaré en unos días a Zaragoza.

—Nosotras vamos un poco más abajo. A Barbastro, a ver a mi padre.

Su padre había luchado en la guerra en contra de la voluntad de su señora y había quedado lisiado de una pierna y de un brazo. Un tiro en la cabeza le había dejado más en el otro barrio que en este, pero la muerte se había batido en retirada en el último momento. Había permitido que siguiera viviendo como un despojo de la humanidad, en Barbastro, en una especie de hospital donde todos los pacientes vivían su misma situación a la espera de que Dios o el diablo se dejase caer por allí y les evitara el sufrimiento. Después de compartir con ellas una agradable conversación, uno de los ferroviarios anunció la entrada a Barbastro. Madre e hija bajaron del tren y nos despedimos. Traté de no quedarme dormido. Quedaba poco recorrido hasta Graus y si me pasaba la parada tardaría un día más en llegar a casa, además de tener que pagar otro billete. Biel todavía no me había pagado las tres últimas novelas y empezaba a andar escaso de fondos. En Barbastro se subieron un par de monjas

y un cura que escogieron mi vagón. Se me revolvió el estómago solo de verlos.

—Vaya con Dios —saludaron los tres.

—Igualmente —respondí. Intenté evitar que una náusea alcanzara mi garganta. Aguanté un par de minutos y me fui con la maleta directo al vagón restaurante. No quedaba mucho para llegar a Graus, pero me daba tiempo a comer algo antes de bajar del tren. Me senté en una de las mesas clavadas al suelo y leí la carta. Poco después se acercó un camarero con una libreta en la mano. Era joven y tenía el semblante lleno de granos. Le pedí un menú que consistía en patatas con costilla de primero y calamares rebozados de segundo, además de agua y pan. Me lo sirvió y comí con algo de prisa. Estaba realmente bueno. Pagué la cuenta y apenas tuve que esperar diez minutos para abandonar el tren. Si la estación de Zaragoza no era precisamente una maravilla, la de Graus no pasaba de ser un mostrador. No tenía siquiera apeadero. Ayudé a bajar a una anciana medio ciega y observé el pueblo a unos quinientos metros. Había carros con mulas esperando a los viajeros. Con la maleta en la mano, seguí el camino que habían cogido las carretas. Al salir de Zaragoza había sol, pero en Graus el día estaba nublado y gris y soplaba un ligero viento del norte. Todo apuntaba a que llovería. El paseo hasta el pueblo fue corto. Pude comprobar que las ovejas habían pasado no hacía mucho por ese camino. Llegué al pueblo, me metí por la que parecía ser la calle principal y llegué a la plaza central. Día de mercado. Los comerciantes habían puesto sus tenderetes de carne, pescado, telas y cerámicas en el centro de la plaza, junto al ayuntamiento. El pueblo no era muy grande, lo que me hizo pensar que todos los habitantes se conocían entre sí y que no me resultaría muy difícil que alguien me indicase la dirección de la granja de los Rosas. Los niños corrían por la plaza bien abrigados,

y sus madres compraban en los puestos y jugaban al gua y con peonzas desgastadas de girar generación tras generación. Me sentía fuera de lugar. Observé el cielo y me percaté de que la mayoría de las chimeneas estaban encendidas. Parecía el dibujo de un cuento de navidad. Pensé que me habría gustado quedarme allí para siempre. Subiendo un tramo más por la calle, alejándome de la plaza, leí un cartel en el que se anunciaba un establecimiento: «Cafetería. Zapatería».

Dos en uno, pensé.

El edificio era de piedra, y la puerta y la ventana, de madera. Me asomé y vi a la gente del pueblo jugando a las cartas. Entré. Como era de esperar al ver a un forastero, todos quedaron en silencio y me observaron.

—Buenas tardes. —Algunos hasta se dignaron en responder.

Me acerqué a la barra y pedí un café. El hombre que había tras ella, que debía ser el dueño del establecimiento, me lo sirvió y se retiró a llenar copas de vino. Poco a poco dejaron de mirarme y volvieron a sus ocupaciones. Me sentía ligeramente acorralado y decidí no preguntar por la granja.

—El mundo está a punto de acabarse —gritó alguien al fondo del bar.

Todos, incluido yo, dirigimos la mirada hacia él. Era un hombre mayor que leía el periódico.

—No hay más que desgracias y males. No sé por qué existe la raza humana.

Todos rieron.

—Tienes suerte de que el padre Miguel no esté en el bar. Te echaría uno de sus sermones, y nosotros también tendríamos que tragárnoslo.

—Bah, pamplinas y pamplinas. Ese no es más que un charlatán que ha levantado más faldas en cincuenta kilómetros a la redonda que todos nosotros juntos. Para que ahora vaya de predicador… Un estafador, eso es lo que es, un estafador y un mentiroso de los más grandes que existen bajo la capa del cielo.

—¿Por qué hablas así de tu hijo? —preguntó alguien que no distaba mucho de su asiento.

—¿Y qué pasa si es mi hijo? Es lo que es.

—Viejo loco —escuché una voz a mi lado.

Un hombre al que no había visto hasta entonces esperaba a que el camarero lo atendiera.

—¿Lo de siempre? —preguntó sin acercarse.

—Sí, lo de siempre. Y un antiparásitos. Las ovejas vuelven a tener pulgas y estoy lleno de ronchas.

El camarero lo miró de reojo, de arriba abajo.

—Pues no pases mucho tiempo aquí dentro, no tengo ganas de que se me infeste el local de bichos como en el cuarenta y uno, que no pisó nadie el café en dos meses porque a los dos minutos salían llenos de picaduras.

—Eso solo pasó una vez. Anda, ponme ya las migas y el vino.

—Ya voy.

El dueño se metió tras la portezuela que conducía a la cocina, y el pastor se quedó a mi lado leyendo el periódico local. El paso del tiempo marcaba su rostro, lleno de arrugas y manchas del sol. Tenía pelo abundante y canoso. Se dio cuenta de que lo estaba radiografiando y, sin levantar los ojos del periódico, habló.

—¿Te pasa algo?

—No, señor —dije, volviendo a fijar los ojos en el café.

—¿No será que te gustan los viejos?

—No —dije casi gritando.

—Humm, mejor. ¿Qué haces aquí? ¿Has venido a ver a alguien o estás de paso?

Pensé que esa era mi oportunidad para recabar algo de información acerca de la granja.

—En realidad, me envían de una agencia inmobiliaria de Zaragoza. Alguien reclama la granja que en su día perteneció a la familia Rosas. La granja de Arturo Rosas. ¿La conoce usted?

Ladeó la cabeza sin dejar de mirar el periódico.

El camarero apareció de pronto con el plato de migas y un vaso de vino que más que rojo parecía negro.

—Los Rosas. Hacía mucho tiempo que ese nombre no sonaba por aquí.

—Entonces sabe de quién hablo.

—En efecto —respondió tranquilo—. Supongo que la granja por la que preguntas es la Cuatro Estaciones. Así la llamaban.

—La misma —improvisé.

—Yo podría llevarle hasta ella.

—Se lo agradecería mucho.

—Si me da algo a cambio, por supuesto.

Lo había visto venir.

—¿Qué quiere?

—¿Qué voy a querer? Lo que todo el mundo. Dinero. ¿De qué inmobiliaria le mandan? ¿Se han metido en algún lío? ¿Dónde viven ahora? —No respondí—. No pareces un chico muy espabilado para trabajar en el negocio inmobiliario.

—Bueno, yo solo trabajo de correveidile.

Lanzó un bufido al aire mientras se metía una cucharada de migas aceitosas en la boca.

—No me extraña. ¿Qué asunto te ha traído aquí?

—Ya se lo he dicho, alguien reclama esa granja y vengo a comprobar el estado en que se encuentra.

—Bueno, la granja está en buen estado. Solo hace falta que limpien el polvo y quiten las telarañas de la casa.

—Aun así, y no es que desconfíe de su palabra, preferiría que me la enseñase.

—Claro. ¿Cuánto dinero llevas encima?

Además de pagarle una cantidad astronómica por mostrarme el camino a la granja, me vi obligado a esperar a que se comiera las migas, se bebiera media botella más de vino y echara cinco partidas al guiñote. Sus compinches de juego lo pasaban en grande mientras hacían esperar a un tonto al que alguien había enviado a comprobar el estado de una granja que seguramente tendría más años que el nombre del pueblo. Unas tres horas después, me entró hambre y pedí la carta. Elegí sopa de ajo con alcachofas.

—Buena elección para calentar el cuerpo. Además, esta noche nevará —dijo el camarero.

Me sirvió el plato. El pastor y sus amigos estallaron en carcajadas a mis espaldas.

—Voy a tener que decirle a tu mujer que no te dé más judías para comer, ¡qué olor, por Dios santo!

—No exageres, no huele tan mal.

—Eso para ti, que ya estás acostumbrado. Ni mis ovejas apestan de esa manera.

Me tomé la sopa en silencio. Cuando acabé, Vicente se acercó a mí para retirar el plato.

—No te preocupes, esa es la bienvenida que le hacen los veteranos a los forasteros, pero son buena gente.

—No lo dudo —añadí—. Por cierto, ¿hay algún sitio en el pueblo donde pasar la noche?

—Sí, un par de calles más abajo hay una pensión. Se está caliente y cambian las sábanas con cierta frecuencia. Ahí estarás bien.

—Gracias.

—A tu servicio.

Suspiré para mí mismo y miré el reloj. A esas horas, Sandra debía estar en la librería ayudando a Germán, o más le valía estar allí.

—Bueno —dijo el pastor, golpeándome con fuerza la espalda—. Ya he ganado conejos como para pasar un mes tomando caldo. Hala, arreando, que es gerundio.

Me di la vuelta y vi que llevaba al menos siete conejos con el cráneo aplastado, atados con una liza colgándole del hombro. Salió del café y comencé a caminar tras él. El cielo seguía oscuro y espeso, pero no llovía ni nevaba.

—Buff, esta noche va a caer una buena. Más vale que nos demos prisa, hay que volver temprano.

No quedaba nadie en las calles y el mercado había desaparecido de la plaza. Caminamos diez minutos aproximadamente y nos detuvimos frente a una casa. Sacó una enorme llave del bolsillo de su pantalón y abrió. Se veía luz en una de las habitaciones. Entramos y vimos a su señora haciendo un bordado sobre lo que parecía una almohada.

—Mujer, traigo conejos.

—Déjalos sobre el fregadero. Ya los limpiaré después.

Ni siquiera se molestó en mirarme.

—Me marcho a la granja. Regresaré antes de que se haga de noche.

—¿Para qué vas a ir ahora a ver a las ovejas? ¿Te has olvidado de cerrar la puerta del corral otra vez?

—No, mujer, no.

Seguimos rectos por el pasillo de la casa, que se encontraba sumida en la penumbra. Tenía las ventanas atrancadas y unas estrechas escaleras que ascendían a la planta superior. Abrió la puerta trasera y llegamos a los corrales, donde habitaban, entre herramientas oxidadas y remolques viejos, media docena de gatos y un par de perros labradores. Fue directo a las cuadras y sacó un caballo marrón oscuro que necesitaba un cepillado urgente.

—¿Te vas a quedar ahí mirando o me vas a ayudar?

Con el dinero que me había sacado, debería haberlo hecho él solo. Cuando me acerqué al animal, me pareció ver un puñado de pulgas saltando sobre su cuerpo. Me di cuenta de que estaba sentenciado a acabar acribillado a picotazos. Le ayudé a poner las riendas al caballo y atarlo a un pequeño remolque con espacio para dos personas. Me ordenó que esperara mientras entraba en la casa. Poco después, salió con un par de mantas y una tinaja pequeña de agua.

—Nos harán falta para el camino, por si empieza a nevar. Deja la tinaja en el hueco, bajo el asiento.

Obedecí. Me ordenó de nuevo que me apartase, dio un tirón del caballo y lo dirigió a la calle por una puerta falsa pintada años atrás de un color verde oscuro. Salí tras el remolque e hizo parar al caballo.

—Vamos, sube al carro.

Subí mientras él cerraba la puerta de los corrales y esperé a que se sentara a mi lado. Puso en movimiento al caballo para comenzar el camino hasta la granja de los Rosas. El trayecto que seguimos estaba cubierto de nieve, lo que hacía pensar que apenas nadie iba por él.

—¿Está muy alejada?

—No mucho; en un día normal de sol se puede ir dando un paseo, pero en unas horas nevará, por eso es mejor ir en carreta, se avanza más deprisa.

Asentí. Guardamos silencio durante unos minutos. Después, aquel hombre de barba mal afeitada y envejecido por su trabajo comenzó a hablar.

—La vida aquí es más difícil de lo que se podría pensar, ¿sabes? Hay mucho listo en las ciudades que piensa que la vida en un pueblo pequeño está llena de buenos momentos y de buenos vecinos. Tonterías. —No sabía si lo estaba diciendo por mí—. No sabes la cantidad de veces que se ha levantado de pronto una ventisca y he salido de la cama en plena noche para asegurar a las ovejas. He tenido que subir al carro como he podido, con el bigote congelado cayéndoseme a trozos. Y eso cuando no te aparece un ciervo por el camino y las pasas putas intentando que no te vea o no te ataque después de verte. Son muy bonitos en los cuentos, pero en la vida real encontrarte con uno de esos hijos de puta te puede costar la vida. Y ya ni te cuento si te cruzas con un oso. Bah, lo que daría yo por vivir en la ciudad. En un piso, sin tener que cuidar de un montón de animales que crían pulgas hasta en invierno. La de picotazos que han tenido que aguantar mis hijos de críos. Menos mal que se marcharon a Huesca. Allí sí que tienen un buen porvenir, y no aquí, en un pueblucho de mala muerte con más caballos y vacas que habitantes.

—No puede ser tan mala la vida aquí —me aventuré a decir.

Me miró, sorprendido por mi respuesta.

—Tú qué sabrás. Apenas llevas aquí unas horas. Pero, claro, en cuanto termines de hacer tu trabajo, volverás a tu casa en Zaragoza. Todo bien recogidico en armarios nuevos y sin carcoma. Con una casa de ladrillos y no de madera. Con un sistema eléctrico que no

falle cada dos por tres, y con teléfono, como tienen mis hijos en Huesca. Aquí ni eso ha llegado.

—Si tan mala le parece la vida en el pueblo, ¿por qué no se marcha a Huesca con sus hijos?

—¿Yo? No, ellos ya tienen su vida hecha allí. Mi hijo mayor se casó hace cinco años con una mujer de la ciudad y viven en un piso que les prestaron los padres de ella. Vive como un marqués. Trabaja de dependiente en una ferretería. No anda todo el día lleno de picaduras ni oliendo a animal, cuando no a mierda pura y dura. Al regresar a casa, le espera su mujer con la cena preparada. Eso es vida, no la mía, y mi señora, que está medio ciega, no se atreve a guisar por no prenderle fuego a la casa. Y está medio ciega de tanto bordar y bordar. Solo tiene ojos para eso.

No dije nada, pero se me hacía bastante extraño que una mujer medio ciega pudiese bordar.

—Y mi hija se ha casado con el que debe ser familia de algún terrateniente. Tienen una tienda de comestibles. La más famosa de toda Huesca. Cuando puede, me envía mermeladas de frutas que no sabía ni que existían. Trabaja con su marido en la tienda, y cuando cierran, se van los dos a un pisito que tienen en la parte de arriba del local. Sí, señor, ya me gustaría a mí tener la granja al lado de casa para encerrar a las ovejas y no tener que venir hasta aquí todos los días. Nada…, es incomparable.

Me estaba hartando.

—Yo he vivido siempre en la ciudad —dije mirando al frente.

—Y que ni se le ocurra dejarlo.

—Mis padres murieron cuando yo tenía diez años. No nos querían ni a mí ni a mi hermana. Mi padre solía decirme que no le servía para nada más que para darle disgustos y ocasionarle gastos que no podía pagar. Yo pensaba que eso era lo normal en unos padres.

Después de que muriesen, me metieron en un orfanato con mi hermana. No era un hotel, pero me di cuenta de que el padre que nos cuidaba y las monjas se portaban mejor con nosotros dos que mis propios padres. Después aparecieron dos tíos que ni sabía que existían. Se enteraron de que el Gobierno les entregaría una paga por mantenernos si no nos ponían a trabajar, pero, claro, esa parte la olvidaron. A mi hermana la obligaban a coser durante todo el día, y a mí, a pelar patatas, hora tras hora, para el dueño del café de abajo. Cuando me casé, conseguí la tutoría de mi hermana y me pareció que todo empezaba a ir bien, pero no era cierto: mi mujer me abandonó por mi mejor amigo. Ninguno de los dos tuvo a bien decírmelo a la cara. Mi hermana no me hace el menor caso y cree que es la reina del mundo porque tiene un novio con dinero que le dará la patada cuando menos se lo espere. Yo tendré que ir tras ella recogiendo los pedazos, si es que me deja acercarme, ya que cree, porque no recuerda la realidad, que si nuestros padres estuvieran vivos, le iría mucho mejor. ¿También pasan esas cosas en este pueblucho? Aunque supongo que la línea telefónica lo compensa todo.

Ante mi historia, no tuvo nada que decir.

—No, aquí no suelen pasar esas cosas. Cuando te casas es para siempre, sobre todo si la parienta se quedó preñada antes de la boda. Recuerdo cuando la pequeña Isabelita se quedó sin su madre en el parto y su padre murió aplastado por una mula no mucho después. Su abuela, y más tarde una tía suya, se ocuparon de ella. La criaron con sus primos. Ahora ayuda en la panadería de la familia, y en un mes se casará.

—Pues ya sabe que no todo es tan perfecto en una ciudad. Cuando te quedas huérfano, si alguien se ofrece a cuidarte, no es

porque se quiera hacer cargo de ti precisamente, sabes que siempre lo hará por dinero.

—Lo siento, chico, nunca lo habría imaginado.

—Pues no hable tanto, aunque, de todas formas, no importa, ahora ya da igual todo.

Guardamos un largo silencio. Las nubes negras no tardaron mucho más tiempo en descargar los copos que guardaban. Durante el trayecto, sin mediar palabra, tuve tiempo de reflexionar sobre mis propias palabras. Nunca lo había hecho de aquella manera, y a mí mismo me asustaba todo lo que había dicho. Me sentí más hundido que nunca. Sandra aguantaría conmigo lo necesario y entonces se marcharía para irse con su novio, Coraline me había abandonado, Juan se estaba muriendo y Germán cada vez estaba más anciano. Me sentía solo, inmensamente solo. Intenté plantearme cómo hubiese sido mi vida si en lugar de haberme plantado aquel día frente a la librería de Germán me hubiese ido directo a casa. Tal vez todo, o gran parte de ese todo habría sido diferente. Quizá nunca hubiese sido escritor. Tal vez estuviera trabajando en alguna fábrica y hubiese conocido a una mujer que no me habría dejado. Pero aquel día, hacía ya tantos años, me había parado frente a un escaparate repleto de libros y una de las mejores personas que había conocido en mi vida me dejó, además de leerlos, disfrutar de una taza de cacao. Aquella era mi vida y no podía cambiarla por otra. Intenté alejar esos pensamientos de mi mente y centrarme en lo que había ido a hacer a aquel lugar que tanto odiaba el pastor. Entonces me di cuenta de que ni siquiera sabía su nombre.

—¿Cómo se llama?

Me miró extrañado.

—No le he preguntado su nombre, en la ciudad también aprendemos a olvidarnos de las maneras.

—José María. ¿Y tú?

—Iván.

—Encantado, Iván.

—Igualmente.

Detuvo el caballo.

—Bueno, ahora hay que seguir a pie.

Comenzamos a caminar por un sendero que parecía no ir a parar a ningún sitio, pero no dije nada. En un momento dado, mientras dejaba de sentir los dedos de las manos, dijo que conocía un atajo en medio del bosque.

—Cuando vengo con las ovejas no puedo coger este sendero, pero ahora podemos aprovechar.

—Si sirve para llegar antes, mejor.

—¿No sabes lo que significa la palabra *atajo*?

Preferí no contestar. Si aquel hombre se enfadaba y me dejaba solo en el bosque, podía darme por muerto, aunque dudo que mucha gente me echase de menos. Salimos a un claro y desde lo alto vimos un par de granjas: un poco más adelante en el camino, una frente a la otra, a unos cincuenta o sesenta metros de distancia.

—La de la izquierda es mi granja; bueno, lo fue un día, ahora simplemente es un corral. La de la derecha es la que buscas. Está todo cubierto de nieve; cuanto más te acercas a la montaña, más nieve hay, y el pueblo entero amanecerá mañana nevado. ¿Ves esas nubes tan oscuras? —dijo señalando al cielo—. Van camino del pueblo. Tenemos un par de horas para volver, dos y media apurando mucho, así que da tiempo de sobra para que revises la granja.

—Bien.

Nos pusimos en marcha de nuevo y no tardamos en llegar. La granja de los Rosas era bastante grande. Tenía varios corrales cercados en la parte de atrás y todavía conservaba los abrevaderos.

—¿Dice que antes esa granja era suya? —Señalé la de la izquierda.

—Sí, hasta hace cosa de cinco años, que murió todo el ganado que tenía y tuve que empezar a pastorear, a cuidar ovejas que no son mías. No he conseguido volver a mi oficio, pero, bueno, las ovejas dan para comer. No puedo quejarme. Además, ni mi mujer ni yo somos dos jovenzuelos para vivir aquí arriba; mejor hacerlo allá, con el resto de los vecinos del pueblo.

—¿Entonces conoció a los Rosas?

—Sí, ya lo creo que los conocía.

—¿Y cree usted que podría contarme algo sobre ellos?

Me miró extrañado, con el ceño fruncido. Me recordó a un lobo cuando acecha a su presa.

—¿Se puede saber para qué quieres tú saber nada de ellos? ¿Qué vela tienes con esa familia?

—Es que soy un cotilla, y usted no tiene nada que perder. Entreténgame con una historia de pueblo profundo.

—Ja, que gracioso eres tú, Iván.

La casa, viéndola de cerca, se mantenía en buenas condiciones si se tenía en cuenta el tiempo que llevaba cerrada. Estaba pintada de rojo, con las ventanas en blanco, y la pintura apenas se había desconchado. Disponía de un bonito porche, igual que toda la casa, de madera y piedras. Los peldaños crujieron ligeramente al recibirnos. Pisamos algún hierbajo que intentaba abrirse paso a través de las rendijas del suelo. El porche se extendía a lo largo de toda la pared frontal. A la derecha habían quedado abandonados, a merced de la intemperie, una mecedora de mimbre medio desecha y un sofá con unas almohadas atadas que por la cantidad de agujeros que tenían parecían ser la madriguera de algún roedor.

—La llave —pidió José.

—¿La llave?

—Claro, la llave de la puerta, ¿cómo vas a ver la casa si no entras?

La llave. No había pensado en la llave. En realidad, ni siquiera había pensado en entrar a la granja, solo quería que me contasen una historia.

Hice como si la buscase en los bolsillos.

—He debido olvidarla en el despacho.

—Ya, y yo soy tonto. ¿Quién eres? ¿Qué has venido a buscar aquí? No me vengas con mentiras ni con hostias, si te dejo aquí solo, no sales con vida de esta ventisca.

Parecía capaz de cumplir su amenaza y de dejarme allí solo, aunque no me asustó. No podía inventarme nada más, así que le conté la verdad.

—Soy amigo de Víctor Rosas, el hijo de los antiguos dueños, y me gustaría saber algo más de su pasado.

—¿Víctor Rosas, dices?

—Así es.

—Eso no puede ser.

—¿Por qué no iba a poder ser?

—Porque Víctor Rosas está muerto. A no ser…

Silencio.

—¿Qué ocurre aquí? —pregunté—. Cuénteme lo que sepa.

Suspiró.

—Está bien, pero bajo la condición de que tú también me contarás lo que sepas sobre los Rosas.

—Por supuesto —tampoco tenía mucho que contar.

Asintió. Se volvió hacia la puerta y sacó del bolsillo de su pantalón una llave antigua. La introdujo en la cerradura y la puerta se abrió. Me quedé observándolo y me devolvió la mirada.

—Más sabe el diablo por viejo que por diablo, amigo Iván.

—Ya.

Entramos. Apenas había luz en el interior de la casa. Vimos un ratón esconderse tras algún agujero en la pared. José, como si conociese la estancia como su propia casa, fue directo a una gran mesa que había en el centro de la cocina, contigua a la sala de estar, encendió una cerilla y prendió un quinqué.

—Bien, ¿quieres echarle un vistazo a la casa?

La planta de abajo tenía en el lado izquierdo una cocina de leña y una gran mesa donde José ya se había acomodado a esperarme. Empezó a cortarse las uñas con una navaja. Al otro lado había una gran chimenea, todavía con restos de leña carbonizada que nadie se había molestado en recoger. Había una estantería al fondo, pegada a la pared, detrás de un gran sofá a rebosar de polvo. Me acerqué. Había al menos una veintena de libros de cuentas. Cogí uno de ellos y lo abrí por una página cualquiera. Habían anotado durante años la compraventa de vacas, tocinos, [1] ovejas, miel, leche, queso, carne y todo tipo de productos de origen animal. Lo dejé en su sitio y me dirigí escaleras arriba a inspeccionar la segunda planta. Observé a José mientras subía. Estaba a punto de quedarse dormido con los pies en alto apoyados en la mesa; la cabeza le caía sobre los hombros. Me fascinó la facilidad que tenía para quedarse dormido, sobre todo con el frío que hacía. La planta superior de la granja daba a un largo pasillo que se extendía a derecha e izquierda. Todo era de madera dorada. En el corredor se veían varias puertas que debían conducir a las habitaciones, todas en el mismo lado. Las contraventanas ajadas dejaban pasar suficiente luz como para no necesitar encender una cerilla. Me dirigí al fondo y comencé a abrir las puertas, una tras otra. Las habitaciones eran prácticamente idénticas, de madera, como el resto de la casa. Había una gran

ventana que daba a la parte trasera y un armario que contenía restos de ropa de mujer, de hombre y de niño. En todas había una jarra para lavarse la cara y un orinal. Había cinco habitaciones en total, lo que me parecía demasiado para una familia de tres miembros. Dejé todas las puertas bien cerradas y regresé con José. Lo encontré intentando encender la chimenea. El humo se había esparcido por toda la planta de abajo.

—Abre las ventanas y la puerta, rápido.

Corrí a hacer lo que me pidió, como cuando tenía diez años y mi tía me hacía ir a por las tijeras para quitarle los callos de los pies, bajo pena de abofetearme si no lo hacía bien.

—Ve a la parte de atrás y trae leña. ¡Venga, señorito de ciudad!

No me di ninguna prisa. Salí de la casa tranquilamente y la rodeé pasando bajo los inmensos abetos que tenía alrededor. Había varias cuadras rodeando el corral de la parte trasera. En medio, una pila para sacar agua. No me costó imaginarlo en sus mejores tiempos. Con vacas acercándose a los abrevaderos, tocinos revolcándose en su propia porquería y cuatro o cinco perros ladrando sin cesar. Vislumbré al fondo una torre de leña seca cubierta con sacos y cogí un par de troncos que pesaban como el demonio. Regresé a la casa y los dejé caer al lado de José.

—Bien —dijo.

Cogió el más pequeño de los dos y lo lanzó a la chimenea. Pronto comenzó a chisporrotear y el lugar comenzó a calentarse lentamente. José se sentó en el sofá y se acomodó.

—¿Suele entrar aquí?

—A veces, en invierno, cuando hace mucho frío, entro a calentarme después de dejar a las ovejas encerradas. Mi granja está inhabitable. Y en verano, cuando hace mucho calor, me meto aquí

hasta que refresca por la noche y regreso a casa. Sí. Suelo entrar, no muy a menudo, pero cuando lo necesito, aprovecho la granja.

—Claro —añadí.

Silencio.

—¿Qué me cuenta de los Rosas?

Sonrió, como si recordase viejos encuentros con la familia de Víctor.

—Los Rosas. Hacía mucho tiempo que nadie los nombraba ni los recordaba. ¿Sabes eso que dicen de que hay quien nace con estrella y quien nace estrellado? Pues los Rosas cumplían con todos los requisitos de estar estrellados. Tras una desgracia les ocurría otra. Pero déjame que empiece por el principio…

* * *

Nací en la granja de enfrente en el invierno de 1885. Mi madre dijo que había sido uno de los inviernos más fríos y con más nieve que recordaba. Como si fuese cosa mía. Recuerdo haber vivido aquí desde que tengo memoria. Solía ayudar a mi padre con las vacas y siempre le preguntaba por la granja de enfrente, por la razón por la que estaba deshabitada.

—Ya lo sabes, te he contado la historia un montón de veces. Por las brujas.

Las brujas. Yo ya conocía la historia, pero me gustaba que me la contase él. Lo había hecho cien veces cuando lo acompañaba, colina arriba o abajo, a los prados para que las vacas pastasen.

Hacía muchos años, vivían tres mujeres en esa granja. Tres hermanas que habían heredado de su madre el don de la hechicería y los sortilegios. Allí hacían rituales con el demonio y volaban sobre escobas las noches de luna llena. Un día, el alcalde, acompañado

por los hombres del pueblo y de las aldeas más cercanas, se pusieron en marcha. Salieron de la plaza del ayuntamiento con antorchas, horcas, perros y cruces hechas de madera y hierro. Fueron a buscarlas como si fuesen de caza, dispuestos a acabar con la vida de un animal. La leyenda contaba que quienes acudieron eran gentes de todas las clases sociales unidas por el miedo al mal. Las encontraron desnudas, bailando alrededor de una caldera que contenía sangre y restos de animales en plena cocción. Las arrinconaron, las ataron y las amordazaron. Las sacaron a la intemperie una fría noche de invierno y las arrastraron hasta el pueblo. En la plaza, las mujeres habían apilado leña y puesto tres mástiles donde arderían para encontrarse con Satán. Bajo la mirada de los niños del pueblo, les untaron la piel con sustancias inflamables. El cura comenzó a rezar por sus almas, a leer la Biblia y a hablar del perdón y de la misericordia del Señor. Todos las vieron arder y escucharon sus gritos de dolor. Así, sus almas serían purificadas y Dios las acogería en su reino, libres de los pecados cometidos…

Aquella fue la versión que mi padre me hizo creer, pero mi abuela y sus conocidas tenían otra. Yo solía acompañar a mi madre a comprar. Cuando me cansaba, me marchaba a casa de mi abuela, donde se reunía con sus dos amigas de siempre. Me contaron que aquellas tres mujeres eran hermanas, que conocían plantas medicinales para sanar el cuerpo y que lo que las había matado era la hipocresía y el fanatismo; que no las encontraron desnudas ni con un caldero en el que ardía sangre, sino metidas en la cama, dispuestas a levantarse al día siguiente con las gotas del rocío para ir a buscar plantas aromáticas; que las habían desnudado, apaleado y quemado y que, desde entonces, cualquier persona que pisara esa casa o se dispusiera a habitarla caería en desgracia, pero no por una

maldición, sino por la horrible tortura a la que las habían sometido. Por ese motivo la casa estuvo tantos años deshabitada, hasta que, cuando yo contaba con treinta y tres vueltas de calendario, aparecieron los Rosas.

Fue una mañana de verano. El sol brillaba en lo alto de la montaña y hacía calor. Yo estaba cambiando la paja de las vacas cuando me pareció escuchar unas voces. Dejé la horca a un lado y salí de los corrales hasta llegar a la parte delantera de la casa y los vi. Era una familia. El padre, la madre y un niño de unos seis meses que la mujer acunaba en sus brazos. No sabía si acercarme o seguir con las faenas de la granja. Arturo decidió por mí, me vio y alzó la mano. Le devolví el saludo sin saber si maldecirle. En ese momento, la mujer se dio la vuelta. Era la criatura más hermosa que jamás había visto. No le pegaba en absoluto estar en un lugar como aquel. Tenía una tez blanca que iba tomando un tono sonrosado en las mejillas. Los ojos azules oscuros eran profundos y grandes, y tenía el pelo del color de la paja, con un ligero tono rojizo. Parecía un ángel caído del cielo. Me sonrió y los dos se acercaron hacia mí al mismo tiempo que yo caminaba hacia ellos. Cuando la tuve a un palmo de distancia me pareció todavía más hermosa.

—Buenos días, me llamo Arturo, y ellos son mi mujer y mi hijo: María Ángeles y Víctor Rosas.

—Yo soy José María.

—¿Vive aquí? —preguntó ella.

—Así es. Con mi señora. Voy a avisarla.

—No se moleste, tenemos mucho que hacer en la granja. También vamos a hacer de ella un hostal.

—¿Un hostal?

—Sí, tiene suficientes habitaciones para arrendar a las gentes que vienen de paso o a trabajar en la montaña. Llegan muchas personas

durante los meses de verano para cortar y apilar leña para el invierno. De esa forma, no tendrán que estar bajando y subiendo al pueblo. Las alquilaremos a un buen precio, claro, y también tendremos animales.

—Es un proyecto muy grande, ¿no les parece? No es que quiera meterme en su vida, pero…

—No te preocupes, y tutéanos, por favor. Sí, es un proyecto grande, pero el ayuntamiento de Huesca nos paga el arriendo y los gastos hasta que lo pongamos en marcha. No quieren que haya edificios abandonados. Creen que puede traer dinero.

—Claro —añadí sin mucha credulidad.

—Hola —dijo de pronto mi señora a mi lado—. Soy Asunción. ¿Vamos a ser vecinos?

—Sí, señora —dijo Arturo.

—Yo soy Ángeles.

—¡Qué preciosidad de niño! Anda, vamos adentro, se está más fresco.

No tenía ningún interés en compartir un refrigerio con los nuevos vecinos, quería salir y terminar mis faenas, pero Asunción me insistió en que compartiese media hora con ellos.

Nos sentamos a la mesa mientras el bebé dormía. Mi mujer fue a la cocina a traer café. No mediamos palabra alguna. Por mi parte, no podía sino mirar de reojo a aquella figura etérea. Parecía, como había escuchado alguna vez en los seriales que daba la radio, una mujer venida de otro mundo. Compartimos un café tras otro mientras nos contaban que venían de la ciudad, de Huesca, que se habían conocido recogiendo fruta en el campo de un terrateniente de la zona y que, después de un verano de miradas y anhelos escondidos en las caballerizas, ella se quedó embarazada y decidieron casarse. Los padres de Arturo no pusieron ningún

problema, pero los de Ángeles, sí. Una chica soltera y embarazada en la familia no era lo que más necesitaban, ni en ese momento ni en ningún otro. La repudiaron y le dijeron que no querían volver a verla. Así pues, esa misma tarde, Arturo fue al ayuntamiento a preguntar por la noticia que había leído en un boletín que habían colgado en la entrada, en el que se hablaba de la repoblación de ciertos lugares para atraer turismo a la zona. Allí le comentaron que muchas granjas habían quedado abandonadas a causa del éxodo de la gente del campo a la ciudad y que se les había ocurrido comenzar a financiar a las familias que quisieran hacerse cargo de algunas de ellas en ciertos lugares donde decían que la inversión podía dar sus frutos. A cambio de un sitio para vivir y ayuda para labrarse un futuro, deberían mantener el lugar en buen estado y ocuparse de los animales.

En ese momento, apareció un ayudante del alcalde. Llevaba una serie de fotografías de algunas granjas. La que más llamó la atención de Arturo fue precisamente la de Graus. Pero si querían adquirirla, deberían, además de aceptar el cuidado de los animales, hacer de ella un hostal donde los turistas, preferiblemente de ciudad y con una cartera abultada, pudiesen pasar una estancia agradable en la montaña y disfrutar de la relajada vida en el campo…

La idea les pareció perfecta. Ángeles tardó tiempo en olvidarse de sus padres y del modo en que la habían tratado, pero como era una mujer fuerte y tenía la cabeza bien puesta, cerró los ojos al pasado y miró hacia delante, imaginándose con su futuro marido y su hijo.

Los papeles para solicitar la recepción de las granjas tardarían seis meses en estar listos. Había un buen puñado de personas interesadas en ellas, pero para la de Graus, al tener que hacer de ella un hostal, solo hubo una. La demora fue lo suficientemente larga como para poder preparar una boda sencilla, con los invitados

justos, y dar a luz tras ocho meses de gestación. Todo parecía encajar. Hacía una semana que les había llegado la notificación del ayuntamiento. En ella se citaba a Arturo Rosas en el despacho del alcalde para la entrega de la granja. Como él, había más de treinta personas en espera. Lo hicieron pasar y le informaron de que, al ser el único solicitante de la propiedad de los Graus, le había sido concedida, pero que habría de saber que esa, precisamente, daría más trabajo que cualquier otra. Sin embargo, el trabajo no importaba. Tenía a su familia y un lugar donde ver pasar el tiempo sin mayor preocupación que el disfrute de las estaciones. Así, despidiéndose de la casa de los padres de Arturo, donde habían vivido los últimos meses, llegaron en tren a Graus una mañana del verano de 1915.

Después de contarnos todo el proceso, desde la concepción de su hijo hasta aquel mismo instante, me excusé para seguir con las vacas; ya me había retrasado bastante. Mi mujer salió a los corrales para decirme que se marchaba al pueblo con ellos. No tardaron en marcharse. Debían comprar comida y recoger del ayuntamiento el equipo de limpieza que les habían enviado desde Huesca. Me quedé solo con mi mente desconcertada. Quería a mi mujer, pero Ángeles era preciosa. Por supuesto, no iba a decirle lo que pensaba, pero sabía que su presencia, tan cercana a la mía, acabaría trayéndome problemas. Dejé a las vacas comiendo paja seca y me adentré en el bosque de abetos. Tenía que despejarme la cabeza y refrescarme, y no había mejor lugar para hacerlo que un riachuelo que acababa en una laguna de agua fría, imposible de encontrar si se desconocía su existencia.

Caminé entre los inmensos árboles mientras imaginaba cómo sería Ángeles desnuda. Primero, mientras pisaba helechos para abrirme camino, me sentí culpable. Más tarde pensé que era lógico

que un hombre joven sintiese atracción por una mujer tan hermosa. Intentando lavar mi conciencia, me dije que no era culpable, que la vida en la granja era demasiado aburrida y pesada como para no fantasear. Dejé la ropa a un lado y me zambullí. Bajo las aguas cristalinas vi a los peces huir de mi presencia. Me quedé allí un buen rato. Cuando el sol estaba en lo alto, pensé que debía volver a casa para comer, pero la idea de regresar y ver otra vez a aquella criatura me detuvo.

Cuando era pequeño, solía acompañar a mi padre a ese mismo lago. Él me enseñó a pescar con un palo de punta afilada. Saqué la navaja del pantalón y cogí una rama del suelo. Salté de piedra en piedra y no tardé mucho en pescar un par de peces. Con hojas secas y ramillas, hice un montón y prendí fuego con una cerilla. Atravesé el pescado con otra rama y lo puse a calentar. Después de aquella comida, me quedé dormido, apoyado en unas piedras que se amoldaban perfectamente a mi espalda. Desperté cuando el sol se había ocultado tras las montañas. Regresé a casa y entré por la puerta de atrás. Estaban los tres en la cocina. Mi mujer lloriqueaba, temiendo que me hubiese pasado algo. Al verme, se lanzó hacia mí con los brazos abiertos.

—¿Dónde has estado? —preguntó Arturo—. Tu mujer estaba muy preocupada.

—Me he despistado —dije a modo de disculpa, mientras intentaba no mirar a Ángeles.

—No vuelvas a hacerlo —dijo Asunción.

—No te preocupes, ha sido un despiste, nada más.

Aquella noche embestí a mi esposa con más deseo del que recordaba haber sentido nunca, pensando en la mujer que dormía enfrente con un niño entre sus brazos.

Al día siguiente, Asunción me dijo que se marchaba a la granja de los Rosas. Había prometido echarles una mano para limpiar y pintar antes de que la inspección pasase para comprobar que cumplían con su parte del trato. Intentando mantenerme ocupado, salí a los corrales. Limpié la cuadra, el establo y el gallinero, recogí los huevos, los lavé y los dejé ordenadamente en el plato donde Asunción los solía poner. Acabé con los animales y me dediqué a limpiar las herramientas, una tras otra, a afilarlas y engrasarlas. A las once de la mañana, me dirigí sin fuerzas en dirección a la granja y llamé a la puerta. Ella me abrió.

—Qué visita tan agradable. Anda, pasa.

Estaban los tres en el piso de abajo, sacando muebles inservibles y barriendo, quitando el polvo y descolgando cuadros que parecían de una atracción de feria de terror. Pensé que tal vez, si la conociera un poco más, me parecería una mujer estúpida y acabaría dejando de verla tan atractiva.

Cogí una escoba y comencé a barrer el montón de polvo y tierra acumulados por el paso de los años. Descubrimos agujeros como puños que habían hecho los roedores. Los tapamos con unos maderos y quitamos telarañas de todos los rincones de la granja. Salían cucarachas de la parte baja de los muebles, incluso en un armario de la cocina había una culebra de agua que Arturo y yo nos encargamos de sacar fuera. Después fuimos a mi granja a cenar y compartir unos cigarrillos. Las mujeres se marcharon a dar un paseo con Víctor en brazos.

—Este sitio es maravilloso —dijo.

Asentí.

—No está mal.

—Todo saldrá bien, estoy convencido. Nos espera la felicidad.

Pensé que era un estúpido por pensar así, más aún por decirlo en voz alta, pero no sería yo quien le quitase las ilusiones. De eso se encargarían los años. Disfruté de la velada y de la compañía de Arturo. Parecía un buen hombre. Tenía ganas de comerse el mundo, o al menos una pequeña parte de él llamado Graus. Y pensé que no estaría mal tener un vecino con el que poder charlar por las noches en lugar de contemplar el cielo un día tras otro. Y respecto a su mujer, simplemente, intentaría evitarla.

* * *

José se quedó callado, pero esperé a que continuase hablando.

—Esa es la historia de los Rosas. De ese modo llegaron a Graus.

—Pues se debe de estar liando, porque Víctor tiene quince años, y según sus cuentas ahora debería tener…

—Treinta y cinco, sí.

—¿Entonces? ¿Se puede saber qué es lo que me ha contado?

—No he terminado.

—Pensaba que sí, como se ha quedado callado.

—Sí, porque tenemos que marcharnos. La tormenta está casi encima. Ha venido rápido, regresaremos al pueblo y terminaré otro día.

—¿No puede terminarla por el camino? Cuanto antes regrese a Zaragoza, mejor.

Rio.

—Joven, no vas a poder salir de aquí antes de una semana. Te lo digo yo. Más te valía haber dejado un recado en tu despacho de un posible retraso.

Salimos de la casa. Hacía mucho viento y los copos de nieve revoloteaban a nuestro alrededor. José cerró la puerta con llave y yo

me apreté el abrigo. Bajamos lo más rápido que pudimos hasta el carro. El caballo tiraba con fuerza para liberarse de su atadura. Un cielo de nubes negras parecía desafiarnos. José hizo girar el carro y dio media vuelta. Subimos y nos abrigamos con las mantas. La nieve cada vez caía con más fuerza y los abetos se zarandeaban de un lado a otro con el viento. José hizo correr al caballo mientras el carro saltaba por encima de las piedras.

—Deberíamos haber salido antes de la granja —dije.

—No me di cuenta de la hora. No te preocupes: con el caballo corriendo así, no será más que un pequeño paseo.

Pero el pequeño paseo duró lo suficiente como para llegar al pueblo con las calles cubiertas de nieve. Entramos a los corrales de la casa de José, bajamos del carro y enrollamos las mantas. Le ayudé a desenganchar el carro y a meter al animal en su cuadra.

—¿Dónde está la pensión? —pregunté. El viento se llevaba mi voz.

—Te acompaño.

Salimos a la calle y caminamos contra el viento, sin tener apenas visibilidad por culpa de los remolinos de nieve. Todas las chimeneas desprendían un humo negro. Las contraventanas de madera estaban atrancadas. Me condujo hasta la puerta de una de las casas y llamó con fuertes golpes. Un hombre abrió. Tenía una barba de varios meses y la misma edad que José. Nos hizo pasar con un gesto. Se estaba caliente en aquel lugar.

—Pero, bueno, ¿de dónde venís? De ti lo entiendo —dijo, mirando a José—, pero este pobre está helado como un pollo que se ha caído a una fuente. Anda, entrad a la salita, el fuego está vivo.

Hasta ese instante, no me había dado cuenta de que me temblaba todo el cuerpo y tenía las manos engarrotadas. Aquel hombre me indicó que me sentase en el sillón, justo delante del

fuego, oferta que no hubiera rechazado por nada del mundo. Me cubrí con una manta que encontré en el brazo del sillón. Me quedé solo durante unos instantes, tiempo suficiente para que los dos hombres regresaran con una bandeja de madera vieja con café caliente. Me ofrecieron una taza y la cogí.

—Me dice aquí el comandante que necesitas quedarte en el pueblo unos días. ¿Cierto?

—Cierto —dije como pude, mientras intentaba que la rigidez de mis dedos no hiciera a la taza caer de mis manos.

—Esta es la única pensión que hay en el pueblo, así que tendrás que quedarte aquí. Te asignaremos una de las habitaciones de la primera planta para que te llegue el calor de la chimenea central. Hay unas buenas mantas en el armario y un baño completo al final del pasillo. Puedes usarlo cuando quieras. Tu habitación tiene vistas a la parte trasera, de modo que podrás ver las montañas a lo lejos. Es la mejor de la casa. El desayuno, la comida y la cena se sirven a las nueve, a las dos y a las ocho y media. Fuera de ese horario, cualquier cosa que quieras comer se te cobrará aparte.

Me estaba quedando dormido frente al fuego.

—Me parece bien.

—Y si no, también; ya te digo que este es el único hostal. Le diré a mi mujer que te traiga la cena.

—Gracias —dije.

El hombre desapareció y me quedé a solas con José.

—Es un buen amigo mío. Se llama Ramón. Y su mujer cocina de maravilla. Aquí estarás bien.

—¿Cuándo terminará la historia?

Sonrió sabiéndose conocedor de una información que yo requería. Parecía estar disfrutando.

—No te preocupes, esta tormenta durará cinco días. La pasamos todos los años. En dos días se derretirá la nieve y podrás marcharte. Tenemos una semana para hablar. Ahora preocúpate de descansar y ten cuidado, no se te vayan a congelar los dedos de los pies.

Se marchó y me quedé a solas, contemplando el hipnótico baile de las llamas. La rigidez de los dedos se había convertido en un hormigueo, y esperaba que ese hormigueo desapareciese lentamente. Me costaba mantener los ojos abiertos. El tictac del reloj de pared no ayudaba a quitarme el sueño de encima y empecé a imaginar la forma en que iba a ocupar mi tiempo durante la siguiente semana. De pronto escuché el ruido de una bandeja chocando contra una mesa. Abrí los ojos y me asomé desde el sillón. Era la mujer del posadero, que, sonriendo, traía la cena.

—Buenas noches.

—Buenas noches —respondí sin fuerzas.

—Ya me ha dicho Ramón que José te ha llevado a ver la granja. Este hombre no aprenderá nunca. Claro, como él está acostumbrado al frío, se piensa que todos lo aguantamos como él. Pero bueno, ya estás aquí, recuperándote. Anda, ven a cenar estas lentejas con chorizo que te quitarán el frío de golpe.

Me levanté, dejé la manta extendida y me senté a la mesa. Olía de maravilla. Mientras engullía una cucharada tras otra, la mujer se fue y regresó con una botella de vino.

—Es de la Rioja, me lo manda una prima de allí. También te irá bien para entrar en calor. Bebe todo lo que quieras mientras te traigo otro plato de lentejas.

Tras el segundo plato, que consistió en pan del pueblo, un queso que apestaba, pero que al paladar estaba delicioso, y tres vasos más de vino, decidí marcharme a dormir. Me acompañó la mujer, que se presentó como Concepción y que, al contrario de lo que anunciaba

su nombre, nunca había tenido hijos. Yo era el único huésped de la pensión y me habían dado, como ya había dicho su marido, la mejor habitación. La estancia tenía las paredes pintadas de blanco. La cama estaba en el centro; tenía la cabecera pegada a la pared y un armario a los pies. Había un orinal bajo la cama que no pensaba usar. La mujer me enseñó las mantas y me dijo que podía deshacer la maleta y guardar la ropa en los cajones. Cuando me dejó solo, aproveché para sentarme en la cama. Estaba realmente cansado y me costaba trabajo el simple hecho de respirar. Saqué las cinco mantas del armario y las extendí sobre la cama. En la habitación hacía calor suficiente, pero las eché de todos modos. Dejé la maleta en el suelo y me metí en la cama. La ventana estaba cerrada a cal y canto y la habitación se quedó completamente a oscuras. Tapado hasta las cejas, pensé en Sandra. En ese instante debía estar durmiendo en casa de Juan. Allí siempre hacía calor. También intenté imaginarla ayudando en el orfanato. Con un pensamiento tras otro, me quedé dormido.

13

Al despertar, me costó un poco hacerme a la idea del lugar en el que me encontraba, hasta que vi la maleta al lado de la cama. Retiré las mantas y me senté sobre el colchón. Era más blando y cálido que el que tenía en casa. Abrí la puerta y comprobé que todo estaba a oscuras, salvo la luz procedente del piso de abajo. Ramón y Concepción hablaban en voz baja en la cocina. Entré en el cuarto de baño y giré el interruptor de la luz. Un pequeño espejo colgaba de la pared sobre un lavabo, que se encontraba en mejores condiciones higiénicas de lo que esperaba. Me mojé la cara y observé que la bañera también estaba más limpia de lo que habría podido imaginar, así que deduje que, o la señora era escrupulosamente limpia, o no tenía demasiados huéspedes. Había una toalla colocada sobre un mueble de madera, pintado de color azul, con mi nombre escrito en una nota.

«Servicio de toallas incluido», pensé.

Abrí el grifo de la ducha y dejé que el agua templada cayera sobre mi cabeza durante un buen rato. Salí y me sequé. Volví a vestirme con la ropa con la que había dormido y limpié el vaho del espejo con la toalla. De regreso a mi cuarto, me dirigí a la ventana y la abrí. El aire helado soplaba fuerte. Corrí el cerrojo de la contraventana izquierda hasta alcanzar la hebilla de hierro. Al hacerlo, escuché como la nieve que se había posado sobre el alféizar durante la noche caía al suelo. Asomé la cabeza y me di cuenta de que si lo deseaba podía salir de un salto. La nieve llegaba hasta la

mitad de la puerta en todas las casas que alcancé a ver. Cerré y me dispuse a deshacer la maleta. No había pensado, en un principio, pasar más que un par de días, tres a lo sumo, pero todo indicaba que me tendría que quedar al menos una semana, como me había dicho el granjero. Guardé la ropa en los cajones y, temiendo volver a quedarme helado, me enfundé uno de los calzones que Germán me había regalado. Bajé las escaleras del pasillo y me dirigí a la sala de estar. Allí Ramón leía un libro, y Concepción cosía un pantalón roto.

—Vaya, nuestro huésped ha resucitado. Menuda diferencia. Anoche estabas tan blanco que si te desmayas en medio de la iglesia, te entierran.

Se me pusieron los pelos de punta al verme enterrado vivo.

—No asustes al joven, hombre. Anda, siéntate, que prepararé café y traeré bizcocho casero.

—Gracias.

Me senté a la mesa. El fuego estaba encendido y la leña rugía.

—Bueno —dijo Ramón—, voy a intentar quitar la nieve de la entrada, o no podremos salir en unos cuantos días.

—Es inútil —dijo Concepción, que regresaba con el bizcocho—. Volverá a nevar en pocas horas. Es mejor salir por la ventana, como hacemos siempre que está así el tiempo.

Se encogió de hombros.

—Tú mandas.

—Sí, claro, ya me gustaría mandar y que me hicieran caso —refunfuñó, de vuelta a la cocina.

El bizcocho olía realmente bien. Mientras degustaba un trozo, pensé que si me tenía que quedar encerrado en la pensión, lo mejor sería dedicarme a escribir la siguiente novela.

—Disculpe, Ramón.

—¿Sí? —dijo mientras el humo de su pipa comenzaba a contaminar el lugar.

—Me preguntaba si tendrían ustedes folios y tinta. Se lo pagaré, por supuesto.

—¿Folios y tinta? —dijo Concepción a mi espalda, con un café que olía deliciosamente—. Sí, claro que tenemos. ¿Para qué lo quieres, para una carta? Siento decirte que no la podrás enviar hasta que la nieve se derrita. Si es para mandarla a Zaragoza, no merece la pena.

—No, es para escribir.

—¿Para escribir qué?

Suspiré. No quería que nadie se enterase de que era escritor, pero si no quería pegarme una semana perdiendo el tiempo, debía hacerlo.

—Mi trabajo consiste en escribir historietas para una editorial, nada importante, y ya que voy a estar aquí una semana como mínimo, pues…

—No puedo creerlo, tenemos un escritor en casa —gritó la señora.

—Bueno, yo no me llamaría escritor.

—Tonterías, no seas modesto. ¿Qué escribes? ¿Con qué editorial? Ya verás cuando se lo cuente a mi sobrina.

—En realidad, no se me permite hablar de ello. Además, trabajo en una inmobiliaria —inventé antes de que corriera a contárselo a José—. Lo de escribir es solo una tontería que me da unas monedas más al mes.

—Pues, si quieres escribir, tengo algo mejor para ti que unas hojas y tinta.

Me pidió que la acompañase mientras Ramón refunfuñaba y atizaba la leña en la salita. Subimos por las estrechas escaleras y llegamos al desván. Concepción sacó una llave del bolsillo de su

delantal y abrió la puerta de un par de empujones. Olía a cerrado y a humedad. Cuando encendió la luz, pude ver un pequeño cuarto parecido al de la casa de Víctor, pero más pequeño. Algunos de los muebles, bajos y pequeños, estaban cubiertos con sábanas viejas y amarillentas. Me condujo hasta el final de la estancia. Sobre una mesa de madera, no muy grande, había una máquina de escribir llena de polvo. Me observó y sonrió.

—Imagino que la tuya será mucho mejor que esta. No sé cómo funcionan estas cosas, pero puede que tú sepas arreglarla. Mi padre era maestro en el pueblo y de vez en cuando la usaba para copiar los libros a quienes no se los podían permitir. Era un buen hombre. Si un padre decidía que su hijo le era más útil en casa o en el campo que en la escuela, lo visitaba, y hasta que no conseguía que permitiera al niño aprender a leer, escribir y las tablas de multiplicar, no cesaba de intentarlo. Si eso tampoco salía bien, enseñaba a los niños por la tarde, en el bar, cuando el padre de turno no se enteraba. La dejó aquí hace ya muchos años. Dijo que ya no la necesitaría, pero no quiso tirarla ni venderla. Puedes usarla mientras estés aquí, pero ya te digo que después de tantos años entre las sombras y el frío, necesitará alguna reparación.

La cogí con todo el cuidado que pude y le di las gracias. Me acompañó a mi dormitorio y me ayudó a desplegar la pequeña mesa que había frente a la ventana. Acercó la silla que había al lado del armario y me dijo que regresaría pronto. Me quedé contemplando aquella antigüedad de más de cien años e intenté imaginarme a su antiguo dueño aporreando las teclas, escribiendo libros e historias que tal vez nunca enseñó a nadie. Concepción regresó con un paño blanco, un producto casero para eliminar el polvo incrustado, una suerte de destornilladores de todos los tamaños, tornillos nuevos de varias clases y aceite de engrasar. Me sonrió de nuevo y apoyó la

mano sobre mi hombro antes de marcharse y dejarme con mi nuevo juguete.

Tomé aire, abrí la ventana y solté la contraventana para que entrase más luz. Corría aire frío, pero no nevaba. A lo lejos, encima de las montañas, comenzaban a formarse nubes negras que no tardarían en llegar al pueblo. Le di la vuelta a la máquina y comencé a quitar tornillos oxidados. Si una cosa había aprendido en la editorial, además de tener paciencia para tratar con gente maleducada, era a desmontar y reparar toda clase de máquinas de escribir. Por fuera podían llevar adornos y tener labrados en oro y platino, como la máquina de un borrego al que Pablo Biel editaba por hacerle un favor a su mujer, pero por dentro eran todas iguales: teclas y tornillos. Temí que las teclas también estuviesen oxidadas, pero eran de buen material y se conservaban bien. Solo había que limpiarlas y engrasarlas. Aquella máquina habría costado una auténtica fortuna en sus tiempos. Limpié de polvo e insectos petrificados una a una todas las piezas; quité el tambor y le sacudí el polvo, hasta sacarle brillo; extraje el carrete de tinta, que se había incrustado y pegado a la cubierta; desenrosqué la cinta y la sumergí en agua; limpié de una sustancia pegajosa el carrete de metal, engrasé todas las teclas y piezas y rebusqué entre la caja de tornillos los que aún podían servir. Una vez que la armé, quedó como nueva. Llamé a Concepción, que subió rápidamente. Me pareció que rompería a llorar de un momento a otro.

—Está igual que cuando él la usaba. ¿Y funciona?

—Necesita tinta.

—Ahora mismo la subo, y folios.

Después de empapar la cinta de tinta fresca, quedó lista para ser usada. Las letras de las teclas de marfil estaban borradas, pero no quise esperar a que se secasen para utilizar la máquina, así que

decidí dibujarlas antes de marcharme. Introduje un folio en blanco y, mientras miraba expectante, escribí el nombre de Concepción.

—¡Está nueva! —gritó—. Hala, hala, a darle al tajo, a la hora de comer te avisaré.

Cerró la puerta al marcharse. No pude evitar una sonrisa después de comprobar lo bien que había hecho el trabajo. Introduje una hoja limpia en el tambor, coloqué los dedos sobre las teclas y esperé a que saliese la primera palabra.

Media hora después seguía esperando. En primer lugar, le eché la culpa al café que no había tomado, así que salí del cuarto y fui a la cocina. Allí encontré a Concepción canturreando. La saludé y le dije que necesitaba un café que me despejara. Al oírme, en lugar de dejar que me sirviera una taza, me colocó en las manos una bandeja con la cafetera, una botella de leche, un tarro con azúcar y una taza recién fregada. Subí las escaleras con cuidado de no tirar nada. Me serví una taza con tres cucharadas de azúcar y me bebí el café de un trago. Otra media hora después y dos tazas más de café, las manos me temblaban y seguía sin aparecer la inspiración. Lo único que me venía a la mente eran descripciones del paisaje que veía a través de la ventana. El lugar en que me encontraba no tenía nada que ver con lo que había escrito hasta el momento, todo ambientado en ciudades oscuras y con la noche por escenario rey. Pensé que si describía un lugar tan hermoso como el que estaba disfrutando, podría continuar con mi trabajo, así que me puse a ello.

Veinticinco folios después, había pasado de describir paisajes nevados con casitas de madera salidos de una estampa navideña a dejar que el centro de la historia versara sobre la vida de una familia de una zona que la mayor parte del año permanecía incomunicada. Hablaba de la vida de tres familias distintas que se conocían entre sí. Iba a comenzar la descripción del ataque de un oso a uno de los

protagonistas, el oso que años antes había matado a su padre, cuando Concepción me avisó de que era la hora de comer.

Dejé la página a medias y salí de la habitación en la que había pasado escribiendo las últimas cuatro horas y media. Hacía tiempo que no conseguía mantener el culo pegado a la silla para hacer mi trabajo. Estaba algo cansado y saturado de escribir siempre las mismas historias. Había pensado escribir algo serio, no una serie de novelas con los mismos personajes, pero parecía que tampoco podía escribir sobre otra cosa. Tal vez fuera aquel lugar, que me había embrujado. Lo que sí sabía era que permanecería allí como mínimo una semana y que no pensaba perder el tiempo.

En la sala de estar estaba todo dispuesto: los cubiertos, el pan, el agua y la sopera, que humeaba en el centro de la mesa. Ramón se había sentado en la silla y daba buena cuenta de una rebanada de pan mientras la señora de la casa servía un estofado de pato con zanahorias.

—Huele de maravilla —dije.

—Vaya, gracias, hace mucho que no escucho por aquí algo parecido —dejó caer mirando a Ramón, que mientras comía no se enteraba de nada.

Degusté la primera cucharada del estofado de pato. Estaba delicioso.

—Bueno, ¿cómo va? ¿Habrás escrito mucho, verdad? Llevas encerrado en tu cuarto desde que te has levantado y no han dejado de sonar las teclas.

—¿Y no podías hacer algo para que no hagan tanto ruido? Porque menuda serenata —interrumpió Ramón.

—Lo siento —me disculpé.

—No lo sientas; a este mameluco no le hagas caso, que no sabe hacer la *o* con un canuto.

—Oye, sin insultar, que fue tu señor padre el que me enseñó a escribir de crío.

—La verdad es que me ha cundido bastante, no puedo quejarme, va de maravilla.

—¿Ese trasto? No me lo creo —añadió de nuevo Ramón.

—Que tú no fueras capaz de hacerla funcionar no quiere decir que aquí el muchacho de ciudad con más artes que tú no lo pueda hacer. Tiene más maña.

—Sí, y los dedos finos de señorito. Así yo también podría arreglar algo con piezas tan pequeñas. Pero, si has conseguido arreglarla, mi enhorabuena.

—Gracias.

—De nada.

El resto de la comida transcurrió más bien tranquila, con Ramón y Concepción jugando al gato y al ratón. Comí dos platos de aquel estofado y me disculpé para seguir escribiendo.

—¿No quieres un digestivo? —preguntó Ramón.

—Tal vez otro día.

Encogió los hombros.

—Como quieras, pero tú te lo pierdes.

Hacía demasiado tiempo que no disfrutaba así con la escritura, y aquella mañana no estaba dispuesto a perder el hilo. Subí a mi cuarto, me encerré y continué escribiendo. Lo estaba pasando como un chaval con un pastel en la mano. No quería dejar escapar esa sensación. Me sentía como un niño que desea un regalo demasiado caro para que sus padres se lo puedan comprar. Comencé a teclear sin detenerme a pensar en nada. Ni en Sandra, ni en Germán o Juan, ni siquiera en Víctor o en la historia que me tenía que contar el granjero. Solo existían la máquina y la historia que estaba narrando. No sé cuándo perdí la noción del tiempo, solo soy capaz de recordar

que no podía dejar de escribir y que Concepción encendió la luz al oscurecer sin que apenas me diese cuenta. Después volvió a entrar y me dijo que era hora de cenar. Alcé la cabeza y le dije que iría enseguida. Una hora después, entró de nuevo, cogió mi cabeza entre sus manos y me obligó a mirarla.

—¡A cenar! Venga, sin retrasos.

Terminé un último párrafo y bajé.

—Te dije que se cena a una hora todos los días. No podemos estar calentando la comida cuando le convenga a cada huésped.

—No protestes —cortó a su marido—. Es el único, no hay problema.

—Eso es verdad.

Me senté a la mesa sin responder a Ramón.

—¿Cómo ha ido el digestivo? —pregunté.

—Bien. José me ha preguntado por ti. Dice que mañana vayas para que te termine de contar no sé qué. ¿Tú sabes de qué va la cosa? —Se quedó mirándome fijamente.

—Sí —respondí—, pero no creo que le interese mucho.

—No —dijo sentándose en la butaca, dándome la espalda—, si a mí no me importa.

—Claro.

Concepción apareció con la cena en una sartén. Fritada de verduras con pedazos de atún.

—Tiene una pinta deliciosa.

—Me alegra que te guste.

Me sirvió el plato y se sentó a mi lado.

—¿De qué va la historia que escribes con tantas ganas?

Procedí a resumirle lo que llevaba escrito y pareció que le gustaba. No acostumbraba a dejar que nadie leyese lo que tenía a medio escribir, mucho menos a contarlo directamente, pero se había

portado verdaderamente bien conmigo y pensé que se lo había ganado.

—Si me prometes que no vas a perder las hojas, te las presto para que las leas.

—¿De verdad harías eso?

—Por supuesto, Concepción.

—Ni hablar: para que se te llene la cabeza de pájaros y empieces a pedirme cosas raras —dijo Ramón.

—¿Qué cosas raras iba a pedirte yo a ti?

—No lo sé, pero no es bueno que las mujeres lean.

No estaba dispuesto a aguantar aquel comentario, nunca había comprendido esas tonterías. Sandra adoraba leer.

—Tan bien está que las mujeres lean como que lo hagan los hombres. De hecho, si no fuera por su mujer, me gustaría saber dónde estaría usted ahora mismo. Ella es quien mueve todo en esta casa, y usted le dice que no puede leer siendo lo que más le apetece. Pues si quiere leer, que lea.

—¿Y tú quién te has creído que eres para darme lecciones?

—Su huésped, el que le paga.

En ese momento, Ramón dijo que se iba a dormir, que no quería escuchar más tonterías. Al poco, Concepción me explicó que lo que le pasaba era que no le gustaba que leyese porque las historias de los libros solían ser mentira y, además, mucho mejores que la realidad.

—¿Cómo se escribe una novela?

La pregunta me sorprendió. Se lo había explicado decenas de veces a mis alumnos, pero nunca había imaginado que alguien me lo preguntaría fuera de la editorial. Procedí.

—Suelo comparar una novela a una araña. Se divide en cuerpo y patas. Una vez que tienes un cuerpo sólido, o sea, la trama, bien

construida en la mente, es cuando debes ponerte a escribir. Las patas son las descripciones, la vida de los personajes, los lugares en los que suceden las acciones, las conversaciones y las escenas. Una buena ambientación y unos buenos personajes son tan importantes como la historia de la novela en sí. Puedes tener una trama espectacular, pero si la ambientas en un lugar que al lector no le llama la atención, nunca le podrá gustar lo suficiente como para acabar de leer la historia que le estás contando. Por otro lado, hay escritores que tienen la costumbre de sentarse a escribir cuando no tienen nada que contar, cuando no tienen el cuerpo de la historia. Comienzan a hablar de un personaje que la mayoría de las veces no tiene ni pies ni cabeza, precisamente por eso, porque si no tienen la trama central, no saben dónde encajar a ese ni a ningún otro personaje. Y el resultado es una serie de descripciones interminables del verano o del otoño y personajes que nunca se sabe por dónde andan. Por eso, muchos libros no valen para nada. Yo mismo he leído unos cuantos que no tenían salvación y que aun así los han publicado, cosa que nunca podré entender. Pero ahí están, acumulando polvo en estanterías, ya que a nadie le gustan y nadie los lee. No hay que ponerse a escribir por ponerse a escribir: o te sale o no te sale.

—Qué razón tienes hijo. Qué razón tienes; anda que no he leído yo cosas aburridas. ¿Quieres otro plato?

—No, muchas gracias, estoy lleno. Cocinas de maravilla. Mucho mejor que mi hermana en todo caso.

—¿Vives con tu hermana?

—Así es. Aunque ella está un poco harta de mí. Dice que no la dejo tranquila.

—¿Cuántos años tiene?

—Diecisiete.

—Normal. No te preocupes, ya se le pasará.

Después de la cena, me contó que su padre y su madre habían sido vecinos desde siempre y que su padre había vivido por un tiempo en Huesca mientras obtenía una especie de título de maestro para luego poder ejercer en el pueblo. Se casaron, y después nació ella. La tercera hija y la única que sobrevivió tras el parto. Su madre había muerto por una meningitis hacía veinte años, y su padre hacía diez, de viejo. Aquel hombre había llevado las letras a Graus y a unos cuantos pueblos de los alrededores. Muchos estaban en contra, pues la escuela no daba de comer. Aun así lo consiguió. Había logrado que muchas generaciones de vecinos y aldeanos supieran leer, escribir y hacer bien las cuentas para que no les timasen en los negocios. Incluso alguno que otro había dejado el lugar donde había nacido y crecido en busca de un futuro mejor, lejos de allí. Me contó que de jovenzuela se había enamorado de un chico que trabajaba cuidando caballos dos aldeas más arriba. Se veían a escondidas en una ermita destartalada; allí se besaban mientras el sol se ponía. Después, él la acompañaba hasta el pueblo. Pero ese amorío solo duró hasta que se enteró de que estaba comprometido con otra chica desde hacía dos años y que estaba embarazada. Aquello hizo que se encerrase en su cuarto y jurase que nunca más iba a conocer a hombre alguno. Estuvo así un mes tras otro hasta que su madre una mañana la sacó a rastras de la cama a la plaza del pueblo y la dejó frente a unas amigas a las que hacía mucho que no veía.

—No dejes que un hombre te hunda de esta manera.

Se marchó y la dejó allí, en medio de la plaza, mientras intercambiaba miradas con sus viejas amigas. Ella se dio cuenta del espléndido día de verano, del calor que hacía y el ligero viento que corría. Fue hacia sus amigas y desde entonces no volvió a quedarse encerrada en casa, mucho menos llorando por un hombre. Años más

tarde, coincidió en una celebración con Ramón, el galán del pueblo, con quien se comprometió poco después.

Cuando intenté contarle mi historia con Coraline, no me salieron las palabras.

Era el cuarto día de mi cautiverio en Graus, bajo la capa de nieve que había cubierto todo de blanco. Las chimeneas, siempre encendidas, se empeñaban en poner su toque de color gris. Tenía la novela casi a la mitad y me sentía satisfecho conmigo mismo, cosa que no ocurría desde hacía demasiado tiempo. Estábamos disfrutando de un caldo de gallina con verduras de invierno cuando Ramón dijo que de ese día no pasaba, que tenía que ir al café a tomarme un licor de hierbas con él y sus conocidos del pueblo, entre ellos José, que todavía tenía pendiente la última parte de la historia que había empezado a contarme.

—Está bien, iré —dije con la intención de que José terminase su relato.

Tras dejar los platos limpios, después de rebañarlos con pan, salimos por la ventana de la cocina y aterrizamos en la nieve. Hacía frío y el cielo estaba blanco, pero el viento se había calmado. No se veía un alma en la calle, pero se escuchaban las voces del café dos calles antes de llegar. La ventana, de la que colgaba un pañuelo blanco, estaba sin cerrar del todo. Aquel debía ser el modo en que se indicaba la entrada cuando la puerta estaba inutilizada. Nos agachamos y entramos. Hacía demasiado calor. La chimenea estaba encendida. Un montón de hombres musculosos echaban pulsos y jugaban a las cartas. No tenían otra cosa que hacer. Todos se quedaron mirándome sin dejar de conversar o de demostrar sus habilidades musculosas forjadas en la vida en el campo. Al poco, siguieron a lo suyo. Ramón pidió dos vasos y una botella de algo que

apestaba y nos sentamos a una mesa donde sus conocidos jugaban al guiñote.

—Esa, echa esa carta, vamos —le dijo Ramón a uno de ellos. No había rastro de José.

—Llevo todo el día jugando sin necesidad de tu ayuda, gracias. —Sopló.

—¿Y cuántas partidas has ganado?

—Ninguna —dijo otro de ellos, boina en cabeza—. Así que deja que siga perdiendo.

Puso los dos vasos en la mesa y los llenó hasta la mitad.

—De trago.

Obedecí y bebimos a la vez. Sentí como si una llama atravesara mi cuerpo. Era la peor bebida que había probado en mi vida. Todos se partieron de risa al verme.

—No te preocupes —intentó socorrerme Ramón—. La primera es la peor, las siguientes te saben a agua.

—Lo dudo mucho —dije en un susurro. No me salía ni la voz, lo que hizo que volvieran a reírse.

No sé por qué acepté la segunda, pero, como me había anticipado Ramón, no me supo tan mal. Ni la tercera, ni la cuarta. La quinta, directamente, no me supo a nada. La bebida no era una de mis aficiones en Zaragoza, lo que hizo que me afectara mucho más que a Ramón, que tras un trago tomaba otro y se mantenía igual de fresco que antes de probarlo. Sin embargo, a mí la cabeza me daba cada vez más vueltas.

—Así que nos dice aquí tu casero que eres escritor.

En ese instante no recordaba ni cómo me llamaba.

—Sí —dije, dudando de que se me pudiera entender.

—¿Y qué escribes?

—Cosas que ocurren de noche, de malas gentes.

—Deberías escribir una historia de terror. Como la de la ermita de las almas.

El que había intervenido era un hombre al que no había visto hasta ese instante y que bebía en la barra con un palillo metido en la boca. Se volvió para mirarme. Tenía una barba gris y blanca. Apenas unos mechones de pelo asomaban bajo su gorra de lana roja oscura.

—Déjate de tonterías: las leyendas de esa ermita son absurdas.

—¿Qué leyenda? —pregunté.

De pronto pareció que todo el bar se quedaba en silencio, e incluso que las luces bajaban su intensidad.

—Siempre se ha dicho que la ermita de las almas está embrujada. Nadie sabe cuándo se construyó ese lugar. Unos dicen que estaba ya aquí cuando el pueblo comenzó a levantarse. Otros, que una mujer a la que su marido había abandonado iba todos los días a la iglesia del pueblo a rezarle a la Virgen para que se lo devolviera. Así pasaron un par de años sin que el marido regresara y sin que la mujer lo olvidase. Cansada de que la Virgen no la escuchara, comenzó a rezarle al diablo. Le dijo que si hacía que su marido regresara a su lado, le haría todos los años una ofrenda de sangre animal el día del aniversario del regreso de su esposo. Rezó y rezó día tras día, hasta que una mañana, mientras el sol salía, los vecinos del pueblo vieron aparecer a una persona que, aunque no la acababan de encajar, les resultaba familiar. Vestía ropa sucia y tenía el pelo tan largo y desgreñado que parecía no habérselo cortado nunca. Llamó a una puerta y, cuando abrió, la mujer lo reconoció al instante. Era el hombre que la había abandonado hacía tanto tiempo. Era él, aunque su aspecto había cambiado. Sus ojos eran marrones cuando se marchó y a su regreso los tenía amarillos. Entró en la casa explicando que se había ido lejos, a trabajar en el mar, para ver

otros lugares y ganar un buen dinero. Ella lo perdonó y lo acogió de nuevo.

»Un año después había olvidado su promesa de sangre. No la cumplió. Al día siguiente, ella faltó a su puesto de ayudante del médico y él no se presentó en la herrería. Fueron a buscarlos a casa. Nadie abrió la puerta, parecía que habían desaparecido. Nadie los había visto marcharse ni se tenía noticia de que fueran a hacerlo. Los días pasaban; nadie sabía nada de ellos.

»Una mañana de mercado en la plaza, con los puestos ambulantes llenos de gente, llegaron unos niños gritando:

»—¿Qué os pasa? ¿Por qué este alboroto?

»—Están muertos, están muertos en la ermita.

»—¿Quién está muerto? ¿En qué ermita?

»—En lo profundo del bosque, por el tercer camino.

»—Allí no hay ninguna ermita.

»—Ahora la hay, y están muertos.

»La gente salió en la dirección que los niños habían indicado. Pasado el tercer camino, en lo profundo del bosque, encontraron una ermita recién construida en lugar del enorme abeto que había antes, el más grande de todo el bosque. De una patada, y apuntando con las escopetas de caza, abrieron la puerta y vieron en el altar a los dos amantes muertos, abiertos en canal como si fuesen animales. Nadie se atrevió a tocarlos y tampoco nadie regresó al lugar maldito. Aquella ermita la había construido el diablo en una noche para cobrar su ofrenda de sangre.

Tras unos segundos de reflexión, hablé intentando vocalizar en la medida de lo posible.

—Eso son tonterías.

Aunque en realidad era una buena historia para incluir en una novela.

—¿Por qué no vamos a ver si siguen ahí los esqueletos?

—No me apetece mucho ahora mismo —dije.

Como ya empezaba a ser costumbre, rieron.

—Lo que te pasa es que estás muerto de miedo.

—No, lo que pasa es que estoy borracho por culpa de Ramón.

—Oye, que yo no te he obligado a beber.

—Pues poca diferencia hay: me has puesto un vaso tras otro, y no me gusta ser maleducado —atiné a decir.

—Vamos a dar un paseo, te irá bien para despejarte.

—Ni hablar, yo me voy a dormir.

—Sí, y en un par de horas tendré un fiambre que sacar y un montón de explicaciones que dar. Nada, andando, nos vamos a dar una vuelta.

Necesité la ayuda de tres hombres para que acertaran a sacarme por el agujero de la ventana. La verdad es que la historia del demonio me había hecho más mella de lo que me habría gustado, pero le eché la culpa a lo que fuese que había bebido. Ramón, tres hombres a los que no conocía de nada y yo caminamos sobre la nieve. Entre todos me empujaron hacia el bosque para enseñarme la ermita. No me apetecía nada ir a verla, pero era inútil pelear contra ellos.

—¡Eh, vosotros!, ¿adónde vais con el chico? Dejadlo en paz. ¿Otra vez contándole al forastero de turno la leyenda de la ermita para dejarlo allí encerrado? ¡Sois unos viejos locos! Ramón, acompáñalo a casa. Venga, si ni siquiera puede andar en condiciones. Algún día conseguiréis que le dé un infarto a alguien.

—Vaya, hombre, ya está ahí tu mujer metiendo las narices en todo. Como siempre.

La voz de Concepción se me antojó como un regalo que evitaba que me llevasen borracho a la ermita.

—Ya os dije que teníamos que haber ido por la parte trasera.

—Hay que dar una vuelta enorme para ir por detrás. Es igual, ya nos reiremos con el siguiente.

—Os habéis pasado —dije.

—Tú calla, anda, y a dormir la mona.

Ramón me acompañó a casa. Concepción me llevó a rastras a la cama y me arropó.

—No te preocupes, hijo, no eres el primero al que le gastan la bromita. Lo emborrachan de aguardiente viejo y después lo llevan a la ermita. Los muy idiotas hicieron un muñeco de paja y madera que parece el demonio. Os emborrachan y os encierran allí. Más de uno se ha meado encima. Le dije que te dejase en paz y me lo prometió, pero no sirvió de nada.

—Gracias por haberme librado de ir a la ermita, Concepción.

—No te preocupes, ahora descansa.

Soñé con una ermita medio derruida. Yo entraba en ella y me acercaba hasta el altar en el que había velas encendidas. A mi espalda, la puerta se cerraba de golpe y de pronto el suelo comenzaba a temblar y a agrietarse bajo mis pies. Me vi cayendo dentro, sin poder agarrarme a ningún sitio y con la oscuridad engullendo mi cuerpo.

14

Abrí los ojos. Sentía la presión de una losa en la cabeza y un martilleo con cada latido. Nunca en la vida me había sentido así. Intenté sentarme en la cama mientras me tambaleaba. Cuando por fin conseguí que una náusea regresara al estómago, cogí el reloj que había dejado en la mesita. Eran las siete de la mañana. Me puse en pie apoyándome en la pared, salí al pasillo e intenté alcanzar el baño. Arrastrando los pies por el pasillo, conseguí llegar. Giré el interruptor. La luz que me cegó me provocó un fuerte dolor en el fondo de los ojos. Apagué y oriné a oscuras. Regresé a mi cuarto intentando no hacer ruido para no despertar a nadie. Me acerqué hasta la ventana mientras mi estómago se revolvía. Abrí la contraventana. Estaba nevando. La escasa luz del sol de las siete de la mañana quedaba oculta por las nubes. Cerré la ventana y observé la máquina de escribir. Había una montaña de folios en blanco que Concepción me había conseguido. Se había llevado las hojas escritas con objeto de leerlas. Me senté en la silla, intentando que el estómago también se me asentara. Unos diez minutos después, pensé que lo mejor sería tumbarme en la cama y tratar de dormir un rato más.

Eran las diez cuando Concepción me despertó lentamente, acariciándome el pelo. Había dejado sobre la mesita un tazón de caldo de pollo.

—¡Pobrecico! Este marido mío y los charlatanes de sus amigos… Perdónalos, anda, la vida aquí puede ser muy aburrida.

Me aclaré la garganta.

—No te preocupes, no hay nada que perdonar. Han conseguido que me sintiera como en casa.

Sonrió, me acercó el tazón y, como si de un niño enfermo se tratase, me lo acercó a la boca y me ayudó a beber un sorbo.

—Ayer estuve todo el día leyendo lo que has escrito. Y por la noche también. No podía dejarlo. Es de lo mejor que he leído.

—¿En serio?

—Claro que es en serio. De verdad, es muy bueno. ¿Cuándo lo acabarás?

—Dudo que antes de marcharme, pero te enviaré una copia. ¿Qué te parece?

—Si no es mucha molestia, te lo agradecería mucho —dijo sonrojada.

—¿Molestia? Las que te has tomado tú conmigo. El caldo está delicioso.

—Asienta el estómago y calienta el cuerpo. Bueno, te dejo descansar. Cuando te sientas con fuerzas, puedes bajar a desayunar o a comer. Y si necesitas algo, me pegas un grito y subo corriendo. Ah, se me olvidaba: José ha dicho que a eso de las siete vendría por aquí.

—Gracias por avisarme.

Cerró la puerta y volví a quedarme a oscuras. Ya no me sentía tan mal; el caldo me había dejado un buen sabor de boca. Me levanté y abrí las contraventanas para que entrase la luz. Había dejado de nevar, y las nubes parecían haber desaparecido. Era el quinto día; parecía que las previsiones de todos los vecinos sobre las tormentas se cumplían. En un par de días tomaría el tren a casa. Después de saborear otra vez el caldo, me senté a la mesa frente a la máquina e, intentando no pensar en el punzante dolor de cabeza que tenía

pinta de ir a acompañarme durante todo el día, comencé a escribir. Sabía exactamente cómo iban a suceder las cosas y en qué orden, quién debía morir, quién debía vivir y quién debía ser feliz o sentirse culpable durante el resto de su vida. Todo encajaba como si fuese un puzle.

A las siete en punto de la tarde me encontré disfrutando de un café, sentado en el butacón frente al fuego, mientras Ramón degustaba licores en el bar y Concepción bordaba, sentada a mi lado, en un viejo sofá. Llamaron a la ventana. José asomó la cabeza.

—¿Puedes abrir?

—Claro.

José entró de un salto y volví a cerrar. Me miró con una media sonrisa de burla.

—Buenas tardes, Conchi.

—No me llames *Conchi*, no me gusta, ya lo sabes. Buenas tardes.

—¿Y tú, Barba Azul, qué tal estás? Ya me han contado lo de ayer…

—Una pena que te lo perdieras —corté.

—¿Quién te dice que me lo perdí? Cuando llegué al bar, estabas como una cuba. No veías tres en un burro. ¿Cómo te encuentras hoy?

—Mejor.

Acercó una silla de la mesa y se sentó a mi lado mirando el fuego.

Suspiró.

—A ver, ¿por dónde me quedé el otro día?

* * *

La granja, tras unas semanas de trabajo y limpieza, quedó como nueva. Irreconocible. Habíamos tirado tabiques y levantado otros

nuevos. La inspección del Gobierno quedó satisfecha y no se le volvió a ver el pelo por allí. Se compraron animales, en una feria ganadera celebrada en las afueras de Huesca, y muebles nuevos. Tenían todo lo necesario. Claro, con el dinero del Gobierno era fácil comprar los animales. Vacas, caballos, gallinas, ovejas, cerdos, todo lo que se podía encontrar en una granja. La cocina había sido ampliada y le habían puesto un horno nuevo. Los corrales habían sido tirados y vueltos a levantar, pues las maderas estaban podridas. En la cocina, bajo la mesa, había una trampilla. Allí decidieron poner su dormitorio y el de su hijo, en el sótano. A mí no me gustaba mucho la idea, pero si tenían que tener cinco habitaciones para los huéspedes en la parte de arriba, no quedaba sitio para ellos. No tenían más que una pequeña ventana en lo alto, pero era acogedor, y en invierno se guardaba muy bien el calor.

La granja no atraía a muchos turistas por la zona, pero sí servía como casa para que los trabajadores subieran a cazar animales en invierno y después pudieran venderlos de mercadillo en mercadillo. Durante los meses de verano, de igual manera, subían a cortar leña para el invierno. También se acogía a las gentes que llegaban a trabajar en la recolección de frutas y maíz, temporeros venidos de aquí y de allá para ganarse alguna perra. Nunca me olvidaré de un andaluz que presumía de haber vivido en todos los lugares de España y haber conocido a la flor y nata de la alta sociedad en la cama, sin hacer distinción entre hombres y mujeres.

—Hay mucho más julandrón de lo que *parese*, *hasme* caso. Yo no es que sea de la otra *asera*, amigo mío. Es que la soledad es muy mala, y al final uno es *capás* de *haser* cualquier cosa.

—Bueno, bueno, no andemos generalizando —decía un gallego.

El de 1925 parecía ser un buen verano. Hacía calor todos los días y no había tormentas que acabaran con las cosechas. Yo me

quedaba cuidando el ganado en los prados por las mañanas. Por las tardes me iba al huerto de un conocido a ayudarle a recoger la cosecha. Recuerdo que ese verano hubo mucho movimiento de gente en la granja de los Rosas. Durante algunas semanas tuvieron inquilinos hasta durmiendo en los sofás, e incluso en los corrales. Mi mujer, a falta de ocupaciones en su propia casa, iba todas las mañanas a ayudarles a preparar el desayuno, limpiar, hacer las camas, cambiar las sábanas, lavar la ropa y todos los quehaceres del hogar. Mientras, Víctor crecía dando brincos con las cabras y gruñendo con los cerdos. En más de una ocasión escapaba a los corrales, se metía en las cuadras de los caballos y, subido a un montón de cajas apiladas, los cepillaba. Cuando su madre lo encontraba lleno de estiércol y pajas pegadas por todas partes, le reñía y le decía que era peligroso, que los caballos podían hacerle daño si se caía. Pero a él le daba igual, hacía lo que quería, y su madre tenía demasiado trabajo como para pasar el día vigilándolo. Una noche, mientras todos cenaban, se escabulló con un pedazo de bizcocho en la mano. Salió directo a la pocilga. Había un par de lechones que no comían como el resto y no engordaban, y para que crecieran les llevó el bizcocho. Apenas entraba luz a la pocilga y alargó la mano, esperando que fuesen los lechones en busca del pastel. Pero fue la madre, un ejemplar de cuatrocientos kilos, la que se comió el postre y tres de sus dedos de un bocado.

Estábamos cenando en la cocina y escuchamos sus gritos. Salimos corriendo a ver lo que ocurría y encontramos a un chiquillo sin dedos, chorreando sangre y con la cara descompuesta por el dolor. Su padre lo cogió en brazos e intentó taponar la herida. Yo me ocupé de atar el carro al caballo más fuerte que encontré. Teníamos que ir cuanto antes al pueblo a buscar al médico. Hice correr al caballo mientras Arturo se ocupaba de que su hijo no se desangrase.

No tardamos mucho en llegar. Aparcamos la carreta frente a la casa del médico y fui directo a la puerta. Comencé a aporrearla. Arturo saltó del carro. Se encendieron las luces y la puerta se abrió.

—¿Qué ocurre? —gritó el médico.

Al ver al niño en los brazos de su padre dejó de preguntar.

—Rápido, pasad dentro.

Nos condujo a la cocina y le dijo a Arturo que tumbase al niño sobre la mesa. Apenas ya le quedaba llanto. Para desinfectar la herida buscó una botella de alcohol. Vertió un chorro sobre la mano. El pequeño se retorció, pero dejó completamente de llorar. Le puso una inyección y comenzó a presionar la herida para que dejase de sangrar.

—¿Qué ha pasado, por el amor de Dios? —preguntó, mirando a Arturo.

—Solo quería darles de comer para que crecieran —dijo Víctor.

Mientras su padre le sostenía con fuerza la mano sana, el médico hizo que la otra dejase de sangrar. Le puso una nueva inyección y comenzó a vendarlo con cuidado.

—Le he puesto una inyección para el dolor y otra para las infecciones. Le dolerá durante bastante tiempo, pero podrá llevar una vida dentro de lo normal.

Una vida dentro de lo normal. Los críos del pueblo no querrían juntarse con el tullido, sería el hazmerreír de ellos y no estaría en condiciones de hacer los trabajos que su padre pudiera enseñarle. Y todo por culpa de dos lechones que no crecían. El médico nos ofreció una manta para la vuelta y nos dijo que se pasaría al día siguiente a ver la herida del niño y cambiarle el vendaje. Víctor apenas se movía cuando lo subimos de nuevo al carro. Llegamos a la granja. Todos estaban despiertos, esperando nuestro regreso. Sin mediar palabra, Arturo bajó a Víctor a su cuarto y lo metió en la

cama. Apoyé las manos en los hombros de mi mujer y le pedí que nos fuéramos a casa. A las cuatro de la mañana no podía dormir. Me levanté y me asomé a la ventana para contemplar el cielo. Vi una luz en los corrales de Arturo y decidí averiguar lo que ocurría. Fui directo a la parte de atrás y allí lo encontré, cubierto de sangre y con una botella de vino en la mano.

—Pero ¿qué has hecho?

Me miró con rabia y señaló hacia las pocilgas. Había un rastro de sangre y una pala. Había matado a golpes a la puerca y a los lechones.

—Mañana haré chorizos con ellos.

Cuando lo hizo no pensó que, al limpiarle los estómagos a la cerda, encontraría los restos machacados de los dedos de su hijo.

A la mañana siguiente, el médico fue a visitar a Víctor. Estaba echado en el sofá, tapado con una manta. Le quitó el vendaje y le curó las heridas. Volvió a vendarlo y enseñó a su madre a ponerle las inyecciones. Tendría que encargarse de ponerle una todos los días durante una semana.

—Os presto un termómetro que tengo de reserva. Compruébale la fiebre a diario, y si algún día tiene más de treinta y ocho, lo bajáis a la consulta. ¿De acuerdo?

—Sí.

El verano pasó y la mano de Víctor se recuperó, a falta de los tres dedos. Su padre estaba preocupado por él pensando que nadie lo querría contratar: para el trabajo del campo hacían falta dos manos sanas. Así que, en ese momento, fue Ángeles la que tomó cartas en el asunto. Iba a ser cocinero. A Arturo, en un primer momento, le sonó ridículo, pero poco a poco se fue haciendo a la idea y lo acabó viendo como una buena salida. Su hijo podría trabajar en un café o en un restaurante. En la cocina, ningún cliente le miraría el brazo. Lo

que no sabían entonces es que nunca llegaría a ser mayor para poder comprobarlo. El verano pasó y llegó el otoño. Eso significaba que Víctor debería enfrentarse a los compañeros del colegio. Su padre lo bajó en el carro, como todos los años. Le dijo que tuviese cuidado y que a la salida estaría esperándolo en la puerta. A las dos de la tarde, lo encontró llorando. Sus compañeros se habían reído de él durante el recreo y no le permitieron jugar en ningún equipo, pues con media mano les habría hecho perder. Cogió a su hijo en brazos, lo subió al carro y le dijo que no se preocupara, que ya se les pasaría. No ocurrió, pero Víctor se cansó de llegar a casa contando sus penas y comenzó a decir que se llevaba bien con sus compañeros. Su madre lo ayudaba con los deberes de la escuela y después seguía enseñándole a guisar.

Un día, de regreso a casa, montado en el carro, le dijo a su padre que al día siguiente no fuera a buscarlo, que se iba con unos amigos a cazar ardillas y que regresaría cuando terminase. A Arturo no le pareció muy buena idea, pero era la primera vez que su hijo parecía emocionado con algo.

—Bueno, pero que no se haga de noche.

A la salida de la escuela, Víctor se unió a la pandilla de chavales, que lo esperaban en la puerta. Se encaminaron hacia el bosque, que quedaba tras las casas, y comenzaron a bajar por un sendero. Cuando llegaron al final, comenzaron a atravesar el bosque bajo los árboles, sin seguir ningún camino. Se levantó un ligero viento. El calor se batía en retirada y el aire frío de las montañas nevadas comenzaba a soplar, anunciando que pronto llegaría la nieve al pueblo. Llegaron a un pequeño lugar donde años atrás se había talado media docena de abetos y había unas viejas casas de adobe derruidas.

—¿Qué es esto? —preguntó Víctor.

—Aquí es donde venimos cuando salimos de la escuela y contamos historias de miedo —dijo el mayor de los chicos.

En ese momento se escuchó un ladrido que procedía de la lejanía.

—¿Qué ha sido eso? —Víctor empezó a asustarse.

—Cuentan una leyenda sobre el abandono de estas casas. —Los chicos se pusieron en corro y dejaron a Víctor a un lado—. Se dice que un animal venido de Francia, mitad perro y mitad lobo, llegó hace siglos, cuando este pueblo no era más que una aldea. Entró por la noche en estas casas que ahora están en ruina y se comió a los niños. Por la mañana, los padres vieron que sus hijos no estaban y salieron al bosque a buscarlos. Allí encontraron un rastro con las ropas, pero no a sus hijos. Uno de ellos dio la voz de alarma al ver a un ser con pelaje gris que les estaba rondando. Fueron en su busca y lo acorralaron. En su mandíbula todavía quedaban restos de la sangre de los pequeños. Nadie sabe qué pasó después. No se supo nunca nada más de las gentes que antes vivían aquí, en las casas que ahora están derruidas, pero sí que se cuenta que ese ser sigue regresando de Francia en busca de comida cuando no la encuentra allá.

—Eso son tonterías. Un animal no puede vivir tantos años.

—No es un animal cualquiera. Además, llevamos varios días viniendo aquí y escuchando un aullido extraño, como el que has oído antes. Creemos que esa cosa está aquí, y queremos matarlo.

—Yo me vuelvo a casa —dijo Víctor, dándose media vuelta.

—No puedes. Ahora que estás aquí, tienes que ayudarnos. O les diremos a todos que eres un cobarde y que nos dejaste tirados mientras luchábamos para liberar al pueblo de la maldición.

Víctor los observó con miedo a que ese ser lo matara y con miedo a marcharse, porque, además de ser el tullido, también sería el cobarde del pueblo.

—Vamos, tenemos que entrar en las casas.

En fila, comenzaron a entrar en ellas, una tras otra. Más que casas, parecían antiguas parideras y corrales a los que el tiempo y el clima habían vencido. No había más que tierra en el suelo y antiguas chimeneas que todavía conservaban las manchas negras del fuego en el fondo. Los gruñidos de algún animal cada vez se escuchaban más cercanos. Llegaron a la entrada de la última construcción. En su interior encontraron al animal de la leyenda.

—Está ahí dentro, se le puede escuchar —dijo el mayor de nuevo, mientras le daba un palo seco a Víctor y le empujaba al interior—. Tienes que ayudarnos, nosotros lo hemos encontrado, ahora te toca a ti acabar con él, o no volveremos a ser tus amigos.

Víctor tenía miedo, le temblaba el cuerpo entero. Puso el palo a modo de espada y entró despacio en el lugar. Desde el techo destrozado se colaban algunas líneas de luz. Algo se movió al fondo del lugar.

—Vamos, Víctor, acaba con él —le dijeron desde la puerta, apilados para ver el espectáculo.

Antonio, uno de los chicos, tenía un perro que cuidaba de su familia, con el que solía jugar. Era un mastín del Pirineo enorme. Un día su padre dijo que el animal estaba infectado con la rabia y que al día siguiente lo mataría para que dejase de sufrir y no infectase a nadie de la familia. Pero Antonio no estaba dispuesto a dejar que su padre acabase con la vida de un perro al que tanto cariño había cogido. Se lo contó a sus amigos de la escuela y lo escondieron en las viejas parideras que ya nadie utilizaba, con la esperanza de, una vez sano, devolverlo a casa. Desde ese día acudían todas las tardes y le llevaban comida y agua. Primero comía sin probar una sola gota de agua y después también dejó de comer. Siempre gruñía y echaba espuma por la boca. Nadie se atrevía a acercarse a él. Mientras, a

Joaquín, el mayor de los chicos de la escuela, se le ocurrió la idea de gastarle una broma al tullido, ese chico que vivía en la granja de lo alto del pueblo y que, al quedarse aislado por las fuertes nevadas, faltaba a clase la mitad de los días. Todos estuvieron de acuerdo, pues no era más que un chico extraño que no hablaba con nadie y que tenía una mano sin dedos. Sería una broma que recordarían siempre. Ninguno de ellos imaginó que un perro atado con una cuerda a una anilla que colgaba de la pared podría soltarse y atacar a cuantos se pusieran delante. Se lanzó sobre Víctor como un tigre lo habría hecho sobre su presa después de una semana sin probar bocado. Víctor gritaba y lloraba tratando de quitárselo de encima mientras sus compañeros corrían asustados hacia el pueblo en busca de ayuda…

Los chicos sabían que sus padres solían estar a esa hora tomando un vino en el café del lugar.

—Pero, bueno, ¿qué os pasa?

Los más pequeños empujaron a Joaquín y a Antonio hacia el centro del local para que lo explicaran.

—Solo iba a ser una broma —atinó a decir Joaquín, con las lágrimas cayendo de sus ojos.

—Pero ¿de qué demonios estáis hablando?

—En el bosque…, están en las parideras…

Asustados, corrieron en dirección al bosque. Cuando llegaron, encontraron a un animal sucio, lleno de sangre y babeando espuma roja, que los desafiaba con los ojos desencajados a causa de la rabia, la enfermedad que estaba a punto de llevárselo. Daba vueltas alrededor de un cuerpo sin brazos cuyos intestinos encontraron desparramados por el suelo. Embistió al niño con el hocico y le mordió el cuello para asfixiarlo, aunque ya estaba muerto. Su cara era irreconocible, pero los restos de la mano, que carecía de dedos,

delataban quién era. Se quedaron quietos para que el perro no los atacase. El dueño del perro, que había llegado de los últimos, se había quedado medio escondido entre los árboles. Regresó a su casa, cogió la escopeta y la cargó. A su regreso, el perro estaba tumbado al lado del pequeño cadáver. Apuntó con la escopeta y lo mató de un disparo. Uno de los hombres cogió los restos del pequeño y lo llevó en brazos hasta el pueblo. Lo metió en su casa y lo dejó en el corral sobre la paja limpia, cubierto con una manta. Se dirigió a uno de los hombres que habían ido al bosque.

—Que alguien avise a los Rosas. Pobre chico.

No tardaron mucho en llegar de la granja. Cuando fueron a buscarlos, nadie se atrevió a contarles lo ocurrido, solo les dijeron que debían ir al pueblo. Las gentes se habían acercado al corral donde reposaban los restos de Víctor Rosas. El cura rezaba por su alma, y los chicos que lo habían empujado a la muerte observaban el charco de sangre que se había formado en el suelo, unos lloriqueando con más culpa que otros. Arturo y Ángeles entraron en el corral y pasaron entre el tumulto. Observaron el bulto oculto y la sangre. El padre de Joaquín estaba al lado del cuerpo. Alzó la cabeza y los miró con tristeza.

—Lo siento, cuando hemos llegado ya era tarde.

Arturo se acercó con el ceño fruncido y las manos temblorosas. Apartó la manta de golpe y pudo ver el pelo rubio de su hijo manchado de sangre y sesos. La cara estaba irreconocible. Ángeles comenzó a gritar y se abalanzó sobre los restos, gritando que no podían ser de su hijo, y cayó al suelo. Una de las mujeres se puso a su lado intentando calmarla. Arturo tenía la respiración agitada.

—¿Qué ha pasado? —dijo como si estuviese muerto.

—Los chicos han ido al bosque y allí les ha atacado el perro. Ha sido un accidente.

—No queríamos hacerle daño, solo asustarlo.

Sin mediar palabra, Arturo se lanzó contra Joaquín, lo agarró del cuello y lo puso contra la pared. El chico no se pudo defender y comenzó a quedarse sin aire.

—¿Solo querías asustarlo, pequeño cabrón?

Los otros hombres se acercaron y lo apartaron del niño.

—¿Esta es la educación que le dais a vuestros hijos? —gritó, derrumbándose sobre el suelo.

—Ha sido un accidente.

—Sí, un accidente, pero no le ha pasado a tu hijo, ¿verdad? No ha sido un accidente, lo tenían todo pensado. ¡Vamos a reírnos del manco del pueblo! Sois escoria. Todos.

Nadie le respondió.

Lo enterraron al día siguiente. El cura intentó convencerlos para que se despidieran de él en el cementerio del pueblo, pero se negaron. El entierro se celebró en la granja, en un rincón donde crecía un naranjo que nunca daba fruto. Ahí solía pasar las tardes Víctor cuando hacía buen tiempo, mientras un gatito que tenían ronroneaba tumbado sobre su estómago.

Después de la muerte del chico, los Rosas no fueron los mismos. En su casa siempre se había respirado felicidad, pero desde aquel día su residencia se convirtió en un lugar frío. Ángeles cayó en una depresión, y Arturo pasaba el día con los animales o en los campos en verano. En ocasiones se internaba en el bosque y no regresaba hasta pasados dos o tres días, con los puños ensangrentados y los ojos rojos. Apenas hablaban ninguno de los dos. Mi mujer solía pasar mucho tiempo con ella, intentando animarla. En una ocasión consiguió llevarla a la ciudad. La salida tampoco la animó. Durante el trayecto le contó que estaban intentando tener otro hijo, pero que no lo conseguían, que ya les había dicho el médico cuando dio a luz

a Víctor que había sido un bebé muy grande y le había rasgado el útero. Sin embargo, aunque sus circunstancias impedían la concepción en un ochenta por ciento, no cesarían en su empeño.

Los meses y los años pasaban, y ella no conseguía quedarse encinta. Cada día estaba más deprimida, y Arturo pasaba más tiempo fuera de la granja. Había descuidado a los animales y ya no le preocupaba mantenerlos en buen estado. El día de la muerte de Víctor también murieron ellos dos. Y la imposibilidad de tener otro hijo no ayudaba en absoluto. Con el tiempo nos acostumbramos a tener a una familia de fantasmas viviendo frente a nosotros. Habíamos vivido durante muchos años sin ellos, por lo que no se nos hizo excesivamente duro dejar de tenerlos.

Años después, una mañana del 35, llamaron a la puerta de nuestra casa. Eran ellos: Arturo y Ángeles. Sonreían tímidamente. Les hicimos pasar a la cocina y allí nos dijeron que por fin, después de tantos años, y tras haber consultado a todos los especialistas posibles, habían dado con uno que había hecho que ella se quedase embarazada de nuevo, a pesar de que ya no era una mujer joven. Para evitar problemas, ya que su estado era delicado, debían mudarse a otro lugar, un clima más cálido. Ese lugar sería Andalucía. Aquel día se marcharon y nunca más volvimos a saber de ellos.

—Hasta que tú viniste preguntando por ellos.

* * *

No sabía qué pensar. Aquella historia me desencajaba. Víctor Rosas, el Víctor que yo conocía, era el segundo hijo de Arturo y Ángeles y, además, el sustituto del primero. No podía creer el humor tan negro de sus padres.

—Pero, según me has contado, no están en Andalucía, ¿verdad?

—En absoluto. Están en Zaragoza. El invierno no es tan frío como aquí, pero no es que sea un clima cálido precisamente —improvisé.

Bufó.

—Eso ya lo sé. Yo he cumplido mi parte, ahora cuéntame tú lo que sepas de ellos.

Suspiré e inventé.

—Viven en un piso de ciudad. Sus padres trabajan de criados en una casa, y Víctor es un chico saludable, amable y educado. Un día se presentaron en el despacho y dijeron que tenían una propiedad aquí. Estaban pensando en venderla y querían que alguien viniese a comprobar el estado.

—Bien, pues ya lo has comprobado. Supongo que ahora te marcharás.

—En cuanto esté el camino despejado para llegar al tren.

—En un par de días, pues, lo que había dicho. Bueno, yo me marcho ya —dijo, poniéndose en pie y saliendo por la ventana—. Saluda a Ramón de mi parte, Concepción.

—Lo haré —respondió ella.

Nos quedamos a solas. Aticé el fuego, que estaba a punto de apagarse.

—Qué historia tan triste. Lo recuerdo todo: a los chiquillos saliendo del bosque asustados por lo que había ocurrido —suspiró Concepción—. Fue un horror. Hasta salió en el periódico de Huesca. En fin, ninguno de nosotros está libre de desgracias en este mundo.

Unos minutos después le dije que iba a mi dormitorio a seguir escribiendo. Lo que no le comenté fue que en unas hojas, y a mano, me dedicaría a hacer un resumen de lo que me acababan de contar. Por si se me olvidaba algo y me podía servir de ayuda en un futuro. Leyendo las anotaciones que acababa de hacer, estaba claro que había algo más en la familia de los Rosas. Algo que les había hecho

marcharse de Graus a Zaragoza para vivir en una mansión. Algo que no habían contado a nadie y ni siquiera Víctor sabía. Y yo estaba dispuesto a llegar donde hiciera falta para averiguarlo.

Los dos días que me separaban de mi regreso a Zaragoza los pasé encerrado en mi cuarto, escribiendo la historia del oso, pensando cómo iba a proceder a mi regreso a Zaragoza, cómo iba a comenzar a investigar sobre la casa en la que ahora vivía Víctor. Me decidí a usar uno de los trucos que utilizaba en mis novelas cuando, de pronto, un agente comenzaba a investigar por su cuenta y lo primero que hacía era visitar el registro de la propiedad. Eso sería lo que haría a mi regreso.

El sol brilló en lo alto del cielo durante dos días consecutivos. La nieve no tardó en derretirse y las vías del tren en poder utilizarse. Me despedí de Concepción. Me escribió en un papel su dirección para que le enviase el final de la novela cuando la tuviese terminada. Como si pudiera olvidarla. Ella misma me acompañó hasta la estación y esperó en el andén.

—Bueno, hasta aquí hemos llegado —dijo.

—Me alegro de haberte conocido. —Sonreí.

—Y yo de haber conocido a un escritor tan bueno.

—No hace falta que me hagas la pelota.

—No lo hago, digo la verdad.

El tren llegó. Me subí y me senté en uno de los asientos. Despedí a Concepción con la mano, sintiendo que algo de mí se quedaba en ese pueblo.

15

Tenía ganas de estirar las piernas cuando bajé en la estación de Zaragoza. Eran las tres de la tarde y el sol estaba medio oculto tras unas nubes negras que comenzaban a formarse y amenazaban lluvia en unas horas. Cogí el primer tranvía que pasó. Quería ir a casa de Juan para recoger a Sandra. Tenía ganas de verla, y esperaba que el enfado se le hubiese pasado. A esas horas, la librería estaba cerrada y debía de estar con Justo. Bajé en la parada que me dejaba a dos calles de distancia y caminé por las aceras de adoquines en lugar de calles de nieve o tierra. Agradecía llegar a casa. Llamé a la puerta. Juan tardó un par de minutos en abrir.

—¿Iván? Por Dios, ya era hora. Una semana entera sin poder localizarte. Ha sido una locura. Anda, pasa.

Juan me guio hasta la sala de estar. La estufa estaba encendida.

—Nos quedamos aislados por culpa de una tormenta. Ya sabes que algunos pueblos pueden quedar incomunicados.

Suspiró.

—Me alegra saber que estás bien. ¿Cómo ha ido? ¿Ya has descubierto lo que querías?

—Más o menos. ¿Qué tal por aquí? ¿Se ha portado bien Sandra?

Su rostro se tornó serio y desvió la mirada.

—¿Todo bien? —insistí.

—Tu hermana no ha pasado un solo día en mi casa. Y tampoco se ha presentado en la librería de Germán. Fui a hablar con él al ver que no aparecía por aquí, y me dijo que tampoco había ido a

ayudarle, como habíais quedado. Pensé que sería una rabieta y que al día siguiente vendría, pero no lo hizo, así que fui a tu casa y allí la encontré. Me abrió la puerta, pero no me dejó pasar. Tenía los ojos rojos de haber estado llorando. No seas muy duro con ella. No sé qué le habrá pasado, pero tenía marcas en el cuello. Se había puesto un jersey de cuello alto, pero aun así se le veían.

No necesitaba hablar con ella para hacerme una idea de lo que había pasado cuando había ido a ver a su novio una vez que me había marchado.

—Está bien, Juan. Gracias por todo. ¿Tú como andas de lo tuyo?

—Estoy igual de bien que siempre.

Salí con ganas de volver a Graus. Antes de ir a casa, decidí hacer una visita a Germán. La librería estaba cerrada por dentro. Llamé al cristal. Al tercer intento, salió de la trastienda. Al verme, sonrió y corrió a abrir.

—¡Hijo! Has tardado mucho en regresar.

—Es que estaba muy a gusto allí. Ya me ha contado Juan que Sandra no ha tenido a bien acercarse por aquí.

—No te preocupes, todavía es muy joven.

Me condujo a la trastienda y me ofreció asiento. Me acomodé en la vieja butaca y reposé la cabeza.

—Pues a ver si se va espabilando —dije.

—¿No tienes hambre? Acabo de traer estas patatas bravas del bar. Están divinas.

—Gracias, Germán. Otro día me sabrán mejor.

Su rostro se tornó serio, como el de Juan.

—Veo que todo son buenas noticias a mi regreso. ¿Cuáles son las tuyas?

Se sentó y me observó con el peso del mundo en los hombros.

—Mi hijo ha venido a verme.

—Ya hacía tiempo desde su última visita —dije.

Asintió.

—Me ha dicho que va a casarse en un mes.

Sentí que me hundía en un lago helado.

—¿Con Coraline?

Se quedó en silencio. Asintió.

—¿Por qué no me habías dicho que se veían?

—Pero está casada conmigo —dije, ignorando su pregunta.

—Sí, yo también se lo dije. Y me contestó que no me olvidase de que es guardia civil y que puede hacer desaparecer los papeles que quiera cuando él lo ordene.

Me reí de mí mismo y de lo tonto que podía ser.

—Está bien.

—Me ha invitado a la boda. Me dijo que quería decírtelo él mismo, pero yo creo que sería mejor enterarte por un amigo y no a través de él.

—Te lo agradezco, Germán, y sí, es mejor haberme enterado por ti.

—¿Por qué no me dijiste que estaban juntos?

Encogí los hombros.

—Tal vez pensara que si no lo decía en voz alta sería mentira.

Se acercó y me abrazó, como solía hacerlo cuando de pequeño me escapaba del orfanato o de la casa de mis tíos para ir con él a la librería. Salí de allí con los ojos llenos de unas lágrimas que intentaba tragarme. Fui directo a casa, caminando, en lugar de hacerlo en tranvía, como habría sido lo lógico. No había pasado ni una hora de mi regreso y estaba hundido, además de sentirme como un cobarde por no ser capaz de olvidarla y seguir con mi vida. Al entrar en el portal, vi a un joven de unos quince años de edad con el traje de Juncos.

—Buenas tardes, señor. ¿Hacia dónde se dirige?

—A mi casa. ¿Quién eres tú y dónde está Juncos?

—Yo soy el nuevo portero, el anterior murió.

Definitivamente, habría sido mejor no haber regresado.

—¿Cómo fue? —pregunté pensando en él.

—Se cayó por las escaleras. La sangre se le apelmazó en la cabeza y le dio un derrame o algo así. Desde ahora, si quiere algo, pídamelo a mí, le atenderé encantado.

—Gracias.

No me había acordado de Juncos, de la amenaza a Sandra, de las fotos robadas, ni de la visita que hice al piso en la calle Rufas y de la persona a quien había tomado por un ladrón y que me había estado observando en el piso mientras yo fisgoneaba.

Subí las escaleras sin ánimo. Ahora debía enfrentarme a Sandra, pero no tenía fuerzas ni ganas. Metí la llave en la cerradura y abrí. La luz estaba encendida. Sandra estaba encogida en el sofá. Sin mediar palabra, se puso en pie y me abrazó. La cogí entre mis brazos y le dije que se calmase.

—Perdóname.

—¿Qué ha pasado?

—Tenías razón. No quería nada de mí.

—¿Por qué no hiciste lo que te dije? —comencé a enfadarme. Se separó de mí.

—Porque pensaba que estabas equivocado.

Miré su cuello. Todavía quedaban restos de las marcas. Regresó al sofá, apartando mis manos de su cuerpo. Yo me quedé de pie.

—Fui a verlo para decirle que me iba con él, que no te aguantaba más. Me contestó que una cosa era que nos viéramos de vez en cuando y otra que me fuese a vivir con él. Yo insistí en que me había dicho que me quería, que no pensaba marcharme de allí. —Estaba

llorando—. Entonces fui a su cuarto y dejé mi maleta sobre la cama. Entró hecho una fiera y me sujetó por el cuello. Me dijo que yo no era más que una chica con la que perder el tiempo mientras su padre le encontraba otra mejor con la que casarse, que mi futuro estaba en un burdel contoneándome ante los hombres en paños menores, que no valía nada y que si volvía a aparecer por allí, me mataría.

Sin darme cuenta, había apretado los puños. No quería que le pasase nada malo, pero se lo había ganado a pulso por creer que lo sabía todo y que yo le mentía. Sentí el impulso de consolarla, pero algo me detuvo.

—Te dije que no lo hicieras. Pero no podías escucharme, ¿verdad? Tú lo sabes todo y yo no sé nada.

—No sigas —dijo en un sollozo.

—Al menos así aprenderás que en esta vida no vale la pena ni la mitad de la gente con la que te cruzas, que no debes fiarte de nadie y que, por supuesto, no eres infalible. Y ahora ¿qué vas a hacer? ¿Vas a buscarte a otro?

—No.

—Al siguiente, al menos engáñalo bien, no seas tan tonta de decirle que eres más pobre que las ratas. Consigue a un hombre con dinero, viejo y al que le gusten las jovencitas dóciles en la cama. Así, si te hace heredera de su fortuna y de sus diamantes, no tardarás mucho en disfrutarlo.

—Eres cruel —dijo poniéndose en pie, intentando enfrentarse a mí.

—No más que tú. Eres una desagradecida. Pero eso da igual, ¿cierto?

—Mañana iré a la librería de Germán —cambió de tercio.

—Haz lo que quieras, me trae sin cuidado.

Se acercó a mí y me cogió las manos.

—No digas eso. Perdóname.

Me aparté de ella.

—¿Hasta cuándo? ¿Hasta la próxima vez que se te cruce un gilipollas bien vestido por el camino?

—Te prometo que no, Iván. Perdóname.

Cayó de rodillas al suelo. Me estaba costando un buen sudor en la frente no cogerla y decirle que la perdonaba, pero si lo hacía, volvería a las andadas. La dejé allí, lamentándose y llorando. Salí a la calle y pensé que si tuviera una botella de aguardiente me la bebería de un solo trago, y que pasara lo que tuviera que pasar.

A falta de la botella, entré en el primer café que vi y pedí un vino tinto. Me lo bebí de un trago, intentando ahogar en él el rostro de Coraline. Pedí otro. Tenía hambre, pero prefería gastarme el poco dinero que me quedaba en el bolsillo en bebida. Lo necesitaba. Al rato salí del bar. Estaba lloviendo y era prácticamente de noche. Entré en el siguiente que encontré y pedí un coñac. Sin muchas ganas, el camarero me lo sirvió. Saqué un billete del bolsillo y lo puse sobre la barra.

—Sírveme hasta que se gaste.

Miró el billete, asintió, lo metió en la caja y sacó media botella de coñac.

—Sírvase usted mismo.

Cogí el vaso y la botella y me dirigí al final del local. Escondí la cabeza entre las sombras de las mesas reservadas a notarios y abogados de dudosa reputación, viudas jóvenes que buscaban compañía y matones. Cuando acabé la botella, el camarero dijo que era hora de que me marchara. Miré a mi alrededor y vi que era uno de los últimos clientes. Salí a la calle como pude, agarrándome a paredes y bancos. Una idea cruzó por mi mente y pensé que en ese

instante era la mejor que se me podía haber ocurrido. Caminé por la ciudad hasta que mi cabeza se despejó un poco con el aire frío y pude leer los carteles con los nombres de las calles. Llegué a la casita que el padre del novio de Sandra le había regalado y llamé al timbre. Abrió él mismo en persona.

—¿Quién eres tú? —preguntó con ese desprecio con el que hablan los de su clase.

—No te importa.

Antes de terminar la frase le había soltado un puñetazo y tirado al suelo. Lo levanté y le di otro. Empezó a sangrar y vi volar un par de dientes. No podía detenerme. Le pegaba por Sandra, por Coraline, por la enfermedad que se llevaba a Juan y por la vida que me había tocado vivir. Si dos guardias civiles que hacían su ronda nocturna por allí no me hubiesen detenido, habría acabado con él.

Comenzaron a pegarme con la porra en la cabeza y en la espalda.

—Está como una cuba —dijo uno de ellos.

—No se preocupe, señor, nos encargaremos personalmente de él.

No recuerdo muy bien qué pasó a continuación. Solo veía oscuridad y unas barras de metal.

Abrí los ojos. Estaba tumbado en el suelo en un lugar que olía a orines y heces. Tenía la espalda mojada. Había dormido sobre un charco que preferí no pensar de qué era. Una bombilla parpadeaba en un corredor tras los barrotes del calabozo en el que había pasado la noche, tal vez también la mañana. Me incorporé y apoyé la espalda contra la pared. Me dolía solo de rozarla. Había más presos conmigo. Todos estaban apoyados contra la pared, sucios y con ropas harapientas. Intenté imaginar cuánto tiempo llevarían allí.

—Vaya, si se ha despertado.

Un hombre de uniforme se apoyó en los barrotes, dejando colgados sus brazos hacia dentro.

—No te acuerdas de nada, ¿cierto?

—Creo que no —dije.

—No te preocupes, vas a tener tiempo para hacer memoria. Vas a pasar unos días aquí.

—¿Cuántos? —pregunté.

Escupió hacia el interior y otro guardia hizo su aparición.

—¿Has oído? Quiere saber cuánto tiempo va a estar aquí.

Ambos rieron.

—Pues, básicamente, el que nos salga de las pelotas. Y mira, por preguntón, hoy te quedas sin agua y sin pan.

Se marcharon. Uno de los hombres, arrastrándose por el suelo, se acercó a mí y me susurró algo al oído.

—Si no quieres que te maten de una paliza, no abras la boca.

Asentí. Aquel hombre apestaba. Yo comenzaba a hacerlo. Regresó a su posición inicial y todos guardamos silencio.

Nunca habría podido imaginar la cantidad de cosas que a uno pueden pasársele por la mente cuando está encerrado, a oscuras, oliendo a muerte y a suciedad, sin saber la hora que es o si alguien estará preocupado por ti. Se hacía eterno. No entraba luz del exterior por ninguna parte y solo pudimos saber qué hora era, las doce de la noche, cuando se realizó el cambio de guardia y el nuevo centinela se puso a roncar al poco de quedarse solo. La espalda y la cabeza me dolían como si fueran a separarse de mi cuerpo y no conseguí dormir hasta bien entrada la noche. Nos despertamos de golpe al escuchar un ruido metálico. El guardia nocturno se bajó la cremallera y se puso a orinar dentro de nuestra celda. También empezó a reír. Escuché cómo la respiración de uno de los presos se agitaba y de pronto una masa se abalanzaba sobre el guardia. Le cogió de la entrepierna hasta que comenzó a gritar como si le poseyese el demonio.

—¿Te gusta, maricona? ¿Por eso gritas? —dijo el hombre, sujetándolo contra las vallas.

—¡Suéltame, republicano de mierda! ¡Socorro!

Se escuchó el chirriar de la puerta de la celda. Aquel hombre mordió los bajos del guardia, que empezó a gritar como un cerdo en una matanza. La sangre comenzó a brotar. En ese momento entraron otros dos guardias y comenzaron a propinarle patadas en el estómago. El detenido no se soltó hasta que lo dejaron inconsciente en el suelo. Uno de ellos lo empujó al fondo de la celda mientras cogían a su compañero herido y lo llevaban escaleras arriba.

—Luego vendremos a por él —dijo uno de los guardias—. Estás muerto —sentenció.

—Merecerá la pena —musitó el reo.

Cumplieron su palabra. No más de media hora después, regresaron y se lo llevaron a rastras. Acto seguido escuchamos sus alaridos, que se prolongaron durante un buen rato, hasta que guardó silencio para siempre. Desde ese instante, no volví a moverme sin el permiso de los guardias.

No sabía cuántos días llevaba en la celda cuando me soltaron, pero la luz del sol me obligó a cerrar los ojos. Era de día y el cielo estaba despejado. La gente que se cruzaba conmigo se alejaba o se ponía un pañuelo en la boca. Subí a mi casa, ignorando el saludo amable del nuevo portero mientras me observaba extrañado por mi apariencia, y llamé al timbre. No llevaba ni llaves, ni dinero, ni reloj. Sandra abrió. Por la cara que puso, quedó claro que mi aspecto era repulsivo.

—¿Qué te ha pasado? ¿Dónde estabas? Han pasado tres días sin saber nada de ti. He ido a buscarte a casa de Juan, a la librería y a la editorial.

Le conté, mientras se ocupaba de preparar un baño, que me habían confundido con otra persona y me habían llevado a los calabozos, que después habían asumido su error y me habían pedido disculpas. Esa versión era más bonita. Me acompañó al baño y me dijo que le diera la ropa para lavarla cuando saliera. Le respondí que sería mejor que la tirase directamente al cubo de la basura; era lo más higiénico que se podía hacer con ella.

—Tendrás que comprarte otra muda, solo te queda una.

—Ya iremos cuando esté mejor.

—¿Podré acompañarte? —Me miró suplicante.

—Claro.

—Vale. —Sonrió—. Quédate todo el rato que quieras en la bañera. Yo voy a preparar la cena; he comprado un pollo.

—Perfecto. No sabes cómo me apetece.

Me quedé solo en el baño y comencé a desnudarme. La camisa se había incrustado en las heridas. Al intentar despegarla comencé a sangrar de nuevo. Me miré la espalda en el espejo y vi que la tenía morada y llena de cortes. Abrí el armario alto, saqué un buen puñado de algodón y lo empapé de alcohol. Después pensé que sería mejor rociarlo directamente sobre la espalda y así lo hice. Cogí el bote y vertí algo del líquido. Escocía como un demonio. Apreté los ojos y los puños, pero no pude evitar que se me saltaran las lágrimas. Cuando el dolor comenzó a remitir, volví al ataque. Después de decidir que las heridas estaban limpias, me metí en el agua, que había cogido un tono amarillento en menos de un minuto. Me froté toda la superficie del cuerpo hasta que tuve la sensación de limpieza. Vacié la bañera y me aclaré con agua. Tenía un fuerte golpe en la cabeza que me obligaba a moverla con sumo cuidado. Dejé que el agua corriera alrededor del golpe para que se redujese el bulto en la medida de lo posible. Acto seguido, salí de la bañera,

me sequé la espalda con delicadeza y me puse la ropa limpia que Sandra había colocado en la silla. Me miré en el espejo y vi a un tipo que se parecía al que siempre había sido. Salí del baño y me fui directo a la cocina. Allí estaba Sandra, con su delantal, dando vueltas a la salsa en una cacerola vieja que encontré en el armario cuando adquirí la casa. Me sonrió.

—Tienes mejor aspecto.

—En realidad, me encuentro mejor ahora, tras el baño. Gracias por prepararlo.

—No tienes por qué darme las gracias. Lo hago encantada.

Guardamos silencio unos segundos, mientras ella seguía moviendo la salsa.

—¿Cómo tienes el cuello?

—Mejor, casi no me duele. Oye, creo que sería mejor que fuese a decirles a Pablo, a Germán y a Juan que estás bien. Estaban preocupados. ¿Podrías ir dándole vueltas a la salsa? No tardaré nada.

—Claro que sí, anda, ve y diles que estoy bien, que no se preocupen. En cuanto haya descansado, iré a visitarlos.

—Vale, ahora vuelvo.

Compartimos una comida de silencios y miradas que no querían decir nada. Sandra se negó a que la ayudase a recoger la mesa y me dijo que, como tenía que levantarse temprano para ir a la librería, se iba a acostar. Le di las buenas noches y me quedé a oscuras en el salón, acompañado de Abi.

A la mañana siguiente me desperté con el aroma a café recién hecho flotando por toda la casa. Salí de mi habitación y encontré a Sandra haciendo torrijas para desayunar, llenándolas de azúcar y canela.

—Buenos días —saludó.

—¿Qué te parece si dejamos las torrijas para merendar?

Después de pasar varios días de arresto, me apetecía ver la luz del sol y pasear un rato al lado de Sandra. Aunque me sentía ligeramente culpable por las palabras que había usado contra ella, seguía pensando que era lo que le hacía falta escuchar para no volver a las andadas. Paseamos por las calles de Zaragoza, disfrutando de un día de invierno soleado. A pesar de que hacía frío, no se estaba del todo mal en la calle. En la plaza de España habían abierto una cafetería, un restaurante que había adquirido muy buena fama en poco tiempo. Habían colocado una pequeña pizarra en la calle, junto a la puerta, y leímos la lista de desayunos, desde el continental, pasando por el mediterráneo, al europeo.

—Esto es carísimo, vámonos a otro sitio —dijo Sandra.

—De eso nada —respondí sujetándola del brazo—. Un día es un día. Venga, adentro.

Un camarero, paño al brazo y muy estirado, nos acompañó hasta una mesa al lado de la ventana desde la que se podía ver la calle del Coso con todas sus tiendas y puestos ambulantes. Pedí un desayuno europeo, con café, zumo, huevos y panceta, y una tostada con mermelada de la casa. Sandra, en cambio, escogió el mediterráneo: solo leche, sin café, dos tostadas con aceite de oliva y un tomate abierto con sal.

—Sigo pensando que es muy caro —repitió, acercándose a mí y hablando en voz baja para que no la escuchase nadie.

En ese momento me di cuenta de que no pegábamos en aquel lugar. Las señoras vestían las pieles más caras e iban enjoyadas hasta las cejas. Los hombres llevaban bastones de empuñadura de oro y gemelos con brillantes incrustados.

—No te preocupes. Biel tiene que haber ingresado ya mi paga en el banco. Tenemos que aprovechar estos momentos para darnos un

capricho.

Sonrió mientras escondía la cara tras el vaso. Parecía feliz, aunque resentida.

No lo vi hasta que lo tuve encima. Me había olvidado de la noticia que Germán me había dado a mi regreso.

—Vaya, si está aquí mi pareja de hermanos preferida.

Guillermo apoyó los puños sobre la mesa. Iba bien arreglado. Debía ser una de sus visitas de fin de semana.

—¿Cómo estás, Guillermo? —pregunté sin saber si tenía conocimiento de mi estancia en los calabozos.

—Bien. En realidad, no me podría ir mejor.

Levanté la vista y vi a Coraline esperando en la puerta.

—¿Sabes que he pedido el traslado aquí, a Zaragoza?

—No tenía ni idea.

—Pues sí, así es. Me alegra estar de vuelta en la ciudad donde nací y crecí. Y tengo otra noticia, pero te la daré en otro momento más adecuado. Esta noche iré a buscarte a casa y nos iremos de juerga a la parte vieja de la ciudad.

—No tengo el cuerpo para salir, Guillermo, pero te lo agradezco.

Me miró fijamente y después rio.

—No me gusta que me digan que no. Vamos, hombre, por los viejos tiempos; no te cuesta nada.

Sentía ganas de partirle la cara. Asentí para que se marchara y nos dejase en paz.

—Bien.

Se volvió hacia Sandra.

—Qué guapa estás. Cómo has crecido.

Se marchó al terminar la frase. Nos quedamos a solas de nuevo, mirando cómo se alejaban.

—No le hagas el menor caso —dije.

—¿Era amigo tuyo?

—Sí.

—¿Guillermito? ¿Ese era Guillermito? Quién le ha visto y quién le ve.

—No hace falta que lo jures.

Terminamos el desayuno con tranquilidad y, después de pagar por él una cifra que a mí no me pareció tan alta como a Sandra, nos marchamos. Ella se fue camino de la librería y yo de la editorial, a aguantar el rapapolvo de Pablo que me había ganado a pulso.

Decidí tomarme sin mucha prisa la llegada a la editorial. Estaba dispuesto a aguantar cuanto me tuviera que decir Pablo; al fin y al cabo, había estado demasiados días sin dar señales de vida. Paseé dando un rodeo por el parque que estaban levantando en los alrededores del palacio de la Aljafería. Estaba quedando realmente bonito: tenía jardines, un paseo de tierra y bancos para pasar las tardes de verano. Finalmente, pensé que ya había remoloneado lo suficiente y me dirigí a la editorial. Subí las escaleras del edificio y empujé la puerta. El pasillo estaba despejado, aunque se escuchaban voces desde las aulas. Fui directo al despacho de Biel y llamé a la puerta. Cuando lo escuché, como siempre, gritar que pasara, abrí.

—¡Alabados sean los ojitos que te ven! —dijo, levantando las manos al cielo y corriendo a mi lado. Me abrazó—. Vamos a ver, ¿se puede saber dónde coño has estado, pedazo de canalla? He tenido que distribuir a tus alumnos en otras clases. ¡Has tardado muchos más días de los que dijiste! ¡No hay derecho a que le hagas esto a la persona que te da de comer, hombre de Dios!

Había comenzado a sudar y respiraba acelerado.

—No sabía que mi presencia en la editorial fuera tan imprescindible.

—Pues ya ves que sí. No creas que voy a dejar que vuelvas a desaparecer. Eres mío, me perteneces por contrato —dijo guiñándome un ojo.

Enarqué una ceja.

—Bueno, ya estoy aquí. ¿Cuándo empiezo?

—Esta misma tarde, a las tres en punto. Tienes que recuperar todas las clases que has perdido.

—De acuerdo, a las tres estaré aquí.

—Bien, bien, ¿adónde vas tan rápido? Siéntate y dile a un viejo amigo lo que has estado haciendo.

Le hice un resumen de mi visita a Graus, pero no mencioné nada que guardara relación con los Rosas, y le conté la misma historia que a Sandra sobre los calabozos, que ella ya le debía haber contado.

—He estado escribiendo una historia allí, en Graus.

—Ah, ¿la siguiente entrega? Estupendo, así al menos has aprovechado el tiempo.

—No. No es la siguiente entrega. En realidad, es una novela independiente, no tiene nada que ver con nada de lo que he escrito hasta ahora.

Dudó.

—Pero si funcionan muy bien… ¿Por qué quieres cambiar ahora?

—No se trata de cambiar, no voy a dejar de escribirlas. Pero al comenzar con esa historia, parecía salir sola, sin ningún esfuerzo.

Suspiró y pensó en silencio.

—Imagino que querrás que te la publiquemos.

Encogí los hombros.

—No lo sé. Todavía no está acabada.

—Bueno, tú acábala, pero sin descuidar la serie, ¿eh? La leeré y ya veremos. ¿De acuerdo?

—Me parece bien.

Me estrechó la mano y me marché de allí. Todavía tenía unas cuantas cosas que hacer antes de las tres.

En primer lugar, quería ir a ver a Víctor. A esas horas ya debía haber llegado de la escuela a casa. Cogí el tranvía y me senté al fondo, escuchando el traqueteo sobre las vías. Había mucha gente en la calle a esas horas, especialmente niños que regresaban a casa del colegio. Bajé a la entrada del barrio de los ricos y me colé en sus calles, bajo la mirada despectiva de una pareja que paseaba cogida del brazo con algo que parecía más una rata que un perro. Esa gente tendría todo el dinero que les hiciera falta y mucho más, pero no valía nada. Llegué a su casa. Entonces reparé en que no sabía si debía llamar o si sus padres aceptarían que su hijo recibiera la visita de su profesor. Empujé la verja. Cerrada. Entonces me di cuenta de que la pequeña Cristina se acercaba sonriente desde el fondo del jardín.

—Hola —saludó, agarrándose a la puerta de metal.

—Hola, señorita.

—¿A qué has venido?

—Pasaba por aquí y he pensado en saludaros. ¿Están tu hermano y Víctor?

Asintió.

—Pasa.

—Creo que sería mejor que los avisaras para que vinieran aquí.

—No te preocupes, estamos solos. Pasa.

Abrió la verja. Me cogió de la mano y me hizo correr hasta la parte trasera de la casa, donde Víctor y Jorge jugaban al fútbol con maceteros viejos por porterías. Víctor fue el primero en verme.

—¡Hola! —gritó.

Salió corriendo hacia mí. Por el contrario, Jorge no se alegró especialmente de mi llegada.

—Me alegro de verte.

Me dio lástima al recordar que era el sustituto de un hermano del que no sabía su existencia. Le acaricié el pelo y se lo revolví.

—¿No dijiste que ibas a estar solo dos o tres días sin dar clase?

—Sí, pero comenzaron a enredarse las cosas.

Jorge se acercó con la pelota bajo el brazo.

—Hola, Jorge, ¿cómo te va?

—Bien —dijo desafiante—. ¿Vienes a jugar o qué? —preguntó a Víctor.

—Ahora no, vamos dentro, que tengo hambre.

Jorge se dio media vuelta y arrojó el balón al suelo.

—No le hagas caso —intervino Cristina cogiéndome de la mano de nuevo—. A veces parece un tonto.

—Ya se le pasará —añadió Víctor—. Vamos dentro.

Entramos en la casa y nos acomodamos en la cocina. Las doncellas tenían la tarde libre, y los padres de Víctor se habían marchado a casa de unos amigos. Víctor, como buen anfitrión, comenzó a sacar chorizos y salchichones, quesos y hasta una pata de jamón. Una botella de vino para mí y una jarra de leche con miel para ellos. Cogió unas rebanadas de pan cortado que había en un armario y las puso sobre la mesa. Cristina y él atacaron al chorizo.

—¿Qué has hecho estos días? —preguntó con la boca llena de chorizo.

—He estado escribiendo una novela nueva.

—¿De las de misterio? —preguntó Cristina, poniéndose de rodillas sobre la silla para alcanzar pan.

—No, una diferente, pero no la he acabado. Oye, Víctor, ¿qué habéis hecho vosotros en clase?

—Puaf, aburrirnos. Nos repartieron por varias aulas, pero yo no fui más que a una clase. No sé quién sería el profesor; no tenía ni idea de lo que decía. De verdad, ningún alumno se enteraba de nada.

Asentí y levanté una ceja.

—Ahora te podrás cansar de mí: voy a recuperar en una semana todas las clases perdidas.

—¡Genial! Todos queríamos que volvieras. Nos gustan tus clases.

En ese instante me sentí feliz de ver que, de alguna manera, me querían.

—¿Y qué pasó con esa mujer que se coló en vuestra casa?

Encogió los hombros y dio un sorbo de leche. Su bigote quedó marcado sobre el labio.

—Nada. Nos pusieron vigilancia cuarenta y ocho horas y ya está. No ha vuelto a aparecer.

—¿Tienen idea de quién ha podido ser? —Negó—. Los inspectores, siempre tan eficientes.

—Mientras no entre nadie más, me da igual. Creo que mi padre va a comprar un par de perros para que vigilen por la noche.

—Eso está bien.

—¿No tienes hambre? No comes nada —dijo Víctor.

—No, tengo que irme. Solo he venido a saludaros. Te veo esta tarde en clase, Víctor. —Me daba pena.

—¿Ya te vas? Si casi no has comido nada.

—Gracias por la invitación, pero he desayunado mucho. Nos vemos luego, ¿de acuerdo?

Asintió. Cristina me tiró del brazo.

—Yo te acompaño a la puerta.

—Gracias, señorita.

Me acompañó hasta la verja de la casa, parloteando sobre lo que habían hecho durante mis días de ausencia. Lo más interesante había sido la caza de un gorrión en el jardín, pero su padre les dijo que lo dejasen libre o moriría de pena. Una vez que llegamos a la verja de la entrada, tiró de mi brazo y me dio un beso en la mejilla.

Me marché a casa para curarme de nuevo las heridas de la espalda, que ya empezaban a cicatrizar, antes de ir a la editorial. Después de dejar que el alcohol me regase la espalda, me vestí y me senté en la mesa. Noté que las teclas de mi máquina eran más duras que las de Graus. Abrí el cajón del escritorio para echarle unas gotas de aceite y encontré la carta que Ángel le había escrito a Lena. La leí de nuevo y recordé la razón por la que había decidido ir a Graus. Debía ir al registro de la propiedad, a ver lo que averiguaba. Pero debía pasarme toda la semana encerrado en la editorial, recuperando las clases que no había dado. Al salir, además, debía aguantar la compañía de Guillermo, que iba a confesarme que se casaba con mi mujer. Sentí cómo la rabia crecía en mi interior y le pegué un puñetazo a la mesa que hizo temblar la máquina de escribir. Introduje un folio en blanco y comencé el siguiente capítulo de la novela.

16

Al salir del aula y despedir a todos con viento fresco, me sentí agotado. Víctor se quedó rezagado. Nadie podía tener idea de lo que era pasar una tarde entera rodeado de niños haciendo preguntas sin cesar, pidiendo una opinión tras otra sobre sus relatos. Tenía ganas de meterme en la cama y no volver a despertar jamás. Salimos del edificio. Como de costumbre, yo fui el último en salir y el encargado de cerrar las puertas antes de marcharme. Caminé con Víctor hasta que él cogió el tranvía en dirección a su casa.

—¿Eres el único al que no le viene a buscar el chófer?

—Supongo. Me da igual, me gusta ir andando y coger el tranvía. No sé por qué los de mi barrio lo critican tanto. Es divertido.

—Sí, yo tampoco sé por qué lo critican. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Subió al tranvía y yo me dirigí a casa. Lo que más me apetecía en ese momento era echarme en el sofá y apagar la luz. Sandra estaba trasteando en la cocina. Entré y comprobé que estaba preparando la cena.

—Pensaba hacerla yo —dije—, pero tengo que recuperar las horas en la editorial.

—No te preocupes, se me da bien cocinar.

—Eso es cierto.

Antes de volver a casa, había pasado por el mercado y comprado provisiones para una semana.

—Está casi lista.

Puse la mesa y nos sentamos a disfrutar de un cocido.

—Germán me ha preguntado por ti —dijo con timidez mientras se metía una cucharada en la boca—. Quiere saber cómo llevas el asunto de Guillermo. ¿Qué asunto es?

Me quedé mirando los garbanzos.

—Coraline va a casarse con él.

Se le cayó la cuchara al plato.

—Pero si está casada contigo.

—Eso da igual.

—¿Cómo va a dar igual?

—Da igual, Sandra. La mayor parte de las cosas que hagas en esta vida van a dar completamente igual. Deberías acostumbrarte a ello.

—Estoy aprendiendo a hacerlo.

Abi hizo su aparición estelar pidiendo su comida, arañando los calcetines de Sandra.

—Ya voy, pesado —le dijo.

Echó un cazo pequeño de cocido en su plato, lo dejó comiendo y volvió a sentarse. A falta de otra conversación más interesante, le pregunté por su día de trabajo.

—Bien. Ha ido bien. Es entretenido. Ha entrado mucha gente a la tienda preguntando por las novedades. Y muchos preguntan por tus novelas. Están deseando leer la siguiente.

—Me alegro por las ventas. ¿Te gusta trabajar allí?

—No está mal.

—Pues aprovéchate de la situación. Germán es el mejor jefe que podrás tener.

Llamaron a la puerta. «Guillermo», pensé.

—Ya voy yo —se ofreció Sandra.

Escuché su voz desde la puerta. Guillermo no venía solo.

—Mira, si es la preciosidad. ¿Está tu hermano?

—En la cocina.

Entró sin llamar a la puerta. Llegaba acompañado de otro hombre algo menor que él.

—Si está aquí mi amigo del alma. ¿No nos invitas a un vino?

—No tenemos vino.

—Oh, es una pena —dijo, ocupando el sitio de Sandra, que con mucha agudeza se había refugiado en su cuarto—. Venga, vámonos.

—No he terminado.

Se puso en pie.

—He dicho que nos vamos. Ya terminarás de cenar después.

Dejé allí el plato, cogí el abrigo y me aseguré de llevar las llaves encima. El que debía ser otro compañero de Guillermo nos esperaba en un coche oficial, en el portal, y discutía con el nuevo portero sobre la potencia del auto. Subimos en la parte trasera. Yo me coloqué en medio. Me sentía como si me fuesen a secuestrar. Guillermo olía a vino y se comportaba como un estúpido, adjetivo que le había asignado cada vez que me cruzaba con él desde su ingreso en la Benemérita. Atravesábamos las calles mientras gritaban, reían y fumaban farias que a mí me revolvían el estómago. Estaba deseando salir del coche. El conductor bebía de una botella de champán al mismo tiempo que giraba un cruce tras otro. Parecía que no sabía hacia dónde se dirigía. Los bares y tascas de mala muerte y peores compañías se amontonaban como cartas en un castillo de naipes. Parecían arremolinarse unos sobre otros. Estaba seguro de que había sido cliente de aquellos tugurios en más de una ocasión. Aparcaron a los pies de una iglesia y bajamos del coche. Guillermo cogió la botella de champán del asiento del copiloto y me la ofreció.

—Vamos, echa un trago. Te gustará. Es francés, el mejor champán del mundo. Estamos de celebración —dijo.

—¿Ah…, sí? ¿Qué celebramos?

—Mi despedida de soltero. Vamos por esa calle.

Intenté adivinar el tiempo que iba a tardar en decirme que estaba comprometido con Coraline. Pasó su brazo sobre mis hombros y me llevó hacia la conocida como *calle del Pecado*. Allí se aglomeraban burdeles, bares y pensiones de mala muerte para el disfrute de los placeres prohibidos, como anunciaban de una u otra forma la práctica totalidad de los locales por los que pasábamos. Era una calle recta e interminable, de establecimientos de una planta, no como las pensiones, que llegaban a tener cuatro. Las sombras que se veían a través de las ventanas dejaban clara la furia que guardaban algunos de los visitantes y los gritos de las complacientes siervas del placer, que sabían interpretar su papel a las mil maravillas, haciendo que los hombres se creyesen los reyes del mambo y los mejor dotados de toda la ciudad. Había cuarentonas desgastadas de la vida que enseñaban más de lo que debían. Algunas levantaban sus faldas para dejar ver lo que, aunque a mí no me apetecía, a mis acompañantes les hacía mucha gracia. También vimos niñas de apenas quince años que, enseñando menos que las de cuarenta, intentaban ocultar su edad a base de maquillaje y pintalabios de colores que en nada les favorecían. Pensé en que Sandra podría estar en su lugar, de no haberme podido quedar con ella. Sentí unas ganas repentinas de marcharme de allí.

—Vamos, hombre, anímate, a ver si va a resultar que eres de la acera de enfrente —dijo uno de los hombres.

—No insultes a mi amigo. Es más de esta acera que cualquiera de nosotros —me socorrió Guillermo, sin saber muy bien por qué había salido en mi defensa.

Me condujeron a un local al que no dudaron en entrar. Lo debían conocer a la perfección. La puerta de entrada tenía tallada en relieve una mujer como su madre la había traído al mundo. El local se llamaba *Las Brujas de la Sodomía*. Saludaron al portero de una forma que me hizo pensar que lo conocían demasiado y entramos. Las paredes estaban pintadas de rojo oscuro. Las cortinas eran de rojo oscuro. Los vasos en los que se servían los tragos estaban teñidos de rojo. Todo era rojo. Desde las lamparillas colocadas sobre las mesas, pasando por los sillones y sofás agujereados por cigarros y puros, hasta las baldosas del suelo. Había un escenario al fondo con el telón echado.

—Buenas noches tengan los señores.

Una mujer joven y de suculentas formas se acercó a nosotros. Iba medio desnuda y llevaba los pechos completamente descubiertos. Agarró el trasero de Guillermo, que le devolvió el gesto mientras paseaba sus labios y su lengua por los pezones de la chica.

—¿Me ha echado de menos mi mulata favorita?

—Ya lo creo, cariño. Venid, vuestra mesa está preparada. Os traeré a unas chicas para que las seleccionéis.

—Así me gusta.

Nos guio a una de las mesas más alejadas, al fondo del local. Guillermo pidió una botella del licor más fuerte que tuvieran y la mujer se marchó sonriente, contoneando el trasero. Los dos acompañantes, unos amigos de Guillermo a quienes aún no me había presentado formalmente, observaban con la boca abierta a una chica que se colocó sobre un hombre e intentó desabrocharle los pantalones.

—Deberías borrar esa cara de panoli asustado que llevas, o las chicas te comerán vivo. Les encanta la carne fresca.

Guillermo encendió otro faria, recostado sobre el sofá. De pronto comenzó a sonar un piano y el telón se abrió.

Todos los hombres del local, exceptuándome a mí, comenzaron a aplaudir y a silbar.

—Este es mi espectáculo preferido —añadió Guillermo, sin quitar ojo al escenario.

Un grupo de mujeres se situó en el centro del escenario. La música del piano se animó. Comenzaron a danzar un típico baile de cabaret, enseñando el trasero y las vergüenzas ante un público enteramente masculino, borracho y enloquecido. Algunos de ellos hablaban de las partes más íntimas de la mujer como nunca habría podido imaginar ni siquiera dedicándome a escribir literatura picante, como la que en una ocasión encontré en el cajón de la mesa del cura Severino, mi profesor de antaño. Si hubiera podido hacerme desaparecer, no se me habría ocurrido mejor momento que aquel. La mulata regresó acompañada de diez chicas muy jóvenes que hicieron un paseíllo ante nosotros para que nos decidiéramos por alguna de ellas, como si de ganado se tratase. Los tres energúmenos con los que iba a compartir la velada no dudaron en elegir, quedando a la espera de que lo hiciese yo.

—Guillermo, yo no soy hombre de prostíbulos. Lo sabes.

—Oh, sí, tú eres hombre de una sola mujer, ¿verdad? Eso es porque no lo has probado. Tú, Laurita, para mi amigo el escritor.

Una joven rubia disfrazada de sirena aguamarina se sentó a mi lado y colocó su mano sobre mi muslo. Intenté que la bajase un poco, pero no lo permitió. El resto de las chicas ya se habían marchado. La mulata regresó con una botella y unos vasos de chupito.

—A disfrutar —nos brindó guiñándole un ojo a Guillermo, y corrió unas cortinas transparentes. Cuando quise darme cuenta, las chicas

les habían quitado las camisas a mis tres acompañantes. Laurita intentaba quitármela a mí. La detuve.

—Guillermo, me marcho de aquí. Gracias por todo, pero no me gusta este sitio.

Empujó a su chica a un lado y la tiró al suelo.

—Deberías empezar a acostumbrarte. Y deberías olvidarte de que Coraline vuelva a estar contigo. Me voy a casar con ella.

Ya conocía la noticia, pero al escucharlo de su boca me pareció que era la primera vez que la oía.

—Pues disfruta de ella. Y no dejes que se entere de que vienes a estos antros.

Di un paso para irme y me sostuvo el brazo.

—Ella sabe que vengo aquí. Eso le da igual, yo puedo darle una vida mejor que la que tú podrías haberle ofrecido, por eso te dejó. Habrás cumplido tu sueño de escritor, pero la has perdido a ella. Espero que disfrutes de los recuerdos. Y no te preocupes demasiado: vivirá bien aunque yo venga a estos *antros*, como tú los llamas. Ella es un trofeo que ansiaba desde hacía tiempo, y ya lo tengo.

Sentí el impulso de cruzarle la cara a golpes, pero sabía que si lo hacía me aguardaría una larga temporada en un calabozo y no quería repetir la experiencia. Con tres días había tenido más que suficiente. Me marché de allí mientras la sirena azul se unía a la juerga de Guillermo, que, a falta de una, se quedó en compañía de dos mujeres.

Salí de aquel sitio ignorando a las chicas que me ofrecían pasiones inconfesables y llegué a la calle del Coso un rato después. Hacía frío. Me senté en un banco oculto a la luz y pensé en la vida que le esperaba a Coraline al lado de Guillermo. Primero la odié por haberme abandonado por ese hombre que ni siquiera la quería y la

veía como un trofeo. Me pregunté cuánto tiempo llevaban viéndose antes de que se hubiese decidido a plantarme. Me sentí el hombre más miserable del mundo cuando pensé que se merecía lo que Guillermo pensaba de ella. Después, llorando como un niño, comencé a propinarle puñetazos al banco de madera hasta que me sangraron los puños. Quería desaparecer. Mi vida no valía la pena, pero Sandra me necesitaba. Una vez más, ella era el pilar de mi vida. Gracias a su existencia había seguido adelante en el orfanato y en casa de mis tíos. Gracias a ella había aspirado a tener un trabajo mejor y dedicarme a escribir. Gracias a ella había luchado por tener una vida que mereciera la pena. Regresé a casa pasada la una de la mañana. Las calles estaban a oscuras. El portero roncaba con los pies apoyados sobre el mostrador. Subí las escaleras. Las gotas de sangre que se escurrían entre mis manos pintaban un leve sendero rojo en el suelo. Abrí la puerta de casa y ahí estaba Sandra, despierta, a pesar de que tenía que madrugar al día siguiente.

—¿Que te ha pasado en las manos? —preguntó asustada.

—Nada, no tiene importancia.

Frunció el ceño. Fue directa a la cocina a calentar agua. Me lavó las heridas de los nudillos y les aplicó alcohol con un algodón, soplando para evitarme el escozor, como yo solía hacerle de pequeña. Me vendó los dedos uno por uno y nos fuimos a dormir sin mediar palabra.

Pasé aquella semana de clases extraordinarias levantándome tan tarde como me era posible. Tenía el tiempo justo para comer y salir pitando. Víctor solía acompañarme calle abajo hasta coger el tranvía que lo llevaba a su casa. Me contaba trivialidades típicas de su edad. Me decía que Cristina le preguntaba por mí, que cuándo iba a volver a merendar con ellos.

—Ahora mismo no puedo, sabes que paso aquí el día entero, y cuando llego a casa, me dedico a escribir.

Era cierto. Sandra me esperaba al salir de la escuela con la cena servida. Después de recoger la mesa y fregar los platos, me encerraba en mi salita a escribir. Tenía el libro casi a punto. Más tarde comenzaría de nuevo con las hazañas que me daban de comer, hazañas sobre héroes nocturnos sin nombre y sin rostro que tanto gustaban a los lectores.

El martes, a las nueve en punto de la noche, recobré mi libertad con la editorial. Había recuperado las horas que debía a los alumnos y pude volver a la rutina que tanto deseaba acariciar cada día. Además, ahora dispondría del tiempo suficiente para dedicarlo a mis indagaciones sobre la casa de Víctor Rosas y sus antiguos propietarios. Nada más llegar a casa, sin hambre, me senté frente a la máquina de escribir. La noche anterior conseguí acabar el manuscrito que había empezado en Graus y solo me quedaba repasarlo. Sin embargo, aquella noche la dedicaría a falsificar un documento oficial que me otorgase poderes legales para acceder a los papeles, registros, bienes y todo lo que hiciese falta de la familia De León. Lo más complicado sería fabricar un sello oficial.

El plan era el siguiente: me haría pasar por un abogado catalán al que enviaban de un reconocido bufete que, aunque tenía su sede en Barcelona, seguía abriendo despachos en Madrid, San Sebastián, Sevilla y en breve abriría otro en la capital del país galo. La experiencia me decía que cuanto más prepotente y con más desdén actuase y hablase, menos preguntas harían. Y más valía que fuera así.

Apenas me costó escribir el informe. Lo más complicado fue dibujar a mano un sello que no levantase sospechas. Se me ocurrió que si se trataba de un bufete de abogados religioso, todavía harían

menos preguntas. Dibujé un círculo dentro de una cruz, con una B a un lado y una A al otro, y en la parte inferior escribí el nombre del bufete: *Barcelona Asociados*.

No era muy original, pero serviría. A la mañana siguiente, Sandra libraría en la tienda y me acompañaría a recoger la muda nueva que tanta falta me hacía. Compraría un traje que me disfrazase de abogado y una buena camisa, y si encontraba un sombrero fino y no demasiado caro, también lo compraría.

Así fue como aquella noche inicié la investigación que acabaría cambiando mi vida, descubriendo lo más ruin del ser humano y lo que podía hacer la codicia, dándome cuenta de que a pesar de que mi infancia no había sido la mejor, muchas personas que parecían tenerlo todo, en realidad, no tenían nada.

Segunda parte

Infiernos

1

El edificio del registro de la propiedad estaba ubicado en la calle del Coso. Era de construcción antigua, con demasiadas gárgolas y dos figuras de piedra dispuestas a atacar a todo aquel que se atreviera a entrar por la puerta. Apenas había personas caminando por la calle. El día estaba gris y parecía que comenzaría a llover de un momento a otro. No invitaba a salir a la calle. Respiré hondo y eché un vistazo más a la cartera nueva donde había escondido el papel que debía presentar ante el funcionario de turno. Alisé el traje nuevo, que no pegaba demasiado con los zapatos que acababa de limpiar, y me abroché el abrigo. Observé las esculturas de piedra y pensé en el tiempo que debían de llevar aguantando el peso del edificio, amenazantes. Recordé el miedo que me daba pasar por allí cuando de niño escapaba de casa de mis tíos, aprovechando sus largas siestas de tres horas.

Cogí aire, como si fuera a ser la última vez, encendí un cigarrillo y entré andando muy erguido y con ese aire de chulería que había visto en los abogados que paseaban con sus carteras y sus corbatas por el paseo de la Independencia. El suelo de mármol hacía retumbar mis pasos. Estaba bastante oscuro, a pesar de que había grandes ventanales al fondo, y las luces se mantenían encendidas en un techo de no menos de cuatro metros de altura. Había un cuadro del Generalísimo presidiendo la estancia, bajo cuya mirada quedaba todo vigilado. Me acerqué a un mostrador de madera demasiado alto

para una persona de estatura media como yo. Dejé la cartera sobre él y llamé, fingiendo como pude un acento catalán.

—¿Hay alguien?

Me costaba mucho mantener la pose. Esperé un minuto y volví a llamar. Por un pasillo, a mi izquierda, apareció un señor octogenario. Llevaba unas gafas de culo de vaso y solo tenía pelo sobre las orejas. Vestía camisa blanca y un pantalón negro que sujetaba con unos tirantes.

—Perdone, señor. ¿Qué desea?

Pasó tras el mostrador y se quedó mirándome. Esbozaba una sonrisa de medio lado y exhibía una boca sin dientes. Aquel hombre había vivido mucho y nada bueno, al menos esa fue la sensación que me dio. Intenté mantener la compostura.

—Verá, me envían del despacho de abogados Barcelona Asociados. He de revisar los archivos relacionados con la familia De León. Aquí traigo los papeles que me autorizan a hacerlo.

La chapa que llevaba colgada indicaba que se trataba del guardia de seguridad.

—Discúlpeme, señor, pero yo no soy quien se encarga de los archivos. El funcionario ha salido y no suele regresar hasta el día siguiente.

Asentí. Tenía la voz ronca y tosía.

—Está bien —dije—. Regresaré otro día.

—Perdone, pero no he terminado de hablar. Quería decirle que no soy el funcionario encargado de los archivos, no soy más que un simple vigilante que lleva trabajando aquí desde que inauguraron este edificio como museo taurino hasta que lo cerraron. Después de la guerra lo volvieron a abrir como registro de la propiedad. El encargado le tiene una manía a los catalanes…, no los puede ver ni en pintura, así que lo más probable es que lo mandara a usted a

escaparrar[1] y lo tuviera dos o tres días dando vueltas y gastando dinero en hoteles y restaurantes. —Asentí—. Pero yo tengo una hija y una nieta viviendo en Barcelona y me consta que les va muy bien allá. Tienen un estanco —guardó silencio unos segundos—. Así que, si usted mantiene la boca cerrada, puedo hacerle un pequeño favor.

Respiré aliviado.

—Se lo agradeceré eternamente.

—Bien. ¿De quién me ha dicho que se trata?

Me dijo que esperase allí hasta que regresara. Tardó media hora en regresar con una caja desgastada y con las esquinas rotas.

—Esto es lo que he encontrado. Si me acompaña, le llevaré a una sala para que les eche un vistazo, ¿le parece bien?

—Me parece que es usted un santo. —Rio.

—Si me hubiera conocido en mis años mozos…

Cogí la caja. Aquel hombre me condujo por el pasillo por el que había aparecido hasta una salita con doble puerta. Había una mesa larga y de madera oscura con sillas a juego.

—Puede sentarse donde quiera. Yo estoy en la sala contigua. Cuando acabe, avíseme.

—Gracias otra vez.

—No me las dé. Para lo que me queda en este mundo, tanto me da.

Me quedé a solas. Comencé a extender las carpetas abiertas y a leer todos los papeles que encontré. Unos eran de Matilde, otros de Rafael.

La casa de los Rosas fue levantada por el padre de Matilde, que más tarde la puso a nombre de su hija. Después cambió de propietarios: Arturo y Ángeles Rosas. Comprobé que el piso de la calle Rufas era también propiedad de Matilde. Además, había una

tercera propiedad en Formigal, otro pueblo del Pirineo que hacía frontera con Francia, que había sido adquirida a finales del 35.

Por otro lado, la única propiedad a nombre de Rafael era la fábrica de vidrios que aparecía en la fotografía, que ahora pertenecía a Roberto Golé. Nada más. Aquello me resultó extraño. ¿Cómo era posible que el dueño de una fábrica de vidrios careciera de propiedades a su nombre? Tendría tiempo para averiguarlo. Me levanté de la silla y comencé a buscar papel en los cajones del armario del fondo. Encontré folios y tinta. Anoté todo lo que me pareció necesario y volví a dejar la tinta en su sitio. Al final del folio escribí que tenía que hacer una visita al registro civil para comprobar el nuevo domicilio de Matilde y Rafael, que no me costó imaginar que radicaría en la casa del Pirineo. Aunque, por otro lado, tal vez estuvieran viviendo en una casa alquilada en Zaragoza. ¿Cómo si no iba a ser ella quien hubiera entrado en nuestras casas? Tal vez hubiera venido por algún motivo que no alcanzaba a entender y se hubiera hospedado en un hotel por unos días. Por otro lado, tampoco podía imaginar la razón por la que habían vendido la fábrica para retirarse. Estaba claro que les habrían dado un buen dinero por ella, pero también estaba claro que si una fábrica funciona, no se vende. Tal vez Rafael pensara que su hijo fuera el heredero y a su muerte había decidido abandonarlo todo. Cuanto más avanzaba en la investigación, más perdido me encontraba. Recogí todos los folios en sus carpetas y salí de aquella habitación. Llamé a la puerta de al lado, como me había indicado el vigilante. No obtuve respuesta. Llamé de nuevo y tampoco respondió. Dejé la caja en el suelo y abrí. Estaba de espaldas a la puerta en un cuartito con la radio encendida. Reposaba los pies descalzos sobre una pequeña mesa y tenía el bocadillo a medio comer encima de unas hojas de periódico.

—Disculpe, ya he terminado.

No respondió.

—¿Señor?

No se movía. Me acerqué a él lentamente. Tenía los ojos medio cerrados y la boca abierta. No respiraba. Había muerto mientras yo miraba los papeles de los De León. Lo primero en lo que pensé fue en avisar a alguien, pero me di cuenta de que no sabía a quién. Podía avisar a la Guardia Civil, pero sabrían que me había dejado revisar unos papeles sin tener autorización para hacerlo. También podía decirles que lo había encontrado muerto y esconder la caja, pero eso significaría que me había colado por mi cuenta en un lugar oficial.

Lo dejé allí, sin más. Cogí la caja y me marché andando a casa. Al entrar en el edificio, comprobé que el nuevo portero no era demasiado eficiente. Ni estaba en su puesto ni me crucé con él al subir las escaleras. Entré en casa. Habíamos dejado la ventana de la sala de estar abierta y hacía frío. Dejé la caja sobre la mesa y me apresuré a cerrar. Encendí la estufa, pero solo conseguí llenar toda la casa de humo. Tuve que abrir de nuevo las ventanas para ventilar. El antiguo portero se encargaba de llamar a un deshollinador una vez al mes para que limpiase el tubo común de las estufas de todo el edificio, pero el nuevo no se enteraba de gran cosa. Cuando se hubo ventilado todo, cerré, y la casa comenzó a calentarse. Cogí la caja, me senté en el sofá frente a la estufa y empecé a repasar los papeles otra vez. No encontré nada. Volví a meter todo en la caja y la escondí bajo mi cama, que necesitaba un escobado urgente. Me metí en la cocina y busqué por los armarios. Había fideos en un bote decorado con hadas, como le gustaban a Sandra. Encontré un hueso de jamón que habíamos usado un par de veces y unos cuantos huevos. Puse agua a calentar y cuando rompió a hervir añadí el

hueso y un puñado de sal. Cuando los fideos estaban casi cocinados, metí unos huevos a cocer. Miré la hora. Sandra debía estar a punto de llegar a casa. Apagué el fuego, puse la mesa, la sopera en el centro con el cazo dentro, y me senté a esperar en una silla. Alguien llamó a la puerta. Pensé que Sandra se habría olvidado las llaves y me levanté a abrir. Tenía ganas de contarle lo que había encontrado y la investigación que estaba dispuesto a seguir.

Nunca habría imaginado quién estaba detrás de la puerta. Sentí un escalofrío al ver sus rostros pálidos como la nieve y sus ojos hundidos en las cuencas, vestidos como siempre los había recordado, sus cuerpos larguiruchos y demasiado delgados, y la avaricia marcada en su cara. Hacía al menos cinco años que no veía a mis tíos. Y su presencia tan repentina me hacía pensar que no querían nada bueno. Sonreían con dientes afilados y amarillos.

—Hola, sobrino —dijo mi tía—. ¿Podemos pasar?

2

Los hice pasar y se acomodaron en el sofá. Aparté la mesa y me senté frente a ellos en una silla. Parecían dos calaveras humanas con una tez completamente blanca. Daba la sensación de que se les veían las venas alrededor de la boca y en la frente. Mi tía, más alta que mi tío, se sentó a la derecha, erguida con ese aire de superioridad que solo ella sabía mantener vestida con ropas viejas y cosidas cien veces. El pelo, castaño, lo llevaba recogido en un moño que empezaba a tornarse canoso. Mi tío exhibía el mismo aspecto que ella, pero más pequeño. Con el pelo negro y con claros. Nunca supe si se afeitaba todos los días o por el contrario no le había llegado a salir barba. Los dos ojeaban a su alrededor, escudriñando mi casa.

—Una casa preciosa, Iván de Luarte —dijo mi tío.

—¿A qué habéis venido?

Se miraron entre ellos. Parecían más hermanos que marido y mujer.

—Menuda sorpresa nos llevamos cuando nos enteramos de que eres quien escribe esas novelas: Iván de Luarte. ¿Por qué te cambiaste el apellido? ¿No querías que nos enterásemos?

—Fue cosa del editor. ¿Qué queréis?

Quería que se marchasen lo antes posible.

—Se ve que las cosas te marchan muy bien —dijo mi tío, extendiendo los brazos—. No hay más que mirar alrededor. Esta casa vale mucho dinero.

La puerta se abrió. Sandra llegaba a casa.

—Hola, Iván, he traído unos libros que me ha dado Germán. Me ha dicho que te los regala, que seguro que te gustan… —Se quedó en silencio al ver a mis tíos y se le cayeron los libros al suelo.

—Vaya, Sandra, cómo has crecido —dijo mi tía.

Me acerqué a ella, cogí los libros y se los di. Le dije que se fuera a su habitación.

—¿No vas a darnos un beso?

—Cállate —grité.

Sandra se fue a su cuarto mirando al suelo y agarrándose a los libros. Regresé a mi silla frente a ellos.

—Continuaré —dijo—. Sabes que mientras estuvisteis a nuestro cargo no os faltó de nada.

Bufé, me puse en pie y me dirigí al armario en el que guardábamos el brandy y los vasos. Me serví uno y lo bebí de un trago, dándoles la espalda.

—No te enseñamos a tratar así a las visitas —añadió mi tía.

—Se me habrá olvidado.

Me serví otro vaso y me senté.

—No teníamos grandes cosas cuando os acogimos en casa. Nos costó mucho tomar la decisión de traeros con nosotros y cuidaros como si fueseis nuestros propios hijos. Fue el padre Juan quien se puso en contacto con nosotros. Ya sabes que primero rechazamos la oferta de cuidaros, pensábamos que estaríais mejor atendidos en el orfanato, pero después empezó a crecer un gran pesar en nuestro corazón. Os imaginábamos correteando por casa, echándonos una mano de vez en cuando. —Sentí ganas de vomitar—. Así que un día fuimos al orfanato. El padre Juan arregló los papeles para que vinieseis a nuestra casa con nosotros. Reconozco que fuisteis algo desagradecidos, especialmente tú, que en cuanto tuviste edad

suficiente te marchaste, sin contar con que todos los días te escapabas de casa sin decir adónde ibas.

Esas escapadas habían sido mi forma de labrarme un futuro en la editorial, escobando.

—No voy a consentir que vengas a mi casa contando mentiras de ese calibre —dije, acabándome la bebida.

—No son mentiras, hijo —dijo mi tía—, será que no lo recuerdas bien. Andabas muy perdido entre la muerte de tus padres y tanto cambio de dirección. Después de quedaros huérfanos, fuisteis al orfanato, y después a nuestra casa. Es normal que confundas las cosas.

—No confundo nada. Lo sabéis.

Mientras contaban su miserable versión de los hechos, me formé una idea de la razón por la que habían aparecido de pronto.

—No resultaba fácil mantener la familia con el sueldo tan mísero que ganaba en aquella fábrica.

—Ya, pero supongo que las aportaciones del Gobierno por mantenernos ayudaban.

—Bah, una miseria, apenas daba para comprar telas y haceros la ropa —intervino mi tío.

Fruncí el ceño.

—La ropa que llevábamos Sandra y yo era herencia de los vecinos de arriba.

—Eso no es cierto. La debes de estar confundiendo con la ropa que os proporcionaba el orfanato, esa sí que era heredada. Podíamos comer, y nunca os obligamos a dejar de estudiar para que trajerais dinero a casa.

—Porque si comenzábamos a trabajar, ya no había aportación del Gobierno.

—Sabes que eso no fue así. Queríamos que tuvierais una infancia agradable. Tu tía y yo tuvimos una niñez de trabajos forzados. Pasamos la infancia ayudando a nuestros padres en el campo, haciendo *bardizos*[1] y cogiendo tomates y pimientos. No tienes idea de lo que era aquello. Apenas podemos leer una frase entera entre los dos. De todas formas, no importa, da gusto ver que con nuestra ayuda habéis conseguido ser felices aquí los dos juntos. Tu marcha fue un golpe muy duro para nosotros, pero todavía fue peor cuando vimos que venías a llevarte a Sandra.

—Si hubiera podido llevármela antes, lo habría hecho, sin lugar a dudas —dije con orgullo.

Mi tía se estaba poniendo nerviosa. Alisaba su falda una y otra vez. Mi tío le puso las manos encima para intentar ocultarlo.

—Tu tía y yo estamos pasando una mala situación económica desde hace algún tiempo. Han reducido las horas de trabajo en la fábrica, y ella ya no puede coser. Tiene artrosis en las manos y le tiembla el pulso. Por eso creemos que es justo que ahora seas tú quien nos ayude a nosotros, Iván de Luarte. Todo lo que tienes ha sido gracias a nuestro esfuerzo, y aunque el orgullo que heredaste de tu madre te impida admitirlo en voz alta, lo sabes. Creemos que nos corresponde un porcentaje de lo que has ganado con los libros. Si hubiéramos dado contigo cuando comenzaste tu carrera de literato y nos hubieras devuelto lo que nos correspondía, ahora la cantidad no ascendería a tanto.

Rebuscó algo en su bolsillo y me tendió un papel doblado con una cantidad escrita. Reí y lo arrugué.

—Estáis locos si creéis que voy a daros lo que me pedís.

Mi tío encogió los hombros. Mi tía se miró las palmas de las manos.

—No me esperaba otra cosa de ti. Debimos usar más mano dura contigo, así tal vez ahora no serías tan caprichoso. La culpa es de tu tía, que os dio demasiado bien de comer, aunque eso significase que ella tuviera que guardar ayuno. Pero no importa. Encontramos un abogado que trata estos casos. Nos aconsejó que te hiciésemos primero una visita amable. Yo sabía que no serviría de nada, pero tu tía ha insistido. No me resulta agradable tener que denunciar a quien considero mi propio hijo, pero mi situación me obliga a ello.

No podía creer lo que estaba escuchando.

—Nos marchamos. —Se pusieron en pie y se dirigieron a la puerta. No me molesté en moverme de mi sitio—. Me habría gustado poder visitaros por otro motivo, ¿sabes? Nos sorprendió saber que tú eras el escritor que se hacía llamar Iván de Luarte. Ahora lo tengo claro: no creo que tenga nada que ver el editor; creo que lo hiciste para que no diéramos contigo y quedarte con todo. A pesar de lo que hicimos por vosotros… Sabes dónde encontrarnos. Si en una semana no nos has entregado la parte que nos corresponde, nos veremos obligados a formular acusaciones legales contra ti, sobrino.

Cerraron la puerta. Sentí el impulso de estamparles el cráneo contra la pared y que dejasen de respirar. Hacía cinco años que no tenía noticias suyas, desde que pude escapar con Sandra de su casa, y ahora venían reclamando prácticamente todo lo que tenía. Pero no iba a dárselo bajo ningún concepto.

—¿Se han ido ya?

Sandra asomó la cabeza por la puerta del pasillo.

—Sí, se han ido.

—¿Qué querían? —dijo acercándose despacio. Pude ver el temor en su mirada.

—Nada. Solo tocar un poco las narices. Anda, vamos a comer, que se enfría.

Durante la comida, Sandra mantuvo una conversación animada sobre su trabajo en la librería. Me habló de los libros que había vendido y las propinas que le dejaban. Yo asentía y sonreía, fingiendo que le prestaba atención, cuando en realidad tenía la cabeza en la visita de mis tíos y pensaba en las consecuencias que podía tener. Recogimos la mesa. Sandra se marchó de nuevo a la librería. Yo me quedé en casa sin apartar los ojos del papel con la cantidad que me acababan de reclamar. La estufa se había apagado, pero no me sentí con ganas de volver a encenderla. Miré la hora y vi que era pronto para ir a la editorial. Salí de casa y cerré la puerta con tres vueltas de llave. Bajé las escaleras muy deprisa y ni siquiera me molesté en devolverle el saludo al portero. Caminé con rapidez hasta plantarme frente al edificio de la editorial. Empujé la puerta. Los pasillos y las aulas estaban vacíos a esas horas. Fui directo al despacho del jefe editor y llamé.

—Adelante, quienquiera que sea.

Entré.

—Ah, hola, Iván. Pasa, siéntate.

Me senté mientras miraba el reloj.

—Es muy pronto para tus clases. Estaba a punto de prepararme un café en el hornillo que tengo en el armario. ¿Quieres uno?

—No, gracias, Pablo; mi visita no es de cortesía.

— ¿Pasa algo? —Asentí—. ¡Ay, Dios mío! ¿Qué habrás hecho ahora?

—Yo, nada: mis tíos.

Dejó los papeles que revisaba sobre la mesa, se quitó las gafas y me miró directamente.

—¿Tus tíos? ¿De los que te escapaste con tu hermana?

—Los mismos.

—¿Qué ocurre con esos?

Cogí aire y procedí a contarle la visita que había tenido a la hora de comer. Sopló.

—¿Tu entiendes de leyes, verdad? —Asintió—. ¿Qué consejo me das?

Apoyó los codos en la mesa y se frotó la cara contra las manos.

—Si llegan a denunciarte, puede que más de un juez vea que debes ayudarlos ahora, ya que ellos te ayudaron a ti en su momento.

—No lo hicieron.

—Lo sé, yo mismo vi más de una vez las marcas que tenías en los brazos, esas que siempre intentabas esconder. No pongas esa cara, que uno no es tonto. Si cuentan las cosas tal como te las han planteado a ti, y lo harán, lo tienes difícil. Dirán que eras muy pequeño para acordarte de lo que ocurría entonces. Dirán, como ya lo han hecho, que eres un desagradecido, que vivías en un mundo de fantasía y no eras consciente de la realidad.

Suspiré y maldije mi suerte.

—La verdad, creo que lo tienes bastante mal.

—Entonces, ¿qué tengo que hacer? ¿Darles el dinero? No estoy dispuesto a dárselo.

—Por otro lado —siguió—, tienes algunas cartas a tu favor.

—Pues ya me dirás cuáles.

Gruñó.

—De verdad, Iván, a veces pareces tonto. Tus cartas somos Germán, tu hermana y yo. Puede que tu lucha por hacerte tutor legal de Sandra, cuando tuviste edad para hacerlo, dé que pensar al juez de turno. Tanto Germán como yo sabemos cómo te iba bajo la tutela de tus tíos, pero ellos no dejan de ser tus familiares y puede que digan que en realidad no te ayudamos, que solo te queríamos explotar. Bueno, eso de mí, de Germán no sé qué dirían. Los dos

sabemos que te zurraban, aunque podrían decir que es mentira… ¡Dios mío, qué complicado es todo a veces!

Suspiré de nuevo. Tenía miedo de quedarme sin nada.

—¿Y qué debería hacer?

—Bueno, yo te aconsejo que reces para que les caiga un rayo encima y los parta en dos. Aparte de eso, no les pagues nada; además, si les pagaras algo, cada vez te pedirían más, y cuando te negaras, te amenazarían con denunciar. Ya veremos cómo marcha la cosa. Paciencia. Y no creas que va a ocurrir lo peor, porque si lo crees, ocurrirá.

—Entonces, si pienso que todo va a ir bien, también ocurrirá.

No dijo nada. Esas frases y pensamientos quedan bonitos en una novela, pero no suelen ser ciertas en la vida real. En la realidad, si algo puede ir mal, irá mal.

Se levantó de su asiento y se colocó a mi espalda, apoyando las manos en mis hombros.

—Pase lo que tenga que pasar, sabes que Germán y yo estaremos contigo para ayudarte en lo que sea.

—Gracias, Pablo.

—Bueno, venga, y ahora a clase, no hagas tanto el vago.

Sonreí y me marché, incapaz de asumir lo que se me venía encima.

Pasé el resto de la tarde en clase, mirando al vacío, obligando a los alumnos a escribir redacciones estúpidas que ni siquiera me molestaría en corregir. Aunque lo hubiese intentado, me habría resultado imposible dar una clase decente. No sabía la cantidad de dinero o de bienes que iba a perder. También había perdido a Coraline, que para colmo de males iba a casarse con Guillermo. Observé por la cristalera cómo el cielo se tornaba gris, como el día que llevaba, y comenzaba a llover. No podía dejar de mirar cómo el

agua resbalaba por la ventana. Cuando me quise dar cuenta, las lágrimas escapaban de mis ojos. De pronto sentí como una mano me tocaba el brazo y salí de la ensoñación. Víctor me miraba con expresión triste.

—¿Te encuentras bien?

La clase entera me observaba. Los alumnos sostenían las plumas en sus manos, dejando que las hojas se llenasen de gotas.

—Sí, Víctor, estoy bien —respondí, intentando sonreír.

—Es la hora de marcharnos —añadió.

No hizo falta que dijera nada. Al oír a Víctor, los chicos recogieron los folios sobrantes, dejaron los escritos sobre sus mesas y se marcharon en silencio. Nos quedamos a solas.

—¿Te ayudo a recogerlos? —ofreció.

—Te lo agradecería.

Víctor empezó por un extremo y yo por el otro.

—¿Por qué estas triste? —preguntó, sin atreverse a mirarme, avanzando mesa por mesa.

Guardé silencio unos segundos y lo observé, con la escasa luz que entraba del exterior, desde el fondo del aula.

Me acerqué a él y le pedí que se sentara. Yo tomé asiento frente a él.

—Verás, Víctor, a veces en la vida pasan cosas inesperadas. Unas veces son buenas…

—¿Como cuando te enamoras? —cortó.

Reflexioné.

—Sí, como cuando te enamoras. Y otras veces pasan cosas malas.

—¿Como cuando se muere alguien?

—Sí, como cuando se muere alguien a quien quieres. Cuando pasa algo malo y es inesperado, estás confuso y no sabes cómo

actuar, pero si se puede sacar algo bueno de eso es que descubres quiénes son verdaderamente las personas que te quieren.

Sonaba profundo, pero me sabía a veneno.

—Eso ya lo sabía. ¿Qué te pasa? Algo inesperado y malo, eso me lo imagino.

Sonreí.

—No es nada que deba preocuparte, Víctor.

—Entonces, no estás enfermo.

—No, no lo estoy.

—Ah, me alegro, porque con la cara de muerto que has tenido durante toda la clase y lo serio que te has puesto ahora me he asustado.

Reí y le pasé la mano por la cabeza, revolviéndole el pelo.

—A veces ocurren cosas con personas a las que no desearías volver a ver, personas que no esperabas que apareciesen, que han vuelto para aprovecharse de ti a base de mentiras.

—Vaya. Siento que estén las cosas así de mal. ¿Tienen solución?

—Sí, la tienen. Venga, vámonos, que es tarde.

Salimos del aula y bajamos las escaleras. Con la lluvia cayéndonos encima, llegamos a la parada del tranvía. Al pegársele el pelo a la cara, Víctor me pareció más inocente que nunca.

—Nos seguirás dando clase, ¿verdad? —parecía preocupado, como si creyese que los iba a abandonar.

—Claro que sí. Aunque no me pagaran por ello. —Sonrió.

Me sentía hundido y estafado. Me pregunté si en otra vida habría sido algún conquistador español, de esos que quemaban casas con sus dueños dentro, robaban y violaban, para merecerme lo que me estaba ocurriendo. Saludé al portero, que fumaba y leía el periódico, o hacía como que lo leía, y subí las escaleras como si arrastrase una carga de cien kilos. Abrí la puerta, entré en casa y eché la llave. No

me molesté en encender la luz para llegar al baño. Tenía la ropa empapada y tiritaba. Las gotas que chorreaba marcaron un sendero desde la puerta hasta la bañera. Sandra todavía tardaría un par de horas en llegar. Me había dicho que después de salir de la librería se acercaría al mercado a comprar unas bayas para hacer un pastel. Abrí el grifo del agua caliente y dejé que corriese con fuerza. Me quité la ropa y la dejé bajo el lavabo, en un cubo viejo de pintura. Me enrosqué la toalla para intentar calentarme. Cuando el agua alcanzó la mitad de la altura de la bañera, cerré el grifo, me metí dentro y dejé que el calor me calase en el cuerpo. A través de la pequeña ventana, en lo alto de la pared, pude ver que aún seguía lloviendo con fuerza. Era prácticamente de noche. No pensaba en nada, no quería hacerlo. Me veía a mí mismo metido en la bañera de agua caliente. El calor consiguió que me adormilara y decidí olvidar la visita que mis tíos me habían hecho hacía apenas unas horas. No recuerdo el tiempo que estuve metido en la bañera, pero al salir me sentí más cansado que cuando había llegado a casa. Aunque no tenía frío, noté que tenía algo de fiebre. Rebusqué entre la ropa del armario y me puse una bata de felpa. Entré en la cocina y encendí el fuego. Calenté la sopa, que se había quedado helada en la sopera. Cuando comenzó a humear, empecé a darle vueltas con intención de deshacer los grumos. Mientras lo hacía, un escalofrío me recorrió el cuerpo de arriba abajo. Puse la mesa para los dos y miré la hora. Al mismo tiempo que alzaba la vista, Sandra entraba en casa.

—Hola —saludó desde la salita de estar.

—Estoy en la cocina.

—Qué bien huele la sopa. —Entró—. Y la mesa puesta…, estás desconocido.

—No exageres.

—Estás sudando. —Se acercó a mí y me puso la mano en la frente.

—No es nada, un vaso de leche caliente con miel y mañana estaré nuevo.

—Ya. Deberíamos avisar al médico.

—No hace falta que lo molestes por una tontería como esta.

—Cómo se nota que no te ves la cara. Pareces un muerto.

Pensé que habían sido mis tíos, que me habían pegado lo que fuera que pudieran tener.

—Venga, a cenar —ordené.

Todavía no había dejado la cuchara en el plato cuando Sandra me había enviado a la cama. Me empujó por el pasillo y me impidió que me quitase la bata. Me arropó y me pasó la mano por la frente para comprobar si seguía teniendo fiebre. Abrió el armario, sacó otra manta, la puso sobre la cama y se fue a su cuarto a por la suya.

—Vas a coger frío —observé.

—No, tengo otra manta en la cama, esta nunca la uso. A dormir.

Me dio un beso en la mejilla y remetió la ropa de la cama. Me dio las buenas noches y cerró la puerta.

Antes de que consiguiera quedarme dormido, repasé las palabras de mi tío, que se resistían a dejarme descansar. «Desagradecido.» «Necesitamos la ayuda que nosotros os ofrecimos.» «Nos hiciste daño al marcharte.» Me entraron ganas de reír, pero no tuve fuerzas para hacerlo. Aunque la sopa me había sentado bien, me pesaban los ojos. Las mantas comenzaron a guardar el calor que desprendía mi cuerpo y empecé a sentirme cansado, hasta que sin darme cuenta me quedé dormido.

Aquella noche tuve un sueño extraño. La silueta de Matilde corría por las escaleras del edificio. Al darse cuenta de mi presencia, se volvía y me observaba; había estado llorando y tenía los ojos rojos.

Abría la boca y quería decirme algo, pero no me llegaba el sonido. Intentaba acercarme a ella, pero la escalera se deshacía a mis pies y yo caía en un agujero negro que escupía fuego.

3

Desperté sudado, viendo borrosas las líneas de luz que se colaban por la ventana. Me dolía todo el cuerpo, especialmente la espalda, que parecía tenerla acuchillada. Me incorporé y me sequé el sudor con la sábana. Tenía calor. Me quité la bata y salí al pasillo para llegar a la salita de estar. Pensé que tomándome un café me sentiría mucho mejor. Encontré a Sandra sentada en el sofá, ojeando un periódico.

—¿Qué haces levantado? ¡A la cama!

Negué.

—Tengo cosas que hacer. Voy a tomarme un café. Creo que después me sentiré mejor.

Apenas podía mantenerme en pie. Sandra vino hacia mí y me cogió del brazo para acompañarme de vuelta a la cama.

—He llamado al doctor desde el teléfono de los vecinos. Vendrá enseguida. También he avisado a la editorial. Les he adelantado que no podrás ir a trabajar, que estas más muerto que vivo, y a Germán le he dicho que me quedo a cuidarte.

—De eso nada. En un rato estaré bien y podré ir a trabajar, y tú también. Además, con lo caro que es el teléfono, tendremos que comprarles algo a los vecinos.

—Ya les he llevado un bizcocho que había hecho hace un rato.

—Hay que ver lo bien que te he educado.

—Venga, métete dentro.

El doctor no tardó en venir. Comenzó a sacar artilugios de una bolsa marrón abombada. Aparatos de metal y jeringuillas. Me auscultó el pecho, me tomó la temperatura, midió algo de la respiración, me preguntó si podía unir la barbilla al pecho, si podía flexionar las piernas sin dificultad y otras preguntas que no recuerdo. Tras el examen, dijo que mi problema había sido desafiar a la lluvia en invierno, y que si lo volvía a hacer, era muy posible que no lo llegara a contar. Tenía un resfriado de caballo que si no curaba bien podía acabar en neumonía, y, si eso ocurría, Sandra podía ir preparando mi funeral.

—No sea tan cenizo —dije.

—El cenizo eres tú, Iván, que a veces pareces tonto. A quién se le ocurre salir sin guarecerse, con la tromba que cayó ayer. Si es que los jóvenes no tenéis cuidado de nada.

—Tampoco es que sea tan joven —añadió Sandra desde su posición en la puerta.

—Muchas gracias.

—De nada —sonrió frescamente.

Finalmente, me recetó unas pastillas tres veces al día y me prohibió que me levantara de la cama más que para las necesidades inevitables. Así comenzó mi reclusión. A pesar de poder hacerlo yo solo, Sandra me ayudaba a llegar al baño, me servía las comidas ligeras y calientes en una bandeja y me dejaba comiendo en la cama. Trajo la radio y, después de desenchufar la lamparita de mesa, la colocó junto a la mesita. Aunque la fiebre remitió al cuarto día, el médico me dijo que aún estaba débil para trabajar o hacer esfuerzos, así que Sandra compró un mueble con una mesita extensible y la puso a la altura de mi pecho, donde colocó la máquina de escribir.

—Pero que no se esfuerce mucho, todavía está débil —dijo el doctor.

Al principio no me dejaba escribir más que una hora por la mañana y otra por la tarde. Después las amplió a dos, y más tarde, a las que me apeteciera. Sin hacer comentario alguno a Sandra, veía pasar los días en el calendario. Habían transcurrido nueve desde la visita de mis tíos y aún no habían dado señales de vida, por lo que empecé a creer que todo había sido un simple intento de sacarme los cuartos, aunque tampoco podía estar seguro del todo. El décimo día recibí una visita de Germán. Era el día que descansaba en la librería, y al parecer no tenía otra cosa más interesante que hacer que venir a visitar a un enfermo. Trajo una botella de jerez que le pasaban de tapadillo unos comerciantes de vinos que tenían un puesto permanente en la plaza del Pilar. Llamó a la puerta y entró sin esperar respuesta. Me alegré al verlo; no lo esperaba.

—Buenos días, mi general —saludó.

—Descanse —respondí.

—No tienes tan mal aspecto como me había dicho tu hermana.

—Ya sabes que exagera.

—O se preocupa mucho por ti.

Cerró la puerta.

—Es una buena chica.

—Lo sé.

—Un poco boba a veces.

—Eso es cosa de familia.

Reí.

Alcanzó la silla del rincón y la colocó a mi lado. Antes de sentarse fue hacia la ventana y la abrió de par en par.

—Hay que ventilar, o la enfermedad no se marchará de aquí.

Regresó a la silla. Llenó dos vasos de jerez y me tendió uno.

—No sé si esto me hará bien —dije.

—Ya lo creo que sí, venga, adentro, de un trago.

Hizo chocar su vaso con el mío y lo bebí de un trago. Me abrasó la garganta.

—Es un poquito fuerte, sí.

—¿Un poquito? —dije casi sin voz. Rio.

—Qué blando eres.

Dejé el vaso en la mesa y rechacé un segundo trago.

—Bueno, ¿cómo te encuentras? —preguntó.

—Bien, en un par de días o tres volveré al trabajo.

—Me alegro.

—¿Qué tal Sandra en la librería?

—Oh, muy bien, es una buena vendedora. Además, lleva a los pipiolos de calle. Desde que ella no viene, no se vende tanto.

—Esta tarde mismo vuelve al trabajo.

—De eso nada, aquí te hace más falta. Ya volverán cuando regrese. La juventud de hoy está loca: compran libros por verle las piernas a una jovencita, no por leerlos. Aunque, a decir verdad, a mí me da igual lo que hagan con ellos; una vez pagados…, como si los usan para liar tabaco. Por cierto, las ventas del tuyo van viento en popa. Eres un as. Y hablando de dinero, ¿sabes algo de tus tíos? No pongas esa cara. Una cosa es que yo piense que Pablo sea un memo y que él diga que no tengo ni idea de dirigir en condiciones la editorial, y otra que nos llevemos mal. Que nos conocemos desde hace más de treinta años. ¿Por qué no me lo contaste a mí?

Encogí los hombros.

—No quería preocuparte, y fui pidiéndole consejo. Ya sabes que es abogado.

—Bah, un chupasangre, como todos los de su gremio. Bromas aparte, me dijo que si te hacía falta, te representaría sin cobrarte un

duro.

Me sorprendí.

—¿De verdad te dijo eso?

—Ya lo creo.

Pablo era buen hombre, pero le gustaba mucho el dinero como para hacer algo gratis. Me extrañó que esa proposición saliese de él; lo normal es que me hubiera pedido algo, aunque fuera simbólico.

—¿Le apretaste las tuercas?

—Solo un poco. A veces es algo duro de oído y no entiende bien, pero puso toda su voluntad y se ofreció a ayudarte si tienes algún problema.

—Gracias.

—No se merecen.

Guardamos silencio unos segundos, hasta que me decidí a preguntarle por lo que me interesaba.

—¿Qué me cuentas de Guillermo y Coraline?

Su rostro se tornó serio.

—¿Por qué me preguntas por esos dos? No se merecen tus pensamientos.

—¿Qué quieres que te diga?

Se quedó mirándome con tristeza antes de responder.

—Se casarán en la capilla central del Pilar. Guillermo lo ha conseguido.

—Voy a tener que meterme a guardia civil para conseguir lo que quiera.

—No digas tonterías. Es un canalla…, quitarte a Coraline…

—Ella se fue porque quiso. La culpa es de los dos, aunque ellos pueden hacer lo que quieran.

—¿Y qué me cuentas de ti? ¿Alguna candidata a la vista? —preguntó alzando las cejas.

—Sí, una mujer, y es una maravilla; además, liberal.

—¡No me digas! Menuda sorpresa. ¿Quién es? ¿La conozco? ¿De qué la conoces? —disparó.

—Los dos tenemos gusto por la literatura. Y sí, la conoces, y muy bien.

—¿Quién es? ¿Quién es? Venga, que me tienes en ascuas —dijo alzando las manos—. ¿Cómo se llama?

—Madame Bovary.

—Venga ya, hombre —dijo desilusionado. Yo no podía parar de reírme—. El seminarista del chiste —añadió—. No tiene gracia.

—Porque no te has visto la cara. De verdad, esto es lo más divertido que me pasa desde hace semana y media. Curarme se está haciendo más largo que escribir una versión de *La Regenta* en verso. En un par de días estaré a pleno rendimiento, tanto si quiere Sandra como si no.

—Anda, cabezudo, que te dejo tranquilo ya.

Se puso en pie, dispuesto a marcharse.

—Oye —llamé—, ¿cómo está Juan de lo suyo?

Encogió los hombros.

—Ahí anda. Dice que se encuentra bien, que no nota cambios. A lo mejor Jesucristo lo ha curado en su infinita misericordia y ha hecho que un palomo baje del cielo y se le cague encima mientras duerme. Cura milagrosa.

—No te burles de él.

—No lo hago. Me burlo del Todopoderoso.

—Adiós.

—Hasta más ver.

A pesar de la insistencia de mi hermana sobre mi debilidad, el día número trece de aburrida convalecencia decidí que sería el último. Mis tíos seguían sin dar señales de vida. Me sentí aliviado. Todo

volvía a su cauce. La tarde de vuelta a las clases, los alumnos me recibieron con una redacción conjunta escrita durante mi ausencia. En ella hablaban de la soledad, del amor, de la tristeza, de la belleza, del invierno, del frío, de la lluvia y de la felicidad eterna. Me sorprendieron. Parecía que mis enseñanzas les habían servido de algo. La tarde fue agradable. Me hicieron preguntas surgidas durante el transcurso de la escritura de la redacción y me explicaron quién había escrito cada parte. La mejor era la de Víctor. Se había apuntado a las clases para conocerme y pedirme que investigara un asunto que en principio no me importaba lo más mínimo, pero sobre el que más tarde me surgió cierto interés personal. Me sorprendió su capacidad para la redacción y la selección de las palabras que mejor encajaban en el texto. Tenía talento. Pasamos la tarde hablando de literatura, de libros y de faltas ortográficas. Fue divertido. Como de costumbre, Víctor se quedó para ayudarme a recoger el aula. Cerramos las ventanas y se interesó por mis días de ausencia en clase.

—De haberlo sabido, te habría ido a ver.

—Ni hablar, te lo habría pegado.

Salimos del edificio. Hacía frío, pero no se estaba excesivamente mal en la calle. Víctor se quedó callado de pronto, y eso no era muy normal en él. Algo le rondaba por la cabeza.

—¿Te pasa algo? —me interesé.

—No. Bueno, en realidad, sí.

—Ya me parecía a mí. ¿Qué te parece si te invito a merendar y me lo cuentas?

—Son las nueve, a estas horas se cena.

—Cierto, pero como supongo que tendrás cena en casa, ¿qué te parece si te invito a un vaso de leche con cacao y me lo cuentas?

Aceptó sonriente. Entramos en el primer bar que encontramos. Escogió la mesa del fondo del local. Yo pedí en la barra un cacao y un café, lo pagué y lo llevé a la mesa. Mientras él se manchaba la boca de cacao, me comentó que Cristina quería aprender a escribir. Le gustaba inventarse historias desde que era pequeña y no podía apuntarse a mis clases. Temía pedirle dinero a su padre, pensaba que le caería una buena regañina y no se lo daría. Me preguntó si podía hacer algo por ella. Haciéndome el remolón y poniendo pegas que en realidad no había, le dije que podía intentar hablar con Pablo para que la admitiera. Me dio las gracias.

—Oye, ¿ya no estás interesado en descubrir nada sobre ese cuarto oculto en tu casa y las cartas?

Se encogió de hombros.

—No sé. Antes sí me interesaba, pero desde que esa persona se coló en nuestra casa, me da igual. Solo quiero que no entre más.

—Entiendo.

—¿Por qué? ¿Es que sabes algo nuevo?

—No, nada, pero como nunca lo nombras y tenías tanto interés…

—Ya se me ha pasado. Mi madre dice que pierdo muy pronto el interés en todo y que, hasta hoy, lo que más me ha interesado son tus clases de escritura. Está contenta de que siga dándolas y no las hayas dejado a medias.

—Me alegro de que te gusten.

Terminó lo que le quedaba de cacao de golpe. Salimos del bar y se subió al tranvía. Yo me fui a casa. Sandra había acabado temprano en la librería y se dedicó a limpiar la casa. Cuando se ponía a limpiar, no dejaba títere con cabeza. Lo primero que me dijo cuando entré en el piso fue que era un guarro. Había encontrado dos pares de calcetines usados debajo de mi cama y una caja con papeles dentro: la caja que me había llevado del registro de la

propiedad. Ya no me acordaba de ella. Entonces decidí que al día siguiente por la mañana iría al registro civil a ver qué encontraba. Cené con Sandra y recogimos los platos en silencio. Me metí en la cama y puse el despertador temprano.

Abrí los ojos con la ruidosa campana del despertador. Apenas había amanecido. Salté de la cama y fui directo al baño a lavarme la cara. Preparé café, intentando no hacer ruido para no despertar a Sandra, y cogí un par de madalenas de una cesta. Las engullí y salí de casa vestido con el traje nuevo, cartera en mano. Estuve esperando el primer tranvía durante más de veinte minutos. Iba prácticamente vacío. Me senté al fondo, como hacía siempre. En los asientos delanteros había un abuelo con su nieto, que dormitaba apoyado en él. Se bajaron en la siguiente parada y subió una madre con su hijo, que ocuparon los asientos que acababan de quedar libres. El edificio del registro civil se encontraba cerca de la plaza de San Miguel. Bajé y me colé por unas calles estrechas y pequeñas a las que parecía no haber llegado la electricidad. No había un alma. Descubrí el edificio que buscaba a la salida de una calle, entre pequeñas casuchas y bloques de pisos de tres alturas. Estaba hecho de piedra y adornado con una puerta de madera con pinchos hacia fuera que parecían amenazar a quien intentara entrar. Subí los tres peldaños que me separaban de la puerta e intenté abrirla. Cerrado. Miré la hora. Las ocho. No me parecía tan temprano como para que estuviese cerrado. Volví a intentar abrirla y escuché pasos en el interior. La puerta se abrió. Un tipo con cara de pocos amigos, serio y cincuentón me dijo que el edificio no se abría hasta las diez.

—¿Y no podría hacerme usted el favor?

Cerró la puerta sin responder. Tenía dos horas para no hacer nada. Giré a mi alrededor en busca de alguna cafetería para desayunar. Encontré una medio escondida al otro lado de la calle.

Crucé después de dejar paso a una carreta tirada por un caballo que marchaba en dirección al mercado central y entré en la cafetería. Olía a limpio. Detrás de la barra había una mujer que rondaría mi edad. Tenía el pelo castaño y un ligero aire de prepotencia que acababa al ver sus ojos tristes. Me miró de arriba abajo, lo que me hizo sentir incómodo y halagado al mismo tiempo, y me preguntó sonriente lo que quería tomar.

—¿Qué me recomiendas? —pregunté como un tonto.

—El desayuno de la casa.

—Pues uno de esos.

No tenía hambre, pero no lo rechacé. La chica desapareció tras la puerta de la cocina. Mientras me preparaban el desayuno, me senté en una mesa desde la que podía ver el edificio del registro civil. Sin darme cuenta, la joven camarera se acercó con un plato de comida, un vaso con café y una copa de vino. Le di las gracias y se marchó. El plato tenía huevos fritos, jamón pasado por la sartén, una tostada con tomate, un par de espárragos trigueros y un pedazo de tortilla de patata. No tenía el estómago para una comida tan copiosa, pero no estaba dispuesto a desperdiciarla ni a que aquella chica pensase que no me gustaba su forma de guisar. La siguiente hora y media la dediqué a comer del plato en pequeños bocados, como si así pudiese engañar al estómago. Pedí una segunda copa de vino para pasar la comida. Cuando acabé, el pantalón me apretaba el estómago y tuve que soltarme el cinturón. La chica vino a retirar el plato.

—Todos los días vienen los obreros a almorzar, y ni uno solo de ellos logra acabar el plato, aun con la tripa que tienen y lo que necesitan consumir para mantener sus fuerzas. Enhorabuena.

Me sentí idiota. Estaba sudando por culpa de la comilona y apenas podía respirar con normalidad. Sentí un retortijón en el

estómago que pasó segundos después. Respiré hondo, esperando que el empacho pasase pronto, pero, en lugar de eso, otro retortijón hizo que me rugiesen los intestinos, al tiempo que un hombre y una mujer entraban en el café hablando de las verduras que recibirían de Andalucía. Otro retortijón. No aguantaba más, tenía la imperiosa necesidad de ir al servicio y no sabía si sería capaz de aguantar hasta el final del pasillo. Me sujeté el pantalón con una mano sin llegar a abrocharlo y fui encogido y apretándome el estómago con la otra.

—¿Te encuentras bien? —preguntó la chica.

—Sí. No es nada.

—Igual has comido mucho.

No me molesté en responder, solo quería encontrar la puerta del baño. Abrí. Estaba limpio y olía a limón. Me senté en la taza y por fin respiré con alivio. Mi estómago comenzaba a descansar. Cuando acabé, me abroché el pantalón y tiré de la cadena. No había agua. La cisterna estaba rota. No podía creerlo. Abrí el grifo del lavabo e intenté echar un poco de agua con las manos, pero no sirvió de nada. Cerré la puerta del baño, dejé un billete sobre la barra sin levantar la cabeza, cogí la cartera de la silla y salí sin esperar el cambio. No regresaría nunca más. Me senté en un banco fuera de la vista del café y esperé a que abrieran el edificio. Poco después, el hombre que me había despachado hacía apenas un rato abrió la puerta y dejó una *reclija*.[1] Esperé un par de minutos y me dirigí al lugar. Tenía techos altos, pero daba la sensación de que era un edificio más estrecho de lo que aparentaba desde la calle. Me acerqué a un mostrador que tenía un periódico extendido y un flexo apagado. Detrás había un hombre de unos treinta años custodiando una puerta tras de sí en la que ponía: «Archivo».

—Buenos días —saludé.

Alzó la vista.

—Buenos días. ¿Qué quiere?

—Quería consultar los datos que tengan relativos a Matilde y Rafael de León.

—Muy bien. ¿Es usted Rafael de León o familiar? —dijo tendiéndome un papel para que lo rellenase y una pluma.

—Sí, soy familiar.

—Bien, entonces rellénelo y marque la última casilla con una *X*. Repítame los nombres de sus familiares.

—Matilde y Rafael de León.

Los anotó en un papel y desapareció tras la puerta. Comencé a rellenar la solicitud. En la casilla del nombre escribí Anacleto de León. En la parte inferior del impreso había una serie de indicaciones para hacer uso del registro civil. Una de ellas decía que los datos no se podían facilitar a quienes no se identificaran con algún documento como la persona en cuestión o familiar de esta. Aquel hombre me encontró leyendo ese párrafo.

—Es usted familiar, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Pues yo no necesito saber más. Si tuviéramos que hacer caso a todas las leyes y reglamentos, ni yo mismo podría acceder a mis propios datos. Aquí tiene lo que he encontrado. Puede ojearlo allí al fondo.

Cogí las dos carpetas que me ofreció y me senté en una de las sillas acolchadas que había en lo que debía ser la sala de espera. De Matilde descubrí que había nacido en Zaragoza y que era hija de comerciantes que habían hecho fortuna con el negocio hotelero. Su última dirección conocida era la que ya me constaba de Formigal. Estaba casada con Rafael de León y tenía un hijo llamado Ángel de León, fallecido, aunque no especificaba la fecha. Lo que encontré en

la carpeta de Rafael fue más extraño. Había un certificado de desaparición fechado en el 35 y firmado por un inspector: Ricardo Moral. Lo releí unas diez veces para cerciorarme de que no había alguna línea escrita que me diese más información. Nada. Estaba perplejo. ¿Qué había ocurrido con Rafael? Guardé las hojas ordenadamente en las carpetas, me acerqué de nuevo a la mesa y se las entregué al funcionario. Sentí el impulso de pedirle el registro de Ricardo Moral, pero me contuve; tal vez eso me metiera en problemas, y ya había descubierto suficiente.

—Gracias por sus servicios.

—No hay de qué.

Salí de allí. Se había levantado viento.

4

La zapatería del padre de Lena estaba situada al final de la calle del Coso, en la intersección con Alfonso XII. El escaparate estaba deslucido, y los cristales, sucios por dentro y por fuera. Sin embargo, el negocio seguía abierto, a pesar de que apenas le quedaban restos del esplendor que un día tuvo. Me aproximé al escaparate como si fuera a comprar unos zapatos de caballero y observé el interior de la tienda. Tendría alrededor de treinta metros cuadrados. Todo era de madera blanca. El mostrador estaba a la izquierda y detrás tenía la puerta del almacén, que permanecía abierta. Pude observar varias estanterías con cajas y cajas de zapatos. La tienda estaba presidida por un gran cuadro con un zapato de la época de Luis XVI colgado en el centro. Tenía asientos acolchados para que los clientes pudiesen descansar sus posaderas. Además de las del escaparate, había estanterías en la pared con más zapatos y algún que otro pañuelo a juego. Un hombre mayor atendía a una señora que llevaba guantes y un collar de perlas al cuello y vestía un vestido negro y brillante que le daba aspecto de morcilla de Burgos. La clientela parecía seguir siendo selecta. Por otro lado, una dependienta intentaba calzar a una chica joven. Entré. La campanita con la que chocó la puerta anunció la llegada de un nuevo cliente. Ambos me saludaron y el señor me dijo que después de envolver los zapatos de la señora, con un lazo rosa, me atendería. La señora pagó la cuenta y se fue. En ese instante, la joven se decidió por unos zapatos de raso morado con un lazo rosa y una piedra

cristalina incrustada. El hombre se acercó a mí y, con una sonrisa desganada, me preguntó qué deseaba. A su lado no se respiraba más que tristeza y recuerdos. Le tendí la mano.

—¿Es usted el padre de Lena? —pregunté en voz baja.

De nada sirvió. La dependienta, desde su posición tras el mostrador, se quedó mirándome. Sus labios comenzaron a temblar. Hombre y mujer me observaban. La mujer le entregó el paquete y la joven se marchó sin despedirse. La dependienta se acercó. Los dos me examinaron con miedo y sorpresa.

—Soy Félix, el padre de Lena, y ella es Ana María, su madre y mi señora. ¿Es usted inspector? ¿Nos trae noticias de ella? ¿La han encontrado?

Me costó decirles que no. Aquellas personas no sabían que su hija estaba muerta, pero yo no quise darles la noticia.

—Siento decirles que no sé nada de su hija. Por eso he venido, para ver si ustedes podrían contarme algo de ella.

—Se la llevó un chico. Le envenenó la cabeza y se la llevó como el canalla que era —dijo Ana María, apretando los puños sobre el mostrador, maldiciendo para sus adentros.

Guardamos unos segundos de silencio. Félix se acercó a ella e intentó calmarla. A continuación extrajo una llave de su pantalón, cerró la puerta de entrada y dio la vuelta al cartel de abierto.

—Será mejor que pasemos dentro.

Me condujeron a la trastienda. El lugar era más grande de lo que parecía. Pasado el almacén, llegamos a una salita perfectamente acomodada. Había una estufa encendida, una mesita redonda en el centro y un hornillo pequeño donde hacer café. Alrededor de la mesita había tres butacas. Tomé asiento. Ana hizo lo mismo. Félix se dirigió al hornillo, cogió la cafetera que tenía encima y sirvió tres tazas de café, que llevó a la mesa antes de sentarse.

—Hace más de quince años que no tenemos noticias de nuestra Lena. Un día se despertó, vino a la zapatería y nos dijo que se marchaba con un chico que conocía desde los diez años: Ángel de León. Le dijimos que era un error, que era demasiado joven para marcharse de casa para vivir con alguien a quien nosotros ni siquiera conocíamos, pero ella era joven y no le importó. Se marchó. Nos prometió que nos visitaría, pero no lo hizo. No volvimos a saber nada de ella, ni siquiera pagando a un inspector privado para que la buscase. Pusimos una denuncia. Nadie nos hizo caso. Y, de repente, pasados tantos años, aparece usted y nos pregunta si somos los padres de Lena.

—Siento haber aparecido así.

—¿Quién es usted?

—Soy un viejo amigo de su hija —inventé.

—No puede ser —dijo la señora—. Es usted muy joven.

—Todo el mundo me dice lo mismo sobre mi edad, pero tengo treinta y cinco años. La conocí. Éramos vecinos de portal. Solíamos jugar en la calle de pequeños alguna vez, hasta que mis padres se mudaron de la ciudad. Ahora he vuelto y pasaba por aquí. He pensado que podría encontrarla, pero veo que no va a ser posible.

—Ojalá pudiera verla. Me gustaría decirle que no me enfadé con ella cuando se marchó, que lo que temía era que le hicieran daño.

—¿Qué puede contarme de ella, Félix? Yo recuerdo que éramos buenos amigos, pero tengo todo borroso: hace ya mucho tiempo…

Se quedó en silencio, mirando al suelo. Sonrió, y una lágrima escapó de su alma. Comenzó a relatar.

* * *

La familia Guerra llegó a Zaragoza procedente de un pueblo de Madrid a principios de 1886, en busca de una vida mejor y de alejarse de la vida en el campo. Ana María y Félix se habían conocido durante las fiestas del patrón de un pueblo de no más de tres mil habitantes, mientras los músicos interpretaban un vals. Félix, con un par de copas de vino encima y animado por los amigos, cogió por la cintura a la chica más cercana a él y la invitó a bailar. Ella, avergonzada, lo rechazó, sonrojándose, pero el chico insistió y se vio obligada a aceptar. Así se conocieron y siguieron viéndose. Tiempo después se presentaron a sus padres y se casaron. La pasión que Félix mantenía en secreto desde niño eran los zapatos. Cuando iba con su madre a la capital para hacer recados y comprar ropas que no se veían en el pueblo, se quedaba fascinado viendo los zapatos de las señoras y los caballeros que paseaban con elegancia por la ciudad, unas personas que lo consideraban apenas una sombra sin nombre y a la que no se molestaban siquiera en esquivar cuando se cruzaban con ella por la calle.

Su madre conocía su pasión y le dejaba a sus anchas por la capital. Absorbía el colorido de los rasos y terciopelos, con lazos y joyas incrustadas que los hacían parecer los objetos más valiosos del mundo. En una ocasión vio unos zapatos expuestos dentro de una vitrina, en el escaparate de una tienda. Estaban llenos de piedras de zafiros brillantes. Eran los más bonitos que había visto nunca. Un minuto después, el dueño de la tienda salió con la escoba en la mano para ahuyentarlo, gritándole que dejase de ensuciar el escaparate. En el pueblo había un herrero que también arreglaba zapatos y las tablas sueltas de las escaleras. Lo hizo a escondidas de su padre, pero no de su madre. Allí aprendió a fabricarlos, en casa del herrero. No hacía zapatos tan bonitos como los de Madrid, pero se dijo a sí mismo que haría fortuna haciendo los más bonitos que

nadie hubiese visto jamás. Aunque tenía ganas e imaginación, le faltaba el dinero necesario para comprar las telas de raso y las joyas. Después de ayudar a su padre y echar una mano al herrero, por lo que recibía una propina una vez a la semana, buscó un trabajo como ayudante del maestro. Los niños se burlaban de él durante las clases de las tardes por ser el ayudante del maestro, pero a él nunca le importó. Todo el dinero que ganaba lo guardaba. Entregaba una parte a su madre, pero ella lo rechazaba, diciéndole que era él quien lo había ganado. Así, cuando se enamoró de Ana y decidió, si la chica aceptaba, casarse con ella, tenía suficiente dinero para marcharse a alguna ciudad y comenzar una nueva vida basada en la fabricación de zapatos. Cuando le comentó que le había pedido a una mujer que se casara con él, su padre le dijo que estaba loco, que si se casaba arruinaría su vida. Pasados unos días, le informó de que se marchaba a Zaragoza. Aquel día su padre le negó la palabra para el resto de su vida. Al contrario que su madre, que lo despidió con nostalgia y le deseó toda la suerte del mundo.

—Cuando esté asentado, volveré a por usted y la sacaré de aquí, madre.

—No, hijo mío —dijo acariciándole la cara—. Este es mi mundo y aquí debo quedarme. A ti te corresponde marcharte.

La idea era que Félix se marchara a Zaragoza en busca de un lugar donde asentar la tienda y conseguir proveedores de materiales a buen precio. Cuando llegó a la ciudad, no tenía más que un gran bote con dinero listo para ser invertido y un par de calcetines. Llegó de noche y se alojó en un hostal de mala muerte que solo tenía un baño común para tres plantas. Compartió habitación con un hombre que al roncar hacía que el cristal desencajado de las ventanas rechinase. Se abrazó al bote, temiendo que se lo quitaran, sin atreverse a pegar ojo durante toda la noche. Observó las estrellas

por las ventanas y escuchó a algún perro ladrar en la lejanía, mientras imaginaba que su sueño, lentamente, se cumplía. Se prometió a sí mismo que nunca volvería a verse en la necesidad de dormir en un lugar como aquel y que, dijera su madre lo que dijera, la sacaría de aquel pueblucho que no les daba nada más que hambre y miseria. A la mañana siguiente, los nervios le habían cerrado el estómago. Se marchó a la calle central de Zaragoza, la calle del Coso. La recorrió, anotando los números de los locales que encontraba en alquiler, y después fue a la agencia que los anunciaba. Pidió ver todos los que había apuntado y le ofrecieron hacer las visitas aquella misma tarde.

—¿Por qué no ahora? —dijo él.

El dueño de la agencia de arrendamientos mandó a una chica recién contratada que no parecía tener muchas luces. Le dio un manojo con las llaves de los locales indicados y se pusieron en marcha. La chica le fue mostrando uno por uno todos los locales. Muy grande. Muy pequeño. Sin almacén. Sin electricidad. Sin baldosas en el suelo… Pero Félix sabía que uno de esos locales lo esperaba. Quedaban tres en la lista. Uno de ellos tenía que ser el suyo. La chica de la agencia quiso dirigirse al siguiente, pero Félix le dijo que prefería ver el que había señalado en último lugar. Le había gustado la fachada de madera clara, aunque con pintura desconchada. Sin ningún entusiasmo por firmar un contrato de alquiler, la chica aceptó y se dirigieron al final de la calle. El local necesitaba un ejército de productos de limpieza, aparte de una mano de pintura. Tenía electricidad, un buen almacén e incluso una salita donde sentarse a descansar.

—Me lo quedo.

—Muy bien —respondió sin ganas.

Firmaron los papeles sobre la marcha y le entregó el dinero del primer mes de alquiler. Sintiéndose satisfecho consigo mismo, empezó a saborear el aroma de una libertad cubierta de polvo. Por la tarde se dedicó a recorrer las calles en busca de tiendas de retales, telas y bisutería fina. Comparó precios y calidades con ojo de experto e hizo tratos con los mejores comerciantes. En tres días le llevarían los pedidos a la tienda. Mientras tanto, se dedicaría a dejar a punto el local. Fue al banco e ingresó el dinero que tenía. En una tienda compró un colchón de segunda mano que no parecía estar en muy malas condiciones. Se dirigió a una ferretería y adquirió productos de limpieza, una espátula y un enorme bote de pintura blanca. Durante tres días, lijó la fachada exterior, las paredes del interior y los muebles desconchados. Barrió, quitó el polvo y fregó con lejía. Pintó la fachada y los muebles del interior, incluido el suelo de madera. Cuando se secó, dio una segunda capa con la pintura sobrante. Mientras lo hacía, durmió en un colchón que metió en la salita del fondo y comió en un café que ofrecía platos a precios regalados. En el instante en que los proveedores llamaron a la puerta, se puso a trabajar. Hacía zapatos de señora y de caballero con las mejores pieles y las mejores telas, en cualquier color y de diferentes tacones. Cuando alcanzó los primeros cien pares, se le ocurrió hacer unas botas que llegaran a la altura del muslo. Como reclamo, como adorno. Las diseñó en tela blanca con botones negros. El día de la inauguración, esas botas ocuparon el centro del escaparate. A los paseantes les parecieron, primero, obscenas, después interesantes. A la vista de la calidad y la elegancia de los zapatos, los clientes comenzaron a entrar. El dependiente era un hombre joven y fuerte que atraía a las señoritas y a las señoras, lo que también ayudó a hacer ventas. En una semana se vendió toda la mercancía; el trabajo era constante en la confección de nuevos

zapatos. El negocio había despegado en apenas un mes. Pero su mente era en parte soñadora y en parte racional. Compró una cama nueva, una mesa plegable y una estufa donde poder hacer la comida, y en lugar de alquilar un piso, lo metió todo en la salita del fondo del local. Envió una carta a la mujer que había dejado en el pueblo, diciéndole que fuera con él a vivir. Una semana después, la chica entraba por la puerta de la tienda. Había llegado con ganas, pero sin esperanza, aunque, al ver el negocio abarrotado, se dio cuenta de que aquel hombre era capaz de cualquier cosa y que estaba dispuesta a vivir a su lado. Comenzó a atender a las clientas que ya podían considerarse habituales, dejando que Félix dedicara el día entero a sus nuevas confecciones. Una tarde, casi a la hora de cerrar, llegó a la tienda un hombre elegantemente vestido. Lo seguía su mayordomo. Preguntó por el precio de las botas que tan obscenas habían parecido en un principio.

—Verá señor, no están a la venta —dijo él.

El hombre sonrió a su mayordomo, sacó la chequera del bolsillo interno y una pluma de oro con rubíes incrustados. Apuntó una cantidad y le extendió el papel a Ana, que al ver la cifra se quedó sin respiración y se avergonzó de su minúscula existencia al lado de aquel hombre. Envolvió las botas y se las tendió al mayordomo.

—Gracias por su amabilidad —ofreció el caballero.

—A usted por su generosidad.

—¿Podría hacerme unas cuantas como estas? En diferentes colores.

—Si el caballero así lo desea, sí.

—Lo deseo. Y no dude en ponerle imaginación… y adornos. Quiero veinticinco pares. Espero que no sea demasiado pronto pedírselos para la semana próxima.

—En absoluto.

—Bien.

Aquel hombre extendió otro cheque con la misma cantidad que le había dado multiplicada por veinticinco. Dos días más tarde, las recibió en la dirección indicada, con la garantía de arreglar gratis los posibles desperfectos. Félix prefirió no decirle a Ana que aquel hombre era el dueño de tres locales de entretenimiento nocturno masculino.

Con el cheque ingresado, dieron la entrada para un piso en la parte superior de la tienda y compraron el local. Todo marchaba a la perfección, ganaban dinero y podían vivir bien. Tenían una buena vivienda y una mujer que la limpiaba un par de veces a la semana durante las horas de trabajo. Félix decidió que había llegado el momento de ir en busca de su madre. Se despidió de su mujer y le dijo que regresaría a Zaragoza en cuanto consiguiera meterla en el tren. Se pasó el viaje sonriendo y observando los zapatos que había diseñado para ella. Cuando llegó al pueblo, vio que todo seguía igual o incluso peor. Se dirigió a su vieja casa sin detenerse a saludar a nadie y llamó a la puerta. Su padre abrió. No dijo nada, pero su expresión al verlo anunciaba sorpresa. Se quitó de en medio para dejar que su hijo entrara. Félix fue directo a la cocina, donde esperaba encontrar a su madre, como siempre, pero no había nadie.

—¿Dónde está?

Su padre agachó la cabeza y le dijo que en el cementerio. Había muerto hacía un año y no le había avisado. La excusa fue que no sabía dónde localizarlo.

Se marchó de esa casa y fue al cementerio. Encontró la tumba de su madre cubierta de hierbajos, situada en la parte trasera del recinto, donde ni siquiera los gamberros se atrevían a entrar. Se arrodilló ante ella, acarició el nombre grabado en la piedra mohosa y comenzó a arrancar las hierbas con saña. Cuando acabó de hacerlo

y sus lágrimas dejaron de fluir, comenzó a cavar un pequeño agujero. Sacó los zapatos de la bolsa y los dejó allí. Estaban forrados con terciopelo rojo, el color favorito de su madre, y tenían un zafiro auténtico que sujetaba un pequeño lazo en el centro. Él sabía que le habrían encantado. Los había hecho solo para ella y allí se quedaron, con ella enterrados. Nunca regresó al pueblo. Volvió a Zaragoza y se echó a llorar en los brazos de Ana. Cuando se calmó, ella le dijo que estaba esperando un hijo.

Ocho meses después, llegó al mundo una niña a la que llamarían como su abuela. Lena creció en Zaragoza entre la zapatería y el colegio de pago al que acudía, ajena al origen humilde de sus padres, pero ellos, que nunca lo olvidaron, le enseñaron que tenía mucha suerte de poder ir a un buen colegio y no estar en la tienda ayudando a sus padres midiendo pies con hongos en las uñas.

Lena no solía hablar de la escuela en casa. No le gustaba hacerlo. Los padres de sus compañeros se quedaron sorprendidos el primer día al ver que el hombre que les calzaba llevaba a su hija al mismo colegio que ellos. No sabían que el mercado de los calzados pudiera dar tanto de sí. No era el mejor colegio de Zaragoza, pero sí uno de los mejores. Había muchos niños internos, a pesar de que sus padres residían en la misma ciudad. Ella iba y venía todos los días de casa. Todos los padres veían en Lena a una niña agraciada, con el pelo negro azabache, como su madre, y unos ojos azules oscuros imponentes. Pero no dejaba de ser la hija del zapatero, cosa que dejaron bien claro a sus hijos.

Las clases y los patios de recreo de los varones estaban separados por un muro de los de las chicas. Las niñas pronto aprendieron que no debían acercarse a esa parte de la escuela. Envidiaban a Lena por las buenas notas que sacaba y por los elogios que recibía de los profesores, como también envidiaban que cada

día fuese a la escuela con un par distinto de zapatos. No tardaron mucho en adjudicarle un mote: *la Cenicienta*, y cada vez que leían el libro en clase, estallaban en carcajadas. Lena llegaba a casa caminando y ocultando las lágrimas, que se tragaba en silencio. Se encerraba en su cuarto y estudiaba. Cuando sus padres le preguntaban la razón por la que no salía a jugar, ella decía que no quería, que prefería leer y estudiar.

Los cursos fueron pasando y Lena cumplió diez años. Cada vez que llegaba el cumpleaños de alguno de los alumnos, hacían una pequeña celebración en el colegio, donde los chicos y las chicas podían interactuar. Esa celebración se organizaba en un enorme sótano, en el que había una larga mesa donde todos se sentaban a comer tarta y un hombre tocaba el piano al fondo. Aquella tarde, los profesores llevaron al sótano a los alumnos que cursaban el mismo grado. Apenas veinte niñas y quince niños. La mayoría de los chicos y chicas se conocían de las fiestas que celebraban sus respectivos padres para presumir de sus negocios o del último Mercedes que habían comprado. Después de comer tarta, los maestros se retiraron y los niños quedaron a cargo del conserje del edificio, que se quedó roncando en la silla después de comerse un pedazo de tarta que encontró abandonado en un plato. El hombre que tocaba el piano vio que los niños se levantaban de las sillas y comenzaban a jugar, rompiendo el orden que debían cumplir, pero no se inmutó; a él le daba igual. En la mesa quedaron dos niños. La chica del cumpleaños, con quien nadie quería jugar, y un chico nuevo con el que tampoco nadie quería jugar. Los dos se miraron de reojo; ninguno dijo nada. Cada uno estaba sentado en una esquina mientras el resto jugaba al pillapilla. Lena sacó un pequeño cuento de entre los pliegues de su vestido. Tenía un perro dibujado en la

portada. El chico, curioso, se bajó de la silla y se sentó a su lado sin que ella le hiciese caso.

—Hola —saludó, apoyando los brazos en la mesa y la cabeza ladeada sobre ellos.

—Hola.

Silencio.

—¿Cómo te llamas?

—Lena.

—¿Eres nueva también?

Negó con la cabeza.

—¿Y por qué no juegas con ellos? Yo no voy porque soy nuevo, pero, cuando me conozcan más, jugaré con ellos.

—Yo no voy a jugar con ellos porque soy la hija del zapatero.

—¿Tu padre hace zapatos?

—Sí.

—Qué divertido. El mío tiene una fábrica de cristales; es muy aburrida. Dice que algún día la heredaré, pero yo no quiero ser fabricante, quiero ser escritor, o músico, o pintor, o malabarista, o pescador de aguas bravas…, todavía no lo tengo muy claro.

—¿Escritor? —Eso llamó su atención.

—Sí, quiero escribir cuentos para niños y libros para mayores. Si quieres, puedo escribirte uno a ti.

Aquella fue la primera conversación que Ángel y Lena mantuvieron.

Una de las maestras bajó al sótano y descubrió el caos provocado por la siesta del conserje. Ordenó a los niños que pararan de jugar y fueran de vuelta a clase.

Los años pasaban y Lena y Ángel se veían después de las clases. Algunos días iban al parque y se deslizaban por el tobogán bajo la mirada atenta del aya de Ángel. En otras ocasiones iban a casa de

alguno de los dos. Ángel había recibido en sus primeros años una buena educación en su casa con un profesor particular, pero el último año dejó de prestar atención y a comportarse de forma indisciplinada. Su padre culpaba a los libros que su madre le dejaba leer y los cuentos que ella misma le contaba al arroparlo. Ella sabía que estar siempre encerrado en casa no le hacía bien, que debía relacionarse con más niños de su edad, y no solo con su compañero de juegos, Sacristán, que además era mayor que él. Así decidió cortar las clases en casa y que su hijo empezara a ir al colegio con los demás niños. En una ocasión, en una tarde de verano, Ángel acudió al parque en el que Lena y él solían jugar por las tardes con un chico desgarbado y de cuerpo estrecho al que Lena había visto alguna vez cuando iba a casa de Ángel.

—Él es un amigo. Mi padre lo llama *compañero de juegos*, no sé por qué. Se llama Sacristán.

—Hola —saludó Lena.

El chico respondió con un movimiento de cabeza. Lena era la criatura más hermosa que había visto nunca. Le gustaban sus ojos, sus labios, su pelo negro y suelto, sus brazos largos, su sonrisa tímida, todo. Pero sabía, por las ropas que ella vestía, que nunca se fijaría en él, y menos siendo el simple compañero de juegos de Ángel de León. Se vio a sí mismo como un niño hijo de criados con ropas viejas zurcidas y desgastadas, con el pelo sucio y enredado y sin nada interesante que poder contarle a nadie. Los dos se marcharon a jugar a los balancines. Sacristán se quedó rezagado. Era algo mayor que ellos. Tenían trece años, y él casi dieciséis. Cuando Ángel le hizo un gesto para que se acercara a ellos, respondió que estaba cansado y que prefería mirar. Se sentó en el banco y se quedó observando la silueta de Lena, que ya empezaba a perder formas de infante para adquirir las que le correspondían por

naturaleza. Aquella noche soñó con ella. Desde ese día, acompañó durante todo el verano a Ángel al parque solo para observar a Lena.

Un día, durante el curso siguiente, Ángel le dijo a Lena que sus padres se marchaban a hacer un viaje por los fiordos noruegos, que si quería podía ir a su casa a jugar con él y con Sacristán. Ella se tornó seria y le dijo que no, que prefería quedarse en casa. Al día siguiente le dijo que si no quería ir a su casa, podían hacer los deberes en la suya. Ella aceptó.

—¿Te importaría que viniera Sacristán con nosotros?

Al escuchar el nombre de Sacristán, a Lena se le cayeron los libros al suelo, y al verlo caminando por la calle para acercarse a la entrada del colegio, echó a correr.

—¡Lena! —gritó Ángel para que se detuviera.

—¿Qué le pasa a Lena? —preguntó Sacristán, con las manos metidas en los bolsillos medio descosidos. Ángel lo miró, imaginando algo que no se atrevía a sospechar del todo.

—Está castigada, tenía que irse a casa.

—Ah. Bueno, ¿qué hacemos esta tarde?

Durante un mes, Lena evitó a Ángel. Él la esperaba a la salida de la escuela, como de costumbre, pero ella no se dignaba mirarlo. Él la seguía un par de calles, intentando que le dijese lo que le pasaba, pero nunca se lo contaba. Le decía que la dejara en paz, que todos los hombres eran iguales. En eso se equivocó. Ángel fue a su casa y buscó a Sacristán por todas las habitaciones. Lo encontró en una de las terrazas superiores tumbado en una hamaca, tapado con una manta. Le dio un puñetazo y lo tiró al suelo.

—¿Qué le has hecho?

Se levantó con la nariz sangrando.

—¿Qué te pasa? Yo no le he hecho nada a nadie.

Ángel se acercó de nuevo y le dio otro puñetazo, pero Sacristán era más fuerte y le devolvió el golpe, reventándole el labio. De otro golpe, le rompió la nariz y una ceja.

—No vuelvas a pegarme. Yo no he hecho nada.

Se marchó y lo dejó sangrando. Nadie supo dónde estuvo los tres días siguientes. Ángel fue al baño para limpiarse las heridas y curarse, pero no sabía cómo hacerlo e hizo llamar a una de las cocineras, que había trabajado unos años como ayudante de un médico al que habían matado de un disparo hacía tiempo.

—¡Jesús, María y José! ¿Qué ha hecho el señorito?

—Una pelea a la salida de la escuela.

—¿Y eso es lo que enseñan en un colegio tan caro? Ande, ande, que lo curo antes de que lo vea su señora madre así, chorreando sangre, y vaya a que le haga un exorcismo ese cura amigo suyo.

Le limpió las heridas, cosió el labio y la ceja y colocó la nariz en su sitio. Le advirtió que le dolería durante unos cuantos días y lo dejó solo. Media hora después, Ángel salió de casa y le dijo al chófer que tenía que salir a hacer una visita. Se sentó en el asiento trasero y le dio la dirección de la zapatería. Bajó del coche mientras un montón de niños harapientos se quedaban observándolo y se dirigió al portal contiguo a la zapatería. Le dijo al portero, al que ya conocía, que subía a hacer una visita a Lena, ignorando su pregunta sobre su cara rota. Llamó a la puerta y la doncella le abrió.

—Hola, Ignacia, venía a ver a Lena.

—Pero ¿qué le ha pasado?

—Nada, una pelea a la salida del colegio. ¿Está Lena?

—La señorita está estudiando.

—Tengo que hablar con ella. Será solo un segundo.

—Lo siento, pero ya le he dicho que la señorita Lena está ocupada.

Ángel la empujó a un lado y se coló. Ignacia lo siguió con la escoba en la mano y gritando. Fue derecho a la segunda salita de estar, donde tantas tardes habían hecho las tareas de la escuela. Lena, al escuchar los gritos, dejó de prestar atención a los libros y miró fijamente a la puerta. Cuando vio a Ángel, se alegró en el fondo, pero al mismo tiempo notó cierta amargura.

—Señorita, perdone usted, pero este granuja se ha colado.

—Solo quiero hablar contigo un momento.

—No pasa nada, Ignacia, déjalo que pase.

Ignacia, con cara de no entender nada, se marchó refunfuñando por lo bajo. Ángel entró.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

—Si mi cara no te gusta, deberías ver la que le he dejado yo a Sacristán —mintió. Lena sonrió levemente. Ángel cogió una silla de la mesa y la acercó todo lo que pudo a Lena. Tenía la mirada triste —. ¿Qué ha pasado con Sacristán?

Lena no tardó en romper a llorar y aceptar el abrazo que Ángel le ofreció. Una tarde, poco después de haber empezado el curso, Sacristán se había presentado en su casa. No había nadie más que Lena. Ella le había ofrecido pasar y algo de merienda. Él había ido a confesarle que estaba enamorado de ella, pero en lugar de eso, al ver que estaban solos en casa, se tiró encima y la besó. Lena se zafó de sus manos y le dijo que se marchase, pero aquel chico que parecía haberse vuelto loco no estaba dispuesto a obtener un no como respuesta. A empujones la llevó a su cuarto y allí la sujetó por las muñecas con una mano y la manoseó con la otra. Le levantó el vestido y lamió su estómago. Lena gritaba, pero no había nadie en casa para ayudarla. Le arrancó las medias de invierno y la ropa interior mientras ella intentaba morderle los brazos para liberarse de él. En ese momento escucharon la puerta de entrada al piso. Ignacia

llegaba cantando de hacer la compra en el mercado. Sacristán tapó la boca de Lena antes de que le diera tiempo a gritar.

—¿Lena? —llamó la doncella.

Sacristán le susurró al oído que si le contaba a alguien lo que había ocurrido, la destriparía como a los conejos de las cocinas de la casa de Ángel. Ella no dijo nada cuando Ignacia entró y les preguntó a qué estaban jugando. Lena aprovechó el momento para decir que Sacristán se marchaba ya a casa. Esa noche la pasó llorando y mordiéndose los nudillos de las manos. Desde entonces se hizo reacia a quedar con Ángel o con cualquier otra persona del género masculino que no fuera su padre.

—No te preocupes, Lena, yo te protegeré. No volverá a hacerte nada.

Aquel fue el instante en el que Ángel se dio cuenta de que estaba enamorado de Lena. Desde ese día, a los ojos de los padres de Ángel, Sacristán y él seguían siendo amigos, pero no volvieron a dirigirse la palabra, y Sacristán no volvió a acercarse a Lena.

Los años pasaban y los cursos en el colegio avanzaban. Lena y Ángel mantenían un romance a escondidas de todo el mundo, excepto de la madre del chico. Matilde lo veía con buenos ojos, con la inocencia de su edad, que les hacía estar enamorados. También pensó que con el tiempo se les pasaría, por ello les dejó claro que no era buena idea que su padre se enterase. Por otra parte, Lena prefirió no decir nada a los suyos, aunque lo sospecharan y tuviesen la boca cerrada. El padre de Ángel quería hacer de su hijo el heredero perfecto del trono familiar en la industria del vidrio, pero las expectativas del muchacho eran bien distintas y conocidas por su madre, que lo animaba a seguir escribiendo y a dedicarse a lo que a él le gustaba.

—No te preocupes, que de tu padre me encargo yo.

Pero de Rafael de León no podía encargarse nadie.

Cuando Lena cumplió dieciocho años, anunció a sus padres que se había prometido con su amigo, que en realidad hacía tiempo que eran más que amigos, que se querían, que se habían prometido y que pronto se marcharía a vivir con él. Los padres de Lena no querían escuchar lo que su hija les decía y le negaron el permiso para hacerlo.

—Eres una niña todavía, no te das cuenta…

—Voy a casarme con él, y no podéis impedir que lo haga. Yo no soy mucho más joven que cuando vosotros me tuvisteis.

—¿Qué te ha prometido? ¿Una buena vida, verdad? Una mejor que la que te podemos dar nosotros. No debes hacer caso a la clase de su calaña. Parecen buenos, pero no lo son.

—Dejadme en paz.

No les dirigió la palabra hasta el día en que les anunció que se marchaba de casa. Intentaron evitarlo por todos los medios, pero no lo consiguieron. Sabían que se marchaba para vivir con ese chico del colegio con el que había hecho los deberes tantas veces en su casa: Ángel de León. Lena les dijo que iría a verlos, pero los meses pasaban y no tenían ninguna noticia suya. Ana insistía en hacer una visita a la casa de los de León para que les dijeran dónde encontrarlos, pero Félix se negaba. Así pasó un año y medio. Sin decirle nada a su esposo, decidió hacer lo que llevaba intentando desde que su hija se marchó. Se acercó a la casa de los De León y llamó a la puerta. Una mujer con un bebé en brazos le abrió y le dijo que se llamaba Ángeles. Cuando Ana se presentó y le explicó la razón que la había llevado hasta allí, la mujer contestó que no tenía la menor idea de quién era Lena, que no llevaba mucho tiempo viviendo en esa casa y no sabía dónde encontrar a la familia anterior.

* * *

—…

—Esto es todo lo que sé de Lena. Ese rufián se la llevó de aquí y no la hemos vuelto a ver.

El café se había quedado frío en las tazas.

—¿Entonces no sabe usted nada de mi hija?

—No, lo siento. En realidad, no la conocía tanto; jugaba con ella alguna vez en las calles, no mucho más.

—No se preocupe —dijo Ana—. Después de tantos años, ya no esperamos saber nada. Pero, al venir usted preguntando por ella, la ilusión ha regresado, aunque no haya sido más que un rato.

—Si se entera de algo, ¿nos lo hará saber? —Los ojos del padre de Lena suplicaban una respuesta que yo me negaba a darles. No podía decirles que había descubierto su certificado de defunción.

—Claro, si me entero de algo, vendré y se lo contaré.

Salí de allí con el alma en los pies.

5

El día de la boda lo pasé encerrado en casa. Diluviaba. Le dije a Pablo que estaba enfermo y que no podría ir a trabajar, aunque dudo que no supiera el verdadero motivo. Me encerré en mi salita, donde no dejaba entrar a nadie, incluida Sandra. Ella, que conocía la situación, se empeñó en llevarme al cinematógrafo o a comer a algún sitio, pero yo no tenía la menor gana. A la hora de comer, me avisó de que el pollo estaba listo. No tenía apetito. Y a la hora de cenar, tampoco. Había pasado ese día encerrado en mi cuarto, evocando el cuerpo desnudo de Coraline, que ya no me pertenecía. La lluvia resbalaba por los cristales de la ventana. El cielo estuvo triste durante todo el día. Había colocado un folio limpio en el tambor de mi vieja amiga, pero no había escrito una sola línea. Solo podía mirar por la ventana y dejar que aquel día acabara. No salí ni siquiera para ir al baño. Me dediqué a ver las gotas de agua y el cielo, que a las siete de la tarde estaba completamente oscuro. A las doce de la noche, cuando di por concluido el día al mismo tiempo que lo hacía el reloj, me metí en la cama y me cubrí como un niño al que le acaban de contar una historia de terror. No lloré, no me quedaban lágrimas.

La visita de mis tíos, aunque la veía lejana, me había traído lentamente recuerdos durante mis sueños en la noche. El día que murieron mis padres, yo estaba en la escuela, y Sandra, al cuidado de una vecina. Yo tenía once años y ella seis. Estábamos repasando una lección sobre geografía con don Abelardo. Don Abelardo no fue

uno de los peores profesores que tuve en la infancia. En alguna ocasión, a sabiendas de que me gustaban las letras, me regalaba los viejos libros que su hijo, ya casado, no usaba. Estaba cansado de verlos en casa sin que nadie los leyese. Yo estaba leyendo la lección en voz alta y de pie cuando alguien llamó a la puerta. Me quedé callado, observando a don Abelardo, que se dirigió a la puerta y me pidió que continuase con la lección. Un minuto después entró y me pidió que saliera, que alguien había ido a buscarme para llevarme a casa. Al ver a Germán, me llevé una buena sorpresa, pero algo en su cara me dijo que había algún problema. Me cogió de la mano y me pidió que lo acompañase.

—¿Pasa algo? —pregunté.

—Luego te lo cuento, Iván, ahora vamos a buscar a tu hermana; la vecina se ha quedado cuidándola.

Caminamos sin prisa. Germán me cogió de la mano sin intercambiar palabra. Tenía ganas de saber qué ocurría; preferí no preguntar. Entramos en el portal vecino y subimos las escaleras hasta el segundo piso. Germán llamó a la puerta. La señora Catalina salió con Sandra en los brazos, que se tiró a los míos en cuanto me vio. Esa mujer era más buena que el pan, pero siempre olía a pescado rancio. Sostuve a Sandra en brazos mientras Catalina nos miraba con tristeza y, acariciándome la cara, dijo:

—Criaturitas, pobrecitos.

Nos dimos media vuelta y bajamos de nuevo a la calle. Yo me adelanté para ir al portal de mi casa, pero Germán me sostuvo por el brazo.

—Esta noche os quedáis los dos en mi casa.

—Yo quiero dormir con mi madre —dijo Sandra, ya en los brazos de Germán.

—Mi niña, eso no va a poder ser. Venga, ya veréis como lo pasamos bien. Iván dormirá con Guillermo, para eso son amigos, y tú dormirás en una cama desmontable que tengo, ¿qué te parece?

—Qué divertido —dijo.

—¿Por qué no dormimos hoy en casa? —pregunté.

Se quedó en silencio, intentando encontrar las palabras adecuadas.

—Cuando nos hayamos acomodado en casa te lo diré.

Llegamos a casa de Germán. Era un piso situado en la primera planta de un edificio un poco más arriba de la librería. Sandra se había quedado medio dormida en los brazos de Germán. Yo apretaba el paso para acomodarnos pronto. Estaba ansioso porque me dijera por qué no dormiríamos en casa. Cuando llegamos, Guillermo acababa de llegar de la escuela y estaba merendando pan con chocolate en la cocina…

—¡Hola! ¿Qué hacéis aquí? —preguntó.

—Esta noche duermen aquí.

—¡Qué bien! Jugaremos a las cuevas.

—Guillermo, ¿por qué no les preparas una merienda como la tuya?; yo acomodaré tu habitación.

Nos quedamos en la cocina merendando chocolate. Germán cambió las sábanas de la habitación de Guillermo y sacó de un armario una pequeña cama articulada para Sandra. Cuando terminamos de merendar, nos dijo que fuésemos al salón a escuchar la radio o a hacer los deberes. Sentados en el sofá, intentó escabullirse, pero me levanté, le cogí de la mano y le pregunté de nuevo por qué no dormíamos en casa. Me llevó al sofá y se sentó frente a nosotros en el suelo.

—Sabéis que a veces las cosas no suceden como nos gustaría, ¿verdad?

Asentimos con la cabeza.

—Algo así les ha pasado a vuestros padres, chicos. Esta mañana iban subidos en un remolque para ir a comprar al mercado de las afueras, el más barato.

—¿El que huele a pedo? —preguntó Guillermo. Germán lo fulminó con la mirada. Guillermo agachó la cabeza.

—El carro iba demasiado cargado de gente y ha volcado. Ha habido unos cuantos muertos al volcar la carreta sobre la gente.

Sandra comenzó a llorar. Germán la cogió en brazos.

—Vamos, vamos, chicos, os buscaremos un lugar donde vivir. No os preocupéis.

Germán me observó, pero yo no sentí nada. Me quedé como estaba. No lloré ni sentí pena alguna. Mis padres no me habían querido, y yo había aprendido a no quererlos a ellos.

Cuando Sandra se calmó, Germán le pidió a Guillermo que fuera con ella a su cuarto a jugar a las cuevas. Así la entretendría mientras él y yo preparábamos la cena. Para hacer las lentejas, me subí en una silla y le fui pasando los ingredientes uno a uno.

—No has dicho nada sobre lo de tus padres.

Encogí los hombros sin mirarlo.

—¿Cómo te sientes?

—No lo sé. ¿Dónde vamos a ir ahora? —Quería que me dijera que con él.

—Tengo un amigo que dirige un orfanato. Os acogerá.

—No quiero ir a un orfanato. Quiero quedarme contigo. ¿No podemos? —pregunté, sabiendo la respuesta.

—Las cosas no son tan simples. Ojalá pudierais quedaros aquí, pero el mundo es más complicado que todo eso.

Asentí con tristeza.

—No te preocupes, mi amigo os cuidará bien.

Puse la mesa y fui a avisar a Sandra y a Guillermo. El cuarto de Guillermo se había transformado en una aventura. Había atado el extremo de una manta al portalámparas y extendido otras sábanas por donde le había parecido, creando cuevas y hasta un pequeño túnel. Sandra se divertía jugando con él. Me olvidé de la cena y me puse a jugar con ellos. Diez minutos después, Germán entró y nos dijo que más nos valía dejar todo ordenado después de cenar. Aquella noche dormimos bajo una manta. Germán mandó a Guillermo a la escuela. Para nosotros tenía otros planes. Cogimos el tranvía y bajamos un buen rato después. Quedamos a los pies de un edificio que se me antojó enorme, una cueva de verdad. Entramos. Había niños vestidos con uniformes que corrían de un lado a otro, sin darse cuenta de nuestra presencia. Avanzamos por un pasillo que quedaba a nuestra izquierda. Tenía unas ventanas ni grandes ni pequeñas con rejas que daban a la calle. Nos plantamos ante una puerta y Germán llamó. Un hombre desde el interior le dijo que pasara.

El despacho en el que entramos era cuadrado y grande, de madera barnizada y brillante. Detrás de una gran mesa había un cura sonriente. Se levantó para estrechar la mano de Germán, que se sentó en una butaca frente al cura, y nosotros sobre sus piernas, uno a cada lado.

—Chicos, este es el padre Juan, amigo mío de toda la vida. Juan, estos son los chicos de los que te hablé ayer: Iván y Sandra.

—Hola —dijo Sandra con timidez. Yo no abrí la boca.

—Me dijo ayer Germán que vuestros padres se han ido con Dios.

—Germán dice que Dios no existe, y yo le creo —respondí.

—Bueno, hay muchas clases de dioses —respondió para salir del paso—. El problema es que necesitáis un sitio donde vivir. Y que, a falta de parientes que puedan hacerse cargo de vosotros, este es el

mejor lugar donde podéis estar. Aquí hay niños y niñas de vuestra edad. En cuanto los conozcáis, veréis lo bien que os lo pasáis. Aquí impartimos clases, tenemos baños comunes con duchas de agua caliente, cosa que ningún orfanato tiene en todo Aragón. Pero el agua caliente se gasta pronto: tendréis que estar el tiempo justo en las duchas sin excederos. Tenemos dormitorios separados, unos para niños y otros para niñas. Las aulas también están divididas, pero a la hora de los juegos podréis estar juntos en la sala común. Os lo pasaréis bien. Ahora os dejaré a solas para que os despidáis de Germán.

El cura se marchó.

—¿No podemos seguir yendo al mismo colegio? —pregunté.

—Este es mejor. Así no tendréis que levantaros tan temprano para llegar a tiempo. Además, Juan os dejará salir para que vengáis a verme a la librería siempre que queráis.

—Yo quiero ir todas las tardes —dije.

—Pues así será, no lo dudes.

Le abracé con más fuerza que nunca, temiendo no volver a verle. Nos cogió de la mano y fuimos en busca de Juan, que se había sentado en las escaleras que conducían a las aulas y se entretenía hablando con un niño que lloraba.

—Venga, haz las paces con Antonio y vuelve a jugar con él.

El chico me miró durante un segundo y se marchó corriendo.

—¿Ya os habéis despedido?

—Sí. Me marcho, tengo que abrir la librería. Esta tarde vendrá Iván.

—Mientras no se retrase con los estudios, no hay problema.

Germán se marchó. Una monja joven y con la cabeza descubierta se llevó a Sandra a la sala de juegos. Yo me quedé a solas con Juan.

—Bueno, Iván. ¿Qué te parece si te enseño el centro?

Asentí. Me cogió de la mano y me llevó escaleras arriba. El pasillo de la primera planta era más luminoso que el que acabábamos de abandonar. Se extendía hacia la izquierda. Me llevó a una de las aulas y me dijo que aquella sería la mía durante el resto del curso. Las aulas que quedaban justo enfrente eran las de las chicas. Bajamos de nuevo, pasamos delante de la puerta de entrada y llegamos a otras escaleras que conducían a las habitaciones. Subimos. Allí solo había una puerta frente a otra, ambas separadas por un ancho pasillo. Entramos en el dormitorio de los chicos. Había un montón de hileras de camas. Los techos eran altos, y las ventanas, rectangulares, carecían de rejas. El techo y las paredes eran de cemento pintado de azul grisáceo; el suelo era de madera oscura. Recorrimos los pasillos de cabeceros de metal y me condujo hasta una cama que quedaba en una esquina.

—Esa es tu cama, y esa, tu mesita. En ella podrás guardar tu ropa.

No me había dado cuenta de las mesitas.

—Habrá un cura de guardia todas las noches en aquel despacho —dijo señalando un habitáculo reducido—. Si te encuentras mal o necesitas cualquier cosa, avísale.

Asentí. No me parecía tan mal lugar. Seguimos subiendo las escaleras y me llevó a los baños. Al igual que en la planta inferior, los de los chicos se ubicaban frente a los de las chicas. Aquel lugar también era grande. El techo era de madera, y el suelo y las paredes, de baldosa blanca. Las duchas quedaban al fondo a la derecha, y a la izquierda, media docena de bañeras llenas de óxido que nadie usaba hacía tiempo. Al fondo de la pared había una hilera de inodoros, cada uno de ellos con una puerta, y en las dos paredes que quedaban libres se extendía una hilera de espejos y lavabos, todos ellos dotados de una pastilla de jabón.

—Me temo que tendrás que compartir el lavabo. Cuando hagas migas con algún compañero, le dices que he sido yo quien lo ha ordenado.

Después del recorrido por el interior del orfanato me enseñó el patio trasero, donde solo se podía acceder en verano. Era una explanada de tierra rodeada por una valla. Frente a la fachada del edificio había bancos donde los profesores o los curas se sentaban a vigilar. También había columpios descoloridos. Balancines, toboganes y una especie de jaula de hierro por la que trepar. Hacía frío fuera. El abrigo que me había puesto, el que siempre había tenido y que me había hecho mi madre con restos de ovillos de lana, me quedaba pequeño y apenas podía apretarlo.

Visto el patio exterior, me condujo a la sala de juegos. Ya no quedaban niños en ella. Todos estaban en clase. Me llevó a un almacén donde había casilleros con ropa: los uniformes del orfanato. Examinó mi cuerpo para calcular mi talla y me tendió unos pantalones azul oscuro, una camisa blanca y un jersey del mismo color que el pantalón, de lana y con las iniciales del orfanato bordadas en un lado. Toda aquella ropa olía a limpia. Me dijo que me la probase al fondo de los casilleros mientras él buscaba un abrigo que cumpliera bien con sus funciones. La ropa me sentaba como un guante y era cálida, no como la que había dejado tirada en el suelo. Me presenté ante Juan. Alabó el buen ojo que tenía para las tallas, me entregó dos mudas más limpias y un abrigo para las excursiones o para ir a la librería a ver a Germán. Con esa ropa cómoda y calentita me sentía como un príncipe de los cuentos que leía. Salí de allí con los dos uniformes y el abrigo en los brazos y nos dirigimos a otro almacén. Estaba lleno de libros. Juan buscó los de mi grado y los dejó sobre una mesa, buscó unos carboncillos con los que escribir, un cuaderno, una pluma y un tintero. Después abrió un

armario y sacó una cartera de piel vieja. Metió todo dentro y me la tendió.

—Esto es todo lo que vas a necesitar. Vamos a tu cama y lo dejas allí.

Después de dejar todo perfectamente ordenado en la mesita de noche, me dijo que me enseñaría el comedor. Estaba en el sótano, bajando unas escaleras que aún no había visto. El comedor era la estancia más amplia. Unas grandes mesas de madera pintadas de azul claro se extendían formando dos hileras. Allí tampoco había problemas para que los chicos se mezclaran con las chicas. Al fondo había un raíl por el que pasar las bandejas para que nos sirvieran la comida. Sandra estaba sentada en una de las mesas del fondo, con la monja que se la había llevado. Se empapuzaba [1] de unas galletas que mojaba en un vaso de leche. Aquel día podríamos pasarlo en la sala de juegos. Allí había coches y trenes de madera pintada, muñecas de trapo y cuentos. También había sillas de mimbre para niños pintadas con colores llamativos. Había un cajón con grandes hojas en blanco, botes de pintura y pinceles preparados para los niños que mejor se portaran. Si alguno de los alumnos quería colaborar en alguna de las tareas del orfanato, se le premiaba por su laboriosidad con un dulce o dos, según realizase sus tareas al final de la semana. A la hora de comer y de cenar, Sandra y yo nos sentamos juntos. El resto de los chicos armaban alboroto, hablaban y cuchicheaban sin atreverse a dirigirse directamente a nosotros. Cuando me retiré a dormir, me metí en mi cama sin mirar a nadie. El cura de guardia apagó las luces y se metió en el cuartucho del fondo. Cuando sus ronquidos comenzaron a escucharse, sentí que alguien apoyaba la mano en mi espalda. Me di la vuelta de golpe y vi que todos los chicos estaban sentados en sus camas, con velas

encendidas. Me observaban. Tres de ellos se habían atrevido a levantarse y se habían sentado alrededor de mi cama.

—Tú eres el nuevo —dijo uno de ellos en un susurro.

—Sí.

—¿Por qué te han traído aquí?

—Por lo mismo que a todos, no tengo padres.

—No todos estamos aquí por eso. Mis padres no pueden mantenerme, pero los veo siempre que puedo. Los domingos y fiestas de guardar los paso con ellos —dijo otro de los chicos, que parecía mayor—. Yo soy Felipe, tengo doce años.

—Yo *Guztavo,* y tengo *ciete.*

—Y yo soy Andrés, y tengo diez. Nos alegramos de que estés aquí.

—Gracias.

—Bueno, ahora nos vamos a dormir. Hasta mañana.

—Hasta mañana —respondí.

A la mañana siguiente, fue a Felipe a quien le pedí que compartiese lavabo conmigo.

6

Había pasado una semana desde la boda y mi alma seguía meditabunda, pensando en los actos matrimoniales que estarían teniendo lugar cada noche en la alcoba de Guillermo y en los extramatrimoniales que no iban a dejar de formar parte de su vida. Daba las clases y regresaba a casa. Cenaba con Sandra y, casi sin molestarme en entablar conversación con ella, me levantaba de la mesa y me metía en mi cuarto a esperar el día siguiente. Por la mañana me dedicaba a escribir novelas y por las tardes impartía mis clases.

Cristina acudía día sí y día no con Víctor. Los días que no venía a clase tenían una justificación: su madre necesitaba su ayuda en casa. Tenía una historia pendiente de investigación, pero me sentía sin fuerzas para seguir adelante. Pensaba que la boda de Guillermo y Coraline no iba a afectarme tanto, pero sí lo hizo. Cuando me cansaba de escribir por las mañanas, me dirigía a la biblioteca municipal, donde una joven bibliotecaria me tiraba los tejos, o eso me gustaba pensar. Me dediqué como un estúpido a leer libros que había leído durante la infancia, desde *Caperucita Roja* hasta *La isla del tesoro,* pasando por el pobre *Oliver Twist.* Todos ellos me traían a la memoria los buenos momentos que había cosechado en compañía de Germán en su librería. En alguna ocasión, después de leer alguno de los cuentos, me sorprendía a mí mismo llorando y a la bibliotecaria haciendo pucheros, derretida al ver a un hombre de mi edad llorando con *Pedro y el lobo.* No sabía si me tenía por un

maestro de escuela o por un tonto de remate. En una ocasión, en la que perdí la noción del tiempo, Sandra apareció por allí.

—Ya podías darte cuenta de la hora.

—Se me ha ido el santo al cielo. Ya voy.

Al pasar frente al mostrador para dejar los libros, la bibliotecaria me ofreció una sonrisa. A Sandra la miró con dientes de hiena, pero ella, muy aguda y sin dejar pasar la oportunidad, se volvió y habló.

—No es mi novio, es mi hermano, así que ya sabes.

La bibliotecaria y yo no nos atrevimos a cruzar la mirada. Sandra me tiró del brazo para salir. Cuando estuvimos fuera, le pregunté por qué había reaccionado así.

—Date una alegría, hermanito, no te va a hacer daño.

—¿No eres muy joven para hablar así?

—Iván, yo ya no soy joven ni para ser madre.

—No exageres.

—No lo hago, es que pareces un ermitaño.

—¿Qué hay para comer?

Al día siguiente por la mañana, unos cinco minutos antes de la hora a la que solía marcharme, la bibliotecaria, Luz, se me acercó por la espalda y me preguntó si la invitaba a cenar aquella noche.

—Es que aún no he cobrado este mes.

Asintió y se marchó avergonzada. Entonces recordé las palabras de Sandra y decidí darle una alegría al cuerpo. Dejé a Alicia en su país, en la estantería, y fui a su mesa.

—No quería ser tan grosero. Lo siento.

—No tiene por qué disculparse, ya decía mi madre que era una fresca. Discúlpeme usted a mí.

—¿Qué le parece si la invito esta noche a una cafetería que no queda muy lejos de aquí?

—¿Lo dice en serio?

—Claro.

Aquel fue el primer día desde hacía mucho tiempo que no pensaba en Coraline. Tenía mi mente ocupada con la cita que tenía a un puñado de horas. Estuve despistado durante todo el día y no prestaba mucha atención a las preguntas de los alumnos. Había quedado con Luz al salir de la editorial en un café del paseo María Agustín. Pablo me había entretenido a la salida de la librería para meterme prisa con la siguiente entrega y llegué diez minutos tarde.

La encontré sentada al fondo. Se había quitado las gafas y soltado el pelo, que le llegaba a la parte inferior de las orejas. Me disculpé por la tardanza. Cuando me preguntó en qué consistía mi trabajo en la editorial, le dije que era quien imprimía los libros en el sótano. No pareció impresionarle mucho. Pedimos un menú consistente en ensalada para dos, migas con cebolla y, de segundo, merluza en salsa de almendras. Después de la cena y dos botellas de vino, Luz salió del café y me esperó en la esquina. Pagué la cuenta y me llevó a su casa. El piso también quedaba cerca de la biblioteca. Comenzó a desabrocharme la camisa antes de llegar al rellano de su piso. Abrió la puerta y me condujo a su habitación. Para mí, ya era Coraline. La desnudé sobre la cama mientras acariciaba sus piernas y besaba su vientre con el ansia de la primera vez. Cerré los ojos y me dejé llevar por un cuerpo que no era el que deseaba, pero que se asemejaba bastante. A las tres de la mañana, mientras ella dormía de espaldas a mí, me vestí en silencio. Salí de casa y me juré que nunca más volvería a hacerle caso a Sandra ni volvería a la biblioteca.

7

Me desperté con medio cuerpo fuera de la cama, a punto de caer al suelo. Miré el reloj. Era tarde. Me di una ducha rápida, me puse una muda limpia y preparé café. Miré el calendario. Habían pasado dos meses desde la boda. Había adquirido la costumbre de señalar cada día en el calendario con un círculo para contar los días que me costaría olvidar a Coraline. Cuando el café subió, llamaron a la puerta. No esperaba visita. Pensé que sería Sandra, que habría olvidado algo. Ahí estaba, igual de hermosa que siempre y con el pelo más largo, enfundada en un traje azul marino con un abrigo de entretiempo a juego, Coraline. Aunque había sido ella quien me había abandonado, parecía que no podía olvidarse del todo de mí. Tenía la mirada triste y parecía que las lágrimas la estaban ahogando.

—¿Te encuentras bien? —pregunté.

Asintió, intentando mostrar una sonrisa.

—¿Podrías darme un vaso de agua?

—Claro.

Parecía que iba a caerse de un momento a otro. La sostuve del brazo y ella me cogió la mano. La llevé hasta el sofá y la cubrí con la manta. Estaba helada. Le di un vaso de agua y le ofrecí café. Aceptó con una sonrisa. Serví dos tazas y las coloqué en una bandeja adornada con frutas. La dejé sobre la mesa, frente al sofá, que tenía lleno de fascículos de historias que regalaban con los periódicos y que siempre me había gustado coleccionar. Encendí la estufa y

pronto el calor comenzó a templar aquel frío mes de marzo. Alargó la mano para coger la taza de café y le tembló el pulso.

—¿Qué te pasa? —pregunté.

Rio nerviosa, intentado disimular.

—En realidad, es una tontería.

Vi su muñeca izquierda cuando volvió a alargar la mano para coger el café. Tenía marcas. No le pregunté, pero se dio cuenta de que las había visto.

—Eso no debe preocuparte. Son cosas de Guillermo. Tiene unos gustos un tanto extravagantes en…, bueno, puedes imaginártelo.

—Prefiero no hacerlo. —Cogí mi taza y bebí—. ¿Vas a decirme qué te pasa?

—Como ya te he dicho, es una tontería —dudó—. Ayer discutimos por la noche. Me dijo que llegaría a casa temprano, que cenaríamos juntos. Me puse este traje; me lo regaló él, y pensé que le gustaría. Llegó a las tres de la mañana apestando a alcohol. Cuando le pregunté dónde había estado, me contestó que no me importaba. Insistí y me dijo que no le volviera a preguntar —guardó silencio mientras miraba la taza—. Pero volví a preguntarle. Si no hubiera estado bebido, nunca habría reaccionado así, lo sé. Me sacó del piso a empujones y cerró la puerta. Desde el otro lado me dijo que así aprendería a tener la boca cerrada. Llamé a la puerta durante un buen rato, pero no me abrió. No tenía dónde ir, de manera que salí del edificio y me escondí en el parque. Pensé venir aquí, pero no podía llamarte a las tres de la mañana: mi marido me habría echado de casa.

—Sí que podías —dije.

—Supongo que ahora pensarás que el tiempo pone a todos en su sitio.

—Nunca pensaría eso de ti. —Sonrió y se apoyó en mí—. ¿Qué le dirás cuando vayas a casa?

—No creo que me pregunte. Pero, si lo hace, le diré que tenía algo de dinero en el bolsillo del abrigo y me quedé en un hotel.

Por la forma en que lo contó, me pareció que no era la primera vez que había pasado la noche fuera de casa; no quise preguntárselo.

—Tienes que estar cansada. ¿Por qué no te echas en la cama?

Lo dije sin haber caído en la cuenta de que esa había sido nuestra cama.

—La verdad es que no me iría mal dormir un rato.

La acompañé a la habitación. Se quitó la ropa sin temor a que la viese y bajé la persiana. Le eché las sábanas y la manta por encima y le dije que descansara. Alargó la mano y cogió la mía.

—Quédate conmigo. No quiero estar sola.

Sujeté su mano con fuerza y me tumbé a su lado sin llegar a meterme en la cama. Le acaricié la cabeza hasta que su respiración se volvió más profunda y se quedó dormida. No me atreví a moverme de su lado mientras durmió. Hubiera dado cualquier cosa porque se quedara conmigo.

A la una de la tarde abrió los ojos. Tenía mejor aspecto y sonrió al verme a su lado. Me acerqué a ella y la besé en los labios. Me sorprendí a mí mismo haciéndolo y me retiré enseguida. No parecía molesta.

—¿Qué hora es? —preguntó, al tiempo que se estiraba.

—Quédate a comer —le pedí.

Nos miramos en silencio durante unos segundos. Recorrí su garganta y bajé hasta el ombligo con la yema de los dedos.

—Vale, me quedo.

La dejé sola para que se vistiese. Fui a la cocina y encendí el horno. Rebusqué en los armarios, intentando encontrar algo especial, pero encontré lo de siempre.

—No hace falta que me sorprendas con nada especial, me gustaba tu sopa.

Me conocía bien. Estaba bajo el marco de la puerta con mi bata puesta, como siempre había hecho.

—Pues comeremos sopa.

Mientras el agua hervía y el sabor de los ingredientes se mezclaba, nos dedicamos a hablar de los viejos tiempos, de cuando éramos niños y todo era más sencillo. De cuando los tres éramos amigos y nada más. Me cogió de la mano un par de veces y me soltó momentos después. Parecía más tranquila que cuando había llegado hacía unas horas. Serví dos platos de sopa y corté pan.

—Realmente se te da muy bien hacer sopa.

—Se me dan mejor otras cosas.

—Dime una.

—Escribir.

—Cierto.

—Y más me vale escribir mejor que hacer sopa.

Después de la comida hice más café y seguimos hablando como dos viejos amigos que se reencuentran. Así dieron las tres. Sandra llegó a casa.

—Hola, hermanito, ya estoy aquí. Tranquilo, que ahora mismo hago la comida. Vengo tarde porque he pasado por el mercado antes de venir a casa: nos hacían falta algunas cosas. También he comprado un trozo de carne que chorrea sangre; lo haré para cenar, si te parece bien.

Siguió parloteando hasta que entró en la cocina y nos vio a los dos sentados a la mesa con los platos vacíos.

—¿Qué hace esta aquí? Y con tu bata.

—Sandra, cálmate —dije.

—No importa —dijo Coraline—. Tiene derecho a hablarme así. No merezco otra forma.

—¿Y tú? ¿Es que te has vuelto tonto? ¿Por qué la dejas entrar?

—Sandra, deja de hablar sin saber qué ha pasado.

—¡No necesito saber lo que ha pasado! Ya sé lo que pasó. Estaba casada contigo y te dejó tirado para casarse con otro que le daría una vida mejor. Eso es lo que pasó, y no necesito saber más, ni tú tampoco. ¿Ya no te acuerdas de cómo estuviste cuando se marchó? Eras una piltrafa, y yo tuve que recomponerte con los restos que quedaban de ti. Estabas hundido y te ayudé a salir del hoyo en el que habías caído. Pero si vuelves a caer, no seré yo quien te ayude. ¿Me oyes?

—No tienes por qué sacar a relucir el pasado, Sandra, no he venido aquí por los motivos que tú crees.

—Claro, como no te interesa oírlo, no quieres que hable del pasado. Pues idos al cuerno los dos.

Dicho esto, dejó caer las bolsas al suelo y se marchó de un portazo.

—No le falta razón —dijo Coraline.

—Es cierto, no le falta —añadí.

—Habla como una mujer adulta. La has cuidado bien. No muchos hermanos habrían hecho lo mismo que tú.

—Lo sé.

—Te ayudaré a recoger y me marcharé.

—Si quieres, puedes quedarte un par de días —ofrecí, arrepintiéndome mientras lo decía. Sandra era más importante que ella, y se negaría a entrar en casa mientras Coraline estuviera presente.

—No, cuanto antes vuelva, mejor; estará esperándome.

Recogimos la cocina y fregamos los platos. Se despidió con un beso en la mejilla y me dio las gracias. Dejó la bata a los pies de la cama y cerró la puerta al irse.

Me sentía extraño, como si me hubiese sentado mal la comida. Me había gustado su visita, pero no sentía la necesidad de que se quedara conmigo. Tal vez me estuviera desenamorando de ella de verdad. Cogí el abrigo, cargué la estufa y salí a la calle a buscar a Sandra. Siempre que se marchaba de esa forma se refugiaba en el mismo sitio. Sabía que iría a buscarla. La encontré en unos jardines a la entrada del paseo de Sagasta. Siempre ocupaba el mismo banco, bajo un pino que según contaba la leyenda llevaba allí desde tiempos de los romanos. Allí estaba, encogida por el frío. Me senté a su lado y le pasé la mano por el cuello. Se apartó.

—No lo entiendo —dijo.

—Yo tampoco.

Me miró diciendo que no me creía.

—No te engaño. No entiendo por qué habiendo hecho lo que hizo todavía no la he olvidado del todo.

—Porque eres tonto.

—Será eso, que soy tonto.

Guardamos silencio.

—No quería ponerme así, pero me ha salido sin pensarlo.

—Lo sé, y te agradezco que te preocupes tanto por mí.

Encogió los hombros.

—Tú también te has preocupado mucho por mí todos estos años, cuidándome.

—Vaya, al fin lo has reconocido —dije, intentando averiguar cuántos discursos le habría dado Germán sobre lo buen hermano que había sido al quedarme con ella en vez de dejarla con mis tíos.

—¿Está en casa?

Negué.

—Se ha ido ya. Y no creo que vuelva.

—Mejor, no la soporto.

—¿Y si nos vamos a casa a calentarnos? Hace mucho frío hoy.

—Es verdad, no es normal que haga tanto frío en marzo. Además, estos días atrás ya quería calentar el sol. Y el cielo está raro. Como de nevar.

Aquella noche, después de salir de la editorial, empezó a nevar.

* * *

Apenas pude dormir por la noche. La nueva historia me estaba perforando la cabeza y no me dejaba descansar. A las cuatro de la mañana me levanté y me encerré en mi salita. Encendí una pequeña lámpara que guardaba en un cajón para escribir de noche. Comencé a teclear la página que había dejado a medias y seguí con la historia. Estaba quedando realmente bien, era de lo mejor que había escrito durante todo el tiempo que llevaba con aquella serie. Una hora después, sabiendo que no iba a volver a dormir, preparé café y rescaté una pitillera del fondo de otro cajón. Comencé a fumar y a beber café como si fuera la última vez que lo hacía. A las ocho de la mañana, Sandra llamó a la puerta y le dije que pasara. Me dijo que tenía unas ojeras enormes y que parecía un muerto viviente de novela de terror. Se marchó y regresó con una segunda cafetera. Al rato me dijo que se marchaba a trabajar. Yo continuaba escribiendo un párrafo tras otro, escena tras escena. Acabé la entrega a las dos de la tarde. La coloqué en un montón dentro de una carpeta de cuero que a su vez metí dentro de la vieja cartera que llevaba siempre a la editorial, herencia del orfanato. Me metí en la cocina

para hacer la comida, pero recapacité y pensé invitar a Sandra al plato del día en un restaurante que quedaba a dos manzanas. Llegó a la hora de siempre. En cuanto abrió la puerta, la empujé de nuevo al exterior.

—¿Qué pasa?

—Que comemos fuera, venga.

El café de don Federico siempre estaba lleno de gente. Tenía buena comida y muy buenos precios. El local era ligeramente oscuro. Estaba tapizado de baldosas color tierra desde el suelo hasta el techo. Tenía la pared del fondo cubierta de fotografías de su juventud, de su época de saltador de toros.

—A los animales hay que torearlos, no matarlos, que son unas criaturas majestuosas —decía.

No había día que no alardease con algún cliente, conocido o no, sobre las peripecias que pasó con los toros o durante su estancia en el ejército. Cojeaba de una pierna, según él por culpa de un tiro a traición. Por eso lo retiraron y abrió el café con una mujer con la que nunca se había llegado a casar y con la que acabó teniendo cuatro hijos. Contaba que tenía un hermano obispo que vivía retirado en Córdoba, y que no había hablado con él desde que empezó a vivir en pecado.

—Tus hijos no tienen la culpa de tus estupideces —le reprochaba el obispo.

—Pero han de sufrirlas, que para eso soy su padre —contestaba Federico—. A mí, tonterías, las justas. Si tú eres el lameculos de Dios, me parece estupendo, pero eso no va conmigo.

Nos había contado esa historia más de cien veces, pero nunca resultaba pesada. Era divertida, más aún contada por él.

—Pero bueno, si son el hermano y la hermana —saludó, tendiéndonos la mano.

—Hola, Federico, ¿cómo estás? —pregunté.

—Divinamente, o, mejor dicho, pecadamente. ¿A comer?

—Eso mismo.

—Elegid sitio, que ahora os tomo nota.

Nos sentamos en una de las dos últimas mesas que quedaban libres y vino a tomarnos nota. Pedimos lo de siempre. El menú de huevos fritos, tortilla con queso, croquetas y una gruesa loncha de salchichón. De beber, agua.

—Me ha comentado Germán que ha hablado con Juan. Le gustaría que te pasases a verlo.

—¿Por algo en concreto?

—Creo que no. Que tenía ganas de pasar un rato contigo. Nada más.

—Dile a Germán que iré en cuanto pueda. Después de comer tengo que ir a un sitio y después tengo las clases.

—¿Adónde tienes que ir?

—Cosas de escritores.

—No te hagas el misterioso conmigo.

Respiré hondo.

—Tengo que ir a la sede de la Brigada Criminal.

Frunció el ceño.

—¿A qué? —preguntó con tono de reproche.

—A ver si localizo a alguien, y no preguntes más, ¡cotilla!

—Si hablaras algo más que un orangután, no tendría que preguntar tanto.

—Yo no te pregunto nunca a ti dónde vas o lo que tienes que hacer.

—Porque ya lo sabes.

—Es que conozco mi deber de padre.

—No es que seas exactamente mi padre.

—Como si lo fuera.

Al terminar de comer, Sandra me dijo que se iba a descansar un rato a casa antes de volver a la librería. Tomé el tranvía en la plaza de España. Me llevaría directamente, sin transbordo, a la sede de la Brigada Criminal. El edificio estaba apartado de la ciudad. Un ingeniero alemán había ideado un edificio de los más futuristas, sin pies ni cabeza, pero al Generalísimo le había encantado y había sentenciado que los edificios modernos salidos de mentes alemanas acercaban España a Europa. Habían plantado aquel amasijo de cemento y hierro al otro lado del río, a un kilómetro del Pilar. Era uno de los pocos edificios que había construidos en la zona. Había un bloque de viviendas oficiales y un seminario. El resto eran descampados. El tranvía daba la vuelta allí mismo, frente a la sede de la Brigada. Me constaba que habían alargado esa línea solo para ellos. El edificio era feo y daba miedo. La puerta de la entrada parecía sacada de una iglesia del siglo XVIII y daba la sensación de que algún inquisidor saldría, crucifijo en mano, a quemar vivos a los herejes. Me entraron ganas de santiguarme antes de entrar. No lo hice. Empujé la puerta y comprobé que estaba cerrada. Había un timbre a la derecha. Llamé. Esperé apenas diez segundos hasta que un hombre abrió.

Me preguntó quién era y lo que quería. Me presenté como un periodista local al que le habían encargado un informe sobre un inspector llamado Ricardo Moral. Frunció el ceño y procedí a darle más detalles. Le dije que había aparecido en la redacción un viejo informe sobre una redada policial que hubo en la ciudad en el 30 y que su nombre aparecía como firmante. Que a raíz de descubrir ese informe, que en realidad no tenía sustancia alguna, me habían encargado perder el tiempo investigando la vida de ese hombre para incluir una serie de fascículos semanales que aumentasen las ventas

del periódico. Cada semana le tocaría a un inspector diferente y se hablaría de sus trabajos más encomiables al servicio de la nación española. Y el azar quiso que el primero fuera Ricardo. Aquel hombre, pensando que también hablarían de él en el periódico que me acababa de sacar de la manga, cambió su semblante a uno más amable y me hizo pasar. Me condujo a una sala de espera adornada con plantas de hojas grandes y cactus con pinchos enormes. El lugar, por fuera, era extravagante, pero por dentro era de lo más normal. Un inspector que pasaba por allí me vio observando cada rincón y procedió a entretenerme con la historia del edificio. Además de lo que ya sabía, me contó que hacía tiempo la sede de la Brigada estaba en el centro de la ciudad, pero que yo era demasiado joven para acordarme. Que cuando el Generalísimo aprobó el proyecto, lo trasladaron todo allí y que se rumoreaba que estaba construido sobre un antiguo santuario romano y por la noche se podían escuchar gritos de los fantasmas, que querían que el edificio se cayese abajo.

—En realidad, yo creo que son los presos del sótano.

—¿Tienen aquí presos también?

—Cuando los calabozos de la Guardia Civil están llenos, los trasladan aquí por un tiempo.

—Veo que has conocido a Jacinto —dijo el hombre que me había abierto la puerta—. Es un auténtico veterano. Seguro que ya te ha contado lo de los fantasmas. No le hagas caso. Aunque él sería una buena opción para el segundo folletín.

—Lo tendré en cuenta y lo diré en la redacción. Pero me temo que yo no soy más que un mandado.

—¿De qué habláis?

—Ahora te lo explico, Jacinto. Toma, aquí tienes la dirección anotada. Al menos es la que aquí nos consta.

—Muchas gracias por su amabilidad.

—No se merecen.

Salí de allí y miré la dirección. Vivía en la calle División Azul. Frente a la parroquia de Santo Domingo de Silos. Me quedé plantado durante más de media hora esperando el tranvía que me devolvió a la ciudad. Me bajé en la parada más cercana a la dirección que tenía anotada en el papel. Atravesé calles por las que no había pasado desde hacía más de diez años y me di cuenta de que seguían igual de estropeadas y cochambrosas. La parroquia de Santo Domingo de Silos permanecía como siempre, con mendigos en la puerta esperando una limosna o, con peor suerte, un escupitajo. Saqué algunas monedas del bolsillo y se las tendí a uno de ellos, bajo la bendición de un «vaya con Dios». Aquel hombre era manco y le faltaba un ojo. Un despojo a quien nadie quería y nadie recordaría cuando lo encontrasen muerto por el frío.

El edificio en el que vivía Ricardo parecía que había sido remodelado. Al contrario que los bloques de alrededor, tenía figuras labradas en la piedra que parecían querubines y flores que trepaban por la fachada en un extraño juego celestial. La fachada estaba pintada de un blanco resplandeciente, y las flores habían sido pintadas cada una en un color distinto. En el centro de la pared había una especie de altar con una pequeña virgen dentro, también tallada en la misma piedra. Algunos de los estrechos balcones tenían maceteros. La puerta del edificio era de madera, de hoja doble, una de ellas abierta. Desde la calle podía verse el interior. El suelo estaba hecho de baldosas grandes de color marfil, con unas suaves líneas verdosas acabando el cuadrado que hacían. Había un espejo en la pared izquierda que iba desde la entrada hasta las escaleras. En el otro lado, un par de lamparillas y un cuadro del mar. Las escaleras eran de losa rosada. Aquel edificio no pegaba en esa zona de la

ciudad. Subí hasta la quinta planta. Un corredor con altas ventanas a un lado y puertas de las viviendas al otro me recibió con un aroma a flores secas. Había una bonita y larga alfombra que recorría todo el espacio. Me dirigí a la puerta señalada con una *E*. Había llegado. Llamé a la puerta con los nudillos y me separé un paso. Escuché voces en el interior y esperé. Una mujer vestida de doncella me abrió la puerta sonriente. Me presenté y dije que quería ver al inspector Ricardo Moral.

—Espere un momento, voy a avisar al señor.

—Gracias.

Cerró la puerta y esperé unos cinco minutos. Cuando ya pensaba que no volvería a abrirme, un hombre vestido con traje y corbata asomó por la puerta.

—¿Es usted quien pregunta por mí?

—Sí, señor. Me gustaría hablar con usted.

—¿Sobre qué?

—Sobre la familia De León.

El rostro de aquel hombre se desfiguró. Se miró los zapatos y después volvió a mirarme.

—¿Qué sabe usted de los De León?

—Me gustaría contárselo en un lugar más cómodo.

Asintió y me hizo pasar.

—Martirio, ¿por qué no preparas café?

—Ahora mismo se lo llevo, señor.

Me condujo por un pasillo que distribuía habitaciones a ambos lados. Estaba perfectamente pintado en tonos cálidos y adornado con cuadros de musas desnudas y sin rostro. Tenía plantas y alfombras preciosas. Pude ver un gran salón y lo que me pareció una lámpara de oro que colgaba del techo. Me llevó hasta una de las habitaciones del fondo. Parecía que antaño había sido su despacho.

Tenía dos estanterías que cubrían las paredes de la izquierda y la derecha. Frente a la puerta, una cristalera que daba a un patio. No hacía falta encender ninguna luz. Una mesa ovalada de madera oscura ocupaba gran parte del espacio. No costaba imaginarlo con la piel más joven, pasando las noches en vela en ese despacho intentando descubrir a algún criminal. Cogió una silla que había medio escondida en un rincón y la colocó frente a la mesa. Tomó asiento en su butaca de mariscal acolchada. Guardamos silencio sin mirarnos durante un par de minutos.

—Hoy hace buen día. Parece que el invierno por fin nos deja —dijo.

—Sí, eso parece —respondí.

—Pero usted no ha venido aquí para hablar del tiempo.

—No, señor.

—¿Qué me dice de los De León? —preguntó.

En ese momento entró la doncella con una bandeja de plata, una cafetera llena, una jarra con leche, dos tazas de una porcelana brillante y un cuenco lleno de azúcar.

—Gracias, Martirio. Cierra la puerta al salir.

Nos quedamos a solas. Me dijo que me sirviese el café como me gustase. Así lo hice.

—En realidad, de la familia De León no sé demasiado, por eso he venido a ver qué me puede contar usted. Sé que el único pariente que queda con vida y en paradero conocido es Matilde.

—Matilde —repitió para sí.

—¿Señor?

—¿Sabe dónde vive?

—En realidad, no a ciencia cierta. Tengo en mis manos su última dirección, pero no puedo asegurar que esté allí. De hecho, alguien

se coló en mi casa no hace mucho, y en la casa que perteneció a los De León también. No pudo ser otra persona más que Matilde.

—¿Cómo ha conseguido esa supuesta dirección?

—Soy periodista.

—Claro.

—Pero usted es inspector —añadí.

—Lo fui hace tiempo.

—Si tanto interés tenía en conocer el paradero de la señora, ¿por qué no lo consiguió?

Me miró largamente y me ofreció un cigarrillo que acepté sin pensarlo.

—Cuando tenga unos años más, descubrirá que hay cosas que es mejor dejar correr. Por mucho que duela en el estómago.

Aquel cigarrillo sabía delicioso.

—Ahora le toca a usted —dije.

Empezó su relato.

* * *

Comencé a trabajar en la Brigada Criminal cuando tenía veinticinco años. En esa época tenía un matrimonio concertado con una chica de dieciséis. A mí me repugnaba, pero esa era la forma en la que mis padres habían dispuesto mi vida. A pesar de las intenciones de mi padre de que continuase con el negocio de los barcos, yo me hice inspector. Me costó más trabajo del que nadie podía imaginar, pero lo logré por mis propios medios. Mi padre no quería que me dedicase a la investigación de crímenes, pero no me desheredó, cosa bastante habitual cuando desobedeces. La condición que me impuso fue que me casara, aunque tampoco llegué a hacerlo, por desgracia para mi prometida y fortuna para mí.

Contrajo el tifus; la boda nunca llegó a celebrarse. Mi familia era de Bilbao, y era allí donde mi padre tenía el negocio. Cuando la chica con la que iba a casarme falleció, lo vi como una oportunidad que me brindaba la vida para escaparme de allí. Pedí un traslado en el cuerpo. Me daba igual el lugar con tal de que fuera lejos del mar. Obtuve mi destino en Zaragoza. Entonces no había brigada en la ciudad, pero iban a inaugurar allí una delegación. Necesitaban gente para cubrir los puestos que se habían ofertado; uno de ellos me tocó a mí. Llegué a Zaragoza una mañana lluviosa. Pensé que era una broma del cielo para recordarme que las tierras húmedas en las que había nacido no se iban a olvidar de mí. Un hombre trajeado había venido desde Madrid para recibirnos el día en que debíamos incorporarnos. Éramos todos unos recién llegados que no sabían lo que les esperaba. Guardamos fila ante la puerta del antiguo edificio de la Brigada Criminal. Aquel hombre bajó de un coche demasiado lujoso y reluciente y se presentó como el jefe del departamento. Se llamaba Asensio Guillén y había llegado para quedarse al mando de todos. Nos hizo caminar tras él para recorrer todas las instalaciones del edificio, que debía ser un calco del lugar donde había ejercido su trabajo hasta el momento, porque lo conocía de memoria a pesar de ser su primera visita. Después nos hizo esperar en una sala. Uno por uno nos fue llamando a su despacho para hacernos una entrevista personal. A continuación salió con un papel en la mano y nos fue nombrando. A mí me destinó al campo de las denuncias locales sin mayor importancia, así lo calificó él mismo, con otros tres compañeros más. A otro le dijo que tendría que desempeñar el puesto más importante de todos: sería su asistente personal. Reímos su ironía y nos ordenó callar bajo pena de pasar una semana en los calabozos de la Guardia Civil. Todos callamos *ipso facto.*

Las tareas del ayudante personal consistían en servirle el café como a él le gustaba, reservar mesa en restaurantes, organizar reuniones, ir a comprar puros y masajearle los pies cuando así se le requiriera. El primer día de trabajo nos quedamos los cuatro que ocuparíamos las plazas de las denuncias sin mayor importancia encerrados en el que sería el habitáculo común. Teníamos una especie de salita que comunicaba con cada uno de los cuatro despachos. Allí había un hornillo con cafetera incluida y una gran mesa para el trabajo compartido. Hablamos de dónde veníamos y por qué habíamos decidido unirnos a la Brigada Criminal. Todos tenían historias que contar sobre sus ganas de hacer el bien en la ciudad y acabar con quienes se encargaban de hacer el mal. Yo me limité a decir que quería escapar de mi lugar de nacimiento y no se me había ocurrido mejor forma. Los casos nos empezaron a llegar lentamente. Gran parte de las denuncias las cubría la Guardia Civil y a nosotros nos relegaban a los casos que les aburrían. Denuncias de desapariciones de bicicletas, perros y mascotas varias y cosas por el estilo. Recuerdo cuando una mujer vino muy sofocada diciendo que su vecina le quitaba la ropa del tendedero y luego la vendía en el mercadillo.

Mis compañeros eran quienes se ocupaban de labrar una vida social a la que yo era invitado de rebote y por obligación. Yo tenía suficiente con mi trabajo y con llegar a la residencia donde nos habían acomodado por las noches para leer o escuchar la radio mientras cenaba. Santiago tenía arte para la oratoria y engatusaba a las chicas sin mayor esfuerzo. En una de las noches que salí con ellos, había resultado que una de esas chicas era la hija de uno de los ricachones de la ciudad, que se había escapado para crispar los nervios de su padre y demostrarle que él no la gobernaba. Se lo confesó a Santiago susurrándole al oído. Se asustó de que luego

aquella chica cambiase de versión y lo acusara a él de habérsela llevado. Acudió a mí en busca de ayuda, ya que era quien mejor conocía los pasos para seguir en la mayoría de los casos que se nos asignaban. Le dije que debía llevarla a su casa, pero se negó diciendo que no se fiaba de ella. Observé a la chica, que miraba con sonrisa pícara, mientras se levantaba la falda y mostraba la mitad de sus piernas.

—Ya me ocupo yo —dije.

—No sabes cómo te lo agradezco.

—Me hago una idea.

Saqué a la chica del brazo y le dije que me dijera de dónde se había escapado.

—No pienso decírtelo, me llevarás allí, y quiero asustar a mi padre.

—¿Sabes lo que hacemos a las chicas como tú en los sótanos de la Brigada? Las encerramos en un cuarto oscuro lleno de arañas y culebras. Os dejamos allí hasta que abrís esa boquita que tenéis y nos decís vuestra dirección.

No hizo falta más. Al verse entre bichos, me dio la dirección de su casa y me explicó cómo llegar. Anduvimos por media Zaragoza hasta llegar a la zona residencial. Entre caserones y palacetes que mi imaginación no habría podido ni siquiera imaginar, me condujo hasta una casa con jardines delanteros y traseros donde parecía que se celebraba una fiesta. Empujó la verja y entró.

—Puedo seguir yo sola.

—Lo siento, pero voy contigo.

La cogí del brazo y la llevé hasta la puerta principal. Llamé y me abrió una doncella que parecía estar sudando a mares.

—¡Señorita! Ya verá cuando la vea su padre. Gracias por traerla.

—No hay de qué, pero me gustaría ver al señor.

—Claro, así será usted quien aguante la regañina. Pase, están en el salón blanco.

Sin soltarla del brazo, me condujo a un salón que quedaba a mano derecha, donde sonaban un piano, violines y violonchelos. La habitación, como su nombre indicaba, era toda blanca. Suelos, paredes, techos, mesas, sillas. Hasta el piano era blanco. La alta sociedad zaragozana disfrutaba allí de champán y caviar. Parecía que nadie se daba cuenta de nuestra presencia. Me condujo hasta una mesa del fondo, a cuyo alrededor había cuatro personas. Dos hombres y dos mujeres. El tipo que parecía presidir la mesa nos vio.

—Vaya, la hija pródiga ha regresado. ¿Ya te has desairado?

—No, padre, este hombre me ha amenazado con encerrarme en un cuarto con culebras y arañas —dijo. Todos los de la mesa se quedaron mirándome.

—Voy a mi cuarto a cambiarme de ropa —dijo y se fue.

—No la tomen en serio, por favor —añadí—. Soy miembro de la Brigada Criminal y he encontrado a la señorita andando sola por la calle a estas horas de la noche. Como no ha querido decirme cuál era su domicilio, me he visto obligado a inventarme la historia de las arañas para que hablara.

Todos rieron.

—Muy agudo, sí, señor. No sabe el asco que le tiene a todo lo que repta o tiene seis patas.

—Siento haber interrumpido la fiesta. Me marcho ya.

—Oh, no, no, no. Usted me ha devuelto a mi hija sana y salva. Lo menos que puedo hacer es ofrecerle que se quede en la fiesta.

—Es usted muy amable, pero no es necesario.

—Si rechaza la invitación, se sentirá ofendido. —Una de las señoras sentadas a la mesa se dirigió a mí con una sonrisa. Tenía facciones rectas y suaves—. Vamos, siéntese con nosotros.

Así lo hice. Aquella mujer se llamaba Matilde de León. Me pidieron que los entretuviera contándoles los casos que había llevado. Entre copas de champán les conté algunos, todos igual de aburridos.

—Parece que no le gusta mucho su trabajo —aseveró el dueño de la casa.

—Considero que hay otras opciones en mi sector más interesantes que andar buscando perros extraviados.

Rieron.

—Voy a devolverle el favor. Mañana a primera hora, haré unas llamadas y le conseguiré un puesto en el que no se aburra tanto. ¿Qué le parece?

—Que es muy amable por su parte, pero no me gustaría que se tuviera que tomar tantas molestias, solo he hecho mi trabajo.

—No es ninguna molestia. ¿Dónde le gustaría trabajar? Vamos, no sea tímido.

—Bueno, no me importaría investigar los asesinatos y todas esas cosas. Siempre me han atraído ese tipo de trabajos de investigación. Es más interesante, buscar las pistas, hacer interrogatorios…

—Qué macabro —intervino otra de las señoras.

—Delo por hecho.

Entonces, aquel hombre se levantó de la silla y me hizo un recorrido presentando a todos sus amigos, pero la persona que a mí me interesaba seguía sentada a la mesa.

Un par de horas después, cuando todos estaban medio borrachos, me senté de nuevo al lado de aquella mujer. Le pedí que me contase algo de su vida para cambiar de tema y dejar de hablar de mí. Esperaba sacarle alguna información, y lo conseguí, pero no precisamente la que yo esperaba. Estaba casada y tenía un hijo pequeño. Su marido se llamaba Rafael de León y era el dueño de una fábrica de vidrios. Aquella noche me enamoré de esa mujer, a

pesar de saber que nunca podría tenerla. Me despedí de ella al amanecer, mientras parte de los asistentes dormitaba en las habitaciones de los invitados y otros descansaban en los sofás o en el césped del jardín de la parte trasera. Mientras hablábamos de nuestras vidas, su marido charlaba de negocios con algunos de sus amigos.

—Me ha gustado conocerle —dijo en la puerta.

—Lo mismo digo, señora.

—*Señora*, no, *Matilde*. Me encargaré de que lo inviten a la próxima celebración.

—No tiene por qué hacerlo.

—Lo sé.

Cerró la puerta y me miró desafiante. Me gustó que lo hiciera. Llegué a casa y me metí en la cama sin molestarme en quitarme la ropa. No podía quitarme de la cabeza a aquella mujer que me estaba prohibida; aun así, me gustó la sensación.

Pasé el domingo dormitando y sin pensar en nada en concreto. Me asomaba al balcón y observaba a las mujeres de negro de camino a misa e imaginaba que una de ellas era Matilde. Al día siguiente entré en el edificio de la Brigada, como cualquier otro día. Al ser el primero en llegar, preparé café, me serví una taza y me metí en el despacho. Cogí el caso de una mujer que decía tener fantasmas en casa y comencé a leer el informe. Diez minutos después, cuando acababa de decidir que debía hacer una visita a la casa del supuesto fantasma, el jefe inspector me hizo llamar a su despacho. Bajé a la primera planta y llamé a la puerta. Me dio permiso para entrar. Aquel despacho no escatimaba en lujos. Era una sala rectangular y amplia, con su propia chimenea. La mesa estaba hecha a partir de alguna madera noble y barnizada de tal forma que daba miedo rozarla. Tenía un globo terráqueo por licorera

bajo la ventana y una estantería repleta de libros de dudosa índole. Me invitó a tomar asiento y se quedó observándome seriamente.

—Tienes buenos conocidos en esta ciudad —se rio—. ¿Quién lo iba a decir, eh? —No respondí—. Ayer, un jefe inspector me llamó desde Madrid a las diez de la mañana. Me sacó de la cama para decirme que debía ponerte al mando de investigaciones serias y no de tonterías: asesinatos, desapariciones de gente importante, todas esas cosas, ya sabes. Tal vez te juzgué mal la primera vez que tuve el placer de verte a solas en mi despacho. Lo siento. La orden viene de arriba. No sé exactamente de cuántos pisos hacia el cielo, pero fuera quien fuese la persona que llamó dando tu nombre debe de ser verdaderamente importante. Despídete de tus compañeros. Tienes un nuevo despacho para ti solo, ya está organizado todo. Tienes tu primer caso importante esperándote sobre la mesa. Te designaré un equipo de cuatro personas. Estarán a tus órdenes para cualquier cosa que necesites, ya sean informes o que te limpien el culo. Bienvenido a la realeza de la Brigada Criminal.

No dije nada. Me limité a levantarme y a seguir a su ayudante, que me enseñaría mi nuevo lugar de trabajo. Mi despacho estaba situado en la primera planta. Era amplio, hasta el punto de contar con su propio salón de reposo. Era luminoso y desbordaba lujo, incluso más que el del jefe inspector. Tenía chimenea al fondo, un sofá enfrente y una estantería vacía esperando que la llenase lentamente. La pared estaba adornada con cuadros que evocaban el paraíso y escenas de caza. La mesa de trabajo estaba al fondo. Era enorme. Tenía cajones llenos de folios a ambos lados, papeles para informes, registros, archivos, plumas y estilográficas. Una enorme alfombra persa ocupaba la mayor parte del suelo de madera. Tenía mi propio teléfono y un reloj de oro macizo sobre el escritorio.

Descubrí sobre la mesa, además del informe de mi primer caso, una caja de madera. La abrí. Estaba llena de habanos y tenía una nota:

Para mi amigo el inspector. Espero que los disfrute.

Su benefactor.

Todo era perfecto. Demasiado. Encendí un puro y comencé a leer el expediente, pero no pude concentrarme. Cuando mis nervios se calmaron, salí a la ciudad a resolver mi primer caso de asesinato. Tres días después, tenía al novio de una fulana entre rejas, esperando el garrote vil. Había matado a un hombre para robarle lo poco que llevaba encima. Una semana después de ocupar el que para mí era el despacho presidencial, uno de mis hombres anunció una visita. No esperaba ninguna, pero le dije que la hiciera pasar. Me sorprendí al ver quién era. Matilde de León se había presentado en mi despacho. La invité a pasar y le ofrecí un café. Lo rechazó diciendo que no podía entretenerse, que tenía cosas que hacer aquel día y que había venido a ver mi nuevo lugar de trabajo y a invitarme a la celebración del cumpleaños de su hijo el viernes siguiente.

—No sé si debería ir, es una celebración privada.

—Vamos, me alegrará mucho tu asistencia.

No tenía ganas de ir y codearme con toda esa gente tan acaudalada y poderosa, pero era una oportunidad para pasar un rato a su lado.

—Iré encantado.

—Me alegra oírte decir eso.

Pasé toda la semana hecho un manojo de nervios. Compré ropa y zapatos nuevos y un regalo que, aunque sabía que para mi bolsillo era demasiado caro, sería el más barato que recibiera el hijo de Matilde. Fui al barbero a que me afeitara como Dios manda y me cortase unos centímetros el pelo. Pasé toda la semana evocando la

figura de Matilde, repitiéndome que nunca sería mía. Eso hacía la situación más cautivadora aún. El día de la celebración, el chófer de Rafael de León vino a buscarme a la puerta de la residencia a las ocho en punto. Al ver el coche, pensé que con mi sueldo podría dejar la residencia y pagarme un buen piso donde me apeteciese. Y así lo haría la semana siguiente. Fui el primero de los invitados en llegar a la mansión de los De León. Matilde y su marido me recibieron en el salón donde tendría lugar la fiesta. Un niño de unos cinco o seis años jugaba con un tren de juguete ajeno al mundo, arrodillado sobre la alfombra, en un rincón del salón.

—Ángel, ven a saludar al señor. Y dale las gracias por el regalo.

Aquel chico se parecía mucho a su madre: el pelo claro y los ojos azul cielo. Se levantó y se acercó a mí, ofreciéndome su mano. Se la estreché y le di el paquete. Me dio las gracias y miró tras de mí. Había un chico observando desde la puerta. El hijo de algún criado.

—Sacristán, ayúdame a desenvolver este regalo —dijo mientras se marchaba con él a otra habitación.

El resto de los invitados no tardó en llegar. Matilde saludaba a las mujeres. Cuando sus amigas le pedían que se reuniera con ellas, les respondía que las acompañaría cuando acabase de hablar conmigo. No se separó de mí durante toda la velada. Aquella sería la primera de muchas otras.

En cada celebración a la que me invitaban, Matilde y yo compartíamos agradables conversaciones. Yo le contaba los casos que llevaba y ella lo aburrida que era su vida. En una ocasión, meses después de conocernos, me confesó que ya no quería a su marido. Estaba unida a él hasta que la muerte se llevase a uno de los dos, y tenían un hijo en común al que educar, pero solo lo había querido durante el primer año de matrimonio. Desde ese momento, cuando nadie nos veía, me cogía de la mano y me llevaba a alguna

habitación solitaria para bailar a escondidas de los invitados, fuera de la mirada de su marido.

—Él tiene suficientes amigas por ahí fuera. No creo que tenga nada de malo que yo tenga uno.

Aquel día me condujo a una de las habitaciones de invitados. Me pidió que la desnudara lentamente y que la hiciera mía. Complací sus deseos a la vez que los míos. Después de aquella fiesta, nuestros encuentros tenían lugar en un piso de su propiedad. Estaba ubicado en un edificio restaurado, en una de las calles que se construirían de nuevo para aportar elegancia a la zona. El suyo fue el único edificio que vería esa reconstrucción. Nos solíamos ver por las tardes, cuando Rafael se marchaba a la fábrica a controlar la producción y vigilar a los empleados, a los que no dejaba moverse de su puesto ni para ir al baño.

—Es un tirano —me decía desnuda y apoyada sobre mi pecho—. Más de uno de sus empleados ha acabado orinándose encima. Debería darle vergüenza, más aún siendo consciente de sus orígenes.

Matilde me confesó que por las noches rezaba por su marido para que dejase de ser el hombre que era y se convirtiera en otro mejor. Era una mujer muy religiosa. Cuando por su matrimonio su padre le regaló la casa, se hizo construir su propia capilla y se llevó con ella al cura confesor de la familia. Tenía a un charlatán, al que ella se refería como el padre Mauricio, viviendo en su casa a pensión completa. Mauricio Sevilla se llamaba. Nunca le dije nada, pero no me gustaba aquel hombre. Tenía algo turbio en la mirada. Tenía una casita para él solo detrás de la capilla que Matilde hizo que le construyeran. Cocina, sala de estar, despacho, habitación y baño completo. A cambio, siempre que ella necesitaba hacer una

confesión o pedir consejo, acudía a él, ya que estaba disponible para su señora veinticuatro horas al día.

También me habló de una mujer que vivía con ellos por orden de su marido. Yo nunca llegué a verla. Era gitana. Me la describió como una mujer de unos cincuenta años que le daba buenos consejos y le trajo buena suerte desde el momento en que la conoció años atrás. Yo estaba convencido de que esa mujer le asustaba. Me dijo que tenía el pelo largo y completamente negro, a pesar de su edad, ligeramente rizado, y que vestía con los trajes típicos de los gitanos, pero con las buenas telas que su marido le regalaba. Cuando le pregunté la razón por la cual su esposo conocía a una gitana, me respondió que Rafael no siempre había sido rico, sino que, muy al contrario, había sido muy pobre, que la había conocido en un espectáculo de circo cuando era niño y desde entonces, al hacer caso de sus consejos, todo empezó a irle bien. Por el modo en que lo decía, parecía dar a entender que su marido lo consultaba todo con ella. En más de una ocasión, aquella mujer colocó herraduras en las puertas de la casa y colgó huesos de pollo en bolsitas de los pomos de las puertas. Aquello la puso muy nerviosa, pero su esposo no dejó que los tocase nadie. En otra ocasión sorprendió a una de las criadas sumergiendo en agua con jabón las bolsitas para limpiarlas; la despidió en ese mismo momento.

Haría un año de mis encuentros con Matilde cuando el escándalo llegó a la casa una noche de abril. Hacía una semana que llovía sin parar, de noche y de día. El río estaba a punto de salirse de su cauce en la ciudad; a su paso por pueblos más bajos, ya había inundado localidades enteras. Fueron las inundaciones del 23. Yo estaba acostumbrado a la lluvia, pero no las gentes de Zaragoza. Recuerdo la hora exacta. El reloj señalaba las doce y veintiún minutos de la noche cuando alguien llamó a la puerta de mi casa. A continuación

escuché el repiqueteo de unos nudillos y la lluvia golpear las ventanas de mi dormitorio. Me puse una bata de lana y, con los ojos medio cerrados, abrí la puerta. Allí encontré al jefe inspector. Acompañado por dos de mis hombres, sostenía en alto una linterna de gas.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Vístete sin demora, debemos atender un aviso. Tal vez los conozcas, Ricardo: tenemos que ir a la casa de la familia De León.

Sentí como si una corriente eléctrica me atravesara el cuerpo de la cabeza a los pies. Lo primero que pensé fue que Rafael se había enterado de mi aventura con su esposa y había dado un falso aviso para que fuese a su casa y dejarme muerto de un golpe en la cabeza. Después pensé que tal vez, en un arrebato de locura, había acabado con la vida de Matilde. Me vestí en mi dormitorio, a oscuras, temiendo encender la luz y descubrir mi rostro reflejado en un espejo. Fui al baño y metí la cabeza debajo del grifo. Las manos me temblaban.

Bajamos a la calle completamente a oscuras, donde un coche oficial nos esperaba. Era difícil conseguir que el conductor controlara la velocidad por las calles llenas de barro. Por el camino me habían contado que un hombre que vivía en la misma urbanización estaba dando un paseo con su perro, que al pasar por la casa de los De León empezó a ladrar y se coló en su jardín. El hombre corrió tras él y se metió también en la casa, con intención de sacarlo de allí. Tirando de la correa del animal, consiguió lo que quería. Observó que llevaba algo en la boca y lo cogió. No pudo ver que se trataba de una pequeña calavera hasta que la lluvia desprendió el barro que la cubría. Asustado, la lanzó de vuelta al jardín y corrió con el perro hasta su casa para llamar a la Guardia Civil, que pasó la denuncia de forma inmediata a la Brigada Criminal. El inspector de guardia avisó

al jefe inspector, quien, al conocer la noticia, decidió que el asunto era de mi competencia. Una furgoneta de la Guardia Civil vigilaba la zona al llegar a la casa. Fue la Brigada quien avisó a los dueños. Abrí la verja y caminé directo a la casa, seguido de mis tres hombres. Subí las escaleras del porche y llamé a la puerta. La lluvia, intensa, seguía cayendo. Insistí durante diez minutos, hasta que se iluminó el interior de la casa. Rafael abrió la puerta en pijama, gorro y escopeta.

—¿Ricardo? ¿Qué haces aquí a estas horas?

Respiré hondo.

—Siento que esta visita no sea de cortesía, Rafael. Tengo que pedirte que enciendas las luces del jardín.

—¿Puedo saber por qué?

—Tenemos que comprobar un aviso que nos ha llegado. Por favor, haz lo que te pido.

Asintió. Se introdujo en el interior sin cerrar la puerta de entrada. Matilde estaba en mitad de las escaleras, vestida con un camisón, observándome. Las luces se encendieron. Nos dimos la vuelta para ver el jardín. El agua había conseguido levantar parte del césped y dejarlo abultado. No tardamos en descubrir la calavera que aquel hombre decía haber encontrado allí. Por el tamaño que tenía, deduje que pertenecía a un niño.

—¡Dios santo! —exclamó uno de mis hombres.

—Que traigan a todos los ayudantes de inspección. Hay que levantar el jardín entero —ordené—. Y que avisen al forense de guardia.

Alcé la vista hasta la casa. Matilde estaba junto al marco de la puerta. Más arriba, en la tercera planta, pude distinguir la figura de Rafael. Estaba hablando con una persona. Me pareció ver en la silueta que lo acompañaba los trazos que Matilde me había dado de

la mujer gitana que vivía con ellos, pero no podía estar seguro. Tal vez fuera alguna doncella que se había desvelado por el ruido. Me acerqué hasta la puerta y empujé a Matilde dentro.

—Estás empapado —dijo.

—Lo sé. Acabamos de encontrar una calavera en vuestro jardín.

Me miró incrédula.

—No temas, seguro que hay una explicación para todo.

Asintió. El miedo recorrió su cuerpo. Se volvió hacia las escaleras en busca de su marido. No estaba. Me sostuvo las manos y me besó levemente. Escuchamos una risita y vimos cómo se cerraba la puerta del salón. Matilde corrió a la habitación para ver quién se había escondido allí. Fui tras ella. Ángel permanecía oculto tras un sofá, pero tenía los pies al descubierto.

—Ángel, hijo, ¿qué haces ahí? —preguntó Matilde.

—Espiar —contestó, saliendo de su escondite con una sonrisa en los labios.

—Eso no está bien, hijo, yo no te lo he enseñado.

—Me lo ha enseñado Sacristán. Es divertido.

—Hijo…

—No te preocupes, madre, no voy a decirle nada a padre. Además, yo también quiero más a Ricardo.

Matilde me miró. Yo me quedé mirándola a ella.

—¿Por qué dices eso, hijo?

El pequeño agachó la mirada.

—Ya sé que padre nos quiere, pero nos riñe mucho a los dos, a ti y a mí. Te he escuchado llorar más de una vez, y a mí me ha zurrado muchas veces sin que tú te hayas enterado. Pero no pasa nada.

Se marchó y me sonrió. Matilde se mordía las lágrimas en silencio, sentada en el brazo del sofá. Me acerqué a ella y le acaricié la cabeza.

—No es cierto. Sí que me he enterado, pero soy muy cobarde y no tengo valor de hacer nada.

La dejé allí para que se calmase y salí al jardín. No tuvimos que esperar mucho más para que llegaran los hombres que se encargarían de cavar. Solo tardaron tres horas en levantar el jardín delantero y el trasero. Recuperaron unos diez cadáveres de niños. Cuando entramos en la casa a informar de los cuerpos hallados, ya había algún periodista que rondaba la puerta. Llamamos y Rafael abrió. Entré con mis hombres y con el jefe inspector, que al ser amigo mío me cedió la palabra. Nos hizo pasar al salón, donde había encendido la chimenea. Cuando le expliqué lo que habíamos encontrado, asintió como si nada.

—No es de extrañar.

El jefe inspector y yo nos miramos.

—¿Qué quiere decir con eso? —intervino el jefe.

Rafael negó con la cabeza.

—No quise decirle nada a mi señora cuando vi el lugar donde su padre construyó la casa que le regaló al casarnos. Aquí, debajo de este salón, hay más cuerpos de niños. Tal vez ustedes estén ahora mismo sobre alguno de ellos, casi podrían pisarlos.

—¿Por qué no se explica usted mejor? —dijo mi compañero.

—¿Recuerdan el hospital infantil que ardió hace unas décadas? Estaba asentado en las inmediaciones de esta urbanización. En el incendio murieron muchos niños. Los padres no tenían dinero con el que poder enterrarlos, así que el ayuntamiento les cedió una parcela gratuita. Esta misma. Tal vez en las casas de alrededor también encuentren algún resto, pero fue este lugar el que escogieron para enterrarlos, a los pies del hospital que derruirían poco después. La estructura quedó dañada por el incendio, en serio peligro de derrumbe. Después de aquel año, pasaron diez más sin que nadie se

atreviese a construir aquí, hasta que un inglés decidió fijar aquí su residencia de verano, donde vendría con toda su familia. Fue él quien hizo construir la primera casa en estos terrenos. Poco a poco se fue levantando una casa tras otra a medida que la gente hacía fortuna, se marchaba o se trasladaba a Zaragoza. Se aprovechó la estructura principal que levantó el inglés y se fueron haciendo más partes a su alrededor y tirando otras para volverlas a hacer al gusto del nuevo propietario.

Yo no creí una sola palabra. El jefe me dio una palmada en el hombro y me dijo que con eso quedaba el tema solucionado.

—Ninguno de nosotros dudamos de su palabra, señor De León. No se preocupe por nada, este tema queda zanjado. —Mientras decía esas palabras, se acercó a Rafael y le puso la mano en el hombro, esperando una respuesta por mi parte.

—Sí, ninguno dudamos de su palabra.

—Bien, nos marchamos ya. Sentimos todas las molestias que le hemos ocasionado esta noche.

—No se preocupen, solo cumplían con su trabajo —dijo ofreciéndome la mano—. ¿Te veo dentro de quince días, como habíamos acordado?

Acepté su mano y asentí.

—No me lo perdería por nada del mundo.

Me mostró su sonrisa con cuatro dientes de oro y nos marchamos de allí. El jefe y yo avanzamos delante de mis hombres.

—¿En serio crees la versión que nos ha dado? —pregunté.

—No sé qué decirte, pero es cierto que se quemó un hospital infantil por aquí hace muchos años. No sería tan descabellado.

El forense se entretenía examinando alguno de los restos. Me acerqué a él y le pedí que, una vez acabado el informe, me lo mandase a mí personalmente. Regresé junto a mi compañero.

—Ricardo, no sé qué te ronda por la cabeza, pero deberías dejarlo correr. Estos amigos tuyos son muy poderosos. Consiguieron darte el puesto que deseabas con una sola llamada de teléfono, te aumentaron considerablemente el sueldo, y todo eso por el simple hecho de conocerlos. No sé quiénes son esos niños, ni me importa. Además, no van a volver a respirar por mucho que investigues. A lo que voy: si esta gente tiene algo que ocultar, lo hará de todas formas, por muchas pruebas que consigas. Lo único que conseguirás si remueves el tema es un tiro en la cabeza; se quitarán de en medio a quien les cause problemas. Te lo digo como amigo, no como jefe.

Asentí y subimos al coche. Me dejaron en la puerta de casa. Al entrar, me quité la ropa y la tiré a la bañera. Me metí en la cama y esperé a quedarme dormido. El resto de la noche me persiguieron en sueños unos niños sin rostro.

Al día siguiente, Matilde fue a verme al trabajo. Le conté la versión oficial y le dije que el caso estaba aclarado. Respiró aliviada y me preguntó si seguía en pie nuestra cita de aquella tarde. Aquel día salí antes del trabajo y me dirigí con mi identificación en el bolsillo al archivo del *Heraldo de Aragón.* Al identificarme como inspector de la Brigada Criminal me facilitaron la ubicación de los archivos del periódico y me dejaron a mis anchas en el sótano. Comencé a desempolvar cajas que contenían papeles amarillentos, fotografías viejas y dibujos hechos a mano. Tardé tres horas en encontrar lo que buscaba: una noticia en la que se hablaba del incendio del hospital y de la muerte de un número indeterminado de niños, médicos y enfermeras. Quise creer el resto de la historia que Rafael nos había contado, pero solo pude creerla hasta que me llegó el informe del forense de manera confidencial. Los huesos pertenecían a niños de ambos sexos. Los restos más antiguos tenían

unos dos años de antigüedad, y los más recientes uno. Encendí la chimenea y me senté en el sofá, frente a ella, escudándome en las palabras que el jefe inspector me había dicho: «seguirán muertos y te quitarán de en medio de un tiro». Cuando las llamas ardían con fuerza, quemé una por una las hojas del informe del forense. Sentí que me traicionaba a mí mismo. Tal vez en otras circunstancias no lo hubiera hecho, pero ahora tenía a Matilde, aunque fuese a medias. Y también estaba Ángel, ese niño que me quería más que a su propio padre, al que había aprendido a querer como al mío propio, entreteniéndolo con juegos durante las visitas que le hacía.

Años después, cuando Ángel se había hecho mayor, Matilde me dijo que se marchaba de casa para vivir su propia vida, que cuando se liberara de su padre ella haría lo mismo y se vendría conmigo. Y cuando me retirase, nos iríamos los dos a vivir lejos de allí. Nunca sucedió. Yo le preguntaba que cuándo iba a llegar el momento de marcharnos y ella me decía que pronto, que tuviera algo de paciencia, que estaba ayudando a su hijo económicamente y que nuestros planes se retrasarían un poco más. Una tarde se despidió de mí y me dijo que regresaría pronto. No tuve noticias suyas durante diez días. Cuando fui a verla, me dijo que me olvidase de ella, que nuestros planes no se podrían cumplir, y me cerró la puerta. Veinte días después denunció la desaparición de su marido. Yo me encargué del caso, pero no fui capaz de encontrar nada. Matilde dijo que su esposo había salido una mañana y no había regresado. Dicho esto, me pidió que saliera de su casa. Seis meses después volví a acercarme, anhelando lo que había tenido con ella y ya no me permitía disfrutar. Al llamar me abrió una mujer que no había visto nunca. Tenía la piel envejecida y quemada por el sol. Me dijo que los antiguos inquilinos se habían marchado y que ellos

habían adquirido la casa en una subasta. Me marché de allí y no regresé.

* * *

—…

—Es la primera vez desde entonces que oigo preguntar por esa familia. Y es agradable escuchar su nombre otra vez, pero déjeme decirle que lo que le ha traído hasta aquí no es cierto. Dudo mucho que fuera Matilde quien se coló en su casa y en la de su amigo.

—¿Y quién iba a hacerlo si no?

—No lo sé. Pero he sido inspector toda mi vida y esas cosas se intuyen.

—Ahora que tiene la dirección de Matilde, ¿irá a verla?

Negó con la cabeza y sonrió con tristeza.

—Hay cosas que deben quedarse en el pasado para que sigan siendo bellas.

En eso estaba de acuerdo. La mirada del inspector había envejecido diez años cuando acabó de contarme su historia. Me daba lástima. Al mismo tiempo, no podía dejar de pensar en el enredo que se desplegaba ante mí. Víctor, que no era Víctor, sino un hermano menor del primero. La casa que habían comprado, ¿cómo la habían adquirido unos granjeros? ¿Qué había pasado con Lena y Ángel, ambos muertos? Y Ricardo. Nada tenía sentido.

Me acompañó a la puerta y me pidió que, de encontrar a Matilde, no le dijera que lo había visto. Salí de la casa del inspector y cogí el primer tranvía de camino a la editorial. Llegué casi media hora tarde.

8

Ese día, Cristina pudo asistir a clase. Al final de la tarde me entregó un cuento que había escrito y quería que lo leyese.

—A lo mejor te aburre —dijo.

—Seguro que no.

Víctor y ella me ayudaron a poner en orden las mesas y a dejar hojas nuevas en las cajoneras. Salimos de clase y cerramos la editorial. Los acompañé. Cristina me dio la mano durante el trayecto a la parada del tranvía.

—Me gustan mucho tus clases —dijo—. Aprendo un montón de trucos y los apunto todos.

—¿Ah, sí? Me alegro de que te gusten.

Pablo me preguntó por esa chica que acudía a clase con Víctor sin estar matriculada, y, por lo tanto, sin pagar un céntimo. Respondí que se trataba de la hija de unos conocidos a los que debía un favor y no preguntó más.

—Bueno, solo es una alumna más —dijo.

Dejé a los chicos en la parada y caminé hasta casa. La noche estaba fresca, pero el abrigo empezaba a sobrarme. Parecía que la primavera quería presentarse lentamente. Antes de entrar en casa, encontré un sobre bajo la puerta. Abrí y lo cogí; no tenía remitente. Sandra todavía no había llegado. Entré en la cocina y me senté en la silla. Abrí el sobre y saqué una nota:

Querido Iván:

Me complace anunciarte que Coraline y yo hemos decidido invitarte a cenar mañana por la noche en nuestra casa. Te esperamos a las diez en punto. No te retrases.

Con todo el cariño de un viejo amigo,

GUILLERMO

Aquella nota olía a gato encerrado que apestaba. Tras calibrarla durante unos minutos, pensé que si no acudía a la cena podría recibir otra visita de cortesía por parte de Guillermo para llevarme a algún otro tugurio, así que decidí ir. Me metí en mi cuarto y me quité los zapatos. Me calcé unas zapatillas cómodas y me lavé la cara. La historia de Ricardo seguía rondándome la cabeza. Sandra no tardó en llegar.

—Estoy en el baño, ahora salgo —grité.

Me sequé la cara y la encontré en la cocina leyendo la nota.

—¿Vas a ir?

—Creo que sí.

Negó.

—Sigo pensando que a veces pareces tonto.

Parecía más cansada de lo normal. Le pregunté y me dijo que ese día había tenido mucho trabajo en la tienda, que se había caído desde el tercer peldaño de la escalera cuando intentaba alcanzar un libro. Y me advirtió que ya le había reprochado Germán que debía tener más cuidado y no hacía falta que yo se lo repitiese.

Se lo repetí unas cinco veces a lo largo de la cena, solo para crisparle los nervios. Después me ofrecí a recoger la cocina y a fregar los platos. No hizo falta que se lo dijera dos veces. Cuando terminé, me encerré en mi salita y continué escribiendo hasta que Abi se coló de un salto por la ventana desde el árbol, que había dejado a medio abrir para que se ventilara el olor a polvo. Miré la

hora. Las tres. Era tarde y estaba cansado. Me metí en la cama y cerré los ojos.

Esa noche los niños sin rostro me volvieron a quitar el sueño.

9

La casa de Guillermo estaba al final del paseo de las Damas, que caía en paralelo con el paseo de Sagasta. La gente que residía en esa zona se podía permitir cocinera y doncella. Estaba situada en el número 22. Era una casa grande cuya fachada estaba pintada de blanco, a excepción de los balcones, que lo estaban de amarillo arena. Las luces del piso inferior estaban encendidas. Llamé al timbre y esperé. Una doncella con cara de enfado me abrió. Le dije que era el invitado de esa noche y me indicó que pasara.

—Avisaré a los señores.

Observé todo cuanto había a mi alrededor. Me encontraba en una especie de recibidor. Las estanterías, a ambos lados de las paredes, estaban repletas de libros. Sobre una mesa vi un centro de flores. Rosas frescas. La lámpara que colgaba del techo se asemejaba a una gran araña. Las paredes estaban llenas de cuadros que mostraban gente desconocida. Al fin Coraline había conseguido la vida que creía merecer. Yo no iba a discutírselo. Si quería lujo y dinero a cambio de rituales extraños en el lecho matrimonial, era su problema, no el mío. Guillermo apareció por una puerta que quedaba a mano izquierda.

—¡Qué bien que hayas venido!

—No iba a despreciar tu invitación.

—No creas, tenía mis dudas. Anda, pasa.

Lo seguí hasta la sala de donde había salido y dejé pasar a la doncella. Coraline se había arreglado con un traje negro con joyería

incrustada. Se había recogido el pelo y puesto un collar a juego con el vestido y los zapatos. Estaba preciosa.

—Hola, Iván. ¿Champán?

—Claro.

Me tendió una copa llena y nos sentamos a la mesa. Guillermo hizo sonar una campana y segundos después la doncella volvió a hacer acto de presencia con un carrito lleno de comida. Nos sirvió un pedazo de carne a cada uno y se marchó. Tras un incómodo silencio, Coraline se atrevió a romper el hielo.

—¿Cómo marcha tu nueva novela?

—Bien —dije—. Del mismo estilo, pero bien.

—¿Y no se aburren tus lectores de leer siempre lo mismo? —preguntó Guillermo, estirando la espalda sobre la silla.

—Creo que no. Se siguen vendiendo.

—Bah, yo me habría cansado ya; si me gustase leer, claro.

—Tú siempre te cansas de todo enseguida —añadió Coraline. Bastó una mirada de Guillermo para que le pidiera disculpas.

La carne estaba en su punto, pero el ambiente estaba cargado y tenso.

—¿Cómo te va a ti en tu trabajo? —pregunté.

—Oh, muy bien. Me han ascendido otra vez —contestó.

—Me alegro por vosotros.

—Tengo acceso a prácticamente toda la información que necesito. Fíjate que el otro día, rebuscando unos papeles, encontré un acta en la que aparecía tu nombre. No me habías dicho que estuviste en los calabozos.

Coraline me miró sorprendida, esperando una explicación. No se la di.

—Solo habrías tenido que decir que eras amigo mío para que te hubiesen sacado de allí.

Dejé los cubiertos a un lado.

—No se me ocurrió.

—Pues fue una pena: te habrías librado de pasar esos días en un calabozo lleno de estiércol. Coraline, Iván fue detenido por pegarle una paliza a un tío. ¿Y sabes de lo que me enteré después? De que ese tío era novio de su hermana. La pobre idiota pensó que iba a casarse con ella.

Apreté los puños para lanzarme contra él. Coraline acarició mi mano derecha bajo la mesa; quería dejarme claro que no debía hacerlo.

—No hay necesidad de que hagas esto, Guillermo —dijo.

—Pues yo creo que sí.

Se sirvió una copa de champán y la vació de un trago.

—¿Para esto me has invitado?

—Sí. Y también para decirte que la próxima vez que la zorra de mi mujer vaya a tu casa no le abras la puerta. Yo me entero de todo. —La expresión de Coraline dejó claro que no había sido ella quien le había hablado de la visita—. Simplemente pronunciar mi nombre te habría sacado de los calabozos, Iván. Podrías aprovecharte para muchas cosas de tener un amigo en la Guardia Civil. Pero ese no es tu estilo, ¿verdad? Nunca lo ha sido. Lo tuyo es coger una cosa sencilla y hacerla complicada. La retuerces todo lo que puedes hasta que estalla. Espero que no hagas lo mismo conmigo y que dejes de hacer tonterías con mi mujer, porque, al igual que decir que eres amigo mío te libraría de muchas cosas, el hecho de nombrarte también podría acarrearte muchos problemas y mucho daño. A ti o a tu hermana. Disfrutad de la cena. Será la última que compartáis.

Dejó la servilleta sobre la mesa y se marchó. Coraline temblaba.

—Márchate de aquí cuanto antes.

—¿Tú sabías algo de esto?

—Claro que no. Lo habría impedido o te habría avisado. Márchate.

—¿Y tú qué? ¿Qué te va a pasar?

—Nada que no haya aguantado ya.

Me empujó hasta la puerta.

—No regreses aquí.

—No pensaba hacerlo.

Le acaricié el brazo.

—Tú deberías hacer lo mismo.

—¿Y dónde voy? No tengo nada, solo lo que los hombres quieran gastarse en mí.

—No hables así de ti.

Sonrió nostálgica.

—Es lo que merezco. Me lo he buscado yo sola. Nunca debí dejarte.

—Bueno, a él lo querrías más —dije.

Me miró fijamente, parecía pedir auxilio. Finalmente negó con la cabeza.

—A ti te quise una vez. A él no. Nunca debí hacerle caso a mi padre. Nunca debí creer que el dinero me haría feliz al lado de cualquier hombre. Y ahora ya es tarde.

—Puedes venir conmigo.

Negó.

—Estoy atrapada. ¿No has oído lo que ha dicho? Le he visto hacer cosas peores. Olvídate de él, de mí y de que un día estuvimos casados. Olvídate de que fui a verte y de todo lo que tenga que ver con él o conmigo. Es el mejor consejo que puedo darte.

Cuando quise acercarme a ella para besarla ya había cerrado la puerta. Me marché a casa acompañado por el eco de mis zapatos y algún maullido que salía de callejones y papeleras. El chico que trabajaba de portero estaba desaparecido y no había ni una luz en la

entrada. Subí las escaleras y me metí en la cama, estaba tan destrozado que parecía que me habían dado una paliza.

La mañana siguiente amaneció lluviosa y gris. Levanté la persiana de mi habitación para ver el cielo. Los edificios parecían dormidos y no se escuchaba ni un gorrión. Eran las seis. Sandra no se levantaría hasta un rato después. Preparé el desayuno y, tras beberme un café muy cargado, cogí un paraguas medio roto y me dirigí a casa de Juan. A esas horas todavía no se habría marchado al orfanato. Llamé a la puerta y no tardó en abrir. Aún no llevaba la sotana puesta. Normalmente vestía pantalón y camisa. Se había cortado al afeitarse.

—Iván, qué alegría verte. Anda, entra.

Tenía peor aspecto que la última vez que lo vi, pero no parecía estar enfermo. Las expectativas de vida que le había dado el médico, por suerte, no se cumplían. Me condujo a la salita de estar, donde había dispuesto un desayuno a base de frutas y leche descremada.

—Ahora voy a por un servicio para ti.

—No te molestes, ya he bebido café en casa.

—¡Humm!, café. El médico me lo prohibió. Lo echo de menos, la verdad.

—Podrías darte un capricho de vez en cuando.

—Sí, lo he pensado. Me he acostumbrado a desayunar leche descremada, pero me resulta insípida. ¿Qué le vamos a hacer?

Nos quedamos mirándonos.

—Me alegro de verte.

—Yo también. Hacía tiempo que quería pasarme a hacerte una visita.

—Bueno, con lo de tus tíos, y después, sabiendo que Coraline se casaba con Guillermo, normal. Pero todo eso ya ha pasado. ¿Sigues

dedicándote a la escritura en cuerpo y alma? —preguntó, mordiendo una pera.

—Sí. Me gusta mi trabajo.

Asintió, al mismo tiempo que se limpiaba la boca con un paño de tela blanca.

—¿Y vas a tener ideas dentro de esa cabecita para toda la vida?

La pregunta me sorprendió.

—Eso espero, aunque siempre podré ganarme la vida con las clases. De lo contrario, Sandra podría mantenerme con su trabajo en la librería de Germán —reí—. Pero, dime, ¿tienes algo en la cabeza que no puedes soltar?

Sonrió y dejó el corazón de la pera sobre un plato.

—Me conoces bien. —Silencio—. Recuerdo la temporada que estuviste en el orfanato, eras buen chico, aunque hiciste amistad con Felipe. Vaya pieza de chaval, aunque tampoco era malo. Solo andaba algo descarrilado.

—¿Qué fue de él?

—Su padre se lo llevó un tiempo después de que te marchases. No volví a saber de él. Cuando te fuiste, solía preguntar a menudo por ti. Te apreciaba. También recuerdo que pasabas el día escribiendo historietas y me las dabas para que las leyera. Tenías imaginación, sí, señor, y la sigues teniendo. Pero dime una cosa, en confianza: ¿no te da miedo de que llegue el día en que no puedas dedicarte a escribir?, ¿que se te acaben las ideas?

Encogí los hombros.

—Tal vez… Dime, ¿qué te ronda por la cabeza?

Tomó aire.

—Quiero que me sustituyas en el orfanato, que lo dirijas cuando yo falte, que te quedes con mi casa y con todo lo que tengo.

Me quedé en blanco. No esperaba algo así. Juan debió verlo en mi rostro.

—Vamos, chico, respira, que no es para asustarse tanto.

Ladeé la cabeza.

—Bueno, me estás pidiendo que te sustituya como si ya no estuvieras aquí.

—No, hombre, no dramatices. ¿No te parece buena idea? No veo ningún candidato mejor que tú. Y, créeme, siempre te he tenido a ti en mente para este puesto. He entrevistado a muchas personas, pero todas parecen salidas de un cuento de terror. Mano dura, eso es lo que quieren usar en mi lugar, y estos chicos no la necesitan, ya han tenido bastante de eso la mayoría. Son unas pobres criaturas sin padres y sin nadie que se ocupe de ellas. Mano dura hay que tener en los correccionales y sitios así, no en un orfanato.

Guardé silencio durante un instante antes de responderle.

—No puedo hacerme cargo de este lugar. No sabría por dónde empezar.

—Claro que sabrías por dónde empezar, hijo. Eres bueno y sabes cuidar bien de tu hermana. Eso no lo hace cualquiera, tienes buena mano para dirigir un orfanato.

Sonaba ridículo.

—Al menos dime que lo pensarás. Hazlo por mí, ¿de acuerdo?

—Lo tendré en cuenta.

—Me alegra escuchar eso. ¿De verdad no quieres tomar nada? Puedo decirle a Elisa que te prepare una de esas tostadas que tanto te gustan.

Las tostadas de Elisa eran una auténtica delicia.

—A eso no voy a decirte que no.

Avisó a la doncella y le pidió que me preparase una docena. Me dijo que me comiera las que quisiera y el resto se las llevara a

Sandra. Hice caso omiso del pecado de la gula y me tragué sin hambre tres tostadas.

—Bah, el pecado de la gula seguro que lo inventó algún idiota salido de algún pueblucho con más cabras que habitantes. Cuando hay hambre, hay que comer, y si no tienes hambre, pero tienes un manjar delante, eres un estúpido si no lo pruebas.

—Sí, pero yo me he empapuzado; luego me costará un corte de digestión.

Entonces lo recordé. Mauricio Sevilla.

—Oye, Juan, ¿no conocerás por casualidad a un hombre llamado Mauricio Sevilla?

Frunció el ceño.

—¿De qué conoces tú a esa sanguijuela?

—Me lo han nombrado.

—¿Te lo han nombrado? —dijo enarcando las cejas.

—Sí, me contaron que era el confesor de una mujer y que vivía en su casa a pensión completa.

—Y con sueldo de rey. Vive en un palacete a las afueras de la ciudad. ¿Has visto alguna vez ese caserón que hay abandonado en el camino de Huesca? ¿El que está entre descampados?

—Creo que lo vi cuando cogí el tren para ir a Huesca.

—Pues ahí vive. Y esa casa no se consigue ni del sufrimiento ni de la austeridad monacal. Solo él sabe el sueldo que le daban por ser confesor de su señora. Era la comidilla de todos los curas. La noticia de la casa que se montó ahí arriba corrió como la pólvora.

—¿Recuerdas cuándo ocurrió?

Dudó, pensativo.

—Hace ya años. Allá por el 35 o el 36 más o menos; recuerdo que fue poco antes de la guerra. Y luego iba por ahí de predicador. Un fantasma, eso es lo que era y lo que seguirá siendo.

—Vaya —dije—. Para tenerlo de amigo.

—Sí, justo eso.

Alargamos la conversación sobre mi vida en el orfanato y el rescate de Sandra de casa de mis tíos un rato más. Después me despedí de él, prometiéndole que volvería pronto a verlo.

Regresé a casa cuando Sandra se despertaba. Solía dormir con un viejo pijama mío que había rescatado hacía un tiempo del fondo del armario. Cuando llegué, todavía tenía los ojos a medio abrir.

—¿De dónde vienes? —preguntó bostezando.

—De ver a Juan. Traigo el desayuno.

Sandra engulló un par de tostadas cubiertas de la mermelada que preparaba la propia Elisa. Yo me tomé otro café. Cuando Sandra se marchó a la librería, me puse a limpiar. Quité el polvo, escobé, fregué los platos, cambié las sábanas, ventilé toda la casa y después me embarqué en una ardua tarea que llevaba posponiendo desde la adquisición del piso: ordenar mi salita particular, cargado con un cubo de agua y jabón y un trapo mojado para quitar el polvo. Lo primero que hice fue sacar la máquina de escribir a la sala de estar. Con el trapo humedecido, limpié la mesa, que quedó reluciente, un par de tonos más clara. Saqué uno por uno los libros de la estantería para limpiar las cubiertas, los dejé sobre la mesa y empecé con las baldas. En último lugar, me puse con la silla. Abrí la ventana para que se fuera el fuerte olor a jabón y decidí que los cristales de las ventanas también necesitaban un repaso. Cuando consideré que estaban lo suficientemente limpios, cerré la ventana y volví a colocar los libros en su sitio; esta vez lo haría en orden alfabético. Había llenado una balda cuando, al coger el siguiente libro, cayó algo que se ocultaba entre sus hojas. Lo coloqué en su sitio y cogí el objeto que había caído. Le di la vuelta y vi que era una vieja fotografía de la familia. Me reconocí con siete años, un día de verano que

paseábamos por un parque. Recordé que había un fotógrafo tomando retratos y fui yo quien insistió en que nos hicieran uno. Salimos todos. Mi padre y mi madre, a quien no pude reconocer en la fotografía, Sandra en los brazos de mi madre, y yo, sonriendo al objetivo, agarrándole la mano. La rompí en dos pedazos. Uno con mis padres y otro en el que quedábamos Sandra y yo. Arrugué la parte que no quería y volví a guardar en el libro la carita de pan de mi hermana. Terminé de ordenar las estanterías y preparé la comida. Sandra llegó a la hora de siempre. El día se me estaba haciendo verdaderamente aburrido y no tenía aspecto de mejorar. Empezábamos a comer puré de patatas con zanahorias cocidas cuando llamaron a la puerta. Fui a abrir. Era la vecina.

—Anda, Iván, pasa a mi casa, tienes una llamada.

—Gracias por haberla atendido, eres un cielo.

—No me pelotees tanto, anda. Hola, Sandrita, ¿qué tal va todo?

—Bien. Hace unos días vino su hijo a la librería a comprar unos libros de teatro.

Se quedaron hablando y yo fui al piso de al lado. Abrí la puerta y saludé a su marido, que escuchaba la radio sentado en una silla que no parecía muy cómoda.

—Ahí tienes el teléfono, hijo.

—Gracias.

Cogí el auricular.

—¿Con quién? —dije.

—¿Iván? Soy Pablo.

—¿Pablo? ¿Ocurre algo?

—No, solo llamaba para pedirte que vengas un rato antes a la editorial, me gustaría comentar algo contigo.

—¿Hay algún problema?

—No, pero me gustaría comentar contigo algo personalmente.

—Bien. Iré media hora antes.

—Estupendo. Nos vemos entonces.

Colgué el teléfono y me quedé intrigado. ¿Qué querría? Me despedí y regresé a casa. Encarnación se había enfrascado en una conversación con Sandra sobre la necesidad de ir a misa a diario y lo bien que le sienta al alma, aunque a Sandra no le sentaba nada bien, especialmente por el olor a incienso, que siempre la mareaba y a veces la hacía vomitar.

—Ya he hablado, gracias otra vez.

—Ah, de nada. Si necesitáis llamar en alguna ocasión, sabéis que podéis contar con nuestro teléfono.

—Lo sabemos, gracias.

Se marchó. Sandra dejó escapar un suspiro procedente del fondo de su estómago.

—Qué pesada es.

—Pero es buena mujer.

—No digo lo contrario, solo digo que es una pesada.

Hacía tiempo que Encarnación había hecho instalar una línea de teléfono en su casa; era la única que contaba con ella. El primer mes estuvo alardeando de las conversaciones que mantenía con su hermana, que se había trasladado a Barcelona, pero los alardes solo duraron hasta que le llegó la factura telefónica.

Salí de casa, como había acordado, media hora antes de lo normal. La lluvia había cesado hacía horas y las calles comenzaban a secarse, aunque el sol no tenía ganas de salir de su escondite tras las nubes. Llegué a la editorial y fui directo al despacho de Pablo. La puerta estaba entreabierta. La empujé sin llegar a llamar.

—Hola, Iván. Anda, siéntate.

Hice lo propio y pude ver a un lado de la mesa el manuscrito que había escrito alejado del rigor de las novelas por entregas.

—¿Ya lo has leído? —pregunté.

—Sí, lo he leído.

—¿Y…?

Ladeó la cabeza y mostró media sonrisa.

—Es bueno, me gusta.

Sonreí aliviado.

—Pero no puedo editarla.

La efímera alegría que se había afincado en mi estómago desapareció de golpe.

—Acabas de decir que te gusta.

—Sí, pero no es la clase de libro por el que la gente está dispuesta a pagar.

—Eso no puedes saberlo.

Me miró con lástima.

—Claro que puedo. Soy editor. Llevó muchos años al frente de esta empresa. He publicado libros buenos que han fracasado y que no han hecho sino hacerme perder dinero. Este —dijo señalándolo— es uno de ellos. Es una buena historia, humana y con buen argumento, pero la gente no quiere leer cosas así, prefiere crímenes y justicia, romance y acción. Quiere escapar de la rutina en la que vive, y tu novela no ayuda a conseguirlo. Cualquiera de nosotros podríamos ser los protagonistas. No vale para editarla.

Me sentí herido.

—Mis libros tienen una relativa fama. La gente los compra y espera la siguiente entrega con ganas. Si saben que lo he escrito yo, se venderá.

—Se venderán un puñado de ejemplares y después se olvidarán. Y puede que a raíz de eso tus novelas por entregas dejen también de venderse.

—Eso no es posible.

—Eso es perfectamente posible. Sé que te duele escucharlo, pero no puedo publicarla. Lo siento.

Me tendió el manuscrito. Lo cogí con rabia y me marché enfadado. Entré en el aula y me senté a ver el desfile de alumnos que iban llegando lentamente. Víctor y Cristina me ofrecieron una sonrisa al entrar. En el fondo, sabía que tal vez Pablo tuviera razón. Tal vez.

* * *

Aquel día di la clase sin ganas. Dejé a los alumnos haciendo una redacción y me dirigí al despacho de Pablo. Me disculpé por mi grosero comportamiento y él me dijo que ya estaba olvidado. Me sentí aliviado. A la salida de clase, como de costumbre, acompañé a Víctor y a Cristina hasta el tranvía. La luna estaba llena y en el cielo no había una sola nube. Antes de ir a casa me pasé por Correos, que estaba a punto de cerrar, y mandé la novela a Graus. Al menos, Concepción la disfrutaría. Llegué a casa. El portero, cuyo nombre no conseguía recordar, estaba fumando un cigarro en el portal.

—Hola —saludé.

Me miró con cara de no entender nada.

—¿Qué ocurre?

—Pensaba que ya no iba a venir usted más por aquí.

Negué con la cabeza.

—¿Por qué dices eso?

Puso la cara que se suele poner cuando se dice algo y se mete la pata.

—Supongo que el afectado es el último que se entera, ¿verdad? —dijo.

—¿De qué hablas?

—De nada. Tenga buenas noches.

Fruncí el ceño y entré en el edificio. Subí las escaleras de dos en dos. Cuando llegué al rellano de mi planta, vi mis cosas tiradas en el suelo, amontonadas. Los libros, mi ropa, un peine, algunas cacerolas, unas cajas de las que ya no me acordaba que había guardado en un armario, folios limpios, la novela en la que estaba trabajando y mi máquina de escribir. Tenía varias teclas saltadas y algunos hierros torcidos. Parecía que le habían dado una patada y tirado al suelo de golpe. Saqué la llave del bolsillo y la intenté meter en la cerraja. No entraba. Llamé con los puños y grité que abrieran. La puerta se abrió y tras ella apareció un hombre alto, enfundado en un traje gris, con una corbata negra. Llevaba unas gafas redondas que le pegaban, el pelo negro engominado con la raya a un lado y un bigote fino sobre el labio superior.

—¿Quién cojones eres tú? ¡Sal de mi casa! —grité.

Con aire de indiferencia y mirada altiva, habló.

—Me temo que no va a ser posible. La casa, señor Sebastián, ya no le pertenece.

—¿Qué? —grité. No podía entender nada.

—Iván, ¿qué pasa aquí?

Sandra acababa de llegar y observaba la escena asustada.

El hombre salió y cerró la puerta tras él. Me sacaba una cabeza.

—Si me lo permite, le explicaré la nueva situación.

—¿Nueva situación?

—Si deja de interrumpirme y escupir, le explicaré.

Respiré hondo, apreté los puños y los oculté en los bolsillos.

—Como bien sabrá, en su día se le comunicó que se procedería a ponerle una demanda. Los demandantes, sus tíos, son mis clientes. Pusieron una denuncia contra su sobrino, usted, Iván Sebastián. Tiempo después, se le notificó la fecha, la hora y el lugar del juicio,

pero el caballero no tuvo a bien aparecer por allí. Si lo hubiera hecho, conocería su resultado y habría tenido tiempo para hacerse a la idea y buscarse un nuevo lugar para vivir. Ahora procederé a hacerle un resumen. Teniendo en cuenta el gran esfuerzo económico que voluntariamente realizaron sus tíos al acogerlos en su casa y darles una buena educación y una buena alimentación, el juez estimó oportuno que ahora sea usted quien debe echarles una mano, dada su precaria situación económica. Teniendo en cuenta que usted tiene ingresos fijos, y sobre todo el tiempo que llevan sus tíos sobreviviendo sin apenas dinero, su señoría ha estimado que la titularidad del piso, propiedad de Iván Sebastián, pase a ser de ellos.

Estaba atónito. No podía creer lo que estaba oyendo.

—Hoy cumple el plazo de vencimiento para que abandone la vivienda y sus tíos tomen posesión de ella. Agradezca que no cumplieran la sentencia en el instante en el que fue dictada. Pase buena noche.

Me dio unos papeles, unas copias de las actas del juicio y de la resolución tomada, así como unos documentos que certificaban que se me había notificado todo, paso por paso. Sin embargo, era falso, no se me había notificado nada. Me temblaba el cuerpo. Llamé a la puerta con el puño. Esta vez fue mi tío quien abrió. Intenté empujar la puerta para entrar, pero me lo impidió.

—Si sigues intentando entrar en nuestra casa, no tendré otro remedio que avisar a la Guardia Civil.

—No podéis hacer esto —protesté.

Sonrió.

—Claro que podemos, y lo hemos hecho. ¿Sabes? No tenía ni idea de que las letras pudieran dar tanto de sí.

Me cerró la puerta de mi propia casa en las narices. Me sentí hundido, estafado y humillado, el ser más pequeño e insignificante

del mundo. Mi vida entera parecía derrumbarse poco a poco sin que pudiera hacer nada para arreglar las cosas. Primero Coraline, después Juan y una enfermedad que le rondaba para atacarlo y llevárselo el día menos pensado, y ahora me quedaba sin la casa que tanto esfuerzo me había costado pagar. Me entraron ganas de prenderle fuego al piso con ellos dentro. Sandra lloraba arrodillada en el suelo. Me acerqué a ella sin ánimos ni fe en nada.

—Vamos, recojamos esto y busquemos un sitio donde dormir.

Metimos en las cajas lo que habían sacado de la casa y salimos del edificio. El portero asintió al vernos marchar y nos deseó buena suerte. Observé las ventanas de la que ya no era mi casa desde la calle y eché una maldición contra mis tíos, deseándoles todas las desgracias que pude imaginar en ese momento. Caminamos por las calles en busca de un hostal que no oliera a orines. Sandra se limpiaba las lágrimas con la manga del jersey. En la calle Cádiz encontramos una pensión que no tenía mala pinta. Nos dieron una habitación con dos camas y baño individual. No estaba muy limpia, pero era cuanto podía pagar con el dinero que llevaba encima. El dueño era un hombre barbudo y cincuentón. Nos dio las llaves después de cobrar y nos indicó que nuestra habitación estaba en la quinta planta a mano izquierda. Abrí la ventana para que se fuera el olor a humedad y nos tumbamos en la cama, sin ropa, sobre aquellas sábanas de higiene dudosa. Ninguno de los dos conseguía dormir. Sandra estaba hecha un ovillo en su cama. La escuchaba llorar sin fuerzas. Al cabo de un rato, me preguntó por qué nos había ocurrido a nosotros; no supe responderle. Al día siguiente buscaríamos un piso para los dos.

10

Vi amanecer. La noche anterior no habíamos cenado y estaba hambriento. Desperté a Sandra, que dormía con un ojo abierto, y bajamos a desayunar. Yo tomé un café, y Sandra un vaso de leche que dejó a medias. A las nueve de la mañana la acompañé a la librería de Germán. Le explicamos lo que había sucedido y él empezó a invocar a los espíritus del averno entre juramentos y maldiciones.

—¿Por qué no vinisteis a mi casa?

—Era tarde —mentí—. No queríamos despertarte a esas horas.

—Tonterías.

—Aparte de ponerte al día de la situación, he venido porque quería pedirte que dejaras librar a Sandra hoy. Tenemos que buscar un piso cuanto antes.

—Yo también libro hoy. Os acompaño.

Lo mejor de Germán, además de ser una buena persona, era que la librería le permitía socializar y conocer a mucha gente de la ciudad. Tenía un conocido que lo visitaba de vez en cuando en la tienda, buscando manuales para la venta. Era un empleado de una agencia inmobiliaria. Nos aseguró que podría encontrarnos vivienda en buenas condiciones y a buen precio. La agencia estaba situada en un local de la calle del Coso. Entramos. Había tres personas leyendo informes, haciendo cuentas, y ningún cliente a la vista, aparte de nosotros. Un hombre de unos treinta años se levantó al ver a Germán y lo saludó de buena gana.

—Buenos días, Germán. ¿Qué te trae por aquí?

—Alguna buena oferta que puedas hacernos.

Nos sentamos al fondo de la agencia. El empleado comenzó a enseñarnos planos de pisos, direcciones y precios. A Sandra le daba igual uno que otro, estaba como ida. Yo también lo estaba, pero intentaba mantener la compostura. Acudiría a la editorial un rato antes y le preguntaría a Pablo por la posibilidad de volver a nuestro piso, aunque sabía que no tenía ninguna. Después de ver los planos de unos veinte pisos, le pedí que nos enseñase tres, los más baratos. Salimos del local y nos encaminamos calle abajo. Las calles donde estaban situados los pisos no eran precisamente bonitas. Eran edificios altos y parecía que el sol nunca se atrevía a lanzar su luz sobre ellos. El primero que visitamos tenía goteras; el segundo, carecía de ventanas, y el tercero, tenía suelo de cemento.

—Vamos, hombre, ¿no tienes nada mejor por ese precio? —dijo Germán.

El empleado se encogió de hombros.

—Si pudiéramos añadir algo más a la cantidad que me habéis ofrecido…

—¿Cuánto más? —pregunté.

—No mucho. Mire, yo le enseño dos pisos que tenemos por arrendar aquí cerca, que cuestan un poquito más y que me consta que están en muy buenas condiciones.

—Está bien.

No me gustaba ninguno, tal vez porque ninguno de ellos era el mío. Nos condujo calle del Coso arriba hasta llegar al paseo Independencia y nos metimos por una bocacalle hasta llegar a Isaac Peral. Nos llevó hasta un edificio que parecía recién pintado. Entramos. Nos dijo que las escaleras estaban recién cambiadas porque las antiguas habían muerto de carcoma. La entrada, al menos, pintaba bien y no tenía charcos. Nos condujo hasta la

primera planta y giramos por el pasillo a mano derecha. Se detuvo frente a la primera puerta y abrió. Un recibidor de dimensiones minúsculas en forma de círculo nos dio la bienvenida. Al menos no olía a humedad, sino a limpio. El suelo era de baldosas grises, lo que no le daba precisamente un toque alegre. El recibidor tenía tres puertas, una al frente y dos a ambos lados. La primera se abría a la sala de estar. Era angosta. Apenas cabía el mobiliario que tenía: una mesa, una diminuta estantería pegada a la pared que tapaba media ventana y una pequeña mesita al lado del sofá. Era realmente pequeña. Al fondo había una puerta que conducía a dos pequeñas habitaciones. El tamaño de la primera era el justo para tener una cama individual pegada a la pared y una silla. Carecía de armario. La otra era exactamente igual. No había visto una casa con una estructura tan extraña en mi vida, parecía redondeada. Regresamos al recibidor. La puerta que quedaba a la izquierda era la de una cocina consistente en un hornillo eléctrico, un armario alto y una mesa cuadrada con dos sillas. La segunda era la del baño. Un retrete, un lavabo sin espejo y una ducha. Un espacio que apenas permitía movimiento alguno en su interior.

—¿Estufa o calefacción? —pregunté.

—Me temo que no. Pero puedo hacer que les regalen cuatro mantas, dos para cada uno.

Suspiré y miré a Sandra, que me decía con la mirada que tanto le daba un piso que otro.

—Nos lo quedamos —dije.

—Estupendo. Si son tan amables, pueden acompañarme a la oficina para arreglar la documentación. Pueden instalarse en cuanto firmemos el contrato y abonen el primer mes.

—Germán, ¿puedes ir tú con él? Yo tengo que ir al banco a sacar dinero.

—Claro.

Salimos del edificio y los dos hombres se marcharon. Sandra quiso acompañarme al banco, pero la insté a que se fuera a la pensión para ir llevando cosas a nuestra nueva y diminuta casa. Se marchó sin protestar. Me dirigí al banco, donde un hombre con aspecto de no haber roto un plato en su vida me entregó la cantidad que solicitaba y me hizo rellenar un impreso en el que debía especificar para qué quería tal cantidad de dinero. Fui a la agencia. Germán y el agente me esperaban con los papeles sobre la mesa. Firmé un contrato de alquiler por un año prorrogable anualmente mientras yo quisiera. Le tendí el dinero y salí. Sentía el peso del mundo sobre los hombros. Germán me dio una palmada e intentó animarme. Me dijo que había gente que perdía su casa y no podía costearse otra. No me hizo efecto. Me sentía vacío, sin esperanza, no dejaba de pensar en el siguiente asunto que me saldría mal.

Germán nos ayudó a instalarnos. Mientras ordenaba los libros de la estantería, recordé que el día anterior había estado limpiando el piso para ellos. No pude evitar reír y llorar a la vez. Aquel día no fui a trabajar. Preparé una cena con un bote de fideos que había traído Germán de su casa y cenamos los tres en silencio. Hacía frío. Si al menos hubiera habido una cocina de leña, habríamos podido calentar un poco la casa. Más tarde, Sandra vino a mi cama y dormimos como lo hacíamos en casa de mis tíos, apretados en la misma cama. Cerré los ojos con fuerza, deseando quedarme dormido y despertar de un mal sueño. Lo primero que vi al día siguiente fue el viejo papel de la pared, lleno de flores. Sentí náuseas y miedo.

Sandra apenas desayunó. Se marchó a la librería con el alma en los pies. Yo me quedé solo en casa. Observé la vieja máquina de escribir estropeada sobre la mesita que había al lado del sofá.

Comencé a acariciar las teclas reventadas y los hierros retorcidos. Al rato, la arrojé al suelo de golpe. A pesar de lo pequeña que era la casa, se me hacía grande y se me caía encima. Salí a dar un paseo y compré algo para almorzar. La comida consistiría en un bocadillo de chorizo y agua. Sandra volvió algo más animada, pero su alegría se desvaneció en diez minutos. Se marchó después de comer, un buen rato antes de la hora en que solía hacerlo. Quince minutos después, era yo quien se iba. Salí a la editorial, con los papeles que había tenido a bien darme el abogado el día anterior. Me presenté en el despacho de Pablo y me senté en la silla sin que me ofreciese asiento. Tiré la cartera delante de él.

—Pareces un muerto.

—Gracias, yo también lo creo. ¿Te importaría hacerme un favor? Necesito que revises los papeles que hay dentro de la cartera y me digas si puedo hacer algo.

Sin quitarme los ojos de encima, alargó la mano y sacó los papeles. No llegó a mirarlos.

—¿Por qué no viniste ayer? Pensaba echarte un rapapolvo al verte, pero con esa cara que me traes no me fío de que puedas aguantarlo y te caigas aquí muerto.

—Cuando veas los papeles, sabrás por qué no vine ayer.

Yo no me había molestado siquiera en leerlos. Pablo fue pasando las hojas una por una mientras me lanzaba miradas de incredulidad y los pelos del brazo se le ponían de punta. Una hora después, terminó de examinarlos y los dejó sobre la mesa. Parecía abatido.

—Esto es increíble.

—¿Posibilidades de recuperar mi casa?

—…

—Entendido, ninguna. ¿Y de que se repita el juicio?

Bufó y negó.

—Lo siento mucho, Iván. ¿Tenéis dónde quedaros?

—Germán ya nos ha encontrado un piso. Pequeño, para gnomos pequeños y espectros que no necesitan sentarse ni descansar, pero al menos tiene techo.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Acabas de hacerlo. Un abogado que revisara esos papeles me habría costado un dineral.

—Si lo necesitas, puedo prestarte dinero.

—Hace poco ingresé el último cheque que me diste. Tengo dinero.

—Algo es algo. ¿Por qué no te tomas el día libre?

—No, no —respondí, a la vez que negaba con la cabeza—. Lo último que necesito ahora mismo es tener tiempo libre para pensar o estar en la caja de cerillas en la que voy a pasar una larga temporada. —Suspiré—. Me marcho al aula. He de ordenar algunos papeles.

—De acuerdo, pero, si te sientes sin fuerzas, puedes marcharte a casa.

Recorrí el pasillo con los ojos llenos de lágrimas de rabia. Sin embargo, no llegué a derramar ninguna. Entré en clase y me senté a la mesa. Tenía en un cajón un puñado de redacciones sin corregir. Intentando evadirme de la realidad, me puse a ello. Tras un rato, los alumnos comenzaron a llegar como un goteo. Víctor vino solo aquel día. Cuando estuvieron sentados, les dije que debían hacer una redacción de tres folios sobre el miedo. Ni uno solo de ellos levantó la vista de las hojas; parecían tener muy claro lo que les daba miedo. Mientras ellos escribían, yo corregía redacciones. Al final de la clase, dejaron sus escritos en las mesas y salieron. Víctor se acercó a mí.

—¿Estás bien? Tienes mala cara.

—Es una tontería. No te preocupes.

—Pues tus tonterías sí que dan miedo, pareces un muerto.

—Gracias, es la segunda vez que confirman mi aspecto hoy.

Encogió los hombros.

—Me ha dicho Cristina que no va a poder venir más.

—¿Por qué? —pregunté. No me esperaba la noticia, era una de las mejores.

—Algo sobre su padre. Creo que se ha enterado y no la deja venir conmigo. Pobrecilla, le gustaban mucho tus clases.

Guardé silencio un segundo mientras contemplaba la situación.

—¿Podrías contarle algo al padre de Cristina?

—¿Cómo?

—Estoy pensando que podrías decirle que tu profesor de la escuela necesita una ayudante en casa, para limpiar y todas esas cosas. Podrías decirle que estoy dispuesto a contratarla por las mañanas.

—Pero Cristina ya trabaja ayudando a su padre.

—No, no trabajaría, vendría a escribir a mi casa. Yo le enseñaría allí.

—Ah. ¡Qué buena idea! Hay que ver cómo se nota que eres escritor: te has inventado una mentira buenísima en menos de un minuto.

No sabía si tomármelo como un cumplido o no.

—Mañana se lo digo, y por la tarde te cuento lo que me responda.

—De acuerdo.

Salimos del edificio. Yo me encaminé en dirección a mi nueva casa.

—Oye, ¿por qué vas por allí? —preguntó Víctor desde la puerta de la editorial.

—Me he mudado.

Puso cara de enfado y se acercó a mí.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —inquirió ofendido, con los brazos cruzados.

—No sabía que tenía que hacerlo.

Puso una cara que no pude descifrar.

—Se me ha pasado, Víctor, claro que iba a decírtelo.

—Ya me parecía que no podías vivir sin mí.

Asentí serio. Me quedé observándolo sin darme cuenta, pensando cómo sería su vida en Graus, dónde debió nacer y cómo había ido su familia a parar a una casa subastada.

—¿Qué miras?

—Tu pelo, deberías cortártelo.

—Ya, pero no me gusta cortarme el pelo, no me lo dejan como a mí me gusta. Bueno, me voy, que se hace tarde. Mañana nos veremos.

—Hasta mañana.

* * *

Mi nuevo edificio no tenía portero. Subí al primer piso y me quedé sentado en el salón de casita de muñecas a la espera de Sandra. Contemplé cómo empezaba a llover suavemente a través de la diminuta ventana. Las gotas no tardaron en enturbiar el cristal, que me permitió centrar mi vista en los edificios contiguos, distorsionados. En ese momento me di cuenta de que era así como veía mi vida. Sin un futuro claro y todo borroso más allá del día siguiente. Pensando en ello y en cosas similares, escuché el sonido de la puerta de entrada al abrirse. No me molesté en moverme del sofá.

—Hola —saludé—. ¿Cómo te ha ido en la librería?

—Sorpresa —gritó.

Me di la vuelta. Germán y ella sonreían mientras sostenían una caja envuelta en un papel brillante. Me arrancaron una sonrisa.

—¿Y esto? —pregunté, acercándome.

—Te lo has ganado —dijo Germán—. Anda, ábrelo, a ver si te gusta.

—Seguro que sí.

Cogí el paquete, más pesado de lo que parecía, y lo coloqué sobre la mesita, al lado del sofá. Les pedí que tomaran asiento y, cuando lo hicieron, procedí a desenvolverlo con cuidado.

—Por el amor de Dios, ¿quieres romperlo de una vez? —exclamó Germán.

Obedecí. Hacía años que nadie me hacía un regalo. Rasgué el papel sin ningún cuidado. No podía creer lo que tenía delante. Una máquina de escribir de las últimas que habían puesto a la venta, con carrete de tinta de dos colores: negro y rojo. Quise saborear el momento acariciando las teclas y haciendo girar el tambor, que llegó hasta que sonó la campanita y volvió al principio de la línea. Era magnífica.

—¿Te gusta? —preguntó Sandra.

—No, me encanta. Gracias. Gracias a los dos.

—Estrenas casa y máquina. Seguro que con esta joya de la ingeniería moderna tienes nuevas ideas —intervino Sandra—. Esta casa no está tan mal. Un poco pequeña y fría, pero no está mal.

No dejé que Germán rechazase la invitación para quedarse a comer. Envié a Sandra a una tienda de productos varios que cerraba a las doce para que comprase algo especial. Regresó con unos botes de cocido madrileño tradicional, una botella de vino y un bizcocho de cacao.

—Esto es demasiado.

—De eso nada —negué.

Calentamos los botes de cocido en un hornillo que parecía tener predilección por Sandra, ya que a mí me daba calambre cada vez que me acercaba y a ella no.

—Eso son tonterías, lo que pasa es que no sabes usarlo.

Degustamos el vino y el bizcocho de cacao mientras conversábamos sobre el pasado. Sandra se quedó dormida en el sofá. Germán y yo continuamos la charla en la cocina.

—¿Qué es lo primero que piensas escribir con la nueva máquina?

—Tal vez haga caso a Sandra y cambie de historias. Sin dejar las que escribo ahora, podría probar estilos diferentes.

—O una novela.

—Eso ya lo intenté y no salió bien.

—Porque Biel es idiota.

—Tenía razón.

—No la tenía. Deberías escribir alguna novela que te salga de dentro. No sé, sobre tus tíos, por ejemplo. —Sentí que algo se activaba en mi interior. La idea no sonaba nada mal—. Una especie de biografía en la que contar la realidad de tus tíos y la forma en que os trataban. A la gente le gusta leer esas cosas, les gusta enterarse de las penurias de los demás para saber que no están solos o que las suyas no son tan malas. Es de cobardes, pero eso es algo que por desgracia abunda cada vez más. Estoy convencido de que vendería bastante.

—Creo que tienes razón.

—Aunque podrías añadirle algún romance que otro. Te los inventas: las historias de cama sutiles también animan a la gente.

Reí. Lo acompañé a la calle y me despedí de él con nostalgia, como lo hacía cuando vivía en el orfanato y por las tardes aparecía en la librería temiendo que fuera la última visita que le hacía. Subí las escaleras y desperté a Sandra para que se fuera a su cuarto. Por

buenas noches recibí una especie de gruñido. Me quedé solo en la salita, mirándome cara a cara con la máquina, que parecía devolverme la mirada, desafiándome.

—Tú ganas —le dije.

Introduje una hoja en blanco y comencé.

11

El primer día de clase en el orfanato lo pasé sin prestar especial atención a las lecciones. No hacía otra cosa que mirar por la ventana, esperando que llegara la hora de salir, pero solo eran las diez de la mañana. A la hora de la comida, Felipe me dijo que me sentara con él y su grupo, y así lo hice. Cuando entraron los alumnos de menor grado, vi a Sandra entre ellos. Llevaba el uniforme que le habían dado y ya había roto una media. Tenía los brazos cruzados y la mirada perdida en el suelo. Alzó la vista para buscarme y sentarse conmigo.

—Oye, niña, vete de aquí —dijo Felipe.

—Déjala, es mi hermana.

—Ah, no lo sabía. Vale, puedes quedarte.

Dejaron que se sentara a mi lado. Apenas probó la sopa y el pescado. Intenté que comiera, pero solo conseguí que tomara un par de cucharadas de sopa. Tenía la respiración acelerada y parecía a punto de echarse a llorar. Sonó la campana que anunciaba la hora del juego antes del estudio. Todos se levantaron de las mesas menos nosotros.

—¿Qué te pasa? —pregunté.

—Nada.

—No te preocupes, ya nos acostumbraremos a esto. No estará tan mal dentro de unos días. Yo también echo de menos a nuestros padres —mentí.

—No es por eso.

Me sorprendí.

—¿Y si no es por eso, por qué es?

—Porque las niñas de mi clase no me dejan jugar con ellas. Dicen que soy rara. Me han empujado y me han roto las medias.

Comenzó a llorar mientras me abrazaba. En ese momento, Felipe abrió la puerta del comedor.

—¿No vienes?

—Vamos los dos —dije.

Nos encerramos en la sala de juegos, hicimos puzles de piezas gigantes y jugamos a los dados. Las chicas se entretenían con las muñecas. Sandra cogió una de las que quedaban abandonadas. Una chica se la quitó de las manos y le dijo que ni esa ni ninguna eran suyas. Felipe lo vio y salió al ataque. Agarró del pelo a la chica y le quitó la muñeca de las manos. Le dijo que era una estúpida, que no volviera a tratar así a mi hermana y le lanzó un escupitajo encima. Sandra cogió su muñeca y se sentó con nosotros.

—Si esas creídas vuelven a meterse contigo, nos lo dices, y les meteremos una tunda bien grande para que se enteren.

Sandra rio y se sentó a mi lado mientras peinaba la muñeca con los dedos. Entretanto, empecé a calibrar la idea de ir a la librería y repartir mi tiempo entre el juego con mis amigos y el trabajo en la editorial. Aunque no pudiera estar tantas horas como antes, no pensaba dejarlo. Tras la hora de juego, llegaba la de estudio. Nos sentábamos por clases en el comedor y comenzábamos a estudiar o a hacer las tareas. Yo no podía concentrarme: después de esa hora sería libre de salir del orfanato y podría ir a ver a Germán y jugar un rato con Guillermo y Coraline. La campana sonó. Recogí los cuadernos y libros, los metí en la cartera y subí para dejarlos sobre mi cama y marcharme. Salí a la calle y crucé.

—¡Espérame!

Di media vuelta y encontré a Sandra yendo hacia mí. Una monja salió y la cogió de la mano. Sandra luchó por liberarse de ella, pero no pudo. Yo seguí corriendo y la dejé allí. Corrí hasta la librería de Germán, abrí la puerta de golpe y caí al suelo.

—Hijo, ¿por qué tanta prisa?

Me faltaba el aire.

—Tenía ganas de llegar —dije con la voz entrecortada.

—Ya lo veo. ¿Qué tal la primera noche?

—Bien.

—¿Has hecho amigos?

—Sí, algunos.

—Me alegro. Anda, pasa a la trastienda, que están allí Guillermo y Coraline. ¿Tienes hambre?

—No, ya he merendado, gracias —dije, entrando en la trastienda.

Allí encontré a Coraline y Guillermo. Estaban mirando los dibujos de un cuento.

—Hola, Iván —saludaron a la vez.

—Hola —devolví el saludo. Me acerqué y me senté en una silla.

—Mira —exclamó Guillermo, señalando el dibujo de una princesa —, Coraline dice que de mayor será como ella.

—No te rías; mi padre me dirá cómo conseguirlo.

—Eso son tonterías.

—Pues yo creo que puede serlo. Es muy guapa, solo le falta la corona. ¿Por qué no te hacemos una?

—¿Y de dónde vamos a sacar los diamantes?

Me encogí de hombros.

—Es igual, ya lo pensaremos. Vamos al parque a buscar ramas verdes.

—¿Para qué?

—Para hacer la corona. Venga, vamos.

Me sentía en casa. Le dijimos a Germán que nos marchábamos al parque a jugar y nos advirtió que tuviésemos cuidado. Al llegar, hicimos una expedición y empezamos a buscar una rama lo bastante larga y flexible como para hacerla redonda. En media hora reunimos suficientes para encender una hoguera. Coraline se sentó sobre la hierba y nosotros comenzamos a ponerle ramas en la cabeza, anudándolas por los extremos. Guillermo, que era más fuerte que yo, fue el encargado de hacer el nudo final a la rama elegida. La corona no quedó mal.

—Mi padre tiene una alfombra guardada en un armario. Es vieja, pero te podría servir de capa. Y creo que tiene papel de regalo brillante; podíamos cubrir la rama con él, así se parecería más a una corona.

—Tráelo todo mañana —dije.

Regresamos a la librería. Coraline llevaba su corona en la cabeza. Germán la miró y sonrió. Pasamos a la trastienda y nos acercamos a la estufa para entrar en calor. Me contaron lo que habían estado haciendo en el colegio y yo les hablé de la organización del orfanato.

—No suena mal —dijo Guillermo.

Encogí los hombros, indiferente. Tanto si sonaba bien como si no, era el lugar donde viviría durante largos años. Al menos aquella tarde había sido como cualquier otra.

—Iván, es tarde. Anda, te acompaño al orfanato y me cuentas cómo te ha ido, ¿eh?

—Vale —dije canturreando y saltando de la silla.

—Dejaré la librería cerrada. No hagáis ningún *chandrío*. [1]

Salimos. Una niebla espesa se había echado sobre las calles y no se veía a un metro de distancia. Germán me pidió que le comentara cómo había ido el primer día. Se lo conté con pelos y señales. Como

si fuese mi padre, acabé de hablarle de las peripecias de Felipe a la entrada del orfanato.

—Me alegro de que te lo pases bien con tus amigos. Además, ves que puedes venir a la librería cuando quieras.

—Iré todas las tardes.

—Me parece estupendo.

* * *

Aquella noche, cuando ya estaba dormido, Felipe me despertó.

—¿Qué pasa?

—Tenemos que cumplir una misión. Venga, despierta.

—¿Una misión?

—¡Chisss! Se despertará el vigilante. Venga, vamos.

Seguí a Felipe y a los otros dos chicos, agachado por las hileras de las camas. Después de abrir la puerta con cuidado, intenté mantener el silencio para que el padre no se despertara. Salimos al pasillo y lo encontramos muy oscuro. A gatas, atravesamos la oscuridad y llegamos a la habitación de las chicas.

—Aquí no se puede entrar —dije en voz baja.

—Nadie se va a enterar. No te preocupes.

Entramos agachados. Al fondo, una monja dormitaba tras un pequeño cuarto. Todavía tenía la lamparita encendida y se había quedado dormida sobre la silla en una postura que no parecía precisamente cómoda.

—Por aquí —dijo Felipe.

Lo seguimos bajo una hilera de camas. De pronto se detuvo y chocamos uno tras otro.

—Esta es la cama de Pilar. Dame las tijeras —le dijo al chico de atrás.

—¿Para qué necesitas unas tijeras? —pregunté.

—Para qué va a ser, para cortarle el pelo.

Sabía que estaba mal, pero se me escapó una risita que conseguí ahogar. Se puso en pie con las relucientes tijeras en la mano, estiró una de sus coletas y la cortó. Se guardó el mechón de pelo en el bolsillo e hizo lo propio con el otro. Se agachó.

—Ahora ya no podrá ser una presumida.

Nosotros también cortamos las coletas de otras chicas, según Felipe, todas tontas. Entre ellas estaban las que no dejaban tranquila a Sandra.

Salimos de allí a gatas y riéndonos. Subimos a los baños y tiramos el pelo a los retretes, que lo absorbieron sin mayor problema.

—Ahora vámonos a dormir.

Nos metimos en la cama. Yo apenas pude pegar ojo. Aunque estaba nervioso por lo que acababa de hacer, me sentía bien: se lo habían ganado ellas solas.

Despertamos con el toque del timbre y nos dirigimos en tropel a las duchas. Sin dejar de reír, recordamos lo acontecido la noche anterior, mientras el agua templada daba paso a la fría y se nos helaban las ojeras. El padre Juan entró en el baño en ese momento.

—¡Todos aquí delante ahora mismo, vamos!

Nos tapamos con las toallas y nos unimos a los compañeros que ya guardaban fila vestidos. Comenzó a pasear delante de nosotros.

—¿Quién de vosotros se levantó anoche de la cama?

Silencio.

—¿Nadie?

Silencio.

—Muy bien. Felipe, Gustavo y Andrés, quedaos aquí. El resto podéis ir a desayunar.

Me volví a mirarlos y vi que Felipe me guiñaba un ojo. Le sonreí.

—¿Tú también? —preguntó el padre Juan.

Agaché la cabeza.

—Con buenos te has ido a juntar… Quédate, tú también estás castigado.

—Pero si no hemos sido nosotros —dijo Felipe.

El padre Juan se plantó delante de él y le levantó la barbilla para que lo mirase.

—Siempre sois vosotros, Felipe, aunque veo que tenéis un nuevo compinche. Lo que habéis hecho es muy grave.

—Esas tontas se lo tenían ganado —dijo Andrés.

—Muy bien, estáis todos castigados sin desayunar.

No dije nada. Fueron los demás quienes se encargaron de protestar.

—¡A callar! —ordenó—. No tenéis derecho a protestar. Vestíos y pasad por mi despacho antes de ir al comedor.

Nos quedamos a solas y nos vestimos lentamente, sin prisa por ir al despacho.

—*Ciempre noz eztaz metiendo en líoz*, Felipe —dijo Gustavo.

—Yo no os obligué a venir. Os lo propuse y respondisteis afirmativamente. Ahora debemos aceptar el castigo como hombres.

Bajamos a regañadientes. Felipe llamó a la puerta y el padre Juan nos dijo que pasáramos. Nos quedamos en fila delante de él. Tardó unos cinco minutos en terminar de escribir algo y después nos observó muy serio. Se puso en pie y cogió unos libros de la estantería. Felipe dio un paso al frente y alargó la mano. El padre Juan puso uno de los libros sobre ella y le dijo que se fuese al comedor. Hasta que llegó mi turno. Extendí el brazo, pero en lugar de ponerme un pesado libro, me la cogió y se apoyó en la mesa.

—Es tu segunda noche y ya te has metido en un lío. —No me atreví a mirarlo—. Felipe y sus amigos son buenos chicos, pero un

poco alocados. Han cumplido más castigos cada uno de ellos que el resto de los niños del colegio juntos. No digo que los dejes de lado, pero procura que no te líen para hacer trastadas. ¿De acuerdo? —Asentí—. Vamos a hacer una cosa. Como es el primer lío en el que te metes, voy a darte un libro hueco.

Alcé la vista.

—¿Qué es un libro hueco?

—Un libro para adornar estanterías.

Cogió uno de la mesa. Levantó la tapa y pude ver que era una especie de caja de cartón.

—¡Ah!… —exclamé.

—Apenas pesa. Pero si vuelves a meterte en problemas, te pondré uno de verdad. Anda, toma, y ponte en una esquina del comedor.

Observé a mis amigos. Cada uno de ellos se había colocado en una esquina, dejando una cuarta libre para mí, de cara a la mesa. Así veríamos el desayuno que nos estábamos perdiendo. No pude evitar una risa al ver unas cabezas con gorro en la mesa de las chicas. Aquella tarde regresé a la librería.

12

Estuve hasta las cuatro de la mañana escribiendo. Cuando se me empezaron a cerrar los ojos, dejé las hojas escritas guardadas en un cajón. Estaba verdaderamente cansado, tenía las piernas y los brazos entumecidos y apenas pude arrastrarme hasta la cama. Antes de quedarme dormido, pensé en la historia de Víctor y toda la familia De León. Intenté encontrar una conexión entre las dos, pero no lo logré. Una de ellas era una familia salida del campo. La otra era rica, de ciudad, parecía haber caído en desgracia, contaba con un hijo muerto sin fecha determinada y un marido desaparecido. No era difícil pensar que Matilde, harta de desgracias, decidiera vender la casa por una cantidad miserable y marcharse para siempre del lugar, pero… ¿por qué habría de regresar años después para recuperar aquellas cartas de su hijo y unas viejas fotografías? No parecía tener mucho sentido, ahora que conocía algún detalle más sobre la historia. Tal vez Ricardo tuviese razón y no fuera ella quien había regresado para asaltar casas; tal vez había enviado a alguien para hacerlo; tal vez una mujer hundida en sus recuerdos que había subastado una casa quería algo para poder recordar; tal vez se estuviera ahogando en su soledad; tal vez se había arrepentido de marcharse para dejar todo atrás y quería recuperar una parte de lo que una vez quiso abandonar; tal vez los recuerdos dolorosos fueran menos dolorosos que la soledad. Fuera quien fuese la persona que había entrado en las dos casas, solo podía saberlo Matilde. Sentí una inquietud que empezó a taladrarme el fondo del estómago.

Finalmente, tomé la decisión de ir a verla; no tenía nada que perder. Pero tendría que esperar todavía algunos días.

* * *

Sandra entró a despertarme antes de marcharse a la librería. Aunque le dije que me encontraba mal, que me quedaría un rato más en la cama, en realidad me estaba organizando. En primer lugar, aquella mañana iría a ver a Mauricio Sevilla. Llegar hasta allí suponía gastarme un dineral en un taxi, pero no podía perder la oportunidad de hablar con él. Después visitaría al nuevo dueño de la fábrica, Roberto Golé, e intentaría sacarle algo de información sobre el anterior propietario, aunque tenía dudas de que quisiera decirme algo. Mi última visita la reservaría para Matilde, con la esperanza de que me aclarase las cosas. Habían pasado muchos años desde que abandonó su casa y se trasladó al Pirineo, y tal vez un confesor, aunque no llevase alzacuellos, no le vendría mal. Y si no era así, solo perdería el dinero del viaje en tren.

Cuando hube ordenado los pasos para seguir, me levanté de la cama de un brinco, acabé el café que había preparado Sandra y salí a la calle. El mejor lugar de toda la ciudad para encontrar un taxi era la estación de trenes, así que cogí el tranvía y me dirigí a ella. Unos veinte minutos después, el tranvía me dejó a los pies de la estación y pude ver una hilera de taxis a la salida. Cogí el primero y le di las señas para que me llevara a la casa.

—¿Está seguro? Le va a salir el viaje por un pico.

—Estoy seguro, andando.

—¿Podría enseñarme si lleva dinero?

Soplé y saqué el dinero del bolsillo. Cuando el taxista lo vio, se quedó tranquilo y emprendió la marcha. Al salir de Zaragoza,

comenzó a darme una charla sobre sus andanzas en el mundo del transporte. Me contó que en diez años que llevaba al volante no había tenido una sola semana tranquila. En todas ocurría alguna cosa extraña: le robaban, alguien se precipitaba al suelo delante del coche, se marchaban sin pagar o peripecias varias que no me molesté siquiera en escuchar. No tardamos en entrar en el desierto de los Monegros, un lugar idóneo para asentarse, un secano que no parecía tener fin y cuyas temperaturas en verano debían ser la envidia del astro rey.

—¿Sabe usted de dónde le viene el nombre a este desierto que cabalgamos?

—No tengo la menor idea —dije.

—Déjeme que le explique. ¿Recuerda usted las lecciones de la escuela en las que nos hablaban de Felipe II?

—Algo me suena —respondí, aunque me podía haber hablado tranquilamente de los amantes de Teruel. En lo referente a la historia, todo me sonaba a lo mismo: a mentiras.

—Verá, lo que ahora es un desierto fue un bosque en sus tiempos. Un bosque tan frondoso que apenas llegaba al suelo la luz del sol. Fíjese usted qué espesura debía de haber… Bueno, lo que decía, como tenía una vegetación tan espesa, el verde era tan grande que se llegaba a ver negro, y por eso se le llamó *montes negros*, y de ahí *Monegro*. Decían que un mono podía atravesar el bosque sin necesidad de pisar el suelo, solo debía saltar de rama en rama. Pero llegó Felipe II y lo taló para que el enemigo no se escondiera dentro. ¿Qué le parece la historia?

—Increíble —dije.

—A mí también me lo parece, hace falta talar y talar, ¿eh?

—Creo que ya estamos llegando, ¿verdad?

Dejó de mirar por el espejo retrovisor y miró hacia delante.

—Sí, ya casi estamos.

La mansión de Mauricio Sevilla daba miedo. Estaba en lo alto de una especie de colina de tierra. Tenía al menos cuatro plantas y conté diez ventanas de lado a lado de la casa. Estaba hecha de ladrillo marrón oscuro. Las ventanas estaban pintadas de un color que se asemejaba al rojo sangre. Tenía tres chimeneas, pero solo salía humo por una de ellas. Estaba protegida por un alto muro de ladrillo rojo y una verja pintada de un verde oscuro por la que se accedía al recinto. Se veía un jardín bien cuidado con un sauce llorón a cada lado, sembrados en la tierra más estéril que había visto nunca. A la derecha de la casa había una especie de construcción circular, a modo de torre con cúpula de vidrio, que parecía haberse levantado con posterioridad a la casa y haberse incrustado en ella. Casi podía imaginar catacumbas en los sótanos. Aquella casa recordaba a una mansión encantada donde habían ocurrido crímenes. Asustaba. Tardamos diez minutos más en llegar. Desde el asiento del taxi, pude ver sobre los laterales de la verja dos estatuillas de la Virgen María con el niño Jesús en sus brazos. Pagué a aquel hombre y le pedí que me esperase.

—¿Cuánto va a tardar?

Le lancé dos billetes más y me dijo que se retiraba de la entrada, que me esperaría cerca de allí. Cuando se marchó, me agarré a los barrotes de la verja y observé la casa. Era impresionante, la más grande que jamás había visto. La verja estaba cerrada. Había una especie de cuerda de cortina a un lado y pensé que tal vez haría de timbre. Tiré con fuerza y en la lejanía escuché un sonido. Pensé que su función sería la de avisar a los residentes de las visitas que recibían. Esperé un par de minutos, hasta que una mujer se asomó tímidamente por la puerta principal. Levanté la mano para que me viese, y cuando lo hizo, volvió a cerrar. Tiré otra vez del timbre y,

segundos después, un hombre bastante mayor, vestido con pantalones y camisa blanca, salió con una pipa entre los labios y se acercó lentamente. Cuando estuvo a unos cinco metros de la casa, se detuvo. Debía rondar los setenta y cinco años.

—¿Qué desea? —preguntó con voz clara.

—Estoy buscando al padre Mauricio Sevilla.

Se quedó observándome durante un instante antes de responder.

—¿Para qué lo quiere?

No se me ocurrió otra excusa que la que ya había usado para conseguir la dirección de Ricardo. Hacerle una entrevista.

—Ah, ¿para eso lo quiere usted, para hacerle una entrevista? ¿Sobre qué quiere hacerle la entrevista?

—Sobre las diferencias entre la vida monacal de hace cincuenta años y la actual —improvisé.

—Bien, pues lo tiene delante.

Se aproximó a mí y abrió la verja con una vieja llave que llevaba en el bolsillo.

—Adelante. —Entré. La ausencia de barrotes hacía que la casa pareciese todavía más grande—. Vamos, sígame. Le diré a una de las doncellas que prepare café. ¿Le gusta el café?

—Sí, cómo no.

Asintió mientras caminaba delante de mí.

—Bien, bien. El café alimenta el espíritu.

Entramos en la casa. El recibidor era enorme, tal vez de cien metros cuadrados. Tenía unas grandes escaleras de mármol, una a la derecha y otra a la izquierda. Había una alfombra de piel de oso en el suelo y unas mesitas con plantas encima bordeando la pared. Al fondo, entre las grandes ventanas rectangulares, advertí un enorme crucifijo con una figura de Jesucristo clavado en él. Alcé la vista al techo y observé unos corredores en las plantas superiores a

los que se llegaba a través de las escaleras con barandillas de madera. Pude imaginarme al padre Mauricio asomándose y mirando hacia abajo para controlar el trabajo de las criadas. El techo estaba decorado como el de una iglesia. Había una representación del apocalipsis pintada en él.

—Por aquí —pidió.

Lo seguí por las escaleras que quedaban a la izquierda y llegamos a la primera planta. Me acerqué a la barandilla para ver la entrada. Había unas ligeras líneas trazadas en el suelo que dibujaban el rostro de Jesús. Me dio un escalofrío al verlo. El padre Mauricio me condujo por un ancho pasillo enmoquetado. Se detuvo frente a una puerta y entramos. Era el salón. Las paredes estaban tapizadas y había una gran librería cubriendo la pared que daba al sur, una chimenea de grandes dimensiones y un cuadro con más motivos religiosos. Sería cura, pero no había cumplido con el voto de pobreza precisamente. Dos sillones acolchados de color oscuro ocupaban parte de la estancia. Frente a ellos, una mesa llena de botellas de licor y vasos de cristal.

—Siéntese, por favor —dijo, tomando asiento.

Me senté y nos miramos.

—¿Va a empezar su entrevista?

Algo me decía que no podía ser tan directo con ese hombre como lo había sido con Ricardo. Calibré la primera pregunta.

—¿Cuándo empezó usted a ejercer al servicio de Dios?

Me sorprendí pronunciando aquellas palabras en voz alta.

Respiró hondo y fingió buscar en sus recuerdos.

—Tenía veinte años. Mi padre no era religioso, pero, como yo solía meterme en problemas constantemente en la escuela, se le ocurrió que el remedio sería pasar una buena temporada al servicio de los curas en un seminario. Empecé a los ocho años. Siempre he creído

que, en realidad, mi padre me internó porque no podía mantenerme. Fuera por la razón que fuese, allí tenía comida y ropa. Supongo que por eso elegí el sacerdocio, porque desde pequeño no he conocido otro mundo. Cuando decidieron que ya había aprendido todo lo que necesitaba para ser cura, me enviaron a una parroquia en Huesca. Allí, uno de los superiores dijo que sería más útil en el Pilar, que tenía verdadera vocación y mi lugar estaba, como mínimo, en una basílica, así que allí fue donde me destinaron meses después.

Asentí.

—Háble me de su trayectoria en el Pilar.

—En realidad, no hay mucho que contar…

En ese instante entró una doncella con una bandeja en la que llevaba café y leche. La dejó sobre la mesa y se marchó.

—… Llegué al Pilar de la mano de mi superior. Me presentó a un amigo suyo que también era uno de los superiores en la basílica. Le dio mis referencias y le dijo que llegaría lejos. Allí empezó otra etapa de mi vida.

Se quedó callado, esperando la siguiente pregunta.

—Pero una casa como esta…

Dejé la pregunta en el aire.

—No puede pagarse con el sueldo de un cura, ¿verdad?

Asentí.

Cogió su taza de café y le dio un sorbo.

—Llevaba una vida de cura aburrido en el Pilar. Lo único que hacía era recitar tres misas diarias. Fue cuando llegó a mis oídos la noticia: había una familia que buscaba un cura que les sirviera exclusivamente a ellos. Era la familia Conde, una de las más adineradas de la ciudad. El cabeza de familia pertenecía a la industria hotelera y tenía instalaciones por toda Europa. Su señora era católica devota y acudía a diario a la basílica para confesarse, de

manera que pensó que sería mejor tener su propia capilla y su propio confesor. La idea me pareció tentadora. Conseguí las señas de esa mujer y una de mis tardes libres fui a visitarla. No fue fácil convencerla de que podía satisfacer todas sus necesidades religiosas, pero lo conseguí y me trasladé allí. Se hizo construir una capilla y me cedió una especie de apartamento en la última planta de la casa. El marido apenas estaba en casa. Mejor: nunca me vio con buenos ojos. A veces, cuando él no estaba, me invitaba a pasar a la casa principal y cenaba con ellos.

»En una ocasión llegó pronto de uno de sus viajes por Europa y nos vio cenando juntos. No entró en cólera, al menos delante de mí, pero la mirada que lanzó a su esposa no dejaba lugar a dudas. Se marchó escaleras arriba; yo aproveché para marcharme. Esa noche se escucharon gritos. No volvió a invitarme a cenar. En su lugar, me hacía llegar buena comida, la misma que les preparaban a ellos. Una de las cocineras más jóvenes, con cara de espantada, la dejaba a la puerta de mi casa, llamaba y se marchaba corriendo. Parecía que me tuviese miedo, la estúpida. Nunca entendí a aquel hombre.

»He de reconocer que la señora estaba demasiado obsesionada con las confesiones: me requería como mínimo tres veces diarias. Oficiaba dos misas diarias para ella y para sus hijos, un niño y una niña. El chico era como el demonio, no hacía caso a nada. Muchas veces acompañaba a su padre en los viajes por Europa. De la educación de la niña se encargaba la madre, lo que le hizo ser una devota desde niña, hasta el punto de confesar que quería ser monja. No lo hizo. Se casó con un rico empresario de la industria del cristal. Poco después, su madre cayó enferma y murió. Entonces la hija me ofreció quedarme con ella en su nueva casa como su confesor. Era una oferta que no podía rechazar. Permanecí a su lado durante años, hasta que decidió marcharse de la ciudad. Como agradecimiento a

mis servicios, me dejó una gran fortuna que sirvió para levantar esta casa.

Escuché sus palabras absorbiendo cada una de ellas, sin estar seguro de qué parte era cierta y cuál no.

—¿Por qué se marchó de la ciudad?

—Por una serie de desgracias que no vienen a cuento.

—Bien —dije—. ¿Algún detalle más que quiera contarme?

Pensó unos instantes.

—En realidad, no creo que necesite más detalles, le he hecho un buen resumen de mi vida.

—Sigo sin comprender. ¿Por qué una mujer tan devota como ella no se lo llevó a usted adonde quiera que se marchase?

Encogió los hombros y vi brillo en sus ojos. Me observaba tenaz. Sonrió antes de responderme.

—No lo sé. Tal vez se cansara de rezar y que aun así le pasaran desgracias. ¿De qué periódico viene usted?

Tragué saliva.

—Me envían desde Teruel. Es una gaceta más que un periódico.

—¿Tendría a bien decirme el nombre de la gaceta? Me encantaría hacerme con un ejemplar de la entrevista.

—Yo se lo haré llegar. —Me levanté antes de que siguiese el giro que había dado la conversación, ya que había acabado por preguntarme a mí en lugar de yo a él—. Muchas gracias por su tiempo, señor.

—No hay de qué. Avisaré a una doncella para que lo acompañe a la puerta.

—Como guste.

Me encaminé a la salida. Justo antes de abrir la puerta, me volví y le hice otra pregunta.

—Disculpe, me gustaría saber algo más, si no le importa.

—Adelante, no sea tímido.

—Tengo entendido que en la mansión en la que vivió Matilde, y por lo tanto usted, había otra consejera. Una mujer de etnia gitana que aconsejaba al señor De León. ¿Le suena a usted?

Al escuchar esa pregunta, su rostro se tornó oscuro. Pensé que iban a crecerle los dientes afilados y se iba a lanzar contra mí.

—¿Quién le ha hablado de eso?

Estiré los brazos.

—Soy periodista, no me es difícil encontrar información en los archivos que reviso.

—Claro —dijo con una pausa—. Creo recordar que esa mujer se llamaba Lucifera, y su apellido era Hericardo. Era consejera del señor Rafael de León, el esposo de mi señora Matilde, como seguramente ya sabrá usted, pero la naturaleza de su relación me fue siempre desconocida. Vivía también en la casa. Un día desapareció: simplemente dejé de verla.

—Gracias de nuevo.

—No hay de qué.

Abandoné aquel lugar. Me sentía encerrado. Al salir, agradecí el aire fresco. Crucé el jardín sin detenerme a mirar atrás. Abrí la verja y ni siquiera me molesté en cerrarla. Había algo oscuro en ese hombre. Subí al taxi y desperté al conductor, que dormía en una incómoda postura.

—Vaya, ya ha salido usted. ¿Vuelta a la ciudad?

—Tan rápido como pueda.

Me dejó en casa. Estuve entretenido haciendo la comida hasta que llegó Sandra. Me alegré de no estar solo. Después de comer, se sentó en el sofá a descansar mientras yo fregaba los platos. Al rato me dijo que se marchaba a la librería. Me senté a la máquina de escribir y seguí con la historia.

13

Aquel día en el orfanato no desayunamos. Cuando los alumnos terminaron de comer, salieron en fila hacia las aulas. Sandra me miró al salir y yo le sonreí. Cuando todos se marcharon, la monja encargada de la limpieza del comedor nos dijo que dejásemos los libros sobre la mesa más próxima y fuéramos al aula correspondiente. Salimos del comedor.

—No ha sido un castigo tan duro —dijo Felipe.

—*Ez* cierto —añadió Gustavo—. Ha merecido la pena.

Nos despedimos tras haber subido las escaleras, y cada uno entró en su clase. Me senté en mi sitio y abrí el libro por la página que me indicó el maestro. Aquel día también lo pasé mirando el reloj para ir a la librería. A las seis de la tarde salí por la puerta principal. Cuando crucé la calle, sentí que alguien tiraba de mi brazo.

—¿Qué haces aquí, Sandra? Sabes que tú no puedes salir.

—Quiero ir contigo.

—No puedes, eres muy pequeña. Vete al orfanato, volveré en un rato y jugaré contigo, ¿de acuerdo?

Se quedó mirándome con lágrimas en los ojos, cruzó los brazos y dio media vuelta. Yo seguí mi camino. Entré en la librería y fui directo a la trastienda. Allí Guillermo y Coraline me esperaban para acabar la corona. Pasamos la tarde pegando el papel de regalo brillante a la rama. No quedaba del todo mal. Guillermo también había traído la alfombra y la colocamos sobre los hombros de

Coraline. Verdaderamente parecía una princesa. Estuvo dándonos órdenes toda la tarde. Nosotros éramos sus esclavos.

Germán también me acompañó de vuelta al orfanato. Le confesé lo que habíamos hecho la noche anterior y el castigo que nos habían puesto. En lugar de reñirme, se echó a reír.

—Anda, granuja. No vuelvas a hacer algo así.

—No pensaba repetirlo —contesté.

Entramos en el orfanato y enseguida percibimos que algo iba mal. Los niños estaban nerviosos y corrían de un lado a otro. El padre Juan se acercó a nosotros cuando nos vio plantados delante de la puerta.

—¿Está Sandra contigo? —preguntó.

Negué lentamente.

—¿Que ocurre, Juan? —quiso saber Germán.

—Sandra ha desaparecido, nadie sabe dónde está. Hemos registrado todo el orfanato, pero no la encontramos. Tampoco la ha visto salir nadie.

—Yo sí —exclamé—. Quería venir conmigo, pero le dije que regresara al orfanato, que no podía acompañarme porque no podía salir.

—¿Tienes idea de dónde puede haber ido?

Negué.

—Escucha —intervino Germán—, voy a ver en su antigua casa, tal vez haya regresado allí.

—Está bien, yo avisaré a la Guardia Civil para que comiencen a buscarla.

No me solté de la mano de Germán, yo también quería buscarla. Atravesamos las calles corriendo a toda prisa sin reparar en si había charcos o si venía el tranvía. Llegamos a mi casa tras una larga caminata. Subimos las escaleras de un edificio al que ya no pensaba

regresar jamás. Germán empujó la puerta y vio que estaba cerrada. De una patada la tiró.

—No creo que esté aquí con la puerta cerrada, pero debemos mirar.

Recorrimos todas las habitaciones mirando dentro de los armarios y de las camas. Ni rastro.

—Vamos a la calle, debemos seguir buscando.

Me detuve un segundo antes de salir para contemplar la casa. Al fondo del pasillo, en la habitación de mis padres, había un espejo incrustado en la puerta del armario. En ese instante me pareció ver el rostro de mi madre. Me miraba fijamente desde el otro lado del espejo. Di un brinco y corrí al lado de Germán.

Aunque quedaba poca gente en la calle a esas horas, preguntamos a cuantas personas nos cruzamos si habían visto a una niña pequeña con zapatos rojos. Todas las respuestas fueron negativas. Los agentes de la Guardia Civil trataban de encontrarla, auxiliados de linternas, incluso algunos llevaban sabuesos para olfatear. Entonces recordé que en alguna ocasión habíamos ido en familia a un parque que no quedaba muy lejos del orfanato. Tal vez estuviese allí. Me solté de la mano de Germán, que empezó a darle a uno de los agentes la descripción de Sandra, y me alejé camino del parque. Cuando llegué ya era de noche y hacía frío. Con la luz del día, el parque era un lugar atestado de gente, de niños jugando y riendo, pero de noche y en invierno se convertía en un lugar que daba miedo. Me costó decidirme, pero al final salté el muro que lo rodeaba y me perdí entre los árboles.

El cielo estaba despejado, y la luna en cuarto creciente dejaba entrever el parque, a pesar de que una niebla espesa comenzaba a asentarse sobre el terreno. Grité su nombre, pero no obtuve respuesta. El parque era grande y cada vez hacía más frío. Los

animales nocturnos no tardaron en dejarse escuchar: un búho, una ardilla, ratones corriendo de un lado a otro entre las hojas muertas que descansaban sobre el suelo. Grité su nombre de nuevo y solo el eco me respondió. Tenía miedo, quería volver al orfanato y coger la mano de Germán, pero me sentía culpable de que Sandra se hubiese perdido. Pasé delante de árboles que parecían estar vivos, dispuestos a atraparme, y crucé unos setos que me arañaron la ropa y me provocaron heridas en la cara. Así y todo, no me importaba, debía encontrarla. Me sentía fatigado y me costaba trabajo respirar. Me acerqué al kiosco situado en el centro del parque y subí las escaleras para poder ver mejor, pero lo único que vi fueron los ojos brillantes de algún animal que intentaba asustarme desde la rama de un árbol. Sin saber en qué dirección dirigirme, comencé a caminar por los senderos de tierra que la gente había trazado de tanto andar sobre la hierba. Mis pasos y el sonido de roedores era cuanto escuchaba. Cada vez había más niebla y temí perderme en la inmensidad del parque. Me pareció escuchar como alguien aplastaba unas ramas tras de mí y me volví de golpe. Un mendigo llevaba una botella de vino en la mano. Estaba cubierto con un abrigo largo y un sombrero medio roto. En la otra mano llevaba una especie de capazo con todas sus pertenencias. Me quedé helado delante de él.

—¿Qué haces aquí, solo y a estas horas, chico? —Se me hizo un nudo en la garganta que no me dejó responder—. ¿No hablas?

Me la aclaré, fingiendo un repentino ataque de tos, y le dije que buscaba a una niña pequeña.

—¿Una niña pequeña? —Asentí—. ¿Como de seis años, pelo negro, corto y zapatos rojos? —Asentí con fuerza, sonriente—. La vi hace un rato merodeando por aquí. Cuando le ofrecí mi ayuda, empezó a chillar y salió corriendo, pero pude seguirla sin que se

diera cuenta. Está escondida allá, en aquel rincón. No he querido acercarme otra vez para no volver a espantarla.

—Gracias, señor.

—No se merecen. Pobre chiquilla. Hay tanto niño perdido por ahí, pidiendo limosna en las calles, sin nadie que lo cuide, que uno más nadie lo nota.

Lo dejé hablando solo y fui al lugar que me había indicado. Encontré a Sandra acurrucada, sentada sobre un banco, encogida sobre sus piernas. Al verme, miró hacia otro lado.

—¿Por qué te has escapado? Todo el mundo te está buscando.

—No me gusta el orfanato y tú no me quieres —contestó mientras comenzaba a llorar.

—Yo sí te quiero.

—Quieres más a tus amigos. Pero me da igual, pienso quedarme en este parque para siempre.

—¿Y qué piensas comer?

—Me da igual.

Silencio.

—¿Sabes que todo el mundo en el orfanato está preguntando por ti?

—No me lo creo.

Guardé silencio de nuevo.

—¿Qué te parece si un día no voy a la librería de Germán y me quedo jugando contigo?

Negó.

—No lo harás, eres un mentiroso.

—Escucha, Sandra, te prometo que lo haré. Y te leeré los cuentos que hay en la sala de juegos, y me sentaré contigo a la hora de comer. No volveré a dejarte sola. ¿Qué te parece la idea?

Al menos me estaba sonriendo.

—Bueno.

Le tendí la mano y le dije que debíamos volver a casa para que Germán o Juan avisaran a la Guardia Civil. No hacía falta que la siguieran buscando.

—¿También me está buscando la Guardia Civil?

—Claro, en cuanto les hemos dicho que te has perdido, se han puesto en marcha.

Se detuvo en seco, mirando al frente. El mendigo que me había dicho dónde encontrarla nos observaba entre las sombras. Me pareció que tenía dientes de oro.

—¿Cómo se llama? —pregunté.

—Gaspar. Soy uno de los tres reyes magos, pero me caí del camello viniendo de Oriente y aquí me quedé.

Salimos del parque.

—¿De verdad es un rey mago? —me preguntó Sandra.

Le dije que sí. Llegamos al orfanato. La Guardia Civil estaba hablando con el padre Juan en la entrada. Uno de los agentes le decía que no habían encontrado a Sandra, pero que seguirían buscando toda la noche. Cuando el padre Juan nos vio aparecer por la puerta, se santiguó.

—¡Santa madre de Dios, bendita tú seas! Sandra, hija mía, ¿por qué te has escapado?

No respondió. El padre Juan me miró y me preguntó si había sido yo quien la había encontrado. Asentí y le dije que un hombre que vivía en el parque me había ayudado a hacerlo. Una de las monjas cogió a Sandra en brazos y dijo que iba a darle un baño y algo de cenar y que después la acompañaría a la cama. Germán apareció media hora después gritando que yo también me había perdido. Se le atragantaron las palabras al verme. Le conté lo que había ocurrido y dónde había encontrado a mi hermana. Cuando fue al parque para

darle al mendigo unas monedas en agradecimiento a su ayuda, no lo encontró. Ni ese día, ni al siguiente, ni una semana después. Se había esfumado. Desde aquella noche, comencé a prestarle más atención a Sandra. Iba a la librería de Germán dos o tres días a la semana; el resto de las tardes, las pasaba con ella. Felipe, Andrés y Gustavo empezaron a cogerle cariño. Jugábamos los cinco a representar los cuentos de la sala de juegos, incluso llegamos a hacer alguna representación en el salón de actos. Aunque aquellos juegos solo duraron hasta la aparición de mis tíos en escena.

14

Dejé de escribir en el momento en que llamaron a la puerta. Al principio, no había hecho caso alguno de la llamada, pero cinco minutos después seguían insistiendo. Me levanté del sofá y fui a abrir. Un chico de unos catorce años llevaba una caja de cartón que emitía sonidos.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Es para usted.

—De eso nada. No lo aceptaré hasta que me digas lo que contiene.

—No lo sé, yo solo soy el repartidor.

Dejó el paquete y se marchó. Escuché un maullido cuando la caja cayó al suelo. Cerré la puerta y quité el precinto. Un Abi desgarbado saltó de la caja y se metió debajo de un mueble estrecho, en la entrada.

—Gracias por nada, tíos —pensé en voz alta.

Cuando creí que se había calmado, metí la mano y le acaricié la cabeza. Al recibir un buen trato, pronto salió de su escondite y me dejó que lo cogiera. Entré con él en la cocina y le puse leche en un plato. La lamió con ganas; volví a llenarle el plato de trozos de pan. Lo devoró sin dejar un solo pedazo. El gato no volvió a escaparse de casa. Con el estómago lleno, se estiró sobre mi pierna. Lo cogí y lo puse sobre el sofá. Pronto empezó a ronronear. Miré la hora, debía marcharme ya para ir a la editorial.

A la entrada, Pablo me preguntó cómo nos apañábamos en la nueva casa. Le respondí que no estábamos mal del todo, que era pequeña, pero cabíamos, aunque fuera entrando en las habitaciones de lado. Pasé la tarde respondiendo a preguntas insulsas y sin sustancia alguna. Cuando acabó la clase, Víctor me dijo que el padre de Cristina se había tragado el embuste de medio a medio y que al día siguiente por la mañana estaría en mi casa a las diez en punto. Antes de marcharme, me dejé caer por la tienda de comestibles, que solía cerrar tarde, y compré unas botellas de leche y café. Subí a casa y vi que Sandra ya había llegado. La saludé y me preguntó cómo había llegado Abi a casa.

—Por repartidor.

—¿Qué?

—Por repartidor.

—Vale, si no me lo quieres decir, no me lo digas. Había una nota para ti debajo de la puerta. Está en la mesa de la cocina.

Dejé la compra en el armario de la cocina. Con las manos libres, di la vuelta al sobre y vi que llevaba mi nombre escrito. Lo abrí y comencé a leer:

Iván:
Necesito hablar contigo de algo urgente. Por favor, reúnete mañana conmigo a las doce en el café de Teruel, donde solíamos vernos. Es muy importante.

Coraline

Arrugué la nota y la guardé en el bolsillo del abrigo. Hacía unos días me había propuesto olvidarme de ella y de todo lo que tuviera que ver con nosotros, y ahora quería que nos reuniésemos en un café. Estaba cansado de que me utilizara cuando le convenía. No deseaba verla, solo quería que le quedase claro que si había salido de mi vida por su propio pie, no podía volver a entrar cada vez que

le apeteciera. Estaba decidido, no acudiría a la cita. Aquella noche releí su nota cien veces.

La noche anterior había puesto el despertador a las nueve y media. Por la mañana abrí un ojo y vi que sonaba diez minutos antes de tiempo. Lo apagué y me di media vuelta para entretenerme mirando por la ventana. El día estaba ligeramente nublado. Retiré las mantas y me estiré. Me calcé las zapatillas de estar por casa y asomé la cabeza en el cuarto de Sandra. Había hecho la cama, preparado café y se había marchado. Me serví una taza y la saboreé mientras repasaba las páginas que había escrito el día anterior. Después me vestí para esperar a Cristina. Puntual como las campanas del Pilar, escuché como unos nudillos chocaban débilmente contra la puerta. Abi ronroneó al escucharlos y me levanté para abrir. Ahí estaba la alumna más aplicada que tenía. Me sonrió y me dio los buenos días. Le devolví el saludo y le dije que entrase. Había traído el pequeño cuaderno que solía llevar a clase.

—Gracias por dejarme aprender aquí.

—No tienes por qué dármelas. ¿Tu padre cree que vienes a trabajar, verdad?

Asintió complaciente.

Le di dos monedas. La primera era la paga por su trabajo y la segunda para ella. Al principio rechazó la propina, pero finalmente la aceptó. Nos sentamos en el sofá, le coloqué la mesa delante y dejé la máquina en el suelo. A medida que le explicaba las cosas, iba tomando nota de cuanto decía: las características mínimas que deberían tener los personajes según su importancia en el relato, la descripción de los lugares donde discurría la acción… Tomaba nota sin dejar una sola palabra en el tintero. Verdaderamente tenía ganas de aprender. La encontré mirando la máquina de escribir de reojo un par de veces.

—¿Habías visto alguna?

—Sí, en la editorial.

—Claro, es verdad. ¿Las has usado alguna vez?

Negó efusivamente.

—Seguro que la rompo.

—Eso no puede ser. Una máquina de escribir solo se puede romper si la tiras al suelo o le das una patada. Anda, quita el cuaderno de la mesa.

Lo retiró en el acto. Yo me levanté para colocar la máquina sobre ella. Le puse un folio en blanco y le dije que escribiera su nombre. Con una sonrisa en los labios, comenzó a buscar las letras. Las encontró lentamente.

—Qué divertido —dijo.

—¿Te gustaría aprender a escribir a máquina?

—Mucho.

—Bien, como vas muy avanzada, vamos a dejar las lecciones de escritura a un lado; en su lugar, te enseñaré a escribir.

Me sonrió, casi sin creerse lo que le estaba diciendo. Le coloqué cada dedo sobre la tecla que correspondía. La máquina le quedaba un poco grande, pero podría aprender poco a poco.

—¿Quién te enseñó a ti a escribir a máquina?

—La necesidad —dije. Me miró con cara de no entender nada—. Aprendí fijándome en cómo colocaba los dedos sobre las teclas mi editor, y después practicando muchas horas.

Asintió. Le indiqué que debía empezar de la *a* hacia el centro y después de la *ñ* hacia el centro. Cuando acabó la primera línea, me miró contenta.

—Muy bien, ahora otra vez, hasta que llenes ese folio y otros diez más.

—¿Diez más?

—No te preocupes, los haremos poco a poco. ¿Tienes hambre?

—Tengo sed.

Fui a la cocina, llené un vaso de leche y se lo ofrecí. Cristina tecleaba cada vez con menos miedo. Yo no podía evitar mirar el reloj, que cada vez avanzaba más despacio. A las once y media comencé a ponerme nervioso, aunque había decidido no acudir a la cita. No debía hacerlo. A las doce menos cuarto le dije a Cristina que tenía que marcharme para comprar en el mercado.

—¿Vengo mañana?

—Claro. A la misma hora.

—De acuerdo.

Se levantó del sofá y bajó a la calle conmigo.

—Yo me voy por ahí —dijo señalando el camino.

—¿Te vas andando?

—Sí.

—Pero tienes mucho camino.

Encogió los hombros.

—Mi padre dice que quien no tiene cabeza tiene que tener pies y que yo no tengo la cabeza bien puesta.

—No deberías hacer caso a todo lo que te diga tu padre. Anda, toma, para el tranvía.

Le di otra moneda. Me dio las gracias y se fue corriendo. Me encaminé calle abajo y atravesé la avenida que la cruzaba. Caminaba todo lo rápido que podía. Había decidido no ir y ahora estaba corriendo para no llegar tarde. Miré el reloj: las doce y diez. Atravesé un callejón por el que se atajaba y vi correr a dos ratas a mi paso. Llegué a la puerta. Intenté colocarme la ropa en su sitio y recuperar el aliento. Una vez que me calmé, entré en el café. Había gente sentada en las mesas, jugando a las cartas y comiendo trozos

de chorizo de un plato. En otra mesa, un padre regañaba a su hijo por las notas de la escuela.

—¿Qué va a ser? —preguntó el camarero.

—Un agua.

—No tenemos.

—Pues un café.

—Siéntese y se lo llevo a la mesa.

Me dirigí a las mesas del fondo, donde un grupo de monjas presumían de sus nuevos rosarios. Al otro lado había otra mesa, y en ella, de espaldas, una mujer con la cabeza cubierta por un sombrero de ala ancha. Me dirigí a ella y apoyé la mano en su hombro. Hizo un rápido gesto para zafarse de mi mano y me observó. Tenía el lado izquierdo de la cara amoratado y apenas podía abrir el ojo.

—Pensaba que no vendrías.

—Hasta hace media hora yo también lo creía. ¿Qué te ha pasado? —dije, sentándome frente a ella.

Agachó la cabeza al ver venir al camarero.

—Su café.

—Gracias.

Se quedó mirando. Le tendí una moneda y le dije que se quedase con el cambio. Se marchó lanzando la moneda al aire.

—¿Qué te ha pasado? —repetí.

—Está loco. Es un demente. Guillermo es un sádico. Está loco.

—¿Ha sido él? —Cogí su mano.

Asintió.

—La noche de la cena. Ahora llevo el ojo mejor, aunque veo borroso. —Negó con la cabeza—. Era de esperar. He venido a advertirte.

—¿De qué?

—De que ahora va a ir a por ti. Te quiere muerto. Me lo dijo él mismo. Ándate con ojo, Iván: te odia. Dice que su padre no le quiere porque te quiere más a ti, que siempre has estado en medio de los dos. No te quiere sobre la faz de la tierra.

—Eso es una locura.

—Te acabo de decir que está loco. —Se le cortaban las palabras —. Yo no puedo escapar de él, pero tú sí.

—No digas tonterías. ¿Por qué no ibas a poder escapar?

—Porque no tengo nada, Iván. No tengo oficio ni beneficio. Soy una persona que no sabe hacer nada aparte de abrirme de piernas para que Guillermo me mantenga. Es el camino que marcó mi padre para mí, y el que yo acepté sin ver más allá de mis narices.

—Ven a mi casa. Allí estarás a salvo.

—Irá a buscarme Iván, y no quiero que te pase nada más por mi culpa. No sabes lo que es capaz de hacer. No sabes las historias que les oigo reír a él y a sus amigos cuando están en el salón por las noches y creen que duermo. Guillermo es el demonio, Iván, no es ni el amigo que recuerdas ni el hombre que fingía ser cuando nos veíamos. —No me habría hecho falta escuchar las últimas palabras —. Es un monstruo. Ha probado el poder y le gusta. No hay nada que lo detenga. Ha propinado palizas a causa de las cuales han tenido que amputar las piernas o los brazos a la víctima. Hazme caso, Iván, huye de aquí; antes o después acabará contigo.

—Tal vez acabe yo antes con él —dije sin pensar.

—Es un monstruo, Iván, ándate con ojos en la nuca, porque el día que menos te lo esperes te pegará una paliza y te matará. Por favor, prométeme que tendrás cuidado. —Asentí—. Quiero oírtelo decir.

—Tendré cuidado, Coraline, te lo prometo.

Se levantó con intención de marcharse, pero le cogí la mano y la retuve.

—No vuelvas a su casa.

—Si no vuelvo, me encontrará y me matará. No creas que dudará en hacerlo.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Aguantar una paliza tras otra?

Me miró con nostalgia y tristeza. Alargó la mano y me acarició el rostro.

—Nunca debí abandonarte. No sé en qué estaría pensando.

Se marchó. Aguardé diez minutos más y salí sin haber probado el café. Me encaminé a la librería de Germán, no se me ocurría otro sitio donde acudir. La librería estaba abarrotada de clientes que preferían hacer cola para que les atendiera Sandra en vez de Germán, que permanecía tras el mostrador con un libro de cuentas. Sandra se encontraba subida a una escalera y un chico agachó la cabeza para mirarle los muslos. Me acerqué a él y le di una colleja en la nuca.

—Oye, ¿se puede saber qué haces? —preguntó.

—Enseñarte modales: si te vuelvo a ver mirándola de esa forma, te saco a la calle.

Sandra se volvió al escucharme.

—¿Y tú quién eres para echarme de aquí?

—El hijo del dueño —respondió Germán desde su posición— y el hermano de la susodicha —añadió.

Al joven le cambió el rostro.

—Perdón.

—A mí no, a la señorita —dije.

—Perdón —repitió mirándola a ella, que me lanzó una sonrisa.

Me dirigí al mostrador. Germán parecía mucho mayor que en la última visita que había hecho a mi casa, apenas hacía unos días. Al verme, casi se echó a llorar. Lo llevé a la trastienda y lo senté en su butaca. Se tapó la cara con las manos y comenzó a llorar.

—¿Qué ocurre?

Negó con la cabeza.

—No puedo creer lo que he criado todos estos años.

—Dímelo.

Se calmó un poco y se descubrió la cara.

—Ayer vino Coraline a verme para pedirme tu dirección. Fue a tu casa, pero no te encontró allí. Quería decirme que no sabía si iba a poder hablar contigo. Tenía la cara destrozada a golpes. Guillermo la apaleó. Tal vez pierda el ojo. Es un engendro, no sé cómo he podido criar a semejante criatura —volvió a llorar—. Me ha dicho que te advirtiera de que quiere acabar contigo, y sé que es capaz de hacerlo, hijo.

—Coraline ya me lo ha advertido. Hace algunos minutos.

—¿Acudiste a la cita? —preguntó.

Sonreí.

—Veo que Coraline te tiene bien informado, aunque no creo que Guillermo llegue a cumplir sus palabras.

—Sí que lo hará, Iván, sí que lo hará. Ya lo ha hecho otras veces. Escucha atentamente lo que voy a contarte. Cierra la puerta, por favor.

Aquello no me gustaba nada. Germán estaba verdaderamente asustado. Tomó aire y templó los nervios.

—Hace una semana vino a verme. Hacía mucho que no le veía, y me alegré de que lo hiciera, pero había algo extraño en su semblante. No parecía él. Sé que en los últimos años ha cambiado, pero no pensaba que lo había hecho de una forma tan macabra. Después de preguntarme trivialidades y cosas sin importancia, su voz adoptó un tono distinto. Parecía otra persona. Comenzó a hablar de su vida nocturna. Me horrorizó lo que contaba, pero no quise creerlo, y tampoco entendía por qué había venido a contarme tal

cosa —suspiró—. Me dijo que le gustaba bajar a los calabozos cuando montaba guardia en turno de noche y desahogarse en las cabezas de los presos que lo merecen. Me contó que había acabado con la vida de unos cuantos republicanos, que disfrutaba mientras la sangre le salpicaba la cara.

»No podía creerlo y no lo hice. Después me contó que la mujer de uno de sus compañeros tenía un amante y, como no podía dejar que se riese de su amigo, le cortó el cuello. Tampoco lo creí. Pensé que no eran más que fantasías de una mente perversa e inmadura que las contaba para mostrarme su hombría y la poca falta que le hago. Pero ayer me visitó Carmela, una de las vecinas de mi bloque de viviendas. Eran las diez de la noche. Yo estaba haciendo recuento de los libros vendidos ese día. Sandra se había marchado a casa. Carmela llamó con mucha insistencia. Salí de la trastienda y abrí. Cuando le pregunté a qué venía tanta prisa, solo atinó a decirme que la acompañase. Me llevó hasta nuestro edificio. Los gritos se escuchaban desde la segunda planta. Algunos de los vecinos se habían asomado al rellano por el alboroto, otros observaban por las mirillas. Subimos las escaleras hasta el cuarto y encontramos la puerta de Antonio abierta. Él gritaba. Carmela se quedó en la puerta y yo entré para ver lo que ocurría. Recorrí el pasillo y me di cuenta de que los gritos procedían de la puerta del fondo, la habitación del dormitorio principal. Abrí muy despacio. Antonio estaba atado a la cama, completamente desnudo. Guillermo estaba a su lado, dándole golpes con la porra y gritando:

»—¡Maricón, republicano de mierda! ¡Deberías haber muerto el día que tu puta madre te trajo al mundo!

»Antonio era amigo mío de siempre. Guillermo y yo sabíamos que era republicano. También sabíamos que era homosexual. Para Guillermo no hay lugar en el mundo para los hombres como él. Le

vació los ojos y le destrozó el miembro a golpes. Me acerqué a él y le pedí que parase. Tenía los ojos completamente rojos. Me empujó a un lado y me tiró al suelo.

»—¿No me creías, padre? Pues ahora no tendrás otro remedio.

»Me incorporé e intenté detenerlo de nuevo.

»—Ya le has hecho suficiente daño. Por favor, hijo, para.

»—¡Yo no soy tu hijo, soy el hijo de la patria y de Nuestro Señor!

»Me dio un golpe con la porra y comencé a sangrar. A continuación me dio otro y perdí el conocimiento. Desperté unas horas después. Carmela me había metido en la cama y estaba haciendo guardia a mi lado. Me había limpiado la herida y cosido la brecha de la nuca. Me dolía la cabeza e intenté incorporarme. Me senté al borde de la cama con su ayuda.

—¿Dónde está Guillermo?

—No está aquí —dijo en un susurro Germán.

—¿Y Antonio?

Se santiguó y me dijo que no había sobrevivido.

Me llevé las manos a la cabeza y comencé a llorar.

—Tú no tienes la culpa, Germán, he visto cómo criabas a ese niño. Es como si no fuese él.

—Después de eso lo creo capaz de cualquier cosa. Cuando he visto esta mañana a Coraline, he tenido muy claro quién había sido el autor de los golpes. También sé que si dice que va a matarte, lo hará. Tienes que marcharte de aquí.

—No pienso hacerlo, Germán.

—Debes hacerlo, o acabará contigo.

—No dejaré que lo haga. Hazme caso, no dejaré que lo haga.

Me quedé con él hasta que sus nervios empezaron a templarse. Después salí a la calle e intenté imaginar el hecho que habría

interferido en la vida de Guillermo para convertirse en el monstruo que era. Y lo peor de todo: Coraline estaba a su lado.

15

La casa de Roberto Golé estaba situada en pleno centro del paseo de los Ruiseñores. Tenía una extraña estructura: tres torres conformaban el centro de la casa. Parecía una residencia de brujas. Cualquier persona que buscara echadoras de cartas o remedios para los males de amores y pasara delante del edificio podría pensar que allí encontraría las soluciones a sus problemas. La parte delantera daba directamente a la calle, y la entrada principal estaba protegida únicamente por una verja. Había que subir cuatro peldaños. Al asomar la cabeza por uno de los lados, se podía ver parte del jardín trasero. Alcé la vista y vi que los cristales de las ventanas parecían robados de una iglesia. Abrí la verja, subí los peldaños y llamé. Pude escuchar el eco de mis nudillos perdiéndose en el interior. Unos segundos después volví a llamar. La puerta se abrió. Tras ella apareció una chica de apenas catorce años, pero que me recibió con una mirada de cuarenta.

—Buenos días, desearía ver al señor Roberto Golé.

—Me temo que eso es imposible.

—¿Se encuentra de viaje? —inquirí.

—Sí, señor, en el viaje eterno. Está muerto.

Sentí como si una losa me cayera encima. Me quedé en silencio, observándola, esperando a que alguna pregunta acertada me viniese a la cabeza, pero no llegaba.

—Gracias por su tiempo.

Me di media vuelta para marcharme. Fue ella quien me dio la respuesta que necesitaba.

—Puede hablar con su esposa, la señora Irene Somosierra, si lo desea. Ella sí está viva, y está en casa.

Dudé unos segundos. Pensé que tal vez podría sacarle alguna información.

—Está bien.

—Pase y espere aquí, lo anunciaré.

—Gracias.

Esperé en el recibidor. La estructura de la casa era igual de extraña por dentro que por fuera. Me encontraba en una estancia de paredes redondas, como si estuviera en el interior de un cilindro gigante. Las paredes estaban cubiertas de cuadros. Me acerqué y los ojeé mientras esperaba. El primero al que me acerqué mostraba una mujer de mirada perdida y soberbia que lucía un vestido que parecía asfixiarle el cuello. En el segundo se veía a un chico de unos veinticuatro o veinticinco años. Tenía la misma mirada que la mujer del retrato anterior, de modo que supuse que se trataba de la dueña de la casa y su descendencia. Giré a mi alrededor y vi que todos los cuadros mostraban los dos mismos rostros. Había algo en el retrato del chico que me atraía. Me resultaba ligeramente familiar, como si lo hubiera visto en algún otro sitio. O, tal vez, simplemente, tenía una cara vulgar.

—La señora no tardará en recibirlo.

La chica acababa de salir de una habitación enclaustrada tras una puerta de doble hoja de madera negra y acristalada. Me acerqué a ella y abrió la puerta. Me dejó pasar y volvió a cerrar. Entré en una estancia que bien podría haber estado encajada dentro de una de las torres que se veían desde el exterior. Había muebles altos y estirados, como si quisieran llegar al techo, y una enorme chimenea

en la pared del fondo donde habrían cabido diez personas de pie. La señora estaba sentada en un sofá y disponía de una mesa de cristal y patas doradas a su lado que contenía una bandeja con pastas variadas. Llevaba gafas y leía un periódico. Tenía el pelo rizado y recogido, muy negro, y podría asegurar que recién teñido. Vestía un abrigo o una bata de pieles blancas que la hacían parecer más rellena de lo que estaba. A pesar de sus trazos suaves, se la podía reconocer en los cuadros de la entrada, aunque ahora con diez años más y veinte kilos menos.

—Siéntese —dijo de una forma que demostraba que había estado toda su vida dando órdenes.

Tomé asiento en una silla que quedaba más o menos frente a ella. Ella se sirvió una taza de café sin ofrecerme a mí otra.

—Me ha dicho la doncella que ha preguntado por mi marido.

—Así es.

—¿Podría decirme de qué lo conoce?

—Verá —comencé—, estoy realizando una tesis sobre los estilos arquitectónicos de la zona. Me interesa mucho comparar edificios antiguos con modernos, y uno de los edificios que estoy estudiando es la fábrica de vidrios de su difunto marido. Había venido con la esperanza de que me mostrase los planos.

Se quedó en silencio, observándome de forma maliciosa.

—Humm…, ¿eso es todo?

—Sí, señora.

Me sentía en la boca del lobo. Las nubes comenzaban a oscurecer la escasa luz de la estancia en la que nos encontrábamos. La mujer hizo sonar una campanita y apenas unos segundos después apareció la doncella.

—Haz el favor de encender las lámparas de gas.

—Sí, señora.

Me observó de refilón, como quien se ve obligado a dar unas explicaciones que le parecen sobrantes.

—Tenemos electricidad, pero prefiero la luz del gas.

—Me parece que le da un estilo distinto a su casa; las luces de gas, me refiero. Le sientan bien.

Sonrió sin quitarme los ojos de encima y dejó su taza sobre la bandeja. Sus movimientos eran sutiles, elegantes. La doncella había comenzado a encender los múltiples apliques dorados que escapaban de la pared.

—Siento decirle que no tengo la menor idea de dónde pueden estar esos planos, a mí la fábrica tanto me da. Quien se ocupa de gestionarla ahora es mi hijo, que entiende de números, aunque tampoco creo que sepa dónde están los planos.

—¿Podría aclararme algunos datos relacionados con la fábrica para poder anotarlos en la tesis? Me sumaría puntos.

—Es usted muy joven para estar haciendo una tesis.

Carraspée y me erguí en mi asiento.

—No, en realidad no soy ya joven ni para ser padre —dije evocando las palabras de Sandra.

Su forma de mirarme solo podía significar dos cosas, o bien que no se creía nada de lo que le estaba diciendo, o bien que yo le había caído en gracia. Ninguna de las dos opciones me gustaba.

—¿Qué quiere saber?

—Bueno, tengo entendido que la fábrica había pertenecido con anterioridad a alguien que se llamaba Rafael de León. ¿Podría confirmarme este dato?

—Confirmo.

—¿En qué año compró su marido la fábrica?

—No lo recuerdo, lo siento.

—No importa —comenzaba a ponerme nervioso—. ¿Cuándo murió su marido?

—¿Qué relación puede tener eso con su tesis?

—El factor humano siempre cuenta, los profesores también son personas.

—Claro. Murió hace más de diez años. Le dio un infarto y cayó fulminado al suelo.

—Siento habérselo recordado.

—No importa.

—¿Tenía su marido relación con el anterior dueño?

—No lo sé, yo no me metía en los asuntos de mi marido.

Me di cuenta de que la conversación no llevaría a ninguna parte. Aquella mujer no soltaba prenda, fuera porque realmente no sabía nada o porque no quería contarlo.

—No quiero molestarla más, señora. Ha sido muy amable por su parte. Siento lo de su marido y le pido disculpas de nuevo.

—No tiene que disculparse. Hacía mucho tiempo que nadie preguntaba por él, es agradable que alguien lo haya nombrado después de tantos años.

Me despedí y salí de allí. Lo siguiente que debía hacer era dirigirme a la fábrica; puede que allí me enterase de algo más, y más me valía, pues solo me había topado con puertas cerradas, pero era tarde y debía acudir a la editorial.

* * *

Di la clase como normalmente lo hacía. Los alumnos pasaron la última hora escribiendo. Yo empecé a corregir los ejercicios. Tenían tantas faltas de ortografía que me dañaban la vista. Cuando acabó la clase, le pedí a Víctor que informara a Cristina de que al día

siguiente no podría darle clase; tenía un asunto importante que resolver.

—Se pondrá triste, le gustó ir a tu casa.

—Toma, dale esta moneda, que le diga a su padre que es la paga.

—Pero no va a ir a tu casa.

—Su padre ha de creer que sí. Tú dásela.

—Claro. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

En lugar de marcharme a casa directamente, decidí que sería mejor pasar por la librería a recoger a Sandra. No quería que regresara sola. La encontré tras el mostrador, escribiendo la lista de ejemplares agotados para pedirlos de nuevo. Entre ellos estaban mis tres últimas novelas.

—¿Y Germán?

—En la trastienda. Estaba algo cansado y necesitaba sentarse un rato.

Le pedí la llave para cerrar la librería y fui a buscar a Germán. Estaba sentado en su butaca, frente a la estufa, que había encendido a pesar de que ya no hacía frío de invierno. Tenía la cabeza apoyada en su mano izquierda. Tomé asiento a su lado.

—¿Cómo te encuentras?

Me observó, mostrando una ligera sonrisa perdida, y me dijo que mientras yo estuviera bien, él estaría bien. Me acompañó a la salida. Sandra se puso su abrigo, se despidió de Germán hasta el día siguiente y salimos a la calle. Germán prefirió pasar la noche rodeado de lo que más quería: sus libros. De camino a casa, Sandra me dijo que encontraba extraño a Germán, que llevaba un par de días serio y muy triste.

—Serán cosas de la edad —dije.

—¿De repente?

Encogí los hombros.

—De todas formas, si quiere contarnos algo, lo hará cuando lo considere oportuno. Será mejor que no le digas nada.

—No pensaba hacerlo… ¡Ah!, se me olvidaba: viene una compañía de *ballet* ruso a representar *La bella durmiente.* Será en el teatro principal. Se lo he escuchado comentar a unos clientes. ¿Crees que podríamos ir?

—Bueno, una vez es una vez. Sí, mañana iré por las entradas.

—La actuación es mañana.

—Bien, pues iré a primera hora.

Nos recibió Abi, que se tiró de un salto a los brazos de Sandra. Preparamos una cena ligera a base de verduras y patatas cocidas. Después Sandra se fue a la cama. Yo me quedé despierto un buen rato y seguí escribiendo.

16

Recuerdo exactamente lo que hice aquel día. Había amanecido una mañana lluviosa y gris, pero a medida que pasaban las horas, las gotas dejaron de caer, a pesar de que el cielo seguía oscuro. Era la hora de los juegos y todos estábamos apiñados en la sala sin ganas de nada. El padre Juan había comprado una radio para nosotros. Por la tarde daban un programa en el que se escuchaban cuentos para niños. Aun así, Sandra prefería que yo le leyese cualquiera de los que teníamos en la estantería. Estábamos acurrucados sobre una pequeña alfombra en la que apenas cabíamos, aunque Sandra estuviese prácticamente sentada encima de mí. Los demás compañeros escuchaban la radio. Alcé la vista cuando me pareció ver el resplandor de un rayo en el cielo y algo me hizo sentir incómodo. Intenté ignorarlo y continué leyendo apenas cinco minutos más. La puerta de la sala de juegos se abrió. El padre Juan entró seguido de un hombre y una mujer. Nos buscó con la mirada, nos sonrió y se acercó a nosotros.

—Niños, tengo buenas noticias para vosotros.

—¿Cuáles son? —preguntó Sandra.

La sensación de mal presagio seguía recorriéndome la espalda.

—¿Veis a esos señores de allí? —señaló. Sandra asintió—. Son vuestra familia, son vuestros tíos, y han venido para cuidar de vosotros en una casa.

—Pero ya estamos en casa —dije yo. No quería volver a cambiar de lugar.

—Anda, dejad el cuento y venid conmigo.

Dejé el cuento sobre la alfombra y nos levantamos. El padre Juan nos cogió a cada uno con una mano y nos llevó hasta el pasillo. Cerró la puerta de la sala de juegos y le lanzó una última mirada a Felipe. Nos quedamos solos en la entrada. Aquellas dos personas, a las que nunca habíamos visto, decían que eran nuestros tíos.

—No creo que nos recordéis —dijo ella—. Erais muy pequeños cuando fuimos a veros a casa, el día en que mi hermana me dijo que había sido tía por segunda vez. Fue una delicia veros. Como os ha dicho el padre Juan, venimos para llevaros con nosotros, os daremos un hogar.

Alargó la mano hacia nosotros. Sandra la cogió y fue a su lado. Mi tío me tendió la suya. No me moví.

—¿Por qué no vamos a mi despacho y terminamos de cumplimentar la documentación?

—Claro, vamos a ello —dijo mi tía.

Caminamos rectos por el pasillo hasta llegar al despacho. Entramos. Sandra cogió unos dados de madera que el padre Juan guardaba en un armario y comenzó a jugar con ellos. Yo fingí que también lo hacía.

—Bien, tiene firmar aquí y aquí, señor.

—Vaya dándome los detalles.

—Claro. A partir de hoy, ustedes son los tutores legales de Iván y Sandra Sebastián. Recibirán una paga semanal por cada uno de ellos hasta que sean mayores de edad o hasta que trabajen y ganen el mínimo establecido. Si por algún motivo sobrevenido no pueden mantener su nivel de vida, deberán dar aviso para que reingresen en el orfanato. ¿Les queda algún punto por aclarar?

—¿Qué paga vamos a recibir? —preguntó mi tía.

Terminado el papeleo y resueltas las dudas sobre la paga que les íbamos a proporcionar, el padre Juan nos abrazó y acompañó a la *familia* a la calle. Una vez que cerró la puerta, comenzó nuestra nueva vida. Mis tíos iban hablando un par de metros delante de nosotros. En ese momento, Sandra se adelantó y cogió la mano de mi tía.

—¿Ahora eres tú mi madre?

—¡Déjame tranquila, niña!, ¿no ves que estamos hablando? —gritó.

Le soltó la mano y continuaron hablando. Sandra se quedó en medio de la acera, sin entender por qué le había hablado de esa forma. La cogí de la mano y tiré de ella para que continuase caminando. Tardamos una hora en llegar a la nueva casa.

El piso estaba en un edificio situado en una angosta calle en la que apenas cabían mis tíos uno al lado del otro. El bloque era de cinco plantas que parecían inclinarse hacia el edificio de enfrente para caer de un momento a otro. No había puertas en la entrada. La humedad y las goteras llenaban las paredes. Las escaleras eran de madera vieja y estaban hundidas por el centro unos cuantos centímetros. Subimos hasta la planta quinta y giramos un oscuro y frío pasillo hasta el fondo. La puerta no tenía cerradura, había que abrirla de un pequeño empujón. Entramos. Lo primero que advertí fue la ausencia de electricidad. Sobre la mesa de lo que supuse que era la sala de estar, había lámparas de aceite. No había cocina. Había una estufa en la misma sala de estar y, sobre ella, una cacerola roñosa con judías pegadas a los bordes. Nosotros dormiríamos en el sofá. Además de esa sala, había una habitación donde dormían ellos y un baño compuesto por un retrete y un lavabo. En ese instante habría dado cualquier cosa por regresar al orfanato. Unos días después de llegar, supe que mi tío trabajaba en

una fábrica y mi tía cosía para una tienda de ropas y modas de la ciudad.

Desde el día siguiente a nuestra llegada, comenzó a enseñar a coser a Sandra, y a mí, a pelar cebollas y patatas. El segundo día me dio dos cubos de patatas y dos de cebollas. Estuve todo el día sentado en el suelo, tirando los desperdicios en una caja de madera y dejando las patatas en los cubos. Estuve pelando desde las seis de la mañana, hora a la que me despertó de un grito, hasta las once de la noche. Sin comer, sin beber agua y sin poder levantarme para ir al baño. Aquel día, Sandra también estuvo a sus órdenes. Le enseñó a enhebrar agujas y le dio un paño viejo para que aprendiese a dar puntadas. A las once de la noche, cuando se me cerraban los ojos, mi tío regresó a casa y me dijo que bajase los cubos al bar de abajo. Fue entonces cuando comprendí que lo que había estado haciendo era un trabajo que le había ofrecido el dueño del establecimiento.

—¿Y tú quién eres? —preguntó el camarero.

—El sobrino de tu empleada.

Tras revisar los cubos, me dio unas monedas y me pidió que saliese de su local. Subí las escaleras y le entregué las monedas a mi tía. Las contó y después me miró.

—¿No te habrás quedado ninguna, verdad?

Negué. Mi tío me cogió por detrás y comenzó a rebuscarme en los bolsillos para comprobar que estaban vacíos. Acabó quitándome la ropa y sacudiéndola. Sandra miraba asustada y sostenía el paño con sus dedos entumecidos.

—No se ha quedado nada —sentenció finalmente.

—Muy bien, por hoy es suficiente.

Sacó dos pedazos de pan de un armario alto y nos tendió uno a cada uno.

—No ensuciéis nada. Y después a dormir.

Nos quedamos a solas y a oscuras en el salón. Ellos se metieron en la cama y nosotros nos comimos el pan en silencio, sin atrevernos a decir nada. Después nos echamos cada uno en un lado del sofá y nos tapamos con una manta que olía a polvo.

—Me gustaba más la escuela del padre Juan —susurró Sandra.

—A mí también. No te preocupes, yo te sacaré de aquí y cuidaré de ti. Tendremos nuestra casa y nadie nos obligará a coser ni a pelar patatas.

—¿Y cómo será nuestra casa?

—Grande. Con las paredes pintadas de blanco y puertas de marcos dorados. Tendremos un salón enorme con una lámpara de araña colgada del techo. Tú tendrás un cuarto pintado de rosa y una enorme cama con dosel; las paredes de mi habitación serán verdes, con muchos coches de madera. Tendremos un baño de agua caliente y una doncella que nos hará la comida.

—¿Sabes lo que me comería ahora?

—No, ¿qué te comerías?

—Unas patas de pollo con caldo y patatas.

—Yo me comería un puré de verduras con patatas y un filete.

—Sí, eso también. Y de postre, un pastel de nata.

—Yo prefiero un helado de nata.

Pensando en la comida que podría llenar nuestros estómagos, nos quedamos dormidos hasta el siguiente grito.

La mañana estaba fría. Nuestra tía nos despertó y nos dijo que se iba a comprar. Yo debería pelar los dos cubos de patatas que me esperaban bajo la mesa. Sandra tendría que seguir dando puntadas. Se marchó después de darnos las instrucciones oportunas y nos quedamos a solas. Estábamos congelados, tiritando de frío. Nos pusimos los zapatos y cogimos los abrigos.

—¿Adónde vamos?

—A ver al padre Juan.

Caminamos cogidos de la mano, entre la niebla de aquel día espeso y cargado. Cuando llegamos, los alumnos estaban en clase. Lo primero que sentimos fue la nostalgia del calor que hacía en nuestra vieja casa. Corrimos hasta el despacho del padre Juan y lo encontramos leyendo la Biblia.

—Chicos, ¿qué hacéis aquí?

—Queremos volver aquí, padre Juan —le expliqué—. No nos gusta nuestra nueva casa. Nos hacen trabajar, casi no comemos y pasamos mucho frío.

Nos observó pensativo. Sandra le enseñó sus dedos y yo los míos. Estaban llenos de cortes.

—Bueno, hijos, porque ayudéis a vuestros tíos no pasa nada. Sé que la vida no es a veces tan fácil como pensamos, pero hay que afrontarla.

—¿No podemos volver? —preguntó Sandra.

—Lo siento, pequeña, pero estáis bajo el cuidado de vuestros tíos.

Nos dijo que podía acompañarnos a casa; me negué. En su lugar, nos dio un par de monedas para coger el tranvía. Durante el trayecto, Sandra no dejó de mirar al suelo. Una vez en casa, comenzó a coser, y yo a pelar patatas. Así estuvimos una semana, a base de pan y soñando con manjares que llevarnos a la boca. Después de un tiempo, empecé a escaparme por las tardes a la librería de Germán, y más tarde Pablo me empleó en su editorial. Mis tíos pensaban que pasaba la tarde en el parque tirando piedras a un estanque. Poco les importaba dónde pasaba las horas, siempre y cuando tuviera las patatas peladas.

Cuando mi tía se marchaba a la tienda, yo enseñaba a Sandra las lecciones de la escuela de los viejos libros que me había llevado a escondidas del orfanato. Mi tía empezó a traer a casa vestidos de la

tienda para que mi hermana los arreglase bajo su estricta supervisión. Sandra solo tenía ocho años. A pesar de reprocharnos que la paga del Gobierno era una miseria, consiguieron poner luz eléctrica en la casa, comprar un hornillo de luz, una cama nueva para ellos y un plato de ducha que nosotros no podíamos usar. A medida que crecíamos, Sandra y yo empezamos a distanciarnos. Tenía que dejarla sola por las tardes al cuidado de mi tía, sin nada que hacer excepto ver pasar las horas. Ella me lo reprochaba, aunque la realidad era que trabajaba para poder comprar una casa y salir de allí. Una noche llegué a casa más tarde de lo habitual. Todos dormían. Al escuchar la puerta, mi tío salió en calzoncillos con el cinturón en la mano. Comenzó a darme correazos en la cara y a gritarme que era un holgazán y que como castigo pasaría la noche a la intemperie. Yo intenté protegerme con el brazo y, en una fracción de segundo, le arrebaté el cinturón, lo tiré al suelo y comencé a pegarle puñetazos y patadas y a decirle que ojalá estuviera muerto.

Tenía razón al decir que aquella noche la pasaría a la intemperie. Después de dejarlo hecho un ovillo, salí a la calle y dormí en un banco del parque. Era el mismo banco en el que había encontrado a Sandra años atrás.

Cuando cumplí los diecisiete años, comencé a informarme en la biblioteca con libros de leyes sobre los trámites que se debían seguir para poder hacerme su tutor legal. Por aquel entonces, Coraline solía venir conmigo, y cuando me preguntaba la razón por la que consultaba los libros de leyes, le decía que me estaba documentando para escribir una nueva novela para Pablo. Allí fue donde la besé por primera vez, en la biblioteca, entre las secciones de literatura extranjera y terror. Allí fue donde semanas después de ese beso le dije que la quería y que algún día nos casaríamos y

tendríamos una casa donde poder vivir juntos. Ella se reía, pero yo sabía que en el fondo le gustaba la idea.

A los dieciocho años conseguí la libertad legal para marcharme de casa de mis tíos. Sandra me suplicó que no la dejase sola. Intenté explicarle mi plan, pero no quiso escucharlo, solo sabía que se quedaba sola con mis tíos. El trámite para conseguir su tutoría se alargó durante un año y medio. Durante ese tiempo no me dejaron verla, se celebraron vistas y juicios, y repeticiones de vistas y juicios. Además, la actitud que mostraba Sandra no ayudaba nada. Finalmente, una magistral intervención del padre Juan y de Germán hizo que el juez me permitiese convertirme en su padre legal. Cuando vino a vivir a casa, Coraline no estaba especialmente entusiasmada. Nunca consiguió acostumbrarse.

Jamás podré olvidar el día en que al fin Sandra se enfrentó a mí y me dijo todo lo que tenía en su mente. Me dijo que la había abandonado en casa de mis tíos, desligándome de todo y olvidándome de ella; me dijo que había tenido que soportar que la abofetearan, porque sin mí no había nadie que la defendiese; que la habían hecho trabajar durante noches enteras para acabar de confeccionar vestidos; que la habían obligado a permanecer sin comer para que su cuerpo se acostumbrase a la penuria. Recuerdo cómo lloraba y me golpeaba con los puños, sin fuerza, y me gritaba que ojalá estuviese muerta, que así no tendría que cargar con ella y no me sentiría culpable. Tardé años en hacerle entender que me había marchado para poder ir a buscarla.

* * *

Me desperté temprano para ir a recoger las entradas. No había demasiada gente en la fila y solo quedaban butacas en el lateral

izquierdo, lo que dejaba una visión bastante reducida del escenario. Regresé a casa y dejé las entradas sobre la mesa. Hice café y me tomé una taza rápida. Salí y me dirigí a la librería. Las luces estaban apagadas. Llamé con fuerza. Unos minutos después, Germán apareció con cara de sueño y abrigado con una manta. Abrió la puerta y me invitó a pasar.

—¿Cómo estás? —pregunté.

—Tengo la mejor butaca para dormir que existe en el mundo. ¿Un café?

Pasamos a la trastienda. Olía a cerrado y a calor. Me senté y Germán se dispuso a preparar café. Mientras lo hacía, no dijimos ni una palabra. Me sirvió una taza tal como me gustaba y se sentó en la suya.

—Esta noche pensaba ir a verte a casa, necesitaba hablar contigo sobre Guillermo.

—Tú dirás.

—Es un peligro más grande del que crees, Iván, y no estoy dispuesto a dejar que te haga nada.

—No me lo hará —respondí.

—Eso no puedes saberlo.

—Sí lo sé: si lo veo venir hacia mí con una pistola, no creas que dudaré en defenderme.

—Pero no lo verás venir de frente, Iván, te dará por detrás, cuando estés indefenso y menos te lo esperes.

—¿Y qué sugieres?

Respiró hondo.

—Lo que ya te dije. Debes marcharte.

—No voy a huir.

—Suponía que seguirías pensando lo mismo.

Se quedó sentado en la butaca, pensativo y esperando la hora de abrir la tienda. Yo tomé el tranvía que llevaba hasta la zona industrial de la ciudad. Había una parada que me dejaba a unos cincuenta metros de Vidrios León. Parecía que Roberto Golé había preferido conservar el nombre de la fábrica por el prestigio que tenía entonces y que seguía manteniendo en la actualidad. El edificio era el mismo que aparecía en la fotografía; la única remodelación que parecía haber tenido eran las manos de pintura que le habían dado. El camino hasta llegar a la fábrica era de tierra. En sus alrededores había mulas y caballos. Encontré la puerta de entrada abierta. Entré. Había un largo pasillo frente a mí y se escuchaba el sonido de máquinas de escribir trabajando a la vez. La primera puerta que encontré tenía un cartel que indicaba que era la oficina de cuentas. Llamé y una voz masculina me indicó que pasara. Había una enorme mesa llena de papeles. Tras ella, un hombre de unos treinta años con gafas hacía cuentas.

—Esto es la ruina. A ver, ¿quién es usted y qué quiere?

—Verá, he venido para recabar algo de información de la historia de la fábrica. En qué año se levantó, cantidad de producción, número de empleados…

—Ya, ya, ya. ¿Otro periodista dispuesto a destriparnos diciendo que somos unos usureros y unos negreros, verdad? Venga conmigo, a mí lo que se hable de esta fábrica en los diarios ya me trae al pairo. No se piense que me molesto en leer nada de las patrañas que publican para vender sus periodicuchos.

Atravesamos una puerta y entramos en la zona de fabricación. Era un edificio de altos techos. Los fuegos que derretían el cristal elevaban la temperatura hasta hacerla insoportable.

—¿Ves a aquel tipo de allí? Ve y dile que soy yo quien te envía a hablar con él. Te informará de lo mal que tratan a los trabajadores.

Hala, ahí te quedas.

Se marchó sin más y yo me acerqué al hombre en cuestión. Se entretenía soplando a través de un tubo de un metro de largo, con el fin de hinchar el cristal al otro lado. Cuando terminó, me observó.

—¿Qué hace ahí como un pasmado? —preguntó.

Le expliqué el motivo de mi visita.

—Venga conmigo.

Me condujo a una de las mesas que había al fondo del lugar. Cogió dos sillas y me ofreció una. Sacó un bocadillo de una bolsa y comenzó a devorarlo.

—Trabajamos catorce horas al día moldeando el cristal —comenzó —. En invierno no está mal, pero en verano el calor es inhumano. Nos pagan una miseria y encima pretenden que estemos contentos. La dueña se queda con la fortuna que consigue con nuestro esfuerzo mientras su inmenso culo sigue engordando a nuestra costa. ¿Quiere saber algo más?

—En realidad, me gustaría saber algo de los antiguos dueños. Del señor De León.

—Ah, bueno, yo apenas me acuerdo de él. Era un chiquillo cuando él era el dueño. Pero si quiere información sobre ese particular, tendrá que visitar a Ildefonso Cabal. Era el vigilante aquí hace años. Él podrá contarle alguna historia sobre el antiguo dueño.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

Mientras masticaba con la boca abierta, anotó la dirección en un trozo de papel y me la tendió.

—Ha dicho algo antes de la dueña de la fábrica, ¿verdad? —pregunté.

—Sí, que tiene un pandero del tamaño de la provincia de Zaragoza.

—Debo estar confundido: creía que el dueño de la fábrica era Roberto Golé, y que seguía estando a su nombre.

—Bah, yo no sé quién será ese Golé del que habla, pero la dueña de la fábrica es una mujer que se llama Irene Somosierra. Siempre ha sido ella la propietaria.

Me quedé de piedra.

—¿Nunca ha visto entonces al señor Golé?

—¿Es usted sordo? Le he dicho que no había escuchado ese nombre en la vida. Ahora debo regresar al trabajo; hoy está por aquí rondando el hijo heredero, y da miedo. Se cree un empresario, pero no sabe hacer la *o* con un canuto, se lo digo yo. Ese idiota de Joaquín Somosierra es un tarugo.

—Gracias por su tiempo.

Me marché de allí, atravesando hierros que no sabía para qué servían y cajas llenas de cristales rotos. Entonces vi como un hombre entraba por la puerta por la que yo debía salir, cerca de las oficinas, en dirección al exterior del edificio. Al principio no lo reconocí, pero al cruzarme con él vi que era el chico de los cuadros de la tétrica casa de Irene Somosierra. Al pasar a mi lado, me lanzó una mirada de reojo, sin detenerse a preguntarme por qué estaba allí. Entonces recordé que aquel rostro lo había visto en una fotografía hecha en un jardín frente a una mansión: la actual casa de Víctor. Había crecido y sus facciones eran más fuertes y angulosas, pero era él, estaba seguro. Me volví y lo observé al fondo de la fábrica, en las últimas mesas de trabajo, hablando con uno de los empleados, al que parecía echar una reprimenda de categoría. Me acerqué a paso ligero. Cuando estuve a unos treinta metros y el ruido de mis pasos empezó a llamarle la atención, me detuve.

—Sacristán —grité.

Se volvió y me observó sin ser capaz de apartar la mirada. Su rostro se descompuso lentamente. Mi mente empezó a trabajar, intentando encontrar la conexión entre la herencia de Rafael de León y Sacristán, el hijo de un criado que entretenía a su hijo. Se acercó y me empujó con intención de sacarme de allí. Me llevó hasta un despacho donde echó las persianas y cerró con llave.

—¿Quién eres? —preguntó nervioso.

—No soy más que un simple periodista al que se le ha encomendado la misión de recabar información de la familia De León. ¿Cómo sé quién eres? Casualidad. ¿Por qué no me explicas el porqué de tu cambio de nombre y cómo conseguiste que Rafael te hiciese heredero? ¿Tu madre era su amante? ¿Era una doncella de la casa? ¿Qué puedes contarme de Ángel de León? ¿Su padre te hizo heredero a su muerte? ¿Por qué confió en ti? Puedes mentirme si quieres, pero lo averiguaré, puedes tenerlo por seguro.

—No sé quién es ese Sacristán del que hablas. Mi padre hizo tratos con Rafael y compró su fábrica.

Esbocé una sonrisa, como si tuviera el mundo entero en la palma de mi mano.

—No cuela. Ten por seguro que averiguaré la verdad.

Me levanté y cogí la llave de la puerta que había dejado sobre la mesa. Abrí y me marché de allí. Era el momento adecuado para hacerle una visita a Matilde, señora De León. Pero antes iría a ver al guardián de la fábrica en los años mozos de Rafael de León.

Tomé el tranvía de regreso al centro de la ciudad y en la plaza de Aragón cogí otro que me llevó hasta los alrededores del palacio de la Aljafería. Caminando entre calles desiertas y preguntando en bares medio vacíos, conseguí saber la ubicación exacta de la calle del Padre Landa. Allí, entre giros y callejas, llegué al edificio número

dos. Subí las escaleras y llamé a la puerta que me había indicado aquel trabajador. Esperé un minuto y volví a llamar.

—Va, va —gritó alguien mientras tosía en el interior.

Un hombre que parecía tener cien años, apoyado en unas muletas, abrió la puerta encorvado.

—Joven tenía que ser. Dios mío, la impaciencia de las nuevas generaciones acabará con el mundo entero. ¿Quién es usted? Ya le dije ayer a la casera que le pagaría el alquiler en tres días. Todavía me quedan dos.

—No vengo a cobrarle el alquiler.

—Ya, y supongo que tampoco vendrás a pagarlo.

Me observó de arriba abajo.

—Estás muy delgado, ¿es que no comes?

—Lo suficiente —apunté.

—Supongo que no has venido a hacerle compañía a un viejo, así que dime lo que quieres.

—¿Qué le dice a usted el nombre de Rafael de León?

Agachó la mirada y pareció rebuscar entre sus recuerdos.

—Me gusta más recordar a Ángel de León. Era un buen chico, sí, señor, ese padre que le tocó no era para él. ¿Te gustaría pasar?

Asentí. La casa era una estancia cuadrada en la que las habitaciones estaban hechas sin demasiado estilo. Una estufa ardía con fuerza en la sala de estar. Hacía demasiado calor; supuse que trabajar como vigilante en un lugar con tantas hogueras le habría hecho acostumbrarse a las altas temperaturas. Sin permitir que lo ayudase, se dejó caer en una mecedora y se tapó con una manta.

—En primer lugar, ¿quién es usted?

Soplé.

—Me han hecho esa pregunta tantas veces últimamente que apenas me acuerdo. Soy un periodista que está haciendo un trabajo

sobre la fábrica. Voy recabando información de aquí y de allá, aunque he de decir que me interesa más la vida familiar que la historia de la fábrica.

—Pues ya somos dos. Aquí donde me ve, hecho un manojo de arrugas y reúmas, soy un sentimental. Siempre me gustaron las historias sobre las grandes familias y sus fortunas y los amoríos de unos y otros fuera del lecho matrimonial, lo que se lee en las novelas hechas para señoritas de mente facilona, pues a mí me encantaban y me encantan. Tal vez por eso nunca me casé. Me gusta más ver las historias de los demás como mero espectador. También soy un gran admirador de los seriales de la radio. Bien, empiezo el relato de mi vida.

* * *

Nací para trabajar. Eso lo he tenido siempre muy claro. Me hubiera gustado ser rico y vivir en un lecho de rosas, pero ¿a quién no le hubiera gustado llevar esa vida, la de los ricos? Desde los diez años fui de un trabajo a otro. Hice de todo, desde ordeñar vacas hasta cocinar en un café, pasando por embarcarme como marinero a los veinticinco años. Aunque ese trabajo no duró mucho, me mareaba y todo lo que comía acababa cayendo por la borda en forma de engrudo vomitado. Tampoco me gustaba el agua, pero sí las historias que los marineros contaban sobre eso de tener una mujer en cada puerto. Yo nunca llegué a tenerla. Cuando comencé, era muy joven, y en el momento de dejarlo, también era muy joven. Desembarqué unas Navidades con las manos y los labios agrietados del agua salada. Tomé un tren desde el puerto de Barcelona hasta Zaragoza. Cuando llamé a la puerta de la casa donde había vivido siempre, me encontré con una madre muerta y un padre que me

culpaba por haber acabado con su vida al marcharme al mar. Me cerró la puerta y no me dejó entrar.

Aquella noche, mi cama fue un banco de la plaza de San Miguel. Cargado con la mochila y las cuatro pesetas que había ahorrado, me acerqué a la zona industrial de la ciudad para encontrar un empleo. Comencé a recorrer fábricas en las que se tallaba la madera, se trabajaba con el carbón, con la electricidad, con productos químicos, donde se fabricaban artilugios extraños y cuberterías. Ninguna necesitaba otro empleado.

—Ve a la fábrica de vidrio, tal vez tengas suerte —me recomendó alguien a quien ya no recuerdo.

La fábrica de vidrio era la última construida en la zona industrial de la ciudad. La bordeé, ignorando las oficinas, y fui directamente a los talleres. Un montón de hombres sudorosos trabajaban con cristal caliente y peligroso. Me acerqué a uno de ellos y le pregunté a quién podía dirigirme para conseguir un empleo. Me señaló a un tipo trajeado y gordo que hablaba con el que parecía el encargado. Me acerqué y esperé a su espalda. El encargado hizo un gesto para indicarle que había alguien tras él y se dio la vuelta.

—¿Quién eres tú? —preguntó.

—Su nuevo empleado.

—No tengo ningún puesto para ti; anda, largo.

—Señor, discúlpeme —añadió el encargado, tomándolo del brazo y alejándolo para que yo no pudiese escucharlos.

Después de un rato de parloteo sin quitarme el ojo de encima, por fin el hombre del traje me observó, asintió y se acercó a mí.

—Por las noches, un grupo de gamberros acude a la fábrica y se dedica a tirar piedras contra los cristales. Hacen grandes destrozos. Vas a estar en periodo de prueba. Si no te quedas dormido y evitas que rompan los cristales, te contrataré.

—Gracias, señor; no se arrepentirá, se lo prometo.

Le tendí la mano. Él echó la cabeza hacia atrás y desapareció. El encargado me llevó a una habitación acristalada en la segunda planta de la fábrica. Allí me instruyó.

—Esta será tu habitación. Desde aquí tienes vistas para vigilar los alrededores, como puedes observar. Estos son los interruptores para encender los focos que acaban de instalar para ahuyentar a los vándalos que vienen de noche. Esta será tu mesa; en ella deberás anotar una relación de todo lo que suceda. Si escuchas un ruido, lo apuntas; si crees que es una rata corriendo de un lado a otro, también. Te daremos una linterna para las rondas por la fábrica, una cada hora, una gorra y una porra, por si tienes que atizarle a algún listo que se quiera colar. ¿Estamos?

—Estoy.

—Puedes encender la estufa si lo necesitas. Te daremos una manta y un buen abrigo, aquí puede hacer mucho frío en invierno. Ahora te enseñaré las instalaciones y los milagros de la tecnología.

Me paseó por los despachos, que debían quedar cerrados bajo llave cuando se marcharan las secretarias y los contables. Solo yo podría abrirlos en caso de escuchar ruidos sospechosos en el interior. Me mostró la zona de trabajo, donde ya había estado y lo había conocido a él y al señor Rafael de León, y los despachos que prácticamente no se utilizaban, al fondo del lugar.

—¿Dudas?

—¿Cuándo y cuánto voy a cobrar?

—Se te dará una paga los lunes a primera hora. La cantidad la decide únicamente el señor De León. ¿Alguna otra pregunta?

—¿Podría traerme una radio para que me hiciese compañía?

—Yo mismo te daré una que hay muerta de risa en un despacho y que nadie usa desde el día que se compró. Espero que funcione.

Lo ayudé a buscar un artefacto de dimensiones tales que un cura las habría calificado de obscenas y lo ayudé a subirlo a mi garita. Lo conectamos a la corriente y comenzó a sonar una jota.

—Te servirá para no dormirte. Empiezas esta noche, a las diez, que es cuando todos se marchan. Y no te asustes: este lugar puede dar algo de miedo de noche.

—No me asustaré.

Bufó. Salí de allí en busca de un café donde comer algo. Encontré uno que servía a las fábricas a diario a precios bajos. Me tomé un bocadillo y una cerveza que me supieron a gloria y esperé tumbado en los campos a que llegase mi turno. A las diez menos cuarto me personé para comprobar que los trabajadores seguían al tajo sin descanso. El encargado apareció ante mí cuando me vio llegar y me dijo que otra de las funciones que me había adjudicado era la de hacer sonar el silbato a la hora de finalización de jornada. Así él se desvinculaba de esa obligación y podía marcharse a casa cuando le apeteciera.

—Que para eso soy el encargado —añadió.

Se puso el abrigo y la bufanda a juego y se marchó de allí. Cuando calculé que ya debía estar lo suficientemente lejos, tiré de la cuerda y el silbato sonó. Los trabajadores estiraron la espalda. Uno de ellos miró su reloj de bolsillo y luego me dijo:

—¿Haciendo *probatinas*? [1]

Negué.

—El encargado se ha ido, podéis marcharos ya. No lo sabrá nadie.

—Lo sabrás tú —dijo uno de los empleados—. Yo de aquí no me muevo hasta las diez en punto.

Fue el único que se quedó. A las diez en punto cerré la puerta de la fábrica y apagué las luces. Subí a mi lugar de vigía y esperé a los rompedores de cristales nocturnos. A la una de la mañana, cansado

de estar en pie y que no ocurriese nada, me senté en la silla y puse los pies sobre la mesa. Escuché una especie de quejido. No le hice caso. Segundos después volví a oírlo. Me levanté como un rayo y encendí las luces. No había nadie, pero el lamento no cesaba. Cogí la porra y la linterna y seguí el sonido. Venía de fuera. Abrí la puerta y la dejé entornada. No vi nada sospechoso. A pesar de que los focos me proporcionaban luz suficiente, me aproximé con la linterna en alto, hasta unos bidones llenos de agua sucia y estancada. Encontré un cachorro de sabueso que alguien había abandonado. Estaba medio muerto de hambre y de frío. Lo cogí con la mano que me quedaba libre. Apenas tenía fuerzas para abrir los ojos. Lo llevé adentro, lo envolví en una manta y encendí la estufa para que entrase en calor. Al rato dejó de temblar. Saqué el bocadillo que me había llevado en un viejo y pequeño saco de tela y le di la mitad del pan. Apenas podía masticarlo, pero tenía hambre suficiente como para lamerlo y comérselo poco a poco. Con el estómago lleno, se quedó dormido panza arriba. Decidí que hablaría al día siguiente con el encargado para que me permitiera quedarme con él. Me comí el bocadillo y puse de nuevo los pies en alto; me quedé dormido sin darme cuenta.

Cuando abrí los ojos, encontré al sabueso ladrando en dirección a una de las ventanas. Corría de un lado a otro. Por su actitud, supe que había alguien fuera. No encendí la luz. Observé por las ventanas y vi que había una pandilla de chiquillos armados con piedras. Bajé las escaleras con la porra en la mano y salí por la puerta principal del edificio para encontrarlos de espaldas. Escuché el sonido de un cristal rompiéndose en pedazos y los asalté. Comenzaron a lanzar unos gritos que bien habrían podido despertar a los muertos de algún cementerio cercano. Atrapé a dos de ellos; el resto escapó. Los metí en la fábrica y encendí las luces. Intentaron zafarse de mis

brazos, pero no lo consiguieron. Eran un chico y una chica. Parecían hermanos, y estaban sucios. No quisieron explicarme por qué iban cada noche a tirar piedras. Los amenacé con echarlos a la caldera en llamas, como si fuera la bruja de Hansel y Gretel, y la chica habló.

—El dueño echó a la calle a nuestro padre y ahora no encuentra trabajo.

—Siento mucho lo que le pasó a tu padre, pero tengo que llevaros ante la Guardia Civil para que os den un escarmiento.

Me suplicaron que no diese aviso y no se lo dijera al dueño de la fábrica, que los perdonara, que no volverían a romper los cristales. Ignoré sus súplicas durante más de una hora e hice como que esperaba a la Benemérita. Cuando pensé que les había metido suficiente miedo en el cuerpo, los dejé marchar. Salieron nada más abrir la puerta. A la mañana siguiente, el encargado me encontró en la silla, roncando como un cordero, con el perrillo entre los brazos.

—¡Pero bueno! ¿Así vigilas tú? No me extraña que haya un cristal roto.

Me desperté de golpe.

—Ah, eso…, sí, ya está solucionado… No volverán a romper nada más. Los pillé de improviso, aunque no pude evitar que rompieran ese cristal. Lo siento, pero, como le he dicho, el problema está resuelto, eran una pandilla de chavales que no tenían otra cosa que hacer para perder el tiempo.

—¿Y esa bestia?

—¿Esta? —pregunté mirando al cachorro—. Pues, además de ser una bestia que no debe de llegar al kilo, fue el que dio la voz de alarma.

—¿Cómo dices? Ese chucho es muy pequeño como para saber ladrar todavía.

—Este chucho es un sabueso, uno de los perros más protectores que existen. Tiene un olfato formidable. Parte del trabajo se lo debo a él. Voy a quedármelo.

—Ni hablar.

—No es discutible.

La cara se le puso roja de rabia.

—El encargado soy yo, por tanto, soy yo quien da las órdenes.

—No lo he dudado ni un segundo.

—Bien, pues procure que esa bestia no vaya cagándose ni meándose por ahí, y ventile esto a diario para que no huela a perro además de a humanidad.

Salió escopeteado escaleras abajo. Media hora después me subió el contrato de trabajo. Aquella fue mi primera noche en la fábrica, la primera de un total de cincuenta y cinco años que pasaría allí.

Conocí a Ángel en las visitas que su padre le obligaba a hacer a la fábrica para que conociese el imperio familiar. No hacía falta más que mirarle a la cara para ver que aquel no era su lugar. A veces venía a verme y jugaba con Chispo. Así llamé al perro. Era un chaval muy cariñoso. No le pegaba nada a su padre haber tenido un chico tan bueno. Rafael, de vez en cuando, lo traía con él y lo dejaba rondando para que fuese aprendiendo. En lugar de eso, él subía a jugar con el perro. Cuando yo llegaba temprano a mi turno, todavía lo encontraba correteando con él en la parte de afuera. Ángel me contaba que quería ser novelista, como Victor Hugo como mínimo. Solía traerme relatos que escribía cuando su padre no lo vigilaba. Eran infantiles, pero estaban llenos de vida e imaginación. El chico tenía talento. Con los años me confesó que su madre le decía que lo ayudaría en todo lo que pudiera para que fuese feliz, y si eso significaba tener que enfrentarse a su padre, lo haría de buena gana. Su hijo no sería su esclavo. Recuerdo a Matilde como una

mujer hermosa y sutil que no merecía un marido como Rafael. Se decía que tenía un amante, pero nunca lo supe con seguridad. Ojalá hubiera sido yo ese amante.

Un día, cuando Ángel contaba unos diecisiete años, me confesó que estaba enamorado de una chica a la que su padre nunca aceptaría, pero que no le importaba, que estaría con ella siempre, pensara su padre lo que pensara. Se marcharía con ella en un tiempo, pero tenía que planearlo todo bien, y antes necesitaba encontrar un trabajo fuera de su padre, al que cada vez despreciaba con más fuerza. Era un chico listo y tenía la cabeza bien puesta, pero su padre no era tonto y descubrió que estaba enamorado de una chica con poca fortuna, comparada con la suya, que heredar. Su reacción fue fácil de imaginar. Una tarde, Rafael de León apareció con su hijo. Le daba empujones y lo sujetaba del cuello. El chico sangraba por la boca, probablemente se había roto alguna muela y partido la nariz. Tenía la cara hinchada y cojeaba de una pierna. Todos nos quedamos en silencio al verlos aparecer.

—Mira esto bien —lo amenazó, sujetándole la cara. Escupía rabia —. Míralo bien porque esto será tuyo algún día, digas lo que digas, y pese a las tonterías que te ha metido tu madre en la cabeza. Olvídate de esa tontería de escribir, eso es cosa de locos, de borrachos que no tienen oficio alguno y solo saben perder el tiempo poniendo sandeces en hojas que luego leen mujeres estúpidas como tu madre.

El chico no respondió. Dejó que su padre lo zarandeara y lo arrastrase por toda la fábrica mientras le hacía repetir en voz alta los nombres de cada utensilio y cada máquina. Cuando no sabía alguno, su padre le gritaba el nombre y le daba una patada en el estómago. El encargado se acercó a él para intentar calmarlo, pero recibió un empujón que le hizo meter el brazo en un caldero hirviendo. Rafael

siguió arrastrando a su hijo hacia las oficinas mientras el empleado gritaba de dolor y los compañeros acudían a ayudarle. Finalmente, lo llevaron al hospital. El resto observábamos la escena con horror. Las chicas salieron despavoridas al ver al dueño y señor de la fábrica en tales condiciones, solo se atrevieron a quedarse los hombres, y lo hicieron escondiéndose como podían entre las máquinas y las cajas almacenadas de material en el patio trasero.

El señor De León le dijo a su hijo que en una semana comenzaría a aprender a llevar las cuentas, que ya estaba bien de ser un holgazán y de pasar el día fantaseando. Al salir de allí, el chico parecía haber perdido la consciencia. Nos apartamos de su camino. Su padre lo llevó a la parte trasera, a uno de los despachos que apenas se empleaban y que antaño había usado el propio Rafael. Cerró la puerta. Se podían escuchar los golpes desde fuera. Nunca lo había visto ningún empleado tan enfadado. El hijo que había engendrado despreciaba lo que su padre había construido de la nada años atrás, y el primer motivo era una mujer. Una mujer que lo había embrujado y le había hecho perder la cabeza. El otro motivo era su madre, que no lo había impedido. Las mujeres siempre eran la perdición, siempre habían sido la parte necesaria para la procreación, la parte estúpida que necesitaba el hombre para traer hijos al mundo. Fuera de eso solo eran un objeto molesto que pedía comida y atenciones, como si un hombre no tuviera nada mejor que hacer.

Cuando se cansó de apalear a su hijo, salió con gotas de sangre salpicándole el rostro y la ropa y cerró con llave. Dio órdenes expresas de que nadie entrara en la habitación bajo ningún concepto hasta que él regresara y se marchó.

Uno de los contables que había presenciado la escena dijo que si lo dejábamos encerrado hasta que regresara lo encontraría muerto,

pues se marchaba de viaje en unas horas a Portugal para concretar unos pedidos de vidrio que se resistían. Mandé a uno de los hombres que lo siguiera y regresara cuando estuviera seguro de que se había marchado.

Todos los empleados aguardaron cinco horas su regreso, dejando paralizada la producción. Intenté hablar con Ángel a través de la puerta, pero lo único que pude escuchar fueron los lloros amargos del muchacho y un «déjame en paz». No me atreví a abrir la puerta y que Rafael me encontrara intentando ayudar a su hijo. Cuando el hombre regresó sin aliento gritando que Rafael había subido al tren, saqué la llave maestra y abrí la puerta. Lo encontré hecho un ovillo en un rincón. Tenía la cara destrozada y le temblaba el cuerpo entero. Al sentir mi mano sobre su espalda, se intentó levantar de golpe y se enfrentó a mi rostro.

—Creía que era mi padre —dijo.

Me abrazó y se echó a llorar. Cuando conseguí que se calmara, lo ayudé a ponerse en pie. Me di cuenta de que todos me observaban desde la puerta. Alguno corrió a echarme una mano. Montamos en una de las carretas, y otro de los compañeros nos llevó a mi casa. Le quité la ropa y lo metí en la bañera. El agua fría lo despejó momentáneamente, pero estaba demasiado aturdido. Le limpié la sangre y le coloqué la nariz en su sitio, lo que le provocó una nueva hemorragia que me costó diez minutos cortar. Lo envolví en una manta y lo llevé a un cuarto con una cama que no había usado nunca. Lo dejé dormido o inconsciente, no lo recuerdo bien, y avisé al doctor.

Tras examinarle cortes, golpes y moratones durante más de media hora, el médico le sacó los restos de dos muelas, le cosió el labio y dio dos puntos más en la parte superior de la nariz. Le dio un ungüento en los hematomas más graves y descartó que tuviese

algún hueso roto. Me dio lo que sobraba del bote y me dijo que le aplicara una capa fina todos los días durante una semana. Le puso una inyección para dormir y me dejó unas píldoras para el dolor.

Durante una semana, me ausenté en el trabajo para cuidarlo. Los empleados vinieron a casa en grupo para interesarse por él. Yo les respondía que se encontraba bien, que se recuperaba lentamente, cuando en realidad no sabía si iba a salir vivo, bien por los golpes o por la pena. Durante los primeros cinco días, le di caldos con cuchara de palo y agua. Tenía que ayudarlo a llegar al baño y a incorporarse en la cama. El séptimo día, cuando empezó a recobrar el color, lo senté en una silla frente a una ventana para que le diese el sol. Después de la comida me pidió que lo llevase a casa.

Cogimos un taxi que nos dejó a las puertas de una mansión que yo no habría podido imaginar ni en mis mejores fantasías. Lo acompañé hasta la entrada, donde un ejército de criadas, espantadas al ver la cara de Ángel, cortesía del patriarca del clan, corrió a avisar a la señora. Lo acomodé en el sillón de la sala principal hasta que Matilde apareció. Le hice una reverencia sin estar seguro de cómo debía tratar a tal mujer, llena de elegancia y belleza, a pesar de que ya no era precisamente joven. Pensé que todavía conservaba sus formas. Al ver la cara de su hijo y las condiciones en las que se encontraba, lo abrazó con cuidado y le pidió perdón.

—Usted no tiene la culpa, madre.

—Te prometo que todo esto acabará pronto, hijo, te lo prometo.

Me marché sin que me viesen. Aquel día regresé al trabajo. Tuve una visita a medianoche. Primero creí que estaba dormido y soñando con la Virgen María. Después, al verle el rostro más de cerca, me di cuenta de que Matilde había venido a verme. Me puse en pie y me quité la gorra del uniforme.

—Me ha dicho mi hijo que te has ocupado de él y lo has cuidado bien. Quería agradecértelo.

Dejó caer sobre la mesa un fajo de billetes que me pareció el sueldo de un año. No lo conté. Lo cogí y se lo devolví.

—No puedo aceptar este dinero.

—Se lo ha ganado —insistió.

—Por la sangre de su hijo me lo gané, señora. No lo quiero.

—Como guste. ¿Qué podría hacer por usted?

—Cuidar a ese niño, que consiga sus sueños y que su padre no vuelva a acercarse a él.

Me sonrió y me acarició la cara, mientras las lágrimas se le escurrían del corazón. A la mañana siguiente recibí en mi casa una caja con doce botellas de champán. Esperaba ver a Ángel por allí, pero no apareció, y tampoco me atreví a ir a su casa.

Un mes más tarde de lo ocurrido, Rafael de León se presentó en la fábrica dando órdenes para un nuevo pedido. Había conseguido el contrato de Portugal. Se metió en el despacho donde había encarcelado a su hijo. Todos pensábamos que saldría rugiendo de un momento a otro al no verlo allí, pero no lo hizo. Lo escuchamos poner los muebles en su sitio y después encerrarse a llorar. No volví a ver a Ángel en la fábrica, y Rafael cada vez se presentaba más esporádicamente. Pasó el tiempo y todo quedó en el olvido.

Una tarde, Rafael nos dijo que vendía la fábrica, que nuestros puestos se mantendrían, pero que en una semana dejaría de ser nuestro patrón. No volvimos a verlo. Muchas veces me sentí tentado de ir a la casa de los De León para ver a Ángel y preguntarle si había conseguido enfrentarse a su padre y cumplir sus sueños. Nunca me atreví. Los años pasaban y el tiempo es el peor enemigo de la memoria, o, al menos, se usa como excusa. Nadie hablaba de lo que ocurrió aquel día, y con el tiempo fue como si la fábrica no hubiese

pertenecido nunca a Rafael, como si nunca hubiese querido que su hijo lo heredase.

* * *

Me despedí de aquel hombre que me había proporcionado más información de la que me habría gustado saber sobre el temperamento de Rafael. Fui a casa a comer con Sandra y me marché a la estación. Saqué un billete de tren para Huesca, otro de Huesca a Formigal y los correspondientes para el camino de vuelta. Debía hacer transbordo en Huesca y esperar una hora y media a que llegase el tren que me conduciría a casa de Matilde.

Llegué a la editorial y di la clase, pensando en qué clase de historia podría contarme Matilde que me permitiera organizar toda la información que tenía hasta el momento, y pensando, igualmente, cómo la herencia de Rafael de León había ido a parar a manos de Sacristán. No atinaba a entender por qué, y comencé a preguntarme si la muerte de Ángel había provocado que él fuese el heredero o si, tal vez, había sido al revés. A la salida, Víctor me preguntó si Cristina podía ir a casa a la semana siguiente. Le respondí que sí, que le dijera que a las diez. Entré en el despacho de Biel cuando me quedé a solas y le puse una nota sobre la mesa, diciéndole que estaba haciendo unas investigaciones para una novela y que al día siguiente me sería imposible trabajar.

Salí de la editorial y fui a buscar a Sandra a la librería. Me detuve en una pastelería del paseo de la Independencia y compré unos pastelitos en forma de tronco de árbol hechos, según el dueño, con tres clases de chocolate diferentes. Le pedí que los dividiera en dos bandejas. Al salir, los vi paseando de la mano en la acera de enfrente. Se detuvieron en el escaparate de una floristería. Guillermo

se metió dentro y Coraline esperó fuera. Como un espía, me escondí tras un árbol y los observé. La gente me miraba, dudando si avisar a la Guardia Civil. Apenas podía ver el rostro de Coraline, pero llevaba un sombrero que le tapaba media cara, lo que no era buena señal. Guillermo salió con un ramo de flores y se las tendió. Ella le dio un beso y lo cogió del brazo. Observé cómo desaparecían por la calle del Coso hacia abajo y continué mi camino hasta la librería. Sandra estaba ordenando una estantería en lo alto, subida a una escalera, y Germán limpiaba el polvo de una serie de ejemplares que tenía sobre el mostrador.

—¿Ya has llegado? —preguntó Sandra.

—No, sigo en la editorial, solo soy un espejismo

—Muy gracioso —dijo, al tiempo que descendía con un libro de tapas destartaladas—. Mañana lo encolaré, Germán.

—Ah, no te preocupes, yo me ocuparé esta noche.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó Sandra.

—Un relicario.

—¿Es el día de los chistes y nadie me lo ha dicho? —añadió.

—No. Son unos pasteles que tenían una pinta deliciosa en el escaparate de la tienda. Este para Germán, y este para nosotros —dije, poniendo una de las bandejas sobre el mostrador.

—No hacía falta, Iván. No sé por qué te has molestado.

Me encogí de hombros y sonreí con cara de idiota.

—Mañana a mediodía me marcho a Formigal.

—¿Otra vez te marchas? ¿Qué te ha dado a ti últimamente? —reprochó Sandra.

—No te preocupes, pienso volver. Germán…

—No hace falta que digas más. Sandra: mañana te quedas en mi casa de inquilina, y tú… —dijo lanzándome un intento de mirada de

enfado—, no hace falta que me traigas dulces de chocolate para que me quede con Sandra.

—No lo he hecho por eso.

Era cierto, no lo había hecho por eso.

—No vamos a llegar al *ballet* —dijo Sandra.

Miré la hora y vi que tenía razón.

—Venga, marchaos, marchaos, que esas entradas cuestan un ojo de la cara. Venga. Adiós.

Salimos de la librería: Sandra, a trote ligero, y yo con piernas pesadas.

—¿No tienes hambre?

—No, y tampoco tenemos tiempo para comer. Venga —gritó, tirándome del brazo.

—Si hace calor en el teatro, se van a derretir.

—Puedes tomártelos para la cena —respondió.

El recibidor del teatro estaba abarrotado de gente que, como nosotros, llegaba con la hora justa. Enseñamos las entradas y el portero les hizo una muesca. Caminamos por el lateral hasta llegar a nuestros asientos. La letra pequeña de los boletos advertía que nuestras localidades eran de visión reducida, pero aquello no era visión reducida, era ver solo medio escenario. Sandra me miró pidiéndome alguna explicación sobre las butacas que había elegido.

—No quedaban más huecos libres.

—No, si no digo nada de eso, es que me gustaría darte las gracias por haberme traído.

Sandra me pareció más adulta de lo que nunca se había mostrado. Las luces bajaron y la orquesta, encajonada bajo el escenario, comenzó a tocar. El telón se levantó y aparecieron los bailarines y bailarinas. Media hora después, empecé a dar cabezadas. Sin embargo, Sandra se empeñó en mantenerme

despierto con aplausos a destiempo y gritos de *¡bravo!* Cuando acabó la actuación, miré el reloj y comprobé que habían pasado dos horas y media, de las más aburridas de mi vida. Me levanté con intención de salir de allí, pero Sandra me retuvo el brazo y me obligó a sentarme y a aplaudir. Entre las personas sentadas en las butacas de patio, frente al escenario, una mujer se levantó y le ofreció un ramo de flores a la bailarina principal. No pude verla desde mi posición; fue Sandra quien me advirtió que era Coraline. Busqué a Guillermo junto a su asiento y lo encontré aplaudiendo. Estaba sentado entre una chica que no conocía y uno de los tipos que nos acompañaron a la despedida de soltero. Cogí a Sandra del brazo y nos marchamos antes de que la gente comenzara a salir. Al llegar a casa, dejé los pasteles sobre la mesa de la cocina y los desenvolví. Me di cuenta de que solo se habían derretido las esquinas. Puse dos en un plato y le di uno a Sandra. Me pareció que le gustaba. Cenamos las sobras de la cena y nos marchamos a dormir.

* * *

Como de costumbre, Sandra había dejado café preparado. Me desperté a las nueve y media para estar decente a la llegada de Cristina, que llamó tímidamente al timbre y se sentó en el sofá. Coloqué la mesita delante de ella con la máquina de escribir y comenzó a practicar. Fui a la cocina, pasé unas rebanadas de pan por la sartén y les unté una mermelada de bayas que había traído Sandra hacía unos días del mercado. Se las ofrecí junto a un vaso de leche. No dejó ni las migajas. Estuvo dos horas tecleando en casa, mirando de reojo cómo corregía redacciones y faltas de ortografía de la categoría de transformar un *haber* en un *a ver.* Cuando llegó su hora, le dije que podía regresar al día siguiente, le di la moneda que

debía entregar a su padre y la vi salir al pasillo dando brincos. Me fui a mi cuarto y cogí la cartera. Saqué la novela que Pablo había rechazado y la coloqué en un cajón. Metí dentro el cuaderno que usaba para los apuntes de mis libros y la estilográfica que me había entregado Biel como pago por una de mis novelas, a falta de liquidez suficiente para hacerlo en metálico. Me pasé por el banco, a fin de retirar algo de dinero para el viaje, y tomé el tranvía para la estación. Compré un ejemplar del *Heraldo de Aragón* y me senté a esperar el tren.

Tomé asiento en un vagón y esperé a que el tren comenzara su ruta. Sentía la cabeza despejada, pero me temblaba el pulso. No sabía exactamente lo que iba a encontrarme en casa de Matilde ni lo que iba a decidir contarme. Solo esperaba la verdad, pero la verdad parecía algo demasiado confuso y peligroso como para contarla, aunque, por otro lado, tal vez tuviera suerte y me encontrara con una mujer a la que le hacía falta un confesor. A medida que abandonamos Zaragoza, el paisaje comenzó a llenarse de montes y algo de nieve. La estación de Huesca era un hervidero de mujeres y niños que esperaban subir al tren que los devolvería a Zaragoza. Miré la hora y pensé que Sandra debía estar en la librería.

El trayecto hasta Formigal duró casi tres horas; se me hizo eterno. Habíamos parado en cuantos pueblos tenían estación. Bajé solo yo. No había ni andén ni estación, de manera que di un salto y caí al suelo. Caminé entre charcos y la nieve que quedaba en el suelo, que se resistía a desaparecer. El pueblo era bonito y parecía acogedor. Aprovechando los primeros días de sol del año, la gente había salido a disfrutar de un paseo por las calles del pueblo, y los niños jugaban al pillapilla. Entré en el edificio del ayuntamiento, en el centro de Formigal, me acerqué al mostrador de información y me topé con una mujer de unos cincuenta años que no me resultó nada

agradable. Vestía de negro, lo que me hizo pensar que estaba de luto. Llevaba su pelo canoso corto, como si fuera un chico. Me lanzó una mirada que pareció morderme y, masticando algo con unos dientes entre amarillos y negros, me preguntó si quería algo. Le di la dirección y me ofreció una explicación que no habrían sido capaces de entender ni sus hijos.

—¿Podría repetirlo?

Procedió a darme la misma explicación, imposible de comprender.

—Verá, es que no soy de aquí y no entiendo lo que me dice, ¿podría señalármelo en algún mapa?

—Pero, bueno, es la segunda vez que se lo explico. No pienso seguir perdiendo el tiempo con usted: si es lento de entendederas, yo no tengo por qué aguantarlo.

—Perdone, yo puedo señalarle la dirección.

Una mujer de unos treinta años había escuchado la conversación. Tenía un mapa del pueblo en la mano y con una pluma me marcó el camino desde el punto en el que me situaba.

—Gracias, ha sido muy amable.

—No se preocupe, y a esa mujer —dijo en voz baja—, no le haga mucho caso, es la señora del alcalde.

Asentí. La vi marcharse mientras me acercaba al mostrador.

—¿Sabe?: en mi pueblo hay bombillas fundidas con más luces que usted —la mirada que me lanzó hizo que mereciese la pena el atrevimiento—, y también tenemos perros que ladran menos que usted y además son más guapos…, y no tienen verrugas de bruja en la nariz.

Se puso en pie.

—Oiga usted, no le consiento que me hable de esa manera, soy la mujer del alcalde…

La dejé hablando sola y me dispuse a seguir las señas del mapa. Llegué a una fuente de la que manaba agua mineral, según anunciaba el cartel. Giré por una calle y seguí recto por otra, donde me crucé con un pequeño ejército de vacas lecheras que se quedaron mirándome. El pastor pasó tras ellas.

—No se preocupe, es que huelen extraño. Usted no es de aquí.

Empecé a caminar por una calle en la que había una serie de casas de dos y tres plantas con fachadas envidiables. El que se suponía que era el domicilio de Matilde era una de las construcciones de dos plantas más el ático. Tenía la fachada de piedra gris con las ventanas recortadas de piedras pintadas de marrón, a juego con las contraventanas. Se contaban tres ventanas por planta en la fachada delantera, y se intuía un pequeño jardín trasero. Sobre la puerta de entrada había un colgante de espejos y conchas que sonaba con el viento. Llamé, golpeando con una especie de hada que tenía por picaporte. Escuché ruidos en el interior y poco después la puerta se abrió. Me recibió una mujer de pelo canoso peinado hacia atrás, vestida con unas faldas que le llegaban hasta el tobillo. Llevaba unas medias negras, muy tupidas, y zapato cerrado de invierno.

—Buenos días.

—Buenos días, caballero, ¿en qué puedo ayudarle?

—Estoy buscando a la señora Matilde de León; tengo entendido que esta es su casa.

—Sí, aquí vive la señora. Dígame su nombre y lo anunciaré.

—Me llamo Iván Sebastián, pero ella no reconocerá mi nombre.

—Por favor, entre y espere un momento en el recibidor. Veré si se encuentra en condiciones de recibirlo.

La casa estaba adornada con lujo, pero con el bolsillo de quien mira el dinero que le queda. El suelo tenía una moqueta de flores que parecía recorrerlo todo. Del techo caía una lámpara grande que

pretendía imitar una araña. Sobre las paredes de yeso había dibujadas líneas de madera. Un jarrón alto situado en el suelo guardaba rosas de papel en su interior.

—La señora dice que le recibirá en un momento.

La criada señaló la puerta y me invitó a pasar. El salón tenía un gran mueble que cubría casi la totalidad de la pared sur y una chimenea más bien pequeña. Los sillones y el sofá estaban tapizados con flores en fondo gris azulado. Frente al sofá, donde descansaba la señora, había una mesa con café y galletas caseras.

—Acérquese, joven.

Mientras me dirigía a ella, vi claro que no había sido la persona que se había colado en mi casa y en la de Víctor para robar recuerdos olvidados. Le faltaba la pierna derecha.

—No se quede ahí, siéntese y dígame quién es usted.

Me tomé la libertad de girar el sofá hasta encontrar una posición que me permitiera mirar de frente a Matilde. Sus rasgos eran más anchos, pero en su rostro reconocí a la mujer que tantas noches había visto en las viejas fotografías a la luz de la lamparilla de mi estudio. Tenía un pelo canoso que caía sobre sus hombros. Ya no se molestaba en recogerlo.

—Me llamo Iván Sebastián y resido en Zaragoza. Soy escritor y estoy recomponiendo la historia de su familia a base de medias historias y jirones. ¿Podría contarme la verdadera historia de lo que ocurrió en la mansión de los De León?

Rio.

—Es usted un joven un tanto impertinente. Se presenta en mi casa pidiendo que le cuente algo privado. En otros tiempos le habría dicho que se marchase de aquí, pero hoy día tanto me importa. La muerte me ronda desde hace tiempo. La diabetes me matará sin tardar mucho: ya consiguió hace tres años que me cortasen una

pierna, ahora me cortará la vida. —Tomó aire—. Siento decirle que no estoy dispuesta a revelarle la parte de la historia que conozco sobre mi familia.

—…

—¿Todavía siguen viviendo allí los Rosas? —Asentí—. ¿Y su hijo? Apenas era un bebé cuando lo vi el día que adquirieron mi casa y me mudé aquí.

—Se llama Víctor. Es un buen chico.

Pareció sorprenderse.

—¿Conoce usted a Víctor personalmente?

Me quedé unos segundos en silencio.

—¿Qué puede decirme de su vida?

—¿Chantajea a una mujer moribunda? No tiene corazón, joven.

—Sí que lo tengo, pero es la única carta que me queda por jugar.

Suspiró.

—Lo que podría contarle sobre mi vida en la casa que me regaló mi padre y compartí con un hombre que acabó convirtiéndose en otra persona distinta a la que conocí lo dejaría sorprendido. Pero eso es parte de mi vida y no pienso contársela, no le interesa a nadie más que a mí. Aunque sí le confesaré que no conozco todos los secretos que tenía mi marido; apenas conocí uno terrible y que hubiera preferido no conocer. Era un hombre oscuro y obsesionado con los poderes sobrenaturales de una bruja gitana que vivía en nuestra casa, una charlatana a la que hacía más caso que a nadie. Nunca me gustó esa mujer.

—Usted también tenía su propio consejero, ¿no es así?

Alzó la vista y me clavó los ojos sin fuerza.

—¿Cómo sabe eso, joven?

—¿Recuerda a Ricardo Moral? Porque él sí se acuerda de usted —dije, saltándome la promesa que le había hecho.

Matilde me observó altiva y serena durante unos treinta segundos, hasta que esbozó una sonrisa.

—Sí que ha debido tomarse molestias para recabar información sobre mi familia.

—Alguna que otra.

—Dígame, ¿cómo se encuentra Ricardo?

—Me da que todavía está enamorado de usted.

Asintió.

—Igual que usted está enamorado de una mujer que no le hace caso.

En ese instante fui yo quien la observó a ella.

—No me mire así, se le ve en la mirada. ¿Ve ese álbum de fotografías? —dijo, señalándolo sobre la chimenea—. Tráigalo y siéntese a mi lado.

Hice lo que me pidió y le tendí el libro de fotografías. Comenzó a pasar las páginas lentamente, recordando cada lugar donde se habían tomado.

—Estos somos mi niño y yo, frente a la fábrica de vidrios de mi marido.

En la fotografía se apreciaba a una joven Matilde y a un infante con sonrisa divertida que miraba de forma burlona al objetivo. Pasó la página. Había fotografías de vehículos que ya habían quedado anticuados y otra de mayor tamaño de una celebración. Me puso sobre las piernas el álbum y me señaló a una persona en la lejanía.

—Es Ricardo.

No lo habría distinguido de otra persona cualquiera.

—Me dijo que pensaban marcharse juntos, pero que usted cambió al final de idea.

Asintió y pasó otra página.

—Tenía planes que no le incluían a él que no se llegaron a realizar, y eso supuso que yo no pudiera marcharme con él.

—Pero sí pudo marcharse a Formigal —añadí.

—No se pase de listo, joven, todavía puedo echarlo de mi casa.

—Disculpe… ¿Qué planes fueron los que no le salieron bien?

—Ya le he dicho, Iván, que no le revelaré nada referente ni a mi familia ni a mi vida en la ciudad de Zaragoza. Ni yo misma conozco la historia completa. ¿Va a revelármela usted? ¿Ha venido a contarme la parte que desconozco? —rio burlona.

—Ojalá pudiera hacerlo, pero si he acudido a usted es porque no tengo otro lugar de donde sacar información. Y si no me cuenta su versión, yo no le contaré los pocos datos que he sido capaz de recabar.

—Muy bien, estamos en paz.

Pasó la página y alargó la mano para alcanzar una de las galletas. Me sentí tentado de contarle lo que había averiguado por mi cuenta, pero me arriesgaba a darle información para no recibir nada a cambio. Durante un instante, no pude reconocerla. Matilde estaba joven, mirando sonriente al objetivo, acompañada de otra persona. Una mujer con la cara redonda y pelo negro miraba sin sonreír a la cámara.

—¿Cuántos años tiene esta fotografía? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—No lo recuerdo, tal vez veinte o treinta, no puedo calcularlo ya. ¿Por qué?

—¿Quiere decirme que usted conocía a Irene Somosierra hacía tanto tiempo? ¿Tanto tiempo antes de que su esposo comprase la fábrica de su marido?

Frunció el ceño.

—¿De quién habla?

—De la mujer que aparece con usted en la fotografía.

Se acercó el álbum a los ojos.

—Debe de estar confundido. Su cara era vulgar, y esta fotografía tiene demasiados años, como ya le he dicho. Esta mujer era una de mis doncellas. Incluso me ayudó en el parto. Se llamaba Perla Almagro. Su hijo era el compañero de juegos que mi esposo buscó para el mío: Sacristán. Era un chico extraño, no solía hablar mucho. A Ángel nunca le gustó su compañía, pero Rafael se empeñó en que debía tener un compañero en casa. En el colegio no consiguió hacer amigos.

La mirada de Irene Somosierra se me clavó en la mente a través del tiempo. ¿Qué tramó junto a Rafael hacía tantos años? Se me revolvió el estómago. Intenté calmarme.

—Pero sí tenía una amiga en el colegio, ¿cierto? —No conseguía que las manos dejasen de temblarme.

Me observó de la misma forma que hacía unos minutos.

—¿Qué sabe usted de esa chica?

—Que está muerta, al igual que su hijo. Lo que no alcanzo a entender es cómo su hijo pudo morir dos veces.

Comenzó a respirar con dificultad. Llamé a gritos a la doncella.

—¿Cómo sabe eso? —dijo con una voz entrecortada.

—Encontré algunos papeles en la casa de Víctor Rosas y otros en el piso que usted compró en la calle Rufas.

Se llevó la mano al pecho y cayó derrumbada sobre el sofá.

—¿Qué le ha dicho para ponerla así? ¡Márchese!

Era la doncella que me había recibido, que, seguida de una de sus compañeras, había aparecido en el salón. Cogió el teléfono y avisó al médico. Matilde seguía sin tener una respiración regular y pregunté qué podía hacer para ayudar.

—¡Márchese de aquí ahora mismo o aviso a los del tricornio! No me hacen gracia, pero lo haré por la señora.

Había dejado la cartera sobre la mesa. Di la vuelta para cogerla y en ese instante llegó el doctor. Aprovechando los gritos, cogí la fotografía de Irene, la guardé en mi bolsillo y salí sin que nadie me viese.

* * *

Durante el trayecto de vuelta, me entretuve observando la fotografía. Me sentía mal por haberme metido en la vida de una familia que no tenía nada que ver conmigo. Me sentía mal por la semana que había pasado aislado en Graus, por el tiempo invertido en realizar averiguaciones que no me habían llevado a nada. Había sido víctima de mis propios delirios de escritor, pensando que podía averiguar algo en la vida real, como el protagonista de mis novelas. Había actuado como un estúpido. Nunca volvería a inmiscuirme en algo así. Ya no me importaban ni Ángel ni Lena. Ya no me importaba Matilde, no me importaba saber si Irene era en realidad Perla. Arrugué la fotografía en mi puño. Solo pensaba en llegar a casa, abrazar a Sandra y meterme en la cama.

Era de noche y hacía frío. El vaho salía de mi boca espeso. Algún charco de agua se había helado; parecía que el invierno daba una última estocada antes de batirse en retirada. Caminando con la cartera en la mano, mis dedos empezaron a engarrotarse. No vi un taxi por ningún lado, y era demasiado tarde para que las líneas de tranvía funcionasen. Caminé por calles sombrías y completamente solitarias. Me crucé con una pareja de guardias civiles a la altura de la iglesia del Portillo, pero no reconocí a ninguno de ellos.

—¿Se puede saber qué hace usted aquí a estas horas? —Su mirada era amenazante.

—Acabo de bajar del tren.

—Ya, y mañana yo ceno en casa del Generalísimo.

—Tengo el billete. Puedo enseñárselo.

Mi experiencia anterior con la Benemérita me enseñó que por muchas ganas que tuviera de escupirles a la cara y apalearles con sus propias porras era mejor mostrarme sumiso y servicial. Le tendí la cartera y dejé que rebuscase. Encontró los billetes guardados en el bolsillo interno y siguió buscando.

—¿Y estos folios? ¿Para qué necesita llevar tantos folios encima?

—Soy escritor —me excusé.

Los dos se miraron y rieron a carcajadas. Yo agaché la mirada.

—A ver, y ¿qué has escrito tú?

—Una serie de novelas con una periodicidad de un mes y medio a dos meses. Cada una tiene un título distinto.

—Ya, claro, qué oportuno. ¿Y cómo te llamas?

—Iván de Luarte.

Las risas callaron cuando escucharon mi nombre.

—¿Cómo dices?

Me observaban con una mirada difícil de descifrar.

—Me llamo Iván de Luarte y soy escritor, por eso llevo los folios en la cartera.

—¿Iván de Luarte, el escritor? ¿Me estás tomando el pelo? —preguntó el agente que aún no había abierto la boca.

—No, señor, no le tomo el pelo.

Los dos asintieron y se miraron entre ellos.

—¿Le importaría echarme un autógrafo en uno de esos folios que lleva encima? No es para mí, claro, es para mi mujer. Y para mi compañero también, por supuesto.

—Claro.

Dejé la cartera en el suelo y saqué dos folios, les hice una dedicatoria y se la tendí. Después de leerla, me dijeron que podía marcharme.

Respiré hondo. Continué mi camino mientras los escuchaba hablar y seguir su ronda. Parecía que cada vez hacía más frío. Aligeré el paso hasta llegar a la librería. Cuando estaba a unos metros, supe que algo malo había ocurrido. En el escaparate de cristal y madera, que llevaba mostrando libros cuarenta años, solo había cartones. Me dirigí a la puerta y abrí. Germán estaba dentro, intentando recomponer la tienda. El mostrador estaba volcado, y la mayoría de los libros, destrozados en el suelo. Alguien había tirado y hecho añicos las estanterías.

—¿Qué ha pasado? —me alarmé. Se echó a llorar—. ¡Germán! —Me arrodillé a su lado. Apenas le salía un hilo de voz.

—Han entrado unos vándalos esta mañana con la cara cubierta, no he podido verlos. Han hecho salir a los dos clientes que había y han comenzado a destrozarlo todo. He intentado detenerlos, pero uno de ellos ha sujetado a Sandra por los brazos y otro le ha hecho cortes en la cara, desde la oreja hasta la nariz y la boca. Está en el hospital. Lo siento, Iván, no he podido hacer nada. Me han llevado a la trastienda y no he podido defenderla. Ha sido ella quien me ha sacado cuando se han marchado. Tenía toda la cara ensangrentada. La he llevado al hospital y he vuelto. —El pulso me temblaba. Parecía que los problemas aparecían cada vez que salía de la ciudad —. Aparte de los cortes, Sandra está bien. Pero ahora debes comprender que Guillermo está dispuesto a hacer cualquier cosa. Está dispuesto a destrozarnos a todos, y ten por seguro que acabará matándote si no hacemos algo.

—Tengo que ir al hospital.

—Ten cuidado por el camino.

—Deberías irte a casa, aquí no estás seguro.

—No lo estaré más en casa.

Salí de la tienda y me dirigí al hospital. A mitad de camino, di con un taxi y me eché sobre él para que se detuviera.

—¿Estás loco o qué te ocurre? —gritó el conductor.

—Lléveme al hospital.

—Estoy fuera de servicio, me voy a mi casa.

Subí a la parte trasera.

—¿No me ha oído?

Le tendí un billete y arrancó. Tardamos quince minutos en llegar. Salté del coche, entré al hospital y me dirigí al mostrador de información, donde pregunté por Sandra Sebastián. El empleado miró en una lista y me indicó la habitación. Subí por las escaleras y cuando llegué a la planta quinta giré a la derecha y seguí recto hasta la penúltima habitación. Abrí la puerta y encontré a Sandra mirando por la ventana. Tenía la cara llena de gasas y algodones. Al escuchar la puerta se volvió y me miró. Me acerqué a ella para abrazarla. Creí que rompería a llorar; no lo hizo.

—Los médicos dicen que las heridas no son profundas, que en un tiempo desaparecerán las marcas.

—Me alegra escuchar eso. —Se metió en la cama y yo me senté a los pies—. ¿Les has visto la cara?

—No, pero me dieron algo para ti.

Sentí como si un rayo me atravesara de arriba abajo.

—Coge mi abrigo y mira en los bolsillos.

Me acerqué a la percha. Toqué algo que parecía papel y lo saqué. Estaba arrugado y con restos de sangre de la cara de Sandra. Lo alisé. Era una fotografía antigua que mostraba a dos chicos sonrientes. Uno le pasaba la mano al otro por encima, aunque pensé

que solo era algo a lo que Sacristán se había prestado para hacerse la fotografía. Ángel también sonreía, pero tenía la mirada extraña, como si le molestase algo y quisiera que hicieran la fotografía para marcharse de allí.

—¿Tienes idea de quiénes son?

Asentí. Doblé la fotografía, me la guardé en el bolsillo y me senté de nuevo sobre la cama.

—No ha sido Guillermo —sentencié.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque él no te habría dado esta fotografía.

Negó con la cabeza, sin saber si hacerme caso a mí o a Germán. Se dio media vuelta y se dispuso a dormir. Me quedé a su lado acariciándole el pelo. Un rato después, cuando su respiración se hizo profunda, me fui a la sala de espera y me senté en una silla. La visita a la tienda de Germán había sido una advertencia para que dejase de hacer preguntas sobre los De León y, especialmente, sobre Irene y Sacristán. Mientras pensaba en ello, escuché que un puñado de gente corría por el pasillo. Una camilla pasó delante de mí. Llevaba un hombre con el cuerpo entero cubierto de hollín. Una enfermera le ponía una mascarilla y otra le clavaba en el brazo una aguja para el gotero. Pasaron de largo. Recordé la librería destrozada e intenté calibrar cuánto costaría volver a reconstruirla. No me importaba la cantidad: aunque no quisiera aceptarlo, entregaría a Germán todo el dinero que tenía ahorrado, y, si hacía falta, yo mismo haría los pedidos de los libros. Las enfermeras parloteaban en el mostrador de la planta sobre el hombre que acababa de llegar.

—Pobre hombre. Le han dado una paliza y luego le han prendido fuego.

—¿Dónde, en su casa?

—No, en unas oficinas que dirige. No sé, creo que una imprenta o una editorial. Había mucho papel y productos de impresión que ardieron enseguida.

El nombre de Pablo apareció en mi mente. Me levanté de la silla y me dirigí a ellas.

—Ese hombre del que hablan… ¿cómo se llama?

—Lo siento, no podemos proporcionar los datos.

—Puede que lo conozca, ¿cómo se llama?

Las dos se miraron, dudando.

—Ha dicho que se llama Pablo.

Sentí, una vez más, que todo mi mundo se hundía.

—¿En qué habitación está?

—En la segunda por este pasillo —dijo, señalándolo.

Las piernas me pesaban y, más que caminar, parecía arrastrar los pies. Entré en la habitación y vi la cara de Pablo envuelta en gasas. Abrió los ojos y me vio. Alargó la mano y se la apreté con fuerza.

—Alguien ha estado en la editorial —dijo tosiendo—. Tenía una nota en mi despacho esta mañana. Era alguien que decía ser escritor y me solicitaba una cita ya entrada la noche. Me extrañó, pero me quedé a esperar. Han aparecido tres hombres con la cabeza envuelta en un pasamontañas o algo parecido. Han empezado a destrozar mi despacho y después a darme patadas y puñetazos. Cuando se han cansado, me han preguntado por ti, Iván. Me han dicho que si quería seguir viviendo, debía despedirte y dejar de publicarte. Me han dicho que si no lo hacía, me matarían, y entonces sí dejaría de publicarte y darte trabajo. No me han dejado en paz hasta que les he dicho que lo haría. Me he quedado allí, en el despacho, medio inconsciente un buen rato. Cuando me he despertado, he olido a quemado. Me he puesto en pie como he podido y he salido al pasillo. El humo subía por el hueco de la escalera de los sótanos,

donde tenemos las imprentas. He llamado a los bomberos y he bajado para intentar apagar el fuego. Después solo recuerdo que unos bomberos me sacaban a rastras y me traían aquí.

Guardó silencio unos segundos.

—Lo siento, Iván, pero creo que no me queda otro remedio que… —no pudo terminar la frase, su voz se ahogó en un lamento amargo.

—No te preocupes, Pablo, encontraré cualquier otro sitio donde trabajar.

—Lo siento, chico, lo siento de verdad.

Me quedé un buen rato apretándole la mano mientras veía como lo único que quedaba del mundo que había construido desaparecía. La literatura, que había sido mi vida y mi pasión, se me escapaba de las manos sin darme cuenta, y comprendí que nunca podría volver a dedicarme a ella. Intenté convencerme de que no importaba, que siempre hace falta algún mozo de carga en algún sitio. Cuando se quedó dormido, regresé al lado de Sandra.

* * *

No dormí en toda la noche. A la mañana siguiente, una enfermera nos trajo el parte de alta y nos dijo que podíamos marcharnos a casa, que las heridas no tenían importancia y cicatrizarían solas. Dejé a Sandra vistiéndose y fui a ver a Pablo. Tenía la cara hinchada y amoratada por culpa de los golpes. Me preguntó por Sandra y le dije que ya nos marchábamos y que volvería a verlo. Cuando salía por la puerta, me llamó.

—Han venido los de la Brigada Criminal hace un rato y me han hecho algunas preguntas sobre lo ocurrido. Les he dicho que tenía que acabar de redactar un artículo y me quedé dormido, que al despertarme me pareció oler a humo y al bajar al sótano de las

imprentas lo encontré todo ardiendo. Me han preguntado por las contusiones y les he contestado que, como el humo me impedía ver en condiciones, me caí por las escaleras. Dicen que los bomberos les han explicado que había productos peligrosos en los sótanos y que cualquier chispa podría haberlos hecho estallar en llamas. Creen que fue un cortocircuito lo que provocó el incendio. Les he dicho lo que he creído más conveniente, Iván.

—Has hecho bien. Si te vuelven a preguntar, insiste en eso.

—No creo que lo hagan: han dado la investigación por terminada.

—Mejor —añadí.

Cogimos un taxi a la salida del hospital. Dejé a Sandra metida en la cama e intenté pensar por dónde empezar a buscar trabajo. Poco después, mientras miraba el cielo por la diminuta ventana del salón, llamaron a la puerta. Me levanté y caminé despacio hacia ella, esperando encontrarme a Sacristán al otro lado. Giré el pomo y abrí. Agaché la vista y encontré a una Cristina sonriente.

—Hola.

Sonreí.

—Hola, Cristina. Anda, pasa y siéntate.

Entró y tomó asiento en el sofá. Aquel día había decidido no practicar con la máquina, prefería que le diese una clase. Así lo hicimos. Le hablé de algunos cuentos que había leído y de la forma de hacer buenas descripciones de animales parlantes. Después hizo una redacción sobre un bosque encantado y se marchó a casa, a la espera de que la corrigiese para el día siguiente. Cuando Sandra se despertó, le dije que me marchaba a ver a Germán y que no debía abrirle la puerta a nadie.

El escaparate de la librería seguía tapado con cartones. Germán había pasado la noche intentado recomponer los libros destrozados, pero solo pudo salvar una quinta parte del total.

—Esto va a ser mi ruina, Iván.

—No te preocupes: yo compraré un cristal para el escaparate y repondré el género perdido.

—No digas tonterías, tú no tienes la culpa de esto. Ese hijo de puta que crie está loco.

—No fue él.

Alzó la vista y me miró.

—¿Y quién puede haber sido sino él?

Le pedí que se acomodara en la trastienda y procedí a relatarle largo y tendido todas las averiguaciones que había realizado sobre los De León. Finalmente, le mostré la fotografía que le habían dado a Sandra para que me quedase claro que debía dejar de preguntar. De lo contrario, tomarían otras medidas más radicales.

—¿Y todo eso a raíz de que un alumno te preguntara cómo se comienza una investigación?

Asentí algo avergonzado.

—¿Te has enterado de lo que le pasó a Pablo?

Frunció el ceño y negó. De paseo a la editorial, le conté lo que había sucedido, a excepción de mi despido, y que, dentro de lo que cabía, Pablo estaba bien y se recuperaría. La editorial estaba cerrada a cal y canto. El resto de los escritores que acudían a realizar su trabajo esperaban a que Pablo apareciese. Al verme llegar, me pidieron que abriera, ya que era la única persona además de Pablo que tenía llave. Abrí y los dejé entrar. En compañía de Germán, bajamos al sótano. Había sobrevivido una de las máquinas, pero estaba completamente hinchada por el agua que habían vertido los bomberos para apagar el fuego. Las paredes estaban negras y las otras imprentas habían caído al suelo, como esqueletos calcinados, a la espera de que les diesen un pequeño toque para deshacerse en pedazos. Subimos al despacho de Pablo y lo encontramos

destrozado. Por suerte, la Brigada Criminal no debió verlo: se habrían dado cuenta de que su versión no era real. Comenzamos a colocar la mesa y los muebles en su sitio y a rellenar la estantería con los libros que había esparcidos por el suelo. Me dirigí al armario de las escobas y con un paño mojado limpié los restos de sangre del suelo donde habían dejado inconsciente a Pablo. Germán rio.

—Ya sé que no es de risa, pero es curioso pensar que un novelista, su editor y su librero están viviendo su propia novela de terror.

Después de dejar todo en orden, le dije a Germán que regresara a la librería, encargase un cristal y comenzase a elaborar la lista con los títulos que necesitaba.

—No aceptaré tu dinero.

—Ni yo tu negativa. Si no lo haces tú, lo haré yo.

Al final quedamos en que sería una especie de préstamo que me devolvería poco a poco. Me despedí de él y comencé a recorrer locales en busca de algún trabajo. Entré en droguerías, tiendas de animales, joyerías, salones de juego y un largo número de tiendas donde no necesitaban a nadie. No me atreví, al menos de momento, a dirigirme a la zona industrial de Zaragoza. Corría el riesgo de que Sacristán me viese. Pregunté en cafés y restaurantes si necesitaban camareros. Nada. Podría haber ido al de Toulouse, seguramente me habrían empleado allí, pero no podía arriesgarme a que también le destrozasen el restaurante. Entré en tiendas de telas, en las que me preguntaron si sabía coser. Al escuchar la pregunta, recordé que mi tía no me había enseñado a hacerlo por ser una labor para mujeres y porque yo le era más útil pelando patatas. Me acerqué al esqueleto de una obra y pregunté si necesitaban algún peón o recadero.

—Todos los puestos están cubiertos, pero puedes ir al ayuntamiento; en la puerta tienen un tablón de anuncios y hay

quien ofrece trabajos allí.

Me dirigí al lugar que me habían indicado. En la entrada del ayuntamiento, como me habían dicho, había una serie de anuncios, pero todos eran boletines oficiales y algún cartel de perros desaparecidos. Pensé que no estaría mal que yo también desapareciese.

Aquella semana, la más larga de mi vida, pasó entre visitas a casa de Pablo, que comenzaba a recuperarse lentamente. Al menos Sandra traía algo de dinero a casa y podíamos comprar comida y pagar el alquiler. Por las mañanas recibía a Cristina y le daba la moneda para su padre, sin estar seguro de cuánto tiempo iba a poder seguir haciéndolo. Aprendía rápido y escribía más rápido todavía. Cuando estaba con ella, parecía que una corriente de aire fresco me despejaba la cabeza. Iba todas las semanas a la puerta del ayuntamiento a la espera de una oferta de empleo, pero no la encontré, y tuve que recorrer las tiendas y bares que ya había visitado para reiterarles mi ofrecimiento. Algunos se quedaron con mis señas. Otros, en cambio, me dijeron que si volvía a aparecer, llamarían a la Guardia Civil. No tenté mi suerte.

Finalmente, el séptimo día, el cielo se abrió. Aquella mañana le dije a Cristina que no podía seguir dándole clases, aunque realmente lo que no podía hacer era seguir dándole una moneda diaria. Se despidió de mí con un abrazo y me dijo que Víctor había dejado de ir a la editorial al enterarse de que yo no seguiría siendo profesor allí y que algún día me visitaría para pedirme explicaciones. El bueno de Víctor… No pude evitar sonreír al recordarlo. Fui al ayuntamiento sin prisa, en un paseo que ya se hacía rutinario en mi vida. Llegué al tablón y comprobé que había boletines oficiales en los que se anunciaban expropiaciones y construcción de viviendas oficiales, más perros desaparecidos y, finalmente, medio escondido entre los

boletines, un anuncio que ofrecía un empleo de acomodador de cine. Arranqué la hoja y puse rumbo a la dirección señalada. La sala estaba situada en la intersección de Fernando el Católico con la avenida de Goya. Había un gran cartel en el que se anunciaba el nombre del cine: «Cine Universal».

Bajo ese nombre había un cartel que anunciaba la película en proyección, una reposición de *King Kong,* a falta de películas novedosas. Un anciano que portaba una escoba en la mano y vestía uniforme de acomodador, gorra incluida, se fumaba un cigarro en la puerta de entrada. Me acerqué a él.

—Buenos días —saludé.

—Serán para usted, yo cada día estoy más muerto.

—Lo siento —dije al cabo de unos segundos.

—¿Qué quiere?

—Venía por lo del anuncio para trabajar de acomodador.

Frunció el ceño, tiró el cigarro y se metió dentro, cerrando la puerta tras de sí. Aguardé un minuto y entré. Había estado un par de veces en aquella sala con Sandra y otras dos o tres con Coraline. El suelo estaba enmoquetado. Hacia la derecha, los baños; hacia la izquierda, las taquillas. Había una puerta de acceso a la planta baja, de entradas más caras, y unas escaleras que conducían a la zona alta, donde los asientos estaban más alejados de la pantalla, la visión era más reducida y, por tanto, los precios eran más asequibles.

—¿Puedo ayudarlo en algo?

Me volví. Un hombre que tendría aproximadamente mi edad, sin bigote, como marcaba la tendencia, se había plantado ante mí.

—Vengo por lo del anuncio de acomodador.

—Ah, claro. Menos mal que al fin hemos conseguido mantenerlo en el tablón de anuncios.

Al ver que lo miraba con cara de no entender nada, me contó que Ernesto, el abuelo que me había cerrado la puerta en las narices, había alcanzado la edad de jubilación, aunque él se negaba a hacerlo. Llevaba un mes enviando a uno de los mozos a poner el cartel en la entrada del ayuntamiento, pero siempre desaparecía. Como nadie se presentaba al puesto, sus sospechas recayeron sobre Ernesto, de modo que lo cambió al turno de mañana para que no pudiera quitar el cartel. Me enseñó el lugar y me hizo una serie de preguntas, entre ellas cuál había sido mi trabajo anterior. Me limité a decir que me había dedicado a limpiar portales y empresas de gran superficie durante años, y que ahora había decidido cambiar de aires. Tampoco había mentido del todo, pues el primer trabajo que tuve en la editorial fue fregando suelos. Firmé el contrato en ese mismo instante y me explicó mis nuevas obligaciones. Debería recoger las entradas de los espectadores que entraban en la sala y acompañarlos a sus respectivos asientos. Al final de la película, debería ayudar a barrer y plegar los asientos. De entrada, haría el turno de noche, cuando más gente visitaba la sala. Me dijo que me marchase a casa a descansar; debía presentarme a las nueve.

Lo primero que hice fue visitar a Pablo y decirle que había encontrado trabajo. Vivía en un edificio con portero y grandes ventanas. Subí las escaleras y llamé a la puerta. Esperaba que fuera Pablo quien me abriese. Para mi sorpresa, lo hizo Germán. Cabizbajo, se sorprendió al verme.

—Hola, Iván.

—Hola, venía a ver a Pablo.

—Ya somos dos. Anda, pasa, y cuando salgamos —dijo en voz baja, sujetándome del brazo—, me explicas eso de que no tienes trabajo.

Pablo se lo había dicho.

—No debes preocuparte por eso, acaban de contratarme.

—¿Otra editorial?

—No, de acomodador.

—¿Qué?

Salí pasillo adelante y entré en la habitación de Pablo. Lo encontré recostado sobre un montón de almohadas. Intentó estirarse para abrazarme, pero un tirón en la espalda se lo impidió. Entretanto, Germán entró y tomó asiento.

—¿Por qué no le habías dicho a Germán que tuve que despedirte?

—¿Os habéis puesto de acuerdo para preguntarme sobre el tema? —contesté mientras me acomodaba en una silla.

—Sí —respondieron al mismo tiempo.

—Pues ya podéis descansar, porque acabo de conseguir trabajo en el cine Universal.

—Pero tú eres escritor —dijo Pablo.

—Eso no importa. De verdad, no te preocupes de eso ahora.

—Tengo buenos tratos con el dueño de otra editorial, Iván; podría hablar con ellos.

—Gracias Germán, pero no quiero meteros en más líos.

—No es meternos en líos.

—¡No! —grité. No quise levantar la voz, pero ya tenía trabajo y podía acarrearles problemas.

—Está bien. —Pablo trató de tranquilizarme—. A ver, cuéntanos algo de tu nuevo trabajo.

Les expliqué los pormenores de mi nuevo empleo y me marché a casa a preparar la comida. Sandra esperaba a que las líneas de las heridas desaparecieran completamente para regresar al trabajo sin llamar la atención de los clientes.

Estuve nervioso toda la tarde debido a mi nuevo trabajo. Esperaba hacerlo bien. Hacía demasiados años que me dedicaba a la

escritura, y la única escoba que utilizaba, cuando Sandra me dejaba, era la de casa. Llegué, como me habían pedido, con media hora de adelanto. Me entregaron el uniforme y me lo puse. Al menos era de mi talla. Me presentaron a los compañeros y me dijeron que los primeros días debía limitarme a imitar sus pasos y que, en caso de duda, preguntara a quien me quedara más a mano. Mientras recogía las entradas de los espectadores y les deseaba que disfrutasen, pensaba que el trabajo no estaba tan mal.

—Vaya —dijo la voz de alguien que me tendió dos entradas—. ¿Quién iba a decir que mi amigo el escritor se iba a dedicar a recoger entradas en un cine?

Alcé la mirada. Guillermo me observaba altivo y con aspecto de empezar a reírse a carcajadas de un momento a otro. Coraline lo hacía tras el visillo de un sombrero. Pude verle una magulladura en la mandíbula. No dijo nada. Entraron y detesté mi suerte. Cuando la película comenzó, me encerré en el baño y metí la cabeza bajo el grifo. Con la cabeza en remojo, pensé que si hubiera dejado a un lado la historia de Víctor Rosas, que no me había traído más que problemas, podría estar en casa escribiendo. Alguien entró. Cerré el grifo y vi a uno de mis nuevos compañeros.

—¿Estás bien?

—Sí, solo ha sido un pequeño mareo.

—Anda, ven conmigo y quédate en la salita de descanso. Te prepararé una manzanilla, te sentará bien.

Me condujo escaleras abajo por sitios que no conocía y llegamos a un pasillo.

—Al fondo guardamos viejos proyectores y piezas de reparación. Te lo enseñaré otro día.

La salita era una estancia cuadrada, pequeña y acogedora. La habían montado poco a poco a base de rescatar asientos de la sala

de cine. Puso agua con manzanilla a hervir en un hornillo y yo me senté.

—Me dijo el encargado que anteriormente habías estado trabajando limpiando portales. —Asentí—. Sé que no es cierto. —Me quedé observándolo, temiendo perder el empleo a la mañana siguiente—. No te preocupes, no voy a decir nada. Seguramente no me recordarás, pero yo estuve en una firma de libros que organizó el librero Germán Tolosa. Hace algún tiempo, tal vez dos años ya. ¿Por qué no dijiste que eres Iván de Luarte?

Respiré hondo.

—En primer lugar, mi nombre es Iván Sebastián. En segundo lugar, no creo que me hubiesen dado el trabajo. Además, tampoco mentí: antes de ser escritor me gané la vida limpiando.

—¿Ahora ya no escribes? ¿Te has retirado?

—Más o menos —respondí.

Mientras el agua hervía, me habló de su interés por la literatura en el pasado, hasta que descubrió el cine y decidió dedicarse a él, aunque solo fuera como acomodador. Coló la infusión y se despidió para seguir su turno. Me dijo que me tomase el tiempo que necesitara. La manzanilla me calmó los nervios. Cogí un periódico que alguien había dejado sobre la mesa. Hacía tiempo que no estaba al tanto de las noticias y decidí echarle un vistazo antes de regresar al trabajo. Inauguración de edificios oficiales, misas especiales, apariciones de la Virgen en el Ebro, a la altura del Pilar. Todas eran noticias sin interés alguno, hasta que llegué a las páginas de sucesos, en las que se hablaba de crímenes de madrugada, de algún que otro robo y de una prostituta desnuda y amordazada que habían asfixiado tras un contenedor. El encargado del caso, que aparecía en una gran fotografía que ocupaba casi media página, le contó al periodista que ya habían encontrado al culpable. Guillermo sonreía

soberbio y orgulloso al fotógrafo que lo había retratado para el titular. Dudé si había sido él quien había acabado con la vida de aquella desgraciada mujer. En la siguiente página se anunciaba un suicidio. Leí el artículo por encima hasta que un nombre llamó mi atención: Joaquín Golé. Al ver su nombre, comencé a leer la noticia desde el principio. Venía a contar que el heredero de un próspero negocio se había suicidado al no ser capaz de aceptar la responsabilidad de gestionar una fábrica. Yo sabía que la afirmación era falsa, ya que Joaquín se había hecho cargo de la empresa a la muerte de su padre, cuya fecha desconocía. Aclaraba que la madre del fallecido lo había encontrado ahorcado en su dormitorio. Había dejado una nota sobre la cama en la que pedía perdón por todos los errores que pudiera haber cometido en su vida. Cogí la hoja, la guardé en mi bolsillo y regresé a mi puesto. No vi a Guillermo ni a Coraline salir de allí. Limpiamos el cine y sacudimos el acolchado de los asientos. Abandoné la sala a las tres de la mañana y me dirigí a casa a paso ligero. Tenía sueño. Después de comerme un bocadillo que Sandra me había dejado preparado, me metí en la cama, cerré los ojos y me quedé dormido.

17

Un sonido insistente me despertó. Abrí los ojos sin ser consciente de la procedencia del ruido y vi que Sandra se metía en mi cuarto. Asustada, me dijo que había alguien al otro lado de la puerta y no parecía dispuesto a marcharse. Le dije que se encerrara en el baño y no saliera hasta que yo se lo pidiese. Quienquiera que fuese seguía llamando con los puños y girando el pomo. Recordé el arma que el padre Juan me había dado hacía tiempo. La guardaba bajo la cama. No estaba seguro de si debía empuñarla o no, pero, ante el temor y la duda, lo hice. Atravesé el pasillo sin encender la luz. Los golpes aumentaban su volumen a medida que me acercaba a la puerta. Intenté mantener la respiración y evitar que me temblase el pulso. Mi mente recreó la noticia del suicidio de Sacristán. Pensé que su madre había enviado a cuatro matones para acabar conmigo.

—¿Quién es? —pregunté, con la esperanza de que no fuera algún mercenario.

—¿Iván?

Los golpes cesaron. La voz cansada de Coraline me hablaba desde el otro lado. Abrí. Encendí la luz del pasillo después de esconder el arma. La encontré llorando y con la cara llena de moratones, descalza y con la ropa hecha jirones. Tenía heridas en las manos que no le había visto en el cine. Entró y me abrazó. Yo me quedé inerte; no pude devolverle el abrazo hasta un minuto después. Cerré la puerta e intenté calmarla.

—Lo he abandonado. No pienso regresar a su casa, me quedo contigo. No debí abandonarte nunca; perdóname, por favor.

Cayó al suelo y me arrodillé a su lado. Sandra salió del baño al escucharla y se quedó mirándola.

—Deberías verte —le dijo—. Das asco.

—Vete a tu cuarto —ordené.

—Y tú pareces tonto —añadió mientras se marchaba.

La llevé a la cocina y calenté agua para limpiarle las heridas. La cubrí con una manta y le dejé unas zapatillas viejas de Sandra. Cuando el agua estaba caliente, la retiré del fuego y le limpié la cara y las manos con la esquina de una toalla. Ella me observaba en silencio. Poco después, procedió a relatarme lo ocurrido. Le dije que se quedara callada, que no me interesaba, que esa noche podía quedarse en casa, pero debería marcharse al día siguiente.

—Sabes que no tengo dónde ir.

—A casa de tu padre. Todavía la conservas, ¿no?

Negó.

—La vendí.

—¿Y el dinero que te dieron por ella?

—Se lo quedó Guillermo.

—Ah, Guillermo, Guillermo. Siempre Guillermo. ¿A qué has venido? Ya tengo suficientes problemas —le reproché.

Sabía por qué había ido precisamente a mi casa, pero quería escuchárselo a ella.

—Porque un día te quise y sé que tú aún me amas. Creo que podría volver a quererte.

Las palabras que utilizó maquillaban la realidad. Se había quedado sin nada y acudió a mí porque sabía que siempre la querría, por mucho que me empeñase en ignorarla, y sabía, de igual manera, que estaba dispuesto a protegerla y nunca la abandonaría.

—Me estás pidiendo un hogar seguro a cambio de compañía, a pesar de que no me quieres. ¿Te das cuenta de lo mal que suenan esas palabras?

—Mejor que los puños de Guillermo contra mi cara.

—Aquí no puedes quedarte. Esta casa será el primer lugar donde venga a buscarte. —Hundió la mirada—. Pero sé de otro sitio donde puedes esconderte de momento. Haré que te llegue agua y comida. Vamos.

—¿Ahora?

—¡Ahora! —respondí casi gritando.

Advertí a Sandra que iba a salir un rato y que regresaría lo antes posible. Al escucharme, dio media vuelta sin decir nada, a modo de desaprobación. Cogí las llaves que guardaba en el cajón de mi mesita de noche, le cedí mi abrigo a Coraline y salimos a la calle. No hablamos durante el trayecto. Yo la miraba de reojo y ella me cogía la mano. Quería soltársela, pero no lo hice. La calle Rufas estaba a oscuras y ni siquiera la luna se atrevía a dejarse ver por allí. Atravesamos la puerta del edificio y la conduje a la última planta. Saqué la llave del bolsillo y entramos. Apenas se podía ver dentro del piso. Coraline encendió un mechero que llevaba consigo e iluminó la estancia.

—¿Es tuyo?

—No. Hay una habitación al fondo…, puedes usarla.

Iba a marcharme, pero me pidió que la acompañase. La guie hasta el cuarto y le dije que al día siguiente mandaría a alguien con comida para ella. Me dio las gracias y se puso de puntillas para darme un beso. Me marché antes de que lo hiciera. Dejé la puerta cerrada desde fuera y regresé a casa. Encontré a Sandra dormida. El reloj señalaba las cuatro y media. Me metí para calentarme entre las mantas con la certeza de que no recuperaría el sueño.

Me tomé la segunda taza de café a las seis de la mañana. No sabía cómo proceder. Estaba convencido de que Guillermo vendría a buscarme cuando comprendiese que Coraline se había escapado. Por muchas vueltas que le daba, solo se me ocurría la posibilidad que me había planteado Germán: huir de la ciudad. Con Sandra y con Coraline. Comencé a pensar lo que costaría instalarnos en Francia o en Alemania, pero ninguno de nosotros conocía otros idiomas, lo que complicaba aún más las cosas. Sin embargo, siempre estábamos a tiempo de aprenderlos. Había escuchado las historias de los años cuarenta. Mucha gente se marchó después de la guerra con una mano delante y otra detrás, huyendo del Generalísimo. La idea no me gustaba, pero era la única que veía posible.

Sandra se levantó y compartió un café conmigo. Cuando me preguntó por Coraline, le dije que se había marchado en el tren de la mañana. No sabía por qué, pero le mentí. Me confesó que ese día iría a trabajar a la librería. Entonces me percaté de que las marcas de su cara apenas eran ya perceptibles. Se marchó temprano y me quedé a solas. Dediqué mi tiempo y mis manos a hacer camas, limpiar polvo, escobar y cocinar, en un vago intento de apartar el rostro de Coraline de mi mente. Me encontraba escurriendo el agua con la que había lavado las verduras cuando llamaron a la puerta con fuerza. No tuve duda de quién sería. Guillermo, uniformado y con sus dos compinches, decidió visitarme y registrar mi casa sin permiso. Les pregunté la razón de su visita, pero no obtuve respuesta alguna. Guillermo y el otro orangután recorrieron todas las habitaciones, hasta que finalmente se acercó a mí y me propinó un puñetazo en el estómago que me hizo caer al suelo.

—Sé que ha estado aquí —dijo con ojos desorbitados. Me pareció más perturbado que nunca.

Lo siguiente que hizo fue darme una patada. Se agachó a mi lado y volvió a preguntarme por Coraline.

—No he escondido a nadie. —Un hilo de sangre caía de mi boca.

Sonrió y afirmó con la cabeza. Me sujetó del pelo y me estampó la cara contra el suelo.

—Ya me ocuparé de encontrarla por mis propios medios.

Retorciéndome, conseguí colocarme boca arriba. Vi cómo empapaba con un pañuelo la sangre que yo había derramado en su mano.

—Puedes darte por muerto.

Se marcharon. Sentí un mareo y me incorporé como pude, apoyándome en el sofá. Me dirigí al baño, me quité la ropa y me metí bajo el frío chorro de la ducha, que me despejó las ideas. Sentí cómo el barco de mi mente tocaba puerto y esperaba que subiera a él. Di a Sandra una estúpida explicación acerca del chichón que me había salido y dejé que se marchara a la librería.

Salí a comprar a la tienda de ultramarinos. El dueño tenía un hijo que hacía los repartos a domicilio. Compré varios botes de comida para Coraline y le di la dirección donde debía llevarla. Le entregué la llave y le dije que debía abrir la puerta y después volver a cerrarla él mismo. Acto seguido, tendría que dejar la llave en la librería de Germán para que Sandra la recogiera. Se quedó pensativo. Le di un billete de propina y aceptó el trabajo. Le previne que, de preguntarle alguien por la dirección de entrega, debía responder que se trataba del mismo piso donde venía repartiendo todas las semanas desde hacía diez años y que, de camino a casa, se había pasado por la librería en busca de unas tiras cómicas que Germán aún no había recibido. No hizo más preguntas. Me marché al trabajo. Cuando regresé, encontré la llave sobre mi cama.

* * *

El sol brillaba en el cielo. Me encontraba algo cansado de estar encerrado en casa. Aquella mañana de primavera decidí dar un paseo por el centro y visitar el mercadillo ambulante que casi todas las mañanas ponían en la plaza del Pilar. Necesitaba quitarme de la cabeza las ganas de visitar a Coraline. Anduve por puestos de cuadros y de ropa de segunda mano, flores secas y frescas, carnes y especias. Había gente por todas partes. Era sábado y el mercado estaba lleno de niños que acompañaban a sus padres. Compré fruta en uno de los puestos. Melocotones y naranjas, las que más le gustaban a Sandra. Había varias líneas de tranvía que llegaban a la plaza y esperé a la que me dejaba más cerca de casa. Escuché que alguien me llamaba y me volví. A medida que se acercaban corriendo, los vi. Cristina y Víctor estaban de paseo por el mercado. Cristina iba delante y me saludaba con la mano levantada. No miró antes de cruzar, y el tranvía se la llevó por delante. Las mujeres comenzaron a gritar. Víctor también. El maquinista frenó en seco y la gente se amontonó alrededor del cuerpo. Dejé caer la cesta de fruta y corrí. Las mujeres se tapaban la cara para evitar ver la sangre brotar bajo el tranvía. Varios hombres intentaron liberar el cuerpo de los hierros que lo aprisionaban. Unos cuantos tipos salieron en busca de ayuda y yo me abrí paso para llegar hasta Cristina. Su pequeño cuerpo estaba oculto bajo la cabina del tranvía. No pude ver más que una de sus manos, que dio varios latigazos, encogiendo y estirando los dedos. La gente empezó a gritar. Un grupo de guardias civiles nos obligó a echarnos atrás y preguntaron por lo ocurrido. Entre tanto sobresalto, perdí de vista a Víctor. El maquinista dio marcha atrás. Un médico retiró los restos para meterlos en un pequeño ataúd, a la espera de que su padre reconociera el cuerpo.

Me marché a casa con la mente en blanco. No sabía qué hacer o qué pensar. Solo se repetía en mi mente la escena de Cristina arrollada por el tranvía. Hasta que Víctor llamó a la puerta. Llegaba acompañado de Jorge, el hermano de Cristina. Jorge dio un paso hacia mí y comenzó a golpearme y a darme patadas que apenas me hacían daño. Intenté calmarlo, pero insistía en que yo tenía la culpa de que Cristina estuviese muerta. Después se marchó y Víctor se quedó conmigo. Lo invité a sentarse en el sofá y le ofrecí un vaso de leche, que rechazó con cortesía.

—Tú no tienes la culpa —dijo.

—Lo sé.

—He venido para decirte que la entierran esta tarde en el cementerio. A las seis.

Miré la hora. Eran las cuatro.

—¿Vienes conmigo?

Asentí. Salimos de casa sin mediar palabra y tuvimos que tomar un tranvía para llegar hasta el cementerio, que quedaba bastante alejado de la ciudad. Entramos pasando bajo una gran cruz. Ya había gente a la espera de que el entierro diera comienzo. Yo me retiré a un lado. Un hombre lloraba amargamente sentado sobre una lápida de piedra. Jorge estaba a su lado. Seguí con la mirada los movimientos de Víctor y pude ver por primera vez a sus padres. A pesar de sus ropas elegantes, parecían unos criados más. «En el fondo, cada uno es lo que es», pensé. Miré el reloj. Quedaba media hora para el entierro y decidí hacer una visita a las tumbas de mis padres. Me dirigí hacia el final del cementerio, donde se depositaba a los pobres y a los dejados de la mano de Dios. Las lápidas de mis padres seguían allí, una al lado de la otra. Limpié sus nombres labrados sobre la piedra. Apenas se podía leer nada: la piedra era de baja calidad y las inclemencias del tiempo la habían arañado.

Cuando quise hablarles, no me salieron las palabras. Desde lejos vi que la gente caminaba detrás del cura. El entierro había comenzado. Me quedé medio escondido. Metieron el pequeño ataúd en la tierra y después lo cubrieron. La gente se fue marchando lentamente. No me atreví a acercarme hasta que me quedé a solas. El día seguía soleado y no acompañaba a los sentimientos. Olía a tierra removida. Leí el nombre de Cristina en la piedra y lo acaricié con la mano. Le pedí perdón sin saber muy bien por qué, y las lágrimas comenzaron a caerme de los ojos. Me quedé allí, contemplando la tumba y recordando lo mucho que le gustaba escribir. Pero llegó el guarda y me echó. No tenía ganas de marcharme a casa y decidí que a falta de otro plan era un buen momento para visitar a Pablo en la editorial. Me enteré por Sandra, que a su vez se enteró por Germán, de que Pablo llevaba dos días al mando de su empresa, a pesar de las órdenes contrarias del médico. Lo encontré en su despacho, como siempre, corrigiendo textos. Apenas se veían ya marcas de golpes en su cara.

—Vaya, Iván, me alegro de verte. Pasa.

Me senté.

—Me ha dicho un pajarito que deberías guardar reposo y no haces caso.

—Bah, tonterías, el reposo es para los abuelos, y yo aún soy joven. ¿Qué te trae por aquí?

—Nada en concreto, estaba de paseo.

—La gente pregunta por ti. No voy a negar que alguno de los escritores no se haya alegrado de haberte perdido de vista, pero muchos libreros de toda España nos escriben preguntando por tu próxima novela. Me cuesta escribir las cartas diciendo que no va a haber más.

—¿Por qué no les dices que he muerto y te evitas poner excusas? Total, como si lo estuviera.

—No digas tonterías y cuéntame qué tal tu nuevo trabajo.

Le hablé del increíble empleo que había conseguido, de cómo escobaba moquetas y acomodaba traseros de ricachones en asientos elegantes, y que lo más interesante que me había pasado era una vomitona que había tenido que recoger en el baño. Rio con la anécdota y después miró la hora.

—Me marcho a casa. ¿Quieres acompañarme en la cena?

—Entro ahora a trabajar.

Lo acompañé a la puerta. Me dio la impresión de que quería decirme algo, pero no se atrevió a hacerlo. Nos despedimos y comencé mi camino en dirección a casa. Entonces me llamó y me hizo señas para que regresara.

—Hay una cosa —dudó— que no sabía si debía decirte o no.

—Suéltalo antes de que te coma por dentro.

Me miró seriamente.

—Hace dos días que una mujer llama sin cesar a la editorial preguntando por ti. Me pide tus datos porque ha de ponerse en contacto contigo urgentemente. A mí me suena a trampa y le cuelgo el teléfono. No quería preocuparte, pero creo que debo decírtelo.

—¿Te dijo quién era?

—Si, dijo que se llama Matilde. Me dio su teléfono para que te lo haga llegar y la telefonees, pero preferí no hacer caso. Creí que era lo mejor, teniendo en cuenta el destrozo de la librería y el incendio en los sótanos.

—¿Todavía tienes el teléfono?

—En mi despacho.

Me pregunté la razón por la que Matilde había llamado a la editorial y cómo había sabido dónde encontrarme. Llegamos al

despacho y Pablo dio la luz. Buscó en su cajón y sacó un pequeño papel con el número de Matilde. Lo cogí y me quedé mirándolo.

—Sí, Iván, claro que puedes llamar —dijo, pasándome el auricular.

Le di las gracias y marqué el número. Dio más de diez tonos antes de que lo cogieran. Expliqué a la criada con la que hablé que había estado en casa de Matilde y ahora era ella quien intentaba localizarme. Me pidió que esperase. Unos minutos después, Matilde se puso al teléfono.

—¿Iván de Luarte?

—El mismo. Acaba de comunicarme mi editor que ha intentado localizarme.

—Así es, joven.

—¿Cómo dio conmigo?

—Todo a su tiempo. Necesito que regrese a mi casa, he de contarle una historia.

—¿Qué quiere contarme? Hágalo ahora.

—¿Por teléfono? ¿Sin verle la cara y con el dinero que cuesta? No, ese no es mi estilo. Usted vino buscando una historia que yo conocía a medias. Ahora la sé entera y quiero contársela. Quiero desquitarme de ella, y usted es el más indicado. Es escritor, podría escribir sobre ello y purgar unas cuantas almas.

—¿De qué habla?

—De la historia más macabra que he conocido y que habría preferido no conocer. ¿Cuándo puede venir a verme?

—No estoy seguro de cuándo podré hacerlo.

—Mañana a primera hora enviaré a mi chófer a recogerlo a su casa. Le contaré la historia y lo llevará de vuelta. Haga el favor de darme su dirección.

Cuando colgué, encontré a Pablo esperando una explicación. Antes de que comenzara a contarle la historia, me dijo que Germán

ya se había tomado la libertad de hacerlo.

—No puedo faltar al trabajo.

—De eso no te preocupes. Yo me encargo de que no lo pierdas.

Antes de marcharme a la sala de cine, me pasé por la oficina central de Correos. Escribí una carta para Coraline en la que le explicaba que me estaba encargando de organizarlo todo. Aunque, en realidad, no estaba organizando nada. Se la di al cartero y me dijo que saldría con el correo de la mañana. Hice mi turno como si no ocurriese nada y me despedí de mis compañeros. Al llegar a casa, desperté a Sandra y le dije que debía pasar el siguiente día entero en la librería, esperando mi llegada. Me preguntó si iba a ver a Coraline y le respondí que no, que podía dormirse tranquila.

18

El chófer de Matilde llamó a mi puerta a las nueve en punto. Me preguntó si yo era Iván de Luarte. Tras mi afirmación, me pidió que lo siguiese. Bajamos las escaleras y salimos a la calle, donde un coche que parecía recién abrillantado nos esperaba. Me abrió la puerta trasera y me senté. Se colocó al volante y arrancó.

—La señora me ha dado órdenes de que paremos a desayunar si el caballero tiene hambre.

—No, gracias.

No volvimos a intercambiar palabra. De camino a Huesca, no pude evitar posar los ojos en la mansión de Mauricio Moral. El viaje se me hizo demasiado largo a pesar de ir de puerta a puerta. Quería que Matilde me contase la historia, pero estaba inquieto por Sandra y por Coraline. Además, debía tramar un plan para marcharnos, aunque me daba demasiado miedo hacerlo. La idea de marcharnos al extranjero no terminaba de convencerme. Tal vez escapar a un lugar apartado y pequeño fuese una buena solución. Tuve tiempo para pensar en el viaje. Ni a Sandra ni a Coraline les gustaba el calor, por eso me pareció que Asturias o alguna región del norte sería buen lugar para esconderse. Eran zonas de montaña con muchos pueblos pequeños en los que nadie se molestaría en buscar. A mi regreso, le preguntaría a Sandra dónde prefería vivir. Vi la casa de Matilde al doblar la esquina. El chófer entró por una calle estrecha, llegó a la parte trasera de la casa y metió el coche en un garaje construido en un lado del jardín. Me pidió que lo siguiera y lo

acompañé hasta el interior de la casa, donde me condujo escaleras arriba hasta la habitación de Matilde, que yacía en la cama. El conductor me anunció y Matilde le ordenó que nos dejase a solas.

—¿Ha tenido un buen viaje, señor De Luarte? —Asentí—. Tome asiento.

Cogí una silla que reposaba en una esquina y la coloqué junto a la cama.

—¿Cómo dio conmigo?

Sonrió.

—No se crea que me engañó ni por un instante, señor De Luarte. La lectura es una de mis pasiones, y sus novelas han pasado en más de una ocasión por mis manos. Si no quiere que lo reconozcan, no debería permitir que su editor ponga una fotografía suya en la solapa de sus libros. No me resultó complicado dar con el número de la editorial, no tuve más que mirar en la guía telefónica. Pero no ha venido aquí por eso, ha venido porque quiere escuchar una historia que lleva persiguiendo meses. O tal vez sea la historia la que lo persigue a usted, eso nunca lo sabremos. Hace hoy tres días recibí un gran paquete de Zaragoza. La dirección del remitente era la fábrica de vidrios que había pertenecido a mi marido. Abrí el paquete y encontré una cartera con una serie de folios dentro. Una confesión. Leí la primera página y corrí a leer la última. Estaba firmado por Sacristán Almagro. —Me quedé pensativo. Lo último que había hecho Sacristán antes de suicidarse era una confesión para Matilde—. Sacristán está muerto.

—Sé que está muerto.

—Había una nota al final de su historia que me advertía que, cuando estas páginas llegasen a mí, él ya estaría enterrado. No podía seguir viviendo con todo el remordimiento que se lo comía por dentro. Al leer el relato que me envió, comencé a ver luz más allá de

la historia que ya conocía y encajé las piezas. Le advierto que la historia no le va a gustar, señor De Luarte. Vaya al servicio, coma algo en la cocina y después acomódese, porque no le dejaré que se levante del asiento mientras le cuento los secretos de mi existencia.

Tercera parte

Engendros

1

Todos tenemos secretos. Unos los tienen sin importancia y otros pueden ocultar verdades merecedoras de ser un secreto para siempre, pero pasó mucho tiempo hasta que fui consciente de ello.

Me casé con Rafael de León porque no me quedaba otra opción. Mi padre era un empresario de la industria hotelera. Tenía una cadena de hoteles repartidos por toda Europa. Llevábamos una vida de lujo y riqueza, pero yo no formaba parte del plan en la herencia de mi padre. El heredero sería mi hermano, Eduardo. Él heredaría su fortuna y su empresa. Yo no era más que una hija inútil sin oficio ni beneficio cuya única posibilidad era casarse con alguien adinerado que necesitase a una mujer sin otra función en la vida que parir y criar a sus hijos.

La oportunidad de mi padre para casarme se presentó en una feria de industria que tuvo lugar en Madrid. Acudió gente importante del mundo de los negocios de todas partes. Personas que habían hecho fortuna a base de trabajo y esfuerzo. Se organizaron conferencias y reuniones. Además, el encuentro se clausuró con una cena donde se presentó a una joven promesa, un muchacho que acababa de levantar su propia empresa, apenas hacía un año. Dio un discurso sobre el trabajo, la prosperidad y la fe en las ideas y en Dios, quien nos ilumina y ofrece luz para continuar adelante. En ese joven vio mi padre a alguien que en un futuro necesitaría un hijo. Era un poco mayor que yo. Cuando acabó su discurso, la gente comenzó a aplaudirle e incluso se pusieron en pie. Después de

acabar de cenar, pasaron al salón de baile. Mi padre encontró a aquel joven fumando un puro, mientras una panda de lameculos lo felicitaba por la prosperidad de su empresa. Era el momento idóneo para hablar con él. Se acercó por detrás. A un gesto de mi padre, todos se marcharon y los dejaron a solas. Le tendió la mano y Rafael la aceptó. Se sentaron en una de las mesas. Un camarero se acercó con una botella de *whisky* irlandés que mi padre había encargado expresamente para Rafael. Sirvió dos copas y los dejó brindando.

—No he podido evitar emocionarme al escuchar su discurso, ha sido verdaderamente profundo.

—Gracias; a mi secretaria le costó un buen rato escribirlo.

Rieron y volvieron a brindar.

—Así que es usted un nuevo empresario —dijo mi padre.

—Así es, acabo de levantar una fábrica de vidrios. No ha sido nada fácil hacerlo, especialmente considerando la condición de indigente que tuve en el pasado.

Mi padre frunció el ceño.

—¿Es cierto lo que me cuenta? Su actitud ante la adversidad le ha resultado muy próspera. Me alegro mucho por usted.

—Se lo agradezco.

Mantuvieron una conversación en la que Rafael explicó a mi padre sus planes de futuro, pero no pronunciaron la palabra *matrimonio* en ningún momento.

—¿No desea usted casarse y formar una familia? ¿Tener herederos?

Rafael se encogió de hombros.

—No es algo que me preocupe especialmente, al menos de momento.

Mi padre sonrió comprensivo.

—Tiene usted razón, caballero: es muy joven para preocuparse de esa clase de cosas, pero tenga en cuenta que el tiempo pasa más rápido de lo que parece y no le desearía que se encontrara a los cuarenta años soltero y sin un hijo al que poder traspasar su legado.

En un primer momento, aquellas palabras no le afectaron, pero, a medida que pasaba la noche y veía a empresarios ya ancianos y a sus jóvenes hijos e incluso nietos dispuestos a tomar las riendas de sus negocios, comenzó a planteárselo.

—Me he metido en un asunto que no es de mi incumbencia, ¿verdad? Lo siento. Si lo desea, le dejaré solo.

Cuando mi padre fue a levantarse, Rafael apoyó una mano en su brazo y le pidió que se quedase con él. Era consciente de que ya había sembrado la preocupación en el joven. Sonrió para sus adentros.

—¿Le he dejado preocupado?

—Ligeramente. No había pensado nunca en ello. Supongo que tendrá un hijo que herede su fortuna.

Mi padre asintió.

—Así es, amigo mío, uno no puede despistarse. Podría ocurrir, a modo de ejemplo, que una enfermedad se lleve al único hijo que tiene. Imagínese la situación; tal vez no tendría posibilidad de tener otro heredero.

—Creo que tiene usted razón, señor. Debería hacerle caso. Cuando me ocupe de unos asuntos pendientes que tengo en la factoría, intentaré…

—¿Sabe? —cortó mi padre—. Mi familia celebra una fiesta dentro de un mes en Zaragoza, y me consta que usted también reside en esa ciudad. Acudirán las hijas de muchas familias amigas mías que esperan echarle el lazo a un hombre que les asegure una vida como

la que siempre han llevado. Tal vez, si usted viniera, podría escoger entre una serie de buenas candidatas.

Rafael rio.

—Habla usted como de elegir ganado.

Aceptó el puro que Rafael le ofreció a cambio de su infinita sabiduría.

—De eso se trata, joven De León: de saber escoger bien. Cuando un ganadero selecciona las piezas de su corral, no escoge a las débiles y enfermizas, escoge a las fuertes y grandes. Hermosas hembras capaces de engendrar un vástago fuerte y saludable. No hay tanta diferencia. Fíjese en Darwin, el genio que explicó la teoría de la evolución. El ser humano no es más que un animal más sobre la tierra, con mayor capacidad de razonamiento que la que pueda tener un asno y un increíble sentido de la supervivencia. No somos más que animales, y solo los más fuertes y grandes sobreviven. Piense en ello. Le dejaré indicada mi dirección en la recepción del hotel, por si quiere usted pasarse por mi celebración. Lo esperaremos con gusto.

Mi padre consiguió sembrar una idea en lo más profundo de la mente de Rafael, como si le hubiese incrustado un parásito en el fondo del cerebro y no se lo pudiera quitar de encima. Al día siguiente, Rafael se levantó con la resaca de la fiesta, y al ver su rostro desmejorado y diez años mayor ante el espejo del baño, decidió que iría a la celebración. Si salía mal, no perdería nada.

Mi padre pasó el mes entero organizando la ceremonia. Escogió flores, músicos y un *catering* especial que serviría exquisiteces. Pero no invitó a las más sofisticadas familias, sino a las mediocres. Hubo alguna de más clase, pero sus hijas eran pequeñas y escuálidas. Parecía tenerlo todo planeado. Durante ese mes, me visitaron modistas y zapateros de prestigio que me hicieron no menos de

veinte espectaculares trajes y pares de zapatos, medias, sombreros y guantes. Todos tenían prominentes escotes y ajustaban la cintura. Fue mi padre quien escogió el vestido que le pareció más apropiado. También recibí la visita de peluqueros que me hicieron un sinfín de recogidos y peinados, unos más extravagantes y otros más normales. Finalmente, mi padre decidió que me dejaría el pelo suelto, rizado ligeramente, con algún adorno sobre la cabeza, y que dejaría caer algunos mechones sobre mi escote. Acabé pareciéndome a mi madre. Tenía un aspecto ridículo para mi edad, pero mi padre así lo había decidido y así se hizo.

Mi hermano acudió a la celebración acompañado de su esposa, embarazada de cinco meses, para que Rafael saliese de allí con una candidata a esposa. Los invitados llegaron poco a poco. Avergonzada de mi aspecto, me escondí en la biblioteca. La música empezó a sonar a las nueve en punto. Escuché los pasos de mi padre recorriendo la casa. Me estaba buscando. Yo me había acomodado en una butaca y estaba leyendo a la espera de que alguien me encontrara. Me gustaba leer, pero él detestaba los libros y no me permitía hacerlo, de manera que la biblioteca fue el último sitio donde se le ocurrió mirar.

—¿Qué haces ahí, estúpida? Vamos, sal ahora mismo: los invitados ya han llegado.

A regañadientes, dejé el libro sobre la butaca. Mi padre me llevó a empujones hasta el salón, donde había gente bailando en el centro. Otros comían, bebían, fumaban o charlaban tranquilos, ignorando la fuerte tormenta que caía fuera. Los días de tormenta eran mis preferidos para leer. Solía recostarme en el alféizar de la ventana y me cubría con la cortina para que nadie supiese que estaba allí. Mientras veía las nubes, los relámpagos y el agua, leía novelas de terror y de crímenes. Aquellos momentos de truenos y letras fueron

algunos de los mejores de mi vida. Vi a mi madre y corrí a sentarme a su lado, pero mi padre vino tras de mí y me sentó en una mesa con otra chica que, como yo, también esperaba a un hombre dispuesto a casarse con ella. Era enfermizo. Quería marcharme y esconderme bajo la cama, como solía hacer de niña. Entonces fue cuando mi padre se acercó a un tipo que conversaba con una de las chicas y lo apartó de ella. Le dijo algo al oído. Rafael puso cara de incertidumbre. Posiblemente le contaría algún embuste sobre esa chica. Lo condujo hasta mi mesa y nos presentó, ignorando a mi compañera de aburrimiento.

—Matilde, ven aquí. Quiero presentarte a este caballero tan trabajador y emprendedor. Deberías tomar ejemplo.

Me puse en pie y acudí a su lado. El chico era, posiblemente, el invitado más joven de la fiesta. Al ver que apenas tenía uno o dos años más que yo, no me sentí tan fuera de lugar en su compañía. Aquella noche bailamos y bebimos, comimos y charlamos. Me contó que hacía poco había levantado una fábrica de vidrios de la nada y que en su infancia había sido un niño muy pobre y apenas había tenido ropa que ponerse. Cuando le pregunté cómo había conseguido que su fábrica prosperara, me dijo que me lo contaría si llegábamos a casarnos y me sonrió. Me hacía sentirme extraña. Al despedirse, le dijo a mi padre que aquella misma semana se pondría en contacto con él para concertar una segunda cita, lo que hizo que mi padre sonriera de oreja a oreja. A mí me pareció bien: era un candidato joven y parecía inteligente. Pensaba que iba a ser mucho peor de lo que había sido. Mi padre estaba contento y yo no me sentía usada ni vendida. Rafael de León despertó en mí un interés que no había tenido por ningún hombre hasta la fecha, pero ahora pienso que habría sido mejor que mi padre me hubiese empujado a

los brazos de un hombre mayor y sin el alma tan oscura que escondía Rafael.

2

Rafael se puso de nuevo en contacto con mi padre tres días después. Le pidió permiso para llevarme a cenar a uno de los mejores restaurantes de la ciudad. Vino a buscarme el jueves por la noche, y su chófer nos llevó hasta los bajos del hotel donde se ubicaba el restaurante que había elegido. Me habló de sus planes de futuro. Tenía intención de crear una cadena de fábricas: una en París, otra en Roma, en Londres, Berlín, Viena… Al escucharlo, sentí que me estaba enamorando de él. Después me confesó que tenía ganas de formar una familia y de tener hijos que ocupasen su lugar cuando él faltara, y más tarde me preguntó por mis planes, que por supuesto no eran tan espectaculares como los suyos. Los míos eran los que mi padre había decidido para mí desde que se enteró de que su esposa había dado a luz una niña: casarme con alguien que me mantuviera y darle tantos hijos como quisiera. Después de la cena y de una botella de vino, Rafael me acompañó de vuelta a casa. Yo estaba convencida de que iba a intentar algo conmigo, dado mi estado tras la ingesta de alcohol, pero no lo hizo. Me acompañó hasta la puerta y mi padre le abrió. Preguntó por nuestra velada, a lo que ambos respondimos que nos había ido de maravilla.

—¡Ah! —gritó mi padre orgulloso—. Se palpa el futuro.

Se despidió de Rafael y me cogió bruscamente del brazo. Me llevó a rastras a la bañera, abrió el grifo y me dijo que nadie se casaría conmigo si me consideraba una borracha. Me dejó con el agua fría cayéndome sobre el cuerpo. Veía su sombra bajo la puerta. Aguardé

en la ducha hasta que se marchó, me quité el vestido y lo dejé en la bañera. Me envolví en la toalla y me metí en la cama con un montón de mantas. A la mañana siguiente, amanecí con fiebre. No pude salir de la cama en diez días. Mi padre hizo que un médico y dos enfermeras estuviesen las veinticuatro horas a mi lado, cuidándome. Rafael no dejó de enviarme cajas de dulces y flores frescas con notas en las que me deseaba una pronta recuperación y expresaba sus ganas de verme. El día que el médico le dio permiso, vino a visitarme. Me sentía feliz. Era la primera vez en mi vida que un hombre parecía preocuparse por mí. Estaba claro que deseaba tener hijos con una mujer fuerte, y aunque podía haber elegido a cualquier otra, la afortunada fui yo. Tenía un interés en mí que llegaba más allá de los hijos o de los negocios. Me invitó a pasear por el jardín todas las tardes de la semana. Y yo me sentía llena de vida y de felicidad.

Un mes después, me pidió que me casara con él. Acepté. Al regresar a casa, dimos la noticia a mis padres. Mi madre se quedó indiferente, como siempre, pues sabía que su opinión nada importaba. La única que contaba era la de mi padre, que se puso eufórico. Su plan había funcionado. Tenía un hijo al que traspasarle la industria hotelera y una hija a la que se quitaría pronto de encima. Las cosas no podían irle mejor.

En tres meses se organizó todo. La boda se celebraría en la capilla principal del Pilar, y la misa sería oficiada por el cura de la familia. Mi madre era católica devota y nos inculcó esa creencia a mi hermano y a mí desde niños. Con el tiempo, mi hermano abandonó la religión, pero yo continué practicándola. Mi madre se confesaba a diario y pronto me obligó a mí a hacer lo mismo. Si algún día me olvidaba de confesar, me sentía extraña, culpable. El padre Mauricio era amigo de la familia de mi madre, y ahora también lo era mío. Le

confesaba mis anhelos, siempre llenos de pecados, y rezaba lo que me pedía para que Nuestro Señor me perdonara. Pero al día siguiente mis anhelos y mis ideas seguían allí y sentía la necesidad de volver a confesarme.

Mauricio vivía en nuestra casa. Cuando mi padre la adquirió, hizo construir una capilla y una casa apartada para el cura. Mauricio no rechazó la oferta. Tenía casa, comida y un buen sueldo. Después de celebrar la boda, a la que acudieron periodistas y los invitados que mi padre consideró oportunos, celebramos el banquete en el restaurante del hotel donde habíamos pasado nuestra primera velada juntos.

Rafael era un hombre atento y cariñoso, hasta el punto de hacerme sentir el impulso de dar las gracias a mi padre. No llegué a hacerlo. Salimos de luna de miel aquella noche. Un coche nos llevó desde Zaragoza al puerto de Barcelona, donde cogimos un barco privado que puso rumbo a las costas francesa, romana, griega y turca, un mes en cada lugar. Era el regalo de boda de mi padre, además de una sorpresa que nos esperaba a nuestro regreso. Una casa. Una casa enorme y hermosa. Con un jardín en la parte delantera y otro en la trasera. Mi padre estaba allí para recibirnos. Al marcharse, estrechó la mano de Rafael como si así sellase un pacto. Nunca volví a verlo; solo se me informó de su muerte, de la muerte de mi madre y después de la muerte de mi hermano, que, arruinado por su intento de expandir su imperio, se había dado a la bebida y acabó ahogado en la bañera de su mansión en Madrid. De su mujer y de la hija que tuvo con ella, nunca supe nada.

La casa era grande y tenía bonitas habitaciones. Escogí el que sería nuestro dormitorio y pensé en la cantidad de criadas y doncellas que nos harían falta para mantener la mansión en condiciones. También quise que Mauricio viniese conmigo como mi

confesor privado, pues para eso tenía la capilla y la casa para el cura. Le expuse la situación a Rafael, que, aunque mostró su acuerdo en todo, puso una condición. La mujer que le había ayudado a crear su fortuna y le había traído tanta suerte debía vivir con nosotros. Era una mujer gitana que se llamaba Lucifera Hericardo. Cuando le pregunté quién era, me contó su historia, la que había prometido contarme algún día.

3

Rafael de León era hijo de un herrero y una empleada de hogar que había dejado atrás el mundo de la prostitución. Nació en los bajos de un edificio que se caía a trozos en una de las barriadas más pobres de la ciudad, cerca de las chabolas de los gitanos. Nunca fue a la escuela. De pequeño estuvo a punto de morir en varias ocasiones por afecciones pulmonares causadas por las humedades de su casa. Todos los días veía a su padre y a su madre marcharse, uno a la herrería y otra a fregar suelos. Lo dejaban encerrado en casa para evitar que alguien se lo llevara. Intentaron en varias ocasiones que alguna vecina lo cuidara durante sus ausencias, pero ninguna se prestó a hacerlo gratis. Los primeros seis años vivió aislado del mundo en un piso con suelos de cemento y ventanas sin cristales. Así pasaba el día asomado, fantaseando con que un día bajaría a la calle y disfrutaría del sol y de la fuente que veía desde su habitación. Solo le permitieron salir en alguna ocasión para ir al mercado, apenas diez minutos.

Su madre tuvo tres embarazos más, pero todos los niños nacieron muertos. Los envolvían en papel viejo de periódico y los tiraban a los contenedores de basura. La madre de Rafael solía contarle cuentos por la noche, lo arropaba con una sucia sábana y le deseaba dulces sueños. Cuando cumplió siete años, le dieron permiso para bajar a la calle, siempre y cuando tuviese cuidado y solo hablara con niños, y no con mayores.

Después de comerse un pedazo de pan con queso rancio, se asomó por la ventana de su cuarto y miró al exterior. Siempre se había preguntado cómo sería salir solo a la calle el tiempo que quisiera, pasear por donde sus piernas le guiasen y explorar los rincones que más llamaban su atención. Pero había pasado tanto tiempo encerrado que tuvo miedo y se quedó en casa. Sus padres regresaron y le preguntaron si había salido. Les dijo que no. Pasó tres semanas asomándose a la ventana, intentando vencer el miedo que le impedía jugar con los niños que corrían bañados por el sol entre árboles huecos y calles de tierra.

Una tarde de calor asfixiante decidió caminar hasta la fuente de la plaza. Abrió la puerta y contempló el pasillo oscuro y las escaleras al fondo. Cerró tras de sí y anduvo despacio hasta el primer escalón. Descendió peldaño por peldaño hasta la salida del edificio, y al ver el sol, sonrió y salió a la calle. Había ruido y gente. Era uno más entre el bullicio. Había algún puesto de frutas de colores bonitos y gitanas que anunciaban la lectura del porvenir en las manos y vendían ramas de romero. Llegó a la fuente y vio a una pandilla de niños divirtiéndose con el agua. Se sentó en el borde, metió los pies y se quedó observándolos. Poco después, uno de ellos se acercó y lo invitó a jugar. Rafael le sonrió y contestó que sí. Pasaron gran parte de la tarde echándose agua unos a otros o jugando a que uno se ahogaba y entre todos lo rescataban. Se lanzaban a la fuente y la convertían en piscina particular. Aquella fue una de las mejores tardes de su vida. Cuando la luz del sol empezó a apagarse, se secaron y quedaron para otro día.

* * *

Su madre lo despertó aquella la mañana de lunes. Tenía que acompañarla al mercado. Se vistió y, de la mano, se dirigió con ella a los puestos más cercanos a su casa. Compraron harina y azúcar. De regreso a casa, un niño de tez morena y pelo completamente negro, a juego con sus ojos, se cruzó con ellos y lo saludó. Rafael le devolvió el saludo y continuó el camino. Al girar la esquina, su madre se arrodilló ante él.

—¿De qué conoces a ese niño? —preguntó.

—Es amigo mío, juego con él y otros chicos por las tardes en la calle.

—¿Otros chicos como él? —Rafael no entendió la pregunta—. ¿Niños morenos y de piel oscura? —Asintió—. No debes volver a jugar con ellos, Rafael —ordenó.

—¿Por qué?

—Porque son gitanos. Son mala gente y portan enfermedades que no tienen cura. Prométeme que no volverás a jugar con esos niños y buscarás otros amigos que sean como tú.

Rafael, sin entender nada, asintió. Pero aquella misma tarde regresó a la fuente y jugó con los únicos amigos que había conocido hasta entonces. No le importaba lo que dijera su madre: eran sus amigos, y no estaba dispuesto a quedarse solo. Cuando llegó el invierno, siguió jugando con ellos en las calles. Perseguían gatos callejeros lanzándoles piedras y cazaban palomas al vuelo.

Una de esas tardes vio un cartel de colores llamativos. Tenía un dibujo en el centro de una mujer gitana que sujetaba una bola de cristal con las manos. Rafael no podía leer el cartel. Uno de sus amigos se acercó y le dijo que era un circo que llegaba a la ciudad. Empezaba la noche siguiente y estaría tres más con un espectáculo de magia, embrujos y hechicería. Rafael sintió curiosidad, esa curiosidad que te muerde en la nuca y ya no te deja. Al llegar la

noche, se lo propuso a sus padres; la respuesta fue negativa. Era demasiado caro. No obstante, tal fue su insistencia que al final accedieron. En dos días iría por primera vez al circo a ver los animales enjaulados que tanto le apetecía ver.

Aquella noche se vistió con la ropa que consideró más elegante y esperó a que sus padres terminasen la cena. Se pusieron los abrigos y salieron de casa. Pasearon hasta el lugar donde se había asentado el circo y se pusieron a la cola. Los niños gritaban de entusiasmo, y sus padres intentaban contenerlos en la fila para no perderlos de vista a la hora de entrar. Subieron a la zona más alta de las gradas, desde donde tendrían un buen ángulo de visión, como a él le dijeron, aunque, simplemente, aquellas entradas eran las más baratas.

El espectáculo empezó con diez minutos de retraso. Había grandes pelotas y unos toneles de madera. El público, maravillado, rompió en aplausos cuando presentaron a los trapecistas, los malabaristas y los domadores de leones. Sin embargo, el plato fuerte de la noche era la mujer a la que apodaban *la Gitana Reina*, la mujer dibujada en el centro del cartel que Rafael había visto días atrás. Era una mujer alta y desgarbada cubierta de capas de tela negra. Apareció en el centro del escenario con una gran bola de cristal que le llegaba a la altura del estómago.

Al comenzar su espectáculo, se bajó la intensidad de las luces y el sonido de unos tambores comenzó a llenar el recinto. Aparecieron serpientes blancas, amarillas y rojas en el suelo, alrededor de la gitana, que suscitaron los gritos del público. Rafael estaba fascinado. La Gitana Reina dio un par de vueltas alrededor de la bola, que despedía unos intensos destellos brillantes de color blanco, alzó la vista al cielo y dio inicio a un recital de versos en una lengua extraña. Una lluvia de pétalos cayó sobre los espectadores. Algunos

se marcharon cuando percibieron el olor a agua podrida. Aun así, Rafael guardó un puñado de ellos en sus bolsillos. Las luces comenzaron a trepar sobre la bola y adoptaron diversas formas. La primera fue la de una mujer que caminaba sola por el bosque con flores en la mano. Un hombre iba tras ella. Con un objeto afilado, se acercó y se escuchó un grito. La imagen se transformó en otra distinta. Ahora se veía la silueta de unos niños columpiándose en unos balancines, incluso se podía escuchar el rechinar de las cadenas oxidadas. La imagen se evaporó cuando uno de los niños cayó al suelo, y dio lugar a otra. Un humo negro con dos puntos rojos que parecían brillar se esparció por el recinto. Las líneas de luz y humo dibujaron unas piernas de cabra y unos cuernos. Un rostro de hombre con ojos rojos y brillantes alzó el brazo, apuntó con el dedo y empezó a girarlo, dirigiéndolo a los espectadores. Algunos huyeron, aunque la mano no los buscaba a ellos. La gente, demasiado asustada para levantarse de sus asientos, ocultó su rostro de la mirada del diablo. El dedo se detuvo frente a las gradas más altas y señaló un punto fijo. El brazo de humo negro comenzó a estirarse y a deslizarse sobre la gente. Apuntó a Rafael. Su padre se puso en pie y dio unos manotazos al aire para deshacer la mano de humo, que se difuminó ante sus ojos.

Las luces se encendieron y se escuchó el aplauso que el aterrador espectáculo había merecido. Rafael pudo ver cómo la gitana lo observaba, sonriente, a medida que se alejaba del escenario. Los espectadores aplaudieron durante más de veinte minutos.

Salieron al frío de la noche y encontraron puestos de manzanas de caramelo desplegados alrededor de la carpa. Rafael y sus padres se colocaron en la cola para comprar una. El niño no dejaba de mirar hacia el otro lado del recinto. Una mujer le sostenía la mirada. Dejó a sus padres en la cola y se adentró entre los carros de los animales.

Los artistas que habían participado en el espectáculo se quitaban la pintura de la cara, dejando atrás la sonrisa siniestra con la que se habían caracterizado para el número. Rafael miró adelante y vio a la gitana sentada en una silla de madera negra. A una señal de la mujer, comprendió que debía acercarse. Obedeció y pudo comprobar que sus manos estaban llenas de anillos.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Rafael.

—Tus padres no tienen una buena casa, ¿verdad? —Él negó con la cabeza—. ¿Te gustaría que tuviesen dinero para poder comprar una mejor? —El niño asintió—. Yo puedo conseguir eso y mucho más. Pero cada cosa a su tiempo. Debes coger los pétalos de rosas negras que has recogido del suelo y enterrarlos por la noche en un cementerio, entre dos tumbas que tú mismo elijas. Después de eso, tu padre conseguirá un trabajo mejor, y en un tiempo podréis compraros otra casa.

—Mi padre dice que no debo creer en hechizos.

—Esto no es un hechizo, Rafael, es un hecho. Yo estoy aquí para ayudar a gente como tú, gente que no tiene nada y se merece todo.

Rafael guardó silencio un instante.

—¿Cómo se llama usted?

—Lucifera.

—¿No es Lucifer el nombre del demonio?

La mujer asintió. Rafael creyó ver en sus ojos un destello rojo.

La gitana no le dijo que veía su alma negra y que sería capaz de cualquier cosa para salir de la miseria en la que vivía, que si le permitía rozar con la yema de los dedos una vida relativamente nueva, después desearía más, a cualquier precio. Y llegado ese momento, ella volvería a aparecer en su vida.

Rafael regresó junto a sus padres y se comió la manzana de camino a casa. Por la noche, mientras dormían, salió de camino al cementerio. El trayecto era largo, pero no dudó en recorrerlo, fantaseando con riquezas. Llegó cansado y con los pies ensangrentados. Saltó la pequeña tapia trasera y con las manos cavó un hoyo poco profundo, entre las dos primeras lápidas que encontró. Depositó los pétalos negros, los cubrió y se marchó de vuelta a casa.

Al día siguiente, su padre regresó diciendo que su supervisor lo había llamado a su despacho para ofrecerle un puesto mejor. Un hermano suyo había abierto una nueva herrería y necesitaba gente con experiencia en la materia. Tendría que supervisar a los empleados. Decía que ya no era necesario que su esposa trabajara y que, ahorrando unos meses, podrían mudarse a otra casa sin humedades ni cucarachas.

Un año después se trasladaron. No era un gran piso, pero no tenía humedad, y los muebles eran bonitos. La predicción de la gitana se había cumplido. Rafael guardó silencio ante sus padres.

Uno de los vecinos del edificio, que era maestro, cuando se enteró de que Rafael no había ido nunca a la escuela, se ofreció para enseñarle a leer, escribir y manejarse con los números. El día que cumplió diez años, su padre le dijo que lo acompañara a su lugar de trabajo para enseñarle un oficio. Allí, entre hierros al rojo vivo y martillos que lo dejaron medio sordo de un oído, fueron pasando los años. A los dieciséis, su madre murió de un infarto, y, a los diecisiete, su padre se abrasó los ojos al caer sobre un hierro caliente que alguien había dejado en el suelo. Las heridas de los ojos se infectaron y acabó muriendo.

Poco después, el dueño de la herrería anunció que cerraba sus puertas y los despedía a todos. Pronto se quedó sin dinero y no

encontraba a nadie que quisiera emplear a un herrero de diecisiete años. No pudo pagar el alquiler del piso y lo echaron a la calle. Durmió durante días en suelos fríos y se alimentó de los desperdicios de los grandes restaurantes. Una madrugada de un frío intenso, escuchó cómo, entre risas, unos operarios colocaban carteles en una de las farolas de la ciudad. Aguardó a que se marcharan y se acercó a leer el cartel a la luz de la luna llena. En el centro vio de nuevo el dibujo del rostro de la gitana. El circo había regresado después de casi diez años, poco después de que Rafael se hubiera quedado sin nada. El cartel anunciaba un espectáculo único. El espectáculo tendría lugar la noche siguiente. Sucio y con ropas rotas, acudió por la tarde al circo y se coló en el ensayo. Se sentó en una de las gradas y esperó a que apareciera la gitana. Esperaba encontrarse con una mujer anciana, pero la vio caminando por el pasillo de las gradas hacia él. No había envejecido nada.

—¿Rafael? —dijo, sentándose a su lado. —Él asintió—. Veo que llego en el momento preciso. —Guardó silencio—. Explícame tu nueva situación.

Procedió a relatársela, sin estar seguro de que verdaderamente ella la desconociese. Escuchaba en silencio y paciente.

—Verás, podría ofrecerte un trato.

—La escucho.

—El circo es mi familia, siempre lo ha sido, pero empiezo a estar cansada de ir de un lado a otro. Ahora me apetece tranquilidad y tener un hogar donde poder vivir. Si me juras que me permitirás formar parte de tu hogar y de tu mundo el resto de tu vida, haré que seas rico y que nunca vuelvas a dormir en la calle o vivir en la miseria.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué no me ofreció eso la primera vez que la vi?

—Porque todavía me quedaban cosas que hacer y lugares que visitar.

—¿Por qué yo y no otro cualquiera?

La gitana le clavó los ojos.

—Porque sé que tú harás todo lo que te diga, porque sé que tu alma es negra y no me echarás de tu casa cuando hayas conseguido lo que deseas. Y porque eres mi nieto.

Rafael la miró sin comprender, con el ceño fruncido.

—Sí, Rafael, tu padre es medio gitano. Su padre era un hombre malvado que lo arrancó de mi lado y me impidió verlo. Trabajaba conmigo en el circo. Cuando nació, se instaló en la ciudad y no me dejó quedarme con ellos.

Rafael no hizo más preguntas. No estaba seguro de la veracidad de aquella historia, pero sí sabía que los pétalos negros habían funcionado. Nunca había creído en historias de fantasmas, aunque no dudaba de las palabras de aquella mujer. Se estrecharon la mano y le dio una moneda dorada.

—Guárdala en el bolsillo. Mañana comenzará nuestra nueva vida. Ahora debo terminar el último espectáculo.

Rafael se marchó y se sentó en uno de los bancos de una plaza para examinar la moneda. Tenía la cara del diablo tallada en ella. Por la noche, el frío cayó de nuevo plomizo. En lugar de dormir, comenzó a caminar por miedo a morir congelado, ahora que tal vez su fortuna comenzaría a cambiar. En su caminata se topó con un indigente que había dejado a su lado dos botellas de vino, una de ellas a medio beber. Las cogió y se marchó. Al día siguiente, se despertó tirado en un parque. La gitana estaba a su lado, disfrutando del frío sol del invierno.

—¿No es maravilloso? —preguntó la mujer.

—¿Qué?

—Hay un hombre en esta ciudad cuya empresa está a punto de irse a la ruina por culpa de un mal uso del dinero. Debes ir y ofrecerle una solución.

—¿Y qué podría hacer yo? —preguntó—. No tengo más conocimientos que los básicos.

—Acude allí, todo irá bien.

Rafael se presentó en las oficinas que le había indicado Lucifera. El tipo al que debía ofrecer ayuda observaba por la ventana con un vaso de *whisky* en la mano.

—No puedes ayudarme. Nadie puede hacerlo.

—Deme una oportunidad.

Aquella oportunidad de revisar sus cuentas le mereció la pena. En una semana, la empresa empezó a funcionar y los tres empleados que le habían estado robando fueron despedidos. Durante un año, aquel empresario pagó el alquiler de la casa de Rafael y Lucifera. Poco después le hizo heredero de su fortuna. Un año más tarde apareció con un disparo en la cabeza. «Suicidio», dictaminaron los médicos, aunque Rafael no estaba tan seguro de ello. Heredó la empresa. La gitana le aconsejó venderla y levantar una nueva donde se trabajara el cristal. No dudó en hacerlo. En menos de tres meses construyó la fábrica y siguió pagando el alquiler de la casa. Con Lucifera apenas hablaba cuando no era necesario; a veces pasaba días enteros sin saber nada de ella. Aquella mujer le ponía los pelos de punta, pero le proporcionaba todo lo que ambicionaba a cambio de permitir que viviese con él en una gran casa con una legión de sirvientas. La fábrica no tardó en prosperar, Rafael asistía con frecuencia a convenciones y ferias de empresarios y su fortuna cada vez era mayor.

4

Cuando acabó de contarme la historia, noté que tenía el pulso tembloroso, a pesar de que gran parte del relato lo consideré fruto de su fantasía. Rafael me confesó que tenía muchas dudas respecto a que aquella mujer fuese su abuela, pero lo cierto era que había hecho fortuna gracias a ella. Me la presentó el día que se mudó. Daba miedo. Tenía los ojos hundidos y las cuencas marcadas, el cabello completamente negro y los dedos largos y afilados.

Rafael dispuso para ella una de las mejores habitaciones destinadas al servicio, en la planta superior. He de decir que rara vez la veía por casa. Era como un fantasma. Cada vez que a Rafael le rondaba algo por la cabeza, subía a la planta de los criados y lo consultaba con ella. No tardé demasiado en olvidarme de aquella ridícula historia fantasiosa que seguramente había sacado de algún libro de terror para meterme el miedo en el cuerpo.

Pronto otra noticia invadiría todos mis pensamientos. Los mareos y vómitos que había sentido durante un par de semanas estaban causados por un embarazo. Recibí la noticia con sorpresa y alegría. Rafael me cogió en brazos y me dio las gracias. Al día siguiente había llenado el dormitorio de flores blancas. Los meses de embarazo me sentí como la mujer más afortunada del mundo. Estaba pletórica y todo marchaba bien: la fábrica era próspera y traía grandes cantidades de dinero a casa. Rafael quería expandirla por España y después por el mundo entero, pero nunca se decidía a

hacerlo. Una noche, cuando le pregunté la razón, me dijo que la gitana le había dicho que no lo hiciera, que sería su perdición.

Pedí a Rafael que se ocupase de que Perla, una de mis criadas de confianza, que había dado a luz un niño y asistido a unas cuantas mujeres, se encargase de mi parto, así como que Mauricio estuviese presente cuando llegara el momento, por si algo iba mal y moría.

A las dos de la mañana di a luz un niño. Era grande y fuerte. Mauricio lo bendijo nada más venir al mundo, y Perla se lo llevó para lavarlo. Yo me había quedado sin fuerzas y me desmayé. Desperté a la mañana siguiente en la cama y vi unas manitas que se estiraban hacia arriba en la cuna. Aquella fue la primera vez que vi a mi hijo. Era de piel muy clara y tenía los ojos de color azul cielo. Me pareció el niño más bonito del mundo, pero a qué madre no se lo parece su hijo.

Cuando Ángel cumplió cuatro años, Rafael decidió que tendría un profesor particular: no le gustaba la idea de compartirlo con más niños que entorpecieran su aprendizaje. En aquel momento me pareció bien. Poco tiempo después supe que el profesor le había dicho que debía relacionarse con niños de su edad, que no era bueno que estuviese siempre en casa rodeado de adultos. Al escuchar esas palabras, Rafael no pudo evitar recordar su infancia encerrado en el piso de sus padres y la sensación que experimentó cuando habló con su primer amigo. Decidió que lo mejor para él sería tener un compañero de juegos como tenían los demás. Y no vio mejor amigo que Sacristán, el hijo de una de las criadas, concretamente de Perla Almagro, la mujer que me había asistido en el parto. Lo consultó con ella, que aceptó encantada el dinero extra que le supondría la nueva amistad de su hijo.

Perla había llegado a nuestra casa a través de un anuncio que colocamos en el periódico al instalarnos en la mansión al regreso de

nuestra luna de miel. Necesitábamos incorporar a un buen número de sirvientes que mantuvieran limpia la casa y se ocuparan de las cocinas. Perla Almagro era una mujer soltera que traía consigo a un niño pequeño. Precisamente la contraté por su hijo. Pensé que en otra casa les iría peor que en la nuestra y que ese niño merecía un lugar tranquilo donde nadie tratara mal ni a su madre ni a él. Ahora veo que fue uno de los mayores errores que cometí. Perla era una mujer extraña. Cumplía con su trabajo, pero no le gustaba hablar con nadie, a excepción del padre Mauricio. En más de una ocasión los vi charlando, y con el tiempo creí que se habían convertido en amigos. Al contrario que otras doncellas, que cuando me veían por la casa me saludaban, ella no lo hacía nunca. No era un dato importante, pero sí relativamente extraño. Pensé que me odiaba por la suerte que la vida me había dado y la poca que le había tocado a ella.

Una mañana la llamé al salón y le pregunté por la casa donde había trabajado hasta entonces. Anoté la dirección y le pregunté el motivo por el cual había dejado el empleo. La razón había sido su embarazo. Le dije que se marchara y salí al jardín trasero. Subí al coche y le tendí al chófer la dirección. El trayecto no duró demasiado. Prácticamente éramos vecinos. Pedí hablar con la señora de la casa, que me explicó que el verdadero motivo no había sido el que Perla me había contado, sino el robo de unas joyas. Lo mejor que podía hacer, me aconsejó, era despedirla.

Me marché pensativa. En casa no había faltado nada desde que Perla había llegado hacía tiempo. Me convencí a mí misma de su versión.

El día que llevé a los dos niños al salón para que se conociesen mejor, Ángel tenía cinco años y Sacristán nueve. Tal vez sus gustos sobre los juegos no encajasen del todo, pero al menos se harían

compañía. Sacristán parecía un ser especialmente triste. Siempre que lo veía junto a su madre, parecía querer alejarse de ella, como si le incomodara su presencia o lo que le estuviese contando. En una ocasión lo encontré a solas en el salón. Le pregunté si se sentía a gusto en casa y su respuesta fue afirmativa. Entonces le pregunté, mientras él intentaba escurrirse de mis manos, si tenía algún problema que no se atrevía a contar a nadie. Me miró con pena.

—Sí, señora. El problema es que no puedo contárselo a nadie, y a usted todavía menos: mi madre me mataría. —Comenzó a llorar—. Por favor, déjeme marchar.

Lo solté y dejé que se fuera. Ahora me arrepiento de no haber insistido y haber cerrado los ojos ante un problema que pensé que era cosa de niños. Me arrepiento y me horrorizo al ver lo que podrían haber cambiado las cosas de haber insistido. No me queda mucho de vida, pero hasta el día de mi muerte, y puede que más allá de ella, seguirá retorciéndome el dolor por dentro. Solo me puedo consolar pensando que nadie habría podido imaginar lo que ese niño sabía y su madre, entre otros, escondía.

A Perla no le dije nada. A Mauricio tampoco. Creí que podría ayudar, pero tenía amistad con Perla y pensé que si le comentaba algo podría causarle algún problema al niño asustadizo que acababa de salir corriendo. Subí al dormitorio de Ángel y le pregunté si Sacristán le había contado algo que no le hubiera gustado o le hubiera dado miedo. Contestó que no, que se lo pasaba bien con él y le gustaba su amigo. No le di mayor importancia y comencé a pensar en las típicas excusas: que tal vez se hubiera portado mal con su madre y ella le habría castigado o dado un azote. Era lo más lógico. Un par de días después, Sacristán me buscó y me dijo que sentía haberme asustado, que el problema era que había robado un anillo que tenía su madre y que ella lo había encontrado bajo su

almohadón. Sonreí y le acaricié el rostro para que se calmase. Rehuyó mi contacto y se marchó de nuevo.

Mientras Ángel crecía, su atención en clase se hacía cada vez más dispersa. Se quedaba mirando por la ventana, no atendía a las lecciones y solo pensaba en salir a jugar con Sacristán al jardín, en leer y en las clases de piano que le daba un músico retirado. Solía decirnos a Rafael y a mí, durante las cenas, que de mayor sería escritor o compositor, lo que hacía que Rafael desatase la caja de truenos que llevaba guardada dentro de sí.

—La culpa la tienes tú, Matilde, por llenarle la cabeza con tonterías de cuentos e historias de fantasmas. Así está ahora, que solo piensa en fantasear.

Yo no creía que ese fuera el problema, sino que se aburría en casa. A pesar de llevarse bien con Sacristán, yo pensaba que sería mejor para él que acudiera a una escuela y se relacionase con más niños como él. Rafael no quiso ni escuchar hablar del tema.

—Recibirá la educación en casa. En ninguna escuela le podrán enseñar tan bien como aquí, con un profesor para él solo. Además, la mayoría de las cosas que le enseñarían en la escuela no le servirían para nada. Será el heredero de mi fábrica, y para eso solo necesita aprender números. Yo mismo comenzaré a enseñarle sobre negocios en cuanto sea un poco mayor.

Ángel me decía cada noche en su cama que no quería ser como su padre, que lo que él deseaba era dedicarse a las artes, fueran escritas o tocadas. Yo le pedía consejo a Mauricio y me decía que debía hacerle caso a Rafael: él era un hombre sensato, y yo no debía sucumbir a las fantasías de un niño. Por el momento, le hice caso también a él.

* * *

Recuerdo la mañana en que me despertaron los gritos de Rafael. Estaba sudando y tenía la mano a la altura del corazón. De inmediato avisé al doctor. Apenas veinte minutos después, estaba en casa. Tras examinarlo, dijo que tenía una afección muscular muy difícil de curar, pero que, aunque todo apuntaba a que sus músculos se irían degenerando lentamente, había quien tenía un solo brote y se recuperaba con daños mínimos en los músculos y en el corazón. Solo quedaba esperar. Estuvo convaleciente durante un mes antes de poderse poner en pie de nuevo. Poco a poco fue empezando a llevar una vida normal. Durante el mes de convalecencia, se instaló en un dormitorio al final del pasillo, en la habitación más alejada de la casa. No permitía que nadie se acercase a él, ni siquiera las sirvientas podían ir al dormitorio a llevarle la comida. Todo lo hacía Lucifera, que lo cuidó veinticuatro horas al día. También fue ella quien me dijo que se pondría bien y que no le quedarían secuelas.

Una semana después de su cuarentena, decidí organizar una fiesta en su honor. Necesitaba animarse. Había pensado hacerla en casa, pero uno de sus amigos se ofreció a prepararla en la suya. De esa forma, si se encontraba cansado, podría marcharse a casa sin escuchar los ruidos que cualquier fiesta generaba. Me pareció una buena idea, y así lo hicimos.

Entrada la noche, apareció un hombre con una niña. La hija rebelde de los dueños de la casa. Le ofrecimos quedarse a la celebración y nos contó historias de su trabajo. Me di cuenta de que aquel hombre tenía todo lo que aparentaba Rafael y que en realidad no tenía. Lo invité al siguiente cumpleaños de Ángel y aceptó. A partir de aquel día, nos enamoramos y vivimos una vida oculta a los ojos de Rafael.

Una noche llamó Ricardo a la puerta y nos contó que habían encontrado el cráneo de lo que parecía un niño en el jardín y que habían comenzado una investigación. En un momento en el que se ausentó Rafael, nos besamos. Ángel nos vio. Su respuesta me sorprendió. Él también quería más a Ricardo que a su padre. En ese instante fue cuando comenzó a formarse una idea en mi mente: marcharme con Ricardo y con Ángel. Se lo dije a Ricardo en nuestro siguiente encuentro y me dijo que debíamos planearlo con calma, que las cosas podrían salir mal. La idea se quedó latente.

* * *

Cuando llegó el invierno, pensé que tal vez a Ángel le gustase ver la nieve por primera vez. Le propuse a Rafael un descanso en Navidades para visitar los Pirineos. Entonces recordó que uno de sus empleados le había hablado alguna vez de un pueblecito llamado Graus. Pequeño y acogedor. Fue el invierno de 1922. Rafael intentó buscar un buen hotel donde alojarnos, pero no encontró más que una granja que había sido reconstruida. Él habría preferido otro lugar donde hubiera buenos hoteles, pero a mí me pareció una buena oportunidad para que Ángel se relacionase con gente más humilde que nosotros y comprendiese que tenía una buena situación cuando otros no tenían nada. Aquella idea también pareció gustarle a Rafael.

—Tal vez eso ayude a que continúe con el negocio familiar. Que vea lo que ocurre cuando no se tiene dinero.

Ángel disfrutó como nunca con la nieve. Estuvimos una semana en Graus. Rafael se marchaba todos los días a cazar, y yo me quedaba en la granja con la dueña y su hijo. Parecía gente

encantadora. Cuando nos marchamos, me despedí de ella como si de una amiga se tratase.

A medida que los años pasaban, Ángel prestaba menos atención a las clases. Rafael cada vez estaba más molesto con él y lo azotaba cuando le contestaba. Le decía que era un desagradecido, que él se había criado sin nada y que había tenido que dormir en la calle para levantar la fábrica que nos permitió vivir como vivíamos. En momentos así, Ángel se encerraba a llorar en el baño y ni siquiera me dejaba entrar a mí. Al cumplir diez años, su padre se encerró con él en una habitación y le pegó con el cinturón. Ángel le había dicho en una discusión que no quería saber nada de la fábrica y que no quería heredarla. Yo no podía entender la furia de Rafael. Era un niño de diez años: a esa edad no se sabe lo que se quiere. Cuando acabó de pegarle, salió del cuarto y se marchó. Fui a buscar a Ángel. Lo encontré lleno de heridas, incluida la cara. Le había destrozado la ropa y el corazón.

—Debes decirle a tu padre cuando regrese que has cambiado de idea.

—No lo haré, no cambiaré de idea.

—No he dicho que cambies de idea, he dicho que se lo hagas creer a él. Yo te ayudaré a que hagas con tu vida lo que quieras, y no lo que te ordenen.

Me abrazó. Lo metí en la bañera y le limpié la sangre, le curé las heridas y le dije que al día siguiente iría a hablar con el director del mejor colegio de Zaragoza para que lo admitiesen.

Cuando Rafael llegó a casa al anochecer, Ángel le confesó que se haría cargo de la fábrica, como él le había pedido. Sus palabras no eran las propias de un niño de diez años. Se retiró a dormir. Su padre se sirvió una copa de licor para después sentarse a mi lado.

—Mañana iré a hablar con el director del mejor colegio de Zaragoza —dije—. Me da igual lo que opines. Él quiere ir —Rafael estuvo a punto de protestar—, yo quiero que vaya, y tú ya has conseguido lo que querías, así que déjale disfrutar de la escuela.

Al cabo de un rato, dijo que le parecía bien. A la mañana siguiente desperté temprano a Ángel y lo llevé conmigo para hablar con el director, a quien conté la situación. Aquel mismo día comenzó las clases. Envié al chófer a buscarlo. El niño vino contento. No había hecho ningún amigo, pero le gustaban las clases que impartían los profesores. Le divertía salir a correr al patio en la hora del ejercicio. El primer y último amigo que tuvo fue una niña llamada Lena. Me contó que la había conocido en su cumpleaños y que le pasaba lo mismo que a él, que las niñas no querían jugar con ella, motivo por el que se habían hecho amigos. Añadió que la quería mucho y que quería estar siempre con ella jugando o haciendo los deberes. Le dije que podía invitarla a casa cuando quisiera, que me apetecía conocerla. Contestó que la invitaría al día siguiente y que era la hija del zapatero, del hombre a quien yo misma había comprado zapatos.

Al día siguiente mandé al chófer a buscarlos para que no tuviesen que venir andando a casa. Era una niña hermosa, de cabello largo y completamente negro. Era cariñosa, y estaba claro que los dos se llevaban muy bien. Vi a Sacristán espiando tras una puerta y le dije que entrara a merendar y a jugar con ellos. Salió corriendo.

Ángel y Lena pasaron la tarde haciendo los deberes y jugando al escondite. Así fue como los dos encontraron una puerta oculta en la habitación de Ángel. Una puerta que quedaba tras un armario y conducía a una habitación donde a partir de entonces se esconderían para estar solos y jugar sin que nadie los viese.

Los años transcurrían y seguían siendo amigos. Yo veía en ellos algo más que una amistad. Cuando estaban juntos, había

complicidad. Una complicidad que yo sabía que con el tiempo se tornaría en algo más fuerte. Desde entonces, Ángel empezó a jugar menos con Sacristán y llegó un momento en que no quería que fuese con ellos. Decía que era malo, que no era su amigo y que no lo quería cerca de él ni de Lena. No le di importancia: los niños a menudo se enfadan por tonterías y después vuelven a ser amigos.

Rafael también había visto a Lena por casa alguna vez. Cuando le dije quién era, me respondió que debería cuidar las amistades de Ángel, que la hija del zapatero, por mucho dinero que sus padres tuvieran, nunca sería buena para él. No le hice caso, pero les pedí que pasaran la mayor parte del tiempo posible en la habitación oculta para que Rafael no los viese. Una noche, cuando Ángel tenía ya quince años, me confesó que estaban enamorados y que cuando se acabase la escuela se marcharían a vivir juntos. Él encontraría un trabajo para mantener a Lena y vivirían lejos de los ojos de Rafael. Cada día odiaba más a su padre. En primer lugar, sentí miedo y no respondí. Sus ojos me pedían ayuda y se la ofrecí.

—Yo os ayudaré en todo, pero que no se entere tu padre de nada.

Me sonrió, me dio las gracias y me abrazó. Todavía les quedaban un par de años para acabar los estudios. Pensé que tal vez podría pasárseles el enamoramiento. No fue así. Ángel estaba obsesionado con ser escritor y puso todo su empeño en ello. Escribió una novela corta, pero no consiguió que la publicasen. Entonces dejó sus fantasías literarias a un lado y me dijo que debería aprender un oficio para poder pagar una vivienda. Mientras tanto, yo tenía otras ideas para él. Podía comprarle una casa y dejar que vivieran allí, podría pasarles una paga todas las semanas para que no pasaran necesidades. Ángel se negó. Me dijo que aunque fuera yo quien se lo diese, aquel dinero saldría del bolsillo de Rafael. Él no quería nada suyo. Encontraría la forma de solucionar la situación.

Fue un sábado de invierno cuando la furia se desencadenó a mediodía. Los dos se sentaron conmigo en el salón y me dijeron que Lena estaba embarazada. Ángel había conseguido un trabajo de aprendiz para reparar maquinaria textil en una fábrica, y habían decidido buscar un piso. Mi hijo se había hecho mayor a pesar de tener tan solo diecisiete años. Prácticamente tenía mujer y un hijo propio en camino. Me sentí feliz y abrumada al mismo tiempo. Minutos después de haber recibido la noticia, me marché de casa. Por mucho que Ángel se empeñase en conseguir todo sin ayuda de su padre, yo les compraría un lugar donde pudieran vivir. Me dirigí a una agencia inmobiliaria y les expliqué lo que buscaba. Me enseñaron un puñado de pisos y finalmente me llevaron hasta una de las calles de la parte más antigua de la ciudad. La calle era más bien estrecha, pero los edificios eran nuevos. Entramos en uno recién acabado que me pareció perfecto para ellos. Amplio, con suficientes habitaciones y todos los avances y comodidades para el hogar, como dijo el vendedor. Lo compré en ese mismo momento y me entregaron las escrituras en la agencia. Guardé toda la documentación en el bolso para darles una sorpresa y regresé a casa.

Antes de bajarme del coche, escuché los gritos. Me dirigí a la entrada y vi que era Rafael quien gritaba. Subí las escaleras y observé que las criadas continuaban con sus labores, fingiendo no escuchar nada. Lena estaba tirada en la habitación de Ángel, a un lado de la cama, con la sangre saliendo a borbotones de la nariz. Rafael estaba abofeteando a Ángel y le tiraba del pelo. Lena se abalanzó sobre Rafael e intentó que dejase de agredir a Ángel, indefenso ante la fuerza de su padre. Rafael la apartó de un empujón, su cabeza se golpeó contra el suelo y quedó inconsciente. Ángel intentó levantarse, pero no pudo. Me lancé hacia su padre

para protegerlo y comencé a recibir golpes. Rafael me gritó que me apartase y me tiró a un lado. Levantó a Ángel del brazo y lo sacó del cuarto. Cuando me incorporé para seguirlo, me dio un puñetazo en el rostro y me dejó sangrando en el suelo.

—Si vuelves a acercarte a mí, te juro que te mataré. Todo esto es culpa tuya.

Estaba temblando y atemorizada. Nunca lo había visto de esa forma, y nunca habría pensado que pudiera hacerlo. Corrí junto a Lena y comencé a darle pequeños golpes en la cara para que recobrase el conocimiento. Escuché un ruido. Pensé que Rafael regresaba y alcé la vista. Vi a Sacristán en el pasillo, observando la escena. Entonces comprendí que había sido él. Sacristán era testigo silencioso de cuanto ocurría en la casa y se lo había confesado a Rafael. Corrí hacia él, pensando que escaparía, pero no lo hizo. Se quedó como si de una estatua se tratase. Lo agarré por los brazos mientras la sangre seguía saliendo de mi nariz.

—¿Has sido tú? Confiésalo. Has sido tú.

—¡Sí, he sido yo! —gritó.

Le había dicho a Rafael que yo llevaba años ayudando a Ángel y a la hija del zapatero a ocultar su relación, que en más de una ocasión los había espiado a través del ojo de la cerradura del cuarto oculto y había visto cien veces cómo Ángel desnudaba a Lena mientras besaba su cuello y recorría su cuerpo con las manos. Los había visto caer al suelo y a Lena abrazarlo con sus piernas, dejándole que la embistiera, hasta que sus cuerpos se calmaban y se envolvían en una manta.

Esa confesión hacía que los planes que Rafael tenía para Ángel se turbaran. Quería que fuera como él, que encontrase una mujer adecuada a sus exigencias, heredera de una gran fortuna, no de una construida a base de hacer zapatos.

Cuando Lena recuperó la consciencia, me dijo que Rafael la había empujado contra una mesa y se había dado un fuerte golpe en el vientre. Le dije que se tumbase en la cama mientras llegaba el médico. Me pregunté si Rafael también se habría enterado del embarazo. Pensé que era imposible, que solo me lo habían confesado a mí, y que Sacristán no tenía forma de saberlo.

Después de examinar a Lena, el médico dijo que no corría ningún riesgo. Cuando hubo descansado, le dije al chófer que la llevara a casa. Esperaba que Rafael regresara pronto con Ángel, pero llegó solo. Me dio un empujón y me dijo que se encargaría de que su hijo no volviera a ver a esa chica. Se marchó. Yo no estaba dispuesta a que cumpliera sus amenazas.

Durante una semana no supe nada de Ángel. No tenía la más mínima idea de dónde podía estar, ni siquiera si estaba bien. Como sabía que Rafael se marchaba de viaje, pensé que tal vez se lo había llevado con él a Portugal. Lena venía todos los días a casa preguntando por él. El quinto día le dije que había comprado un piso para ellos, que intentara convencer a Ángel para que lo aceptara. Dos días después, un hombre que se identificó como trabajador de la fábrica, se presentó en casa con Ángel. A mi hijo le costaba andar. Aquel tipo me ayudó a meterlo en la cama. Me contó que Rafael apareció hecho una fiera en la fábrica y arrastró a Ángel a un despacho, donde lo dejó encerrado. Después se marchó. Fue él quien lo acogió en su casa y lo cuidó durante todo ese tiempo. Le di las gracias y se marchó. Cuando subí a hablar con Ángel, tenía más heridas por dentro que por fuera. Su padre le había herido el orgullo, el corazón y el alma. Le conté que había comprado un piso para ellos. Como era de suponer, lo rechazó.

—Tal vez todo esto sea una locura. Tal vez padre tenga razón.

Le dije que se quitara esas ideas de la cabeza, que se marchara a vivir con Lena a su nueva casa y se olvidara de su padre y de todo lo que le había hecho, que nunca tendría que darle explicaciones a nadie y yo siempre lo apoyaría en todo.

Lena lo solía visitar por las tardes. Se vestía con trajes anchos que le disimulaban la poca barriga que se le marcaba. Ángel llevaba un mes metido en la cama. Sus heridas no acababan de curarse del todo. Rafael regresó. Parecía un fantasma. Se arrodilló ante mí, me cogió la mano y me pidió que lo perdonara. Me marché sin responder. Subió escaleras arriba y entró en el cuarto de Ángel. También le pidió perdón, pero por respuesta solo obtuvo un «lárgate de aquí».

Aquella noche lo vi todo claro. Había llegado el momento de alejarnos de Rafael. Todos. Salí de casa y fui en busca de Ricardo. Le dije que nuestro plan pronto se podría cumplir, que fuese eligiendo un sitio al que marcharnos. Me confesó que siempre había querido vivir en Formigal, que cuando era niño había visitado a una tía suya y le había parecido el pueblo más bonito del mundo. Pero debíamos esperar. Yo quería conocer a mi nieto antes de marcharnos juntos. Preferí no decirle por qué quería atrasar nuestra huida.

Pocos meses después del regreso de Rafael, Ángel me dio la noticia: se marchaba a vivir con Lena. Aceptaba el piso como un regalo, pero no aceptaría nada más que saliera del bolsillo de Rafael. Me pareció bien: yo no debía inmiscuirme en su vida y ya tenían un techo donde poder vivir.

Tras su marcha, Rafael se convirtió en un fantasma. No hablaba conmigo, y los criados se alejaban al verlo pasar. Le tenían miedo. Un día escuché la conversación de dos de las doncellas. Contaban que Rafael estaba loco. No era capaz de hablar con su mujer, había conseguido que su hijo se fuera de casa cuando todavía no había

cumplido los dieciocho años y prefería hablar con esa gitana siniestra, con el cura y con Perla. Aquello me sorprendió. Las doncellas me dijeron que habían escuchado las voces de la gitana y de Rafael en más de una ocasión, pero no habían sacado nada en concreto. Quise preguntarles por la naturaleza de aquellas conversaciones, aunque, al fin y al cabo, poco me importaban: mi hijo estaba libre de su padre, y a mí me faltaba poco para estarlo. Los visitaba con frecuencia. Eran felices. Ángel tenía un buen trabajo y aprendía rápido. Pronto lo dejarían arreglar maquinaria sin supervisor, y eso le haría ganar más dinero. Se llevaba bien con el dueño de la fábrica; decía que era buena persona, que lo apreciaba de verdad. Mientras tanto, la barriga de Lena seguía creciendo lentamente. Me empeñé en instalarles una línea telefónica en casa para que me avisaran cuando el parto comenzara. Me dijeron que no hacía falta, que una de las vecinas tenía teléfono y dejaba que los vecinos lo usaran cuando lo necesitaban.

La noche del nacimiento de mi nieto vi la silueta de Lucifera por el pasillo de casa y me di cuenta de que hacía mucho tiempo que no la había visto. La seguí sin que me viese y entró en la habitación en la que se había confinado Rafael. Intenté escuchar lo que decían. Apenas pude escuchar más que el hilo de la voz de la gitana y una frase.

—Debes marcharte ahora.

Me retiré de la puerta y me dirigí a mi dormitorio. Escuché los pasos de Rafael descendiendo por las escaleras y la puerta de la entrada cerrarse de golpe. No le di ninguna importancia, no era la primera vez que salía de casa sin dar explicación, y me quedé dormida.

5

No recuerdo la hora exacta a la que sonó el teléfono. Me levanté rápidamente, pensando que tal vez le había ocurrido algo a Rafael, pero la causa de la llamada no era esa. Ángel me telefoneaba para decirme que Lena se había puesto de parto. Colgué el teléfono, subí las escaleras hasta las habitaciones de los criados y desperté al chófer, que dormía junto a su mujer. Le di la noticia y lo dejé vistiéndose. Yo me metí en mi dormitorio también para vestirme. Bajé las escaleras escuchando el sonido del motor y subí al coche. Le pedí al conductor que corriese todo lo que pudiera y aceleró. Veinte minutos después, me dejó en la esquina de la calle delantera: el coche no podía entrar en la que se ubicaba la casa. Le dije que regresara y continuase durmiendo.

—¿No quiere que la espere?

—No, márchate a casa y descansa. Pasaré la noche aquí.

—Como quiera. Pase buena noche.

Bajé del coche y lo vi alejarse. Subí las escaleras del edificio imaginando la carita que podría tener mi nieto. Cuando apenas me faltaba un tramo de escaleras, vi que algo iba mal. La puerta estaba entornada, sin cerrar del todo, y escuché los gritos ahogados de Lena. Había alguien más en la habitación. Escuché la voz de Rafael; parecía estar llorando.

—Lo siento, hijo mío. No debiste ser tú.

Me asusté. Escuchaba los gritos de Lena, pero no la voz de Ángel. Abrí la puerta intentando no hacer ruido y me asomé por la rendija

de la puerta del salón. No podía creer lo que estaba viendo. Sangre esparcida por el suelo. El cuerpo de Ángel yacía tumbado sin vida. Rafael llevaba un cuchillo ensangrentado en las manos. Cuando se levantó, pude ver que había acuchillado a mi hijo hasta la muerte.

—Debiste hacerme caso. —Un mar de lágrimas caía por su cara—. Esto no habría pasado si hubieses aceptado dirigir la fábrica. Nunca pudiste hacer lo que se te dijo… Tu madre tiene la culpa de esa parte.

No podía moverme. Mi cuerpo quedó paralizado por el miedo. Quise dar un paso para pedir ayuda, pero temí que me escuchara y me apuñalase a mí también. Sin embargo, se dirigió a Lena, que al ver que se acercaba a ella se asustó y se puso a gritar. Le tapó la boca con un trozo de sábana cortada y miró bajo su camisón. Metió las manos y tiró. Ella gritó desesperada por el dolor. Quise entrar, pero las fuerzas me fallaron. El llanto de un niño inundó la habitación y Lena dejó de gritar. Alzó la vista para verlo. Rafael los separó con el cuchillo, Lena extendió los brazos para que se lo diese. Vi que estaba perdiendo una gran cantidad de sangre que le brotaba de los muslos. Entonces me di cuenta de que Rafael había metido las manos cuando el niño todavía no estaba fuera y, al sacarlo, le provocó un desgarro. Las fuerzas le fallaron y no pudo abrazar a su hijo antes de desangrarse y caer muerta al lado de Ángel.

El niño no dejaba de llorar en brazos de aquel hombre extraño que lo sujetaba sin el cariño que sus padres le habrían dado. Rafael se puso en pie y cogió una manta que encontró en una silla. Envolvió al bebé en ella, tapándole también la cara, y se dirigió a la puerta. Me escondí en la habitación de la cocina y esperé en silencio a que se marchara de allí. Cuando escuché que sus pasos se perdían escaleras abajo, entré en el salón y contemplé la escena. Lena había muerto desangrada; de lo contrario, también la hubiese matado,

igual que a mi hijo. El niño a quien había criado durante todos aquellos años había muerto a manos de su padre. Me arrodillé a su lado y lo abracé, mientras unas lágrimas arrancadas de lo más profundo de mi ser emergían a la superficie con más rabia de la que nunca había sentido. Entonces pensé: el niño, ¿dónde lo lleva, qué hará con él? Tal vez todavía existiera alguna esperanza de vida para él.

Bajé las escaleras. No sabía hacia dónde dirigirme. Entonces vi unas gotas de sangre que debían haberse resbalado de las manos ensangrentadas de Rafael. Al salir fuera, vi su silueta encorvada caminando por la calle principal. Lo seguí, intentando hacer el menor ruido posible. Caminé tras él hasta el parque del que me había hablado Ángel, donde iba a jugar con Lena cuando eran niños. Al ver unos columpios, los imaginé a los dos montados en ellos. Ahora ya no quedaba nada de esos recuerdos. Rafael se introdujo en las profundidades del parque, que en realidad parecía una especie de bosque. Lo seguí, escondiéndome tras los árboles, hasta que vi que subía por un montículo de césped. El punto más alto del parque, y la luna llena reinando sobre él. Dejó la manta a un lado y escuché al bebé llorar, pidiendo calor. Rafael se arrodilló y comenzó a cavar. No podía entender para qué lo hacía. Entonces pensé que tal vez era el momento de correr hasta el niño, cogerlo y escapar de allí. Quizá fuera la única oportunidad de poder rescatarlo. Di un paso hacia delante, dispuesta a correr como hacía años que no lo hacía. Tuve que detenerme al ver que Rafael se ponía en pie y se limpiaba el sudor de la frente. En ese instante abrió la manta y cogió al bebé por la pierna. Lloraba y gemía. Se me encogió el corazón cuando fui consciente de lo que pretendía hacer. Arrojó al niño dentro del hoyo y ahogó su llanto echándole tierra con el pie. Pude ver cómo la pisoteaba para aplanarla y después descendía la pequeña colina. Me

escondí entre los arbustos y pasó a mi lado sin pretenderlo. Lo escuché llorar, pero poco me importaban sus remordimientos. Tenía el alma más negra que nadie pudiera imaginar.

Cuando lo vi salir del parque, corrí al montículo. El vaho salía de mi garganta. Me arrodillé frente a la tierra removida y comencé a cavar. Escuché el llanto del niño. Todavía respiraba. Cavé hasta que vi su mano cubierta de tierra y tiré de ella para sacarlo. Cogí la manta que Rafael había arrojado al suelo y limpié su cuerpecito. Saqué con los dedos la tierra que tenía dentro de la boca y le quité la que tenía alrededor de los ojos. Lo envolví en la manta e intenté darle calor. De repente, miré a ambos lados y me encontré sola. No sabía qué hacer ni dónde acudir. No podía ir a casa, al menos hasta que pasara un buen rato, pero no debía quedarme a la intemperie si no quería que el niño muriera de frío. Solo podía regresar al piso donde yacían Ángel y Lena.

Comencé a caminar. El bebé había dejado de gritar. Ahora parecía que dormía. Subí las escaleras y cerré la puerta del piso tras de mí. Dejé al niño en la habitación que habían preparado para él y me senté en una silla, intentando calmar mis nervios. Necesitaba pensar. Me di cuenta de que mi ropa estaba llena de sangre. Entré en el que había sido el dormitorio de mi hijo y busqué entre las ropas de Lena. Encontré un camisón amplio y una bata. Empujé mi vestido al fondo del armario, me lavé la sangre en el baño y me cambié. Entonces fui a casa de la vecina y llamé a la puerta, dispuesta a pedirle que me dejara hacer una llamada. Le expliqué que el parto se estaba complicando y que debía avisar a mi médico. Cuando salí de su casa, me pidió que la tuviera informada sobre el parto. Asentí y volví a subir al piso. Tomás era el médico que siempre nos había atendido en casa, además de una buena persona. Esperé media hora a que apareciera. Cuando llegó, me saludó en la puerta y me preguntó por

la parturienta. Cerré y le comuniqué que no había ninguna, que había muerto. Le hice pasar a la sala y se estremeció.

—¿Puedes hacer algo por ellos? —pregunté, en un intento desesperado.

Se acercó al cuerpo de Ángel, que todavía mantenía los ojos abiertos, y le tomó el pulso.

—Está muerto. —Se acercó a Lena y de igual manera confirmó su muerte—. ¿Y el niño?

—El niño se encuentra bien —respondí.

—¿Quién ha hecho esta barbarie? —preguntó.

—No lo sé, Tomás, cuando he llegado los he encontrado así. He pedido a una de mis criadas que se llevara el bebé a casa. Todavía estaba entre sus piernas cuando he llegado. —Asintió—. Cuando salga de aquí, iré directa a la Brigada Criminal para poner la correspondiente denuncia.

Asintió de nuevo. Se sentó en la mesa de la cocina, sacó de su cartera dos partes de defunción y los cumplimentó. Me los tendió.

—Te harán falta.

Los cogí y me dijo que se marchaba.

—No le hables de esto a nadie por favor, ni siquiera a Rafael. En las condiciones en que se encuentra ahora, no creo que pudiera soportarlo; yo lo haré cuando lo considere conveniente.

—No te preocupes, no soy forense, solo he podido certificar su muerte. Espero que encuentren al animal que lo ha hecho.

—Yo también —dije.

Me quedé en el piso y me acurruqué junto al bebé, intentando sacar las mejores conclusiones posibles de los hechos. Si acudía a la Brigada, lo más probable sería que encubrieran a Rafael del crimen que había cometido. Era un hombre poderoso y buscaría buenos

abogados para que acusaran al primer desgraciado que encontraran, de manera que esa no era la mejor opción.

A medida que pasaban las horas, decidí regresar a casa, como si nada hubiese ocurrido. Ahora tenía un nieto en quien pensar y aquella casa con sus dos padres muertos no era el mejor escenario, ni para él ni para mí. Lo cogí en brazos, todavía dormido, y me encaminé a casa. Entré por la puerta trasera de las cocinas y subí por las escaleras del servicio. Nadie debía verme con el bebé en brazos. Lo dejé envuelto en la manta, en la habitación oculta del dormitorio de Ángel. Fui a los cuartos de las doncellas y pedí a Felicia, una de las que había sido madre recientemente, que me ayudase. La llevé con el bebé y le pedí que le diese el pecho. De igual manera, le rogué que no saliera de la habitación en unos días; yo la abastecería de comida y agua. Debía cuidar del bebé. Entonces me pidió que le llevase a su hijo. Eso mismo hice: lo cogí de su cuna y lo llevé con ella. Después me metí en la bañera y dejé que el agua fría recorriera mi cuerpo. A las nueve de la mañana comprobé que Rafael estaba dormido en su cama. Telefoneé a una funeraria y solicité la presencia de algunos de sus empleados en el piso a las diez de la mañana. Cuando llegué para esperarlos, creí que mi corazón se detendría. Lena se arrastraba por el pasillo, intentando alcanzar el baño. Estaba viva. Corrí hacia ella. Tenía la cara ensangrentada, se había arrastrado por la habitación y abrazado a Ángel.

—Está muerto —dijo con un hilo de voz.

—Sí, cariño, está muerto.

—Fue Rafael.

—Lo sé, hija mía, pero no debes preocuparte de eso ahora. Yo te ayudaré.

La cogí de los brazos para intentar levantarla y la llevé al baño. Tenía el camisón y las piernas cubiertas de sangre. Había perdido mucha durante el parto y se había quedado inconsciente. Su corazón comenzó a latir con muy poca fuerza. Al no tener apenas sangre que bombear, Tomás no pudo encontrarle el pulso. Estaba viva, pero yo seguía temiendo por su vida. Estaba pálida y apenas podía abrir los ojos. La desnudé y la metí en la bañera. La limpié con una esponja mientras el agua se tornaba de un color rosado cada vez más intenso. Vacié la bañera y la volví a llenar con agua limpia.

Llamaron a la puerta. Lena se asustó y le dije que no se preocupase por nada; estaba todo bajo control. Dos hombres vestidos de negro entraron por la puerta y me dieron el pésame. Los conduje al salón y se santiguaron al ver el horror que se había sembrado en el cuarto.

—Santa madre de Dios, ruega por nosotros pecadores. ¿Qué ha ocurrido aquí?

—Ustedes hagan su trabajo. Las autoridades pertinentes ya están informadas.

—Sí, señora, disculpe mi intromisión. Solo un detalle: nos dijeron que había dos cadáveres.

Soplé, intentando mantener el semblante firme, pero se me caía a pedazos.

—Mi secretaria es una inútil. Solo hay uno, pero no se preocupen, les pagaré por las molestias.

—Bien, señora. Gracias.

Aquellos dos hombres subieron a cuestas el ataúd de mi hijo y guardaron su cuerpo de dieciocho años para siempre. Sentí cómo su vida se había escapado de una de las peores formas que pudiera imaginarse cuando comenzaba a vivirla. Regresé al lado de Lena. La saqué del agua, la sequé y la vestí. Entré en la cocina y calenté un

caldo que encontré en una sopera. Debía comer si quería salir del paso. Le sostuve la cabeza para que sorbiera pequeños tragos y la obligué a apurar el tazón entero. Después se quedó dormida. Mientras ella descansaba, comencé a limpiar los restos de sangre del salón. Me fue imposible quitar algunas de las manchas que había absorbido la madera. Bajé de nuevo al piso de la vecina y le dije que el parto había ido bien, pero que necesitaban guardar reposo tanto ella como el bebé.

—¿Ha sido niño o niña?

Me volví para que no viese que los ojos se me humedecían y le dije que había sido varón.

Llamé por teléfono a mi casa y pedí al ama de llaves que fuese a buscar a una doncella. Cuando se puso al aparato le di la dirección y le rogué que guardara silencio al respecto. Le di una moneda a la señora del piso por las molestias y me despedí de ella. Esperé a que la criada llegara y le dije que iba a estar unos días en esa casa cuidando de una mujer enferma. No sabía si conocía a Lena, pero al verla no hizo amago alguno de saber de quién se trataba. Le di órdenes expresas de que no abriese la puerta a nadie bajo ningún concepto. Para asegurarme, cerré con llave al salir.

Regresé a casa. Aunque estaba verdaderamente fatigada y necesitaba descansar, quería ver a mi nieto antes de meterme en la cama. Por la puerta trasera, subí al piso superior por la escalera de servicio. Entré en mi dormitorio y comencé a desvestirme. Entonces alguien llamó a mi puerta. Cuando di permiso para entrar, vi a Rafael. Estaba sonriente. Sentí ganas de lanzarme a él y acuchillarlo, como había hecho él la noche anterior con mi hijo. Entonces pensé que si no había acuchillado también a Lena era porque, al igual que yo, la había dado por muerta. Me dijo que tenía una sorpresa que darme, que alguien nos esperaba en el salón. Me dejó sola después

de decirme que me diese prisa en bajar. Respiré hondo. En primer lugar, pensé que tal vez quisiera matarme a mí también, pero intenté convencerme de que no lo haría en una casa llena de criados. Bajé las escaleras y le escuché hablar animadamente. Entré en el salón y lo encontré de pie. Junto a él había un joven que se había sentado a la mesa, dándome la espalda.

—Vamos, hijo, levanta y no le des la espalda a tu madre.

El chico se levantó y me miró. Al ver su rostro, sentí que me fallaban las fuerzas y caí al suelo. Rafael corrió a mí para llevarme al sofá. Me tumbó y llamó a una de las doncellas para que trajese agua. Me incorporé y volví a mirar a aquel chico. Era imposible. Era imposible por completo. Ángel estaba muerto, y no delante de mí, con la mirada perdida en el suelo.

—Ángel, ven aquí y dile a tu madre lo que has venido a contarme a mí esta mañana.

Aquel chico dio la vuelta tras el sofá y se sentó a mi lado. Apoyé las manos sobre él para asegurarme de que no lo estaba imaginando y sentí que le temblaban las manos.

—Mamá, tengo que contarte una cosa.

Me faltó el aire y me dio la impresión de no estar sentada en el sofá, sino flotando por la habitación. Mi hijo estaba muerto, pero lo tenía frente a mí.

—Os dejaré a solas para que charléis —dijo mi esposo.

Se marchó y cerró la puerta.

—He estado hablando con padre esta mañana y le he pedido permiso para volver a casa. Lena me ha abandonado y se ha llevado a nuestro hijo con ella. Ahora veo que padre siempre ha tenido razón. Nunca debí despreciar la fábrica y la vida que me habéis dado. Regreso a casa, mamá.

Al terminar de hablar, las lágrimas se le escaparon de los ojos. Estaba temblando. Me puse en pie y me alejé de él. El parecido era asombroso. Era como estar ante mi propio hijo. Me pregunté dónde lo habría encontrado Rafael. Su rostro era el mismo, pero algo más menudo, lo suficiente como para que una madre lo notara.

—¿Quién eres tú? —pregunté, sin quitarle la vista de encima.

Los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas y me observó con la misma mirada de Ángel.

—Soy tu hijo —respondió con un hilo de voz, agachando la mirada.

Estuvimos más de una hora contemplándonos el uno al otro. Por más que buscase diferencias solo veía la de su tamaño. Rafael abrió la puerta y se acercó a mí.

—¿No es maravilloso? Todos en familia otra vez. Pediré que preparen una comida especial.

Comimos los tres juntos, aunque yo apenas probé bocado. Rafael y aquel chico comían con gana. Después de la comida, me retiré a mi dormitorio. Me metí en la cama, pero fui incapaz de pegar ojo. Estaba atónita. Cómo me habría gustado poder fingir que ese muchacho era mi hijo. Cómo me habría gustado que fuera cierto, que Ángel estuviese vivo y con buena salud. No era así. Yo misma había visto su cuerpo rígido hacía apenas unas horas y cómo se lo llevaban de allí en un ataúd. Me metí el puño en la boca para que nadie me escuchase gritar. Aquella noche pedí a Rafael que se quedase después de cenar para hablar. Cuando el chico se marchó a su dormitorio, serví dos copas de vino tinto y le tendí una a mi esposo. Le pedí que brindara conmigo por el regreso de nuestro hijo. Cuando me fui a dormir, me dijo que me acompañaba. Se echó a mi lado en la cama y yo aguardé despierta. No tardó en quedarse dormido por el efecto del somnífero que le había puesto en el vino.

Corrí las cortinas de la habitación y encendí las lamparillas. Cerré la puerta con llave desde dentro. Coloqué una de las butacas de nuestro dormitorio en su lado de la cama y lo empujé, haciéndolo girar para que cayese sobre ella. Tiré como pude de sus brazos para poder colocarlo bien sobre la butaca y después lo até. Salí del cuarto y cerré desde fuera. Fui a las cocheras en busca de los ladrillos sobrantes de la obra de construcción de la casa y preparé cemento en un cubo. Tuve que dar cuatro viajes de vuelta al dormitorio, uno con el cemento y los otros cargada con sacos de ladrillos. Empujé la butaca y la metí en el pequeño baño de la habitación. Lo dejé frente a la puerta, pegado a la pared. Abrí la puerta de par en par y encendí la luz. Comencé a levantar su tumba, añadiendo desde la parte exterior una capa de ladrillos a la pared del baño. Cuando llegué a la altura de su cabeza me detuve y comencé a remover el cemento para que no se secara. Esperaba que despertase. Cuando escuché que sus ronquidos se acabaron, me levanté y lo miré fijamente, hasta que despertó. Abrió los ojos e intentó levantarse. Al verse atado, comenzó a insultarme.

—¡Desátame! —gritó.

Ignoré sus súplicas y comencé a levantar una fila de ladrillos tras otra, hasta que sus gritos comenzaron a ahogarse. Al terminar de levantar la pared, fui a por cemento y cubrí con él los ladrillos. Salí de la habitación, cerré por fuera y bajé a desayunar. Vi a aquel chico esperándome para comer conmigo. Cerré la puerta y me enfrenté a él. Le grité que no era mi hijo, que dejase de decirlo, y rompió en lágrimas.

—Lo siento, señora, pero si no finjo serlo, me matarán.

—¿Quién te matará?

—No puedo decírselo, señora. Quiero vivir.

—¿Dónde te encontró mi marido?

No respondió. En su lugar se agarró a mis manos y me pidió que lo perdonara.

—Rafael no va a hacerte nada. Se ha marchado esta mañana y no va a regresar.

—No es él quien me da miedo, señora. Por favor, no me haga más preguntas.

Lo abracé y le pedí que se calmara. Intenté que comprendiera que no le hablaría a nadie al respecto. Entonces, mientras lo abrazaba, se me ocurrió otro plan. Antes de llevarlo a cabo, pinté la pared de cemento y coloqué un cuadro sobre ella. Fui a la casa de mi hijo con el coche y la doncella me ayudó a introducir en él a Lena. Apenas tenía consciencia. La metí en la cama. Al verla dormida, pensé que tal vez ese chico que fingía ser Ángel pudiera serlo para ella. El problema ahora era el bebé. Quien hubiera amenazado al chico tenía que estar al tanto de que el bebé estaba muerto. Y así seguiría siendo. Al igual que ocurría con Lena: también debían creer que seguía muerta. Le dije a la doncella que debía ocuparse de que no entrara nadie en la habitación más que Ángel y yo. Le pedí al chico que se sentase con ella en la cama y le acariciase el pelo, que lo hiciera todos los días hasta que se recuperara. Después se casaría con ella. Le diría que su hijo había muerto y solo estaban ellos dos. Le rogué que no le comentara a nadie que ella estaba en la casa. Asintió e hizo todo lo que le pedí. Aunque la conciencia me remordiera, lo más seguro era alejar al bebé de Lena. Aquella tarde visité a Ricardo y le dije que mi marido había desaparecido, que no sabía dónde estaba, pero que tampoco tenía muchas ganas de saberlo: me constaba que tenía una amante y se había ido con ella a algún lugar. También le dije que esa sería la última vez que nos veríamos y que no podríamos marcharnos juntos, que las circunstancias habían cambiado. Fue la última vez que lo vi.

Estaba planteándome qué hacer a partir de entonces; no sabía cómo proceder. El bebé seguía encerrado en el cuarto con la doncella, pero no podría tenerlo siempre allí. Entonces comencé a pensar en la posibilidad de que nos marcháramos los tres. Convoqué a todos los sirvientes en el salón, incluido Mauricio. Me di cuenta de que faltaba Lucifera y pregunté por ella. Nadie la había visto desde aquella mañana. Se había esfumado. No pude evitar establecer una relación entre la desaparición de aquella mujer y la muerte por asfixia de Rafael. Anuncié a los criados que me marchaba con mi hijo, que vendía la casa y debía despedirlos a todos. Tenían tres días para recoger sus cosas. Se marcharon entre murmullos. Mauricio se me acercó.

—¿Por qué has tomado esta decisión tan drástica, Matilde? ¿No deberías consultarlo con tu marido?

—Mi marido está muerto, Mauricio, y yo me marcho.

Asintió y se marchó. Unos minutos después, alguien llamo a la puerta y fui a abrir. Era un hombre delgaducho y de baja estatura que se presentó como el abogado de Rafael. Tenía una cita concertada con él. Le dije que no se encontraba en casa y posiblemente no regresaría. Cuando le dije que era su esposa, me entregó unos papeles.

—¿De qué se trata? —pregunté.

—Son los documentos que me pidió su marido para el cambio de nombre de la fábrica.

Al escuchar sus palabras, le pedí que entrase y me explicara de lo que hablaba. Comenzó a enseñarme una serie de papeles y me fue comentando lo que significaba cada uno de ellos. En conjunto venían a contar que la fábrica pasaba a manos de un matrimonio cuyos nombres desconocía, a petición de Rafael. Aun así, Ángel de León

sería beneficiario de la mitad del dinero procedente de la explotación de la fábrica.

—Quédese tranquila, a su hijo no le faltará nada y se librará del trabajo.

El abogado se fue. Yo no sabía qué pensar. ¿Por qué mi esposo había vendido la fábrica y el abogado me había dicho que nuestro hijo la heredaría? Aquel mismo día concerté una cita con un anticuario de la ciudad y vendí una gran parte de los muebles por una importante suma de dinero. Después salí de casa y retiré todo el dinero que teníamos en el banco. Cuando regresé, vi un furgón de la Guardia Civil aparcado frente a mi casa y entré corriendo. Las doncellas estaban consternadas. Una de ellas había encontrado a Ángel de León ahorcado. Entré en la habitación y lo vi colgado del cable de la lámpara. No podía creerlo: había perdido a mi hijo dos veces. Uno de los guardias me mostró una nota de suicidio en la que se despedía de mí y me pedía perdón. Se lo llevaron. Un médico forense al que ellos mismos habían avisado certificó su muerte. Cuando me quedé sola, fui a la habitación de Lena. Estaba mareada, pero me sonrió.

—Ángel no está muerto, Matilde, solo tenía heridas.

—Lo sé, hija mía.

—Me ha dicho que el bebé ha nacido muerto.

—Así es, mi niña.

—También me ha dicho que nos casaremos en cuanto me recupere. ¿Dónde está? Quiero verlo.

No tuve valor para decirle que ese chico a quien creía su marido se había ahorcado o lo habían ahorcado. Le dije que había tenido que salir de viaje por un asunto de negocios y pasaría un tiempo fuera, pero que nos escribiría.

La dejé al cuidado de la doncella y me senté en el sofá. Había dos posibilidades. La primera: que en realidad se hubiera suicidado, cosa que no creía, pues parecía estar comenzando a ver su vida con otra perspectiva. Se casaría con una mujer, y eso me pareció que le había gustado. La segunda era que alguien lo hubiese matado, como él temía. Si me hubiese dicho de quién tenía miedo, habría podido ayudarlo, o al menos saber quién lo había matado. Estaba a punto de enloquecer. Tal vez, verdaderamente, se había suicidado. Ya poco importaba, aunque debía hacer desaparecer al bebé de la escena. Quien fuera que hubiese acabado con la vida de Ángel, lo mataría si descubría que seguía vivo. Entonces recordé aquella granja en Graus y pensé entregárselo a aquel matrimonio para que lo cuidaran.

Antes de marcharnos, me aseguré de dejar cerrado el piso de la calle Rufas. Enterré en el ático la llave, junto con el parte de defunción del chico que se había hecho pasar por Ángel. Aquella noche le dije al chófer que tenía un último trabajo para él. Debía llevarnos a Graus. Cuando todos dormían, la doncella me ayudó a sacar a Lena por la escalera de servicio para que nadie la viese y la metimos en el coche. Cogí en brazos al bebé y nos marchamos. Durante el viaje pensé en quedarme con él, pero el temor a que alguien lo descubriera de alguna forma me impidió hacerlo.

Llegamos a la granja de madrugada. Lena dormía en el coche; yo entré con el bebé en brazos. Ángeles lo cogió cuando se lo ofrecí, y lo abrazó con fuerza. Les dije que era mi nieto y que no podía hacerme cargo de él. Al preguntar por su hijo, Ángeles me miró, a punto de echarse a llorar. Fue Arturo quien me contó lo que había sucedido. Me estremecí. Entonces fui al lado de Ángeles y le dije que debía cuidar de mi nieto, que pensara que era una segunda oportunidad. Su marido dijo que estaba loca, que no podían hacerse cargo de ese niño y que él nunca podría reemplazar a Víctor. Ángeles

se puso en pie y le hizo frente. Sería otro Víctor, un hermano. Entonces les ofrecí una buena suma de dinero y mi casa. La casa que me había regalado mi padre al regresar de mi luna de miel. Tardé un buen rato en convencerlos, pero la vida que les ofrecía era muy apetitosa y no pudieron negarse. No tendrían que volver a trabajar. Yo misma pensaba que era una locura, pero no encontraba otra salida por ninguna parte. Les comenté que mi chófer debía llevarme a una nueva casa y que le dejaría órdenes de que los fuese a buscar a la mañana siguiente. Subí al coche echando de menos el calor del cuerpo del bebé.

Al llegar a Formigal, nos alojamos en un hostal. A la mañana siguiente salí en busca de alguna propiedad que estuviese en venta. No tardé en encontrarla. Era una casa maravillosa. Bonita por fuera, y acogedora y cálida por dentro. Tenía un buen precio, y su mantenimiento no podía costar demasiado. La compré aquel mismo día y nos instalamos en ella. Después le dije al chófer que debía regresar a la granja de Graus y dejar a los señores instalados en ella. La recuperación de Lena fue mucho más lenta de lo que había imaginado. Me preguntaba constantemente por Ángel. Yo fingía que recibía sus cartas, en las que explicaba las hermosas ciudades que visitaba y las ganas que tenía de regresar a casa. Sabía que, cuanto más tiempo lo alargase, peor sería después. Me daba miedo decirle que no volvería a verlo, así que esperé a que se recuperase para hacerlo.

Dos meses después, Lena mostró una clara mejoría. Podía bajar sola al salón. Me pidió que le dejase las cartas de Ángel, esas cartas que no existían, que nunca habían existido. Quería leerlas ella misma. El pulso me tembló al decirle que Ángel no iba a regresar, que había muerto en aquel piso meses atrás, que sentía haberle mentido, pero que temí un empeoramiento si se enteraba de su

muerte. Cuando me dijo que estuvo a su lado en la cama, le expliqué que había tenido fiebres y lo había visto en sueños. Lloró amargamente durante una semana entera. Iba constantemente a su dormitorio para intentar consolarla, pero no podía hacerlo.

Así pasó un año, sin levantar cabeza y sin poder olvidarse de él. Entonces pensé que tal vez su mejor destino habría sido el de haber muerto junto a Ángel aquella noche de invierno. Además, la vida que llevaría a partir de entonces no se podía considerar vida. Debería estar confinada para siempre en casa por temor a que la matase la misma persona que había acabado con el chico que fingía ser Ángel. Su vida sería su cárcel. Había aprendido a quererla como mi propia hija y quería lo mejor para ella, aunque no podía dárselo.

Una noche me desperté al escuchar un ruido. Salí al pasillo y la encontré tirada en el suelo del baño con las muñecas cortadas. Quería morir, pero yo no lo permitiría. Apreté una toalla con fuerza contra sus muñecas y corté la hemorragia. Se las vendé y la llevé a la cama. Cuando recobró la consciencia y vio que seguía con vida, me dio la espalda y rompió a llorar. Una semana después volvió a intentarlo con veneno. En aquella ocasión tuve que avisar al doctor de la zona. Al ver que había intentado suicidarse, la trasladó al hospital de Huesca. Allí le diagnosticaron un cuadro psíquico y la internaron en un sanatorio. El primer mes no me permitieron verla. Después empecé a pasar unos minutos con ella. A pesar de que el horario de las visitas se fue ampliando paulatinamente, apenas quería hablar conmigo. El doctor que la trataba me dijo que tenía la mente bloqueada por culpa de lo que fuese que la había inducido al suicidio. Aunque no podría salir hasta pasados muchos años, mis visitas serían de gran ayuda para ella.

Pensé que tal vez no sería tan malo que estuviese recluida en un sanatorio perdido. Así, a quienquiera que fuese la persona que había

matado a Ángel, no le resultaría tan fácil encontrarla. Con el tiempo pareció que volvía en sí. Muy lentamente. Recordaba cosas de su infancia, de la zapatería y de Ángel. Hablaba de él como si estuviese vivo, pero a medida que los años pasaban, lo hacía cada vez menos. Hasta que llegó un momento en que dejó de mencionarlo.

Seis meses antes de que usted, Iván, viniese a mi casa, por fin le dieron el alta médica. Podía estar en casa mientras recibiera algunos cuidados, aunque apenas necesitaba ninguno. Parecía una mujer normal, y tal como hablaba daba la sensación de que no recordaba nada de lo sucedido. Era como si no tuviese pasado alguno. Hasta la mañana que descubrí una nota en mi tocador y vi que lo que había estado haciendo durante tantos años era fingir. Fingía que se olvidaba de todo lo que le había causado problemas y de la causa de sus intentos de suicidio, pero sabía perfectamente todo lo que había ocurrido. En su nota dijo que se marchaba a Zaragoza en busca de sus recuerdos. No volví a verla. Si quería regresar, sabía dónde encontrarme. Le había robado muchos años de su vida y pensé que con los que le quedaban podía hacer lo que quisiera. Cuando leí la nota, supe que no regresaría. No lo hizo. Después vino usted, Iván de Luarte, hablándome de Víctor y de Ángel. En el momento en que me dijo que alguien había entrado en las dos casas, no tuve duda de quién había sido. Lena, buscando los pocos recuerdos que tenía de su vida, de la vida que debió tener y que se habían llevado una noche a cuchilladas. Usted se marchó de aquí abriendo una herida que ya creía cicatrizada. Qué equivocada estaba. Simplemente estaba enterrada entre toneladas de nieve. La nieve que cae aquí cada invierno y lo cubre todo de un manto blanco y espeso. Después recibí el manuscrito de Sacristán, aquel niño extraño y solitario. Sus palabras terminaron de aclarar mis dudas. ¿Quién era el chico que Rafael me había presentado como Ángel? ¿Quiénes eran los

propietarios de la fábrica? Y mil preguntas más que ya había olvidado, hasta que leí el manuscrito de Sacristán.

6

—Nunca habría podido imaginar la infancia de aquel niño ni los secretos que sus ojos habían sabido guardar durante tanto tiempo —dijo Matilde.

—¿Va a contármelo? —pregunté.

—Será mejor que lo lea usted mismo, Iván de Luarte. No creo que mi corazón pueda resistir otra vez esa historia. Hágame un favor y dígale a mi sirvienta que necesito ir al lavabo. Puede comer algo en la cocina y leer esas páginas en el salón. Yo necesito descansar.

—Claro, Matilde, ahora mismo aviso.

Salí de la habitación con las hojas bajo mi brazo y fui a la cocina a avisar a la sirvienta. Tomé un vaso de agua y me senté en el sofá. Frente a la estufa encendida, comencé a leer.

7

Me gustaría pedirle disculpas de antemano, Matilde. Aunque siempre fue buena conmigo, yo nunca lo fui con usted. Podría haber evitado todo cuanto ocurrió. No lo hice por miedo. Todo estuvo en mis manos durante mucho tiempo. Habría impedido una tragedia, pero mi madre me atemorizaba. No obstante, no quiero adelantar nada. Necesito contarle mi historia desde el principio para intentar que comprenda mi punto de vista y pueda juzgarme como el niño que era cuando las cosas comenzaron a suceder.

Los primeros recuerdos que tengo son los de una vieja casa donde vivía con mi madre. Ella se dedicaba a fregar para los demás. A mí me dejaba solo en casa. En alguna ocasión cuidaba de mí alguna vecina. Cuando me portaba mal, solía encerrarme en el sótano, siempre oscuro, un sitio donde podía escuchar a las cucarachas correr a mi alrededor. Le pedía que no me encerrase allí, pero le daba igual. Me decía que no le había traído más que problemas, incluso antes de mi nacimiento, que su marido la había abandonado al enterarse de que yo estaba en camino y que ese fue el instante en que su mundo comenzó a derrumbarse. También recuerdo que una mañana salimos de casa y me dijo que no seguiríamos viviendo allí. Había encontrado un buen lugar donde trabajar y tendríamos nuestro propio cuarto en la casa. Yo me alegré al pensar que no volvería a encerrarme en aquel agujero.

Recuerdo las pocas ocasiones en que me permitía acompañarla a la calle. Me gustaba que me diese el viento en la cara y que me

llevara al mercado a ver los puestos llenos de comida. Me gustaba ver el rojo de los tomates al lado del verde de las judías y el blanco de las cebollas. Me parecía que el mundo fuera de casa era hermoso. A veces dábamos con algún puesto de juguetes y yo veía trenes y barcos tallados en madera, pero nunca me compró ninguno. De vez en cuando nos sentábamos en un banco y veíamos pasar a las señoras seguidas de sus sirvientas a satisfacer sus antojos en cualquier joyería. Mi madre las señalaba y decía:

—¿Las ves? Algún día seremos como ellas y no tendremos que trabajar para nadie.

Yo le cogía la mano y le decía que sí, que algún día lo conseguiría. Pero entonces no sabía lo que estaba dispuesta a hacer para lograrlo.

Cuando entramos a formar parte del servicio de la nueva casa, la dueña no nos trató precisamente bien. Mi madre se ocuparía de limpiar las habitaciones de los señores y de sus tres hijos. Yo debía ayudarla y así ganarme la comida. Había que cambiar las sábanas a diario, lavar las que quitábamos y ponerlas a secar, plancharlas y plegarlas. Después debíamos sacudir las alfombras, también a diario, quitar el polvo, barrer y fregar el suelo de todas las habitaciones. Terminábamos tarde y muy cansados. De noche, ya en la cama, mi madre me decía que odiaba a la señora, que no debería existir gente que mereciera tan poco el dinero que tenía.

Fue entonces cuando se me ocurrió una idea para ayudar a mi madre. Quería que fuera como las señoras que veíamos pasear por el paseo de la Independencia y entrar a restaurantes finos donde a nosotros no nos dejaban ni asomar la cabeza por las ventanas. A la mañana siguiente, la señora tenía una reunión con sus amigas en una casa de campo alejada de Zaragoza. Sus hijos irían con ella, y su marido se marcharía a trabajar, así que me metí en su dormitorio

y abrí el joyero. Anillos y pendientes llenos de brillantes. Peinetas con piedras rojas y colgantes de piedras azules y verdes. Todas resplandecían a la luz del sol que entraba por las ventanas. Lo primero que cogí fueron los pendientes. Me los metí en el bolsillo del pantalón, subí a nuestro cuarto y los escondí dentro de un tronco hueco que mi madre usaba para remover el fuego de un viejo hornillo.

Al regreso, la señora descubrió el robo y ordenó a todos los criados que nos personásemos ante ella en la entrada principal. Nos contó lo sucedido y dijo que si no aparecía el culpable, haría registrar todas las habitaciones. Y lo hizo, seguida de sus tres hijos, tres chicos con cara larga y aburrida que parecían mirar todo cuanto les rodeaba con desprecio e indiferencia. Buscaron en todas las habitaciones, una por una, sin encontrar nada. Sin embargo, no se les ocurrió mirar en ningún tronco seco. Lo hicieron entre la ropa, los bolsillos, las sábanas raídas con las que nos cubríamos, y bajo las camas, pero no consiguieron su objetivo.

Una semana después, cogí dos anillos de oro. La búsqueda se llevó a cabo de nuevo sin éxito. Una noche le enseñé a mi madre lo que había robado y le dije que era para ella, que si los vendía podría comenzar a llevar la vida que deseaba. Me dio un bofetón y me dijo que cualquier joyero descubriría que eran robados, que alguien como ella no podía tener esas posesiones y que la denunciarían y encerrarían en un calabozo. No me dejó dormir en la cama y tuve que hacerlo en un rincón en el suelo.

Al día siguiente devolvió las joyas al joyero y continuó con su trabajo sin dejar que la ayudase. Aquella misma tarde, cuando la señora regresó a casa, subió a nuestro cuarto. Le dijo a mi madre que desde la desaparición de los anillos les había quitado a todas las doncellas las llaves maestras y que solo ella podía acceder a las

habitaciones. Por lo tanto, estaba claro: había sido mi madre quien había robado las joyas. Le dijo que no la denunciaría al haber recuperado todo lo robado, pero que debíamos marcharnos esa misma tarde y no volver a aparecer por la casa. Metimos nuestras ropas en un saco de tela y salimos a la calle. Solo había un sitio al que poder regresar: la casa con el cuarto donde mi madre me encerraba. Aquel fue mi castigo. No sé cuánto tiempo pasé allí, pero fueron varios días, durante los cuales solo pude beber agua. Creí que moriría y comencé a rezarle a Dios para que me perdonase y me llevase con él, en vez de enviarme al infierno a pagar por mis pecados. Cuando pensaba que solo me quedaba esperar la muerte, mi madre abrió la puerta y me dijo que debíamos ir a una casa donde creía que le iban a dar un nuevo trabajo.

Salí de allí y vi de nuevo la luz del sol. Pensaba que era Dios, que me había sacado de allí para darme otra oportunidad. Apreté la mano de mi madre y no dejé que me soltara. En la casa había muchas mujeres esperando a que las admitieran para entrar a formar parte del servicio. Según escuchamos contar a dos de ellas, se trataba de un matrimonio recién llegado de la luna de miel que, como regalo de su padre, había recibido aquella casa a su regreso. Cuando vi a la dueña, me pareció que era mejor mujer que la de la casa donde nos habían echado. Tenía una sonrisa en la cara que nunca le vi a la otra. Me pregunté si tendría hijos y cómo los trataría.

Aquel mismo día nos incorporamos al servicio. Yo pensaba que haría lo mismo que en la vieja casa, pero no fue así. Me dijeron que podía jugar o hacer lo que quisiera; era demasiado pequeño para andar detrás de mi madre ayudándola, y ya tendría tiempo para eso en unos años. La casa era bonita y luminosa, en ocasiones me sentaba en alguna de las terrazas a tomar el sol. Me encantaba hacerlo. Pero también tenía algo oscuro. Había una extraña mujer

vestida siempre con telas negras que merodeaba por los pasillos. Me daba miedo. Hablaba constantemente con el señor De León y yo me preguntaba por qué el señor no lo hacía con su señora en lugar de con aquel ser siniestro que a mí me parecía sacado de los infiernos. También rondaba un cura que me observaba con ojos extraños cada vez que me veía y me decía que me quitara de su camino, que los niños solo traían problemas y no servíamos para nada, además de ser un gasto innecesario. Entonces, poco después de llegar allí, escuché una conversación entre aquella gitana y el padre Mauricio. Se conocían. Mauricio la sujetó por los brazos y la llevó arrastrando a uno de los cuartos donde nadie dormía. Me asomé por el ojo de la cerradura y afiné el oído. La sujetaba contra la pared, mientras ella se mantenía firme.

—Qué pequeño es el mundo, ¿no crees? —dijo el cura—. Quién iba a decir que después de tanto tiempo nos encontraríamos de nuevo, hechicera de tres al cuarto.

Ella rio.

—Hace mucho que dejé ese negocio, ahora todo lo que hago es puro y cierto.

Mauricio la agarró del cuello.

—Me sacaste los cuartos por un conjuro que no llegó a nada. No recuperé a mi esposa, como me dijiste. Debería matarte aquí mismo.

Volvió a reír.

—Inténtalo, a ver si lo logras.

Se apartó de ella y la liberó.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué haces en esta casa?

—Nada que te incumba.

—¿Qué planes tienes? ¿Vas a matarlos a todos?

Negó con la cabeza.

—No es mi intención, sabes que nunca fue mi estilo. Más bien es el tuyo. No era yo quien mataba a los niños gitanos para limpiar la ciudad de escoria, como solías decir.

—No hay necesidad de sacar eso a relucir, Lucifera, y lo sabes.

La expresión con la que el cura observaba a la mujer daba miedo. Yo no sabía si creerme lo que ella acababa de decir.

—Yo creo que sí la hay. Te encubrí cuando todas las pistas apuntaban a ti. Si no hubiera sido por mí, te habrían acusado de la masacre de aquellos niños asfixiados frente a las puertas de sus casas. No eras más que un niñato de diecinueve años con su panda de amigos, con unas ideas absurdas sobre la pureza de la raza, a quien no interesaba más que limpiar las calles de escoria y delincuencia. Dabas asco. Pero te ayudé.

—Para aprovecharte de mí y sacarme cuanto tenía.

—No creo que te haya ido tan mal.

—No tuve más remedio que meterme a cura para sobrevivir. Ándate con ojo, bruja, no te voy a quitar la vista de encima.

—Haz lo que quieras, sabes que no puedes hacerme nada. Ya lo intentaste una vez y no te funcionó.

Ella se encaminó a la puerta. Yo salí corriendo. No le conté nada a nadie: lo más probable es que nadie me hubiese creído y que ese hombre me hubiera matado a mí también. Desde ese momento procuré no cruzarme con él.

La vida en la mansión transcurría despacio y aburrida. Yo no sabía leer, pero me gustaban los dibujos de los libros que había en la casa y siempre que podía los miraba durante horas. Conforme pasaban los meses, veía cómo crecía la barriga de la señora Matilde. De pronto, una noche, el señor De León entró en nuestra habitación y despertó a mi madre. La señora se había puesto de parto y la requirió para que la ayudase. Mi madre bajó rápidamente a la

habitación. Allí se encontró con Mauricio. La señora también había requerido su presencia por si algo salía mal. Entre sudor, lágrimas y sangre, dio a luz a un niño antes de desmayarse. Cuando creían que todo había pasado, mi madre advirtió otra cabeza entre los muslos de Matilde. Traía al mundo gemelos. Matilde estaba sin consciencia y no pudo hacer la fuerza necesaria para sacar al niño. Mi madre pidió a Mauricio que hiciese presión sobre el vientre de la parturienta, y ella empezó a tirar, hasta que, poco a poco, el niño vio la luz del día. Rafael se dio cuenta de que tenía dos hijos idénticos. Pequeños y rosados. Fue a darle la inesperada noticia a la mujer de su confianza, la que por un medio u otro que él no alcanzaba a entender le había proporcionado todas las riquezas que poseía.

—¿Gemelos? —preguntó ella.

—Así es, dos niños. ¿No te parece maravilloso?

—No, Rafael, no es maravilloso. Los gemelos primogénitos nacidos bajo la luna llena traen la desgracia. Son el origen de todas las maldiciones que existen sobre la tierra.

—No puede ser —dijo Rafael—. Son dos criaturas indefensas.

—Eso es ahora, Rafael. Debes hacerme caso: el segundo gemelo será el que traiga las desgracias. Debes quitarlo de en medio.

—Estás loca, Lucifera, no puedo matar a mi hijo.

—Si no haces nada al respecto, en unos años verás destruidas todas tus posesiones. Sabes que tengo razón. Yo te saqué de la miseria y puedo evitar que caigas de nuevo en ella, pero está en tus manos hacerlo. Créeme, no eres la primera persona que destruye la vida de un segundo gemelo nacido en luna llena cuando se trata de los primeros descendientes. Es cosa tuya que lo hagas o no, yo solo te advierto de las consecuencias.

Rafael se encerró en una de las habitaciones y comenzó a pensar. Le parecía imposible hacer lo que Lucifera le pedía, aunque bien era

cierto que todo lo que tenía lo había conseguido siguiendo sus consejos. Lloró en silencio y golpeó las paredes, intentando solucionar el dilema que se le planteaba. Finalmente optó por lo que, pensó, sería la mejor opción. Las criaturas no eran conscientes de su existencia en este mundo. Un golpe rápido e indoloro haría pasar a una de ellas a la vida eterna en un instante. Matilde había estado inconsciente durante el nacimiento del segundo bebé, pero había dos testigos de su alumbramiento. Serían ellos los que se encargarían de hacerlo, de ese modo los involucraría. Entró en la habitación de Matilde, todavía sin consciencia. Los dos bebés, uno al lado del otro, movían sus bracitos y abrían y cerraban sus ojos. Mauricio y Perla todavía estaban allí.

—¿Cuál ha sido el segundo? —preguntó.

—El de la derecha, señor —respondió Perla, mientras limpiaba las piernas ensangrentadas de Matilde.

Se aproximó a uno de los armarios y sacó una manta. La extendió a los pies de la cama y cogió al segundo bebé. Lo envolvió con ella y se lo tendió a Perla.

—Debes matarlo. Los dos debéis hacerlo y enterrar sus restos donde nadie los encuentre.

—¿Se ha vuelto loco? —gritó— No lo haré.

—Yo tampoco —añadió Mauricio.

—Si no lo hacéis, yo mismo le daré un golpe en la cabeza y os incriminaré a los dos. Declararé que llegué en el momento en el que estabais golpeando su cabeza. Y tened por seguro que me creerán a mí y no a vosotros.

—Esto es cosa de esa bruja, ¿verdad?

—Lo haréis esta noche. Marchaos con él y buscad un sitio donde acabar con él.

Salieron de la habitación. Perla llevaba al bebé en brazos. Rafael se quedó observando al hijo que le quedaba. El plan era perfecto: los dos testigos del alumbramiento de los gemelos se verían implicados en el crimen. Eso aseguraría su silencio.

En los planes de Perla no entraba acabar con la vida de una criatura inocente. No lo quería, aunque sí veía en ellos la oportunidad de conseguir formar parte de la alta sociedad sin tener que trabajar para otros. Sabía también que Mauricio era muy avaricioso y le prestaba servicios a Matilde pensando recibir una buena recompensa que le permitiera retirarse a una gran casa. Pero eso no ocurría y comenzaba a impacientarse. Bajaron las escaleras y salieron a la calle por la parte trasera de la casa tramando un plan.

—No lo mataremos, nos quedaremos con él —dijo.

—¿Quedarnos con él? ¿De qué hablas? Vamos, acabemos con esto de una vez.

—No acabaremos con nada —exclamó, dando unos pasos para alejarse de él—. Este bebé puede darnos dinero, todo el que queramos.

Silencio.

—No te entiendo.

—Piensa en ello. Si no nos deshacemos de él ahora y lo criamos, dentro de unos años saltará a la vista que son gemelos. Rafael lo reconocerá y sabrá que es su hijo. Cuando eso ocurra, podremos chantajearlo con contar la verdad de lo ocurrido a las autoridades. Cuando sus facciones estén definidas, nadie podrá negar que son hermanos, nadie, y Rafael no consentirá que la verdad salga a la luz con pruebas tan evidentes.

—Eso es una locura, lo matará en cuanto lo vea.

—No, no lo hará. Si lo intenta, le diremos que una tercera persona con un alto cargo está al tanto de los hechos y destapará el caso si

nosotros se lo pedimos. El plan es perfecto. El niño será nuestra salida de este mundo de esclavos.

—¿Y dónde podemos esconder a un niño durante tanto tiempo?

—Yo me encargo de eso.

Mi madre nunca llegó a vender la casa donde yo había pasado mis primeros años de vida, un lugar al que no querría volver por nada del mundo. Allí lo llevaron y lo encerraron.

No me dijeron nada, pero, como aquella noche no podía dormir y no tenía nada mejor que hacer, los seguí hasta nuestra antigua vivienda. Vi cómo lo dejaban en el cuarto donde solía quedarme encerrado cuando me portaba mal. Así, el mismo día de su nacimiento, comenzó su vida de encierro, despreciado por un padre supersticioso y por dos de las personas más miserables que conocería en mi vida, una de ellas mi propia madre.

Lo único que yo veía entonces era una gran mansión y un niño que tenía cuanto necesitaba. Por otra parte, veía a su hermano, que se pudría encerrado en un cuarto. Cuando Ángel lloraba, su madre corría a cogerlo en brazos. Cuando lo hacía el otro niño, nadie lo escuchaba ni se preocupaba de él. Yo me escapaba y le llevaba comida y leche cuando mi madre no me vigilaba; le daba de comer con una cuchara y lo ayudaba a beberse la leche. Me sentía como si fuese mi primer juguete. Con el tiempo aprendí a quererlo como se quiere a un hermano. Pensé que la causa del extraño aspecto de su piel podría deberse a la falta de sol. Siempre estaba encerrado. Cuando cumplió tres años, lo cogí en brazos. Apenas pesaba. Lo saqué a la calle. Al ver la luz, cerró los ojos y se abrazó a mí con fuerza. Cuando sus ojos se adaptaron al sol, comenzó a observar todo a su alrededor: las personas, la luz y los colores que nunca había visto. Me sonrió y señaló a un punto, una pequeña fuente de agua. Hacía calor, así que dejé que se metiera en ella. Chapoteó con

ganas y su piel y su pelo se limpiaron. Pensé que nadie se merecía estar encerrado de aquella manera. Después de pasar un rato jugando en la fuente, nos secamos al sol y lo devolví a su zulo. Le dije que no debía decirle a nadie que había salido fuera. Asintió y me abrazó.

Aquella misma noche, mi madre me sacó a rastras de la cama. Salimos con Mauricio por la puerta de servicio. Al preguntar por el lugar al que nos dirigíamos, mi madre me respondió que debía cerrar la boca y guardar silencio, que íbamos a buscar niños, y que si veíamos uno, nos lo llevaríamos.

—¿Niños…, para qué? —pregunté.

—El padre Mauricio quiere ayudarlos. Los llevará a una institución donde podrán estar limpios y aprender una buena educación.

—¿Dónde vamos a ir a buscarlos?

—A la barriada gitana del río.

—¿Gitanos?

—Sí.

No dije nada, pero sabía que la intención de Mauricio no era ayudar a los niños gitanos.

Nos adentramos en la barriada. Era una fría noche de luna nueva del mes de febrero y había fogatas encendidas en las puertas de muchas de las chabolas. Desde el puente se podían ver tres grandes hileras de casas de hierro y maderos podridos en paralelo. Los niños descalzos correteaban por caminos de piedra y tierra o se abrigaban junto a sus padres al lado del fuego. Caminamos entre las casas, sintiendo un sinfín de ojos clavados en nuestros cuerpos. Mauricio observó a los niños y se detuvo ante una familia que se calentaba alrededor de una hoguera. El padre, la madre y dos niños. Se agachó a su lado y comenzó a hablar con ellos.

—Buenas noches, mi nombre es Mauricio y me envía el Señor para ayudarlos. Mi congregación está levantando un centro con ayuda de ricos empresarios de buen corazón y estamos buscando niños para ingresarlos. Allí se les proporcionará buena ropa, cama, mantas, calor en invierno, una buena educación y comida. Nuestra labor se centra en los niños más pobres de la ciudad. Hemos pensado que sus hijos podrían beneficiarse de este programa. Se los devolveríamos en unos años, cuando sean unos hombres de provecho.

El padre se negó, pero la madre y la insistencia de los dos niños que me miraban con ganas le convenció de lo contrario.

—Esta mujer también trabaja allí. Se ocupará de que nos les falte nada. Y… miren a este niño: está tan contento de haber ingresado que quiere ayudarnos en todo lo que esté a su alcance. Por eso se ha empeñado en venir con nosotros esta noche.

Mi presencia allí no era más que otro truco para ganarse la confianza de los padres. Regresamos a la mansión del señor De León con cuatro niños y la promesa de llevar más cuando hubiese plaza para ellos. Mi madre me ordenó que me marchase arriba, me metiera en la cama y no dijera a nadie dónde habíamos estado. Cuando le pregunté lo que harían con esos niños, cerró la puerta del sótano donde los habían llevado. Yo había recorrido esa casa cien veces y sabía que comunicaba con otro sótano por una trampilla oculta que me permitía espiarlos. Los obligaron a beber un líquido que los dejó dormidos y les prometieron que al día siguiente despertarían en una cama limpia. No sabían que no se despertarían. Cuando les tomaron el pulso y comprobaron su muerte, comenzaron la masacre. Los rajaron de arriba abajo y les sacaron las vísceras. Quise abandonar la casa, pero me sentía paralizado. Tenía miedo de

hacer ruido y correr la misma suerte que esos niños. Habrían de pasar tres o cuatro horas para escuchar sus voces de nuevo.

—Llévale esto al señor, es para que lo beba; y las grasas son para frotárselas donde le duela.

Entonces lo comprendí todo. Siempre había escuchado que los curanderos y la gente de escaso conocimiento médico usaban las mantecas de los niños para sanar afecciones incurables. La gitana había dicho a Rafael que debía ingerir líquidos corporales de niños si quería recuperarse de una extraña dolencia que los médicos no podían curar. Lucifera conocía el odio que le suscitaba a Mauricio la raza gitana y que no dudaría en aprovechar la oportunidad de *limpiar* las calles de la ciudad eliminando a aquellas criaturas sucias y de piel oscura. Ella misma se ocupó de hablar con él, y él de implicar a mi madre en los hechos, bajo amenaza de delatar su plan y descubrir al niño que había encerrado en su casa. Si eso ocurría, mi madre nunca vería realizado su sueño de ser una mujer libre del trabajo esclavo y pasaría el resto de sus días en prisión, así que no le quedó otro remedio que participar. Al fin y al cabo, unos niños gitanos tampoco importaban tanto.

Después de la primera ingesta de vísceras trituradas, Rafael se sintió mejor y quiso más para recuperarse cuanto antes. Aquellas carnes y grasas de niños le estaban devolviendo la salud que los médicos le habían garantizado que perdería. Una vez más, Lucifera le había salvado. Aquellos cuatro niños fueron los primeros de muchos otros que usarían durante un tiempo para sanar a un ser que no lo merecía. Siempre me obligaron a ir con ellos a la caza de niños. Enterraban los huesos en el jardín. Cuando Rafael se recuperó, ya no hicieron falta más niños.

Mientras tanto, el niño que había escondido en mi vieja casa crecía. Yo era su único amigo. En una ocasión, mi madre me

encontró con él, cuando creía que yo ignoraba su existencia, y me encerró en la misma habitación durante una semana. Más tarde me amenazó con encerrarme para siempre si contaba algo sobre él. No tuvo que recordármelo. Aquella fue la última vez que lo vi. No obstante, aunque no me atrevía a entrar y estar a su lado o sacarlo a la calle, hablaba con él tras la puerta del cuarto. Me pedía que lo ayudara, que lo sacara de allí o le llevara comida. Me decía que una mujer con las piernas llenas de heridas pestilentes le tiraba cubos de agua fría para que dejase de llorar, lo dejaba días enteros sin comer y le pegaba con una correa. Tenía mucho miedo y quería salir de allí. El único consejo que pude darle fue que viera, escuchara, y callara, que no gritase ni exigiera nada, que en unos años sería libre y tendría grandes riquezas. Quería sacarlo de allí, pero siempre me faltaban fuerzas para conseguirlo.

No mucho tiempo después, Rafael me preguntó si quería ser el amigo de Ángel. Mi madre respondió afirmativamente por mí. Pasaron los años y seguía jugando con él; creo que llegó a considerarme su amigo. Yo le quería y despreciaba al mismo tiempo. Cuando cumplió diez años, lo matricularon en un colegio, a petición de su madre. Empezó a distanciarse de mí y a jugar con una niña de su escuela. Ángel me decía que podía ir con ellos al parque, y yo, aunque los observaba de lejos, me negaba. Aquella criatura me parecía una aparición. Era cariñosa y dulce, y pensé que Ángel no merecía la amistad de aquel ser. Hasta que una vez acepté su propuesta y los acompañé al parque. No jugué ni hablé prácticamente nada con ellos, pero notaba que una extraña sensación me recorría el cuerpo cada vez que observaba a Lena. La quería para mí. La chica le contó a Ángel que intenté propasarme con ella y él vino dispuesto a partirme la cara, pero fui yo quien se la

partió a él. Me prohibió acercarme a Lena, pero ella volvió al cabo de un tiempo a la casa de los De León.

Por esos días me habían puesto a cargo del jardinero. Aunque ya no era compañero de juegos de Ángel, sabía dónde se escondían y los espiaba siempre que podía. Así descubrí que eran amantes. La primera vez que le vi rozar los labios de Lena con los suyos, me encerré en mi cuarto y comencé a darle puñetazos a la mesa y al suelo. ¿Por qué no podía estar yo con ella? Así comencé a odiar a los dos.

Mi madre quería entregar pronto al chico que había escondido en nuestra vieja casa, pero Mauricio le pedía que tuviera paciencia. Fue cuando les dije lo que Ángel me había confesado desde siempre. No quería la fábrica de su padre, quería ser escritor y no tenía ninguna intención de seguir sus pasos. Entonces se dieron cuenta de que tenían más poder en sus manos del que pensaban, pero deberían aguardar unos años más y tramar un buen plan. Sabían que Rafael era capaz de hacer cualquier cosa con tal de lograr que su hijo aceptase la fábrica y la heredase. Tenían a un niño oculto que era igual que Ángel. Había sido educado para obedecer, a base de malos tratos y amenazas de muerte. Tenían todo el dinero de Rafael en la palma de sus manos, solo hacía falta esperar a que Ángel creciera y se enfrentase a su padre, negándose a heredar la fábrica.

El tiempo pasa despacio cuando esperas algo, pero si de algo puedes estar seguro sobre el tiempo es que acaba llegando el momento oportuno. Ángel tenía casi dieciocho años y seguía diciéndole a su madre que no quería saber nada del negocio de su padre, que estaba enamorado de Lena y pronto aceptaría cualquier trabajo y se marcharía a vivir con ella. Había llegado el momento, pero yo me adelanté, lleno de envidia y de rabia. Sabía que Lena y Ángel hacían el amor en su sala oculta. Su madre había salido con el

cochero. Sabía que descubrir a su hijo en manos de la hija del zapatero pondría furioso a Rafael. Tenía razón. Acudí a su dormitorio y le espeté:

—Tu hijo está encerrado en una habitación con la hija del zapatero y sé que pronto te abandonará para marcharse con ella.

Noté cómo hundía una daga en el pecho de tres personas: Matilde, Ángel y Lena. La sensación me gustó y me sentí poderoso. Rafael entró en el cuarto, cuya existencia desconocía hasta entonces, y los sacó a rastras. Poco después apareció Matilde y vio lo que estaba sucediendo. Entró en la habitación para intentar detener a Rafael, pero se llevó a su hijo agarrándolo del pelo. Me acerqué a la puerta. Cuando Matilde me vio, corrió hacia mí.

—¿Has sido tú quien ha alertado a Rafael? —me preguntó.

—Sí —grité, y me marché.

A Mauricio y a mi madre les envolvió el pánico cuando supieron por mi boca lo sucedido. Les oí decir que los planes podían estropearse, pero les dejé claro que lo que hice fue allanar el terreno para que Rafael supiera que su hijo llevaba años riéndose a sus espaldas, burlándose de él en su propia casa y desafiándole.

Rafael regresó a casa un mes después, pidiendo perdón a su mujer y a su hijo, pero ninguno de los dos estaba dispuesto a perdonarlo.

Llegó el día en que Ángel se marchó de casa para no regresar. Rafael le suplicó que se quedase, pero el chico no tardaría en ser padre y no quería volver a verlo. Era el momento de que Mauricio y Perla desvelaran su secreto. Siguieron al señor hasta su dormitorio para hablar con él. Tenían la respuesta a sus plegarias en la palma de la mano. Rafael no les hizo el menor caso en un principio, pero la insistencia fue tal que consiguieron llevarlo a la casa donde ocultaban al muchacho que una vez les ordenó matar. Bajaron al

sótano y abrieron la puerta. Rafael no pudo creer lo que vieron sus ojos. Aquella persona tenía un espectacular parecido con su hijo. Ni siquiera recordaba que había mandado matar a uno de sus gemelos, pues hacía casi veinte años de aquello.

Mauricio y mi madre le explicaron su plan. Rafael tenía un hijo que lo detestaba, lo desafiaba y se había reído de él en su propia cara, pero ese hijo a quien no habían matado estaba educado para obedecer. Podía llevarlo a casa para reemplazar a Ángel, como si nunca se hubiese marchado, y decirle a Matilde que había regresado. Pero el problema eran el verdadero Ángel y su familia. Deberían desaparecer. A cambio de entregarle el futuro que siempre había deseado, Rafael debía cumplir una condición: la titularidad de la fábrica tendría que pasar a manos de Mauricio y de Perla (¿mi madre?), bajo un nombre falso. Su hijo, el nuevo Ángel de León, sería quien llevaría las riendas de la empresa, aunque estuviese a nombre de otras personas. Rafael, entre sollozos, aceptó y abrazó a un hijo que no conocía. Pero, para que el plan prosperara, tendría que quitar de en medio a su hijo y a su mujer. El chico seguiría encerrado hasta que consiguiera aclarar sus ideas.

Aquella noche le confesó todo a Lucifera. Le pidió consejo y esperó a que respondiese lo que debía hacer y fijase una fecha exacta. A esas alturas, a Rafael no le quedaba una pizca de cordura en su cerebro, era una marioneta de cuantos lo rodeaban. Tenía un hijo que no lo quería y un negocio sin heredero. Aquel plan le devolvería todo de un plumazo, pero tenía que pagar un precio. Debía acabar con el verdadero Ángel, su mujer y el hijo de ambos. A Matilde le dirían que Lena había huido con el bebé y que a su hijo, hundido en un mar de nostalgia, no le quedó más remedio que regresar a casa. Pero el plan no era perfecto. Rafael había supuesto que Matilde no tenía relación alguna con su hijo, pero no era así:

tenía noticias suyas a diario y estaba esperando conocer a su nieto para abandonar a su marido.

La noche que Rafael mató a su hijo sería una de las últimas de su vida. Sintió el cuchillo desgarrándole la piel. A Lena no tuvo necesidad de matarla, pues el parto se la había llevado por delante. Lo más duro fue llevarse a un nieto que en realidad no quería y enterrarlo en una colina, bajo la luz de la luna llena, como le había indicado Lucifera.

No sabía que Matilde había sido testigo de todo. A la mañana siguiente, le presentó a su hijo. Un hijo que había vuelto a casa con el orgullo herido y la mirada fija en el suelo. Un hijo que aunque era suyo no era Ángel. Desconocía que su mujer estaba al tanto de todo, hasta que despertó con un terrible dolor de cabeza y se encontró atado a una silla, viendo cómo Matilde levantaba su tumba. Gritó pidiendo ayuda hasta escupir sangre, hasta que el oxígeno se consumió y murió asfixiado, enterrado vivo, igual que él había hecho con su nieto apenas unos minutos después de haber nacido y había pretendido hacer años atrás con el segundo gemelo.

Lo que no sabía Matilde era que la repentina desaparición de su marido facilitaría el trabajo de Mauricio y mi madre, ahora convertidos en el señor y la señora Golé. Sus intenciones eran acabar con la vida de Rafael y la del gemelo. Ahora sería mucho más fácil acabar con la vida de una sola persona. Lo ahorcarían y fingirían que había sido un suicidio. Sacristán (¿yo?) escribiría una nota pidiendo perdón y despidiéndome de todos. La marcha anunciada de Matilde los obligó a actuar deprisa. Ahora, Ángel, Lena, su hijo y el gemelo estaban muertos, y Rafael desaparecido. Ellos eran los dueños de todo. Planearon despedirse de su trabajo en casa de Matilde poco tiempo después, pero ella fue la que se marchó y les facilitó más aún la tarea. Los abogados de Rafael hicieron el

trabajo sucio por una gran cantidad de dinero, sin pedir explicaciones. Ahora mi madre era rica y tenía una nueva identidad, igual que Mauricio. Por fin habían conseguido lo que tanto querían: dinero, poder y grandes casas. El precio a pagar por ello ya no importaba: con el tiempo todo quedaría en recuerdos. Si alguien preguntaba, dirían que Roberto Golé estaba muerto y que era su mujer quien controlaba la fábrica, mientras mi madre se ocupaba todos los meses de proporcionar a Mauricio la parte correspondiente de los beneficios.

Secretos así acaban saliendo a la luz. Un día apareció un periodista en la fábrica y me reconoció. Yo no era Joaquín Golé Somosierra, hijo heredero del anunciado difunto Roberto, sino un pobre diablo llamado Sacristán. Al llegar a casa, mi madre me contó que también se había presentado allí y que tenía miedo de que nos metiera en problemas. Ordenó a uno de los criados que lo siguiera para descubrir dónde vivía y los lugares que frecuentaba. Así descubrimos que se trataba de un escritor llamado Iván de Luarte. Mi madre organizó una caza de brujas para atemorizarlo y dejarle claro que, si seguía metiendo las narices donde no le importaba, acabaríamos con él.

En su visita no logró que despegase los labios, pero desde que se marchó no pude dejar de recordar las atrocidades cometidas en la mansión del señor De León, las muertes que yo mismo había consentido, si no provocado.

Así fue como me decidí a escribir estas líneas y hacértelas llegar, Matilde. Siento todo lo que hice en vida, siento haber sido tan cobarde como para no habértelo contado cuando pude. Mientras lees estas líneas, las larvas se estarán comiendo mi cuerpo y las pobres almas que nos llevamos por delante entre todos encontrarán

por fin paz y justicia. Habría sido mucho mejor que yo no hubiera existido nunca.

Respecto a Lucifera, permíteme dudar que fuera en realidad una bruja. Para mí no era más que una loca charlatana y embustera que no quería más que vivir a costa de las riquezas de Rafael. ¿Cómo consiguió adivinar que Rafael amasaría una fortuna tan grande? Tal vez sus palabras le animaran a seguir peleando para conseguir dinero. Durante toda mi vida he leído en los periódicos que hombres de todos los lugares de la tierra se han hecho ricos con insistencia y trabajo, sin necesidad de tener a su lado a una bruja que los iluminara. Rafael no era más que un pobre niño como tantos otros, fácil de manipular, con una mente perversa que le llevó a hacer cualquier cosa por conseguir llegar a la cumbre. No era más que un simple hombre, y, posiblemente, si Lucifera no hubiese aparecido en su vida, habría levantado esa fábrica y tenido una vida feliz en lugar de una vida llena de secretos y mentiras.

8

Dejé las páginas a un lado y noté que me costaba respirar. Era lo más macabro que había leído o escuchado nunca, y, lo peor: sabía que era cierto. Yo mismo había estado en el piso que Matilde les había comprado y había visto unas manchas oscuras sobre el suelo de madera. Ricardo me había confesado que habían encontrado huesos de niños relativamente recientes en el jardín. Todo lo que se leía en esas líneas era cierto. Víctor no era hijo de unos granjeros. Él mismo había descubierto las cartas de sus padres hacía algunos meses en el cuarto oculto donde convivieron, y él era el verdadero heredero de una fábrica levantada por las manos de un hombre que acabaría envuelto en sangre.

Una de las doncellas me dijo que Matilde requería mi presencia. Subí las escaleras y me preguntó si ya había acabado la lectura. Respondí afirmativamente y le sostuve las manos. Apenas le quedaba un hilo de vida.

—Prométeme, Iván de Luarte, que vengarás a esos niños enterrados en el jardín. Te conozco bien, he leído tus libros y sé que harás lo correcto. Una parte de la mente del escritor queda reflejada en las páginas que escribe, aunque él nunca llegue a darse cuenta. Prométeme que harás justicia y nunca desvelarás a Víctor su verdadera identidad. Prométeme que vengarás a mis dos hijos y a Lena. Prométeme que lo harás en mi lugar.

No quería prometerle lo que me pedía, pero me dio reparo decir no a una mujer moribunda.

—Sí, lo haré.

Me sonrió. Parecía que la muerte había esperado a que alguien se comprometiera a hacer justicia. Le cerré los ojos y la besé en la frente. Me despedí de la doncella y cogí aquellas hojas que Sacristán había escrito con sangre y lágrimas. Le comuniqué al chófer que había acabado y me llevó de regreso a Zaragoza. De camino a casa, no pude evitar pensar en la visita de Félix a casa de los De León cuando su nieto ya residía allí, sin que ellos lo supieran. Intenté descansar, bajé la ventanilla y dejé que el aire fresco me despejase las ideas. Aquella historia superaba a todas las que un escritor pudiera concebir. Al regreso contemplé de nuevo la casa de Mauricio, majestuosa en lo alto de una colina del desierto, y pensé que se había levantado con cimientos de sangre y muerte. Al ver las grandes ventanas, y a través de ellas las cruces de madera, supe exactamente lo que debía hacer. El cochero me dejó en la puerta de casa y agradecí el aire frío que se acababa de levantar también en la ciudad. Subí a casa y dejé las hojas sobre la mesa de la cocina. Me metí en la ducha y dejé que el agua fría me recorriera el cuerpo y me enfriara el alma. Me sequé y me dirigí de nuevo a la cocina. Entonces fue cuando vi una nota que alguien había dejado sobre la mesa. La tomé y la leí. Era la letra de Guillermo:

Cementerio, lápida 1431.
Saludos de tu amigo

Guillermo

Me vestí y salí a la calle con la nota y el arma que Juan me había dado en el bolsillo. Tomé el tranvía hasta el cementerio. El traqueteo del tren, al contrario que otras veces, me despejó. Permanecí en pie todo el viaje, a pesar de que había asientos libres. Miré el reloj y vi que eran las nueve. A esas horas cerraban el cementerio. Atravesé la

verja y fui directo al refugio del guarda, que estaba abriendo media barra de pan con una navaja.

—Está cerrado, vuelva mañana.

Abrí la puerta y le pregunté por los libros de referencia de las tumbas.

—¿No me has oído?

Lo apunté con el arma.

—¿Dónde están los libros con las referencias de las tumbas? —repetí.

Señaló la estantería. Al abrir el tomo, un montón de fotografías de mujeres desnudas cayeron al suelo. Pasé las páginas hasta que encontré la localización de la 1431 señalada en el mapa. Dejé el libro y salí. Me adentré entre las lápidas, apurando los últimos rayos de sol. Alzando la mirada, supe que la tumba que buscaba era la única que encontré abierta. Apreté el paso y corrí hasta ella. La caja estaba al fondo de un gran agujero, y la tapa tirada al lado del montón de tierra. Me acerqué a la lápida y leí:

Iván Sebastián

14/5/1927

/4/1951

Guillermo había cavado mi tumba y decidido el mes, pero todavía no sabía el día que me mataría. Me levanté de golpe y salí a toda prisa, atravesando lápidas que nadie se molestaba en limpiar o que tal vez ya nadie podía hacerlo. Cogí el tranvía hasta la librería y allí encontré a Sandra y a Germán.

—¿Ya has vuelto? —preguntó Sandra al verme.

Me retiré con Germán a la trastienda y le enseñé la nota.

—¡Dios santo!

—Lo mataré antes de que él me mate a mí.

—Déjame ayudarte.

—No puedes, Germán. Eres su padre.

—Esa parte de la historia ya no cuenta, Iván. Es un demonio. No permitiré que te haga nada, y mucho menos que te mate.

Se puso en pie y sacó una botella de coñac de un pequeño armario.

—Para las ocasiones especiales —dijo.

Entre copa y copa, trazamos el plan para la noche siguiente. Germán enviaría una nota a su hijo para pedirle que se reuniese con él en la tienda a las doce de la noche. Debía hablar con él de un asunto importante que no permitía demora. Le pedí a Germán que se quedase con Sandra aquella noche. Tenía cosas que hacer y no me gustaba la idea de dejarla sola.

Tomé un tranvía hasta el paseo del río, tras el Pilar. Me dejó a la entrada de la barriada gitana. Caminé entre las calles que la formaban y comencé a preguntar por los más ancianos del lugar. Me indicaron las zonas más antiguas y dónde podía encontrarlos. Las calles de tierra húmeda, bien por las lluvias o por su cercanía al río, se comían las suelas de mis zapatos. Las casas, con tejados medio cubiertos y medio levantados, tenían extraños tubos de chimeneas que despedían humo. Fui llamando puerta por puerta, preguntando si alguien recordaba a un cura, una mujer y un niño que habían aparecido allí hacía muchos años. De pronto, mientras preguntaba en una de las casas, un hombre anciano de pelo blanco me dijo que lo recordaba: se habían llevado a su nieto y nunca más volvieron a verlo, como les habían prometido. Sabía exactamente a qué niños se llevaron. Me acompañó a las casas donde vivían los padres y abuelos con nietos e hijos robados. Nos reunimos en una de las chabolas y procedí a contarles la historia. Podía palparse la sangre hirviendo en

sus sienes. Les dije que sabía dónde residían y que había llegado la hora de hacer justicia con esos niños. No hubo desacuerdo. Les expliqué el plan que tenía en mente y les pareció perfecto. Sería al día siguiente.

Bajo la puerta del siniestro caserón de Perla Almagro, deslicé una nota aquella noche:

Perla:
Necesito hablar contigo sin mayor demora. Esta noche prepararé una cena para los dos en mi mansión, a las ocho en punto de la tarde.
Espero tu visita.

Mauricio

Ahora tan solo quedaba esperar al día siguiente. Me encerré en casa, a oscuras, sujetando la pistola y sin cerrar los ojos por miedo a que Guillermo apareciese de pronto. No lo hizo. Preparé café durante la noche y seguí bebiéndolo por la mañana para mantener la cabeza despejada. No me moví de casa en todo el día, hasta las siete de la tarde, una hora antes de la que había quedado con los gitanos. Tomé el tranvía y recorrí las calles, observándolas como si fuera la última vez que fuera a hacerlo. Fui a la chabola de la noche anterior. Todos estaban listos. Montamos en las carretas tiradas por burros y mulas y comenzamos el trayecto en dirección a la mansión de Mauricio. Tardamos más de una hora y media en llegar, justo a tiempo para la cena. Dejamos los carros y los animales escondidos y nos pusimos en marcha, cargados de cuerdas y botellas de alcohol.

Entraron dos hombres por la verja y llamaron a la puerta. El resto mirábamos escondidos desde la valla de la entrada. Abrió una doncella. Le taparon la boca y la empujaron al interior. Entonces nos llegó la señal: podíamos entrar en la casa. Corrimos hacia dentro, atravesando el jardín, y bajamos a las cocinas, donde las cuatro

sirvientas preparaban la cena para Mauricio. Les vendaron los ojos. Nos escondimos y dijimos a las doncellas que no se preocupasen, que ellas no iban a salir heridas. Entonces escuchamos que llamaban a la puerta y miramos la hora. Las nueve. Después volvieron a llamar y escuchamos los gritos de Mauricio.

—¿Dónde diablos están las doncellas? —gritó—. Ah, vaya, señora Irene Somosierra. ¿Cómo se encuentra hoy?

—Bien, pero cansada del viaje —escuchamos—. ¿No podías haber buscado otro lugar más apartado para levantar esta casa?

—Siempre me ha gustado el desierto.

Escuchamos sus pasos alejarse y una puerta que se cerraba. Era el momento de atacar. Aunque yo solo miraría, la venganza era de los gitanos, de los padres y abuelos a quienes habían arrebatado lo más preciado que tenían. Salimos de las cocinas, dejando a las cuatro criadas bajo la vigilancia de dos hombres. Subimos a la primera planta y escuchamos hablar tras la puerta del gran salón de la casa. Había llegado el momento. Los gitanos entraron en la habitación y corrieron hacia ellos como si una liebre escapara de sus manos. Intentaron liberarse, pero no lo consiguieron, estaban ante una jauría sedienta de sangre y venganza que les ató las manos y los amordazó. Mientras los sacaban de allí, me di cuenta de que Perla me reconoció. No pude evitar sonreírle. Los gitanos descolgaron las cruces de las paredes, despegaron los cristos de ellas y los dejaron en el suelo. Entre alaridos, ataron a Mauricio y a Perla a los maderos. Desde el piso de arriba, tendieron dos cuerdas y ataron las cruces. Tiraron de ellas y las pusieron en pie. El más anciano de los que habían venido con nosotros se acercó a ellos y los roció de alcohol. Al ver lo que pretendían hacer, comenzaron a gritar, pidiendo que los liberaran.

—Esto va por nuestros hijos y nuestros nietos. ¡Sacamantecas malditos!

Las cruces se elevaron hasta llegar a la primera planta, y allí, entre gritos y sangre, alguien arrojó una cerilla. El olor a carne quemada no tardó en llegar hasta nuestros olfatos. Me tapé la boca para no vomitar y vi como el fuego desfiguraba los rostros de Mauricio y de Perla y los dejaba sin voz hasta que al fin dejaron de moverse.

—Y también va por Lena, Víctor, Matilde, Ángel y su gemelo —dije para mí.

Los dejamos ardiendo y nos marchamos, liberando antes a las doncellas. Los gitanos estaban eufóricos, y yo, ansioso por acudir a mi segundo asesinato de aquel día, trece de abril.

* * *

Llamé a la librería de Germán a las once. Me abrió la puerta y entré. La librería estaba a oscuras y pasamos a la trastienda, donde repasamos el plan. A las doce menos cuarto me escondí bajo el mostrador de la entrada y Germán regresó a la trastienda. Poco después, alguien aporreó la puerta. Germán salió y abrió.

—Me alegra que hayas venido.

—Bien, a ver, ¿qué quieres? ¿Para qué me has hecho llamar?

—Pasa a la trastienda. Tengo una noticia que darte, y será mejor si nos acompaña un vino.

Lo escuché suspirar.

—Bueno, nunca le digo que no a un vino.

Entraron a la trastienda. Yo aguardé impaciente. Podía escucharlos hablar. Germán le pidió un brindis; escuché el cristal de las copas chocar.

—¿Y ahora vas a decirme para qué me has llamado?

—Verás, hijo, prefería que te enterases por mí antes que por otra persona o por las habladurías de la gente. Iván Sebastián ha muerto.

Me quedé de piedra al escuchar esas palabras y me pregunté si no se le podía haber ocurrido cualquier otra cosa. Hubo un largo silencio antes de que Guillermo volviese a hablar.

—¿Cómo ha sido? —su tono era severo.

—Lo han encontrado muerto en su casa; al parecer, se ha suicidado.

Muy original, pensé.

Observé cómo se enfurecía.

—Era un cobarde, siempre fue un cobarde. Yo debía haber acabado con él, yo. Debía haberlo supuesto.

Entonces lo entendí. Al haber recibido la nota de Guillermo, yo me había suicidado intentando evitar una muerte atroz.

Su voz empezó a perder claridad. Germán le preguntó si se encontraba bien y le ofreció un asiento. Escuché a Guillermo caerse redondo al suelo. Germán salió a buscarme y me comunicó que ya estaba dormido. Salí de la librería con la llave de un coche que Germán había alquilado. Estaba aparcado en un callejón próximo. Lo arranqué y lo llevé a la puerta de la librería. Atamos el cuerpo de Guillermo y lo introdujimos en el asiento trasero. Conduje hasta el cementerio. Aparcamos en la parte trasera, donde estaba situada mi tumba. Allí nadie se aventuraba a llegar. Lo arrastramos por el suelo y lo pasamos sobre un muro derrumbado que nadie se había molestado en arreglar desde hacía años. Hicimos rodar su cuerpo hasta que cayó en el agujero que llevaba mi nombre. Entonces comenzó a recobrar el sentido. Nos observó bajo la luz de la luna creciente y vio dónde estaba. Intentó liberarse, pero no pudo. Nos

observó suplicante, con un lloro desesperado y ahogado por la mordaza que le tapaba la boca. La zona superior de su pantalón empezó a oscurecerse en una mancha creciente. Intentó liberarse de la cuerda y arañó la caja que debía guardar mi cuerpo por el resto de la eternidad.

—Lo siento, Guillermo —dijo Germán—. Te lo has buscado tú solo. Nunca debiste nacer.

Intenté imaginar lo duro que debió ser para el viejo librero decir aquellas palabras y enterrar vivo a su propio hijo, y todo para salvarme a mí.

Tapamos la caja y comenzamos a echar tierra encima, hasta que el sonido de sus lamentos se perdió. Saqué un pequeño martillo con la punta afilada del bolsillo de mi abrigo y grabé en la piedra el día en que Guillermo había dejado de respirar. Nos pusimos en pie y salimos del cementerio.

9

El día más feliz de mi vida fue cuando le pedí a Coraline que se casara conmigo. Me dijo que sí. El matrimonio no duró mucho: acabó traicionándome, pero los días que pasé a su lado disfruté como nunca lo había hecho.

Germán me dejó con el coche en la calle Rufas y subí al piso de Matilde. Abrí la puerta y caminé por el pasillo hasta el salón, donde encontré a Coraline acurrucada en el sofá. Me senté a su lado y la desperté. Al verme, me abrazó.

—Nos vamos a casa. Guillermo se ha marchado y ya no nos molestará más.

Asintió con la cabeza y me besó en los labios. Yo sabía que era un beso de agradecimiento y no de amor, pero era un beso, y era suyo.

Al salir de casa, me dijo que había una habitación cerrada con llave a la que no había podido entrar. En aquel instante supe lo que había detrás de esa puerta. Nos pusimos frente a ella y le dije que se apartase. Comencé a darle patatas hasta que se abrió de golpe. La luz de la luna entraba por la ventana. Coraline se llevó las manos a la boca y se alejó para no seguir viendo la escena. El cuerpo de Lena colgaba de la lámpara. Era la habitación que habían amueblado para su hijo, que creyó muerto. Como le había prometido a Matilde, se marchó para morir donde debió haberlo hecho muchos años atrás: en la habitación de su hijo. Lo segundo que me llamó la atención al abrir la puerta fueron las paredes pintadas de azul claro y una cuna de bebé con las sábanas bordadas con patos azules y

amarillos. En la pared había un cuadro de punto de cruz con la frase «El recién nacido traerá la alegría» colgado sobre la cuna. Un pequeño mueble en el otro extremo de la habitación guardaba ropas de recién nacido de color blanco. Era la habitación que debió ser de Víctor. Cerré la puerta y nos marchamos.

* * *

Al día siguiente, Coraline denunció la desaparición de su marido y recogió las cosas de su casa. Pablo había conseguido que no me echasen de mi trabajo de acomodador y me reincorporé ese mismo día. Con Perla y Mauricio muertos, podía haber vuelto a escribir, pero rechacé su oferta diciéndole que no tenía nada más que contar. Un par de meses después, el padre Juan nos dejó. Me dejó su casa con la condición de que le tomase el relevo en su trabajo y dirigiera el orfanato. Acepté.

Me enteré de que mis tíos habían muerto de tifus poco después de mudarse a la casa que me habían robado. Sandra continuó trabajando en la librería y no tardó en conocer a un chico del que se enamoró. Se casaron. Debía de quererla de verdad, pues pronto tuvieron hijos.

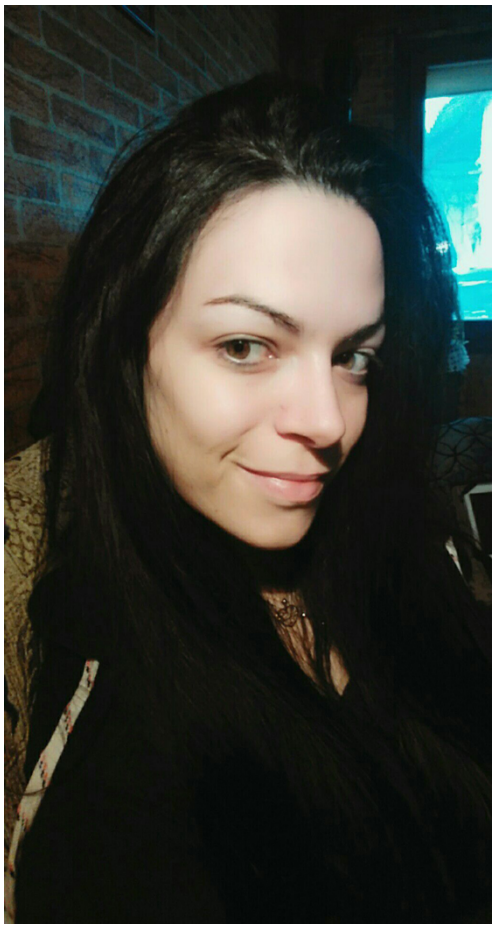
Mientras, yo seguía compartiendo una vida medio vacía con Coraline. Dormíamos juntos cada noche. Desayunábamos, comíamos y cenábamos. Nos llevábamos bien, pero sabía que nunca la tendría como la había tenido antes. Cuando la rabia me inundaba, salía de casa a medianoche y dejaba que el aire me secase las lágrimas que me provocaba el hecho de vivir con una mujer a la que amaba pero que no permitía que la tocara. Volvía horas después con los ojos enrojecidos y los pies cansados. Al escucharme entrar en el cuarto, Coraline retiraba las mantas para que me metiese con ella en la

cama y me abrazaba y me pedía perdón. Nunca dejé de quererla ni de intentar que ella me quisiera a mí, aunque a su modo lo hiciera. En algunas ocasiones me dejaba que la besara y la abrazase, incluso me devolvía los gestos diciéndome que ojalá siguiese enamorada de mí, pero que, por mucho que lo intentaba, no lo lograba.

Con el tiempo me acostumbré a esa extraña relación y pensé que era mejor que nada, que al menos podía dormir con ella. Prefería la suerte que me había tocado vivir a la que habían corrido Ángel y Lena. A menudo pienso en Víctor, y de vez en cuando hablo con él. Es un buen chico y estudia economía. El día que me lo dijo no pude evitar reírme de aquella ironía. La fábrica acabó cerrando poco después de las muertes de Perla y Mauricio y la demolieron para construir una nave mucho mayor. Apareció una única noticia en el periódico en la que se habló de la muerte de dos personas: el padre Mauricio y una mujer sin identificar. No volvió a saberse más.

A veces también pienso en Guillermo y en el tiempo que aguantaría antes de morir, pero no siento arrepentimiento alguno. Desde aquel día, mantuve una amistad todavía más profunda con Germán, con quien solía compartir alguna botella de vino recordando viejos tiempos, cuando yo era un crío y él se convirtió en una especie de padre adoptivo para mí. Y con esas conversaciones llegué a convencerme de que la amistad entre Germán y yo era la más fuerte que había conocido, incluso mejor que el afecto que le tenía a Coraline, y que ni la muerte ni el olvido podrían acabar con ella jamás.

Biografía



Silvia Ibáñez Cambra (14-02-1986, Zaragoza) es una escritora que domina la narrativa con una soltura digna de admiración. Hace y deshace, crea y destruye historias, personajes y escenarios con una maestría ante la que no queda más remedio que caer rendido. Amante de Charles Dickens, Charlotte Brontë y Victor Hugo. Con algunas obras aún inéditas (joyas que darán mucho que hablar en el momento de su publicación), se inicia oficialmente en las letras con la novela *El cementerio de los reflejos*. A esta primera gran obra le sigue *El cementerio de la miseria* (ambas novelas con los mismos escenarios y algunos personajes comunes, pero independientes entre sí) y posteriormente *El hada de azúcar*.

En todas sus novelas crea un ambiente estructurado de manera extraordinaria, donde no falta ni sobra ningún elemento y donde la multitud de cabos sueltos acaba uniéndose en un desenlace apoteósico y perfecto, nada queda al azar. Sobre sus obras habría que decir que no tienen nada que envidar a las de los autores mejor considerados en el panorama literario actual. Silvia es, sin lugar a dudas, una de las mejores autoras dentro del subgénero de drama y misterio, todo rodeado de tintes góticos, haciendo magia con las palabras. Consigue que

quieras ser un personaje más y vivir en los lugares donde se desarrolla la historia. Maestra entre maestras.

Los recuerdos del olvido es su tercera novela publicada en Click Ediciones. Ha publicado anteriormente las obras *El cementerio de los recuerdos rotos* y *La historia soñada.*

Notas

1. En Aragón, *cerdos*.

1. Mandar a escaparrar (Bajo Aragón): despedir a uno con mala cara o contestar agriamente.

1. Hacer bardizos: levantar paredes de cañas secas para proteger las cosechas del viento fuerte.

1. Rendija.

1. Empapuzar, empapuchar: comer en exceso, ahitarse.

1. Mala pasada, mala faena.

1. Pruebas, ensayos.

Los recuerdos del olvido
Silvia Ibáñez Cambra

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la portada, Shutterstock

© Silvia Ibáñez Cambra, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2019

ISBN: 978-84-08-21781-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html

Otros títulos de Click Ediciones

La historia soñada
Silvia Ibáñez Cambra

El cementerio de los recuerdos rotos
Silvia Ibáñez Cambra

El fotógrafo de paisajes
Mercedes Pinto Maldonado

La extranjera
Astrid Nilsen

El sanatorio de la Provenza
Rosa Blasco

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!